




ANTOLOGIA

DE POETAS

HISPANO-AMERICANOS



3



PQ7084

A5

v. 3

199 081

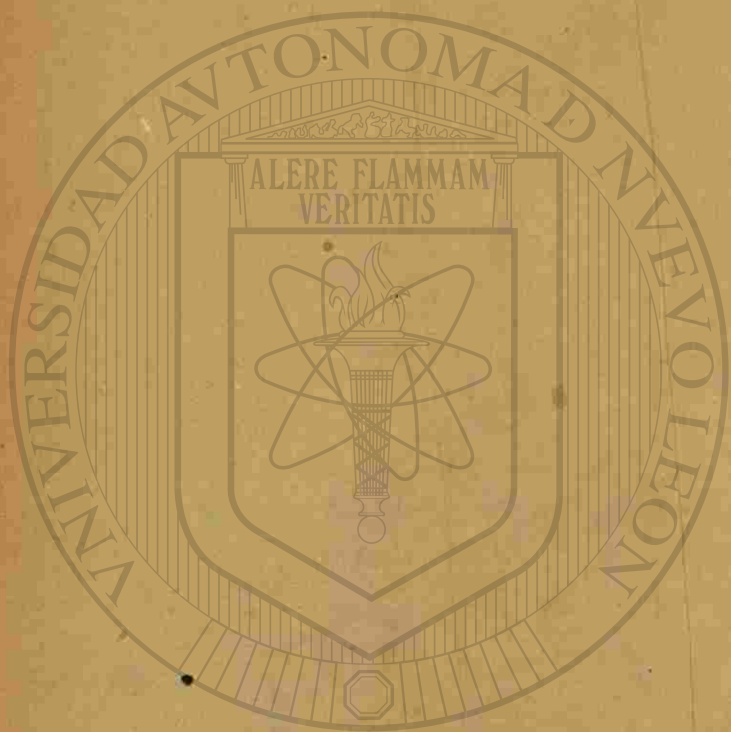


1080019124

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis



ANTOLOGÍA

DE

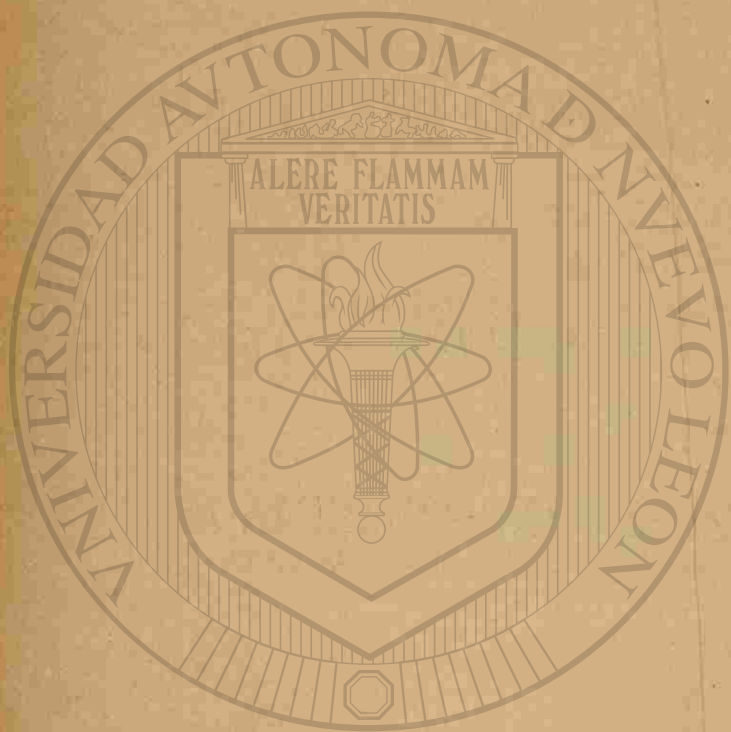
POETAS HISPANO-AMERICANOS.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





ANTOLOGÍA

DE

POETAS HISPANO-AMERICANOS

PUBLICADA POR LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

TOMO III.

COLOMBIA.—ECUADOR.—PERÚ.—BOLIVIA.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Tellez

MADRID

EST. TIP. «SUCESORES DE RIVADENEYRA»
IMPRESORES DE LA REAL CASA

Paseo de San Vicente, núm. 20

1894

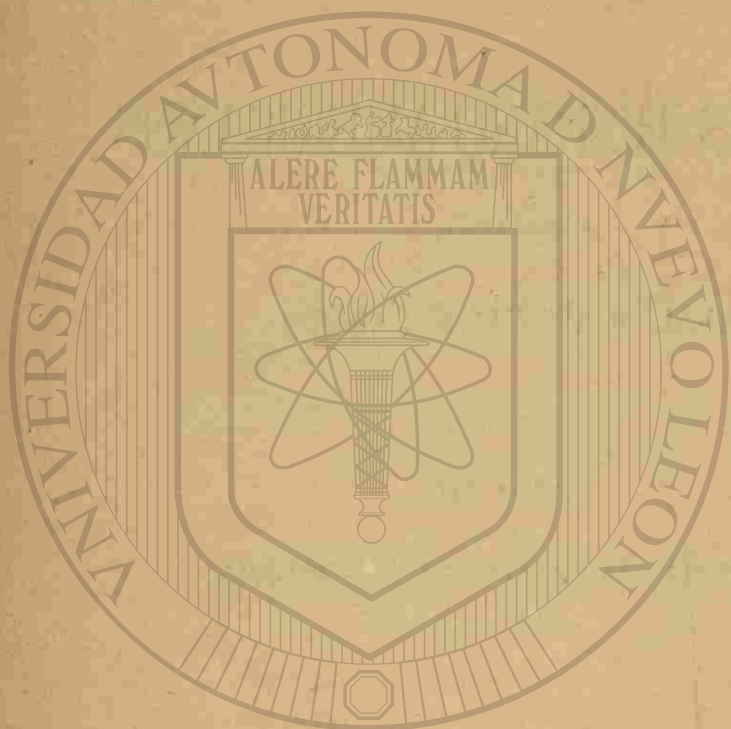


VALVERDE Y TELLES
FONDO EMETERIO
40380

PQ 7084

A5

v. 3



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

INTRODUCCIÓN.

VIII.

COLOMBIA.

La cultura literaria en Santa Fe de Bogotá, destinada á ser con el tiempo la Atenas de la América del Sur, es tan antigua como la conquista misma (1). El más antiguo de sus escritores es precisamente su fundador, el dulce y humano cuanto rumboso y bizarro abogado cordobés Gonzalo Jiménez de Quesada, conquistador y Adelantado del que llamó *Nuevo Reino de Granada*. Como hombre de letras que era en sus principios, manejó alternativamente la pluma y la lanza, y fruto de sus ocios

(1) Don José María Vergara y Vergara, varón digno de buena memoria, cristiano y simpático ingenio, prosista ameno é investigador diligente, aunque muy dado á la improvisación ligera en todas materias, publicó en 1867 una *Historia de la Literatura en Nueva Granada*, desde la conquista hasta la independencia (1538-1820), obrita digna de aprecio como primer ensayo y punto de partida para investigaciones ulteriores. En sus páginas se encuentran abundantes noticias de casi todos los autores que florecieron en el Nuevo Reino antes de 1820; pero es libro que ha de consultarse con cautela, porque abunda en errores de hecho. De todos modos, no habiendo sido sustituido hasta ahora por otro alguno, á sus noticias tenemos que acudir para los primeros tiempos, ampliándolas y rectificándolas con el fruto de nuestra propia indagación.

TOMO III.

003061

fueron unas Memorias ó compendio historial de sus conquistas, que llamó *Ratos de Suesca*; libro que en 1568 estaba para imprimirse, según consta por Real cédula; libro que existió hasta nuestros días en América y en España, que quizá existe hoy, aunque no sepamos á punto fijo su paradero, y que parece haber servido de fondo á las narraciones de otros cronistas, empezando por el más antiguo de todos, Juan de Castellanos. Escribió también el piadoso Adelantado unos sermones de las festividades de Nuestra Señora, para que se predicaran los sábados de Cuaresma en la misa que ordenó que se dijera por las almas de los conquistadores. Don Juan Bautista Muñoz vió además unos *Apuntamientos* ó correcciones suyas sobre las historias de Paulo Jovio; y recientemente el Sr. Jiménez de la Espada, aventajadísimo entre nuestros americanistas, ha dado á conocer un *Epitome de la Conquista del Nuevo Reino*, que es de Quesada, á lo menos en parte, y diverso de los *Ratos de Suesca*. Una curiosísima noticia de Juan de Castellanos en el canto XIII de la 4.^a parte de sus *Elegias*, recientemente descubierta y dada á luz con el título de *Historia del Nuevo Reino de Granada* (1), nos autoriza también para poner al Adelantado en el catálogo de los poetas ó versificadores, con la circunstancia de haber sido partidario de la escuela de Castillejo y de los metros antiguos contra el endecasílabo italiano. Sobre esto tenía grandes pendencias con Juan de Castellanos:

Y esta dificultad hallaba siempre
Jiménez de Quesada, licenciado,
Que es el Adelantado deste Reino,

(1) Tomo 1, páginas 366-67.

De quien puedo decir no ser ayuno
Del poético gusto y ejercicio;
Y él porfió conmigo muchas veces
Ser los metros antiguos castellanos
Los propios y adaptados á su lengua,
Por ser hijos nacidos de su vientre,
Y éstos advenedizos adoptivos,
De diferente madre y extranjera;
Mas no fundó razón, porque sabía
Haber versos latinos, que son varios
En la composición y cantidades,
Y aunque con diferentes pies se mueven,
Son legítimos hijos de una madre,
Y en sus entrañas propias engendrados;
Como lo son también en nuestra lengua,
Puesto que el uso dellos es moderno.....

Al mismo parecer se inclinaba otro poeta improvisador que andaba entre los conquistadores; de quien da Castellanos larga noticia. Llamábase el tal Lorenzo Martín

..... aquel que dió principio
Al pueblo hispano de Tamalameque.

.....
Éste fué valentísimo soldado,
Y de grandes industrias en la guerra,
El cual bebió también en Hipocrene
Aquel sacro licor que manar hizo
La uña del aligero Pegaso
Con tan sonora y abundante vena,
Que nunca yo vi cosa semejante,
Según antiguos modos de españoles;
Porque composición italiana,
Hurtada de los metros que se dicen
Endecasílabos, entre latinos,
Aun no corría por aquellas partes;
Antes cuando leía los poemas
Vestidos desta nueva compostura,
Dejaban tan mal son en sus oídos,
Que juzgaba ser prosa que tenía
Al beneplácito las consonancias,

Con ser tan puntal esta medida
 Que se requiere para mayor gracia
 Huir las colisiones de vocales.
 Y el Lorenzo Martín con ser extremo
 En la facilidad al uso viejo,
 Al nuevo no le pudo dar alcance.

Y ciertamente que si todos los endecasílabos que pudo alcanzar el pobre Lorenzo Martín eran de la fuerza de estos y otros tales de su compañero Castellanos, no le faltaba razón para quejarse de que *dejaban mal son en sus oídos*, y para renegar de la *nueva compostura* y volverse á sus «coplas redondillas repentinas», de las cuales era *manadero redundante*, y con las que alentaba el ánimo y distraía el hambre de sus compañeros en los trances más duros de la conquista. Castellanos nos da una muestra de estas improvisaciones en el canto XVII:

Sus, sus, hermanos míos;
 Trastornemos y busquemos
 Algo así que reformemos
 Los estómagos vacíos.
 Sacad de flaqueza bríos,
 Aunque estéis puestos de lodo,
 Si no queréis que del todo
 Nos quedemos patifríos.

Tenemos las camisetas
 Flojas, y anchos los jubones;
 Pretinas de los calzones
 Encogen las agujetas.
 Todos bailamos gambetas
 Al son de los estrompiezos,
 Y tenemos los pescuezos
 Más delgados que garcetas.

Quedan de los cerviguillos
 Solamente los hollejos;
 Los más mancebos son viejos
 En rostros y colodrillos.
 Nuestros vientres tan sencillos,
 Que ternía cada uno

Por liviano desayuno
 Menudo de dos morrillos.

.....
 Los pasos que dais oblicos,
 Flojos, remisos y tardos,
 Se volverán en gallardos
 En cebando los hocicos.
 En esto seréis más ricos
 Que aquel Herodes Antipas,
 Y sosegarán las tripas
 Que nos hacen villancicos.

..... (1)

Nada de esto es poesía ciertamente; pero ¡cuánto agrada encontrar en aquel pequeño grupo de heroicos españoles perdidos en las soledades de los Andes un eco de las contiendas literarias que en la Península traían los petrarquistas enamorados del arte italiano, con los partidarios de la *medida vieja!*

Eran los primeros pobladores del Nuevo Reino, según expresión del mismo Castellanos,

Gente llana, fiel, modesta, clara,
 Leal, humilde, sana y obediente.

Á lo selecto de esta población, que no había manchado su conquista con ninguna de las ferocidades y excesos de sórdida codicia que anublaron la gloria de la del Perú, correspondió desde el principio la paz inalterable en que vivió aquella colonia, la moderación de su gobierno, la templanza de las costumbres y lo arraigado de las tradiciones domésticas, más fáciles de conservar en una población agrícola y sedentaria, aislada en las mesetas de los Andes y separada de la costa por inmensos

(1) Tomo II, páginas 50-52.

desiertos y ríos caudalosos, que en la muchedumbre abigarrada y levantisca que acudía á los puertos ó á las grandes explotaciones mineras.

A tal estado de cosas acompañó desde muy pronto el celo por la común instrucción; y aunque es cierto que el virreinato de Santa Fe no participó de los beneficios de la imprenta hasta el siglo XVIII, quedando en esto muy inferior á México y Lima, también lo es que tuvo desde los primeros días establecimientos de enseñanza. Ya por Real cédula de 27 de Abril de 1554 se mandó á la Chancillería del Nuevo Reino proceder al establecimiento de un colegio para indios. Otra cédula de 18 de Febrero de 1555 mandó crear otro colegio para huérfanos españoles y mestizos. El Seminario de San Luis, fundado por el obispo D. Fr. Luis Zapata de Cárdenas, obtuvo organización definitiva en 1592, en tiempo de su sucesor D. Bartolomé Lobo Guerrero, y de él se encargaron los jesuitas, que le rigieron hasta su expulsión en 1765, con estudios de artes, gramática y teología y una cátedra de lengua *muisca*. Los dominicos, primeros religiosos que habían penetrado en el Nuevo Reino con el Adelantado Ximénez de Quesada, de cuyo nombre es inseparable el de Fr. Domingo de las Casas, enseñaban en su convento gramática desde 1543, y artes y teología desde 1572. Estos estudios fueron la base de la Real y Pontificia Universidad de Santo Tomás, que no llegó á existir definitivamente hasta 1627, después de largo y reñido pleito ganado por los dominicos contra los jesuitas. Éstos, no obstante, continuaron llamando á su colegio *Universidad Xaveriana*, y sucesivamente establecieron otros en Honda, Pamplona, Tunja, Cartagena y Antioquía, hasta el número de 13.

Con ellos y los que tenían los dominicos y el de San Buenaventura y otros que fundaron los franciscanos, llegó á haber 23 en todo el Nuevo Reino, siendo de los más importantes por su dotación el del Rosario, fundado en 1653 por el arzobispo D. Fr. Cristóbal de Torres.

De este modo, y á pesar de la enorme dificultad de tener que enviar á la Península todo libro ó papel para imprimirse, lo cual fué causa de que muchos quedasen inéditos, pudo Nueva Granada dar á la bibliografía española del siglo XVII un número de escritores bastante considerable, ya teólogos, ya juristas, ya arbitristas, como Luis Brochero, ya autores de crónicas, como Rodríguez Fresle y el agustino Fr. Andrés de San Nicolás, ya verdaderos historiadores, como el obispo Piedrahita, cuya obra, aunque impresa en los peores días del siglo XVII (1688), no se resiente mucho en el estilo de la corrupción literaria de aquel tiempo (1), ya gramáticos de lenguas indígenas, como el dominico Fr. Bernardo de Lugo, los jesuitas José Dadey y Francisco Varaix, alguno de los cuales llegó á versificar en el idioma de los chibchas ó de los muisca.

Los monumentos de la poesía castellana en el virreinato de Nueva Granada son escasísimos, y el más importante, sin comparación, entre todos ellos, es el más antiguo, que aquí, por ser nacido en España su autor, sólo puede entrar como de soslayo. Fácilmente se entenderá que me refiero al beneficiado de Tunja, Juan de

(1) *Historia General de las Conquistas del Nuevo Reino de Granada. Edición hecha sobre la de Amberes de 1688. Bogotá, Imp. de Medardo Rivas, 1881. Con un excelente prólogo de D. Miguel A. Caro.*

Castellanos, infatigable rapsoda, que en más de 150.000 endecasílabos, entre rimados y sueltos, nos dejó escritas todas las entradas y conquistas de los españoles en las Antillas, en Costa Firme, en Nueva Granada y en la gobernación de Popayán, con los nombres, proezas y casos trágicos de todos los descubridores, capitanes y aventureros. Es el poema más largo que existe en lengua castellana (aun incluido el *Templo Militante y Flos Sanctorum*, de Cairasco), y quizá la obra de más monstruosas proporciones que en su género posee cualquier literatura. Sólo alguna crónica rimada, francesa ó alemana, de los tiempos medios, puede irle á los alcances en esto de la extensión, con la diferencia de ser ellas, por lo común, mera compilación de textos anteriores en prosa ó en verso, al paso que la obra de Castellanos es de todo punto original, y en parte se refiere á hechos que el mismo autor presencié ó que oyó contar á testigos fidedignos.

La patria de este versificador irrestañable, á quien no pueden negarse algunas dotes de poeta, consta en el canto segundo de su elegía VI, y se ha confirmado por el hallazgo de su partida de bautismo:

Y un hombre de Alanis, natural mío.....

Nació, pues, en 1522, en Alanis, pueblo del Arzobispado de Sevilla, quedando así deshecha la absurda opinión que le suponía nacido en Tunja, ciudad que no se fundó hasta 1539. Su vida escasamente puede rastrearse por las indicaciones que acá y allá dejó esparcidas en sus *Elegías*, aunque, ya por modestia, ya por otras causas, gusta de hablar de los otros mucho más que de sí propio. Lo averiguado es que pasó en edad temprana

á Indias, que anduvo peregrinando por diversas partes de Costa Firme, que demoró largo tiempo en las pesquerías de perlas (y esclavos) de Cubagua y el golfo de Paria, que luego encontró una especie de Capua ó paraíso de deleites en la isla Margarita, servido por *meztizas mozas diligentes*,

Instruidas de mano castellana,
Lascivos ojos, levantadas frentes,
De condición benévola y humana;

y que después de haber *gastado por allí su primavera*, extinguida ya la granjería de las perlas, y cansado de la guerra *cruel, feroz y airada*, determinó enmendar su turbia y azarosa vida, *haciendo como los malhechores que suelen recogerse á sagrado*, y en 1559 cantó misa en Cartagena de Indias. De allí pasó en 1561 de beneficiado á Tunja, donde *con medianía de sustento* pasó el resto de sus días, que fueron larguísimos, puesto que en 1606, á los ochenta y cuatro años de su edad, pudo otorgar testamento ológrafo, que es de la mayor curiosidad, sobre todo por el inventario de sus bienes, en que, al lado de un *Agnus Dei* y un crucifijo, aparecen una espada corta de camino y una rodela blanca de madera de higuieron, curiosa mezcla de los hábitos del viejo conquistador y del sacerdote (1).

(1) Las *Elegías de varones ilustres de Indias* aparecieron en la Biblioteca de Rivadeneira, limpias y escuetas de toda noticia acerca de su autor; pero después se ha trabajado mucho para restaurar su biografía. Citaremos los principales trabajos:

Acosta (Coronel José Joaquín). Artículo en el tercer número de la *Antología española*, Madrid, 1848.

Vergara. *Literatura en Nueva Granada*, cap. II. Leyó en las *Elegías* la ver-

Mucho debía dar de sí el ocio de Tunja, y extraordinaria era, sin duda, la facilidad de Castellanos para versificar, cuando, además de su enorme poema, mandó á España para imprimir «un libro en octavas rimas de la vida, muerte y milagros de San Diego de Alcalá», para cuya estampación dejó 100 pesos de veinte quilates, de que probablemente darían mala cuenta sus albaaceas, puesto que el libro por ninguna parte aparece. Aun de sus *Elegías* sólo llegó á ver impresa la Primera parte

dadera patria de Castellanos; pero en su conato biográfico comete gran número de errores.

Fernández Espino. *Curso Histórico-Crítico de Literatura española*, t. I, página 496. Descubrió y publicó la partida de bautismo de su paisano Castellanos.

Caro (M. Antonio). Tres artículos en el *Repertorio Colombiano*, 1879 y 1880. Descubrió y extractó el testamento que se conserva en Tunja.

Paz y Melia (D. A.). Primer editor de la cuarta parte de las *Elegías*. En su *Introducción* resume hábilmente cuanto se sabe ó conjetura sobre Castellanos.

Jiménez de la Espada (M.). *Juan de Castellanos y su Historia del Nuevo Reino de Granada*, Madrid, 1889. (Extracto de la *Revista Contemporánea*.) Trabajo de ingeniosa crítica y peregrina erudición, en que se amengua mucho el valor del testimonio histórico de Castellanos, aun en lo relativo á su persona.

He aquí el título de la rarísima edición de la *Primera parte*:

Primera parte de las Elegías de Varones Ilustres de Indias, compuestas por Juan de Castellanos, Clérigo, Beneficiado de Tunja en el Nuevo Reyno de Granada. En Madrid, en casa de la Viuda de Alonso Gómez, Impresor de S. M. Año 1589, 4.º, 202 páginas. Tiene una especie de retrato del autor, grabado con la tosquedad más horrible.

Las partes 2.ª y 3.ª de las *Elegías* se imprimieron (juntamente con la 1.ª) en el tomo IV de la *Biblioteca de Autores Españoles*, por copias sacadas de la colección Muñoz.

La 4.ª y última parte, descubierta en estos últimos años, ha sido dada á luz con mucho esmero y con un índice muy útil de todos los nombres propios mencionados en la obra entera de Castellanos, por D. Antonio Paz y Melia: *Historia del Nuevo Reino de Granada*, Madrid, 1887. Forma dos volúmenes de la *Colección de Escritores Castellanos*.

en 1589, habiéndose salvado las otras tres como de milagro. Todavía hoy no están reunidas las cuatro bajo un mismo techo. De todos modos, la caprichosa fortuna ha dado al buen cura de Tunja, corriendo los tiempos, el honor, no enteramente proporcionado á sus méritos, de ocupar nada menos que un tomo íntegro de la *Biblioteca de Autores Españoles*, donde no pudieron meter la cabeza ni D. Alonso el Sabio, ni el Marqués de Santillana, ni Juan de Mena, ni Boscán, ni Juan de Valdés, ni Fr. Jerónimo de Sigüenza, ni el bachiller Francisco de la Torre, ni otros innumerables próceres y maestros de la poesía y de la prosa, que en ninguna colección clásica podían ni debían faltar. Es de presumir que las diez ó doce mil octavas de Castellanos no hayan tenido muchos lectores de buena voluntad que les hinquen el diente y prosigan hasta el fin, aun engolosinados con la extrañeza de las cosas que cuenta; pero no hay duda que por este azar de la suerte, más feliz para Castellanos que para los suscriptores de la Biblioteca de Rivadeneyra, las *Elegías de Varones Ilustres* son libro muy conocido, si no de trato, á lo menos de nombre y vista, aun por los menos versados en las cosas de Indias.

La gran desdicha de este libro es estar en verso. Y no porque, mirado á trozos, no los tenga felices, y episodios y descripciones variados y deleitables, y gran número de octavas bien hechas, que pueden entresacarse y lucir solas; sino por la exorbitante cantidad de ellas, por las innumerables que hay desmañadas, rastreras y prosaicas, por la dureza inarmónica que comunican al metro tantos nombres bárbaros y exóticos, y por la obscuridad que muchas veces resulta del empeño desacordado en que el autor se puso de versificarlo todo, hasta las fechas,

valiéndose para ello de los rodeos más extravagantes. Y lo más doloroso es que Castellanos había empezado por escribir su Crónica en prosa, que hubiera sido tan fácil y agradable como lo es la de sus proemios, y luego, mal aconsejado por amigos que habían leído la *Araucana*, y le creían capaz de competir con Ercilla, gastó nada menos que diez años en la estéril tarea de reducir la prosa á verso, «ingiriendo á sus tiempos muchas digresiones poéticas y comparaciones y otros colores poéticos con todo el buen orden que se requiere». Pésimo consejo, en verdad, y malhadada condescendencia la suya, puesto que así, en vez de un montón de versos casi ilegibles de seguida, hubiéramos tenido una de las mejores y más caudalosas crónicas de la conquista.

Llamó á su poema *Elegías de Varones Ilustres de Indias*, título que nada tiene de impropio en el sentido en que él lo aplica, atendiendo á los casos desastrados y trágicas muertes de la mayor parte de los conquistadores, á cada uno de los cuales suele dedicar un epitafio en latín y castellano; porque también versificaba, y no mal, en la lengua clásica. Dividió su obra, como dicho queda, en cuatro partes. Comprende la primera las navegaciones de Colón y conquista de la isla Española, las de Cuba, Puerto Rico, Trinidad, Paria, Margarita y Cubagua, con las primeras entradas por el Orinoco, y los románticos sucesos de Pedro de Ursúa y el tirano Lope de Aguirre. La segunda parte abraza los sucesos de Venezuela y Santa Marta; la tercera la historia de Cartagena, Popayán y Antioquia; la cuarta, los sucesos de Tunja, Santa Fe y otras partes del Nuevo Reino de Granada.

Dos juicios distintos pueden recaer sobre el conjunto de la obra de Castellanos. Considerada como testimonio

histórico, su valor es evidente, aunque no pueda admitirse sin algunas restricciones. Castellanos cuenta en gran parte lo que vió y lo que oyó á los conquistadores, y cuida siempre de mencionar los nombres de los que le informaron: disfrutó también algunas relaciones manuscritas, entre ellas el *Compendio historial* de Gonzalo Ximénez de Quesada. Pero Castellanos escribió sus *Elegías* en edad avanzadísima, cuando flaquea la memoria más firme y privilegiada; y aunque la suya fuese de las más monstruosas, como lo prueba el inmenso número de sucesos y de personajes, muchos de ellos oscuros, de que hace mención en su libro, no pudo menos de equivocarse muchas veces, ya en el orden de los acontecimientos, ya en su fecha exacta. De esto hay continuos ejemplos, que le hacen guía poco seguro en cuanto á la cronología, como ya apuntó el coronel Acosta y ha demostrado en gran número de casos el Sr. Jiménez de la Espada. Y aun esto por lo tocante á las cosas de su tiempo; que en otras más remotas, como los viajes de Colón, escribió por tradición vaga, consignando no pocas patrañas que andaban en boca de marineros y soldados, por lo cual su autoridad no puede ni debe ser invocada sin la prudente cautela que él mismo insinúa en aquellos dos tan conocidos versos:

Y si, lector, dijeres ser comento,
Como me lo contaron te lo cuento.

Por lo que toca al valor literario de las *Elegías*, hay juicios muy encontrados. Mientras unos las desdeñan como libro útil sólo para el estudio de los americanistas, pero del cual debe huir toda persona de gusto, otros hacen de ellas tales encarecimientos, que obligarían á

tenerlas por joya de nuestro Parnaso. El prologuista anónimo de la Biblioteca de Rivadeneyra, de quien es de presumir que las recorrió muy por encima, puesto que ni siquiera acertó á leer en ellas la patria del autor, pondera en términos un tanto hiperbólicos «la facundia inagotable de Castellanos, la increíble facilidad de su versificación, la cual, generalmente correcta y fluida, aunque á veces demasiado trivial y desaliñada, no se detiene en los obstáculos que le ofrecían la exactitud numérica de las fechas, ni los extraordinarios nombres de los indios y de las regiones que habitaban.» «Las escenas terribles y las graciosas—añade;—las batallas más sangrientas y las caminatas más difíciles; fiestas lucidas, cultos solemnes, paisajes floridos y voluptuosos, espectáculos naturales llenos de horrorosa grandiosidad, todo se presta con igual holgura y ligereza al ritmo de este grande y fecundo versificador; para todo encuentra en su imaginación fértil y variada ritmos sonoros, cortes de verso naturales, consonantes propios y escogidos, y frases, si no eminentemente poéticas, á lo menos elegantes, bien construidas y muy raras veces torcidas de su prosodia para formar la cadencia legítima y llenar el número requerido.»

Menos entusiasta el coronel Acosta, afirma, sin embargo, que «en las descripciones de comarcas, en las de refriegas y encuentros con los indígenas, y particularmente en la pintura de las impresiones que causaban á aquellos animosos y duros conquistadores lo peregrino de la tierra y de las gentes que tenían que domeñar, y lo inaudito de sus propias andanzas y aventuras, no conocemos cronista que le aventaje».

Vergara, que era la indulgencia personificada, llega

á llamar á Castellanos «gran poeta», y hasta á darle la palma sobre Ercilla, lo cual francamente nos parece una blasfemia literaria. Pero apartada toda comparación con la *Araucana*, que á pesar de sus defectos está á cien codos sobre todos los poemas de asunto americano, no hay duda que Castellanos supera á los restantes, y que sin grave injuria no se le puede comparar con los autores de *El peregrino indiano* ó de la *Argentina* ó del *Purén indómito*. Su obra, más monstruosa que ninguna en cuanto al plan, no es realmente un poema, ni siquiera una crónica, sino un bosque de crónicas rimadas, en que pueden distinguirse tantos poemas como personajes; pero el que tenga tiempo y valor para internarse en este bosque, no dará por perdida la fatiga, cuando tropiece con episodios como el del naufragio del licenciado Zuazo, ó la tremenda historia de Lope de Aguirre, ó la amena descripción de la isla Margarita. Hay que distinguir también entre las diversas partes de la obra: la primera es poéticamente muy superior á las demás. Es evidente que conforme avanzaba la edad de Castellanos, decrecían sus fuerzas poéticas, y el cronista árido y monótono se iba sobreponiendo al abundantísimo versificador. La parte compuesta en octavas es agradable muchas veces; pero los versos sueltos, que ya abundan mucho en la tercera parte y dominan en la cuarta, son de todo punto intolerables. Juan de Castellanos no tenía idea del arte peculiar de construirlos, y no es maravilla cuando en España y aun en Italia casi todo el mundo lo ignoraba. Los escogió sencillamente porque le parecieron más fáciles, y resultaron tales que sin ningún esfuerzo pudieron reducirlos á prosa los cronistas Fr. Pedro Simón y D. Lucas de Piedrahita, que nos dieron á leer

esta parte de la obra de Castellanos en forma mucho más agradable. Participó, pues, en cierta manera el buen clérigo de Tunja, no por su genio, sino por su veracidad, del privilegio de los genuinos poetas épicos, rapsodas primitivos y autores de cantares de gesta, cuyas narraciones han venido con el tiempo á ser material de historia y á transcribirse cuasi á la letra en compilaciones del género de nuestra *Estoria d'España*.

Pero dejados aparte los versos sueltos, y también todo aquello que en las octavas es pura prosa (y será en buena cuenta más de la mitad de tan tremendo librote), todavía un espíritu curioso, y no excesivamente rígido, puede encontrar cierto placer en leer á saltos las *Elegías de Varones Ilustres de Indias*, aun prescindiendo del grande interés histórico, y á veces novelesco, de su contenido. Encontrará en Castellanos no sólo viveza de fantasía pintoresca, que es, sin duda, la cualidad que en él más resplandece, sino arte progresivo en ciertas narraciones; mucha franqueza realista en la ejecución, cuando este realismo no degenera en chocarrería trivial y soldadesca, más propia de un mariscador de la playa de Huelva que de un clérigo anciano y constituído en dignidad; sabrosa llaneza y castizo donaire, cierto decir candoroso y verídico, que hacen simpatizar con el poeta: espíritu vulgar sin duda, de conciencia un tanto laxa y acomodaticia con las bizarrías y desmanes de los conquistadores, pero muy despierto y muy aleccionado por la vida; curioso de muchas cosas, sin excluir la historia natural ni las costumbres de los indios; menos crédulo y más socarrón de lo que á primera vista parece; dado á cuentos y chismes de ranchería más de lo que á la gravedad de la historia

conviene, pero por eso mismo más interesante y divertido para nosotros; viejo gárrulo y prolijo, cuya charla unas veces entretiene y otras ayuda á conciliar el sueño. Como versificador no se para en barras y rompe por donde puede, pero su facilidad es realmente asombrosa. Y si se repara que salió de España cuando todavía estaba muy lejos de haber triunfado la grande escuela del siglo XVI, no se alcanza bien cómo en las selvas de América llegó á adquirir el dominio de la octava toscana, que á veces construye como maestro, con gran desenvoltura y gentileza. El caso de D. Alonso de Ercilla, hombre culto y nutrido con el estudio de los poetas italianos, especialmente del Ariosto, es muy diverso. Castellanos era un aventurero de infima condición: hubo de pasar á Indias de doce ó catorce años, sin haber cursado en escuela alguna, que sepamos: lo que aprendió debió de aprenderlo solo, y esto no sólo de poesía y de humanidades, sino de náutica y cosmografía. Y, sin embargo, pudo decir de él el historiador tan sesudo y respetable como Agustín de Zárate, en la censura que por comisión del Consejo de Indias hizo de las *Elegías*, que «cuando trata de materia de astrología, en las alturas de la línea y puntos del Norte y sol y estrellas, se muestra ejercitado astrólogo, y en las medidas de la tierra muy cursado cosmógrafo y geógrafo, y cursado marineró en lo que toca á la navegación....., finalmente, que ninguna cosa de la Matemática le falta». Y si á esto se añade que escribió de primera intención la historia de una parte muy considerable del Nuevo Mundo, la cual sólo Gonzalo Fernández de Oviedo había tocado en la parte inédita de su obra, que Castellanos no pudo conocer, no habrá razón para regatearle los servicios que realmente

prestó como primero, y aun puede decirse como único cronista antiguo del Nuevo Reino, puesto que Piedrahita y él son en rigor una misma cosa. Bien considerado todo, hay que respetar á Castellanos con la carga de sus ciento cincuenta mil versos, y reconocer que, como él decía, «no comió de balde el pan» de su beneficio de Tunja.

Al frente de las diversas partes de las *Elegías* se encuentran versos laudatorios de otros ingenios de la colonia; epigramas latinos nada despreciables de los dominicos Fr. Alberto Pedrero y Fr. Pedro Verdugo, del tesorero eclesiástico de Santa Fe, Miguel de Espejo, del Arcediano Francisco Mexía de Porras, de Pedro Díaz Barroso y Miguel de Cea; sonetos castellanos del licenciado Cristóbal de León, vecino de Santa Fe, de Sebastián García, *natural de Tunja en el Nuevo Reino*, de D. Gaspar de Villarroel y Coruña, de Francisco Soler y Diego de Buitrago, vecinos también de Tunja, pueblo entonces tan importante como venido hoy á menos, y donde parece haberse formado en torno de Castellanos un pequeño grupo poético. Otros ingenios le elogiaron también, pero los omitimos porque no consta que fuesen americanos ni moradores en América. Si á estos versos, que no son ni peores ni mejores que los que suelen encontrarse en principios de libros, se añaden los elogios que Castellanos hace de varios poetas amigos suyos en el contexto de sus *Elegías*, tendremos reunido todo lo que hasta ahora se sabe del primer siglo de la poesía *neo-granadina*, que tratándose de estos tiempos no nos parece bien llamar *colombiana* (1).

(1) Al principio de la *Milicia y Descripción de las Indias*, del capitán Var-

El siglo xvii fué en aquella colonia no sólo de mal gusto, sino de grande esterilidad poética. Sólo pueden citarse algunos versificadores gongorinos, pero aun éstos fueron poco fecundos, ó han dejado corto número de poesías impresas (1). Dejando, pues, á la piadosa diligencia de los eruditos bogotanos el apurar el catálogo de aquellos cuyas obras se han perdido, ó de quie-

gas Machuca (Madrid, 1599), hay versos de dos poetas neo-granadinos: una *Epístola persuasoria del Capitán Alonso de Carvajal, natural de la ciudad de Tunja, en el Nuevo Reino de Granada, al sabio y prudente lector* (en verso suelto), y un soneto del licenciado Francisco de la Torre Escobar, natural de Santa Fe, del Nuevo Reino de Granada.

(1) Véase, además del libro de Vergara, el notable prólogo de D. José Rivas Groot al *Parnaso Colombiano* de D. Julio Añez. Bogotá, 1886, 2 tomos. Citarémos dos papeles rarísimos que se describen en el cuarto tomo del *Ensayo*, de Gallardo:

—«*Fúnebre panegírico en la muerte de Pedro Fernández de Valenzuela, y en la dulce memoria de su amable consorte Doña Juana Vázquez de Solís, vecinos de la muy noble y muy leal ciudad de Santa Fe de Bogotá, en el Nuevo Reino de Granada, Indias Occidentales. Escribiólo su hijo el P. D. Bruno de Solís y Valenzuela, Monje de la Real Cartuja de Santa María del Paular. Embiólo al Bachiller D. Pedro de Solís y Valenzuela, Presbítero su hermano, y también á sus amantísimas hermanas Feliciano de San Gregorio y María Manuela de la Cruz, Monja de Santa Clara, y á sor Clara de San Bruno, Monja de Santa Inés.*» (4.º, 12 págs. Sin lugar de impresión: la dedicatoria está fechada en Jerez de la Frontera, á 10 de Marzo de 1862.)

—«*Victor y festivo parabién y aplauso gratulatorio á la Emperatriz de los cielos, Reina de los Angeles, María Santísima Señora Nuestra, en la victoria de su purísima Concepción, conseguida en Roma á ocho de Diciembre de 1661. Y á Nuestra S. S. P. Alejandro VII, Pontífice Máximo, y á nuestro muy Cathólico Rey Felipe IV el Grande, Monarca de ambas Españas, y Emperador del Nuevo Mundo, y á los demás que concurrieron en esta felicísima vitoria. En ciento y ocho redondillas españolas, glosando este antiguo verso: «Sin pecado original». Escribiólas un sacerdote, natural de la muy Noble y Leal Ciudad de Santa Fe de Bogotá, cuyo nombre va en las mismas.*»

.....4.º de 4 hojas, con grabados en madera, y sin señas de impresión.

El presbítero declara sus dos apellidos, *Solis y Valenzuela*, en el contexto de las coplas, y debe de ser el Bachiller D. Pedro, hermano del monje cartujo autor del papel anterior.

nes sólo se conserva algún soneto laudatorio ó alguna otra composición de circunstancias, hablaremos solamente de Hernando Domínguez Camargo, que probablemente no fué el peor de todos, y que por lo menos tuvo la suerte de dejarnos bastantes muestras de su ingenio. Su *Poema Heroico de San Ignacio de Loyola* (1) es sin duda uno de los más tenebrosos abortos del gongorismo, sin ningún rasgo de ingenio que haga tolerables sus aberraciones. Pero en el *Ramillete de varias flores poéticas* que en 1675 formó con versos propios y ajenos el guayaquileño Maestro Jacinto de Evia, hay algunas composiciones de Domínguez Camargo menos malas, y que le acreditan siquiera de versificador robusto y valiente, aunque anulado como tantos otros por el mal gusto. En los romances, sobre todo, tiene algo de lo bueno de Góngora mezclado con muchísimo de lo malo. No puede negarse bizarría al romance de *La muerte de Adonis*, por ejemplo, que parece eco lejano del de *Angélica y Medoro*.

(1) S. Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús. Poema heroyco. Escribiólo el Doctor D. Hernando Domínguez Camargo, natural de Santa Fe de Bogotá del Nuevo Reino de Granada en las Indias Occidentales. Obra póstuma. Dada á la estampa el Maestro D. Antonio Navarro Navarrete..... En Madrid, por Joseph Fernández y Buendía, Año de 1696, 4.º

El Maestro Navarro, que era quiteño, nos dice hablando de Camargo: «Fui siempre estimador de su ingenio y apreciador de sus versos; y aunque deseé comunicarle en vida, nunca pude por la distancia de muchas leguas que nos apartaban, hasta que supe de su muerte con harto dolor mio..... No acabó el poema, devotamente confiado en que el Santo, con su intercesión, le habia de dilatar la vida, hasta que marcado con el sello del último primor y elegancia lo sacrificara en sus aras..... Pero en tan honrosa constanza le cogió la muerte; ó fuese por excusarle esta vanidad á su ingenio, ó por dejar más impresa con dolor esa mayor memoria suya, viendo que al mediodía del sol de su lucido ingenio se habia anticipado el funesto ocaso de su muerte.»

Las formas predilectas de este desafortado versificador, culterano á un tiempo y conceptista, son la metáfora y la antítesis. Cuando describe el salto del arroyo de Chillo, unas veces le presenta como un toro, y otras como un potro que va á estrellarse en las peñas:

Corre arrogante un arroyo
Por entre peñas y riscos,
Que enjazedo de perlas
Es un potro cristalino.

.....
Bátenle el ijar sudante
Los acicates de espinos,
Y es él tan arrebatado
Que da á cada paso brincos.

Ciertos chispazos de talento que entre la lobreguez de sus poesías tiene Camargo, como decir de Cristo en la pasión, que mostraba

Feo hermosamente el rostro.....

inducen á ponerle entre los ingenios malogrados por la educación y el medio (1).

Algo semejante puede decirse de otro poeta santafereño de principios del siglo XVIII, D. Francisco Alvarez de Velasco y Zorrilla, gobernador y capitán general de las provincias de Neiva y la Plata. Vergara asegura

(1) Las poesías de Camargo se leen en el *Ramillete* de Evia, páginas 235 á 248, con el título de *Otras flores, aunque pocas, del culto ingenio y floridísimo Poeta el Doctor D. Hernando Domínguez Camargo.....*

Y dice el colector Evia: «El dolor que tengo es que sean tan pocas, siendo tan buenas..... mas las distancias de estas partes del Perú á aquellas del Nuevo Reyno de Granada, donde floreció, nos franqueó tan poco de estas riquezas.....»

haber visto, aunque de prisa, un tomo entero de obras suyas, impreso en Madrid, en 1703. Yo nunca he tropezado con él, y lo siento, porque la única poesía suya que trae Vergara (tomándola del *Papel Periódico*, de Bogotá, de 1792), es á saber, una carta en endechas á sor Juana Inés de la Cruz, tiene soltura y gracejo de buena ley, familiar y culto á un tiempo:

Paisanita querida
 (No te piques ni alteres,
 Que también son paisanos
 Los ángeles divinos y los duendes):
 Yo soy éste que trasgo,
 Amante inquieto, siempre
 En tu celda, invisible,
 Haciendo ruido estoy con tus papeles.....

Ya antes de ahora he tenido ocasión de notar que, aun en los tiempos de mayor decadencia para nuestra literatura, se conservó no marchita, en los claustros de religiosas, la delicadísima flor de la poesía erótica á lo divino, conceptuosa y discreta, á la vez inocente y profunda; la cual, no sólo en las postrimerías del siglo xvii, sino en todo el xviii, y á despecho del general entibamiento de la devoción, derramaba todavía su exquisito perfume en los versos de algunas monjas, imitadoras de Santa Teresa. Tales fueron en Portugal Sor María de Ceo, en México Sor Juana Inés de la Cruz (prescindiendo de sus méritos en la poesía profana y en otros estudios), en Sevilla Sor Gregoria de Santa Teresa, en Granada Sor Ana de San Jerónimo, y otras que, sin gran esfuerzo, podrían citarse. Á estos nombres pide la justicia que se añada el de Sor Francisca Josefa de la Concepción (conocida por *la Madre Castillo*), religiosa en el convento de Santa Clara de la ciudad de

Tunja († 1742), que escribió en prosa digna del siglo xvi una relación de su vida por mandato de sus confesores, y un libro de *Sentimientos Espirituales*, que viene á ser primoroso mosaico de textos de las Sagradas Escrituras (1). Dos romancillos intercala, no tan felices como la prosa, pero de la misma tradición y escuela.

Entretanto, los jesuitas habían introducido la imprenta en la colonia por los años de 1738, y precisamente un sermón, predicado en las honras de la Madre Castillo, fué de las primeras cosas que se estamparon. Pero esta imprenta del Colegio de Santafé tenía un carácter casi doméstico, y apenas produjo más que algunos catecismos, novenas y otros libritos de devoción. Desapareció con la expulsión de la Compañía; pero en 1783 fué sustituida por otra de más recursos y mayor importancia, la llamada *Imprenta Real*, dirigida por el tipógrafo segoviano D. Antonio Espinosa, que en 1787 publicó ya un trabajo de cierto empeño y ejecución bastante esmerada, la *Historia de Cristo paciente*, traducida por el Dr. D. José Luis de Azuola y Lozano. El mismo Espinosa fué quien hizo, en 1794, la edición clandestina de la *Declaración de los Derechos del Hombre*, traducida por el patriarca de la revolución neo-granadina, D. Antonio Nariño.

La poesía dormitaba de todo punto, y no hay para

(1) *Sentimientos Espirituales de la Venerable Madre Francisca Josefa de la Concepción de Castillo, Religiosa en el convento de Santa Clara de la ciudad de Tunja en la República Neo-Granadina del Sur-América. Escritos por ella misma de orden de sus confesores. Dados á luz por su sobrino A. M. de C. y A. En Santafé de Bogotá, Imp. de Bruno Espinosa por Benito Gaitán. Año de 1843, 8.º—Vida de la Venerable Madre Francisca Josefa de la Concepción, escrita por ella misma. (Filadelfia, 1817.)*

qué traer á cuento los insulsos versos laudatorios que se leen en la *Floresta de la Santa Iglesia Catedral de Santa Marta*, que escribió en 1739 el alférez D. José Nicolás de la Rosa, ni menos un esperpento dramático-alegórico que Vergara poseyó manuscrito, sin nombre de autor, y cuya portada decía á la letra: *No se conquistan las almas con violencias, y un milagro es conquistarlas: Triunfos de la Religión y prodigios del valor: los Godos encubiertos: los Chinos descubiertos: el Oriente en el Ocaso, y la América en la Europa: Poema épico-dramático soñado en las costas del Darien: Poema cómico, dividido en dos partes y cinco actos, con unas disputas al fin en prosa.*

Pero aunque estéril para la poesía, la segunda mitad del siglo XVIII fué en Bogotá de gran movimiento y transformación intelectual, la cual puede decirse que se determina entre dos fechas memorables, la expedición botánica de D. José Celestino Mutis en 1760, y el viaje de Humboldt y Bonpland en 1801. El gaditano Mutis, de quien dijo Linneo «*nomen immortale quod nulla aetas unquam delebit*», y á quien apellidó Humboldt «ilustre patriarca de los botánicos del Nuevo Mundo», fué el verdadero iniciador de la vida científica en el Ecuador y en Nueva Granada. En 1762 abrió una cátedra de Matemáticas y Astronomía en el Colegio del Rosario, donde expuso el sistema copernicano, inaudito aún en las escuelas de la América del Sur. Mutis formó y educó una generación de físicos, matemáticos y naturalistas, entre los cuales brillan los nombres de D. Francisco Antonio Zea, que andando el tiempo llegó á ser director del Jardín Botánico de Madrid; de D. José Domingo Duquesne, que escribió una disertación sobre el

Calendario de los Muiscas; de D. José Manuel Restrepo, autor del *Ensayo sobre la geografía, producciones, industria y población de la provincia de Antioquia*; de D. Francisco Ulloa, que lo fué del *Ensayo sobre el influjo del clima en la educación física y moral del hombre en el Nuevo Reino de Granada*; de don Jorge Tadeo Lozano, D. Eloy Valenzuela, D. Joaquín Camacho y otros varios, y del más ilustre que todos ellos, D. Francisco José de Caldas, víctima nunca bastante deplorada de la ignorante ferocidad de un soldado á quien en mal hora confió España la delicada empresa de la pacificación de sus provincias ultramarinas. Caldas, botánico, geodesta, físico, astrónomo, y á quien sin hipérbole puede concederse genio científico de invención, formó un herbario de cinco á seis mil plantas y dió grande impulso á la geografía botánica de la América del Sur, determinando los perfiles de las diversas ramificaciones de los Andes en la extensión de nueve grados de latitud, para dar á conocer la altura en que vegeta cada planta, el clima que necesita para vivir y el que mejor conviene á su desarrollo; inventó un método para medir alturas mediante la proporción entre el calor del agua hirviendo y la presión atmosférica; estrenó en 1805 el Observatorio astronómico de Bogotá, fundado por Mutis, y le dirigió con honra por espacio de cinco años; y como prosista didáctico, vigoroso, grandilocuente á veces, rico de savia y de imaginación pintoresca, dejó admirables fragmentos en sus Memorias sobre la Geografía del Virreinato y y sobre *el influjo del clima en los seres organizados*, donde hay páginas no indignas de Buffon, de Cabanis, de Humboldt. Estos y otros estudios de vulgarización científica, animada y brillante, se impri-

mían en el *Semanario de la Nueva Granada*, memorable revista que desde 1808 á 1810 dirigió Caldas. Allí están las primicias de la cultura bogotana, que de un salto pareció ponerse al frente de la de todas las demás regiones americanas, sin excluir á México, donde paralelamente había comenzado á desarrollarse un movimiento análogo. Bogotá, que tuvo el primer Observatorio de América, como México la primera Escuela mineralógica y el primer Jardín Botánico, precedió también á la mayor parte de las capitales del Nuevo Mundo, si no á todas, en abrir una Biblioteca pública desde 1777. Bajo el paternal gobierno del Arzobispo-Virrey D. Antonio Caballero y Góngora y de D. Joaquín de Ezpeleta, se ampliaron las dotaciones de los establecimientos de enseñanza, se crearon otros nuevos de Medicina y Ciencias, se reformaron los planes de estudios en el sentido de la investigación experimental y de la libertad científica, y una masa enorme de libros, introducida, ya directamente, ya por medio del contrabando, vulgarizó en la colonia todas las ideas, buenas y malas, del siglo XVIII. Si nuestros gobernantes no llegaron á prever con tiempo que el espíritu ardiente de los criollos no había de contentarse mucho tiempo con la ciencia pura, sino que había de lanzarse rápidamente á las extremas consecuencias políticas que en aquella cultura venían envueltas, aun esta misma generosa imprevisión es para sus nombres un título de gloria.

Si la prosa científica apareció adulta y perfecta, casi por instinto, en algunas páginas de Caldas y de sus colaboradores del *Semanario*, no podía esperarse otro tanto de la poesía entregada á copleros adocenados, que copiaban sin discernimiento lo más prosaico de la poe-

sía peninsular. Ya, al tratar de Cuba, hicimos mérito del famoso mulato D. Manuel del Socorro Rodríguez, primer bibliotecario y primer periodista de Bogotá, hombre honrado, laboriosísimo y por muchos conceptos benemérito, que desde 1791 hasta 1797 publicó, bajo los auspicios del virrey Ezpeleta, el *Papel Periódico de Santa Fe*, en 1806 *El Redactor Americano*, y más adelante otros papeles. Escribió innumerables poesías, ó más bien prosas rimadas, de que tengo algunos cuadernos manuscritos, y en Bogotá existen muchos más: todo ello frío, prosaico y arrastrado, como de quien se proponía por único modelo á Iriarte, remedándole en la falta de fuego, pero no en la discreción ni en el buen gusto, ni en otras cualidades muy relevantes con que Iriarte la disimula.

Casi al mismo tiempo que el periodismo, nació el teatro, que tuvo desde 1794 local estable construido á expensas del comerciante español D. Tomás Ramírez. Existían con más ó menos actividad varios círculos literarios. Don Antonio Nariño, uno de los pocos que ya en 1793 conspiraban de verdad contra la Metrópoli, proyectó establecer uno, consagrado á *la Libertad, la Razón y la Filosofía, al divino Platón y á Franklin*; pero su persecución y destierro á causa de haber impreso clandestinamente el libro de los *Derechos del hombre*, hizo que naufragase el proyecto y quedasen con nota de sospechosos los afiliados, aunque por entonces no se procediese más que contra Nariño y Zea, que fueron enviados á España bajo partida de registro. Contrastaba con el carácter tenebroso y revolucionario de esta Sociedad, la muy inofensiva *Tertulia Eutrápélica* que se reunía por las noches en casa del humilde y devotísimo

bibliotecario Rodríguez, para leer é improvisar coplas festivas de lo más candoroso que puede imaginarse. Otra tertulia por el estilo se reunía en casa de D.^a Manuela Santamaría de Manrique, con nombre de *Academia del Buen Gusto*, que ya había tenido en Madrid otra muy famosa y aristocrática en tiempo de Fernando VI. De los versificadores que pululaban en estos círculos de Bogotá, Socorro Rodríguez era el más fecundo; pero Vergara trae noticias, y á veces muestras, de otros varios. Ante todo, presenta un pequeño grupo de poetas nacidos en Popayán, extremo meridional del Virreinato: el improvisador D. José María Valdés, el satírico D. Francisco Antonio Rodríguez, y el elegiaco D. José María Gruesso, á quien la repentina muerte de su amada dictó unas *Noches* en romance endecasílabo, imitando á Young y á Cadahalso (1). Este trágico desengaño le llevó al sacerdocio, pero no le hizo abandonar el trato de las Musas durante toda su vida, que no fué corta, puesto que murió en 1835, de canónigo de la Catedral de Popayán. Su inspiración continuó siendo lúgubre, pero su gusto mejoró algo: tradujo en verso *Los Sepulcros*, de Harvey, y escribió un poema original en dos cantos, *Lamentaciones de Pubén*. De ellos transcribe Vergara estos versos, que no son enteramente malos:

¡Oh bosquecillos de frondosos mayos,
Románticos doquiera y hechiceros!
¡Sombras amables del jardín silvestre
Y de los altos robles corpulentos!

(1) *Las Noches de Zacarías Geussor* (anagrama de Gruesso), socio de la Junta Privada del Buen Gusto..... En la ciudad de Santafé de Bogotá. (Ms. citado por Vergara.)

En donde el Payanés, á quien natura
Dió un corazón sensible, dulce y tierno,
Iba á gemir de humanidad los males,
Ó á pasear sus caros pensamientos.

.....
Do tantas veces con su dulce lira
Cantó Valdés sus expresivos versos,
Ó el sabio Caldas, con pensar profundo,
En pos de Urania se subió á los cielos.
..... Yo así prefiero
La pobreza y miseria, y las desdichas,
Por pisar de Payán el triste suelo,
Para ofrecerle mi sensible llanto,
Para abrazar sus desdichados restos,
Para hacer un sepulcro en sus rúinas
Y mi vida acabar con sus recuerdos.

Cítanse de él también cuatro himnos para las escuelas, uno de ellos en estrofas sáficas. Gozó fama de orador sagrado, y los sermones suyos que andan impresos reflejan fielmente los cambios políticos de su tiempo y los de sus propias opiniones, realistas primero, republicanas después: una de estas oraciones fué predicada en las exequias de la segunda mujer de Fernando VII, otra en la fiesta de acción de gracias por el triunfo de Ayacucho. Contribuyó mucho á que se fundase la Universidad del Cauca, donde leyó en 1822 un discurso inaugural sumamente celebrado, pero que hoy pasaría por trozo de retórica palabrera.

Don José María de Salazar (1), que, andando el

(1) Nació en Rionegro (actual provincia de Antioquia) en 1785, y murió en París en 1828, después de haber desempeñado altos cargos diplomáticos. Además de varios opúsculos en prosa, publicó:

El Placer público de Santafé. Poema en que se celebra el arribo del Excelentísimo Sr. D. Antonio Amar y Borbon, Caballero profeso del orden de Santiago, Teniente General de los Reales Exércitos, Virrey, Gobernador y Capitan General del Nuevo Reyno de Granada, por D. José María Salazar, colegial de San

tiempo llegó á ser Magistrado en Venezuela y Ministro plenipotenciario de la Colombia de Bolívar, y autor del primitivo himno colombiano, era otro poeta prosaico, pero muy culto, que logró transitoria fama, debida en parte á su importancia oficial. Siendo estudiante, compuso *El Soliloquio de Eneas* y *El Sacrificio de Idome-neo*, dos de las primeras piezas originales que se representaron en el teatro de Bogotá. Suyo es también el *Placer público de Santa Fe*, poema en que se conmemora la llegada del virrey Amar y Borbón en 1804. En 1810 hizo una traducción en romance endecasílabo de la *Poética*, de Boileau, traducción muy inferior á las de Arriaza y el P. Alegre, y casi tan desmayada y prosaica como la de Madramany y Carbonell. En tiempo

Bartolomé..... Con licencia. En Santa Fe de Bogotá. En la Imprenta Real. Por D. Bruno Espinosa de los Monteros. Año de 1804.

Arte Poética de Monsieur Boileau, traducida al verso castellano por el doctor José María Salazar, quien la dedicó al Sr. José Ignacio Pombo, en el año de 1810. Bogotá. Impresa por Valentin Martínez. Año de 1828.

Empieza:

Piensa en vano subir un mal poeta
 Á la elevada cima del Parnaso,
 Cuando se empeña temerariamente
 En el arte de Apolo soberano:
 Si no siente del cielo la influencia,
 Si su estrella al nacer no lo ha formado,
 En aquella impotencia retenido,
 Ó de su propio genio siempre esclavo,
 Sordo le viene á ser el mismo Febo
 Y de tardías alas el Pegaso.....

La Colombiada ó Colón, el Amor á la Patria y otras poesías líricas. Caracas, 1852.

Empieza:

No hazañas canto de inhumana gente,
 Mas la de aquel varón esclarecido
 Que de Occidente á descubrir la tierra
 Atravesó el Atlántico temido.....

de la Independencia publicó dos poemas: *La Campaña de Boyacá* y *La Colombiada*; uno y otro yacen en el olvido más profundo.

Á los *Soliloquios trágicos* de Salazar hay que añadir *El Zagal de Bogotá*, de D. José Miguel Montalvo, representado en 1806, otra de las primeras, aunque infelices tentativas del teatro neo-granadino, que nunca ha medrado mucho. Montalvo murió fusilado en 1816 con Caldas y otros patriotas.

Como poeta jocoso, de aquellos cuyos donaires, en demasía triviales y caseros, no resisten á la dura prueba de los años, se cita al clérigo insurgente D. José Ángel Manrique, autor de dos poemas burlescos: *La Tocaimada* y *La Tunjanada*, que andan manuscritos. Más ingenio tuvo, aunque con frecuencia mal empleado, el doctor D. Juan Manuel García Tejada, á quien cuelgan generalmente la paternidad de cierto poemita en alto grado ofensivo á la pulcritud del olfato, y que será conocido de cualquier español por estas señas. Fué García de Tejada fidelísimo partidario de la causa realista; redactor de la *Gaceta de Santa Fe* en tiempo del general Morillo, llevó su lealtad hasta aceptar los rigores de la expatriación perpetua, y murió muy anciano en Madrid en 1845. Se perdió un largo poema que había compuesto sobre la revolución de Nueva Granada. Vergara le atribuye el siguiente soneto, que anda anónimo en algunos libros de devoción, y que si realmente es suyo, basta para que le perdonemos aquel insufrible pecado de mal olor y mala crianza á que principalmente va unido su nombre:

Á JESÚS CRUCIFICADO.

Á vos corriendo voy, brazos sagrados,
 En la cruz sacrosanta descubiertos,
 Que para recibirme estáis abiertos
 Y por no castigarme estáis clavados.
 Á vos, ojos divinos, eclipsados,
 De tanta sangre y lágrimas cubiertos,
 Que para perdonarme estáis despiertos,
 Y por no confundirme estáis cerrados.
 Á vos, clavados pies para no huirme;
 Á vos, cabeza baja por llamarme;
 Á vos, sangre vertida para ungirme;
 Á vos, costado abierto, quiero unirme,
 Á vos, clavos preciosos, quiero atarme
 Con ligadura dulce, estable y firme.

Otro soneto agradeciendo al arzobispo de Bogotá, Mosquera, una cuantiosa limosna que envió al pobre y anciano poeta, empieza con estos agradables versos:

Escucha Dios en su encumbrado cielo
 De humildes golondrinas el gemido,
 Cuando, lejanas del paterno nido,
 Vagan desamparadas en su vuelo.....

Poeta de festivo humor como García Tejada, aunque más limpio y comedido en sus gracias, y fidelísimo como él á la corona de España, fué el gaditano D. Francisco Javier Caro, tronco de la familia más ilustre en las letras colombianas, abuelo del vehemente y filosófico poeta José Eusebio Caro, y bisabuelo del grande humanista, poeta y crítico á quien debemos la mejor traducción de Virgilio que hay en nuestra lengua. Quedan de Caro, el abuelo, muchas décimas satíricas y burlescas en que campea la chispa andaluza más que el arte ni el estudio, al cual no era ajeno, sin embargo, puesto que dejó notas manuscritas á la *Poética* de Horacio, y sostuvo vic-

toriosas polémicas con D. Manuel del Socorro Rodríguez y su *Papel Periódico*. Tenía Caro especial inquina á la literatura de los criollos, pero envolvía esta desaprobarción suya en formas tan chistosas y era de carácter tan inofensivo y benévolo, aunque dado á chanzas y zumbas, que ninguna de sus víctimas literarias llegaba á enojarse con él, ni sus golpes hacían nunca sangre.

La familia de Caro vino á emparentar, andando el tiempo, con la de otro poeta, el Dr. D. Miguel de Tobar, natural de Tocaima, jurisconsulto insigne é incorruptible magistrado, de quien hace honrosa mención Groot en el tomo III de su *Historia Eclesiástica de Nueva Granada*. Por los años de 1814 á 1818 compuso el Dr. Tobar con fácil numen algunas odas horacianas, ó más bién del género y estilo de Fr. Diego González y Meléndez cuando querían imitar á Fr. Luis de León. Conozco las dirigidas *al Muña*, *al Tequendama*, y alguna otra, inéditas todavía en poder de su ilustre nieto D. Miguel Antonio Caro.

Si á estos nombres se añade el del presbítero de Popayán D. Mariano del Campo Larrondo y Valencia, que en 1801 envió al *Correo Curioso de Santa Fe de Bogotá* (periódico dirigido por D. José Tadeo Lozano, Marqués de San Jorge, y D. Luis Eduardo Azuola) algunas odas de Horacio, traducidas con bastante llaneza y prosaísmo, pero acompañadas de una excelente carta sobre el arte de traducir, que Larraondo entendía tan bien y practicaba tan mal (1), tendremos casi ago-

(1) En la Biblioteca de Bogotá se conservan dos cuadernos manuscritos intitulados: *Rasgos morales, filosóficos, históricos y políticos, en verso y prosa, compuestos y dedicados á la juventud de Popayán, por el Dr. D. Mariano del Campo Larrondo y Valencia, presbítero*. De ellos me dió noticia el Sr. Caro.

tado el catálogo de los buenos y malos versificadores de la escuela del siglo XVIII que florecían más ó menos obscuramente en los últimos días del virreinato de Nueva Granada, acompañando, aunque muy de lejos, el movimiento científico que dirigían Mutis, Caldas y sus amigos.

La guerra de la Independencia no suscitó en Nueva Granada ningún Olmedo. Débilmente está representada la poesía de este periodo por dos ingenios de la escuela clásica, Fernández Madrid y Vargas Tejada, que conservan cierta celebridad por los azares de su vida más que por el mérito de sus versos, apenas leídos ya de nadie. El Dr. Fernández Madrid, médico de Cartagena de Indias, se había dado á conocer como poeta en el *Semanario* de Caldas, insertando una oda *Á la Noche*, notable sólo por el artificio *polimétrico* con que, apartándose del rigorismo clásico y siguiendo las huellas de Arriaza (el poeta español más leído entonces en las colonias), se atrevía á introducir en una sola composición sextillas endecasilabas, octavitas de final agudo, y alexandrinos, preludivando en esto la libertad romántica. El torbellino revolucionario envolvió á Fernández Madrid, llevándole primero á la junta patriótica de Cartagena, luego al Congreso de las Provincias Unidas de Nueva Granada y Venezuela, en el cual se distinguió por su fácil y ardorosa elocuencia, y finalmente, aunque por breve tiempo y en circunstancias enteramente desesperadas, á la presidencia de la República, que sucumbió en sus manos en 1816. Fernández Madrid, que no tenía temple de héroe ni vocación de mártir, no sólo se rindió al pacificador Morillo, sino que en humildísima representación fingió retractarse solemnemente de sus antiguas ideas, y aun afirmó que sólo por evitar mayores

males y facilitar la sumisión del país había consentido en ponerse al frente de la insurrección. Esta representación (según el dicho atroz del historiador Restrepo) (1) «le salvó la vida, pero no el honor». El Dr. Madrid se quedó tranquilamente en la Habana ejerciendo su profesión y escribiendo versos, y cuando triunfó la independencia de Colombia, Bolívar no tuvo reparo en enviarle de ministro plenipotenciario á Londres, donde residió hasta su muerte, acaecida en 1830.

Con estos antecedentes cualquiera puede dar su justo valor á las feroces diatribas contra España, que son el principal tópico de las odas del Dr. Madrid. La firmeza que en sus actos públicos le había faltado quiso compensarla desde el quieto y seguro asilo de Londres con alardes declamatorios de un *miso-hispanismo* frenético, creyendo que con esto tenía bastante para que los patriotas de Colombia olvidasen su historia. Nadie abusó tanto como él de *los tres siglos de vil servidumbre*, de *la ferocidad castellana nunca saciada de sangre y ven-*

(1) Vindicase la memoria del Dr. Madrid de los cargos políticos que por su conducta en la Presidencia de la República se le hicieron, en la excelente *Biografía de D. José Fernández Madrid*, arreglada por D. Carlos Martínez Silva sobre los documentos recogidos y clasificados por el eminente hombre público D. Pedro Fernández Madrid, hijo del poeta (Bogotá, 1889). No puede negarse que la vindicación es enérgica y victoriosa en casi todos los puntos; pero para nosotros queda en pie siempre un cargo, que podrá ser menos grave, pero que atañe á la delicadeza artística del poeta, no menos que á la moral del ciudadano: el haberse desatado desde Londres, y sobre seguro, en injurias contra los españoles, á quienes, de un modo ó de otro, debía la salvación de su vida.

Restrepo, en la segunda edición de su obra histórica (Besanzón, 1858), rectificó la mayor parte de sus juicios adversos al Dr. Madrid, cuyo carácter bondadoso y dulce, aunque falto de la firmeza necesaria para descender á la arena política en épocas turbulentas, ha dejado muchas simpatías entre los hombres más ilustres de Colombia.

ganza, de la eterna ignominia del déspota ibero, del férreo cetro del León quebrantado por la libertad. Relegó á España á vivir en el rincón tenebroso, incierto entre el África y la Europa; y para sus soldados, ante los cuales había huido y se había humillado en 1816, nunca tuvo más blandas calificaciones que las de *bandidos, prófugos, salteadores infames de caminos, ciervos, tigres* y otras lindezas tales. Parece que en alguna ocasión él mismo se avergüenza de su propio vilipendio, y exclama:

Sangre española corre por mis venas;
Mío es su hablar, su religión la mía;
Todo, menos su horrible tiranía.....;

pero á renglón seguido vuelve á renegar de su raza, y se extasia con la esperanza de ver restaurado el trono de los Incas y las paternas leyes de los hijos del Sol:

En fuego divino los Andes se inflaman;
De doce monarcas la voz paternal
Repiten sus ecos, que al mundo proclaman
De América el triunfo, la gloria inmortal.
¡Oh manes sagrados,
Volved aplacados!
Volved á las tumbas, familia imperial.
No más servidumbre; no, sombras augustas;
Cesó la ignominia del yugo español:
Ya estamos vengados,
Y reinan de nuevo, con leyes más justas,
Más dignos del padre, los hijos del Sol....

La prisión y muerte de Atahualpa le arrancaban lágrimas á cada momento, haciéndole prorrumpir en interminables elegías, en que á su sabor vengaba en la sombra de Pizarro las tribulaciones que le había hecho pasar el general Morillo.

Las odas políticas de Madrid son de la más intolerable y hueca patriotería, una sarta de denuestos en estilo de proclama. Los mismos críticos americanos han llegado á reconocerlo, y el *Juicio* de los hermanos Amunátegui (1), por duro que parezca, es en esta parte inapelable, y ha hundido para siempre al poeta cartagenero, astro de falsa luz, que sólo pudo deslumbrar un momento á los que equivocaban la verdadera grandeza con el énfasis bombástico. En vano usa y abusa de toda la máquina retórica, y no se harta de personificar las provincias y las ciudades, y la discordia, y la traición, y la libertad, y la gloria, y la paz, y la victoria, y la tiranía, y todo género de abstracciones: ave de vuelo rastrero, jamás asciende á la región tempestuosa á donde sube la canción triunfal de Quintana y de Olmedo. Todo el incienso que empalagosamente se tributa al Libertador en estas odas, declarándole superior á todos los grandes personajes históricos, á Fabio en la prudencia, á Aníbal en intrepidez, á César en saber y elocuencia, á Pelópidas, á Temístocles, á Foción, á Camilo, á Cincinato, á Washington..... todo este pedantesco y ridículo catálogo que el Dr. Madrid repite siempre que habla de su héroe, no puede dar ni aun remotamente la idea de Simón Bolívar que dejan en la memoria aquellos solemnes versos del gran poeta de Guayaquil:

¿Quién es aquél que el paso lento mueve
Sobre el collado que á Junín domina?.....

(1) *Juicio crítico de algunos poetas hispano-americanos, por Miguel Luis y Gregorio Victor Amunátegui. Santiago (de Chile), Imprenta del Ferrocarril, 1861.*

Considerado meramente como versificador, el doctor Madrid tiene cierto valor relativo de corrección y facilidad elegante, que contrasta con lo escabroso, desaliñado y malsonante de otros muchos autores de himnos y poemas de la independencia americana, muchos de los cuales (en Chile, por ejemplo, y en Buenos Aires) parecían haberse rebelado, más que contra España, contra las más triviales nociones de nuestra prosodia. Por el contrario, la versificación de Fernandez Madrid es habitualmente limpia y muchas veces sonora y armoniosa, combinándose bastante bien en su estilo los opuestos caracteres de la escuela de Quintana y de la de Arriaza.

Sus condiciones nativas le llevaban más bien á imitar al segundo que al primero; así es que brilla más y se deja leer con menos disgusto en la poesía ligera que en los raptos de la oda pindárica. En la Habana, donde no podía hacer versos contra España (aunque no dejó de cultivar la poesía política, aprovechándose de la libertad constitucional de 1820), se dedicó al cultivo de la anacreóntica, y entonces compuso y dedicó á su mujer las diez composiciones que llamó *Rosas*, llenas de erotismo tan sensual como candoroso. Por entonces compuso también *Mi Bañadera* y *La Hamaca*, que se recomiendan por cierta languidez criolla bastante agradable. Estos dos juguetes son casi lo único que sobrevive de sus versos. Tradujo gran parte del poema de Delille *Los Tres Reinos de la Naturaleza*, y el *Ditirambo* del mismo autor *sobre la inmortalidad del alma*. Compuso dos tragedias originales: *Atala* y *Guatimozín*, que consideraba como principio de un teatro americano. Ni una ni otra se representaron ni eran representables, puesto

que el autor parecía haber prescindido hasta de las condiciones más elementales del drama (1).

Si el Dr. Madrid, que con candorosa satisfacción de sí mismo exclamaba:

¡Feliz el que ha nacido
Al mismo tiempo médico y poeta!
Dos veces laureado
Por Minerva y Apolo.....,

dejó en sus escritos datos suficientes para juzgar lo que como poeta, y aun como médico, valía; el malogrado joven Luis Vargas Tejada fué víctima de hados tan adversos que escasamente puede decidirse si había en él la esperanza de un poeta. A esto último nos inclinamos, recordando entre sus versos líricos la delicada y armoniosa silva *Al Anochecer*, y algún otro rasgo fugitivo de poesía íntima y dulce, y entre sus ensayos dramáticos la comedia, ó más bien largo entremés, de *Las Convulsiones*, picante y libre en demasía, pero de chiste muy espontáneo y genial. Por entonces estaban muy en auge en Bogotá las tragedias clásicas, especialmente las de Voltaire, Alfieri y sus imitadores españoles, prefiriéndose naturalmente las que contenían ardientes efusiones de liberalismo y apóstrofes contra la tiranía y la superstición. Vargas Tejada, que hubiera podido brillar en lo cómico, se empeñó infelizmente en calzar el coturno, escribiendo tres tragedias, *Sugamuxi*, *Doraminta* y *Aqui-*

(1) La primera edición de las *Poesías del Ciudadano Dr. José Fernández de Madrid* (con título de tomo primero aunque no salió el segundo), es de la Habana 1822, *Imprenta Fraternal*. Al fin del tomo está la tragedia *Atala*. En 1828 hizo en Londres otra edición más completa y añadió la tragedia *Guatimozín*, que ya el año anterior se había impreso suelta en París. Dejó, además, algunas Memorias sobre asuntos de Medicina.

min, y dos monólogos trágicos, *Catón en Utica* y *La Muerte de Pausanias*.

En Vargas Tejada es más interesante la vida que los escritos. Era un tipo perfecto de conspirador de buena fe, de tiranicida de colegio clásico, admirador de Bruto y de Catón, en cuya boca ponía interminables romanzas endecasílabos contra el dictador y la dictadura. Fué de los *Septembristas* que en el año 28 asaltaron la casa de Bolívar y estuvieron muy á punto de asesinar al que llamaban *tirano*. De resultas, varios de los conspiradores murieron en el patíbulo, y Vargas Tejada, proscribo y fugitivo, escondido durante catorce meses en una caverna, acabó por perder el juicio ó poco menos, y se ahogó involuntariamente en un río cuando intentaba refugiarse en la Guayana. Tenía el infeliz veintisiete años; había demostrado talento precocísimo componiendo versos, no sólo en castellano, sino en francés, alemán y latín; era, á despecho de su fanatismo político, dulce, afectuoso, sencillo, inclinado á la piedad y devotísimo de su familia, sentimientos que se declaran bien en una carta mucho más poética que sus versos, escrita á su madre desde la cueva en que vivía, el 8 de Diciembre de 1829 (1). Estas cualidades, unidas á su

(1) Véase la excelente *Noticia biográfica de Luis Vargas Tejada*, escrita por D. José Caicedo Rojas en el *Anuario de la Academia Colombiana*, año de 1874.

Nació Vargas Tejada en Bogotá, en 1802, y murió, del modo que queda dicho, en 1829. Su principal maestro y consejero fué el poeta argentino Miralla. Fué secretario de la Convención de Ocaña, y allí figuró entre los más ardientes demócratas. Disuelta aquella asamblea, se lanzó á la conspiración de que fué víctima. Sus *Poesías* fueron publicadas en 1855 por D. José Joaquín Ortiz, juntamente con las de D. José Eusebio Caro. Faltan en esta edición las tragedias *Doraminta* y *Aquimin*, que se conservan manuscritas.

trágico destino, dejaron en el ánimo de cuantos le habían conocido un melancólico recuerdo, y explican en parte la exagerada estimación que en algún tiempo se hizo de sus méritos literarios. Se le consideró como un iniciador; se le llamó el *Chénier* colombiano, «el ave que cantó primero en la mañana de Colombia, tras la obscura y tempestuosa noche que le precedió». Truncada en flor aquella existencia, que parecía tan llena de promesas, sólo es lícito hoy repetir, como epitafio del misero poeta, aquellos versos suyos que parecen un vaticinio lúgubre:

Á los rigores de una suerte acerba
El hado me arrojó desde la cuna,
Cual flor ignota entre la humilde hierba.

La muerte de Vargas Tejada abre un paréntesis en la historia literaria de la República de Nueva Granada, desgarrada por las facciones y hundida en la anarquía durante muchos años. Pero la cultura poética tiene allí tan hondas raíces, que no tardó en volver á brotar más pujante que nunca, acariciada por el mismo viento de la tempestad política, que dió al nuevo lirismo un vigor y una independencia formidables. El romanticismo penetró por Venezuela, más abierta al trato y comercio con Europa; pero así como en Caracas no pudo engendrar, con raras excepciones, más que una poesía efectista, relumbrante y chillona, llena de impropiedades de concepto y de forma, en Bogotá y en Popayán arrancó magníficos acentos de amor y de ira á los espíritus ardientes é indómitos de José Eusebio Caro y de Julio Arboleda, y en las montañas antioqueñas suspiró con inefable melodía en las dulces estrofas de Gregorio

Gutiérrez González. Al mismo tiempo, la escuela lírica del siglo pasado, renovada y transformada en cuanto al espíritu, tuvo en D. José Joaquín Ortiz un excelso representante. En estos cuatro poetas líricos, tan diversos entre sí, se cifra lo mejor del tesoro poético colombiano, al cual la posteridad juntará las obras de algunos ingenios vivos, de los cuales hay tres, por lo menos, que escasamente encuentran rivales en América. A nadie se hace ofensa con afirmar verdad tan notoria como que el Parnaso colombiano supera hoy en calidad, si no en cantidad, al de cualquier otra región del Nuevo Mundo. Pero circunscribamos nuestra tarea á los límites que voluntariamente nos hemos impuesto.

José Eusebio Caro fué el más lírico de todos los colombianos, por lo profundo é intenso de su vida afectiva, la cual expresó con rara franqueza y viril arrojo en versos de forma insólita, que bajo una corteza que puede parecer áspera y dura, esconden tesoros de cierta poesía íntima y ardiente, á un tiempo apasionada y filosófica, medio inglesa y medio española, que antes y después de él ha sido rarísima en castellano. La extraña y selvática grandeza de la poesía de Caro procede enteramente de la grandeza moral del hombre, que fué acabado tipo de valor y dignidad humana.

Poeta fué, y altísimo poeta,
No por poeta, empero, mas por grande....

ha dicho de él D. Rafael Pombo, uno de los espíritus más dignos de comprenderle. El heroísmo de su vida pública; la altísima noción que tuvo del deber, cumplido siempre por él sin vacilación ni desmayo; la magnánima altivez de su carácter, inflexible ante el ceño de los des-

potas y el puñal de los demagogos; la austera independencia con que sacrificó patria, hacienda, reposo, y finalmente la vida misma, al culto de la ley hollada y á la vindicación de la justicia escarnecida, hicieron de su persona la encarnación del perfecto ciudadano, y dieron á su poesía aquella íntegra y honrada sinceridad, que es su mayor precio. Y aquí prosigue Pombo:

Serio, elevado, independiente, fiero,
No supo hacer reir, ni *hablar mentira*.
Por ser gran corazón, es gran poeta,
Que hace creer, sentir cuanto nos dice....
.....
Su estudio, el corazón; única fuente
Del verbo que arde y late y saca llanto,
Que acera el verso, dardo de la frente,
Y da su eterna resonancia al canto.

Jamás, como no fuese en los días de aprendizaje, escribió versos Caro por el solo placer de escribirlos, sino porque su alma grande, tempestuosa y bravía necesitaba este medio de expansión, y tenía que trasladarse entera á sus canciones. Huérfano, amante, esposo, padre, guerrillero, combatiente político, su musa fué siempre la pasión, grande, generosa, humana, desbordada é irresistible en su oleaje. El alma de Caro era un volcán que en breve tiempo debía consumirle. Todo lo sentía líricamente, es decir, en un grado máximo de exaltación, concedido á pocos mortales. Su vida se compenetra con sus versos, y sus versos son inseparables de su vida. Ora truene y fulmine contra el tirano en las estrofas vengadoras de *La Libertad y el Socialismo*, ora exprese en versos divinos los éxtasis del amor conyugal, ora acaricie su hacha *espléndida y cortante*, ora quiera rasgar el velo del porvenir y adivinar los destinos

de su primogénito aun no nacido, ora al presentarle en las fuentes bautismales, entone un himno vigoroso á la acción civilizadora del cristianismo; Caro, no por odio afectado á lo vulgar, sino por privilegio de su exquisita naturaleza, nada siente y nada dice como el vulgo de los autores. Recorre siempre una órbita excéntrica, pero tan de buena fe y con tanta sencillez como si anduviese por los rumbos de todo el mundo. Las fuentes de su poesía son ciertamente las de la poesía universal y eterna: Dios, el amor, la libertad, la naturaleza; pero todo ello concebido y expresado de una manera tan individual y solitaria, que parece que el poeta es el primero que lo canta. No hay allí recuerdo, ni aun lejano, de otras armonías anteriores; se conoce que Caro había leído mucho á los poetas ingleses, y especialmente á Byron; pero deliberadamente no los imita nunca, como no sea en su manera de acentuar los endecasílabos. Es imposible confundir los versos de Caro con los de ningún otro poeta. Según sea la disposición del lector y el temple de su alma, serán diversos los efectos: á uno parecerá estrambótico lo que á otro sublime; pero ni la extravagancia en él es deliberada, ni la sublimidad deja nunca de ser espontánea. No hay verso de Caro sin idea, y á veces las ideas se acumulan en tan pequeño espacio, que el molde poético resulta estrecho para contenerlas, y entonces, por uno ó por otro lado, acaba por romperse. Así y todo, ¡cuánto más vale este poeta abrupto, escabroso, pero lleno de alma, este poeta que hace sentir y pensar siempre, que tanto versificador de insípida elegancia, de cuyos cantos sólo queda el fútil rumor que pronto se disipa en los aires! La técnica de Caro agrada más ó menos; tiene las ventajas y los defectos de toda innovación radical

y violenta; pero no hay quien al cerrar el libro de Caro, y hechas todas las salvedades que puede hacer el gusto más escrupuloso y menos amigo de temeridades artísticas, no diga con plena convicción: «Este poeta sería un genio ó un excéntrico; pero no hay duda que era *un hombre*, y uno de aquellos que honran y ennoblecen la especie humana.»

Para nosotros era un genio lírico, á quien sólo faltó equilibrio en sus facultades, y cierta sobriedad en el modo de administrarlas. Su visión de las cosas tenía algo de desproporcionado; su sensibilidad rayaba en una especie de calentura moral un tanto fatigosa para espíritus mesurados; su ardiente bondad le arrastraba á divagaciones de una filantropía nebulosa; el tormento sutil de su razón se comunicaba á sus versos, y, finalmente, su seriedad ingénita, el grave modo que tuvo siempre de considerar la vida, la pureza envidiable de su alma, alejaban de su mente hasta la más remota idea de lo cómico, y le hacían de todo punto insensible á ciertas disonancias de gusto. Grande, bello y sublime es, por ejemplo, el pensamiento de la *Bendición del feto*, y sólo á censores torpes ó malévolos ha podido parecerles otra cosa; pero ¿quién duda que hay cierto candor heroico en abordar de frente tal asunto, y que no puede exigirse á todos los lectores el temple de alma necesario para ponerse al nivel de tal poesía, cerrando los ojos al importuno recuerdo *tocológico*?

El carácter peculiar del estilo de Caro está admirablemente definido en los versos siguientes de Pombo:

Él del Albano desdeñó indolente
Las tintas exquisitas y graciosas:

No era el raudal do muelle y blandamente
Van resbalando lágrimas y rosas.

Sus palabras, del Numen al tormento,
Se entrechocan tal vez y se atropellan,
Como al rapto del Niágara violento
Rocas, troncos y témpanos se estrellan.

Él siempre *piensa* y dice. Tosco ó bello,
Cada verso de Caro es una idea.

Mas bien rebosa atropellado acaso
El raudal hervir de sangre y pensamiento;
Circunda la figura un aire escaso,
Y lo suple el lector tomando aliento.

Que Caro es rudo, tosco, áspero, inarmónico, dicen muchos. Pero es cierto que la dureza de Caro no procede de ignorancia ó desaliño, ni mucho menos de falta de oído, sino de haber exagerado en la práctica cierto sistema prosódico que él juzgaba inseparable de la mayor profundidad del concepto y de la mayor intensidad del sentimiento, y de haber roto demasiado bruscamente con ciertos hábitos de versificación rápida y dactílica que predominan en la moderna poesía castellana. Para comprender estas innovaciones de Caro, hay que distinguir en él, como ha distinguido su hijo, tres y quizá cuatro distintas maneras. En la más antigua, en la de formación y aprendizaje, Caro, lector asiduo y entusiasta de Quintana, de Gallego, de Lista, de Reinoso, de Martínez de la Rosa, era un versificador rotundo y numeroso, con aquel mismo género de número amplio, libre y un tanto oratorio que domina en nuestros excelentes poetas de principios de siglo, los cuales, poco ó nada afectos á las estrofas regulares ni á la disposición simétrica de los periodos poéticos, se en-

contraban más á sus anchas en el molde holgadísimo de la silva, ó del verso suelto, ó del romance endecasílabo. De la canción italiana restaba sólo el simulacro, puesto que ni ya las estancias tenían el mismo número de versos, ni se combinaban los consonantes conforme á la misma ley, y aun por añadidura muchos versos quedaban sin rima. Esta libertad métrica, en que no se ha reparado bastante, fué sin duda ocasión de grandes bellezas, y trajo consigo cierto género de emancipación literaria en cuanto al pensamiento; pero no puede dudarse que abrió las puertas á la amplificación y á la palabrería, é hizo que el ritmo oratorio, vago y no *medurado*, se sobrepusiese excesivamente al ritmo poético. Los primeros ensayos de Caro pertenecen á esta escuela noble y pomposa, y entre ellos sobresalen los fragmentos del poema *Lara ó los Bucaneros* (1834), en los que no sin razón reconoce el ilustre editor de sus obras influencia directa del estilo y dialecto propios del autor de la *Poética* y del *Edipo*, si bien debe añadirse que en el título mismo del poema, en la elección de un héroe pirata, en la trágica historia de una venganza, y en las escenas de subterráneo, algo se ve que delata la lectura fresca de los poemas cortos de Byron. Para el gusto todavía hoy dominante en la mayor parte de los lectores y juzgadores de versos, así estos fragmentos como las composiciones tituladas *El Ciprés*, *Desesperación*, *Mi Juventud*, resultan más fluidas y en apariencia más correctas que los versos posteriores de Caro. Pero ya en ellos comienza á verse algo de atrevido y desusado, si no en la construcción material, á lo menos en la elección de las imágenes y en cierta grandiosidad sombría y vago sentimiento de lo infinito.

¡No! En la callada eternidad no sopla
El huracán del reino de los vivos;
Sus dilatadas soledades nunca
Barrió el dolor con fúnebres vestidos....

Para comprender á qué punto de perfección, pero con qué tinte de originalidad había llegado Caro en el manejo de la silva clásica, en el arte de recoger con gallardía los ondulantes pliegues de la toga en que se envolvían Quintana y Olmedo, léase íntegra esta descripción que tomamos del poema *Lara*, advirtiendo que todo él está escrito con la misma firmeza:

Así el divino Ganges ve en su orilla
Á la gran fiera semejante á un monte
Luchar con el feroz rinoceronte:
El animal del asta retorcida
Arrójase furioso á su enemigo,
Bajo él se pone, la cerviz abaja,
Y alzándose con ímpetu del suelo,
Abre su vientre, arráncale la vida,
Y ufano ya de la victoria habida,
Sobre su frente lo levanta al cielo.
Tremendo muge el monstruo traspasado,
En los aires suspenso: en breve, en breve,
Lanza el postrer bramido prolongado,
Con que el eco á lo lejos se conmueve:
La sangre á mares llueve,
Con las ondas se mezcla, el suelo riega,
Y al matador, que en vano se remueve,
Inunda la cerviz, los ojos ciega.
La luz súbito escápasele de ellos,
Cual ráfaga vivísima: la carga
Aun sobre el cuello pertinaz sustenta;
Mas ya la muerte, silenciosa y lenta,
Adelántase, llega, extiende el brazo,
Tócalo, y confundido,
Rodando se derrumba
El vencedor debajo del vencido.

Al golpe el monte cóncavo retumba;
Gime el valle profundo, el bosque umbrío;
Y lejos de su orilla profanada,
Huye veloz el espantado río.

Pero el espíritu impaciente de Caro no podía encerrarse largo tiempo en una forma cuya virtualidad parecía ya agotada por grandes poetas anteriores, y quiso abrirse nuevo camino, comenzando por ensayar la imitación prosódica del hexámetro clásico, ya solo, ya combinado con el endecasílabo. Los hexámetros de Caro, más parecidos á los ingleses que á los latinos, cumplen todavía menos que los de Villegas con la semejanza ó aproximación al tipo clásico y con las condiciones de acentuación que requiere todo verso para serlo. Así es que no tuvieron éxito, y el autor desistió muy pronto de su tentativa. Pero buscaba su métrica propia, y no tardó en encontrarla. Este poeta, tan audaz en el pensar, tan arrebatado en el sentir, gustaba hasta con exceso de la proporción matemática en la estrofa, y del ritmo preciso y musical en cada verso. De los esfuerzos, no siempre victoriosos, que hacía para lograrlo, resulta la dureza, monotonía y falta de flexibilidad de que se le acusa. Era práctica de Caro, por lograr más perfecta cadencia, recargar de acentos en las sílabas pares sus endecasílabos, como si oyera resonar constantemente en sus oídos aquel famoso verso de una silva de Rioja:

Que blandas rompe y tiende el ponto en Chío.

De aquí resulta cierto amaneramiento de factura que, aun autorizado como está por el ejemplo de los poetas ingleses de la escuela clásica, especialmente de Pope, no puede ni debe recomendarse entre nosotros, so-

bre todo para composiciones largas y no destinadas al canto. También se empeñó en regularizar y dar carácter más musical y lírico al ritmo del octosílabo, quitándole la libertad con que nuestros poetas le han manejado en el teatro y en la narración épica. Y fué tan sistemático en esto, que llegó á refundir todos sus romances, con el solo fin de poner acentos en todas las sílabas impares de cada verso, dándoles así un ritmo rigurosamente trocaico. Por ejemplo, había dicho al principio:

Soberbia estás, hacha mía,
Ancha, afilada, brillante,
Que puedes partir la frente
Al toro que ose probarte.

Y luego substituyó:

Fina brillas, hacha mía,
Ancha, espléndida, cortante,
Que abrirás la frente al toro
Que probar tu filo osare....

Júzuese como se quiera de este sistema, no hay duda que lo es, y que está seguido con entera regularidad en la tercera y más característica manera de Caro, á la cual pertenecen sus más bellas poesías amatorias, filosóficas y religiosas, si bien este rigor comienza á mitigarse en la última, y para mí la más arrogante y magnífica de sus inspiraciones líricas, en la oda *La Libertad y el Socialismo*, donde hay, si no más efusión y arranque que en las piezas anteriores, por lo menos más ambiente. Con ella parece que se inicia una cuarta y definitiva manera que, por la muerte casi inmediata del poeta, no llegó á desarrollarse.

Lo que dejó escrito, así en verso como en prosa, basta para explicar la aureola de veneración que rodea en Colombia el nombre de Caro. Nadie ha expresado en América con tanta vehemencia como él la pasión indomable, reconcentrada y devoradora, *aquel amor fogoso, extraño, inmenso que hacía bullir su sangre de español*. Nadie ha afilado como él el hierro de la invectiva política, convirtiéndole en altísimo instrumento de justicia y de vindicta social. Ningún poeta ha santificado con tan nobles acentos de filosofía religiosa los goces y dolores del hogar, ni ha dicho palabras más elocuentes sobre Dios y la eternidad, sin que el verbo inflamado de la poesía lírica perdiese nada de su calor al contacto de la materia filosófica. Nadie podrá dividir en Caro el poeta, el filósofo y el hombre: hay que tomarle en su integridad, lo mismo cuando escribía versos que cuando refutaba las enseñanzas del utilitarismo, ó cuando alzaba su voz en los parlamentos, ó cuando *fusil al hombro y sable y daga al cinto* corría los llanos y las sierras, ó cuando *dormía entre cadenas, en calabozos fétidos y fríos*, ó cuando *desnudo, hambriento y fugitivo vagaba de selva en selva*, afrontando las iras de la dictadura socialista. Tal fué este varón egregio, pensador espiritualista y sansimoniano convertido, todavía más grande hombre que gran poeta, y de quien puede decirse, por final elogio, que su mejor obra fué su hijo (1).

(1) La vida de D. José Eusebio Caro ha sido magistralmente escrita por su hijo D. Miguel Antonio al frente de sus obras publicadas en 1873. Nació el padre en Ocaña (de Nueva Granada) el 5 de Marzo de 1817. Quedó huérfano en 1830, acontecimiento que influyó mucho en la melancolía de su carácter y en el tono de sus versos. La pobreza y el trabajo fueron asiduos compañeros de su juventud. Estudió filosofía y jurisprudencia en la Uni-

Del nombre de José Eusebio Caro es inseparable el de Julio Arboleda, otro hombre de corazón, otro poeta romántico en la vida de la acción, no menos que en los escritos. Su destino fué todavía más trágico é infausto que el de Caro, con quien tuvo estrecha amistad y grandes semejanzas de carácter, además de la comunidad de doctrina política, conservadora en ambos, aunque con matiz diverso. Julio Arboleda, *D. Julio*, como le llamaban á secas en toda la región del Cauca, tierra volcánica y engendradora de tempestades políticas, fué el tipo más caballeresco y aristocrático que en los san-

versidad de San Bartolomé, educándose en las teorías materialistas y utilitarias, que luego fué abandonando por grados é impugnó resueltamente en el célebre opúsculo, publicado en 1840, *sobre el principio utilitario enseñado como teoría usual en nuestros colegios, y sobre la relación que hay entre las doctrinas y las costumbres*. Sus amores largos, y al principio contrariados, con la que llamó *Delina*, son un episodio de su vida muy importante para la comprensión de sus poesías. Desde 1840, Caro tomó parte muy activa en las luchas políticas, militando en las campañas civiles de 1841 y 42, redactando *El Granadino* (en cuyo último número anunció que dejaba la pluma para tomar las armas), figurando como diputado en el Congreso de 1845, y desempeñando luego los cargos de director del Crédito Nacional y de ministro de Hacienda. Su vigorosa actitud en 1849, después del allanamiento del Congreso por una turba armada, y del entronizamiento de la facción socialista acaudillada por el general J. Hilario López, le obligó á emigrar á los Estados Unidos, de donde no pudo regresar hasta 1853. Poco después de arribar al puerto de Santa Marta, el 29 de Enero, falleció de la fiebre amarilla. El Congreso granadino decretó extraordinarios honores á su memoria.

Hay tres principales ediciones de sus poesías: la de 1855, publicada por D. J. J. Ortiz, con las de Vargas Tejada; la de 1873 (*Obras Escogidas en prosa y en verso, publicadas é inéditas de José Eusebio Caro, ordenadas por los redactores de El Tradicionalista, con una introducción por los mismos y una poesía apologética por Rafael de Pombo. Bogotá, 1873*), y la de Madrid, 1885, en la *Colección de Escritores Castellanos*. Es la más elegante y completa de todas; pero falta en ella (y es grave falta) la biografía del autor, aunque se insertan dos recuerdos necrológicos de D. Pedro Fernández Madrid y don José Joaquín Ortiz.

grientos anales de la democracia americana puede encontrarse. Descendiente de una de las más nobles y antiguas familias de Popayán, poseedor de cuantiosos bienes de fortuna, educado clásicamente en Inglaterra y en Italia, entró en la vida pública en 1840, y ya como soldado voluntario, ya como periodista, ya como orador parlamentario no menos vigoroso y grandilocuente que hábil en la ironía y en el sarcasmo, fué terror de los Ovandos, Mosqueras y López y de cuantos con uno ú otro disfraz ejercieron la tiranía en Nueva Granada. Cuando por torpe imitación del socialismo europeo, dióse en 1851 el raro caso de un gobierno que oficialmente planteaba la anarquía, Arboleda retó á aquel gobierno desde las columnas de *El Misóforo*, acusándole de prevaricación y tiranía; y encarcelado, vejado de mil modos, despojado de su hacienda y amenazado de muerte, pronunció aquellas valientes palabras, que muy pronto habían de tener tan fatídico cumplimiento:

¡Oh! si pudiera yo tender el brazo,
Saliendo de esta cárcel triste y fría,
Sobre el tirano de la patria mía,
Y pecho á pecho batallar con él....

.....
¡Y ved! no me acechéis en los caminos
Con ocultos y viles asesinos;
¡La bala que de frente me señala
Mata tan bien como cualquiera bala!

Contra los llamados *gólgotas* ó radicales tomó Arboleda las armas en 1851, con infeliz fortuna, que le obligó á emigrar al Perú: aliado transitoriamente con los *gólgotas* contra otros fautores de la dictadura y adversarios del orden social, volvió á empuñarlas en 1854; general

improvisado en servicio de la legalidad constitucional en 1860, demostró admirables talentos estratégicos y singular denuedo personal en las campañas de Santa Marta y del Cauca, resistiendo á un tiempo al dictador Mosquera y al presidente del Ecuador, García Moreno, que con frívolos pretextos había invadido el territorio de Colombia, y á quien derrotó é hizo prisionero con todo su ejército. La fama militar de Arboleda había llegado á su apogeo: estaba electo para la presidencia de la República: en él descansaban todas las esperanzas de los hombres de orden, cuando una bala alevosa, la misma bala anunciada diez años antes por el poeta, vino á cortar de súbito aquella brillante existencia, parecida en algo á las de los guerreros poetas de nuestro siglo de oro, salvo que á Arboleda no fué concedido, como á Garcilaso, morir con la muerte de los bravos, á la luz del sol, asaltando una plaza de armas, como á su valor cuadraba, sino que cayó en una emboscada nocturna, bajo el plomo de vulgar asesino pagado, en una de las trochas de la sombría montaña de Berruecos, casi en el mismo sitio donde en 1830 había sucumbido, víctima de un crimen análogo, Sucre, *el immaculado*, el Gran Mariscal de Ayacucho; que así pagó la revolución americana las deudas que había contraído con sus grandes hombres.

Una vida no larga y gastada en tan azarosas contiendas, no podía dejar detrás de sí muchos frutos literarios. Pero si no fueron muchos, fueron á lo menos de sabor peregrino, dignos al fin de un espíritu de tan rara distinción y que no fué vulgar en nada. Cuando Arboleda volvió de Inglaterra, competían en él las dotes de *scholar* con las de *gentleman*; pero nunca pudo hacer

del cultivo de las letras su ocupación principal, salvo en el período relativamente pacífico de 1842 á 1850 en que vivió en sus haciendas de Popayán. Las posteriores vicisitudes de su vida, los repetidos saqueos de su casa por las bandas enemigas, sus destierros y emigraciones, hicieron que se extraviase ó pudiese gran parte de sus papeles. Así es que de su obra literaria apenas tenemos más que reliquias. Sus poesías sueltas son casi todas de amor ó de política, impregnadas las unas de suavísima ternura, de una como devoción petrarquesca y espiritualista; rebosando las otras férvida indignación, entusiasmo bélico, odio y execración á toda tiranía. Las *Escenas democráticas*, *Estoy en la cárcel*, *Al Congreso granadino*, son versos que huelen á pólvora; parecen rugidos de león más que obras de arte.

Pero la gran reputación de Arboleda no descansa tanto en sus versos líricos cuanto en los fragmentos de su poema *Gonzalo de Oyón*, que, incompleto y todo, es el más notable ensayo de la poesía americana en la narración épica, así como los cuentos de Batres son el principal modelo en la narración jocosa. En primores de dicción y de estilo vence á todos el *Orlando Enamorado*, de Bello; pero el *Orlando* es una traducción.

Para apreciar rectamente el poema de Arboleda, hay que tener en cuenta, no sólo que no le poseemos entero, sino que ni siquiera conocemos la última y definitiva forma que el autor había dado á los 21 cantos que llegó á escribir, de los 24 que había de tener la obra. Estos manuscritos se perdieron en 1860, y lo que hoy conocemos es sólo una parte de los borradores primitivos, salvados casi de milagro, y recogidos y ordenados con piadoso celo por la inteligente mano de D. Miguel

Antonio Caro, que los ha distribuído en catorce cuadros.

Falta en estos fragmentos, no sólo la última lima que Arboleda seguramente les habría dado, sino á veces ilación y consecuencia entre ellos, ó por haberse perdido muchos trozos intermedios, ó por haber modificado el autor su plan mientras iba componiendo. Las líneas generales del poema se destacan, sin embargo, con toda claridad, y podemos formar cabal idea de los personajes y del argumento.

Si se atiende á su acción, obscura en la historia y de interés muy secundario en la conquista de América, el *Gonzalo de Oyón* más bien merece el título de leyenda ó de novela en verso, como algunas de Walter Scott, que el de poema épico en el sentido clásico. La cuestión de nombre importa poco, y no hubiera detenido ni por un momento á Arboleda, que era partidario de la libertad romántica; pero es cierto que el *Gonzalo de Oyón*, aunque en algunas cosas se aparte del tipo de los poemas italianos y españoles del siglo xvi, en otras muchas los recuerda, y para leyenda resulta demasiado largo y solemne. Tampoco puede decirse que carezca de aquel valor representativo y simbólico que suelen tener las verdaderas epopeyas, aun fuera de la intención de sus autores. En Arboleda se ve intención deliberada de envolver en su sencilla fábula (que no es más que la rebelión obscura de uno de los facciosos compañeros de Gonzalo Pizarro, que quiso renovar en Popayán los tumultos del Perú) un pensamiento mucho más alto, una especie de filosofía de la conquista española en sus relaciones con las razas bárbaras y con el futuro destino de las sociedades americanas. En este sentido, el *Gon-*

zalo de Oyón tiene mucho de épico, en la más noble acepción de la palabra. Los dos hermanos, Álvaro y Gonzalo, personifican en él las dos opuestas tendencias que han luchado y luchan en el nuevo continente, y cuyos gérmenes estaban ya en la época colonial: uno, el espíritu anárquico, sin ley ni freno, representado en el siglo xvi por los llamados *tiranos*, los Aguirres, Pizarros, Carvajales y Girones, y en lo moderno por tantos demagogos y revolvedores de repúblicas; otro, el espíritu tradicional, español, religioso y caballeresco, por el cual combatía y murió Arboleda. La controversia entre los dos hermanos sostenida en el canto XIII no deja la menor duda sobre este propósito del autor, el cual, además, en otras partes procura engrandecer con notables consideraciones de religión y de filosofía histórica su argumento, que, exteriormente considerado, podía no parecer más que una anécdota de crónica antigua, un cuento de armas y amores, de una india, de un conquistador y de un rebelde. En el principal personaje, Gonzalo, puede decirse que Arboleda se retrató á sí mismo, imprimiendo la huella de su espíritu hidalgo y generoso en todos los actos y palabras de su protagonista. Pero artísticamente mostró mayor fuerza (como casi siempre sucede) en la pintura del hermano foragido y rebelde, haciéndole hombre de altos pensamientos, de ambición desmesurada, de satánica grandeza. Arboleda, ni en el arte ni en la vida, podía tolerar lo ruin y lo pequeño. Hay, pues, verdadera grandeza, no sólo en Gonzalo de Oyón, sino en el pirata Walter, cuando, sentados junto al fuego, desarrollan sus planes de imperio marítimo y de dominación americana.

Altísimas bellezas de todo género contiene este in-

completo poema. Las tiene principalmente descriptivas: magníficos paisajes del Cauca, familiares al poeta y que dan á la obra color topográfico muy encendido; mucho vigor en la pintura de caballos y de batallas, con aquellos detalles que ignora el humanista de gabinete y sabe el soldado de profesión ó de afición, como las sabía Ercilla, el gran maestro de la poesía castellana en esto de dar tajos y mandobles. Bellezas de sentimiento también, en el tipo ideal de Pubenza, en su misma carta, demasiado byroniana para una india. Si á estos méritos se añade la fervorosa elocuencia de los discursos y de las intercalaciones líricas, aunque demasiado extensas y demasiado frecuentes; y la elegante franqueza de la ejecución, que no por eso degenera en abandonada, será justo decir con M. A. Caro que los fragmentos del poema de Arboleda han de conservarse con la misma estimación que «rescatado torso de gallarda escultura», como conservamos, por ejemplo, los fragmentos del poema de *La Pintura* de Céspedes ó del *Hermes* de Andrés Chénier.

Hay en la parte lírica del *Gonzalo de Oyón* muestras de varios metros; pero en la narración impera la octava en dos distintas formas: una, la clásica y tradicional, la octava italiana del Ariosto y del Tasso, que Arboleda maneja con singular gallardía (1); y otra octava román-

(1) Véanse estas dos para muestra; no las hubiera desdeñado Maury:

Y más allá, como inmortal gigante,
Alza la frente el Puracé sublime;
Á veces terso, cándido, brillante,
Sus anchas basas en silencio oprime;
Otras envuelto en nubes, retumbante,

tica, de origen obscuro, á lo menos para mí, compuesta de dos cuartetas, sin más enlace que el de los finales agudos, octava que en América llaman *bermudina*, por haberla usado con mucha gala y muy á menudo nuestro D. Salvador Bermúdez de Castro, poeta injustamente olvidado en su patria, aunque fué de los mejores entre los líricos románticos de segundo orden (1). Muestra sea

Arroja el fuego que en sus antros gime,
Y en sus esfuerzos ó estremece el suelo,
Ó incendia en llamas la extensión del cielo.
Al Sur se encrespa en rocas y montañas,
Y ora se encumbra en desigual terreno,
Ora se mecen las silvestres cañas
De contrapuestos riscos en el seno;
Y nacen del calor plantas extrañas
Que guardan de la víbora el veneno,
Cabe el torrente bramador y estrecho
Que ha cavado por siglos su hondo lecho.

(1) Si hay ejemplos de esta falsa octava antes de la época romántica, deben de ser muy raros. Recuerdo haberla visto en un poema manuscrito de la reina María Amalia de Sajonia (tercera mujer de Fernando VII), *Vida de San Fernando*, de que existen varias copias. Bermúdez de Castro nunca se dió por inventor de esta combinación, pero fué más constante y más feliz que nadie en su uso; v. gr.:

Hay consuelos y vida para el alma,
Donde del aura al suspirar sonoro
Se eleva un sol espléndido de oro
Sobre un cielo de nácar y zafir.
Hay un recuerdo allí donde los mares
Besan las playas con amantes olas,
Donde riza entre sauces y amapolas
Su corriente de azul Guadalquivir.....

Antes, ó al mismo tiempo, las usó Tassará en *La Fiebre*, en el *Himno al Sol*, en *La Nueva Musa*, y en otras muchas composiciones. Popularizóse luego en América, principalmente por la colección de Ochoa *Apuntes para una biblioteca de escritores españoles contemporáneos* (1842), que ha sido muy leída allí. El ejemplo más memorable es el de Bello en la *Oración por todos*.

de esta combinación la siguiente octava de Arboleda:

Ambos se buscan y se evitan ambos
 Con la aguzada punta y dura hoja;
 Ora se aparta diestro, ora se arroja
 Éste, y el otro prevenido está.
 Ya los golpes mentidos son, ya ciertos;
 Ya por los pomos quédanse trabadas
 En ángulos salientes las espadas,
 Y el pomo duro sobre el pomo da.

Esta pseudo-octava es, en realidad, una estrofa lírica, de engañosa facilidad y muy propensa al amaneramiento, por lo cual juzgamos que en narraciones largas debe proibirse; pero si algún ejemplo pudiera redimirla sería ciertamente el del *Gonzalo de Oyón* (1).

Notable contraste hace con los dos poetas hasta aquí estudiados el vate antioqueño D. Gregorio Gutiérrez González, romántico también, pero de muy diversa manera que el pensador poeta de Ocaña y el caballeresco D. Julio, el de Popayán. Nacido en una región áspera y montuosa, que por sus singularidades geográficas, no menos que por la industria tenaz y el laborioso y emprendedor esfuerzo de sus naturales, hombres de recia fibra y voluntad entera, en lucha con una naturaleza ingrata, se distingue de las demás provincias colombianas, Gutiérrez González, que empezó por ser un meli-

(1) Vid. *Poesías de Julio Arboleda. Colección formada sobre los manuscritos originales, con preliminares biográficos y críticos, por M. A. Caro, Nueva York, D. Appleton y Comp., 1883.* (Contiene los versos líricos y los fragmentos del poema.)

Nació Arboleda el 9 de Julio de 1817 «en un desierto, en medio de las selvas incultas que orlan el mar Pacífico»; pero se le considera, y él se consideraba, como hijo de Popayán. Murió asesinado el 12 de Noviembre de 1861. Los principales sucesos de su vida van recordados sucintamente en el texto.

fluo poeta romántico, pero que había conservado aun en sus imitaciones de Zorrilla, de Abigáil Lozano y Maitín una ingenuidad y frescura de sentimiento que pudiéramos llamar primitivas, acabó por ser poeta del trabajo humano, cantor de las más humildes labores rústicas, inventor de una nueva especie de *geórgicas* realistas. Hay en el conjunto de las obras poéticas de Gutiérrez González dos maneras igualmente deliciosas; una la del casto amor y la inefable ternura, la de los versos *Á Julia*:

Y como ruedan mansas, adormidas,
 Juntas las ondas en tranquila mar,
 Nuestras dos existencias siempre unidas
 Por el sendero de la vida van.....

 Son nuestras almas místico rúido
 De dos flautas lejanas, cuyo son
 En dulcísimo acorde llega unido
 De la noche callada entre el rumor;
 Cual dos suspiros que al nacer se unieron
 En un beso castísimo de amor;
 Como el grato perfume que esparcieron
 Flores distantes que la brisa unió.....

Íntimas, suaves, cadenciosas son las composiciones de este grupo: la pura sencillez de los afectos y la música melancólica que parece acompañar á las gentiles estrofas, las han hecho popularísimas en Colombia, donde no sólo los literatos, sino el pueblo, saben de memoria gran número de versos de Gutiérrez González, especialmente las dos composiciones *Á Julia* y las tituladas *Aures*, *¿Por qué no canto?*, *Una lágrima* y otras varias, cuyo efecto expresa el crítico Camacho Roldán con aquella frase de uno de los poemas ossiánicos: «Son

como la memoria de las alegrías pasadas, que es á un tiempo agradable y triste al alma.»

Pero aunque valga mucho Gutiérrez González como espontáneo y delicado poeta de sentimiento, resulta mucho más original en el extraño poema que tituló *Memoria sobre el cultivo del maíz en Antioquia*, y que es, sin duda, lo más americano que hasta ahora ha salido de las prensas.

El autor no se propone aplicar á nueva naturaleza y á nueva materia poética el arte de Virgilio, como se lo propuso, y en parte lo consiguió, Andrés Bello. Pero como apenas hay cosa que en los antiguos no esté, á lo menos en germen, viene á encontrarse, seguramente sin conocerlo, no con la aristocrática y refinada inspiración de las *Geórgicas*, última perfección del estilo poético, sino con un vigoroso cuadro de género, titulado *Moretum*, que anda, no se sabe con qué fundamento, entre los poemas menores atribuidos á Virgilio, y en el cual, con minuciosidad de detalle que pudiéramos llamar flamenca ú holandesa, se describen las faenas con que el pobre labrador Simylo «*exigui cultor rusticus agri*» prepara su frugal almuerzo con ajo, apio, ruda y otras hierbas, mezclando queso, aceite y vinagre para componer un cierto almodrote. Dicen que el autor de este raro idilio le tradujo ó imitó de otro poemita griego de Parthenio, que hoy no se conserva; pero, sea como fuere, es ejemplo solitario en las literaturas clásicas, y supera mucho en rusticidad á los pasajes menos pulidos de Teócrito. El que haya leído y recuerde este poema, que Heyne caracterizó muy bien con estas palabras: «*argumentum ex vita privata et tenui hominum humili loco natorum petitum*», podrá formarse idea aproximada de la poesía

muy sana, robusta y confortante, pero de todo punto montaraz, que constituye el mayor hechizo de la *Memoria* de Gutiérrez González. Algunas pinturas de la vida rústica en insignes novelistas modernos, en nuestro Pereda, por ejemplo, pueden servir también de tipo de comparación muy aproximado.

Todo es original, ó más bien exótico, en la *Memoria sobre el cultivo del maíz*, pero no todo es igualmente digno de alabanza. Pase la humorada del título y de la forma de *Memoria científica*; pero no pueden pasar una porción de versos prosaicos, compuestos adrede para hacer reír con la extravagancia, ni el abuso afectado (no el *uso*) de un vocabulario provincial, ó más bien local, exigido en parte por la novedad y extrañeza de la materia, pero del cual hace el autor intemperante alarde, para cumplir aquel dicho suyo:

Yo no escribo español, sino antioqueño.

Y tan antioqueño escribe, que si este poema no llevara, como en las ediciones lleva, un centenar de notas, sería con todas sus bellezas una arca cerrada, no sólo para los españoles y para los americanos de otras partes, sino para los mismos colombianos nacidos fuera del rincón en que escribía el poeta. El lenguaje popular y rústico, el vocabulario especial de cada labor y de cada industria, es, sin duda, una de las fuentes más caudalosas y salubres en que puede vigorizarse y rejuvenecerse la lengua literaria; pero la adaptación de este vocabulario y, por decirlo así, su compenetración con la lengua culta requiere singular talento y gusto muy ejercitado, y no hay duda que Gutiérrez González, poeta nativo, pero de muy pocos estudios y dado á la ejecución rá-

pida y descuidada, traspasó muchas veces el justo límite en esto.

Fuera de estos lunares, bien disculpables en tentativa tan original, la *Memoria sobre el cultivo del maíz* cumple admirablemente con su objeto: es, como ha dicho Pombo, «la idealización, la transformación en poesía de las más humildes y útiles labores, por la simpatía de su cantor al asunto, y por la música del verso». Realmente Gutiérrez González poseía el don divino de convertir en poesía la más desdeñada y cotidiana prosa. La suya es poesía descriptiva directa, sin selección, si se quiere; pero no prosaica y ridícula como la del *Observatorio Rústico* de Salas, sino de gran potencia de color y de mucho relieve; graciosa y viril á un tiempo. El autor lo describe todo, desde los terrenos propios para el cultivo y la manera de hacer los barbechos ó rozas, hasta el método de regar las sementeras y espantar los animales que hacen daño en los granos. Y es admirable la fecundidad que ha sabido descubrir en un asunto á primera vista tan pobre, trazando cuadros tan admirables y tan diversos como el de la quema, el de la ranchería, el de las rogativas, el de la recolección de frutos y el de la cocina de la roza. Si poseyese muchas cosas como este poema, la literatura colombiana sería sin duda la más nacional de América (1).

(1) *Poesías de Gregorio Gutiérrez González. Bogotá, imprenta de Medardo Rivas, 1881, 8.º, con dos magníficos prólogos, uno de D. Salvador Camacho Roldán, y otro de D. Rafael Pombo, y un prólogo y notas sobre la Memoria del maíz, por D. Manuel Uribe Ángel.*

Nació G. González en la Ceja del Tambo (estado, hoy provincia, de Antioquia). Hizo sus estudios en el seminario de Bogotá y en el colegio de San Bartolomé, graduándose de doctor en Jurisprudencia. Fué varias veces

Los tres poetas hasta ahora analizados, aunque tan diversos en estilo y tendencias, concuerdan en pertenecer á la escuela romántica, y aun puede decirse que Gutiérrez González sirve de puente entre el romanticismo y el realismo limpio y de buena casta. Por el contrario, D. José Joaquín Ortiz, egregio poeta lírico y ardiente controversista católico, que en edad muy avanzada acaba de descender al sepulcro, representó con majestad, pompa y decoro la escuela de Quintana, no sin hacer repetidas concesiones al gusto moderno (1). Ortiz rechazaba tal filiación por considerarla incompatible con sus principios religiosos; pero aquí no se trata del espíritu, que en Ortiz era ortodoxo y aun ascético, sino de su temperamento lírico y de la forma grandilocuente en que se vaciaron sus mejores inspiraciones. Cuando quiso apartarse de ella, como en muchas composiciones de sus últimos tiempos, fué para caer en un piadoso pero muy desmañado prosaísmo. Los hábitos vulgares y funestos del periodismo de propaganda, labor muy útil y meritoria sin duda, pero en alto grado pedestre, estropearon aquella mente soberana, le quitaron algo de su serenidad y vigor, le llenaron de escrúpulos

diputado y senador, y ocupó cargos en la Magistratura. En los últimos años le fué muy contraria la fortuna y vino á suma pobreza. Murió en 6 de Julio de 1872. La primera edición, muy incompleta, de sus *Poesías* fué hecha en 1867 por D. José María Vergara, y hay otras posteriores; pero la más completa y esmerada es la que antes citamos de 1881, publicada por sus hijos.

(1) No fué extraño Ortiz á la influencia de Víctor Hugo en su primera manera. La idea de la enumeración de los pabellones nacionales en *La Bandera Colombiana*, está evidentemente inspirada por la muy arrogante que hay en la Oriental 2.ª, titulada *Canaris*. Pero si no me engaña el amor á nuestra lengua y poesía, la imitación de Ortiz resulta superior al original.

nimios, contagiaron su gusto poniéndole al nivel de su público timorato y asustadizo; y recelando sin duda que la pureza clásica fuese una tentación del demonio, acabó por vestir sus versos de estameña. Los hay que no merecen salir de la colección de *El Correo de las Aldeas*, donde pueden servir de inocente recreo á las familias cristianas. Pero antes que el periodista se sobrepusiese en Ortiz al poeta, éste había producido con superabundancia lo que necesitaba para su gloria: cinco ó seis odas desiguales, pero espléndidas, y trozos admirables en muchas otras. Fantasía poderosa ya que no muy variada, sentimiento ardiente y profundo, elocuencia avasalladora, como que nacía de íntima convicción y sincero entusiasmo, grandeza en el plan, desarrollo progresivo y solemne, que tiene mucho de oratorio sin dejar de ser esencialmente poético, son las cualidades dominantes en Ortiz, realzadas por una versificación magnífica y robusta cuando el calor no le abandona. Porque ha de advertirse que es uno de los poetas más desiguales que pueden encontrarse: capaz de elevarse en sus buenos momentos al nivel de lo mejor de Quintana, con animación no menos férvida y más jugo de alma; pero incapaz de sostenerse, por falta de gusto ó de atención, en la esfera de noble grandeza en que siempre habita su maestro, hasta cuando parece menos inspirado. Ortiz no sabía borrar, y aunque profesor toda su vida, no puede decirse que fuera humanista como Bello ó como M. A. Caro. Escribía con abundancia de corazón, dominado por su asunto, y ansioso de desarrollarle hasta los últimos ápices, con efusión, con énfasis sincero, en inmensos períodos poéticos que se van ensanchando como las ondas concéntricas que forma la

piedra arrojada á un estanque. No hay que pedirle concisión y sobriedad líricas, que no eran propias de su temperamento ni de su escuela; pero sí hay que deplorar, aun dentro de ella, el exceso de verbosidad con que recarga sus mejores pensamientos, la pompa inútil con que abruma sus estancias, el afán de decirlo todo sin dejar campo libre á la imaginación del lector. En *La Bandera Colombiana*, en *Boyacá*, en la oda *Al Tequendama*, Ortiz deslumbra, pero fatiga por demasiado estrépito y brillantez demasiado continua. En la poesía de sentimiento, por el contrario, quiere ser familiar, y resulta demasiado casero, como todos los llamados poetas del hogar. En sus versos no hay medio: ó son admirables de número y cadencia, ó suenan como prosa. Parece imposible tener á un tiempo tan prosaica y tan poética dicción, estilo tan puro y tan abandonado, tan bueno y tan mal oído. Y es que en Ortiz, naturaleza algo contradictoria en todo, idólatra de Bolívar y enemigo del espíritu de la revolución americana, poeta clásico y partidario de la absurda ojeriza del abate Gaume contra los estudios clásicos, paloma sin hiel en sus acciones y violentísimo é intransigente en sus polémicas, dábase también el raro caso de trabajar en un género retórico, siendo él la espontaneidad misma. Cuando tenía que decir algo grande, los versos nacían hechos en su cabeza: cuando el pensamiento era débil, obscuro, vulgar, él no conocía artificio alguno para disimularlo, y escribía en estilo de periódico ó de libro de educación infantil. Nunca hubo artista menos preocupado de su arte, y por esto es más de admirar que sean tantos y tan frecuentes sus aciertos.

Escribió mucho, pero con cierta monotonía de asun-

tos y de imágenes. De grandes poetas puede decirse otro tanto, y quizá el sentimiento lírico implica algo de reconcentrado y exclusivo. La patria, la naturaleza, la muerte, fueron los tres habituales temas de sus canciones. No conozco versos suyos de amor: si en algún tiempo los hizo, su extraordinaria severidad moral le llevaría á ocultarlos ó á destruirlos. En las composiciones patrióticas fué felicísimo: allí podía mover libremente las alas de su numen, que, como el águila, había nacido para posarse en las cumbres, y que se ahogaba en el estrecho recinto de la poesía doméstica, á la cual se empeñaba en tributar un culto en general tan infeliz. Cantó la patria moderna, la patria colombiana, como quien había visto pasar delante de sus asombrados ojos de niño la figura ya heroica, ya magnánima, ya resignada, del *Libertador* Simón Bolívar. Esta visión era el gran recuerdo de su vida, y de tal modo le dominaba su recuerdo, que llegaba á exagerarle en términos harto disonantes con su piedad meticulosa:

Y vi después al triunfador volviendo
Del suelo de los Incas deleitoso,
No cual Camilo en el ebúrneo carro
Arrastrado por rápidos corceles,
Ni de purpúrea clámide cubierto
Y la frente ceñida de laureles.....

Y vi después al héroe, entristecido
Como un morir del sol, partir en busca
De nuevo hogar en extranjera tierra

.....
Quien hechos tan espléndidos ha visto
Es cual viajero que á sus lares torna
Después de haber cumplido el pío voto
«Y el gran sepulcro visitar de Cristo».
Se le escucha con ánimo devoto,
Porque puede decir: «Yo vi; yo estuve;
Yo al Calvario subí; yo el mármol santo

Que encerró á mi Señor empapé en llanto»;
Y el que atónito lo oye, se imagina
Envuelto contemplarlo en una nube
Que exhala los aromas
De la remota tierra palestina.

Cantó también otra patria más antigua, raíz y fundamento de la moderna, la patria colonial, y con ella el triunfo de la civilización cristiana en el Nuevo Mundo. ¡Espléndido canto este de *Los Colonos*, y salvo algunas caídas de estilo, no muy frecuentes, la mejor composición de Ortiz y una de las más finas joyas de la poesía americana! Poesía descriptiva á un tiempo y lírica, con algunos rasgos del estilo de Virgilio y de Bello, ajenos á la habitual manera de Ortiz, pero que indican lo que en este género hubiera podido hacer, aplicando á su estilo una labor más severa y paciente, y buscando en sus descripciones la precisión más que el lujo. Poesía, no obstante, que de la escuela de Quintana conserva el carácter de predicación social, el entusiasmo por el progreso humano, aunque diversamente entendido, la consideración del hombre y de sus obras y de su misión histórica, sobreponiéndose á la consideración del mundo físico, que el hombre doma y sujeta á cultivo y hace servir para los fines de su propia perfección. Entre la oda *Á la Vacuna* y *Los Colonos* media un abismo de ideas: Quintana, español y patriota, pero hijo del siglo XVIII, adepto de su filosofía, filántropo y apenas deísta, execra la conquista americana: Ortiz, americano, hijo de un *insurgente*, y ciudadano de una República, pero cristiano hasta lo más profundo de su alma, educado en la gran reacción espiritualista de nuestro siglo, bendice con más clara comprensión de la historia la obra santa de los

colonos españoles, que allanaron las selvas, que las despoblaron de bestias feroces, que importaron los animales útiles al hombre: el generoso caballo, el toro bienhechor, los cereales, sustento de la vida, el germen de las flores, encanto de los ojos; de los que redimieron á las razas inferiores, de las tinieblas de la idolatría y de la barbarie; de los que levantaron el primer molino, el primer palomar, la primera iglesia, el primer hospital, la primera imprenta. Y con ser tan distinto el rumbo de las ideas en Quintana y en Ortiz, todavía vienen á coincidir en un punto, que es la glorificación del trabajo humilde, de las artes de la paz y de la ciencia, ya en Jenner y en Guttenberg, ya en los humildes colonos españoles del Nuevo Reino.

Dejó Ortiz pocas composiciones exclusivamente religiosas; pero puede decirse que el espíritu religioso las penetra á todas, y no sólo de un modo general y vago, sino con admirable firmeza y precisión dogmática, con aquel acento que sólo brota del alma que es cristiana con cristianismo positivo, el cual nunca se puede confundir con la vaga exaltación sentimental del cristianismo literario de Chateaubriand ó de Lamartine. En este punto, Ortiz pertenece á la escuela de Manzoni, de quien, por otra parte, presenta reminiscencias directas en la oda *Á Boyacá* y en otras partes, aunque el estilo difuso y grandilocuente en que las expresa, nada tenga que ver con la divina condensación lírica de las estrofas del poeta milanés. Ortiz, como Manzoni, no sólo siente el cristianismo, sino que cree en él con fe viva y práctica, engendradora de buenas obras. Aun en composiciones muy desigualmente ejecutadas, se encuentran admirables trozos de filosofía religiosa, que brotan

de lo más profundo y sustancial de la doctrina cristiana. Véase, por ejemplo, esta exposición del misterio del dolor:

¡El dolor no es el crimen! Es la herencia
Del infelice genitor primero,
Legada, no á sus hijos solamente,
Sino también á su linaje entero.....

¡Ah! Si el hombre entre penas agoniza,
Naciones hay que bajan á sentarse
Sobre el estercolero
Como el antiguo Job, roto el vestido
Y la frente cubierta de ceniza.....

¡No es crimen el dolor! Es como el fuego
Que purifica en el crisol el oro;
Es cual la tumba fría y silenciosa
En que la humilde larva se sepulta,
Y de donde triunfante saldrá luego
Con ala tinta en oro, azul y rosa
Á volar por el éter cristalino
Transformada en festiva mariposa.

Esta es la eterna ley de nuestra raza,
Este el destino irrevocable y justo:
Por el dolor alzarse hasta la gloria,
Por el placer bajar hasta el abismo.....

¡No se llamaba un Hombre de dolores
El gran libertador del mundo mismo?
Quiso nacer en un pesebre obscuro
Y en el taller vivir de un artesano,
Y escogió sus amigos

Entre los pescadores y mendigos.
Sólo una vez entró, y esa en cadenas,
De Herodes al palacio:

Una vez y no más subió al Pretorio,
Y esa en manos de bárbaros sayones.
Hijo de augustos Reyes, la corona
Que sus sienas divinas

Adornó, fue de abrojos y de espinas;

.....
Y el cetro de oro que empuñó su mano
Una caña marchita

Del Jordán arrancada en la ribera.
Cuando después cual jefe valeroso,

Al frente de las huestes que cejaban
 Se arrojó generoso
 Al puente del dolor por Dios echado
 Desde la tierra al cielo,
 Sacudiendo la piedra de su tumba,
 Apareció de gloria circuido,
 Mostrando á las naciones
 La cruz de su ignominia y de su gloria,
 Y entonando su canto de victoria:
 «El mundo finalmente está vencido.»

¡Bello, ó por mejor decir, sublime; y este género de sublimidad no es raro en Ortiz, derivándose todavía más de su fe ardorosa que de su talento poético! Si no se sostiene de continuo á igual altura; si por querer acomodarse demasiado, aun en el estilo, á la comprensión de los ignorantes y de los humildes, fracasa Ortiz á veces en sus poesías religiosas, de índole que pudiéramos llamar democrática y llana, y quitándoles el nervio teológico, declina en las puerilidades de la devoción francesa, que ha infestado á América como á España, no por eso deja de levantarse á la gran poesía, siempre que encuentra en su camino estos sublimes tópicos del dolor y de la muerte. Pintó demasiados entierros de pobres y demasiados cementerios de aldea, repitiéndose mucho; pero ¡qué graduada y solemne aquella puesta del sol detrás de la tumba del poeta, con que termina *La Última Luz*, poesía, por otra parte, muy incorrecta y que fué probablemente la postrera de las suyas!

Luego las negras sombras de los Andes
 Se irán haciendo cada vez más grandes;
 Del pueblo oírse lejos el murmullo
 Cual voz de un río entre las piedras sordas;
 Y más lejos el lúgubre lamento
 Con que en la grey el padre toro muje;
 Y el chirrido del carro
 Que de puro repleto se desborda

Y atormentado con la carga cruje;
 Luego el agudo son de la campana
 Volará al monte, al valle, á la alquería
 Saludando á la Reina Soberana;
 Luego saldrá la luna difundiendo
 Sus secretos de gran melancolía:
 Luego sombra y silencio.....
 Y después morirá por fin el día.

En la poesía descriptiva Ortiz es muy brillante, pero monótono: vista una de sus composiciones, por ejemplo, las primeras estancias de la oda *Á Vasco Núñez de Balboa*, puede decirse que se han leído todas. La silva *Al Tequendama*, es buena; pero no creo, de ningún modo, que obscurezca la de Heredia *Al Niágara*, ni siquiera que compita con ella, y además la perjudica el mismo empeño que parece puso el autor en que no apartásemos de la memoria á Heredia, no sólo en el *Niágara*, sino en el *Teocalli de Cholula*.

En resumen, Ortiz, á pesar de todos los defectos que en obsequio á la justicia van notados, es uno de los más inspirados, sinceros y fervientes poetas líricos que ha producido la América española; y aunque muy distante de la pulcritud y perfección del valenciano Querol, es, á mi juicio, después de Querol, el que mejor ha conservado en estos últimos tiempos las tradiciones de nuestra oda clásica, adaptándola á la expresión de sentimientos modernos (1).

(1) *Poesías de José Joaquín Ortiz*. Bogotá, Imp. de Echverría, Hermanos, 1880; 8.º Esta colección dista mucho de ser completa; pero contiene las mejores poesías del autor.

La biografía más detallada que conozco de Ortiz es la que mi fraternal amigo y colega el Dr. Rubió y Lluch, catedrático de la Universidad de Barcelona, publicó en *La Defensa Católica*, de Bogotá (número del 18 de Agosto de 1892).

Estudiados los cuatro grandes poetas líricos de Colombia, anteriores á la brillante generación actual, quedan aún otros varios muy dignos de atención, aunque menos fecundos ó menos geniales. Indicaremos algunos nombres, limitándonos casi á aquellos autores de quienes en esta *Antología* presentamos alguna muestra, y á quienes naturalmente tenemos por los mejores.

Joaquin Pablo Posada es digno del mayor encarecimiento, no por la pobre materia poética de sus compo-

Nació Ortiz en Tunja el 10 de Julio de 1814, y murió en Bogotá el 14 de Febrero de 1892. Dedicó toda su vida á la enseñanza y al periodismo. En 1852 fundó un colegio que, con el nombre de *Instituto de Cristo*, obtuvo gran celebridad: después enseñó en otros varios. Son innumerables los periódicos que dirigió ó en que colaboró: *La Estrella Nacional*, *El Condor*, *El Día*, *El Conservador*, *El Porvenir*, *El Catolicismo*, *La Caridad*, *El Correo de las Aldeas*, etc. Publicó además gran número de libros, ya de controversia política y religiosa, ya de enseñanza, entre los cuales recordamos: *Cartas de un sacerdote católico al redactor de «El Neogranadino»*, Bogotá, 1857 (muy buenas: el mejor de sus escritos en prosa).—*Las Sirenas, discurso contra la moral sensualista de Jeremias Bentham*, Paris (sin fecha).—*Testimonio de la historia y de la filosofía acerca de la divinidad de Jesucristo*, 1855.—*Lecturas selectas en prosa y verso*, 1880.—*Ó todo ó nada*, 1880.—*Lecciones de Literatura Castellana*, 1879.—*El Parnaso Granadino, colección escogida de poesías nacionales* (sólo salió el t. 1), 1848.—*El Liceo Granadino, colección de los trabajos de este Instituto* (sólo el t. 1), 1856.—*La Guirnalda* (otra antología de poetas y prosistas neogranadinos).—*El Libro del Estudiante* (del cual se han hecho hasta siete ediciones).—*El Lector Colombiano* (libro de lectura para las escuelas).—*Compendio de Historia Sagrada*, etc.

Pueden añadirse algunos ensayos de novela: *Maria Dolores ó Historia de mi casamiento*, *El Oidor de Santafé*, *Huérfanos de madre*, etc.; y algún ensayo dramático: *El Hijo Pródigo*, proverbio; *Sulma*, tragedia: esta tragedia se imprimió juntamente con las poesías juveniles de Ortiz, en un tomo que no hemos visto, titulado *Mis Horas de descanso*, Cartagena de Indias, 1834. Dejó inéditos tres poemas: *Yopalín*, *Colón* y *Los Cantos de la Patria*; y una *Historia de la Conquista del Nuevo Reino de Granada*. Fué diputado varias veces, y al tiempo de su muerte era senador. Perteneció á una fracción político-religiosa análoga á la que en España se conoce con el nombre de *integrismo*.

siciones, sino por sus admirables dotes de versificador, en que pocos ó ninguno de su tierra le ha igualado. Conviene echar un velo sobre su vida pública y aun privada: demasiadas cosas confesó el poeta festivo de inagotable donaire, en cuyas manos era la lengua blanda cera; hubiera podido ser émulo de Bretón, ó á lo menos de Villergas, y sólo consiguió dejar las diatribas personales y odiosas de *El Alacrán*, una serie de *camafeos* ó semblanzas satíricas, de cuyo parecido sólo pueden juzgar sus paisanos, y un tomo de poesías muy lindamente hechas, cuyo tema principal y casi único es pedir dinero á sus amigos en variedad de metros, y con alguna diferencia en las cantidades monetarias que solicitaba, desde cuatro á veinte duros. La indisciplina de su carácter y el desapego á todo trabajo continuado y formal, le sometieron desde muy temprano (como dice un escritor de Colombia) «á vivir una vida como prestada, en la que con talento se consolaba de sus escaseces, burlándose á menudo de la cruel necesidad». Vivió como Villasandino ó como cualquier otro de los poetas mendicantes del *Cancionero de Baena*, componiendo ó improvisando cuantos versos se le encargaban, y siempre con amenidad de estilo, con elegante sencillez de expresión, con gracia natural y armoniosa, que es la principal dote de su estilo:

Figúrate que le debo
 Á todo el que en torno miro;
 Debo el aire que respiro
 Y debo el agua que bebo.
 Casi ni á salir me atrevo,
 Porque, si salir consigo,
 Mis acreedores, amigo,
 Me atacan de llano en plano,

Desde el primer ciudadano
Hasta el último mendigo.

.....
Quiero acabar: necesito
Diez y seis pesos cabales,
Para conseguir los cuales
Estas décimas he escrito;
Mándamelos, que infinito
Será mi agradecimiento,
Como lo es el firmamento
Y como el poder de Dios,
Quien, acá para *inter nos*,
Me tiene muy descontento.
Ninguna promesa haré,
Porque á ti no se te esconde
Que cómo, cuándo ó en dónde
He de pagarte, no sé;
Pero que te pagaré,
Y que á pagarte me obligo,
Poniendo á Dios por testigo,
Es tan seguro y tan cierto
Como lo es que sólo muerto
Dejaré de ser tu amigo.

Con Posada colaboró en el malhadado *Alacrán* otro poeta más desaliñado, pero que no carecía de numen: Germán Gutiérrez de Piñeres, quien, al revés de Posada, solía ser satírico en sus artículos en prosa, y quejumbroso y melancólico en sus versos, como quien había empezado en una de sus más antiguas composiciones por despedirse de la vida en las inevitables octavas *bermudinas*:

El puro sol de mis brillantes días
Va declinando hacia su triste ocaso,
Y de mi vida adelantando el paso,
Mis ilusiones decayendo van.
Ya de mí se desprende marchitada
Mi juventud, mi juventud querida:

Queda el recuerdo al alma dolorida
De las horas que nunca volverán.....

Poeta festivo, pero de muy distinta cuerda que Posada, fué D. Ricardo Carrasquilla, benemérito institutor y autor de libritos de propaganda católica muy bien hechos. Su tomito de poesías que él modestamente llamó *Coplas*, está lleno de gracejo decoroso y fino: hizo excelentes letrillas, cuadros de costumbres como las *Fiestas de Bogotá*, y acertó á tratar con sentimiento y viveza, aun sin salir de su manera familiar y sencilla, asuntos más elevados, ya de leyenda histórica como en *El Abrazo*, ya de naturaleza pintoresca como en *Una visita al salto del Tequendama*.

El general Pinzón Rico ha sido uno de los poetas más celebrados de Colombia, y poeta de valiente inspiración en ocasiones. No conozco más composiciones suyas que las insertas en el *Parnaso Colombiano*, y éstas no bastan para caracterizarle, aunque sí para graduarle de versificador gallardo. En su estilo palabrero y redundante, pero cadencioso, parece un romántico mejicano ó venezolano más bien que colombiano. Su *Despertar de Adán* ha sido muy celebrado, pero prefiero la *Eva*, de Flores, cuyo pensamiento erótico es el mismo.

Entre los polígrafos más fecundos hay que contar á D. Manuel María Madieto, D. Felipe Pérez y D. José María Samper. Madieto era un publicista de talento brillante, pero desigual, que escribía medio en francés páginas elocuentes sobre cuestiones sociales. No sé si pertenecía ó no á la raza de color, pero sí sé que odiaba de muerte á los hijos y nietos de españoles, suponiéndolos culpables de todas las guerras civiles y de todos los escándalos, crímenes y desgracias que afligen á los pue-

blos de la América española. Lo más singular es que solía militar en partidos conservadores, por donde resultaba en sus ideas una extraña inconsecuencia. De su tomo de *Poesías* (precedido de un tratado de Métrica), lo más celebrado ha sido el romance endecasílabo *Al Magdalena*, que Camacho Roldán, en el prólogo á las poesías de Gutiérrez González, califica de «uno de los cantos indígenas de nuestro suelo», añadiendo que «vivirá mientras nuestro río arrastre sus turbias ondas al través de soledades cubiertas de ceibas y caracolies, y por en medio de playas

..... que marcado había
De las tortugas la penosa marcha,
Y del caimán la formidable cola,
Y de los tigres la terrible garra.

Pérez (D. Felipe) es más conocido como geógrafo bueno ó malo que como poeta, y se le acusa de haberse aprovechado con poco escrúpulo de trabajos ajenos.

Samper fué un improvisador fecundísimo en todos géneros: historiador, geógrafo, estadista, orador político, escritor de viajes, poeta lírico, dramaturgo, novelista, profesor de Derecho público y fundador ó redactor principal de más de veinte periódicos; el más fecundo de los escritores modernos de Colombia, y uno de los más conocidos en Europa y de los que más han dado á conocer el estado político de su patria. Pero no parece que entre el inmenso cúmulo de sus libros, producidos como á destajo y con facilidad peligrosa, haya nada cabal ni de primer orden. De todos modos, sus bocetos biográficos y sus relaciones de viajes se leen con agrado y logran y merecen más fama que sus poesías.

José María Vergara y Vergara, ya mencionado en estas páginas, no fué grande escritor, pero sí escritor muy ameno y simpático. La bondad y la efusión de su carácter, su entusiasmo por la belleza moral, su fe viva y ardiente, su caridad inagotable, su patriotismo de buena ley, su gracejo natural é inofensivo, se reflejan fielmente en sus artículos de costumbres, novelitas é impresiones de viaje, y en todos sus escritos fugitivos, en prosa ó en verso, no muy correctos de lengua, pero muy sanos y muy españoles en el fondo. Era hombre de devociones literarias ardentísimas, y que perdía mucho de su propia originalidad por caminar demasiado servilmente detrás de las huellas de los maestros que sucesivamente adoptaba: primero Larra y Mesonero Romanos; después Fernán Caballero, Trueba y Enrique Conscience, y últimamente Selgas. Sus poesías adolecen de este mismo prurito de imitación exagerada, y ciertamente que el *Libro de los Cantares*, con todo su mérito relativo, que no negamos, no justificaba bastante el empeño con que Vergara se dió á glosarle y á repetir sus temas, muchas veces más vulgares que populares, y á veces ni vulgares siquiera, sino trivialmente sentimentales. La afectada llaneza de Trueba contagió á Vergara como á tantos otros, y es lástima, porque algunas poesías humorísticas suyas prueban que hubiera podido distinguirse en este género sin deber nada á nadie. Improvisó demasiado, y el periodismo devoró su ingenio, como el de tantos otros escritores de Colombia y de España.

Finalmente, mencionaremos los nombres de Arsenio Esguerra (muy delicado y pulcro), José David Guarín, Hermógenes Saravia, José María Rojas Garrido, Do-

mingo Díaz Granados (amigo é imitador de Gutiérrez González), Arcesio Escobar (feliz traductor de poetas ingleses), César Conto, Joaquín González Camargo (autor del delicioso *Viaje de la luz*), José Joaquín Borda, Benjamín Pereira Gamba, y la dulce poetisa mística D.^a Silveria Espinosa de Rendón, de todos los cuales he leído agradables poesias en el *Parnaso Colombiano*, pero á quienes no me atrevo á caracterizar por falta de suficientes datos (1).

(1) Joaquín Pablo Posada. Nació en Cartagena (de Indias) en 1825, y murió en 1880. Sus *Poesias* se imprimieron en 1857, con un prólogo del doctor Felipe Pérez. En 1879, sus *Camafleos ó Bosquejos de notabilidades colombianas en política, milicia, comercio, ciencias, artes, literatura, trápalas, malas mañas y otros efectos, bajo su triple aspecto físico, moral é intelectual*. (Barranquilla, imp. de los Andes.)

Germán Gutiérrez de Piñeros (1816-1872). Sus *Poesias*, precedidas de un juicio de D. Pedro Neira Acevedo, se imprimieron en Bogotá, 1857. Fué autor también de *El Oidor*, drama histórico.

Ricardo Carrasquilla. Nació en 1827 y ha fallecido recientemente. *Coplas*. (Bogotá, por Foción Mantilla, 1866. Hay tres ediciones posteriores aumentadas.)—*Sofismas anticatólicos vistos con microscopio*.

José María Pinzón Rico. Nació en 1834. Fué magistrado primero y militar revolucionario después. Residió algún tiempo en Venezuela, redactando *El Porvenir* de Caracas. En Bogotá fué colaborador de *La Discusión*, de *El Nuevo Mundo* y de *La Pluma*. No sé que hayan sido coleccionados sus versos.

Manuel María Mañedo. Nació en Cartagena (de Indias) en 1815. Sus *Poesias precedidas de un tratado de Métrica* fueron impresas en Bogotá, 1859. Hay poesias posteriores en la miscelánea titulada *Ecas de la Noche* (1870). Compuso en su primera juventud dos tragedias, *Coriolano* y *Lucrecia ó Roma libre*, y más adelante el drama *Una idea abismo* (sic) y el juguete cómico *Tres diablos sueltos*. Entre sus escritos de materias sociales y filosóficas se citan principalmente: *Tratado de derecho de gentes* (1874), *La Ciencia social ó el Socialismo filosófico: derivación de las grandes armonías morales del Cristianismo* (1863), *Una gran revolución, ó la razón del hombre juzgada por sí misma* (Caracas, 1876), *El Dedo en la llaga* (Caracas, 1876), *El Arte de probar* (Bogotá, 1874), *Tratado de Crítica general, ó Arte de dirigir el entendimiento en la investigación de la verdad* (1868), etc., etc.

Felipe Pérez. Nació en 1834. La edición de sus *Versos* es de 1867. Escribió además novelas (*Atahualpa*, *Los Pizarros*, *Filma*, *Los Gigantes*, *Imina*, *Carlota Corday*....), y dramas (*Gonzalo Pizarro*....). Pero sus escritos más conocidos son: *Análisis política, social y económica de la República del Ecuador*.... (1853), *Geografía física y política de los Estados Unidos de Colombia* (1862-63), y otras análogas.

José María Samper. Nació en 1828. El solo catálogo de sus obras ocupa cinco ó seis páginas en la *Bibliografía Colombiana* de Laverde Amaya. Sus primeras *Poesias*, con el título de *Flores marchitas*, se publicaron coleccionadas en 1849; sus *Piezas dramáticas*, en 1857; una nueva colección lírica (*Ecas de los Andes*), en 1860; *Un Vampiro*, poema satírico, en 1863; *Martin Flórez*, novela, en 1866; *Un drama íntimo*, novela, en 1870; *Últimos Cantares* (tercera colección lírica), en 1874; *Florencio Conde*, novela, en 1875; *El Poeta soldado*, ídem, en 1881; *Los Clavetes de Julia*, ídem, en 1881. De sus restantes obras, las más conocidas son *Pensamientos sobre moral, política, literatura, religión y costumbres* (1856); *Ensayo sobre las revoluciones políticas y la condición social de las Repúblicas hispano-americanas* (París, 1861); *Viajes de un colombiano en Europa* (París, 1862); *El Libertador Simón Bolívar* (Caracas, 1878); *Galería Nacional de Hombres ilustres* (Bogotá, 1879); *Historia de una alma* (1881), autobiografía muy interesante en que refiere su conversión al catolicismo.

José María Vergara y Vergara (1831-1872). Incansable periodista y promotor de la buena literatura. Redactó *La Siesta*, *El Mosaico*, *El Hogar*, *La Fe*, la *Revista de Bogotá* y otros muchos periódicos. Sus principales obras son: *Historia de la literatura en Nueva Granada* (1866); *Olivos y aceitunos todos son unos* (novela de costumbres políticas); *Versos en borrador* (1868); *Artículos escogidos*, colección selecta (Londres, 1881); *Vida y escritos del general Nariño*. Coleccionó el *Museo de cuadros de costumbres*, de varios escritores colombianos; el *Parnaso Colombiano*, en tres pequeños volúmenes, que contienen las obras de Gutiérrez González, Caicedo Rojas y Marroquín; *La Lira granadina* (1860). Hay dos biografías de Vergara, una de D. José Manuel Marroquín en el *Anuario de la Academia Colombiana* (1874), y otra de D. Carlos Martínez Silva en el *Repertorio Colombiano*.

Sobre los restantes poetas nos remitimos á las breves noticias que pueden encontrarse en el *Parnaso Colombiano* de Añez, y mejor en los *Apuntes sobre bibliografía colombiana, con muestras escogidas en prosa y verso, por Isidoro Laverde Amaya, con un apéndice que contiene la lista de las escritoras colombianas, las piezas dramáticas, novelas, libros de historia y de viajes escritos por colombianos*. (Bogotá, 1882.)

Es imposible omitir la lectura de las muy discretas y sabrosas *Cartas Americanas* de nuestro D. Juan Valera (primera serie, Madrid, 1889), que contienen un largo estudio sobre el *Parnaso Colombiano*. El Sr. Valera hubiera hecho inútil nuestro trabajo y nos habría dado con ventaja un juicio cabal

sobre la poesía de Colombia, á haber podido disponer de fuentes más copiosas y seguras que el mencionado *Parnaso*, compilación deficientísima por una parte, y por otra llena de farrago y broza, como casi todas las de su género que se han formado en América.

Para el estudio de la mejor literatura moderna de Colombia es de inapreciable auxilio la colección de los trece tomos del *Repertorio Colombiano*, excelente revista que duró desde 1878 hasta 1887, bajo la dirección de don Carlos Martínez Silva y la inspiración de D. Miguel Antonio Caro. Es la más notable publicación de su género que hasta ahora ha aparecido en la América española.

Finalmente, para el conocimiento de los poetas novísimos, puede acudirse á *La Lira Nueva*, de D. José María Rivas Groot. (Bogotá, 1886.)

IX.

ECUADOR.

En el *Ensayo sobre la literatura ecuatoriana*, del Dr. D. Pablo Herrera (1), y en la *Ojeada Histórico-crítica sobre la poesía ecuatoriana*, de D. Juan León Mera (2), puede verse cuán antiguo abolengo tiene la cultura literaria en la antigua Presidencia de Quito, que abarcaba la mayor parte del territorio de la actual República del Ecuador (3). A las órdenes monásticas, y especialmente á la de San Francisco, se debió la primera cultura del país y el establecimiento de las primeras escuelas, así como á un franciscano, el P. Jodoco Rickle, se había debido la introducción de la primera semilla de trigo.

En noble emulación pretenden las diversas religiones que dieron apóstoles á la primitiva colonia, el lauro de haber establecido la primera casa de enseñanza; pero sin negar que los dominicos tuviesen estudios en su convento de San Pedro Mártir, fundado en Quito por el Venerable Fr. Alonso de Montenegro á raíz de la

(1) Publicado por primera vez en 1860 y luego, con bastantes ampliaciones, en el primer tomo de la *Revista Ecuatoriana* (1889), si bien esta segunda edición no llegó á terminarse, que sepamos.

(2) Quito, 1868. Imprenta de J. Pablo Sanz. Anúnciase como próxima á aparecer una segunda edición muy aumentada y corregida.

(3) Guayaquil perteneció al Virreinato del Perú, hasta que Bolívar le anexionó en 1824 á la primitiva Colombia. Quito y lo restante de la República dependía del Virreinato de Santa Fe desde 1721; hasta entonces había dependido también del Perú.

sobre la poesía de Colombia, á haber podido disponer de fuentes más copiosas y seguras que el mencionado *Parnaso*, compilación deficientísima por una parte, y por otra llena de farrago y broza, como casi todas las de su género que se han formado en América.

Para el estudio de la mejor literatura moderna de Colombia es de inapreciable auxilio la colección de los trece tomos del *Repertorio Colombiano*, excelente revista que duró desde 1878 hasta 1887, bajo la dirección de don Carlos Martínez Silva y la inspiración de D. Miguel Antonio Caro. Es la más notable publicación de su género que hasta ahora ha aparecido en la América española.

Finalmente, para el conocimiento de los poetas novísimos, puede acudirse á *La Lira Nueva*, de D. José María Rivas Groot. (Bogotá, 1886.)

IX.

ECUADOR.

En el *Ensayo sobre la literatura ecuatoriana*, del Dr. D. Pablo Herrera (1), y en la *Ojeada Histórico-crítica sobre la poesía ecuatoriana*, de D. Juan León Mera (2), puede verse cuán antiguo abolengo tiene la cultura literaria en la antigua Presidencia de Quito, que abarcaba la mayor parte del territorio de la actual República del Ecuador (3). A las órdenes monásticas, y especialmente á la de San Francisco, se debió la primera cultura del país y el establecimiento de las primeras escuelas, así como á un franciscano, el P. Jodoco Rickle, se había debido la introducción de la primera semilla de trigo.

En noble emulación pretenden las diversas religiones que dieron apóstoles á la primitiva colonia, el lauro de haber establecido la primera casa de enseñanza; pero sin negar que los dominicos tuviesen estudios en su convento de San Pedro Mártir, fundado en Quito por el Venerable Fr. Alonso de Montenegro á raíz de la

(1) Publicado por primera vez en 1860 y luego, con bastantes ampliaciones, en el primer tomo de la *Revista Ecuatoriana* (1889), si bien esta segunda edición no llegó á terminarse, que sepamos.

(2) Quito, 1868. Imprenta de J. Pablo Sanz. Anúnciase como próxima á aparecer una segunda edición muy aumentada y corregida.

(3) Guayaquil perteneció al Virreinato del Perú, hasta que Bolívar le anexionó en 1824 á la primitiva Colombia. Quito y lo restante de la República dependía del Virreinato de Santa Fe desde 1721; hasta entonces había dependido también del Perú.

conquista de la ciudad por el adelantado Sebastián de Belalcázar, todavía es cierto que el primer colegio de cuya formal organización se tiene noticia es el de San Andrés, establecido por los franciscanos en 1556, y dotado en 1562, por Real cédula de Felipe II, con 300 pesos anuales. En dicha cédula consta que allí se enseñaban «las cosas pertenecientes á la salvación y buena doctrina de los indios naturales, letras, buenas costumbres y habilidades, para que puedan vivir cristiana y políticamente» (1).

Pero la enseñanza para los hijos de españoles, la propiamente literaria ó de humanidades, fue introducida en el Ecuador, como en otras partes de América, por los PP. de la Compañía de Jesús, cuyo colegio de Quito contaba ya por los años de 1585 más de ciento ochenta estudiantes, siguiendo cuarenta de ellos el curso de Artes. La emulación era grande, frecuentes las conclusiones y actos públicos, con asistencia del obispo, del Corregidor y vecinos principales, y tan grande el crédito que lograban los jesuitas, que cuando el Obispo Fr. Luis López de Solís fundó, á fines del siglo XVI, el colegio Seminario de San Luis, también le puso bajo su dirección, con parecer y acuerdo de la Real Audiencia y del Cabildo. Emulando el celo de franciscanos, dominicos y jesuitas, los agustinos establecieron la Universidad de San Fulgencio, autorizada por bula apostólica de Sixto V, en 20 de Agosto de 1586. Pero no fué ésta la Universidad definitiva, la que obtuvo los títulos

(1) Vid. *Varones Ilustres de la Orden Seráfica en el Ecuador, desde la fundación de Quito hasta nuestros días, por Fr. Francisco Maria Compte, Misionero Apostólico y Cronólogo del Colegio de San Diego de Quito.* (Quito, 1885 y 1886, 2 vols.).

de Real y Pontificia, sino la establecida en 1620 con título de San Gregorio Magno, bajo la dirección de los jesuitas.

El más antiguo de los españoles de quien sabemos que, pasando al reino de Quito, compusiese algunos versos, es D. Lorenzo de Cepeda, hermano de Santa Teresa de Jesús y muy conocido de los lectores de la incomparable correspondencia de la mística Doctora, puesto que á él están dirigidas algunas de las mejores cartas sobre materias familiares y espirituales. Estuvo en Indias D. Lorenzo más de treinta y cuatro años: en 1550 era regidor del Cabildo de Quito, alcalde primero en 1551, y después tesorero de las Cajas Reales, hasta 1567, en que, fallecida su mujer, D.^a Juana de Fuentes, natural de Trujillo en el Perú, abandonó todo empleo, para volver á España, y darse por entero á la vida contemplativa y á los ejercicios de piedad, bajo la dirección y consejo de su hermana, á cuyas fundaciones contribuyó con el cuantioso caudal que había granjeado en el Nuevo Mundo. Además de una relación de la vida y virtudes de su mujer, escribió algunos versos de devoción; pero sólo se ha conservado la siguiente glosa sobre el altísimo tema de que «Dios incluye en sí todas sus criaturas, y que ninguna está fuera de Él, y que, por consiguiente, el mismo Dios está en ellas más que ellas mismas, y Él es el centro del alma, y si la hubiere tan limpia que no impida esta admirable unión, hallarse ha á sí en Dios y á Dios en sí, sin rodeo»:

El Sumo Bien en su alteza
Dice al alma enamorada
Que se busque en su grandeza,
Y que á su inmensa belleza
Busque en su pobre morada.

De amor la suprema fuente,
 Sin bajar de sus alturas,
 Con su amor omnipotente,
 Hállase siempre presente
 Y encierra en sí sus criaturas.
 Y el mismo amor que fué de ellas
 Su principio sin tenerle,
 Ama tanto estar con ellas,
 Que está muy más dentro en ellas,
 Que ellas mismas sin quererle.
 Pues el alma limpia y pura
 Que amare en esto pensar,
 Se hallará con gran ternura
 En esa misma hermosura
 Y á sí mismo sin rodear (1).

Sobre el mismo tema de *Búscate en mí*, que es, sin duda, lo más profundo y sutil de la mística, escribieron papeles en prosa, y como en certamen, San Juan de la Cruz, Julián de Ávila y Francisco de Salcedo, y sobre todos ellos recayó el donairoso *vejamen* que, en virtud de obediencia al Obispo de Avila, dió Santa Teresa, la cual por su parte trató el mismo asunto en la glosa así encabezada:

«Alma, buscarte has en Mi,
 Y á Mi buscarme has en tí....»

que no me parece tan superior á la de su hermano como da á entender el docto colector de las obras de la Santa.

En las Crónicas monásticas de la provincia de Quito se encuentran bastantes nombres de escritores teológi-

(1) Publicó por primera vez estas quintillas D. Vicente de la Fuente en su magistral edición de las *Obras de Santa Teresa* (B. de AA. EE.), tom. 1, pág. 562.

cos, de filósofos escolásticos, de gramáticos cultivadores de la lengua quichua; pero no se encuentra poeta alguno hasta el siglo XVII, lo cual no quiere decir que no los hubiera, sino que sus obras se perderían por falta de imprenta, calamidad que también pesó sobre la literatura colonial de Venezuela y Nueva Granada hasta muy entrado el siglo XVIII. Si algún escritor quiteño llegó á ver publicadas sus obras, fué de los que por sus oficios eclesiásticos ó jurídicos tuvieron ocasión de salir de su país, como el obispo Fr. Gaspar de Villarroel, que no fué sólo gran prelado en Santiago de Chile y en Arequipa, y profundo canonista, como lo prueba su obra del *Gobierno Eclesiástico* (1656), tan magistral en su línea como la *Política Indiana* de Solórzano en la suya, sino también prosista no vulgar, de los mejores de América en su tiempo.

Es claro que si los libros voluminosos, y tocantes á las ciencias más estimadas entonces, tropezaban con tal obstáculo para imprimirse, aun había de ser más precaria la suerte de poesías fugitivas, y que probablemente no tendrían más mérito que el de primeros ensayos. Lo cierto es que en 1630, cuando el Fénix de los Ingenios compuso *El Laurel de Apolo*, florecía en Quito una poetisa llamada D.^a Jerónima de Velasco, que era otra Safo, otra Erina, otra Pola Argentaria, al decir de Lope:

Parece que se opone á competencia
 En Quito aquella Safo, aquella Erina,
 Que si doña Jerónima divina
 Se mereció llamar por excelencia,
 ¿Qué ingenio, qué cultura, qué elocuencia,
 Podrá oponerse á perfecciones tales,
 Que sustancias imiten celestiales,

Pues ya sus manos bellas
Estampan el Velasco en las estrellas?

(Silva 1.^a)

Era esposo de la señora tan estrepitosamente elogiada un D. Luis Ladrón de Guevara; por lo cual añade Lope, jugando galantemente del vocablo:

¡Dichoso quien hurtó tan linda joya
Sin el peligro de perderse Troya!
Pero dióselo el cielo, aunque recelo
Que puede la virtud robar el cielo.

Pero de D.^a Jerónima sólo ha quedado esta memoria; y el primer ingenio ecuatoriano que llegó á ver de molde el cuerpo íntegro de sus poesías (aunque realmente tales son ellas que no hubiese importado mucho su pérdida) es el maestro Jacinto de Evia, natural de Guayaquil, que en 1675 publicó en Madrid un *Ramillete de varias flores poéticas recogidas y cultivadas en los primeros abríles de sus años* (1). La fecha de la publicación, ominosa para la poesía lírica, hará ya sospechar lo que el libro puede ser, y es en efecto: un monumento de hinchazón y pedantería. No todo lo que en él se contiene es de la propia cosecha del Maestro Evia: con sus flores poéticas van mezcladas algunas no mucho más lozanas y olorosas del bogotano Domínguez Camargo, y otras en mayor número del jesuíta sevillano P. Antonio Bastidas, que había sido maestro de Mayores y Retórica del poeta de Guayaquil. Los tres colaboradores del *Ramillete* eran gongorinos furibundos,

(1) Madrid: en la imprenta de Nicolás de Xamares, mercader de libros, año de 1675. 4.^o, 9 hs. prls. y 406 folios.

los tres versificadores numerosos y entonados: prenda común en la escuela á que pertenecían. Apenas hay en el tomo composición que no sea un puro disparate; pero son disparates sonoros. De los tres poetas, quizá Evia, que es el que da nombre al *Ramillete*, sea el de menores vuelos. Nada hay en el fárrago de sus composiciones *fúnebres* (así con toda propiedad denominadas), *heroicas*, *sagradas*, *panegíricas*, *amorosas* y *burlescas*, que compita con algunos rasgos de los romances de Domínguez Camargo, ni con la gala y bizarría que en medio de sus extravagancias tiene la paráfrasis que el P. Bastida hizo del idilio de la Rosa,

Ver erat et blando mordentia frigora sensu,

atribuído por algunos gramáticos á Virgilio é inserto entre sus poemas menores, pero que parece ser de Ausonio. Es, sin disputa, la mejor poesía del *Ramillete*. Véase alguna muestra:

«De los tiempos del año era el verano»,
El de Mantua cantó en su dulce lira,
Y el día alegre en rayos en que gira,
Esmalta nubes con que sale ufano.
El Austro templó, porque su aire aliente,
Y así con blando diente
Muerde la flor que, aun tierna, no se esquiva
Si aun solicita alientes más lasciva;
Cuando abreviando sombras el aurora
Precede bella á la carroza ardiente,
Y en luces de esplendor, en luz canora,
Despierta el sol, madrúgale á su oriente.
«Entonces (dice en dulce melodía
Aqueste cisne) el campo discurría,
Y cuando en sendas de este sitio ameno
Buscaba abrigo en esa adulta llama

Del sol que salamandra ya se inflama,
Vi entre su vasto seno
En la grama pender blando rocío,
Que á breve globo aprisionaba el frío,
Y en su lacio verdor me parecía
Lágrimas que lloró la noche fría.....

Al nacer el lucero luminoso
Vi con primor y aliño cuidadoso
Del esmero Pestano
Del mejor hortelano,
Un rosal tan de gotas salpicado,
Que sudor se ha juzgado,
Que en la lucha valiente
Por escala de sombras subió ardiente.

Uno es todo el rocío de la rosa,
Y el que suda la aurora luminosa
En su estación primera;
Un color entre ambas persevera.

Alli una rosa infante
Mece en su cuna el céfiro inconstante,
Y en claustro de esmeralda detenida
Virgen se oculta menos pretendida;
Otra al prado se asoma diligente
Por celosías de su verde oriente;
Mas al mirarla trueca vergonzosa
En carmín el candor su tez hermosa,
Siendo cada hoja en que ella se dilata
Gota de sangre que de sí desata.

Pero ¡ay! que toda aquella pompa hermosa
Del verjel, esta antorcha luminosa,
Esta hoguera que roja al prado inflama,
Siendo cada hoja suya ardiente llama;
Este sol, que á sus rayos fomentaba
Cuanto aseo al jardín le coronaba,
Con desmayo fatal se descompone,
Su luz se apaga al inconstante viento,
Al Occidente el esplendor transpone,
Y la llama consume su ardimiento.

¡Oh, qué breve esta flor tiene la vida,
Pues edad fugitiva la arrebató
De su beldad pirata.....
Caduca y lacia cuanto más florida,
Siendo la cuna en que la mece el viento
Su fatal pira y triste monumento

¡Oh tiempo, oh días, oh naturaleza!
Avara en cuanto ostentas más grandeza

Pero ¿qué importa, oh rosa, que tu llama
Tan temprana se apague, aun cuando ardiente,

Si permanece fija en la memoria
De tu belleza la pasada gloria?

¡Oh, qué ejemplo tan vivo al desengaño
De una grande belleza!

Lograd, oh Virgen pura,
Este cortés recuerdo en la pureza;
Coged la rosa, pues, de la hermosura,
Cuando ayuda la edad, la edad florida,
Y en vistosas guirnaldas recogida,
Si intacto su verdor guardáis constante,
Vuestra cabeza ceñirán triunfante.
No ajéis su lozania;
Mirad que la beldad más grata y bella,
Como la flor, fenece con el día.....

No hay duda que las sombras del mal gusto empañan todo esto; pero tampoco faltan rasgos que recuerdan el tono de las silvas de Rioja, y el que de tal modo escribía y versificaba, merecía, seguramente, haber nacido en edad menos infeliz y tener discípulos más aprovechados que el maestro Evia. Lo cierto es que en Guayaquil no se hicieron mejores versos antes de Olmedo.

Á falta de otro más positivo mérito, tiene el *Ramillote* el de ser uno de los tipos del gongorismo americano y un curioso documento para la historia de las costumbres de la colonia, por estar lleno de versos de

circunstancias, elogios fúnebres, sonetos, inscripciones y motes con que en Quito se solemnizaron las honras de la reina D.^a Isabel de Borbón, del príncipe D. Baltasar Carlos y del rey Felipe IV; el *Mausoleo Panegírico* de la venerable fundadora del convento de Santa Clara, D.^a Francisca de la Cueva; jeroglíficos, emblemas y anagramas á virreyes y oidores; romances para felicitar al General de la caballería de Quito en días de vistoso alarde general, ó jácaras para profesiones de monjas; loas sagradas y humanas á Nuestra Señora de Payta, á Nuestra Señora de Guapulo, á los días del arzobispo de Quito, á la festividad de San Ignacio de Loyola, á grados y funciones universitarias. Completan el *Ramillete* algunos opúsculos en prosa: una especie de novela con el título de *El sueño de Celio*; algunas oraciones de certamen, unas en latín y otras en castellano; una invectiva apologética en apoyo de un romance de Domínguez Camargo: curiosa muestra de lo que eran las polémicas literarias en el infeliz lugarejo de Turmequé por los años de 1652. Si todo ello estuviese escrito con más llaneza, sería interesante y divertido, aunque nada valiese poéticamente; pero el mal gusto llega á tales excesos, que la lectura se torna imposible. ¿Cómo hincar el diente á un cartel de justa poética que empieza con este encabezamiento: «Acorde »plectro, canora cítara y resonante lyra: á cuyo dulce »contacto provoca á las mejores plumas de los más diestros Apolos, sonoros Orfeos y numerosos Amfiones, »convida á las más delicadas voces del coro de las Nueve »Hermanas, para que en armoniosa competencia con los »nueve coros, soberanos ruseñores, divinas Filomenas »de la gloria, celebren, festejen y aplaudan con suaves

»acentos la cítara del encarnado Verbo, cuya dulce melodía en el venturoso teatro de Belén gozosos escucharon esos celestes globos: festivos los arroyos, las flores »y plantas, si antes quebraron grillos de cristal al erizado »Diciembre, agora gustosos aprisionan de nuevo su libertad al encanto dulce de sus divinas cuerdas.» Todo este rótulo para un opúsculo de ocho hojas mal contadas. ¿Y qué diremos de este otro con que el émulo de Domínguez Camargo preludia su invectiva, creyendo, sin duda, lanzar mortífero dardo contra el pobre poeta adversario suyo: «Lucifer en Romance de Romance en »Tinieblas, Paje de Hacha de una noche culta, y se hace »prólogo luciente ó proemio rutilante, ó babadero corusco, ó delantal luminoso, este primer razonamiento »al lector.» Y lo más gracioso es que los que tal escribían hacen alarde á cada momento de su amor á la pureza y sencillez del estilo, llegando á decir Jacinto Evia en un proemio á *la juventud estudiosa*, que «sus poemas se »asemejan mucho á lo cristalino de las fuentes, por la »suma claridad que hallarás en todos ellos; porque sigo »lo que solía repetir mi maestro, que quería parecer »antes humilde en el estilo y concepto, que levantado »por obscuro.» Si estas eran las *aguas cristalinas* que tenía que beber la *juventud estudiosa* de Quito y Guayaquil, ¿qué tales serían las lagunas turbias y cenagosas?

Los chispazos de poesía en el maestro Evia son rarísimos: apenas puede leerse con tolerancia otra cosa que el romance

Sol purpúreo de este prado....

que hemos puesto en esta colección, y algún rasgo to-

davía más fugitivo, como este final de una décima, de sabor calderoniano:

Mas ¡ay! cuán en breves plazos
Llégué mi dicha á gozar,
Pues sólo vino á estribar
Del alma tan dulce empeño,
En breves sombras de un sueño
Que se acabó al despertar.

En los villancicos tiene cierto sabor popular y llaneza relativa; por ejemplo, en el de la buena ventura de la gitana al niño Jesús:

Dame una limosnita,
Niño bendito,
Dame las buenas pascuas
En que has nacido:
Niño de rosas,
Dale á la gitanilla
Pago de glorias.
Si me das la mano,
Infante divino,
La buenaventura
Verás que te digo.
Miro aquí la raya
Que muestra que aun niño
Verterás tu sangre,
Baño á mis delitos.
Serás de tres reyes
Rey reconocido,
Y á este mismo tiempo
De un rey perseguido.
En tu propia patria,
Con ser el rey mismo,
Vivirás humilde,
Vivirás mendigo.....

Parece que descansa el ánimo cuando de las lobre-gueces del *Ramillete Poético* (y de fijo no serian menos las de otros poetas culteranos de quienes no conoce-

mos más que el nombre, puesto que de alguno de ellos se dice por gran elogio que «escribía en lenguaje hispano-latino») se pasa al pequeño grupo de los jesuitas poetas, no muy inspirados, pero sí muy sensatos, que salieron de los colegios de Quito y Guayaquil, en el siglo XVIII, y que víctimas de la catástrofe de su orden, honraron el nombre de su patria en los centros de la cultura italiana. No hay entre ellos ninguno comparable á los Alegre, Abad, Landívar, Clavijero y Molina, que procedían de otras partes de América donde la cultura había echado más raíces; pero como historiador y aun como naturalista tiene mérito indisputable el P. Velasco, y los poetas, aunque por lo general de escaso numen, prueban que había llegado bastante pronto á las regiones ecuatorianas el cambio de gusto. Sólo el P. Juan Bautista Aguirre, guayaquileño, conserva resabios del conceptismo, ó más bien del equivoquismo de Gerardo Lobo y de Benegasi, y á juzgar por la única poesía suya que hemos visto (las décimas que compuso burlándose de Quito y elogiando á Guayaquil), más bien debe ser puesto entre los copleros que entre los poetas formales, aunque no se le puede negar cierta gracia descriptiva, y ésta no solamente en lo burlesco:

Guayaquil, ciudad hermosa,
De la América guirnalda,
De tierra bella esmeralda,
De la mar perla preciosa,
Cuya costa poderosa
Abriga tesoro tanto,
Que con suavísimo encanto,
Entre nácares divisa
Congelado en bella risa,
Lo que el alba vierte en llanto.

.....

Tribútanla con desvelo.
 Entre singulares modos,
 La tierra sus frutos todos,
 Sus influencias el cielo:
 Hasta el mar, que con anhelo
 Soberbiamente levanta
 Su cristalina garganta
 Para tragarse esta perla,
 Deponiendo su ira al yerla
 Le besa humilde la planta.
 Los elementos de intento
 La miran con tal agrado,
 Que parece se ha formado
 De todos un elemento:
 Ni en ráfagas brama el viento,
 Ni el fuego enciende calores,
 Ni en agua y tierra hay rigores;
 Y así llega á dominar
 En tierra, aire, fuego y mar,
 Peces, aves, frutos, flores.
 Los rayos que al sol repasan
 Allí sus ardores frustran,
 Pues son luces que la ilustran
 Y no incendios que la abrasan.

 Templados de esta manera
 Calor y fresco entre sí,
 Hacen que florezca allí
 Una eterna primavera;
 Por lo cual, si la alta esfera
 Fuera capaz de desvelos,
 Tuviera, sin duda, celos
 De ver que en blasón fecundo
 Abriga en su seno el mundo
 Este trozo de los cielos.

Mayores alientos tuvo el P. José Orozco, natural de Riobamba, autor de un poema épico en cuatro cantos y en octavas reales sobre *La Conquista de Menorca* en 1782, que por primera vez dió á luz el Sr. Mera en su libro ya citado sobre la poesía ecuatoriana. El poema

es uno más entre los innumerables de su clase y de su tiempo; pero no puede decirse que carezca de cierto mérito relativo. No falta, por supuesto, la consabida *máquina*, y es de las más estafalarias que pueden imaginarse: *un personaje raro*, que resulta ser el propio dios Marte, se presenta en el palacio del bueno de Carlos III y después de rendirle *cortés obsequio*, le exhorta á emprender la conquista de Menorca y confiar el mando al Duque de Crillon.

Pero á despecho de tan disparatado plan, que tiene muchos similares en cantos épicos del siglo XVIII y aun de más acá, el autor acierta á veces con octavas tan felices como ésta, en que se reconocerá sin esfuerzo el original de unos famosos versos de Heredia:

Como en contrario clima degenera
 No pocas veces desgraciada planta,
 Aun cuando cuidadoso más se esmera
 En su cultivo aquel que la trasplanta,
 Tal mi musa infeliz en extranjera
 Región se ve degenerar, si canta;
 Aura nativa fáltale, y con ella
 El dulce influjo de benigna estrella.

No creemos que Heredia, que de exceso de erudición no pecaba, hubiese leído *La Conquista de Menorca*, que, según creemos, estuvo inédita hasta 1868, en que la incluyó el Sr. Mera en su libro ya citado sobre la poesía ecuatoriana; pero la semejanza es tan próxima y evidente, que no podemos explicarla sino por la existencia de un modelo común, que hasta ahora no hemos podido descubrir cuál sea. De todos modos, quien fué capaz de escribir esta octava no era poeta vulgar, por más que haya dejado otras pésimas y ninguna igual á ésta.

Tuvo el P. Orozco un hermano, jesuita como él, autor de una interminable elegía en doscientas décimas, con el título de *Lamentos por la muerte de la Compañía de Jesús, y consuelos al ver que comienza á resucitar en la Rusia*, que si no honran mucho su talento poético, prueban á lo menos su filial amor á la Compañía, de la cual dice entre otras cosas:

No hubo lugar que se hallase
Aunque remoto é inculto,
Donde á Dios el sacro culto
Tu celo no tributase:
No hubo nación que quedase
Á tus ojos escondida,
Y que no diese rendida
Á Jesús el corazón,
Por ti hallando salvación
En las fuentes de la vida.

El P. Ramón Viescas es, de todos estos poetas, el que muestra más arte, mejor gusto y más sólidos conocimientos de humanidades. Tradujo é imitó mucho del italiano y aun del francés, pero con estilo propio y con soltura. *El sueño sobre el sepulcro de Dante*, la canción á la extinción de la Compañía de Jesús, la elegía á la muerte del P. Ricci en las prisiones, son paráfrasis ó imitaciones; pero sea lo que quiera de su originalidad, son poesías de noble asunto, de entonación lírica, de sabor clásico, de mucho jugo en las ideas, y de versificación armoniosa y pulcra en general, aunque no enteramente libre de prosaísmos y descuidos, bien perdonables en versos que su autor no parece haber destinado nunca á la publicidad. Los romances y décimas de donaire, que componía con mucha facilidad, no carecen tampoco de gracia.

De otro jesuita de Riobamba, el P. Ambrosio Larrea, se conservan sonetos no despreciables en castellano y en italiano, mejores éstos que aquéllos (1). Su hermano el P. Joaquín Larrea versificó únicamente en italiano. El P. Joaquín Aillón dejó algunos versos latinos de poca monta.

Todavía no hemos apurado la lista de esta brillante emigración. Al P. Juan de Velasco hay que perdonarle sus versos desaliñados é insulsos, ó más bien olvidarlos de todo punto, en consideración á su verídica y noticiosa *Historia del reino de Quito*, que es su verdadero título al agradecimiento de la posteridad. Basta citar al vuelo los nombres del P. Juan Ullauri, del P. José Garrido, del P. Nicolás Crespo y el P. Juan Arteta, versificadores latinos, y finalmente del P. Mariano Andrade, autor de un romance bastante sentido, despidiéndose de Quito:

Esa ciudad donde el cielo
Gastó todos sus años,
Como si plantase allí

(1) Creemos digno de transcribirse, sin embargo, un soneto castellano á la Virgen de los Dolores:

No al sol la nube afea si le encubre,
Ni del alba el llorar quita á las flores
Sus hermosos, vivísimos colores,
Antes más agradables los descubre;
Las lluvias, más frecuentes en Octubre,
Aumentan en el prado los verdores;
Con ellas el jazmín crece en candores
Y la rosa de púrpura se cubre:
Tal, oh Virgen bellísima, tu llanto,
Como el tierno rocío de la aurora,
Muestra sólo el dolor, muestra el quebranto;
Pero así como el alba cuando llora
Es de los ojos peregrino encanto,
Así el llorar en tí más enamora.

El celeste paraíso;
 Esa ciudad donde el arte
 Supo excederse á sí mismo.
 Viéndose lo natural
 Junto con el artificio;

 Esa ciudad donde todo
 Tiene en sí tales hechizos,
 Que aun las piedras de las calles
 Parecen de imán activo.
 Allí es donde siempre el aire,
 Adulando los sentidos,
 Es respiración vital,
 Templadamente benigno;
 Allí donde amante el sol,
 Con inseparable giro,
 Está siempre vertical
 Por contemplar aquel sitio;
 Allí donde los verjeles
 Con su natural cultivo
 Deliciosamente juntan
 Lo fértil con lo florido;

 Allí entre tantos verdores,
 Donde todo está florido,
 Quedó mi esperanza muerta,
 Reverdeciendo el olvido;
 Allí la gente que habita
 Tiene por lengua el cariño,
 Por corazón la blandura,
 Y por alma el beneficio.

 La planta que se ha arrancado
 De su terreno nativo
 Muere, perdiendo aquel suelo
 Y á quien debió su cultivo:
 Así también yo, arrancado
 Del propio suelo patricio,
 Daré la vida, perdiendo
 El terreno en que he nacido (1).

(1) Nótese la coincidencia de estos versos con los ya citados del P. Orozco y de Heredia.

Recibe, pues, patria mía,
 Estos amantes suspiros.
 ¡Oh, quién te enviara hasta el alma
 Con los suspiros que envió!
 Recibelos, y si acaso
 Su dueño no has conocido,
 En viendo turbado tu aire
 Conocerás que son míos.

 No es mi dolor como aquellos
 En que manda el albedrío,
 Sino tan forzoso, que
 Sale el llanto sin arbitrio.
 Mas ¿qué mucho que así sea,
 Si en la causa por que gimo
 Hasta lo invencible llora
 Con tristes, mudos gemidos?
 Mis ayes vienen á ser
 Como aquel eco preciso
 Que repite el tronco ó bronce
 De algún duro golpe herido.

Hay en estos versos una simpática mezcla de ingenuidad y discreto que nos hace lamentar la pérdida de las demás composiciones que sin duda escribiría el padre Andrade (1).

(1) Al P. Velasco se debe la conservación de todas las poesías de jesuítas ecuatorianos citadas en el texto y de otras muchas de menos importancia que omitimos. Fueron recogidas por él en una miscelánea en seis volúmenes que formó, llamándose *El Ocioso de Faenza*.

El P. Velasco murió en 1819, á la avanzadísima edad de noventa y dos años, y sus papeles, confiados á un sobrino suyo, fueron trasladados al Ecuador por D. José Modesto Larrea, en 1825. Después de varias vicisitudes, estos manuscritos fueron depositados en la Biblioteca Nacional de Quito, por orden del presidente García Moreno. Pero parece que en estos últimos años han desaparecido los tres últimos volúmenes. Afortunadamente, las principales composiciones habían sido dadas á luz por el Sr. Mera en 1868. No todos los versos contenidos en el ms. de Faenza son de jesuítas; hay también algunos de poetas seculares, entre los cuales se citan un romance de

Honda brecha abrió la expulsión de los jesuitas en la cultura literaria del Ecuador, que apenas tenía más profesores de humanidades que aquellos Padres; pero allí, como en Nueva Granada, la influencia de las expediciones de astrónomos, geodestas y naturalistas europeos vino á levantar el nivel de la cultura científica en la segunda mitad del siglo XVIII, despertando al mismo tiempo cierta fermentación del espíritu crítico, que no podía menos de ser precursora de otro género de novedades. De 1735 á 1744, con objeto de determinar la verdadera magnitud y figura de la tierra, por la medida de algunos grados del meridiano terrestre, visitaron las regiones equinocciales los sabios franceses Godin, Bouguer, La Condamine y Jussieu, y los españoles D. Jorge Juan y D. Antonio de Ulloa, que consignaron sus *Observaciones astronómicas y físicas* en un libro memorable. Quito dió cinco dibujantes á la expedición de Mutis, y una especie de Mecenas científico en la persona de D. Juan Pío Montúfar, Marqués de Selva Alegre, que había de ser, andando el tiempo, uno de los principales miembros de la Junta revolucionaria de 1809 y una de las primeras víctimas de las represalias de los realistas. En 1801 Humboldt y Bonpland llegaban á Quito, ampliamente favorecidos por el Gobierno de Carlos IV, para sus grandes estudios sobre la Física del globo y la Geografía de las plantas. Poco después el inmortal neogranadino Caldas, á quien España debe

una Musa Quitense *Á las Siete Palabras del Redentor en la Cruz*, y una canción burlesca *Á una dama de travieso genio, por un ingenio travieso quitenst.* Vid. en los *Anales de la Universidad Central del Ecuador* (Serie 4.^a—1890) un artículo del Dr. D. Manuel M. Pólit, sobre *Poetas Ecuatorianos del siglo XVIII*.

un monumento expiatorio, emprendía un viaje botánico al Ecuador, con el principal objeto de estudiar en su terreno nativo las quinas de la provincia de Loja. «Sobre este importante asunto (dice el docto biógrafo de Mutis) (1) escribió Caldas una Memoria llena de oportunas observaciones, y trazó un plano geográfico para manifestar el estado de los montes donde crecen aquellos preciosos arbustos: comisionado por el presidente Carondelet, recorrió las montañas de Malbucho, y delineó y trazó el camino que pretendía abrir desde la ciudad de Ibarra hasta el Pacífico aquel virtuoso magistrado. Rico en ciencia y abundantemente provisto de un copioso herbario de plantas ecuatoriales, de planos geográficos y de preciosas observaciones, regresó á Bogotá, donde, á la muerte de Mutis, se le confió el cargo de director de la Expedición Botánica.»

No necesitaba mayores estímulos el ingenio vivo y agudo de los quiteños para dar brillante muestra de sí, á pesar del embarazo de la falta de imprenta. En 1779 empezó á correr de mano en mano en la ciudad de Quito y luego en otras de América, no sin que algunas copias llegaran á España, un libro que agitó poderosamente la opinión, con el título de *Nuevo Luciano ó despertador de ingenios*. Su autor seguía resueltamente las huellas de Feijóo y del famoso arcediano de Évora Luis Antonio de Vernei, comunmente llamado *el Barbadinho*, atacando de frente y sin contemplaciones ni miramiento alguno el vicioso método de estudios que

(1) Don Federico González Suárez, *Memoria Histórica sobre Mutis y la expedición botánica de Bogotá en el siglo pasado (1782-1808)*..... Quito, 1888, página 95.

prevalecía en las colonias, trasunto fiel, aunque todavía más degenerado, del que imperaba en la Península durante la primera mitad del siglo XVIII. Era autor de esta aguda y violenta sátira, dispuesta en forma de diálogos, en que no escaseaban los nombres propios ni los ataques personales, un descendiente de la raza indígena, llamado el Dr. Francisco Eugenio de Santa Cruz y Espejo, médico y cirujano, con fama de muy hábil en el ejercicio de su profesión, y con fama todavía mayor y bien merecida de hombre de conocimientos enciclopédicos, de gran variedad de aptitudes, de ingenio despierto y mordaz y de grande inclinación á las ideas novísimas, así en lo científico como en lo social y en lo religioso. Arrastrado por estas propensiones suyas, hizo en una sátira posterior al *Nuevo Luciano* amarga censura del régimen colonial, encarnizándose con el mismo ilustre Marqués de la Sonora, cuya política ultramarina como ministro de Carlos III ensalzan y ponen hoy en las nubes los mismos americanos que profesan doctrinas análogas á las que el Dr. Espejo difundía. Esta sátira, calificada por el Presidente de Quito de *sangrienta y sediciosa*, valió al Dr. Espejo un año de cárcel, y luego un largo destierro á Bogotá, donde se entendió con Nariño y otros criollos de ideas afines á las suyas, y contribuyó á preparar el movimiento insurreccional de 1809. Las ideas que hervían en la cabeza del médico ecuatoriano bien claras se revelan en el famoso y en algunos pasajes elocuente discurso que desde Bogotá dirigió al Cabildo de Quito y á los fundadores de una especie de sociedad económica que tomó el título de *Escuela de la Concordia*. El autor empieza diciendo: «Vivimos en la más grosera ignorancia y en la miseria más deplora-

ble.» ¡Como si sus propios escritos, nacidos bajo el régimen colonial y al calor de ideas venidas de España, no fuesen la prueba más perentoria de lo contrario!

La *Escuela de la Concordia* duró poco, y todavía menos el periódico que ella fundó en Enero de 1792 con el título de *Primicias de la cultura de Quito*. El Doctor Espejo, complicado, con razón ó sin ella, en nuevos planes revolucionarios, murió en un calabozo por los años de 1796, y sus obras quedaron inéditas, incluso el *Nuevo Luciano*, que es la más importante de todas, y que esperamos ver pronto de molde por diligencia de la Academia Ecuatoriana.

Esta obra crítica está dividida en nueve conversaciones, siendo interlocutores dos personas reales y verdaderas, el Dr. D. Luis de Mera, natural de Ambato, que defiende la causa de la razón y del buen gusto y lleva la voz del autor, y el poetastro D. Miguel Murillo, en cabeza del cual se ponen todas las corruptelas literarias. Sucesivamente van discutiendo sobre la Retórica y la Poesía, sobre el criterio del buen gusto, sobre la Filosofía, sobre la Teología Escolástica, sobre un nuevo y reformado plan de estudios teológicos, sobre la Teología Moral de los jesuitas y sobre la Oratoria sagrada. Las fuentes principales de la doctrina literaria del Dr. Espejo son las *Reflexiones* de Muratori *sobre el buen gusto*, las *Conversaciones de Aristo* y *Eugenio* del P. Bouhours, y más especialmente el *Verdadeiro methodo d' estudar* del *Barbadinho*, con la misma mala voluntad de este último contra las escuelas de los jesuitas y aun acrecentada y subida de punto. Del gusto de los de la provincia de Quito nos da extrañas noticias, afirmando que imitaban y admiraban á Lucano con preferencia á cualquier

otro poeta latino, y que no tenían en sus bibliotecas un Longino ni un Quintiliano. De aquí deduce que ignoraban totalmente el alma de la Oratoria y de la Poesía, «que consiste en la naturalidad, moderación y hermosura de imágenes vivas y afectos bien expresados», y que, por el contrario, preferían siempre lo brillante á lo sólido, lo metafísico á lo propio, lo hiperbólico á lo natural, siendo sus autores favoritos en el Parnaso español, Villamediana y Bances Candamo, el portugués Antonio de Fonseca Soares (Fr. Antonio das Chagas) y un cierto D. Luis Verdejo, autor de un poema gongorino sobre el *Sacrificio de Ifigenia*. Lo que asombra verdaderamente é indica cuán débil era el sentido del arte en este reformador tan audaz, es que á renglón seguido de tales censuras, conceda la palma entre todos los poemas españoles á la *Farsalia* de Jáuregui (que además de ser una traducción, aunque parafrástica y valiente, es en el estilo tan obscura, inextricable y culterana como el mismo *Polifemo*), y á la *Lima fundada* del Dr. Peralta Barnevo, que fué sin duda un monstruo de erudición, pero hombre de muy escasas dotes poéticas, y además conceptista furibundo, grande amigo de sentencias simétricas y de rebuscadas antítesis.

El *Nuevo Luciano*, cualquiera que sea su valor intrínseco, es (después del *Apologético* de Espinosa Medrano) la más antigua obra de crítica compuesta en la América española. En tal concepto, y á título de curiosidad histórica, era imposible omitirla (1).

(1) Debo á mi amigo el eminente humanista D. Miguel A. Caro copia de la parte del *Nuevo Luciano* referente á la Retórica y la Poesía. El mismo señor Caro me comunica las siguientes noticias acerca de una impugnación que se escribió en Lima:

No fué Espejo el único ni el principal hombre de ciencia que el siglo XVIII produjo en el Ecuador. Él mismo, en el discurso ya citado, hace patriótica, aunque hiperbólica conmemoración de algunos otros, y especialmente de D. Pedro Maldonado, «una de esas almas raras

«Marco Porcio Catón, ó Memorias para la impugnación del «Nuevo Luciano de Quito». Escribiólas Moisés Blancardo, y las dedica al Ilmo. Sr. Dr. D. Blas Sobrino y Minayo, dignísimo obispo de Quito, del Consejo de S. M.—En Lima, año de 1780. Ms. de 90 folios en 8.º

»Apuntes macarrónicos, más bien que Memorias, debía haberse intitulado esta obrilla, escrita en culto y dividida en veinte capítulos cortos. El autor del *Nuevo Luciano*, hombre de claro y sagaz talento, pero imbuido en el espíritu revolucionario que soplaban en Francia, atacó en conjunto y por su base el sistema tradicional de educación, y en especial los métodos jesuíticos. Blancardo respira la saña de que estaban poseídos los que se consideraban ofendidos y afrentados por el autor del *Nuevo Luciano*. En esta impugnación, gongórica al par que virulenta, hallamos algunos, aunque pocos, datos curiosos, respecto de la obra y autor impugnados. El *Nuevo Luciano* circuló primero anónimo, y en la segunda publicación (no impresión) de aquella obra, el autor tomó los nombres fingidos de «Dr. D. Javier de Cía, Aróstegui y Perochena», no habiendo—añade su impugnador—«en la República Literaria ni en el distrito político de Quito ningún hombre honrado que así se nombre» (cap. III). El *Nuevo Luciano* andaba en manos de todos. «¿Y acaso no se oyó también—dice Blancardo—que se había remitido á Lima, para que añadido volviera impreso? ¿Y acaso no hay quien diga que anda publicado por medio de la prensa, y que se le ha visto en los estudios de algunos amigos de la novedad?»

»No parece haberse confirmado la noticia de tal publicación que el anónimo impugnador creía realizada. Consta, sí, por una carta de Espejo, que éste remitió ó pensó remitir su obra á Madrid para que se imprimiese bajo los auspicios del Conde de Campomanes.

»Hacia el fin de su impugnación anuncia Blancardo una segunda parte, que, según creemos, no llegó á escribirse. El Dr. Espejo respondió á la primera en su opúsculo *La ciencia blancardina, ó contestación á las Memorias de Moisés Blancardo*.

Véase acerca del Dr. Espejo el *Ensayo* de D. Pablo Herrera sobre la historia de la literatura ecuatoriana, páginas 82-86, y 125-146.

En Cuenca (del Ecuador), 1888, se han publicado, como folletín de *El Progreso*, las *Cartas Riobambenses* del Dr. Espejo y las *Primicias de la cultura de Quito*. En el número 5 de este periódico, un Dr. Antonio Marcos anuncia

»y sublimes que tiene en la una mano el compás y en la
 »otra mano el pincel, quiero decir un sabio profunda-
 »mente versado en la geografía y geometría, y diestro es-
 »critor de la Historia; un sabio ignorado en la Península,
 »no bien conocido en Quito, olvidado en las Américas y
 »aplaudido con elogios sublimes en aquellas dos cortes
 »rivales, en donde, por opuestos extremos, la una tiene
 »por patrimonio la severidad del juicio, y la otra el res-
 »plandor del ingenio. Londres y París celebran á com-
 »petencia al insigne Maldonado..... Sus obras de gran
 »precio que contienen observaciones sobre la Historia
 »Natural y la Geografía, las reserva Francia como fondo
 »precioso.... La Sociedad á su tiempo deberá destinar
 »un socio que pronuncie un día el elogio fúnebre del
 »Sr. D. Pedro Maldonado, gentilhombre de Cámara de
 »Su Majestad Católica y á cuya no bien llorada pérdida,
 »el famoso Sr. Martín Folkes, presidente de la Socie-
 »dad Real de Londres, tributó las generosas lágrimas
 »de su dolor. Habiendo yo hecho memoria de un tan
 »raro genio quiteño, que vale por mil, excuso nom-
 »brar los Dávalos, Chiribogas, Argandoñas, Villarroe-
 »les, Zuritas y Onagoytias. Hoy mismo el intrépido
 »D. Mariano Villalobos descubre la canela, la bene-
 »ficia, la acopia, la hace conocer y estimar. Penetra las
 »montañas de canelos, y sin los aplausos de un Fonte-
 »nelle, logra ser en su línea superior á Tournefort, por-
 »que su invención, más ventajosa al Estado, hará su
 »memoria sempiterna.»

desde Cuenca, con fecha de 11 de Febrero de 1791, tener muy adelantada
 una traducción parafrástica del Salterio en variedad de metros castellanos,
 y pone como muestra el primer salmo, en estilo bastante parecido al de
 Olavide.

Pero sea lo que fuere del mérito de estos hombres de
 ciencia, á cuyos nombres puede añadirse el del guaya-
 quileño D. Pedro Franco Dávila, fundador y organiza-
 dor del Gabinete de Historia Natural de Madrid, al cual
 sirvieron de base sus propias colecciones adquiridas por
 Carlos III, es lo cierto que el grande agitador de las
 ideas en aquella parte de América fué el Dr. Espejo,
 que rompiendo con la rutina en lo bueno y en lo malo,
 educó aquella briosa y alentada generación, que pudo
 enviar á las Cortes de Cádiz á D. José Mejía, como re-
 presentante de Quito, y á D. José Joaquín de Olmedo,
 como representante de Guayaquil. Desde sus primeros
 discursos, Mejía arrebató á todos los diputados ameri-
 canos la palma de la elocuencia, y si su prematura
 muerte no hubiese agostado tantas esperanzas, sería hoy
 mismo venerado como una de las glorias de nuestra tri-
 buna, puesto que á ninguno de nuestros diputados refor-
 mistas cedía en brillantez de ingenio y rica cultura, y á
 todos aventajaba en la estrategia parlamentaria, que
 pareció adivinar por instinto en medio de aquel congreso
 de legisladores inexpertos.

Olmedo apenas dejó otro recuerdo de su paso por
 aquella memorable asamblea que su firma al pie de la
 Constitución de 1812; pero aquel viaje no fué indife-
 rente ni para la dirección de su gusto ni para la exal-
 tación de sus ideas. Mas antes de hablar de él y de sus
 poesías, conviene abrir un breve paréntesis para recor-
 dar que el movimiento de independencia de 1809 y el
 sangriento conflicto entre peninsulares y criollos, des-
 pertó en el Ecuador, como en lo restante de América,
 la inspiración poética del vulgo, dando ocasión á un nú-
 mero considerable de versos de circunstancias, de los

cuales ha formado interesante colección el Sr. Mera por apéndice á la de *Cantares del pueblo Ecuatoriano*. Estos versos, como casi todos los de su clase, suelen ser triviales, pedestres y chabacanos, así en la forma como en el concepto; pero siempre tienen curiosidad histórica como expresión fiel de las opuestas pasiones que dominaron en épocas ya remotas. Abundan bastante las décimas y ovillejos de los realistas, y no es de suponer que todos fuesen compuestos por españoles. La opinión hubo de estar al principio muy dividida, y sin la horrible matanza del 2 de Agosto de 1810, quizá no hubiesen llegado tan pronto las cosas al punto á que llegaron. Las poesías más notables, entre las coleccionadas por el señor Mera, son gritos de indignación después de aquella catástrofe. Una de estas composiciones, con título de *Canto lúgubre*, está interpolada con textos de la Sagrada Escritura, y no parece obra de poeta iliterato. Tampoco serían tales los que en otras composiciones emplean endecasílabos, y aun estrofas sáficas. Sólo en su condición de anónimos pueden pasar por versificadores populares. Por sus improvisaciones alcanzaron fama cuatro hermanos de Riobamba, D. Juan, D. Benigno, D. Fortunato y D. Lucas Larrea; y algunas de las décimas y letrillas satíricas que se les atribuyen, no carecen de gracia y expresan el desencanto que se apoderó del ánimo de muchos patriotas en vista de las calamidades que siguieron á la Independencia.

Y con esto llegamos á la presencia del cantor de Junín, de quien no parece fácil decir nada nuevo, después de los excelentes y maduros fallos que sobre sus versos han formulado tantos y tan excelentes críticos, entre los cuales merecen la palma D. Miguel Antonio Caro y

D. Manuel Cañete. Olmedo es, sin contradicción, uno de los tres ó cuatro grandes poetas del mundo americano: no falta quien le dé la primacía sobre todos, y, dentro de cierto género y estilo, no hay duda que la merece. Bello es más perfecto y puro, más acrisolado de dicción, mayor humanista y de arte más exquisito: Heredia más apasionado y también más espontáneo, pero lleno de tropiezos y desigualdades cuando no acierta soberanamente. Si al cantor de la Zona Tórrida fué concedida la ciencia profunda de la dicción y al poeta del Niágara la contemplación melancólica y apasionada, Olmedo tuvo, en mayor grado que ninguno de ellos, la grandilocuencia lírica, el verbo pindárico, la continua efervescencia del estro varonil y numeroso, el arte de las imágenes espléndidas y de los metros resonantes, que á la par hinchen el oído y pueblan de visiones luminosas la fantasía. El *os magna sonaturum* de Horacio parece inventado para poetas como Quintana y Olmedo.

Con decir que Olmedo es el Quintana americano, todo español, aun sin haber leído los versos del vate del Guayas, puede formarse cabal idea de sus perfecciones y también de sus defectos. El énfasis oratorio, transportado á los dominios de la poesía lírica, puede dejarnos fríos hoy á los que no participamos, sino tibiamente, de aquella explosión de afectos que fué en su tiempo enérgica y sincera; pero ¿cómo negar que en aquella forma grande y majestuosa se alberga un numen poético, digno habitador de tan solemne templo? Si no se leen los versos con los ojos de la historia, ¿cuán pocos versos habrá que sobrevivan! Y no porque les falte belleza, sino porque son rarísimas en arte aquellas bellezas evi-

dentes é inmaculadas que no requieren interpretación alguna para que á su sola presencia todo el mundo las reconozca y las admire. Y el arte lírico de Quintana, de Gallego y de Olmedo, si en algo y aun en mucho es eternamente admirable, en algo y en mucho también está ligado á condiciones de tiempo y de lugar, á tradiciones de estilo, á hábitos de escuela, que subjetivamente pueden agrandar más ó menos, pero cuya clave sólo puede encontrarse en el desinteresado estudio de la historia literaria, que es la más eficaz medicina contra las prevenciones de todo gusto exclusivo.

Era esta escuela clásica en las formas, pero moderna en el espíritu. Clásica por la educación de los poetas, y á veces por reminiscencias de pormenor, pero con cierto género de clasicismo general y difuso, que, manteniendo la nobleza de estilo y dando con ello testimonio de su origen, dejaba, no obstante, al genio poético espaciarse fuera de la imitación deliberada de tal ó cual clásico de la antigüedad greco-latina. Y como al propio tiempo eran ideas enteramente modernas, ideas del siglo XVIII, y en grado no corto revolucionarias, las que tales poetas profesaban, este género de pasión contemporánea arduamente sentida, tenía que dar temple y nervio singular á sus canciones, haciendo de ellas un producto nuevo, una creación viva, de cuya eficacia social no hay que dudar puesto que los hechos políticos dan de ella irrefragable testimonio. No fué, no, una musa de academia la que dictó la oda *Á la imprenta*, ni el *Dos de Mayo*, ni el *Canto á Junín*, ni hubo nadie que en aquellos inflamados acentos viera entonces, como hoy quieren ver algunos ignorantes, la mano de un declamador ó de un sofista. No hay siglo alguno destituido

de poesía, y el mismo siglo XVIII, tan prosaico en apariencia, tuvo, ya próximo á expirar en medio de la tormenta revolucionaria, una explosión magnífica de cantores de su ideal filantrópico, en Alemania, en Inglaterra, en Italia, en España. Limitándonos á nuestra lengua, Meléndez, aunque tímidamente, y Cienfuegos, si bien de un modo incorrecto y nebuloso, abrieron el camino á la potente musa de Quintana y á la más severa y disciplinada, si menos genial y fecunda, de D. Juan Nicasio Gallego. Equidistante de uno y otro, como tercer luminar de la escuela, hay que poner á Olmedo, aun más avaro que Gallego en la producción, nimio á veces como él en la cultura de los detalles si bien no llega á su perfección sostenida, émulo suyo en la variedad de tonos y en el concierto de luces y sombras, ya impetuoso y arrebatado, ya apacible y ameno, pero sobre todo lleno de férvida animación en el conjunto.

Recibió Olmedo en las aulas de San Marcos de Lima educación enteramente clásica, que robusteció luego con el estudio privado, y seguramente con el trato de los principales poetas españoles durante su residencia en Cádiz. Estaba penetrado, empapado, digámoslo así, de la poesía antigua, y sin querer se le venían á la mente y á la pluma recuerdos de sus lecturas favoritas. No los buscaba trabajosamente, sino que por sí mismos llegaban á incrustarse en sus cantos, y por eso todo lo que traduce ó imita conserva en él tanta frescura y tanta juventud. No es un centón, no es un mosaico el *Canto de Junín*, aunque esté lleno de reminiscencias antiguas que son como piedras arrancadas de los monumentos de Grecia y Roma para labrar con ellas el monumento de un héroe moderno.

Pindaro americano se ha llamado á Olmedo, como *Pindaro español* á Quintana; pero conviene entenderse sobre esto. La poesía pindárica, en sus caracteres formales, enlazada con una música que casi desconocemos, ligada á juegos y fiestas cuyo sentido hemos perdido, escrita en un ritmo que á duras penas percibimos, llena de digresiones mitológicas, genealógicas y arqueológicas muy interesantes para el triunfador de Olimpia ó de Nemea y para sus parientes y conciudadanos, pero que son para nosotros letra muerta sin el auxilio del comentario, es manjar de helenistas muy curtidos, pero no es imitable en lenguas modernas. Desde la infeliz tentativa de Ronsard y su *pléyade* francesa del siglo xvi, hasta el italiano Filicaia y el portugués Antonio Diniz, los fracasos han sido tantos como los ensayos. Lo que hay que tomar de Pindaro no es lo material y exterior, no son las divagaciones ni el plan aparentemente desco- sado, no es la división en estrofas, antistrofas y épodos (como lo hizo alguna vez nuestro inmortal Quevedo, de quien todavía persiste en la Biblioteca Nacional el ejemplar griego que le servía para tal estudio), sino el alma lírica, la solemne y religiosa elevación del pensamiento que transforma la victoria de un día, el caso humano particular y transitorio, el certamen del púgil ó del conductor de carros, en materia ideal de altísima contemplación sobre el destino humano (iniciación la más sublime que los misterios eleusinos podían transmitir á sus adeptos, y sin duda la más pura que conoció la gentilidad); la cadena de oro con que el lírico tebano liga todas las cosas humanas y divinas, y, finalmente, la devoción patriótica y doméstica que en sus metros lo ennoblece y transfigura todo. La forma de Pindaro es

ya inasequible, su estudio pura materia de recóndita erudición, pero el espíritu de Pindaro continúa volando sobre las frentes de todos los grandes líricos dignos de este nombre, y suelen encontrarle más los que menos le buscan. Fr. Luis de León, que en su hermosa traducción de la *Olimpiaca primera* fijó para siempre la única forma de adaptación castellana en que Pindaro cabe, se guardó mucho de imitarle en sus odas originales; y Herrera, que no acertó á ser pindárico la única vez que se le ocurrió ensayar la imitación directa, resultó poeta de la familia de Pindaro, y aun émulo suyo, en sus dos canciones bíblicas, en que la inspiración y hasta las palabras no bajan del Citherón, sino del Sinai.

Quintana también (aunque por muy distinto rumbo como amamantado á los pechos de la Enciclopedia, y no á los de la Biblia), fué pindárico en la sustancia ya que no en el modo, gran poeta *social*, intérprete de ideas y sentimientos trascendentales á su siglo y á su pueblo. Y si como poeta bélico tiene más afinidad con Tirteo, cuya lira él quería desenterrar para lanzar por los campos castellanos *los ecos de la gloria y de la guerra*, tampoco aparta nunca de su memoria, como ideal de altísima poesía lírica,

Á ti, divino Pindaro, que elevas
En tu atrevido acento
Con tu nombre clarísimo el de Tebas.

Este mismo género de pindarismo hay en Olmedo, del cual no sabemos que fuera helenista, pero que de todas suertes acertó á compendiar en una magnífica estancia los caracteres más brillantes, si no los más profun-

dos, de la musa pindárica, tal como él la concebía y aspiraba á emularla:

Tal en los siglos de virtud y gloria,
 Cuando el guerrero sólo y el poeta
 Eran dignos de honor y de memoria,
 La musa audaz de Píndaro divino,
 Cual intrépido atleta,
 En inmortal porfia
 Al griego estadio concurrir solía,
 Y en estro hirviendo y en amor de fama,
 Y del metro y del número impaciente,
 Pulsa su lira de oro sonora,
 Y alto asiento concede entre los dioses
 Al que fuera en la lid más victorioso
 Ó al más afortunado;
 Pero luego, envidiosa
 De la inmortalidad que les ha dado,
 Ciega se lanza al circo polvoroso,
 Las alas rapidísimas agita,
 Y al carro vencedor se precipita,
 Y desatando armónicos raudales,
 Pide, disputa, gana,
 Ó arrebatada la palma á sus rivales.

Pero si en cuanto al vuelo y al tono general de la oda puede calificarse el *Canto á Bolívar* de pindárico, en el sentido en que aplicamos esta denominación á las odas de Herrera y de Quintana, para distinguirlas de las horacianas aclimatadas en nuestro parnaso por Luis de León, en los detalles hay mucho más de Horacio, de Virgilio, y aun de otros poetas latinos, que de Píndaro, de Homero ó de cualquier otro poeta griego, por mucho que el poeta invoque el numen de la *Iliada*,

La resonante trompa que otro tiempo
 Cantaba al crudo Marte entre los trances,
 Bien animando las terribles haces,
 Bien los fieros caballos que la lumbre
 De la egida de Palas espantaba.

Es cierto que no puede darse cosa más lejana de la nerviosa concisión de Horacio y de sus más felices imitadores, que el plan y estilo del *Canto de Junin*. ¿A qué poeta verdaderamente horaciano se le hubiera ocurrido hacer un canto lírico de tan colosales dimensiones? Pero en este poema, tan distante de la manera lírica de Horacio si se le mira en conjunto, abundan extraordinariamente los fragmentos de obras del poeta latino, comenzando por los primeros versos y acabando por los últimos.

El trueno horrendo que en fragor revienta,
 Y sordo retumbando se dilata
 Por la inflamada esfera,
 Al Dios anuncia que en el cielo impera.....

trae en seguida á la memoria el *Cælo Tonantem credidimus Jovem regnare* (oda 5.^a, lib. III), y á la verdad resulta un trueno demasiado estrepitoso para Simón Bolívar, que con toda su innegable grandeza, no parece bastante personaje para compartir con Jove el imperio del mundo, como á los ojos de un poeta romano (acostumbrado, además, como gentil, á este género de apotheosis), podía parecerlo Augusto, dueño de todo el orbe entonces conocido. Hay, sin duda, exceso de hipérbole y de énfasis, como le hay, aunque más tolerable, en llamar á Bolívar, copiando (sin duda por reminiscencia involuntaria) un verso de Quevedo,

Árbitro de la paz y de la guerra.

El bello final del *Canto*:

Mas ¿cuál audacia te elevó á los cielos,
 Humilde Musa mía? ¡Oh! No reveles
 Á los seres mortales
 En débil canto arcanos celestiales.....

suenan á cosa conocida á quien guarda en la memoria la oda 3.^a del libro III de Horacio, allá hacia lo último:

Non hæc jocosæ conveniunt lyræ :
Quo, Musa, tendis? Desine pervicax
Referre sermones Deorum, et
Magna modis tenuare parvis.

De la misma manera, en el centro de la composición reaparecen el *Crescit occulto velut arbor*, aplicado á Suce, el *Serus in cælum redeas*:

Tarde al Olimpo el vuelo arrebatas.....

el *bella matribus detestata* :

..... las guerras sanguinosas
Que miran con horror madres y esposas.....

el *micat inter omnes* :

Y á todos los guerreros
Como el sol á los astros obscurece.....

el *Ilion, Ilion, fatalis incestusque judex* :

Un insolente y vil aventurero
Y un iracundo sacerdote fueron
De un poderoso rey los asesinos.....

y todavía podría ampliarse el número de estas semejanzas tan obvias, y en su mayor parte advertidas ya por los hermanos Amunátegui, por Caro y por Cañete en sus respectivos trabajos sobre Olmedo (1).

(1) De la *Iliada* tomó Olmedo aquella sublime respuesta de Héctor: «*El*

También la segunda de las grandes composiciones líricas de Olmedo (y por la constante perfección de la forma quizá la primera), la oda *Al general Flores, vencedor en Miñarica*, empieza con versos horacianos, como si fuera hábito en Olmedo abrir su Horacio y robar como en religioso sacrificio un rayo de aquella lumbre, siempre que emprendía algún trabajo lírico. El águila del *Qualem ministrum fulminis alitem*, la que había arrebatado en sus alas, sublimándole mucho sobre su nivel ordinario, al dulce Meléndez para que cantase la gloria de las artes, es la misma que se levanta con tan majestuoso vuelo en las dos primeras magníficas estrofas del *Canto de Miñarica* :

Cual águila inexperta que impelida
Del regio instinto de su estirpe clara,
Emprende el precoz vuelo,
En atrevido ensayo,
Y elevándose ufana, envanecida,
Sobre las nubes que atormenta el rayo,
No en el peligro de su ardor repara,
Y á su ambicioso anhelo
Estrecha viene la mitad del cielo;
Mas de improviso deslumbrada, ciega,
Sin saber dónde va, pierde el aliento,
Y á la merced del viento
Ya su destino y su salud entrega,
Ó, por su solo peso descendiendo,
Se encuentra por acaso
En medio de la selva conocida,
Y allí, la luz huyendo, se guarece,
Y de fatiga y de pavor vencida,
Renunciando al imperio, desfallece.....

mejor agüero es pelear por su tierra», para convertirla en estos dos versos puestos en boca de Bolívar :

Pues lidiar con valor y por la patria
Es el mejor presagio de victoria.

Imitar de esta manera, con tal amplitud y tal señorío del pensamiento poético ajeno, equivale ciertamente á crear de nuevo (1).

Menos frecuentes las reminiscencias de Virgilio, no faltan, sin embargo, ni en el *Canto á Bolívar*, ni en el *Canto á Flores*, v. gr.:

Mira la luz, se indigna de mirarla,
 Quaesivit caelo lucem, ingemuitque reperta.

La descripción del caballo en el *Canto de Miñarica* procede de las *Geórgicas*, pero quizá á través de Pablo de Céspedes; y de las *Geórgicas* también, la descripción de los presagios que antecedieron á la batalla.

Se ha notado, finalmente, en el coro de las Virgenes del Sol con que termina la *Victoria de Junín*, un reflejo más lejano de la invocación de Lucrecio, pero quizá haya otra fuente más inmediata en una oda de las primeras y de las más olvidadas y endebles de Quintana, *Á la paz de 1795*:

QUINTANA.

En esto ¡oh diosa! emplea
 Tu protección sagrada;
 Tú fecundas el mundo y le sostienes,
 Tú le das ornamento y se hermosea.
 Bajo la sombra de tu augusto velo
 Las artes viven en concierto amigo,
 Y seguro contigo,

(1) Entre otras innumerables reminiscencias que notará sin advertírselas todo el que esté familiarizado con la lectura de Horacio, todavía señalaremos el *Cantaber sera domitus catena*:

Y el cántabro feroz, que á la romana
 Cadena el cuello sujetó el postrero.

El genio extiende su brillante vuelo.
 Á ti en los templos el incienso humea,
 Á ti las musas su divino acento
 Sonoramente envían,
 Y en cuanto el mar rodea,
 En cuanto ilustra el sol y gira el viento,
 De ti sola su bien los pueblos flán.

OLMEDO.

¡Oh padre! ¡Oh claro sol! No desampares
 Este suelo jamás, ni estos altares.
 Tu vivífico ardor todos los seres
 Anima y reproduce: por ti viven
 Y acción, salud, placer, beldad reciben.
 Recuerda ¡oh Sol! tu tierra
 Y los males repara de la guerra.
 Da á nuestros campos frutos abundosos,
 Aunque niegues el brillo á los metales:
 Da naves á los puertos,
 Pueblos á los desiertos,
 Á las armas victoria,
 Alas al genio y á las musas gloria.

Aquí la imitación es indudablemente superior al original, pero no borra del todo sus huellas. «De la escuela de Quintana (dice con razón Caro) aprendió Olmedo el modo de disponer y asociar las ideas, la selecta elocución poética, los giros sinuosos y gallardo movimiento de la silva.» ¿Qué más? Hasta el *americanismo* de Olmedo, sus declamaciones contra la conquista, la filantropía sentimental que informa todo el razonamiento del Inca, tenían su prototipo en la oda *Á la propagación de la vacuna*, con el apóstrofe á la virgen América y aquello de *los tres siglos infelices de amarga expiación*, lugar común que reaparece, lo mismo en las proclamas del Secretario de la Junta central que en las de las

Juntas insurrectas de América, porque Quintana, á despecho de su fervoroso patriotismo, fué inspirador y maestro, no sólo literario, sino político, de los americanos, y aun puede decirse que continúa siéndolo.

Una cualidad hay en Olmedo que falta de todo punto á Quintana: el sentimiento y amor de la naturaleza. Quintana no la sentía ni poco ni mucho: testigo su oda *Al mar*, que no es sino un himno soberbio á la audacia del hombre que le surca, ó su epístola *Á Cienfuegos*, en que para convidar á su amigo á gozar de los encantos de la vida campestre tiene que invocar la sombra de Gessner y acordarse de sus idilios. No así Olmedo, que da por fondo á su cuadro épico el espléndido paisaje de las selvas americanas, con toques muy sobrios, pero muy oportunos y muy felices, con cierta grandiosidad de pincel que los hace tan imborrables de la memoria como las graciosas miniaturas de Bello. ¿Quién olvidará nunca, cuando una vez han pasado por delante de la fantasía, suscitados por el arte mágico del poeta,

Los Andes....., las enormes, estupendas
Moles, sentadas sobre bases de oro

.....
Que ven las tempestades á su planta
Brillar, rugir, romperse, disiparse.....?

¿Quién aquel rapidísimo crepúsculo vespertino de la zona tórrida:

El Dios oía
Los votos de su pueblo, y de su frente
El cerco de diamantes desceñía;
En fugaz rayo el horizonte dora;
En mayor disco menos luz ofrece,
Y veloz tras los Andes se obscurece?

El penúltimo verso es admirable de verdad física y de verdad poética.

De esta virtud descriptiva suya se sirvió Olmedo con mucha habilidad y mucho arte para suavizar el rudo empuje de su carro marcial, que en pieza tan larga como el *Canto de Junín*, hubiera resultado fatigoso. Aquella plácida brisa

de las risueñas playas
Que manso lame el caudaloso Guayas.....

viene de vez en cuando á atravesar el campo de batalla, oreando el vapor de la sangre; y por sí sola era una novedad en la escuela á que Olmedo pertenecía. Y no lo es menos «el bosque de naranjos y opacos tamarindos», «el trono piramidal y alta corona de la piña», y otros rasgos de grato sabor local que lucen y se destacan más, por lo mismo que están distribuídos con tan sabia parsimonia.

Considerado como estilista y como versificador, Olmedo tiene de todo, y dista mucho de la intachable pureza de Bello. Es cierto que no abusa ni de los arcaísmos ni de los neologismos, y habla en general una lengua abundante y sana, pero no rehuye los epítetos gastados, la adjetivación parásita, lo que pudiéramos llamar la *obra muerta* del estilo poético. Hay mucho de *lira sonora, hondo valle, negro averno, inflamada esfera, trueno horrendo, águila caudal, corcel impetuoso, alazán fogoso, mar undoso*, y demás moneda de cobre con que saldaban sus cuentas los versificadores clásicos del siglo XVIII y sus imitadores del presente. En este punto flaco se parece también á Quintana, que rara vez brilla por el genio de la invención pintoresca,

como brillan, por ejemplo, Bello y Maury. Pero á Olmedo hay que concedérsele en mayor grado que á Quintana, aunque no le tuviera continuo sino intermitente, y aunque esta minuciosa labor de dicción no parezca á primera vista muy compatible con el ardor vivificante y continuo, que es el alma de su estilo. La estancia que voy á citar, y que es, á mi juicio, la más bella de *La Victoria de Junín*, aunque no sea la más famosa, presenta en la larga corriente de un período poético pomposo, magnífico y admirablemente sostenido durante veinticuatro versos, un gran número de frases notables por la vivacidad y por el atrevimiento de buen gusto, como si el poeta hubiera querido en corto trecho hacer alarde de sus fuerzas, aun en aquel género á que parecía menos inclinado. Tildaban los recios combatientes de Venezuela y Colombia de blanda y afeminada á la joven milicia peruana, que, sin embargo, dió buena muestra de sí en Junín á las órdenes del general Miller. Y Olmedo, que como hijo de Guayaquil se consideraba medio peruano, toma sobre sí la vindicación de aquellos *garzones delicados*,

Entre seda y aromas arrullados,

(verso cuyas sílabas parece que respiran languidez y molicie), y para mostrar cómo habían llegado á romper

Los dulces lazos de jazmín y rosa
Con que amor y placer los enredaban,

usa de esta asombrosa comparación:

Tal el joven Aquiles,
Que en *infame disfraz* y en ocio blando
De lánguidos suspiros,

Los destinos de Grecia dilatando,
Vive cautivo en la beldad de Sciros;
Los ojos pace (1) en el vistoso alarde
De arreos y de galas femeniles
Que de India y Tiro y Menfis opulenta
Curiosos mercaderes le encarecen:
Mas á su vista apenas resplandecen
Pavés, espada y yelmo, que *entre gasas*
El Ithacense astuto le presenta;
Pásmase....., se recobra, y con violenta
Mano el templado acero arrebatando,
Rasga y arroja *las indignas tocas*,
Parte, traspasa el mar, y en la troyana
Arena, muerte, asolación, espanto,
Difunde por doquier: todo le cede.....
Aun Héctor retrocede.....
Y cae al fin; y en derredor tres veces
Su sangriento cadáver profanado,
Al veloz carro atado
Del vencedor inexorable y duro,
El polvo barre del *sagrado muro*.

El que de este modo escribía, graduando y adaptando á los matices de la idea el movimiento de la frase poética, acelerándola ó retardándola como artista consumado, merecía haber alcanzado la perfección continua; pero es cierto que se quedó muy lejos de ella. Olmedo adolece de la desigualdad propia de todos los poetas americanos, desigualdad de que ni el mismo Bello se libra en la infelicísima parte segunda de su *Alocución á la poesía*. No hay en *La Victoria de Junín* versos mal contruidos, porque Olmedo tenía excelente oído; pero hay, sobre todo en el razonamiento del Inca, versos prosaicos, desgarrados, pedestres, indignos del lenguaje de las Musas, y son, por castigo providencial, todos

(1) *Oculos pascit*, latinismo que sonaría mal en otra parte, aquí naturalísimo y muy en la entonación general de este cuadro virgiliano.

aquellos en que el autor se desata en injurias contra los conquistadores españoles:

¡Si ellos fueron estúpidos, viciosos,
Ferozes, y, por fin, supersticiosos,
.....
Sangre, plomo veloz, cadenas fueron
Los sacramentos santos que trajeron!.....

Estas y otras miserables aleluyas (que prueban que lo mal pensado sale siempre mal dicho) estropean la obra capital de Olmedo, no menos que las frecuentes asonancias indebidas y el abuso de las rimas verbales. Pero *ubi plura nitent* no debe la crítica formal detenerse en tales pequeñeces, que entregamos desde luego á la voracidad de los pedantes. Por otra parte, aunque en el *Canto de Junín* están las mayores bellezas poéticas que produjo Olmedo, en igualdad y corrección de estilo le aventajan otras poesías suyas, sobre todo la traducción de la primera epístola de Pope y el *Canto de Miñarica*. Olmedo componía muy despacio, con grandes descansos é intermitencias, y mientras duraba el fervor de la composición, limaba sus versos con todo el buen gusto que podía esperarse de un humanista tan cabal; pero después de escrito el último verso, le entraba incurable pereza y dejaba volar sus poesías sin retocarlas casi nunca.

Fué Olmedo, por temperamento ó por falta de voluntad y constancia, sobremanera infecundo. No es voluminosa la colección de Quintana; pero de las poesías que él definitivamente reunió en 1813 no hay una sola que pueda rechazarse, y hay por lo menos nueve ó diez que todo el mundo calificará de obras maestras, dentro de su escuela y género: *Padilla*, *La Vacuna*, *La Imprenta*, *El Panteón del Escorial*, *Trafalgar*, las dos

odas patrióticas de 1808, *La Hermosura*, *La Danza*, la epístola *Á Fovellanos*, y aun convendría añadir alguna de las escritas posteriormente. El mismo D. Juan Nicasio, que con tan pequeño equipaje ha llegado á la posteridad, tiene, además de su tragedia y de sus versos ligeros, siete grandes composiciones entre odas y elegías, que no pueden faltar en ninguna colección selecta. Bello compensa la escasez de poesías originales con el número, variedad y primor de sus traducciones. De todos los poetas clásicos de nuestro siglo, Olmedo es quizá el único que á duras penas puede dar materia para un pequeñísimo volumen. Entre buenas y malas, largas y cortas (una de ellas tiene tres versos), traducidas y originales, ensayos de la primera mocedad y tardíos conatos de la vejez, apenas llegan á veinte las composiciones suyas que ha podido recoger la diligencia de sus apasionados, ni hay esperanza de encontrar más, porque probablemente no existieron nunca. Aun de éstas hay que descartar más de la mitad por endebles é insignificantes: versos de album, una desdichada alocución recitada por una actriz en el teatro de Guayaquil, el romance poco chistoso del *Retrato*, el *Alfabeto moral* para los niños, dos breves traducciones, una de *La Nave*, de Horacio, y otra de un fragmento del *Anti-Lucrecio*, la *Canción indiana*, que está sacada de *Atala*. El soneto *En la muerte de mi hermana* no está libre de tachas, pero tiene este soberbio apóstrofe que no es para olvidado:

Yo no te la pedí. Qué, ¿es por ventura
Crear por destruir, placer divino,
Ó es de tanta virtud indigno el suelo?
.....
Dime, ¿faltaba este ángel á tu cielo?

Descartado todo lo secundario, viene á quedar reducido el repertorio poético de Olmedo á dos composiciones de su juventud: la *Elegía en la muerte de la princesa Doña María Antonia de Borbón* (1807), y *El Árbol* (1808), y á cuatro magistrales poemas de su edad madura: la *Silva á un amigo en el nacimiento de su primogénito* (1817), *La victoria de Junín* (1824), la oda *al General Flores*, y la traducción de las tres primeras epístolas del *Ensayo* de Pope *sobre el hombre*. Afortunadamente los versos no se estiman por la cantidad, ni por el peso, y aun con el solo *Canto á Bolívar*, Olmedo sería el mismo gran poeta que conocemos. Las dos poesías juveniles están escritas con mucha desigualdad de estilo (especialmente *El Árbol*), pero deben conservarse, no sólo por el curioso contraste entre el entusiasmo monárquico y español que respiran (y que parece sincero), y la posterior exaltación frenética con que su autor maldijo el nombre de España después de haber llamado *dioses* y *padres* á sus reyes; sino porque abundan en hermosos versos y presentan ya muy firme y caracterizada la manera del poeta, y aun algunas ideas é imágenes que aprovechó y mejoró luego (1). Al

(1) La introducción de *El Árbol* pasó á ser parte de la introducción del *Canto á Bolívar*. Había dicho Olmedo en 1808:

Aquí mi alma desea
Venir á meditar: de aquí mi musa,
Desplegando sus alas vagarosas,
Por el aire sutil tenderá el vuelo;
Ya cual fugaz y bella mariposa
Por la selva florida
Irá en pos de un clavel ó de una rosa;
Ya, cual paloma blanda y lastimera,
Irá á Chipre á buscar su compañera;
Ya, cual garza atrevida,

revés de lo que acontece con Bello, en cuyas primeras poesías, sobre todo en el canto gratulatorio á Carlos IV, nadie podría adivinar al futuro autor de las *Silvas americanas*, Olmedo tuvo desde el principio el énfasis solemne y la arrogancia lírica que le caracterizaron siempre. Cuando en 1807 decía de España:

Traspasará los mares,
Verá todos los reinos y lugares;
Ó, cual águila audaz, alzará el vuelo
Hasta el remoto y estrellado cielo.

Y en 1824 escribió, superándose incomparablemente á sí mismo; que tanto pueden el estudio y la lima:

Siento unas veces la rebelde Musa
Cual Bacante en furor vagar incierta
Por medio de las plazas bulliciosas,
Ó sola por las selvas silenciosas,
Ó las risueñas playas
Que manso lame el caudaloso Guayas;
Otras el vuelo arrebatado tiende
Sobre los montes, y de allí desciende
Al campo de Junín.....

Puede decirse que Olmedo, como Bello, estaba continuamente asediado por las reminiscencias de sus propios versos y de los ajenos. Las tiene hasta de poetas oscuros y olvidados. Así estos versos del *Canto de Mianarica*:

Así cuando una nube repentina
Enluta el cielo cuando el sol declina.....

parecen un eco de aquellos otros de Sánchez Barbero en la bella *Elegía á la muerte de la Duquesa de Alba*:

Así cuando una nube tormentosa
En el Oriente cárdeno aparece.....

Cotéjense ambas estancias, y se verá que la semejanza continúa. Si Sánchez Barbero habla de

Torrentes que á porfía
Chozas, rebaños, vegas, arrebatan.....

Olmedo escribe, esta vez con menos numen:

Y entre tantos horrores
Vagan, tiemblan y caen confundidos
Ganados y cabañas y pastores.....

En sus débiles hombros ya ni puede
Sostener el cadáver de su gloria....

y llamaba á los males y dolores

Soldados indolentes que militan
Bajo el pendón sombrío de la muerte....

podía perfeccionar sin duda su educación y estilo, pero había encontrado ya su instrumento.

El resplandor vivísimo del *Canto de Junín* ha perjudicado sin razón á otras felices inspiraciones de Olmedo, dejándolas en la penumbra. No obstante, así era forzoso que sucediese, porque el *Canto*, además de su valor intrínseco y de presentar reunidas en un solo alarde todas las fuerzas del poeta, participa de la celebridad histórica del grande acontecimiento que conmemora, y vivirá cuanto viva en los fastos de América el nombre de Simón Bolívar, del cual fué la más espléndida corona. Infinitos versos produjo el patriotismo americano de aquella era, pero apenas merecen vivir otros que los de este canto, y son los únicos también que la madre España puede perdonar, porque se escribieron en su tradicional y magnífica lengua poética, aunque no se escribiesen con su espíritu.

Harto hemos dicho de este famoso poema al apuntar los caracteres del genio lírico Olmedo. Ahora procede añadir algo acerca de los primores y defectos de su plan y composición, respecto de lo cual ¿quién lo diría? el juez más severo y no el menos atinado fué el mismo Libertador Bolívar, en cuyo obsequio se escribió el canto.

Poseemos afortunadamente la correspondencia que medió entre Olmedo y su Aquiles, mientras el *Canto de*

Junín iba componiéndose. Si conociésemos de igual modo la génesis de cada una de las obras maestras, mucho adelantaría la crítica histórico-literaria. Publicados estos preciosos documentos por el Sr. Caro y reproducidos en su mayor parte por el Sr. Cañete, nos es dado asistir día por día á la elaboración del himno triunfal, y ver cómo el hierro al salir de la fragua iba depurándose de las escorias. Olmedo, fiel en todo á los procedimientos de la escuela de Quintana, empieza por trazar en prosa el plan de su *Canto*; los versos vienen después; y sucesiva y lentamente va trabajando cada una de las partes; borra, rompe, enmienda, y sólo al cabo de cinco meses da por terminada su obra, y remite una copia al Libertador.

El *Canto* tenía más de 800 versos, y éste es quizá su defecto capital y la razón de sus desigualdades. No faltará quien se niegue á llamarle *oda*, pero el nombre y la clasificación técnica importan poco: más larga es la *Pítica IV* de Pindaro, habida cuenta de la diferencia de concisión entre las lenguas clásicas y las modernas. El trabajo de Olmedo es propiamente lo que los italianos llaman un *carme*, un poema corto, mixto aquí de lírico y épico, como las *Silvas* de Bello son mezcla de lo lírico y lo didáctico. El tono que domina en el vate del Guayas es la efervescencia del rapto pindárico, pero con él alternan largas y precisas narraciones de los sangrientos choques de Junín y Ayacucho, sin omitir rasgos de esfuerzo individual, nombres de jefes y oficiales. No se tenga, sin embargo, por híbrida y monstruosa tal combinación de elementos líricos y narrativos, que es por el contrario frecuentísima en los más clásicos maestros; la ya citada *Pítica IV* contiene un largo relato de la expe-

dición de los Argonautas; y aun Horacio, en el cuadro mucho más estrecho de sus odas, encuentra dónde colocar, rápidamente narrados en tono que usando de términos románticos pudiéramos decir de *balada*, el rapto de Europa y su llegada á Creta potente por sus cien ciudades, el parricidio de las hijas de Dánao, la fuga de Teucro de Salamina y el razonamiento que dirigió á sus proscritos compañeros exhortándoles á ahogar en vino sus pesares.

Si en esto se mostraba Olmedo tan fiel á los modelos más genuinamente clásicos, tampoco se le puede hacer grave cargo por la supuesta infracción de unidad que en su obra han creído notar muchos críticos. Si tal falta existe, redúcese á la aplicación de un título inexacto: quítese el de *Victoria de Junín*, que no abarca ni con mucho todo el tema de la composición; déjese el de *Canto á Bolívar*, y nada habrá que reparar en esto. Porque realmente lo que allí se canta en primer término no es Junín ni Ayacucho ni otra ninguna victoria aislada (aunque una de ellas sea causa ocasional del entusiasmo lírico), sino el conjunto de todas las empresas de Bolívar, su acción suprema en la epopeya americana: por eso el poema termina con su entrada triunfal en Lima, y con el canto de las Vírgenes del Sol que celebran los beneficios de la paz y auguran todo género de prosperidades á la nueva república. Ni Junín ni Ayacucho, cada una de por sí, bastaban al poeta para su intento; Junín no fué más que una brillante carga de caballería, de la cual pronto se rehizo el ejército realista, y que por sí sola no hubiera decidido del éxito de la guerra; Ayacucho fué una capitulación decisiva, pero en Ayacucho no estuvo Bolívar; *había prestado su rayo al joven Sucre*, según

la expresión de Olmedo. Pero aunque en Ayacucho triunfase el brazo de Sucre, lo que moralmente triunfó fué el espíritu de Bolívar, y esto ni á Olmedo ni á ningún otro americano de su tiempo había de ocultársele. Sucre no podía ser el héroe del canto, aunque fuese el triunfador de última hora. Había que enlazar las dos victorias, y esto fué lo que Olmedo realizó, con más ó menos acierto en los medios, pero sin contravenir de modo alguno á la unidad del pensamiento de su obra.

El medio ciertamente podía ser más nuevo é ingenioso, y en esto hay que dar la razón á los críticos. Redúcese á una *máquina* de las más gastadas en toda epopeya de escuela, y rodeada además de circunstancias extravagantes y aun risibles. En medio de la algazara nocturna con que los vencedores de Junín celebran su triunfo, *consumiendo los dones de Ceres y de Baco*, aparece entre nubes la sombra del inca Huayna-Capac, que después de llenar de improperios á los españoles, vaticina la próxima victoria de Ayacucho y dirige á Bolívar consejos políticos más ó menos embozados. Después del larguísimo discurso del Inca, comparecen las Vírgenes del Sol y le rodean entonando un bellissimo coro. Todos quedan atónitos (la cosa no era para menos), hasta que de pronto desaparece toda esta fantasmagoría, tornando el poeta á las orillas de su caro Guayas.

La belleza de ejecución, que es grande en algunas partes, no basta para velar lo que hay de frío y pueril en esta concepción. El empleo de lo sobrenatural en un asunto contemporáneo es de las cosas más arriesgadas que pueden intentarse: sólo como visión en sueños ó como efecto de alucinación podía aparecer el tal Inca, y aun entonces, reducido su vaticinio á pocas palabras

de sabor misterioso y profético, no poniendo en sus labios una especie de parte de Gaceta, en que manifiestamente se olvida Olmedo de que no es él sino Huayna-Capac quien va leyendo en las páginas del libro del destino. Prescindiendo por ahora de las mil cosas absurdas y contradictorias que el Inca revuelve en su prolija arenga, es ridículo que Bolívar y los suyos, por muy perturbada que tuviesen la cabeza *con los dones de Baco* y con la embriaguez de la victoria, pudiesen ver y oír despiertos á semejante fantasma. Lo que parece naturalísimo y es legítimo recurso poético tratándose de épocas remotas en que lo divino andaba mezclado con lo humano, resulta chillona discordancia aplicado á una prosaica guerra moderna y escrito ocho días después del suceso para que lo leyese el mismo capitán vencedor. Bolívar, que según se trasluce por sus cartas era hombre de muy buen gusto y de no vulgar literatura, fué el primero en encontrar incómoda la presencia del tal Inca, que le usurpaba la mitad del poema consagrado á su gloria, *mostrándose hablador y embrollón, cuando debía ser más leve que el éter, puesto que viene del cielo.*

En los poetas de la escuela á que Olmedo pertenecía, abundan máquinas semejantes á la aparición del Inca, y que indudablemente le sirvieron de modelo; pero todas son más racionales que ella, y en ninguna hay espectro que se aparezca á todo un ejército acampado. Cuando Gallego, en la oda *Á la defensa de Buenos Aires*, hace levantarse, cual matrona augusta, la América del Sur y convocar á sus hijos á la resistencia y á la victoria, la ve sólo con los ojos de la fantasía lírica, y no pretende que materialmente la viese nadie, ni que se mezclase con los combatientes. Cuando Quintana evoca y llama á jui-

cio las sombras del *Panteón de El Escorial*, invade los dominios de la fantasía romántica, pone el pie en regiones que no son las de este mundo, y así produce el solemne y terrorífico efecto que se proponía. En el poema *Zaragoza* de Martínez de la Rosa, que Olmedo tenía muy estudiado como Caro largamente prueba, la sombra de Rebolledo el Grande se aparece á Palafox en el silencio de la noche, y el poeta no dice claro si fué realidad ó sueño.

Todas estas apariciones tuvo, á mi juicio, presentes Olmedo para la suya; y aunque se trata de cosas harto conocidas, me parece motivo de curiosa comparación ponerlas juntas y en orden inverso de antigüedad, para que se vea la identidad de procedimientos literarios, y quede más y más establecida la filiación del poeta: se verá este proceso genealógico hasta en el giro de la frase y en los epítetos.

OLMEDO (1824).

Cuando imprevisto venerable sombra
En faz serena y ademán augusto
Entre candidas nubes se levanta.
Del hombro izquierdo nebuloso manto
Pende, y su diestra aéreo cetro rige;
Su mirar noble, pero no sañudo;
Y nieblas figuraban á su planta
Penacho, arco, carcaj, flechas y escudo;
Una zona de estrellas
Glorificaba en derredor su frente
Y la borla imperial de ella pendiente.

MARTÍNEZ DE LA ROSA (1809).

Cuando temblar sintió bajo su planta
Los profundos cimientos del palacio,

Tres veces ¡ay! con hórrido estampido
Ronco trueno sonó, se abrió la tierra,
Y sobre negra nube se levanta

La venerable sombra

De Rebolledo el Grande: en la tiniebla
Se ve centellear su faz divina....
Cércale en torno insignias y trofeos;
Cúbreló con su manto la victoria,
Y en el noble ademán fiero y sombrío
Ostenta grave su valor y gloria.

GALLEGO (1807).

Alzase en tanto cual matrona augusta
De un alto monte en la fragosa cumbre
La América del Sur; vese cercada
De súbito esplendor de viva lumbré (1),
Y en noble ceño y majestad bañada.
No ya frívolas plumas,
Sino bruñido yelmo rutilante
Ornan su rostro fiero;
Al lado luce ponderoso *escudo,*
Y en vez del hacha tosca ó dardo rudo
Arde en su diestra refulgente acero.

QUINTANA (1805).

Cuando las losas del sepulcro hendiendo
Se vió un espectro *augusto y venerable*
Que á los demás en majestad vencía.
El águila imperial sobre él tendía
Para dosel sus alas esplendentes,
Y en arrogante ostentación de gloria
Entre sus garras fieras y valientes
El rayo de la guerra arder se vía,
Y el lauro tremolar de la victoria.
Un monte de armas rotas y banderas
De bélicos blasones
Ante sus pies indómitos yacía,
Despojos que á su esfuerzo las naciones
Vencidas, derrotadas, le rindieron.

(1) *Y en rósea luz bañado resplandece,* dice Olmedo del Inca.

Ningún hombre de buen gusto negará la palma, entre estas cuatro apariciones, á la de Carlos V. En Quintana parece natural y grandioso lo que en sus imitadores tiene ya visos de artificio (1).

No es sólo lo extraño de la visión, sino la falsedad intrínseca del razonamiento lo que ofende en el episodio del Inca, y Bolívar fué el primero en encontrar impropio que Huayna-Capac alabase indirectamente la religión cristiana que destruyó los templos de sus dioses, y todavía más impropio que en vez de desear el restablecimiento de su dinastía, *diese la preferencia á extranjerros intrusos que, aunque vengadores de su sangre, son descendientes de los que aniquilaron su imperio.* El buen sentido habló por boca de Bolívar, y nadie más autorizado que él para rechazar aquella ilusión local del patriotismo americano, que en los versos de Olmedo llegaba hasta el extremo profundamente cómico de poner en el emperio de las Incas á Fr. Bartolomé de las Casas á la diestra de Manco-Capac, y prometer el mismo género de inmortalidad á Bolívar en premio de haber restaurado el templo portentoso de *Pacha-Cámac.*

Todos los demás lunares del canto fueron también señalados con admirable sagacidad por Bolívar. La introducción le pareció *rimbombante,* como en efecto lo es; encontró *prosaicos y vulgares* muchos versos que calificó de *renglones oratorios,* y, finalmente, aunque parte interesada, no dejó de reconocer, con loable mo-

(1) Aun en el vaticinio del Inca dejó alguna huella aquel apóstrofe de Gallego:

¿Dó mis Incas están? ¿A dónde es ido
El imperio del Cuzco? ¿Quién brioso
Domeñó su poder?....

destia, el principal flaco de toda la composición, es á saber, lo hiperbólico y desmesurado de la alabanza: «Usted dispara donde no se ha disparado un tiro; usted abrasa la tierra con las ascuas del eje y de las ruedas de un carro de Aquiles que no rodó jamás en Junín; usted se hace dueño de todos los personajes: de mí forma un Júpiter, de Sucre un Marte, de Lamar un Agamenón y un Menelao, de Córdoba un Aquiles, de Necochea un Patroclo y un Ajax, de Miller un Diomedes y de Lara un Ulises.... Usted nos hace á su modo poético y fantástico, y para continuar en el país de la poesía la ficción de la fábula, usted nos eleva con su deidad mentirosa, como el águila de Júpiter levantó á los cielos á la tortuga para dejarla caer sobre una roca que le rompiese sus miembros rastreros. Usted, pues, nos ha sublimado tanto, que nos ha precipitado en el abismo de la nada, cubriendo con una inmensidad de luces el pálido resplandor de nuestras opacas virtudes. Así, amigo mío, usted nos ha pulverizado con los rayos de su Júpiter, con la espada de su Marte, con el cetro de su Agamenón, con la lanza de su Aquiles y con la sabiduría de su Ulises. Si yo no fuese tan bueno y usted no fuese tan poeta, me avanzaría á creer que *usted había querido hacer una parodia de la «Iliada» con los héroes de nuestra pobre farsa.* Usted sabe bien que *de lo heroico á lo ridículo no hay más que un paso, y que Manolo y el Cid son hermanos, aunque hijos de distintos padres. Un americano leerá el poema de usted como un canto de Homero, y un español le leerá como un canto de «El Facistol» de Boileau.»*

Conservar tan buen sentido después de haberse hecho árbitro de un continente, vale casi tanto como haber

triunfado en Boyacá, en Carabobo y en Junín. ¿Qué hubiera dicho Bolívar, que llamaba *pobre farsa* á sus asombrosas campañas desde el Orinoco hasta el Potosí, si hubiera alcanzado á leer la magnífica oda que Olmedo dedicó en 1835 *Al general Flores, vencedor en Miñarica?* Y no porque la función de guerra de Miñarica hubiese sido menos sangrienta que la de Junín, puesto que más de mil cadáveres quedaron tendidos en el campo, sino porque en Junín, ó más bien en Ayacucho, de que Junín fué como preludio, quedó definitivamente roto, para bien ó para mal del Nuevo Mundo (que este es punto muy opinable, aunque ya no lo fuese para el sereno y desengañado juicio de Bolívar en sus postreros días), el lazo que unía las colonias con la metrópoli: asunto noble de suyo por su magnitud y sus consecuencias; al paso que Miñarica fué una de tantas estériles luchas civiles en que vencidos y vencedores se aplicaban mutuamente el dictado, tan de moda en América, de *tiranos*. Á tanta distancia, y en cosa tan embrollada como la política interna de las repúblicas americanas, es difícil y poco importante averiguar quién tenía la razón de su parte: es probable que nadie la tuviese del todo; pero lo único que con certeza sabemos es que los resultados de aquella hecatombe se redujeron á sustituir un presidente por otro. Para tan poca cosa resulta desproporcionado aquel soberano apóstrofe, que sólo á Pizarro ó á Bolívar podría hasta hoy dignamente aplicarse:

¡Rey de los Andes! la ardua frente inclina,
Que pasa el vencedor.....

Los críticos americanos, y aun los que no lo son, como nuestro malogrado compañero Cañete, arman larga con-

tienda sobre si Olmedo hizo ó no hizo bien en cantar al general Flores, á quien unos pintan como un tiranuelo funesto para la tranquilidad de su patria, mientras otros, con mejor acuerdo, á lo que yo alcanzo, reconocen en él altas dotes de guerrero y de estadista, prendas nobilísimas de hombre privado, celo del bien público, condición apacible y amena y aficiones cultas y literarias: todo lo cual parece que nada tiene que ver con los rasgos tradicionales del grotesco personaje llamado *tirano*, inventado por los retóricos antiguos *ut pueris placeat, et declamatio fiat*, y realizado muy al pie de la letra, según dicen, en algunas repúblicas de América. Por mi parte, ni puedo creer que fuese un soldado ambicioso y vulgar el que inspiró tal canto y en alas de él pasará á la posteridad aun más que por la memoria de sus hazañas; ni encuentro digno de censura á Olmedo por haberle cantado; aunque después contribuyese á su caída llamándole *ángel exterminador*, y estuviese á pique de sucederle en la presidencia del Ecuador. Para hacer buenos versos, siempre es ocasión oportuna, y á los poetas hay que pedirles más cuenta de los versos que de los asuntos. Si la victoria del general Flores tuvo virtud para despertar el numen de Olmedo, que parecía aletargado hacía más de diez años, y obligarle á prorrumper en un canto que, salvo la inferioridad de la materia, no cede en pompa, boato, sonoridad y nervio al *Canto de Junín*, y en madurez de estilo y buena distribución de partes seguramente le vence, las Musas tienen que darle las gracias por su victoria y hasta por su *tiranía*.

Completan el número de las obras de Olmedo que tienen aparejada larga vida entre lo más selecto del parnaso americano, la grave y melancólica *Silva á un amigo*

en el nacimiento de su primogénito, que sabe á Leopardi en algunos pasajes; y la traducción incompleta y algo parafrástica (como forzosamente ha de serlo toda versión de poesía inglesa) del *Ensayo sobre el hombre* de Pope. De las tres epístolas que Olmedo alcanzó á traducir, sólo la primera fué por él definitivamente corregida: las otras están versificadas con más negligencia, pero en todas ellas hay trozos de la más bella poesía filosófica que puede encontrarse en castellano (1).

(1) Nació D. José J. de Olmedo en Guayaquil el 20 de Mayo de 1780, de padre malagueño y madre americana. Hizo sus estudios de gramática en Quito, y los de filosofía y derecho en el colegio de San Carlos y Universidad de San Marcos de Lima, recibiendo el grado de doctor en 1805. Desempeñó en aquella universidad cátedras de derecho romano, y luego se dedicó en Guayaquil al ejercicio de la abogacía. En 1810 fué nombrado diputado para las Cortes de Cádiz, en cuyas actas se encuentra algún breve discurso suyo, especialmente el que pronunció sobre la abolición de las *mitas*, ó servicio personal de los indios. Permaneció en España hasta la vuelta de Fernando VII en 1814. Vuelto á América, formó parte de la *Junta de Gobierno* de Guayaquil en 1820, y del Congreso Constituyente del Perú en 1823, así como también de la diputación peruana que fué á implorar el auxilio militar de Bolívar, con quien antes había estado en desacuerdo político y de quien se convirtió entonces en amigo y admirador entusiasta. Después de Ayacucho, Bolívar le envió de ministro plenipotenciario á Londres, donde contrajo estrecha amistad con D. Andrés Bello. Permaneció en Europa hasta 1828: en 1830 concurrió á la convención ó asamblea constituyente de Riobamba, que separó definitivamente la república del Ecuador de la de Colombia. Sucesivamente fué electo vicepresidente de la República y gobernador del departamento del Guayas. Presidió la convención nacional de Ambato en 1835, y desaviniéndose con el general Flores, se puso en 1845 al frente del Gobierno provisional en la revolución que contra aquel general estalló triunfante en Guayaquil. Candidato para la presidencia de la República, fué derrotado por D. Vicente Ramón Roca, en las elecciones de aquel año. Murió muy cristianamente en su ciudad natal en 19 de Febrero de 1847.

La mayor parte de las poesías de Olmedo se fueron publicando sueltas, á raíz de los acontecimientos que las inspiraron.

El *Ensayo sobre el hombre* (1.^a epístola con el texto inglés) se imprimió con bastante esmero en Lima en 1823. La 2.^a y rarísima edición del *Canto á*

Por mucho tiempo Olmedo fué el único representante de la poesía del Ecuador, aunque en hecho de verdad él hubiese nacido peruano. Es casi el único que figura en la *América poética* de 1846, puesto que el mediano fabulista D. Rafael García Goyena, que también está incluido allí, suena indebidamente como guatemalteco, por lo cual suele ponerse también en las antologías de Centro-América. Es cierto, sin embargo, que nació en Guayaquil en 1766; pero desde la edad de doce años residió en Guatemala, y allí escribió y publicó sus apólogos, correctos pero insípidos.

Hay, pues, un largo paréntesis entre la deslumbradora aparición de Olmedo, hijo del régimen colonial, y

Bolívar es de Guayaquil, 1825; pero yo no he visto otra más antigua que la de Ackerman, de Londres, del año siguiente. Casi todas las poesías importantes de Olmedo salieron juntas en la *América Poética* de Gutiérrez (Valparaíso, 1846), y el mismo Gutiérrez las publicó aparte, algo aumentadas, en un tomito, también de 1848, que fué reimpreso por Boix en París en 1853. Estas dos ediciones añaden las epístolas 2.^a y 3.^a de Pope, que Olmedo había publicado en 1840 en *La Balanza*, periódico de Guayaquil. En 1861, D. Manuel Nicolás Corpancho, literato peruano, acrecentó algo la colección en un cuaderno publicado en Lima con el título de *Poesías inéditas de Olmedo: apuntes bibliográficos para formar una edición más completa que las conocidas*.

Hay excelentes trabajos biográficos y críticos sobre Olmedo. Los principales son:

Caro (M. A.). *Olmedo*: tres artículos en el *Repertorio Colombiano*, tomos II y III (Bogotá, 1879).

Cañete. *El Dr. D. José Joaquín de Olmedo*. (En su libro *Escritores Españoles e Hispano-americanos*, Madrid, 1884).

Herrera (D. Pablo). *Apuntes biográficos de D. J. J. Olmedo*. Quito, 1887.

Mera (D. Juan León). *Carta al Sr. D. Manuel Cañete* (sobre varios puntos de la vida de Olmedo). Quito, 1887.

— *Cartas inéditas de Olmedo, precedidas de un breve estudio sobre ellas*. Quito, 1892. Estas cartas, que contienen curiosos juicios de Olmedo sobre Lucrecio, á quien admiraba mucho, y sobre Lucano, cuyo genio poético estimaba superior al de Virgilio, fueron dirigidas de 1823 á 1825 al doctor D. Joaquín de Araujo.

los frutos mucho más modestos de la nueva generación literaria, que luchando con dificultades indecibles, nacidas de los trastornos políticos y del abandono casi total de los buenos estudios, fué levantando poco á poco la cabeza hacia la segunda mitad de nuestro siglo y empezó á dar muestra de sí en la *Lira Ecuatoriana* que en 1866 compiló el Dr. D. Vicente Emilio Molestina. En ella figuran versos dolientes y apasionados de una infeliz poetisa de Quito, D.^a Dolores Veintemilla de Galindo, á quien pesares domésticos arrastraron al suicidio en 1857, á la temprana edad de veintiséis años. Su composición *Quejas* es un *ay* desgarrador que debe recogerse, tanto más cuanto que la sincera expresión del sentimiento no es lo que más abunda en la poesía americana.

Entre los poetas de la primera *Lira Ecuatoriana*, dos descuellan sobre todos: D. Juan León Mera y D. Julio Zaldumbide. Mera vive y continúa escribiendo, no sólo versos, sino exquisita prosa, de que su linda novela *Cumandá* es buen ejemplo. Zaldumbide ha descendido no ha mucho á la tumba, y por consiguiente entra ya en nuestra colección. En 1851 se dió á conocer por su *Canto á la Música*, y en 1888 cerró su carrera poética con dos bellas traducciones, una del *Lara* de Byron, y otra de los *Sepulcros* de Pindemonte, honrándome con la dedicatoria de la segunda (1). El género predilecto de Zaldumbide fué la meditación poética; sus cualidades sobresalientes: gravedad en el pensar, mezclada con cierta amable languidez en el sentir; elevación moral

(1) Hay sobre las poesías de Zaldumbide unas *Observaciones* muy apreciables del Dr. D. Luis Cordero en las *Memorias de la Academia Ecuatoriana*, tomo I (Quito, 1889).

contemplativa y serena con intervalos de flaqueza, desfallecimiento y obscuridad, de que llegaron á triunfar al fin su recto corazón y bien disciplinado entendimiento. Comenzó por la duda sobre el destino humano, y acabó por entregarse en brazos de la fe. Sus poesías son, por decirlo así, el diario psicológico de esta batalla suya. Nunca fué pesimista dogmático; pero navegó por mucho tiempo en las olas del escepticismo, como lo demuestran sus composiciones *Eternidad de la vida* y *Meditación*. En la hermosa meditación titulada *La noche*, exclamaba con amarga ironía que parece *leopardiana*:

Tuyo es el universo: alza la frente:
Espacia tus miradas orgullosas
Por el vasto, encumbrado firmamento:
Las estrellas que ves esplendorosas,
Las que ver no te es dado, y las que en vano
Pretendiera alcanzar tu pensamiento,
Súbditas son de tu potente imperio;
Tu ley gobierna su ordenado giro;
Brillan para tu bien. El rayo ardiente
Que el cielo airado contra ti fulmina,
El mal granizo que tus campos daña,
Los vientos que en los mares se sepultan,
El volcán que tus obras arruina,
Parece, sí, que tu poder insultan.
Mas son para tu bien, y su guadaña
¡Oh feliz colmo de felice suerte!
Para tu mismo bien blande la muerte.

En medio de la tormenta de sus dudas, Zaldumbide permaneció *afectiva* ya que no *especulativamente* cristiano, porque, como él decía:

Arcanos de la muerte los concibe
Más bien el corazón que no la mente....

Quiso creer, y al fin le visitó la Gracia. En unos versos á la Virgen había escrito:

Jamás al que te ruega desamparas
Ni hay súplica por ti desatendida;
La flor que pone en tus benditas aras
El que te ofrenda, nunca va perdida....

La súplica fué oída, y Zaldumbide dió en los últimos años de su vida y á la hora de su muerte ejemplos de viva y fervorosa piedad, que por la importancia del sujeto fueron de grandísima edificación para la sociedad del Ecuador, que atravesaba entonces grave crisis religiosa (1).

Tenía Zaldumbide, á diferencia de otros muchos poetas ecuatorianos, sólida educación literaria, basada en el estudio directo y reflexivo de los modelos latinos, italianos é ingleses, y de los nuestros del siglo de oro, entre los cuales prefería á Garcilaso y Fr. Luis de León. Así es que, aun los pocos versos románticos que en su mocedad compuso, son relativamente correctos, y en los posteriores hay, no sólo decoro y pulcritud en la dicción, sino estudio de la parte musical del idioma, que fluye manso y apacible en una versificación generalmente intachable. Á estas buenas partes de prosodia y estilo juntaba Zaldumbide condiciones descriptivas no vulgares; sentimiento no fingido de la naturaleza, aunque más en el conjunto que en los detalles, más en la expresión moral que en la expresión física; y una suave y reposada tristeza, que por ser tan suya ennoblece y renueva en él hasta los tópicos más vulgares de la poesía campestre. La oda *Á la Soledad del Campo*, La

(1) Nació Zaldumbide en Quito en 1833 y murió en 1887.

Mañana, El Mediodía, La Tarde, La Estrella de la Tarde, donde se admiran estos delicadísimos versos, que son vaga reminiscencia de una elegía de Herrera (1):

Después tú viste, estrella de los cielos....
Mas ¿quién podrá contar lo que tú viste?....,

son buenos fiadores de lo que digo. No tuvo Zaldumbide la fortuna de concentrar sus fuerzas en una composición inolvidable que deba ir perpetuamente unida á su nombre; pero si por falta de nervio ó de audacia ó de ocasión no pudo ser contado entre los líricos de primer orden de la América del Sur, merece á lo menos un puesto muy distinguido entre los de segundo, al modo que lo obtiene entre los cubanos, por prendas muy parecidas de sentimiento y de gusto, el dulce y simpático Mendive.

Otros poetas ya fallecidos figuran en las *Antologías Ecuatorianas* (2): el general D. Francisco Javier Sala-

(1)

Lo que más entre nos pasó no es dino,
Noche, de oír el Austro presuroso,
Ni el viento de tus lechos más vecino....

(HERRERA.—Elegía IX.—Lib. II).

(2) Las que conozco son:

—*Lira Ecuatoriana. Colección de poesías nacionales, escogidas y ordenadas por el Dr. Vicente Emilio Molestina.* Guayaquil, 1865. Juzgada con dureza, pero no con injusticia por Mera, en su *Ojeada crítica sobre la Poesía Ecuatoriana*.

—*Parnaso Ecuatoriano, con apuntamientos biográficos de los poetas y versificadores de la República del Ecuador, desde el siglo XVII hasta el año de 1879, por Manuel Gallegos Naranjo* (Quito, 1879). Desdichadísimo llamó á este *Parnaso* el Sr. Mera, y Cañete añade que en él abunda mucho la broza.

—*Nueva Lira Ecuatoriana. Colección de poesías escogidas y ordenadas por Juan Abel Echeverría* (Latacunga, 1879). Puede considerarse como un se-

zar, el Dr. D. Rafael Carvajal, D. Vicente Piedrahita, D. Miguel Riofrio (autor de *Nina*, leyenda quichua), D. Miguel Angel Corral, D. Joaquín Fernández Córdoba, D.^a Angela Caamaño de Vivero (que tradujo con felicidad algunos versos de Byron), el festivo improvisador D. Joaquín Velasco y el joven estudiante de Medicina D. José Bernardo Daste. En los versos que conocemos de estos autores hay cosas dignas de estimación, pero ninguna de mérito muy relevante; y como, por otra parte, no tenemos á la vista más que una pequeñísima porción de sus obras, nos expondríamos á dar

gundo tomo de la *Lira* del Dr. Molestina, porque no repite ninguna composición.

—*Antología Ecuatoriana.—Poetas.* Quito, 1892.

Colección formada por la Academia del Ecuador, correspondiente de la Española. Es mucho más copiosa y de mejor gusto que las anteriores, pero adolece de excesiva benevolencia. Lleva un segundo tomo de poesía popular titulado:

—*Cantares del pueblo ecuatoriano. Compilación formada por Juan León Mera.* Quito, 1892. De estos cantares nada hemos dicho, como tampoco de los que en pequeño número se han publicado de otras regiones de América, porque exigiría un estudio especial y muy minucioso el distinguir en ellos lo verdaderamente americano é indígena de lo mucho que se encuentra también en las numerosas colecciones de coplas españolas y singularmente andaluzas, formadas por Lafuente Alcántara, Rodríguez Marín y otros. Hay también en el libro del Sr. Mera algunos versos políticos y varias composiciones modernas en la lengua de los indios llamada *quichua*, que sigue siendo cultivada artificialmente por varios literatos del país, distinguiéndose entre ellos el Dr. D. Luis Cordero.

Falta á esta *Antología* un tercer tomo de prosistas que está confiado á la docta dirección de D. Pablo Herrera y será quizá el más interesante, porque la agitadísima vida política del Ecuador ha hecho que el ingenio de sus hijos brille y se desarrolle principalmente en el campo de la polémica social y religiosa. Los nombres de Espejo, Mejía, el P. Solano, García Moreno y otros, á los cuales conviene añadir ya, con las necesarias reservas de ortodoxia y de gusto, el del sofista agudo é ingeniosísimo, y brillante y castizo, aunque abigarrado y algo pedantesco prosista, Juan Montalvo, pueden dar especial interés á esta sección.

un fallo injusto y atropellado, si aquí pretendiésemos juzgarlas.

Séanos lícito, pues, cerrar esta sección con el nombre venerable del adalid y mártir de la causa católica en el Ecuador, el presidente D. Gabriel García Moreno, que si no cultivó la poesía como vocación predilecta, mostró en la *Epístola á Fabio* grandes dotes para la alta poesía satírica, y en otras composiciones suyas, desgraciadamente escasas, ya originales, ya traducciones de Salmos, tampoco encontró difícil ni rehacio el idioma de las Musas. Tienen estas piezas los descuidos inherentes á todo lo que se escribe para no ser impreso; pero en ellas, como en sus escritos en prosa, quedó un reflejo de la grande alma de su autor, que hubiera podido ser eminente en el arte de la palabra, si no hubiese preferido el arte soberano de la vida y de la acción. Pudo por flaqueza humana cometer errores; pudo pecar de terco é inflexible; quizá en alguna ocasión solemne puso á pique de ruina en Colombia los mismos intereses que tan heroicamente defendía en el Ecuador; quizá no realizó en todo y por todo el ideal del gobernante cristiano, pero se aproximó á él más que otro ninguno de nuestros tiempos; y la grandeza de su administración, la entereza de su carácter y la gloria de su muerte, hacen de él uno de los más nobles tipos de dignidad humana que en el presente siglo pueden glorificar á nuestra raza. La república que produjo á tal hombre puede ser pobre, obscura y olvidada, pero con él tiene bastante para vivir honradamente en la historia (1).

(1) Nació García Moreno en Guayaquil el 25 de Diciembre de 1821, y murió asesinado en la plaza de Quito el 6 de Agosto de 1875. Para el cono-

X.

PERÚ.

Fué el Virreinato del Perú la más opulenta y culta de las colonias españolas de la América del Sur; la que alcanzó á ser visitada por más eminentes ingenios de la Península, y la que, por haber gozado del beneficio de la imprenta desde fines del siglo xvi, pudo salvar del olvido mayor número de muestras de su primitiva producción literaria. Pero, más desgraciada que Méjico, no ha logrado todavía un Icazbalceta que recoja cuidadosamente todas las reliquias del período colonial y levante con ellas imperecedero monumento. Faltos, pues, de un guía tan docto y autorizado, hemos tenido que recoger afanosamente las noticias literarias del Perú en fuentes muy varias y dispersas, y seguramente nuestro trabajo hubiera resultado incompletísimo, sobre todo para los primeros tiempos de la colonia, si generosamente no se hubiera brindado á enriquecerle con noticias peregrinas el que, sin agravio de nadie, podemos llamar nuestro primer americanista, D. Marcos Jiménez de la Espada.

De sus investigaciones resulta que la poesía castellana en el Perú es casi tan antigua como la conquista misma, se remonta al período de las guerras civiles. El más antiguo poema conocido, obra de autor anónimo, no está

cimiento de su vida y opiniones sirve todavía más que ninguna de sus biografías (incluso la muy vulgarizada del P. Berthe, *García Moreno vengueur et martyr du Droit Chrétien*), la colección de sus *Escritos y Discursos publicados por la Sociedad Católica de Quito y anotados por su presidente D. Manuel María Pólit* (Quito, 1887 y 1888, 2 vols.).

un fallo injusto y atropellado, si aquí pretendiésemos juzgarlas.

Séanos lícito, pues, cerrar esta sección con el nombre venerable del adalid y mártir de la causa católica en el Ecuador, el presidente D. Gabriel García Moreno, que si no cultivó la poesía como vocación predilecta, mostró en la *Epístola á Fabio* grandes dotes para la alta poesía satírica, y en otras composiciones suyas, desgraciadamente escasas, ya originales, ya traducciones de Salmos, tampoco encontró difícil ni rehacio el idioma de las Musas. Tienen estas piezas los descuidos inherentes á todo lo que se escribe para no ser impreso; pero en ellas, como en sus escritos en prosa, quedó un reflejo de la grande alma de su autor, que hubiera podido ser eminente en el arte de la palabra, si no hubiese preferido el arte soberano de la vida y de la acción. Pudo por flaqueza humana cometer errores; pudo pecar de terco é inflexible; quizá en alguna ocasión solemne puso á pique de ruina en Colombia los mismos intereses que tan heroicamente defendía en el Ecuador; quizá no realizó en todo y por todo el ideal del gobernante cristiano, pero se aproximó á él más que otro ninguno de nuestros tiempos; y la grandeza de su administración, la entereza de su carácter y la gloria de su muerte, hacen de él uno de los más nobles tipos de dignidad humana que en el presente siglo pueden glorificar á nuestra raza. La república que produjo á tal hombre puede ser pobre, obscura y olvidada, pero con él tiene bastante para vivir honradamente en la historia (1).

(1) Nació García Moreno en Guayaquil el 25 de Diciembre de 1821, y murió asesinado en la plaza de Quito el 6 de Agosto de 1875. Para el cono-

X.

PERÚ.

Fué el Virreinato del Perú la más opulenta y culta de las colonias españolas de la América del Sur; la que alcanzó á ser visitada por más eminentes ingenios de la Península, y la que, por haber gozado del beneficio de la imprenta desde fines del siglo xvi, pudo salvar del olvido mayor número de muestras de su primitiva producción literaria. Pero, más desgraciada que Méjico, no ha logrado todavía un Icazbalceta que recoja cuidadosamente todas las reliquias del período colonial y levante con ellas imperecedero monumento. Faltos, pues, de un guía tan docto y autorizado, hemos tenido que recoger afanosamente las noticias literarias del Perú en fuentes muy varias y dispersas, y seguramente nuestro trabajo hubiera resultado incompletísimo, sobre todo para los primeros tiempos de la colonia, si generosamente no se hubiera brindado á enriquecerle con noticias peregrinas el que, sin agravio de nadie, podemos llamar nuestro primer americanista, D. Marcos Jiménez de la Espada.

De sus investigaciones resulta que la poesía castellana en el Perú es casi tan antigua como la conquista misma, se remonta al período de las guerras civiles. El más antiguo poema conocido, obra de autor anónimo, no está

cimiento de su vida y opiniones sirve todavía más que ninguna de sus biografías (incluso la muy vulgarizada del P. Berthe, *García Moreno vengueur et martyr du Droit Chrétien*), la colección de sus *Escritos y Discursos publicados por la Sociedad Católica de Quito y anotados por su presidente D. Manuel María Pólit* (Quito, 1887 y 1888, 2 vols.).

aún en el metro italiano, sino en coplas de arte mayor, en el metro de Juan de Mena. Titúlase *Nueva obra y breve en prosa y en metro sobre la muerte del Ilustre Señor el Adelantado D. Diego de Almagro, Governador y Capitán General por su Cathólica y Real Magestad del Emperador y Rey Nuestro Señor en el nuevo Reyno de Toledo llamado Perú, Descubridor y Conquistador y sustentador desta rica provincia.*

La prosa se reduce á una corta introducción ó argumento sumario. El metro á treinta y nueve estrofas ó coplas de arte mayor; la primera dice:

Cathólica, Sacra, Real Magestad,
César augusto, muy alto Monarca,
Fuerte reparo de Roma y su barca
En todo lo humano de más potestad;
Rey que procura saber la verdad,
Crisol do se funde la reta justicia;
Pastor que no obstante cualquier amicia,
Conserva el ganado por una igualdad.

La última:

Debiendo Pizarro haber de cumplir
El pleito homenaje por él otorgado
Venir á esta corte y á vuestro mandado
Donde el juez le mandó remitir;
No solamente no quiso venir,
Mas quebrantarlo con otros tiranos,
Y la venganza tomó por sus manos:
Sólo por esto se debe punir.

La obra es, pues, de un ferviente partidario de Almagro y enemigo de los Pizarros, que en la introducción se declara testigo del suceso, y al propio tiempo confiesa su poca habilidad para versificar.....: «el marqués don Francisco Pizarro y sus hermanos, los cuales mataron

á D. Diego de Almagro de su honra, vida y hacienda, según el metro adelante veréis, porque pasó así verdaderamente, y antes fué más en efeto, por el defeto de no hallar consonantes por darlo más sabroso, aunque según fué cruel no dejará de amargaros de lo que aquí se cuenta, aunque mucho más lo sentiríades, si como lo leéis *lo hubieseis visto como el que lo escribe, que se halló en ello y lo vió.*»

Parece que este poema, á pesar del carácter arcaico del metro, no puede ser anterior á 1548, puesto que en la *Introducción* se lee: «*Y después el Rey ha mandado degollar á Gonzalo Pizarro.*» Pero tampoco es imposible que la introducción se escribiera mucho después del poema, y cuando el autor pensó en publicarle, según se infiere de la censura de Fr. Félix de León que acompaña á esta rarísima pieza en el manuscrito del Archivo de Indias, donde se conserva. Hay de ella copia incorrecta en la colección de manuscritos de D. Martín Fernández de Navarrete.

Don Alonso Enríquez, aquel estrafalario aventurero que se decía *el Caballero Desbaratado*, y cuyas divertidísimas Memorias, sólo comparables con las de otro fanfarrón de la misma laya, D. Diego Duque de Estrada (*el Desengañado de sí mismo*), frisan tantas veces con la novela de aventuras y con la picaresca, incluyó en el *Libro de su vida y costumbres* (1) la obra anterior, descartando la prosa y la censura, añadiendo una copla más, y encabezándolo todo de este modo: «*Obra en metro sobre la muerte que fué dada al ilustre D. Diego de*»

(1) *Colección de documentos inéditos para la Historia de España*, tom. LXXXV, páginas 369-379.

Almagro, la cual obra se dirige á S. M. con cierto romance lamentando la dicha muerte, y no la hizo el autor del libro, porque es parte, y no sabe trovar.»

El texto de D. Alonso Enriquez difiere bastante del manuscrito de Sevilla, ya por errores de copia, ya por cambios de palabras, de frases y aun de versos enteros, que pueden ser correcciones.

El romance prometido en el encabezamiento viene en seguida con este epígrafe: «Siguese el romance hecho por otro arte sobre el mismo caso, el cual se ha de cantar al tono de «El buen conde Fernán González.» Curiosa prueba de la costumbre que en el siglo XVI duraba, de aplicar á romances nuevos los tonos de los antiguos. Este romance, sumamente prosaico y desmayado, consta no menos que de 362 versos.

Quedan otros romances históricos del tiempo de las guerras civiles: dos versan sobre la rota del rebelde Francisco Hernández Girón en Pucará, y se encuentran al fin de la *Relación de lo acaecido en el Perú desde que Francisco Hernández Girón se alzó hasta el día que murió*, recientemente publicada (1); otro sobre las crueldades del tirano Lope de Aguirre (2).

(1) *Colección de libros españoles raros ó curiosos*, tom. XIII, páginas 225-233.

(2) *Breve romance de los hechos de Lope de Aguirre*. Hállase al fin de la segunda parte de la *Relación muy verdadera de todo lo sucedido en el río del Marañón en la provincia del Dorado, hecha por el gobernador Pedro de Orsúa.... Escrita por Gonzalo de Zúñiga, uno de los soldados de la expedición*. El título particular de esta segunda parte es de *Lo sucedido en la Margarita*.

Principia:

Riberas del Marañón,
Do gran mal se ha congelado,
Se levantó un vizcaíno,
Muy peor que andaluzado.

Acaba:

Á nadie da confesión,

Suelen consignarse en las crónicas y relaciones históricas de la conquista algunas coplillas populares y anónimas, muchas de ellas de carácter soldadesco, y todas de sabor arcaico. Es de las más curiosas la que cantaban los soldados del campo real en la campaña contra el rebelde Francisco Hernández Girón por los años de 1553-54, aludiendo al Dr. Fr. Hierónimo de Loaisa, arzobispo de Lima, y al Licdo. Hernando de Santillán, oidor de aquella Audiencia, y después presidente de la de Quito, y, por último, obispo de los Charcas:

El uno jugar, y el otro dormir,
¡Oh, qué gentil!
No comer y aperebir,
¡Oh, qué gentil!
El uno duerme y el otro juega:
Así va la guerra.

El dormilón era Santillán, el jugador (de ajedrez) el Arzobispo (1).

Tampoco es para olvidada la de *los mis cabellicos, madre*, que cantaba el diabólico Carvajal el día de

Porque no lo ha acostumbrado,
Y así se tiene por cierto
Ser el tal endemoniado.

Por estos últimos cuatro versos se prueba que aún vivía Aguirre cuando se compuso el romance, y antes que Zúñiga redactase la parte tercera que trata de la entrada del sanguinario vizcaíno en Tierra Firme, por Agosto de 1561.

(*Colección de documentos inéditos del Archivo de Indias*, tom. IV, páginas 225 y 282. El Romance, 267-269).

No fué el Perú teatro de las atrocidades de Lope de Aguirre (cantadas también por Juan de Castellanos), pero del Perú salió la expedición de Pedro de Orsúa, y por consiguiente no huelga aquí esta noticia.

(1) Publicó esta coplilla por primera vez el Sr. Espada, en la carta dedicatoria de su libro *Tres relaciones de antigüedades peruanas*.

Xaquiguana. Otra copla sonaba en el campo de los almagristas por el año de 1537:

Almagro pide la paz,
Los Pizarros ¡guerra, guerra!
Ellos todos morirán
Y otro mandará la tierra. ... (1)

Si la conquista del Perú no tuvo la suerte de encontrar un Ercilla, no por eso faltó quien en pésimos metros se arrojará á cantarla dentro del mismo siglo XVI. Existe en la Biblioteca Imperial de Viena un poema anónimo, *Conquista de la Nueva Castilla*, obra al parecer desconocida hasta que en 1848 un librero de Lyon la sacó á luz en forma por demás incorrecta y desaliñada, y sin dar bastantes señas del manuscrito que le sirvió de original. Tiene por verdadero título: *Relación de la conquista y del descubrimiento que hizo el Gobernador don Francisco Pizarro en demanda de las provincias y reinos que ahora llamamos Nueva Castilla. Hace principio desde la primera vez que partió de Panamá hasta todo lo que en la prisión de Atabalipa sucedió, la cual está partida en dos partes: la primera comienza describiendo el tiempo en que se hizo á la vela en Panamá.*

La segunda parte tiene este encabezamiento: «Aquí hace principio la segunda parte, que habla en la segunda vez que el magnífico señor gobernador don Francisco Pizarro partió de Panamá en demanda de la provincia de Tumbez, hasta la prisión de Atabalipa y conquista de la gran ciudad del Cuzco, la cual comienza así, hablando el Gobernador.»

(1) Cieza de León, *La guerra de las Salinas*. En el tomo LXVIII de la Colección de documentos inéditos para la Historia de España, pág. 266.

La primera parte tiene cinco cantos, la segunda tres: todo el poema consta de doscientas ochenta y tres octavas, pero construidas, no al modo ordinario, sino rizando entre sí los versos primero, cuarto, quinto y octavo, el segundo con el tercero y el sexto con el séptimo. Se ve que el autor quiso hacerlos endecasílabos, pero hay muchos de doce y diez sílabas, ó por impericia suya, ó por descuido del copista, ó por ignorancia del editor francés. De todo esto resulta un conjunto bárbaro y despacible, y no sin razón ha podido escribir Ticknor que no hubiera hecho peor poema el más rudo de los soldados de Pizarro. Tiene, no obstante, la curiosidad de ser anterior á la *Araucana*, y, por consiguiente, el primogénito, aunque enteco y raquítico, de la interminable familia de poemas históricos de asunto americano, cuya elaboración todavía no ha cesado. De la dedicatoria «Al muy magnífico señor Juan Vázquez de Molina, secretario de la Emperatriz é Reina, nuestra señora, y de su Consejo», se infiere que el anónimo poeta escribía á mediados del siglo XVI (1).

Otros dos poemas se compusieron en el Perú durante el siglo XVI, aunque ninguno de ellos llegó á ver la luz pública, y parecen haber sido ignorados por todos nuestros bibliófilos. Titúlase el primero *Los actos y hazañas valerosas del capitán Diego Hernández de Serpa, dirigidos al Ilustrísimo señor don Diego de Zúñiga y de Avellaneda, Conde de Miranda, enviados de las Indias por Pedro de la Cadena, perpetuo servidor de su Señoría*.

(1) *Conquista de la Nueva Castilla, poema heroico publicado por la primera vez por D. J. A. Sprecher de Bernegg. Paris y León, Saint-Hilaire, Blanc y Compañía, editores, 1848, 8.º*

ría Ilustrísima. Consta la obra de un *Introyto* y diez y siete cantos que el autor llama *actos*, todos en versos sueltos, ó más bien en prosa vil, como puede juzgarse por este principio del *acto* primero:

En la felice y fuerte y noble España
Nació este gran varón tan venturado,
En la fresca ribera del Océano,
En la villa de Palos estimada.....

(Sobre mil y quinientos veinte y cuatro
Llegó á la rica isla de Cubagua (1).

El capitán Serpa, héroe de este infeliz poema, había acompañado á Ordax en la desastrosa jornada del Orinoco (1532): en 3 de Agosto de 1549 concertó con la Audiencia de Santo Domingo la conquista y población del territorio comprendido entre el Marañón y el Orinoco, ó sea la actual Guayana, y aunque por entonces tuvo que suspender la empresa de orden superior, no desistió de su pensamiento, y en 15 de Mayo de 1568 volvió á capitular con el Rey la misma conquista (más un trozo de la costa de Cumaná) con el nombre de *Nueva Andalucía*. En aquella costa fundó las ciudades de Nueva Córdoba y Santiago, y queriendo internarse á buscar las orillas del Orinoco, murió en un reencuentro con cierta nación de indios Cumanagotos.

Como se ve, las hazañas de Diego Hernández de Serpa acaecieron muy lejos del Perú, y dentro de la gobernación de Venezuela. Pero no sucede lo mismo

(1) Biblioteca de El Escorial, D-ij-25, folio 221. Cuaderno en 4.º escrito en papel que forma parte de un tomo de *Varios*. Noticia que me ha comunicado el Sr. Espada, junto con las biográficas relativas al autor y al protagonista.

con su biógrafo y cantor Pedro de la Cadena, que era vecino de Zamora de los Alcáides en la provincia de Quito. Además de su poema, escribió y presentó al Consejo de Indias un libro en prosa sobre el gobierno de las Indias, sobre el cual informó el secretario de dicho Consejo Licdo. Benito López de Gamboa, en 16 de Marzo de 1676, diciendo que aunque escrito con método, tenía poca sustancia, pero que atendida la buena intención del autor, convenía gratificarle y juntar su libro con otro que ya estaba en el Consejo y era de más provecho, obra del Licdo. Juan de Matienzo, oidor de los Charcas, y tenerlos ambos en secreto por ser cosa de gobierno, consultándolos cuando conviniera.

Otro poeta, llamado D. Diego de Aguilar y Córdoba, florecía en Huanuco á fines del siglo xvi. En 25 de Febrero de 1596 firmaba allí la dedicatoria de su poema *El Marañón*, terminado en 1578 y revisado después por diferentes testigos del suceso que en él se narra, que no es otro que el desgraciado viaje de Pedro de Ursúa. Los preliminares de la obra nos dan razón de otros verificadores, que son, sin duda, de los más antiguos de la colonia: Carlos de Maluenda, poeta polígloto, que por raro caso escribe un soneto *en francés* y otro en italiano: el general Alonso Picado, probablemente de la familia de este apellido, naturalizada en Arequipa: Miguel Cabello de Balboa, eclesiástico muy erudito y práctico y entendido en viajes y exploraciones de los Andes, autor de la *Miscelánea Austral*, que es una especie de compilación histórica dividida en tres partes, de las cuales la última (que anda traducida al francés por Ternaux-Compans) contiene interesantes noticias relativas á la historia antigua de Quito y conquista del

Perú: Gonzalo Fernández de Sotomayor, D. Sancho Marañón, D. Pedro Paniagua de Loaisa, hijo, según parece, de otro del mismo nombre, extremeño, que sirvió á Gasca en negocios muy arduos, así de guerra como de diplomacia, en tiempo de la rebelión de Gonzalo Pizarro, y murió en 1554 en la batalla de Pucará: D. Diego Vaca de la Vega, gobernador de Mainas, fundador de la ciudad de San Francisco de Borja del Marañón; y, finalmente, *un religioso amigo del autor*. De estos sonetos me ha comunicado el Sr. Espada los siguientes, que son muy aceptables, sobre todo el de Cabello Balboa:

DE MIGUEL CABELLO BALBOA.

La casta abeja en la florida vega
 Con susurro suave y bullicioso
 Para su laberinto artificioso
 De varias flores el manjar congrega.
 No menos á la adelfa el gusto allega
 Que al romero y al cárdamo oloroso,
 Porque todo lo vuelve provechoso
 Después que á su sutil boca se apegá.
 Igual te juzgo, cordobés ilustre,
 Después que renació de tu memoria
 El Marañón, de sangre y muerte lleno;
 Que de su obscuridad sacaste lustre,
 Y de su vituperio tanta gloria,
 Que en bálsamo conviertes su veneno.

DE D. PEDRO PANIAGUA DE LOAISA.

Celebre el mundo, oh Marañón famoso,
 Tus claras ondas y tesoro ardiente,
 Obscureciendo la caudal corriente
 Del sacro Nilo y Ganges caudaloso.
 Pues el supremo vuelo victorioso
 Desta águila sin par, divinamente

Sube al cielo tu nombre y clara fuente
 Do eternamente has de quedar glorioso.
 Mas tú entre las doradas aguas canta
 Con dulce son el suyo celebrando
 Deste tu insigne historiador tan grave;
 Que á tal grandeza otra grandeza tanta
 Sólo basta á dar gloria, eternizando
 Lo que en ser de mortal hombre no cabe.

DE D. DIEGO VACA DE LA VEGA.

Si el lauro se le debe justamente
 Al que pretende con insigne historia
 Hacer firme y eterna la memoria
 De algún valor heroico ó eminente;
 Si con divino ingenio y llama ardiente
 Librándole del tiempo le da gloria,
 Haciendo de finita y transitoria
 Que sea infinita y dure eternamente;
 Á vos se os deben tres (sin otros ciento),
 Uno por este libro tan famoso,
 El otro porque á vuestra patria ha dado
 Inmortal nombre vuestro fundamento,
 Otro á vuestro discurso milagroso
 Á quien el mundo está tan obligado (1),

Aunque del siglo xvi no tenemos ninguna justa ó certamen poético del Perú, ni relación de fiesta en que se intercalen versos, desde muy temprano vemos asociada la poesía á los grandes regocijos públicos. Así nos refiere el palentino Diego Fernández en su *Historia del Perú* (parte 1.^a, lib. 2.^o, cap. LXLIII), que cuando entró el presidente Gasca en la ciudad de los Reyes (Lima) el 27 de Septiembre de 1546, y fué recibido con

(1) El ms. de *El Marañón* (8 hojas de preliminares y 317 de texto, dividido en tres libros y dedicado á D. Andrés Fernández de Córdoba, del Consejo Real), existe en Asturias en la librería que fué del Sr. Soto Posadas, y fué examinado en 1875 por el Sr. Jiménez de la Espada.

grandes festejos, «salieron con una hermosa danza tantos danzantes como pueblos principales había en el Perú, y cada uno dijo una copla en nombre de su pueblo, representando lo que en demostración de su fidelidad había hecho». Y el historiador inserta las coplas, que por malas se omiten aquí.

Desde mediados del siglo XVI tenía Lima universidad: desde fines del mismo siglo, imprenta. Fué aquélla la muy célebre de San Marcos, émula de la de Méjico y la más concurrida, próspera y opulenta de la América del Sur, fundada por Real cédula del emperador Carlos V y su madre D.^a Juana, dada en Valladolid á 21 de Septiembre de 1555, y confirmada por Bula pontificia de San Pio V en 25 de Julio de 1571. Sus cátedras eran de Jurisprudencia, Teología, Medicina y Filosofía, y conservó su crédito y su antigua organización hasta después de la guerra de la independencia americana. En el Cuzco se fundó en 1598 otra universidad de menos nombre, que logró algún desarrollo en el siglo XVII, al cual pertenecen muchas fundaciones de enseñanza como los Seminarios de Arequipa, Trujillo y la pequeña Universidad de Huamanga, además de los numerosos colegios de humanidades que los jesuitas fueron estableciendo en todos los puntos principales del Virreinato, llegando á doce sus casas en tiempo de la expulsión.

La imprenta fué más tardía que la universidad: apareció cuarenta años después que en Méjico. Fué Antonio Ricardo el primero impresor en los reynos del Perú, como él se titula en sus libros. El más antiguo en que se encuentra estampado su nombre es la *Doctrina Christiana y catecismo para instrucción de los Indios y de las demás personas que han de ser enseñadas en nues-*

tra sancta Fe. Con un confesionario y otras cosas necesarias para los que doctrinan..... Compuesto por auctoridad del Concilio Provincial que se celebró en la Ciudad de los Reyes el año de 1583. Y por la misma traducido en las dos lenguas generales de este Reyno, Quichua y Aymara. Año de 1584. Sólo de diez obras salidas de aquella imprenta en el siglo XVI dan razón hasta ahora los más diligentes bibliógrafos, y sólo una de amena literatura hay entre ellas: el *Arauco Domado*, del chileno Pedro de Oña. Las restantes son confesionarios y catecismos, un arte y vocabulario de la lengua quichua, constituciones y ordenanzas, un libro de reducciones de plata y oro, y algún papel en derecho (1).

No puede decirse, sin embargo, que, aun siendo escaso, sea nulo el caudal literario del Perú en el primer siglo de la colonia. Es verdad que no produjo ningún poeta, pero sí un prosista de primer orden, nacido en el Cuzco en 1540, y no criollo, sino mestizo, hijo de un conquistador montañés y de una india principal, descendiente de Huayna Capac. El primer libro de autor peruano que salió de las prensas de Europa fué, seguramente, la *traducción del Indio de los tres diálogos de amor de León Hebreo, hecha de italiano en español por Garcilasso Inga de la Vega, natural de la gran Ciudad del Cuzco, cabeza de los Reynos y provincias del Perú*, trabajada en Córdoba é impresa en Madrid, en 1590.

(1) *Harrise. Introducción de la Imprenta en América, con una bibliografía de las obras impresas en aquel hemisferio desde 1540 á 1600, por el autor de la «Bibliotheca Americana Vetustissima»* (traducido y adicionado por M. Zarco del Valle). Madrid, Rivadeneyra, 1872.

—Medina (J. T.). *La Imprenta en Lima. Epítome (1584-1810)*. Santiago de Chile, impreso en casa del autor, 1890.

Aunque el inca Garcilasso, como él gustaba de llamarse, se preciase por aquel entonces más de *arcabuces y de criar y hazer caballos que de escribir libros*, es grande ya en la versión de aquel libro filosófico que él devolvió á España, primera patria de su autor, la belleza y gallardía de la prosa, que tanto contrasta con el desaliño del texto italiano, traducción poco esmerada del castellano ó del hebreo.

Pero la celebridad de Garcilasso, como uno de los más amenos y floridos narradores que en nuestra lengua pueden encontrarse, se funda en sus obras historiales, que mejor calificadas estarían de novelas históricas ó historias anoveladas, «*La Florida del Inca ó Historia del Adelantado Hernando de Soto*»; los «*Comentarios Reales que tratan del origen de los Incas, reyes que fueron del Perú; de su idolatría, leyes y gobierno en paz y en guerra; de sus vidas y conquistas, y de todo lo que fué aquel imperio, y su República, antes que los españoles pasaran á él*»; la «*Historia General del Perú, que trata el descubrimiento de él, y cómo lo ganaron los españoles; las guerras civiles que hubo entre Pizarros y Almagros sobre la partija de la tierra; castigo y levantamiento de los tyranos y otros sucessos particulares*».

La autoridad histórica del inca Garcilasso anda ahora por los suelos, y casi ningún escritor serio se atreve á hacer caudal de ella. Aun en las cosas de la conquista y de las guerras civiles, es cronista poco abonado, porque escribió, no á raíz de los sucesos, sino entrado ya el siglo xvii, y dejándose guiar de vagos recuerdos, de relaciones interesadas, de anécdotas soldadescas y de un desenfrenado amor á todo lo extraordinario y maravilloso. Pero donde suelta las riendas á su exuberante

fantasía es en los *Comentarios Reales*, libro el más genuinamente americano que en tiempo alguno se ha escrito, y quizá el único en que verdaderamente ha quedado un reflejo del alma de las razas vencidas. Prescott ha dicho con razón que los escritos de Garcilasso son una emanación del espíritu indio «*an emanation from the indian mind*». Pero esto ha de entenderse con su cuenta y razón, ó más bien ha de completarse, advirtiendo que aunque la sangre de su madre, que era prima de Atahualpa (si hemos de creerle), hirviese tan alborotadamente en sus venas, él, al fin, no era indio de raza pura, y era, además, neófito cristiano y hombre de cultura clásica, por lo cual las tradiciones indígenas y los cuentos de su madre tenían que experimentar una rara transformación al pasar por su mente semibárbara, semi-educada. Así se formó en el espíritu de Garcilasso lo que pudiéramos llamar la novela peruana ó la leyenda incásica, que ciertamente otros habían comenzado á inventar, pero que sólo de sus manos recibió forma definitiva, logrando engañar á la posteridad, porque había empezado por engañarse á sí mismo, poniendo en el libro toda su alma crédula y supersticiosa. Los *Comentarios Reales* no son texto histórico; son una novela utópica como la de Tomás Moro, como la *Ciudad del Sol* de Campanella, como la *Océana* de Harrington; el sueño de un imperio patriarcal y regido con riendas de seda, de un siglo de oro gobernado por una especie de teocracia filosófica. Garcilasso hizo aceptar estos sueños por el mismo tono de candor que los narraba y la sinceridad con que acaso los creía, y á él somos deudores de aquella ilusión filantrópica que en el siglo xviii dictaba á Voltaire la *Alzira* y á Marmontel

su fastidiosísima novela de *Los Incas*, y que en el canto de Olmedo evocaba tan inoportunamente, en medio del campo de Junín, la sombra de Huayna Capac, para felicitar á los descendientes de los que ahorcaron á Atahualpa. Para lograr tan persistente efecto se necesita una fuerza de imaginación muy superior á la vulgar, y es cierto que el inca Garcilasso la tenía tan poderosa cuanto deficiente era su discernimiento crítico. Como prosista es el mayor nombre de la literatura americana colonial: él y Alarcón los dos verdaderos clásicos nuestros nacidos en América.

Y con esto ya es hora de volver los ojos á la numerosa falange de poetas que en los últimos años del siglo xvi y en los primeros del xvii, es decir, en la época más venturosa para las letras españolas, alegraban y ennoblecían con su canto las márgenes del Rimac. Si de sus obras resta muy poco, queda á lo menos honorífica mención de muchos de ellos en las páginas inmortales de Lope de Vega y de Cervantes, que citan poetas peruanos en mayor número que poetas de Méjico. Consultemos, primeramente, el *Canto de Caliope*, impreso en 1584 con la *Galatea*. Llega Cervantes á hablar de los *ingenios soberanos* de la región antártica, y nos presenta ante todo al mejicano Terrazas, y á un poeta arequipeño, Diego Martínez de Rivera:

Uno de Nueva España y nuevo Apolo;
Del Perú el otro, un sol único y solo,
.....
Pues su divino ingenio ha producido
En Arequipa eterna primavera:
Este es *Diego Martínez de Rivera*.

De Arequipa era también el general Alonso Picado,

de quien conocemos un soneto en loor del poema *El Marañón*. Cervantes le elogia en estos términos:

Aquí, debajo de felice estrella,
Un resplandor salió tan señalado,
Que de su lumbre la menor centella
Nombre de Oriente al Occidente ha dado:
Cuando esta luz nació, nació con ella
Todo el valor: nació *Alonso Picado*;
Nació mi hermano (1) y el de Palas junto,
Que ambos vimos en él vivo trasunto.

De otros ocho poetas, al parecer residentes todos en el Perú, hace mención Cervantes, aun sin incluir á Enrique Garcés, de quien haremos mérito tratando de Bolivia. Uno de estos poetas es D. Diego de Aguilar, el autor de *El Marañón*:

En todo cuanto pedirá el deseo,
Un *Diego* ilustre de *Aguilar* admira,
Un águila real que en vuelo veo
Alzarse á do llegar ninguno aspira;
Su pluma entre cien mil gana trofeo;
Que ante ella la más alta se retira:
Su estilo y su valor tan celebrado
Guanuco lo dirá, pues lo ha gozado.

De los citados en las siguientes octavas no tenemos noticia alguna:

Pues si he de dar la gloria á ti debida,
Gran *Alonso de Estrada*, hoy eres dino
Que no se cante así tan de corrida
Tu ser y entendimiento peregrino;
Contigo está la tierra enriquecida,
Que al Betis mil tesoros da contino,

(1) De la Musa Caliope que habla en este canto.

Y aun no da el cambio igual; que no hay tal paga
Que á tan dichosa deuda satisfaga.

Por prenda rara desta tierra ilustre,
Claro *don Juan*, te nos ha dado el cielo,
De *Avalos* gloria y de *Ribera* lustre,
Honra del propio y del ajeno suelo.....

El que en la dulce patria está contento,
Las puras aguas de Limar gozando,
La famosa ribera, el fresco viento
Con sus divinos versos alegrando,
Venga, y veréis por suma deste cuento,
Su heroico brio y discreción mirando,
Que es *Sancho de Ribera*, en toda parte
Febo primero y sin segundo Marte.

Un *Gonzalo Fernández* se me ofrece,
Gran capitán del escuadrón de Apolo,
Que hoy de *Salomayor* ensoberbece
El nombre con su nombre heroico y solo;
En verso admira y en saber florece
En cuanto mira el uno y otro polo,
Y si en la pluma en tanto grado agrada,
No menos es famoso por la espada.

Un *Rodrigo Fernández de Pineda*,
Cuya vena inmortal, cuya excelente
Y rara habilidad, gran parte hereda
Del licor sacro de la equina fuente;
Pues cuanto quiere dél no se le veda,
Pues de tal gloria goza en Occidente,
Tenga también aquí tan larga parte
Cual la merecen hoy su ingenio y arte.

Pues de una fértil y preciosa planta
De allá traspuesta en el mayor collado
Que en toda la Tesalia se levanta,
Planta que ya dichoso fruto ha dado,
¿Callaré yo lo que la fama canta
Del ilustre *don Pedro de Alvarado*,
Ilustre, pero ya no menos claro
Por su divino ingenio al mundo raro?

De Pedro de Montesdoca, llamado por antonomasia
el Indiano, tenemos algún dato más. Era sevillano, y al

parecer, muy amigo de Cervantes, que volvió á acor-
darse de él en el *Viaje del Parnaso*. Primero había
dicho :

Este mesmo famoso insigne valle (1)
Un tiempo al Betis usurpar solia
Un nuevo Homero, á quien podemos dalle
La corona de ingenio y gallardía;
Las Gracias le cortaron á su talle,
Y el cielo en todas lo mejor le envía:
Éste, ya en vuestro Tajo conocido,
Pedro de Montesdoca es su apellido.

Y treinta años después le recordaba de esta cariñosa ma-
nera en el cap. iv del *Viaje del Parnaso* :

Desde el indio apartado, del remoto
Mundo llegó mi amigo Montesdoca,
Y el que anudó de Arauco el hilo roto (1).

Pero todavía es más expresivo el elogio que Vicente
Espinel, no tan pródigo de ellos, le tributa en el canto 2.º
de su poema alegórico *La Casa de la Memoria*, impreso
con sus *Rimas* en 1591 :

Tú, que las ondas y el caudal corriente
Del patrio Betis sin razón negaste,
Y en alto estilo de un ingenio ardiente
Á Lima en Occidente celebraste,
Vuelve el tributo á quien tan justamente
Debes el claro nombre que ganaste,
Pedro de Montes de Oca, que no es Lima
Dino de tan aguda y pura lima.
Nunca ha podido la interior carcoma
Del ignorante vulgo derribarte;
Que la razón al fin lo vence y doma,

(1) El de Lima.
(2) Pedro de Oña.

Y vive la verdad en toda parte :
 Las armas en defensa tuya toma
 El propio Apolo para eternizarte;
 Viva *Clarinda* y viva tu memoria,
 Que es tu nombre y será dina de gloria.

Esta *Clarinda*, que era sin duda una muy principal dama limeña, no fué sólo señora de los pensamientos del indiano Montedoca, sino de otro poeta de los elogiados en el canto de Caliope, el capitán Juan de Salcedo Villandrando, de quien dijo Cervantes :

Del capitán *Salcedo* está bien claro
 Que llega su divino entendimiento
 Al punto más subido, agudo y raro
 Que puede imaginar el pensamiento....

De este Salcedo, pues, dijo la anónima poetisa peruana, autora del *Discurso en loor de la Poesía* :

Á ti, Juan de Salcedo Villandrando,
 El mismo Apolo Delfico se rinda,
 Á tu nombre su lira dedicando,
 Pues nunca sale por la cumbre Pinda
 Con tanto resplandor, cuanto demuestras
 Cantando en alabanza de *Clarinda*.

Del capitán Salcedo hay versos laudatorios al frente de la *Miscelánea Austral* de D. Diego de Ávalos y Figueroa (1602), y los hay también de un D. Diego de Carvajal, que puede ser muy bien el D. Diego de Sarmiento y Carvajal elogiado por Cervantes :

Feliz don Diego de Sarmiento ilustre
 Y Carvajal famoso, producido
 De nuestro coro, y de Hipocrene lustre,
 Mozo en la edad, anciano en el sentido.
 De siglo en siglo irá, de lustre en lustre
 (Á pesar de las aguas del olvido)
 Tu nombre, con tus obras excelentes,
 De lengua en lenguas y de gente en gentes.

De los ingenios americanos para quienes hay palmas en la silva 2.^a del *Laurel de Apolo*, dos por lo menos pertenecen á Lima: *Cristóbal de la O*, sobre cuyo nombre hace Lope de Vega un insulso juego de palabras, y un hermano de León Pinelo, Juan Rodríguez de León, presbítero, de quien Nicolás Antonio cita varias obras en prosa y verso: *La Perla, vida de Santa Margarita, virgen y martir* (Madrid, 1629); *El Predicador de las gentes San Pablo, ciencia, preceptos, avisos y obligaciones de los predicadores evangélicos, con doctrina del Apóstol* (1638); *Panegirico castellano-latino al rey don Felipe IV* (México, 1639); *Parecer sobre la ingenuidad del arte de la pintura* (impreso con los diálogos de Vicente Carducho, 1633); *Cuaresma meditada*, en epigramas; *El Martyrologio de los que han padecido en las Indias por la Fe*; *Relación del viaje de los galeones de la Real Armada de las Indias el año de 1607, con descripción de los puntos en que entraron*.

Peruana era también la desconocida poetisa *Amarilis*, que antes de 1621 escribió á Lope de Vega, de quien era ferviente admiradora, una elegante epístola en silva, que con la respuesta de Lope de Vega en tercetos (*Belardo á Amarilis*), fué inserta á continuación de su *Filomena*. Persona muy docta y muy enterada de las cosas de Lope de Vega ha insinuado alguna duda sobre la existencia de tal poetisa indiana, juzgando mera ficción poética su carta, y equivalente el nombre de *Amarilis* al de D.^a Marta de Nevares Santoyo, postrera amiga de Lope. Pero aun prescindiendo de que el Fénix de los Ingenios aplicó el nombre poético de *Amarilis* á diversas personas, como por sus cartas y versos parece, hay tal tono de verdad en la epístola, y son tales las señas

que la encubierta poetisa da de su patria, y aun de su familia, que no sólo no puedo dudar de que tal carta fué dirigida real y efectivamente desde América á Lope, sino que me atrevó á señalar, de acuerdo con La Barrera, el nombre probable de la encubierta Musa (1) que hace de este modo su autobiografía:

Quiero, pues, comenzar á darte cuenta
De mis padres y patria y de mi estado,
Porque sepas quien te ama y quien te escribe:
Bien que ya la memoria me atormenta,
Renovando el dolor, que aunque llorado,
Está presente y en el alma vive....

En este imperio oculto que el sol baña,
Más de Baco piadoso que de Alcides,
Entre un trópico frío y otro ardiente,
Á donde fuerzas inclitas de España,
Con varios casos y continuas lides
Fama inmortal ganaron á su gente:
Donde Neptuno engasta su tridente
En nácar y oro fino:
Cuando Pizarro con su flota vino,
Fundó ciudades y dejó memorias,
Que eternas quedarán en las historias:
Á quien un valle ameno,
De tantos bienes y delicias lleno,
Que siempre es primavera,
Merced del sueño de la cuarta esfera,
La ciudad de León fué edificada,
Y con hado dichoso

Quedó de héroes fortísimos poblada.
Es frontera de bárbaros, y ha sido
Terror de los tiranos, que intentaron
Contra su rey enarbolar bandera:
Al que en Jauja por ellos fué rendido
Su atrevido estandarte le arrastraron,
Y volvieron el reino á cuyo era.
Bien pudiera, Belardo, si quisiera,
En gracia de los cielos,

(1) *Nueva biografía*, pág. 19.

Decir hazañas de *mis dos abuelos*,
Que aqueste nuevo mundo conquistaron
Y esta ciudad también edificaron,
Do vasallos tuvieron

Y por su rey su vida y sangre dieron:
Mas es discurso largo,
Que la fama ha tomado ya á su cargo,
Si acaso la desgracia desta tierra,
Que corre en este tiempo,
Tantos ilustres méritos no entierra.

De padres nobles dos hermanas fuimos,
Que nos dejaron con temprana muerte,
Aun no desnudas de pueriles paños.
El cielo y una tía que tuvimos
Suplió la soledad de nuestra suerte:

.....
De la beldad que el cielo acá reparte
Nos cupo, según dicen, mucha parte,
Con otras muchas prendas:
No son poco bastantes las haciendas
Al continuo sustento;
Y estamos juntas, con tan gran contento,
Que una alma á entrambas rige y nos gobierna,
Sin que haya tuyo y mío,
Sino paz amorosa, dulce y tierna.

Ha sido mi *Belisa* celebrada,
Que éste es su nombre, y *Amarilis* mío,
Entrambas de afición favorecidas:
Yo he sido á dulces musas inclinada;
Mi hermana, aunque menor, tiene más brío,
Y partes, por quien es, muy conocidas:

Al fin todas han sido merecidas
Con alegre himeneo
De un joven venturoso, que en trofeo
Á su fortuna y vencedora palma,
Alegre la rindió prendas del alma.
Yo siguiendo otro trato,
Contenta vivo en limpio celibato,
Con virginal estado,
Á Dios con gran afecto consagrado,
Y espero en su bondad y su grandeza
Me tendrá de su mano
Guardando imaculada mi pureza.

Las señas no pueden ser más explícitas. Si la incógnita dama había nacido en la ciudad de León de Huanuco (situada en el actual departamento de Junín, á cuarenta y tantas leguas al Norte de Lima) y descendía de los conquistadores de aquella tierra y fundadores de aquella ciudad, su apellido debía de ser el muy ilustre de Alvarado, puesto que el fundador de la ciudad de León de Huanuco, llamada también León de los Caballeros, fué el capitán Gómez de Alvarado, hermano del Adelantado D. Pedro, de inmortal memoria en los fastos de América. Y aunque es cierto que la primitiva fundación de Alvarado en 1539 quedó luego casi desierta, hasta que la reedificó Pedro Barroso y acabó de asentarla Pedro de Puellas, los términos en que la poetisa se explica cuadran más bien al fundador primero y á su hermano, de quienes podía decirse con más razón que de Barroso,

Que aqueste nuevo mundo conquistaron.

Y si atendemos á que el nombre poético de *Amarilis* es, por lo común, rebozo del de *María*, tendremos completos el nombre y apellido de la discreta doncella de Huanuco: D.^a María de Alvarado.

No se tenga por inútil esta disquisición, porque quien tales versos hacía en América á principios del siglo xvii, y no en ninguno de los grandes emporios de cultura, como Méjico ó Lima, sino en uno de los más apartados rincones de los Andes, ofrecería un curioso fenómeno de historia literaria, aunque no tuviésemos en consideración su sexo. Apenas hay en su Epístola el menor vestigio de mal gusto ni de amaneramiento; todo es natural, llano y decoroso, con cierta sencilla gravedad y no afectado señorío. La poetisa hace su corte literaria á Lope

de Vega, pero con tanta discreción, con tan insinuante y cortés gentileza, con tacto tan femenino y delicado, que el gran poeta debió de quedar lisonjeado con la alabanza y no ofendido con las nubes del inoportuno incienso. Viene á declararse platónicamente enamorada de él, amor inofensivo á tan larga distancia, pero único que ella estima digno de su noble naturaleza:

El sustentarse amor sin esperanza,
Es fineza tan rara, que quisiera
Saber si en algún pecho se ha hallado;
.....
Mas nunca tuve por dichoso estado
Amar bienes posibles,
Sino aquellos que son más imposibles.
Á éstos ha de aspirar mi alma osada,
Pues para más alteza fué criada
Que la que el mundo enseña;
Y así quiero hacer una reseña
De amor dificultoso,
Que sin pensar desvela mi reposo,
Amando á quien no veo, y me lastima:
¡Ved qué extraños contrarios,
Venidos de otro mundo y de otro clima!
Al fin en éste donde el Sur me esconde
Oí, Belardo, tus conceptos bellos,
Tu dulzura y estilo milagroso,

.....
Y admirando tu ingenio portentoso,
No pude reportarme
De descubrirme á ti, y á mi dañarme.
.....
Oí tu voz, Belardo; mas ¿qué digo?
No, Belardo, milagro han de llamarte:
Este es tu nombre, el cielo te le ha dado;
Y Amor, que nunca tuvo paz conmigo,
Te me representó parte por parte,
En ti más que en sus fuerzas confiado.
Mostróse en esta empresa más osado,
Por ser el artificio
Peregrino en la traza y el oficio,

Otras puertas del alma quebrantando,
 No por los ojos míos, que velando
 Están con gran pureza;
 Mas por oídos, cuya fortaleza
 Ha sido y es tan fuerte,
 Que por ellos no entró sombra de muerte,
 Que tales son palabras desmandadas,
 Si vírgenes las oyen,
 Que á Dios han sido y son sacrificadas.
 Con gran razón á tu valor inmenso
 Consagran mil deidades sus labores,
 Cuando *manijan* perlas en sus faldas:
 Todo ese mundo allí te paga censo,
 Y éste de acá, mediante tus favores,
 Crece en riqueza de oro y esmeraldas:
 Potosí, que sustenta en sus espaldas
 Entre el invierno crudo
 Aquel peso, que Atlante ya no pudo
 Confiesa que su fama te la debe;
 Y quien del claro Lima el agua bebe,
 Sus primicias te ofrece,
 Después que con sus dones se engrandece,
 Acrecentando ofrendas
 Á tus excelsas y admirables prendas:
 Yo que aquestas grandezas voy mirando,
 Entretenida en ellas,
 Las voy en mis entrañas celebrando.

¡Qué galano y qué exquisito elogio! Entre los innumerables panegiristas españoles, latinos é italianos de Lope, cuyos versos llenan volúmenes enteros, nadie, ni el mismo Fulvio Testi, en la hermosa elegía que compuso á su muerte, alcanzó á este grado de admiración profunda y concentrada. Pero aun es más hermoso lo que sigue: Lope había escrito *El Peregrino en su patria*, y la docta poetisa le exhorta á buscar su verdadera patria en el cielo, donde ella espera unirse á él en amor santo é imperecedero:

En tu patria, Belardo, mas no es tuya,

No sientas mucho verte peregrino.....

 Que otro origen tuviste más divino
 Y otra gloria mayor, si la buscares.
 ¡Oh, cuánto acertarás, si imaginares
 Que es patria tuya el cielo,
 Y que eres peregrino acá en el suelo!

 Pues, peregrino mío,
 Vuelve á tu natural: póngante brio,
 No las murallas, que elevó tu canto
 En Tébas engañosas,
 Mas las eternas, que te importan tanto.
 Allá deseo en santo amor gozarte,
 Pues acá es imposible poder verte,
 Y temo tus peligros y mis faltas:
 Tabla tiene el naufragio, y escaparte
 Puedes en ella de la eterna muerte,
 Si del bien frágil al divino saltas;
 Las singulares gracias con que esmaltas
 Tus soberanas obras,
 Con que fama inmortal continuo cobras,
 Empléalas de hoy más en versos lindos,
 En soberanos y divinos Pindos:
 Tus divinos concetos
 Allí serán más dulces y perfetos;
 Que el mundo á quien le sigue,
 En vez de premio al bienhechor persigue,
 Y contra la virtud apresta el arco
 Con ponzoñosas flechas
 De la maligna aljaba de Aristarco.

Con hechicero candor se declara Amarilis inexperta en sucesos amorosos, como quien emplea su tiempo en dulces coloquios con el cielo, y termina pidiendo á Lope un don poético

Para bien de tu alma y mi consuelo.

Le ruega, pues, que escriba en verso la vida y martirio

de una santa de su particular devoción y de la de su hermana:

Yo y mi hermana una santa celebramos,
Cuya vida de nadie ha sido escrita,
Como empresa que muchos han temido:
El verla de tu mano deseamos;
Tu dulce musa alienta y resucita,
Y ponla con estilo tan subido,
Que sea donde quiera conocido
Y agradecido sea
De nuestra santa virgen Dorotea.
¡Oh, qué sujeto, mi Belardo, tienes,
Con qué de lauro coronar tus sienes!
.....
Desta divina y admirable santa
Su santidad refiere,
Y dulcemente su martirio canta.

Engolosinado con la belleza de esta epístola, que es sin duda la mejor pieza poética del Perú en sus primeros tiempos, la he ido transcribiendo casi toda. Séame licito añadir algunos versos más, notables unos por la gala, bizarría y aun despilfarro de la dicción poética, semejante á la del mismo Lope y á la de Valbuena, otros por la suave y afectuosa modestia:

Finalmente, Belardo, yo te ofrezco
Una alma pura á tu valor rendida:
Acepta el don, que puedes estimallo;
Y dándome por fe lo que merezco,
Quedará mi intención favorecida.
.....
Y para darte más, no sé si hallo.
Déte el cielo favores,
Las dos Arabias bálsamo y olores,
Cambaya sus diamantes, Tíbar oro,
Marfil Sofala, Persia su tesoro,
Perlas los orientales,
El Rojo mar finísimos corales,
Balajes los Ceilanes,

Áloe precioso Sárnaos y Campanes,
Rubies Pegugamba, y Nubia algalia,
Ametistes Rarsinga,
Y prósperos sucesos Acidalia.

.....
Ya veo que tendrás por cosa nueva,
No que te ofrezca censo un mundo nuevo,
Que á ti cien mil que hubiese te le dieran;
Mas que mi musa rústica se atreva
Á emprender el asunto á que me arrojó,
Hazaña que cien Tassos no emprendieran:
Ellos al fin son hombres, y temieran;
Mas la mujer, que es fuerte,
No teme alguna vez la misma muerte.
Pero si he parecidote atrevida,
Á lo menos parécate rendida;
Que fines desiguales
Amor los hace con su fuerza iguales;
Y quédote debiendo,
No que me sufras, mas que estés oyendo
Con singular paciencia mis simplezas,
Ocupado continuo
En tantas excelencias y grandezas.
Versos cansados, ¿qué furor os lleva
Á ser sujeto de simpleza indiana,
Y á poneros en mano de Belardo?
Al fin, aunque amarguéis, por fruta nueva
Os vendrán á probar, aunque sin gana,
Y verán vuestro gusto bronco y tardo:
El ingenio gallardo,
En cuya mesa habéis de ser honrados,
Hará vuestros intentos disculpados:
Navegad: buen viaje: haced la vela:
Guiad un alma que sin alas vuela.

Lope de Vega contestó con la epístola de *Belardo á Amarilis*, que tiene buenos trozos y curiosas noticias de su persona y de su vida, pero que dista mucho de ser la mejor de las suyas. Por esta vez perdone Lope: la humilde poetisa ultramarina lleva la palma. Él, que tanto pecaba por el lado de la galantería, fácilmente hubiera

perdonado este juicio, y aun se hubiera complacido en la derrota; ni quien es opulento en grado tan soberano y excepcional pierde nada por algunos tercetos más ó menos felices. De los requiebros que dirige á su encubierta admiradora, pondré alguna muestra, para completar este curioso capítulo de costumbres literarias:

Bien sé que en responder crédito empeño;
 Vos, de la línea equinoccial sirena,
 Me despertáis de tan profundo sueño.
 ¡Qué rica tela, qué abundante y llena
 De cuanto al más retórico acompaña!
 ¡Qué bien parece que es indiana vena!
 Yo no lo niego: ingenios tiene España;
 Libros dirán lo que su musa luce,
 Y en propia rima imitación extraña;
 Mas los que el clima antártico produce
 Sutiles son, notables son en todo;
 Lisonja aquí ni emulación me induce.
 Apenas de escribirós hallo el modo,
 Si bien me le enseñáis en vuestros versos,
 Á cuyo dulce estilo me acomodo.
 En mares tan remotos y diversos,
 ¿Cómo podré yo veros, ni escribiros
 Mis sucesos, ó prósperos, ó adversos?
 Del alma que os adora sé deciros
 Que es gran tercera la divina fama;
 Por imposible me costáis suspiros.
 Amo naturalmente á quien me ama,
 Y no sé aborrecer quien me aborrece;
 Que á la naturaleza el odio infama.
 Yo os amo juntamente, y tanto crece
 Mi amor, cuanto en mi idea os imagino
 Con el valor que vuestro honor merece.
 Á vuestra luz mi pensamiento inclino,
 De cuyo sol antípoda me veo,
 Cual suele lo mortal de lo divino.

 Que no son menester las esperanzas
 Donde se ven las almas inmortales,
 No sujetas á olvidos ni á mudanzas.

Y cortésmente se excusa al fin de la epístola de no escribir el poema de Santa Dorotea, dejándole á la devoción de la misma poetisa:

Y pues habéis el alma consagrado
 Al cándido pastor de Dorotea,
 Que inclinó la cabeza en su cayado,
 Cantad su vida vos, pues que se emplea
 Virgen sujeto en casto pensamiento,
 Para que el mundo sus grandezas vea (1).

¿Es esta *Amarilis* la misma poetisa celebrada en el *Laurel de Apolo* como *fénix rara* de Santa Fe de Bogotá? No es inverosímil que de Huanuco pasara á establecerse al Nuevo Reino de Granada, pero no me atrevo á afirmarlo.

Ni menos á identificarla, porque diferencias de estilo lo vedan, con otra egregia poetisa peruana, discípula del sevillano Diego Mexía, cuyo *Parnaso Antártico* honró con su *Discurso en loor de la Poeta*, que integro va en esta colección, no sólo como precioso documento de historia literaria, por las noticias rarísimas que contiene de ingenios del Virreinato, sino como un curioso ensayo de *Poética*, como un bello trozo de inspiración didáctica, del cual ha dicho, no sin razón, el ilustre colombiano Pombo que «rara vez en verso castellano se ha discurredo más alta y poéticamente sobre la poesía» (2).

(1) Las dos epístolas de Amarilis á Belardo y de Belardo á Amarilis se hallan en el tomo I de las *Obras sueltas* de Lope de Vega, edición de Sancha, páginas 457 y 468.

(2) En el prólogo á las *Poesías de Doña Agripina Montes del Valle* (Bogotá, 1883), pág. XLVIII.

Compárese, por ejemplo, con el *Ejemplar Poético* de Juan de la Cueva, que es del mismo tiempo y de la misma escuela y hasta del mismo metro, y se verá cuánto más excelsa concepción de la poesía tenía la *grande anónima*, y qué forma tan elegante y graciosa alcanzó á dar á sus nociones estéticas, á pesar de las sombras de pedantismo que empañan algunas páginas, y la flaqueza de versificación que se advierte en otras.

Quién fuera ella, parece hoy imposible adivinarlo. Mexía nos la presenta como «una señora principal de este Reino, muy versada en la lengua Toscana y Portuguesa, por cuyo mandamiento y por justos respetos no se escribe su nombre, con el qual discurso (por ser de una heroica dama) fué justo dar principio á nuestras heroicas epistolas». Ni era ella sola la mujer que honrase entonces las letras en el Perú, puesto que habla de otras tres, aunque sin nombrarlas:

Y aun yo conozco en el Pirú tres damas
Que han dado en poesía heroicas muestras....

Una de ellas sería probablemente la *Amarilis* que escribió á Lope; otra, quizá, la D.^a Jerónima, de Quito que entonces se consideraba como parte del Perú. En cuanto á los poetas, fué la anónima más explícita, dándonos como el *Laurel de Apolo* ó el *Canto de Calíope* de la colonia. Hasta diez y siete cita por sus nombres: unos venidos de España, otros naturales de las regiones antárticas. Impreso el *Elogio* pocas páginas adelante, no hay para qué repetirlos aquí, puesto que de algunos hemos hablado ya; otros son totalmente desconocidos ó no han dejado más memoria que algún soneto laudatorio ó composición de certamen; y de los restantes

pasamos á dar breve razón, conforme á lo que de sus obras resulta.

Tuvo el Perú, de igual suerte que México, la fortuna de ser visitado en el siglo de oro por muy preclaros ingenios españoles, que dejaron allí una tradición castiza y de buen gusto. Casi todos estos poetas eran andaluces y los más pertenecían á la escuela sevillana, de la cual la primitiva poesía de la América española puede considerarse como una rama ó continuación. Fué de los primeros el ya citado Diego Mexía, el más feliz traductor de las *Heroïdas* de Ovidio que hasta ahora ha logrado nuestra lengua, traductor fiel no tanto á la letra como al espíritu poético lánguido y muelle del original; hábil en la expresión de los afectos y ternezas de amor; versificador desigual y negligente, en quien no son raros los aciertos exquisitos contrapesados por gran número de prosaísmos y locuciones forzadas. La forma dura y estrecha del terceto que en toda su versión adoptó, no es molde adecuado para el distico latino, y hubo de arrastrarle muchas veces á desleir los pensamientos en larga y soñolienta paráfrasis. La *Epistola de Safo á Faón* descuella entre todas por el mayor número de bellezas: no sin razón la eligió Quintana para muestra en su *Colección de Poesías Selectas*, honra que á poquísimas traducciones quiso dispensar su severo juicio. «El tono elegíaco (dice aquel gran maestro) está bastante sostenido en toda la obra, y son pocas las de su clase que presenten trozos tan naturales, tan bien sentidos y tan felizmente expresados, como la pintura que Safo hace de sí misma cuando le dan la noticia de la fuga de su amante, la del bosque donde entra á veces á meditar en su tristeza y á recordar sus pasadas deli-

cias, y la de su ilusión en que se figura que Faón viene surcando los mares á buscarla» (1).

El trabajo de Diego Mexía, aunque por la patria de su autor no sea americano, lo es por la tierra en que se emprendió y terminó, como largamente declara el autor en su curiosísimo prólogo: «Navegando el año pasado de noventa y seis, desde las riquísimas provincias del Pirú á los Reinos de la Nueva España (más por curiosidad de verlos que por el interés que por mis empleos pretendía), mi navío padesció tan grave tormenta en el golfo llamado comúnmente del Papagayo, que á mí y á mis compañeros nos fué representada la verdadera hora de la muerte. Pues demás de se nos rendir todos los árboles (vispera del gran Patrón de las Españas, á las doze horas de la noche, con espantoso ruido, sin que vela ni astilla de árbol quedase en el navío, con muerte arrebatada de un hombre), el combatido bajel daba tan temerarios balances, con más de dos mil quintales de azogue que por carga infernal llevaba, sin mucho vino y plata y otras mercaderías de que estaba suficientemente cargado, que cada momento nos hallábamos hundidos en las soberbias ondas. Pero Dios (que es piadoso padre) milagrosamente y fuera de toda esperanza humana (habiéndonos desahuciado el piloto) con las bombas en la mano y dos bandolas, nos arrojó día de la Transfiguración en Acaxu, puerto de Sonsonate. Aquí desembarqué la persona y plata, y no queriendo tentar á Dios en desaparejado navío, determiné ir por tierra á la gran ciudad de México, cabeza (y con razón) de la

Nueva España. Fuéme dificultosísimo el camino, por ser de trescientas leguas; las aguas eran grandes por ser tiempo de invierno; el camino áspero, los lodos y páramos muchos, los ríos peligrosos y los pueblos mal proveídos, por el cocoliste y pestilencia general que en los Indios había. Demás desto, y del fastidio y molimiento que el prolijo caminar trae consigo, me martirizó una continua melancolía por la infelicísima nueva de Cádiz y quema de la flota mexicana, de que fui sabidor en el principio deste mi largo viaje. Estas razones y caminar á passo fastidioso de requa (que no es la menor en semejantes calamidades), me obligaron (por engañar á mis propios trabajos) á leer algunos ratos en un libro de las Epístolas del verdaderamente poeta Ovidio Nasón, el cual, para matalotaje del espíritu, por no hallar otro libro, compré á un estudiante en Sonsonate. De leerlo vino el aficionarme á él, y la afición me obligó á repassarlo, y lo uno y lo otro y la ociosidad me dieron ánimo á traducir, con mi tosco y totalmente rústico estilo y lenguaje, algunas epístolas de las que más me deleitaron. Tanto duró el camino y tanta fué mi constancia, que cuando llegué á la gran ciudad de México Tenustlitan, hallé traducidas, en tres meses, de veinte y una epístolas las catorce..... Y considerando que mi entrada en la Nueva España (respecto de la grande falta de ropa y mercaderías que en ella había) se dilataba por un año, me pareció que no era justo desistir desta impresa; y más animado de los pareceres de algunos hombres doctos: y así mediante la perseverancia le di el fin que pretendía.»

Conste, pues, que el lauro poético de Diego Mexía ha de repartirse entre México y el Perú, y que esta tra-

(1) *Colección de Poesías Selectas Castellanas*, t. III (ed. de 1830), pág. 429.

ducción no fué obra de pacífico humanista, labrada y pulida en quieto y estudioso retiro, sino diversión y alivio de interminables jornadas por tierras bárbaras y remotas, tras de tormentas, huracanes y naufragios. «El ingenio (dice el autor) y talento que Dios fué servido de darme, si es alguno, es bien poco, y esse ocupado y distraído en negocios de familia y en buscar los alimentos necesarios á la vida; la inquietud del espíritu es tan grande como la del cuerpo, pues ha veinte años que navego mares y camino tierras por diferentes climas, alturas y temperamentos, barbarizando entre bárbaros, de suerte que me admiro cómo la lengua materna no se me ha olvidado..... La comunicación con hombres dotos (aunque en estas partes hay muchos) es tan poca, cuan poco es el tiempo que donde ellos están habito, demás que en estas partes se platica poco desta materia, digo de la verdadera poesía y artificioso metrificar; que de hacer coplas á bulto, antes no hay quien no lo profese. Porque los sabios que desto podrían tratar, sólo tratan de interés y ganancias, que es á lo que acá los trajo su voluntad, y es de tal modo que el que más doto viene se vuelve más perulero..... ¡Oh, dichosos (y otra vez dichosos) los que gozan de la quietud de España, pues con tanta facilidad y con tantas ayudas de costa pueden ocuparse en ejercicios virtuosos y darse á los estudios de las letras! y ¡oh, mil veces dinos de ser alabados los que á cualquier género de virtud se aplican en las Indias, pues demás de no haber premio para ella, rompen por tantos montes de dificultades para conseguirla!» (1).

(1) Primera parte del Parnaso Antártico de obras amatorias. Con las vein-

Mucho más que del culto ingenio de Mexía puede gloriarse Lima de haber dado hospitalidad en su convento de Predicadores, como regente de Estudios y maestro y Lector de Teología, al que sin empacho podemos llamar el primero de nuestros épicos sagrados, émulo victorioso del obispo Jerónimo Vida y digno de emparejar á veces con Milton y Klopstock. Fué éste el dominico sevillano Fr. Diego de Ojeda, grande entre los raros poetas de su orden, y de primera nota entre los de España, por más que tanto tiempo pesara sobre él injustísimo olvido, de que por fin vino á redimirle la alta y serena crítica de Quintana. No hay en la *Cristiada*, ni cuadraba al sublime y tremendo asunto que el religioso

tiuna Epistolas de Ovidio y el «In Ibim» en tercetos. Dirigidas á don Juan de Vilela, Oydor en la Chancilleria de los Reyes. Por Diego Mexia, natural de la ciudad de Sevilla, i residente en la de los Reyes, en los riquissimos Reinos del Pirú. Año 1608. Con privilegio; en Sevilla. Por Alonso Rodriguez Gamarra, 4.º

Las *Heroidas* se reimprimieron en el t. XIX de la Colección Fernández, y recientemente en la *Biblioteca Clásica*; pero en una y otra edición hubo el mal acuerdo de suprimir la mayor parte de los preciosos preliminares del libro, y con ellos la carta de la señora peruana. Tampoco está en las reimpressiones modernas la traducción del *Ibis*. De modo que el *Parnaso Antártico* sólo puede ser conocido íntegramente consultándole en la primera edición. Exórnanla sonetos laudatorios del Licenciado Pedro de Oña, en nombre de la Antártica Academia de la ciudad de Lima en el Perú, del Dr. Pedro de Soto, catedrático de Filosofía en México, en nombre de su claustro, y de Luis Pérez Ángel, natural, ó á lo menos vecino, de Arica, según se infiere del elogio de la incógnita poetisa: ®

Con gran recelo á tu esplendor me llevo,
Luis Pérez Ángel, norma de discretos,
Porque soy mariposa y temo el fuego.
Fabrican tus romances y sonetos,
Como los de Anfión un tiempo á Tebas,
Muros á Arica, á fuerza de concetos.

poeta eligió, la fantasía intemperante y deslumbradora, el lujo oriental ó tropical del *Bernardo*, ni tampoco la novedad de materia y color que realzan la *Araucana*; pero es, sin disputa, el mejor compuesto de nuestros poemas, el más racional en su traza y distribución de partes, el que penetra en esferas más altas del sentimiento poético, el más lleno de calor, de elocuencia patética, de afectos humanos, de viva y penetrante efusión, que en ciertos pasajes, como el cuadro de los azotes, es capaz de arrancar lágrimas al lector menos pio. La ardiente elocuencia de nuestros ascéticos, la del venerable Granada, sobre todo, en sus *Meditaciones sobre la Pasión*, nadie la ha igualado entre nuestros poetas, salvo el P. Ojeda. Si en España no estuviera el gusto tan rematadamente estragado, no andaría la *Cristiada* confundida y olvidada en un rincón de la *Biblioteca de Autores Españoles*, sino que se multiplicarían sus ediciones para deleite de las almas devotas, no menos que de los hombres de buen gusto. Quintana hartó hizo con sacarla de la obscuridad y recomendarla, venciendo su genial antipatía contra la poesía religiosa. «La pompa y brillantez de las descripciones (dice), la belleza general de los versos y del estilo corresponden casi siempre á la grandeza de la intención y de los pensamientos..... El lenguaje de la *Cristiada* es propio, puro, natural, ajeno enteramente de la afectación, pedantería, conceptos y falsas flores que corrompieron después la elocuencia y la poesía castellana..... No se hallarán en Ojeda imitaciones de otros poetas antiguos ni modernos: el lenguaje de la Escritura y de los libros ascéticos son las fuentes de su dicción, que hierve toda de expresiones sublimes á veces, á veces tiernas y dulces, y frecuentemente también tocando

en familiares y bajas por su extremada naturalidad y sencillez» (1).

A esta familiaridad, que á veces degenera en prosaísmo y bajeza; á ciertos resabios escolásticos y de controversia teológica (que no sería difícil encontrar también en Dante y en Milton); á la falta de plenitud y cadencia en algunos versos y de esmerada construcción en muchas octavas; á la falta de energía con que están presentados los caracteres; atribuye principalmente Quintana el que la *Cristiada*, con valer todo lo que vale y ser, bajo muchos respectos, superior á todos los productos de nuestra musa épica, no pueda clasificarse sin reserva entre las obras maestras de su género, aunque, mirada á trozos, llegue á confundirse con ellas. Yo creo que lo que principalmente la daña es cierto género de ejecución menuda y algo candorosa, cierto abandono infantil, más propio de libro de devoción que de poema épico, y una verbosidad desatada que roba nervio á la dicción y energía á las situaciones, y deja ver con frecuencia detrás del poeta al orador sagrado. Pero cuando Ojeda acierta, ¿quién de nuestros épicos acierta como él? La vestidura que lleva el Salvador al Huerto, en la cual estaban representados los pecados del mundo; la Oración personificada que sube al cielo á pedir á Dios por su Hijo; el hermoso movimiento lírico con que el poeta interviene en el cuadro de los azotes *Yo peque, mi Señor, y tú padeces.....*; los consuelos del arcángel Gabriel á la Virgen María vaticinándole la resurrección de su hijo; el cuadro todo de la Crucifixión, y especialmente el momento del eclipse.....: estas y otras innume-

(1) Prólogo de la *Musa Épica* (t. I, edic. de 1833), pág. 48.

rables cosas que hay en el poema de nuestro dominico son de magnífica y soberana poesía, y todo hombre de buen gusto dirá como dijo Quintana del último de los trozos mencionados: «Yo no conozco cosa que se aventaje en grandeza á este pedazo de poesía, y puede ir á la par con cualquiera de las ideas sublimes que se admiran en Homero, Dante, Miguel Angel, Milton y los demás poetas y pintores de esta fuerza.»

¡Singular privilegio del suelo americano, el que en él hayan sido compuestas las tres principales epopeyas de nuestro siglo de oro: la histórica en Chile, la sagrada en el Perú, la novelesca y fantástica en Méjico, Jamaica y Puerto Rico! (1).

Juntamente con el P. Ojeda daba culto á las musas otro dominico sevillano, Fr. Juan Gálvez, residente en el convento de Trujillo cuando la poetisa anónima escribía, dándonos razón de su patria:

El uno está Truxillo enriqueciendo;
 Á Lima el otro, y ambos á Sevilla
 La estáis con vuestra musa ennobleciendo.

(1) *La Cristiada*, del P. Maestro Fr. Diego de Hojeda, Regente de los estudios de los Predicadores de Lima; que trata de la vida y muerte de Cristo nuestro Salvador. Dedicada al Excmo. Sr. D. J. de Mendoza y Luna, Marqués de Montesclaros y Virrey del Perú..... Impreso en Sevilla en la imprenta de Diego Pérez, en la calle de Catalanes, año de 1611, 4.º Las aprobaciones están fechadas en Lima. Hay versos laudatorios de Lope de Vega, Mira de Amescua, Gregorio Rico y el Licdo. D. Gabriel Gómez.

No conozco más reimpression completa de este raro y precioso libro que la contenida en el t. I de los *Poemas Épicas* de la Biblioteca de Rivadeneyra. Un peruano, D. J. Manuel de Berriozábal, publicó en 1848 en París una refundición, ó más bien compendio del poema, y tengo idea de que esta refundición volvió á imprimirse en Barcelona.

Un joven dominico, de quien espera mucho la historia literaria de su orden, presentó años hace á la Facultad de Letras de la Universidad de Madrid una tesis doctoral acerca del P. Ojeda, con datos biográficos que no hemos visto en ninguna otra parte.

«Fr. Juan de Galves y Fr. Diego de Ojeda, uno en su *Historia de Cortés* y otro en su *Cristiada*, bien osarán publicar que las aguas del río Lima, que baña la ciudad de su nombre, no envidiarán jamás á las de Beocia», añade el Licdo. Bermúdez y Alfaro en el prólogo de la *Hispánica* de Luis de Belmonte. Nada sabemos de este poema sobre Hernán Cortés, y si su autor merecía realmente ser nombrado en compañía de tal poeta como Ojeda, nunca nos consolaremos de su pérdida.

Mucho se ha perdido también, pero bastante conservamos, de las excelentes obras de Luis de Belmonte Bermúdez, aunque en la memoria de los curiosos apenas le sobreviva otra cosa que su comedia de *El Diablo Predicador*, de tan atrevida y fantástica invención en la parte seria, de tan intenso y picante donaire en la parte cómica, la cual sirvió de remoto ejemplar á ciertas escenas episódicas del incomparable *Don Alvaro*. Pero el repertorio dramático de Belmonte, ya escribiendo solo, ya en colaboración, es mucho más copioso y de los más notables entre los de segundo orden.

Perdióse un libro suyo de doce novelas muy celebrado por el donaire, invención y agudeza de su prosa, en que comenzaba Belmonte por reanudar el hilo de la postrera de las *Ejemplares* de Cervantes, haciendo la vida del perro *Cipión* como el manco sano había escrito la de *Berganza*. De sus obras poéticas, aun permanece manuscrita en dos códices, uno de la Colombina y otro de Granada, la principal de todas; es decir, *La Hispánica*, poema sobre la conquista de Sevilla, rico de valientes octavas, y por todo extremo superior á la *Bética* de Juan de la Cueva. Con ser tan varia la fecundidad lite-

raria de Belmonte, aun fué mayor la variedad y extrañeza de los sucesos de su vida, desde que muy joven abandonó las orillas del patrio Betis, «gastando los años mejores de su vida en peregrinaciones navales». El licenciado Bermúdez y Alfaro, amigo, y, al parecer, deudo suyo, nos refiere sus andanzas en el prólogo que puso al frente de *La Hispánica* (1):

«Pasó á Nueva España en sus primeros años, y como su inclinación le guiase á ver nuevas provincias, navegó á las del Pirú el año siguiente (2), donde, á ejemplo de los floridos ingenios de Lima, volvió al estudio afable de las musas, alcanzando gran parte de la doctrina que en sus obras descubre.... Escribió Luis de Belmonte un poema vario en la invención, porque lo pedía el sujeto, de sucesos de aquellas provincias, con la sucesión de los virreyes suyos; que otro lo tuviera por caudal principal, y él apenas se acuerda de haberlo hecho: tanto se ha vencido con la fuerza del trabajo.

»Ofrecióse á la sazón salir una armada á las regiones del Austro, y como semejantes armadas tienen necesidad de cronistas, que así lo encarga S. M. expresamente, buscó el general Pedro Fernández de Quirós persona que hiciese este oficio, y asimismo quien usase el de secretario, que no siendo menester mucho para persuadir á nuestro autor, por su inclinación natural, aceptó la plaza, hallándose en él las partes que requerían ambos oficios, porque en razón de letra no conoce-

(1) Impreso en el *Ensayo* de Gallardo, t. II, páginas 62-69.

(2) Estaba ya en Lima el año 1605, según él propio advierte en el prólogo de la comedia *Algunas hazañas....* de D. García Hurtado de Mendoza.

mos en España quien le exceda, y no sin dificultad se podrá hallar quien le iguale, si bien estima en poco un don tan excelente, siendo, como es, con el extremo que en él se conoce.

»Hizo su peregrino viaje, descubriendo en tres bajeltes la armada incultas y no domadas regiones, costeando la Nueva Guinea y las islas que llaman de Salomón, y parte de las dos Javas, Mayor y Menor, engolfándose después en el extendido archipiélago de San Lázaro, y, en fin, poniendo (como él mismo dice en una estancia) nombres á los mares, puertos y ríos; y más copiosamente en los últimos capítulos de un libro suyo en prosa, que saldrá entre las demás obras, guardando en silencio la historia de su jornada, que escribió en versos heroicos, hasta darle la última lima, por lo poco que se agrada de sus mismas obras.

»Gastó en la mar once meses y veinte días, que en golfos jamás descubiertos, con hambre y sed, tanto de la tierra como del sustento, claro es que serían los peligros grandes y los trabajos inmensos. Su almirante y lancha arribaron á las Malucas, á la sazón que acababa de ganarlas D. Pedro de Acuña, gobernador de Filipinas; y la capitana en que venía Luis de Belmonte, destrozada y perdida con la fuerza de los vientos, que pareció milagro, cobró á los seis meses últimos la costa de la Nueva España, prolongándola ochocientas lenguas por la banda del Sur. Al fin, por varios casos, llegó á seguro puerto; pasó á México segunda vez, donde, no pudiendo olvidar el manjar sagrado de las Musas, escribió, entre muchas comedias, que algunas hay impresas, la *Vida del patriarca Ignacio de Loyola*, en versos castellanos, que de su género dudo que alguno se le

aventaje. Haráse en España la *segunda impresión* (1), y le concederán el lugar que ha tenido en todas las provincias de Indias.

»Llegó á Madrid Luis de Belmonte queriendo con su General volver á la conquista de las regiones que dejaron descubiertas; pero causas legítimas, bien contra su inclinación y gusto, le forzaron á no proseguir la empresa, si bien ha gastado el tiempo aprovechadamente en los estudios que sigue, no dejando por ver las mejores ciudades de España, sólo á fin de comunicar los ingenios dellas.»

El mismo aventurero poeta alude bizarramente á sus descubrimientos y peregrinaciones navales en una digresión de *La Hispánica*:

Yo, apenas conocido en nuestro Polo,
¿Cómo podré sonar en la sujeta
Región del Austro, de fiereza armado,
Si bien la visité como soldado?
Penetra el mundo, sin moverse el dueño,
La fama de la pluma y de la espada,
Y en tanto que reposa en blando sueño,
Llega su nombre á la región helada.
Pues yo que, alegre, la persona empeño
Por la región del sol más abrasada,
No quisiera más fama que en aquellas
Provincias que medí con propias huellas.
Más ondas nuevas penetré que vieron
Colón, Cortés, Pizarro y Magallanes,
Pues tocando las que ellos descubrieron,
Pasé con los cruzados tafetanes.
Un capitán seguí de quien temieron,
Midiendo estrellas y afijando imanes,
Las no domadas ondas de Anfitrite,
Que ya no tiene el orbe quien le imite.

(1) Nunca he visto la primera ni la segunda.

El pecho puse á la mayor jornada,
Llegando al sol los pensamientos míos,
Y tocando en la tierra, en vano armada,
Nombre dimos al mar, nombre á los ríos,
Como de Arauco en la jamás domada
Región, notaba los soberbios bríos
Ercilla, de los bárbaros chilenos:
Si bien yo anduve más y escribí menos.

No toca á nuestro propósito la controversia en estos últimos años suscitada acerca del autor probable de la *Relación del descubrimiento de las regiones australes*, que su editor atribuyó á Luis de Belmonte, contrariando tal opinión el malogrado cronista de nuestra marina D. Francisco Javier de Salas (1). Lo cierto es que gran parte de esta relación pasó á la letra al libro de los *Hechos de D. García Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete*, que compuso en 1613 el Dr. Cristóbal Suárez de Figueroa, así como la galana prosa de este libro, en la parte que se refiere á la sumisión del valle de Arauco por D. García, sirvió de base á la desatinadísima comedia que Belmonte, asistido de otros ocho ingenios, entre los cuales los había tan insignes como Alarcón, Guillén de Castro, Mira de Amescua y Luis Vélez, dieron á los teatros en 1622 con el título de *Algunas hazañas de las muchas de D. García Hurtado de Mendoza, Marqués de Cañete* (2).

(1) Vid. *Historia del descubrimiento de las regiones australes hecho por el general Pedro Fernández de Quirós, publicada por D. Justo Zaragoza*. Madrid, 1876, 3 vol.; y *Boletín de la Academia de la Historia*, t. 1 (1878).

(2) En Madrid, por Diego Flamenco, año 1622. Reimpresa al fin de las *Comedias de Alarcón* en la Biblioteca de Rivadeneyra. Los poetas colaboradores, amén de los citados, fueron el Conde del Basto (nieto de Antonio de Leiva), D. Fernando de Ludeña, D. Jacinto de Herrera y D. Diego de Villegas. Puede conjeturarse, con el Sr. Fernández-Guerra (*D. Juan Ruiz de*

No sabemos que ninguna de las obras de Belmonte saliese de las prensas de Lima. No así las de D. Diego de Avalos y Figueroa y D. Rodrigo de Carvajal y Robles, que por este tiempo se contaban entre los más lucidos ingenios de la colonia. Es curiosísimo y entretenido libro, cuanto apreciable por su rareza bibliográfica, el de la *Miscelánea Austral* que en 1603 estampaba el patriarca de la imprenta peruana, Antonio Ricardo. Dividióle su autor, D. Diego de Avalos, en cuarenta y cuatro coloquios, de que son interlocutores Delio y Cileña, y en los cuales, sin orden alguno, se trata de las materias más diversas: del amor y de las cualidades que debe tener el amante, de los celos, de la música, de las calidades de los caballos, de la verdad, de la vergüenza, de la perfección de las damas, del origen de las sortijas ó anillos, de la conversación, de las imágenes y templos de Venus, de los sueños y del sueño, de las ventajas de la lengua toscana para la música, del uso de las estampas y daños de la ociosidad, del ave Fénix, del pelícano, del cisne y del águila, de los minerales, animales y vegetales del Perú, de las propiedades de la piedra bezoar, de los edificios antiguos del Perú, del origen de los Incas y de sus leyes y ritos, de los sacrificios que los indios usaban, de la antigua riqueza de España en oro y plata, elogio de la ciudad de Écija, de donde era oriundo Avalos, etc. Es, pues, una *Silva de varia lección*, harto

Alarcón, pág. 359), que todos estos ingenios andaban por aquella fecha rostruertos con Lope de Vega, puesto que se atreven á decir de sí mismos por boca de Belmonte que «son los que en España tienen mejor lugar, á despecho de la envidia». Ó esta comediá se escribió para rivalizar con el *Arauco domado* de Lope, ó al contrario: poco importa ponerlo en claro, porque entrambas son á cual más infelices.

semejante á la de Pero Mexía en lo inconexo y abigarrado de las materias. Intercálanse en ella muchos y no despreciables versos, de los cuales merecen citarse un fragmento de traducción en verso de las *Lágrimas de San Pedro* de Tansillo, y un largo poema en octava rima y en seis cantos, que viene á ser como la segunda parte del libro, y lleva por título *Defensa de Damas.... donde se alegan memorables historias, y donde florecen algunas sentencias, refutando lo que algunos philosophos decretaron contra las mujeres, y provando ser falso, con casos verdaderos, en diversos tiempos sucedidos* (1).

(1) *Primera parte de la Miscelánea Austral de D. Diego d' Avalos y Figueroa, en varios coloquios.... Con la defensa de Damas. Dirigida al Excellentísimo señor Don Luys de Velasco, Cavallero de la Orden de Santiago, Visorey y Capítan General de los Reynos del Perú, Chile y Tierra Firme. Con licencia de su excelencia. Impreso en Lima por Antonio Ricardo. Año 1602, 4.º* El autor firma la dedicatoria en la ciudad de la Paz en 6 de Septiembre de 1601.

Lleva gran número de versos laudatorios del general D. Fernando de Córdoba y Figueroa, D. Diego de Carvajal, D. Lorenzo Fernández de Heredia, Dr. D. Francisco de Sossa, Dr. Hornero, Dr. Francisco de Figueroa, Licenciado Bartolomé de Acuña, Ldo. Pedro de Oña, Ldo. Francisco Núñez de Bonilla, Ldo. Cristóbal García de Rivadeneira, Ldo. Antonio Maldonado de Silva, Juan de Salcedo Villandrando, Leonardo Ramírez, *Un religioso grave* y Francisco Moreno de Almaraz. Al principio de la *Defensa de Damas*, nuevas composiciones laudatorias de Pedro de Oña, Ldo. Bartolomé de Acuña Olivera, D. Sancho de Marañón, Ldo. D. Francisco Fernández de Córdoba, capitán Gabriel d'Oria y Rui López de Frias Coello.

Esta *Miscelánea Austral* impresa no ha de confundirse con la otra *Miscelánea Antártica* inédita de Miguel Cabello de Balboa, natural de Archidona, autor también de otras obras mencionadas por la poetisa anónima:

La *Volcánza* horrificá terrible,
Y el *Militar Élogio*, y la famosa
Miscelánea que al Inga es apacible:
La *entrada de los Moxos* milagrosa,
La *comedia de El Cuzco y Vasquirana*,
Tanto verso elegante y tanta prosa

No ha conseguido nuestra diligencia haber á las manos ejemplar alguno del poema *La conquista de Antequera*, obra del capitán D. Rodrigo de Carvajal y Robles, que Nicolás Antonio cita como impreso en Lima en 1627, haciendo mérito además de otro poema inédito del mismo autor sobre *La batalla de Toro*. Sólo podemos juzgarle, pues, por un poema de circunstancias donde no es de celebrar otra cosa que la habitual lozanía de la versificación, en que no desmiente Carvajal y Robles el carácter distintivo de aquel floridísimo grupo de poetas antequeranos que él fué á representar en el Nuevo Mundo: los Tejadas, Espinosas, Martínez y Cristobalinas. Lope de Vega cantó de él en la silva 2.^a del *Laurel de Apolo*:

Aquí con alta pluma don Rodrigo
De Carvajal y Robles, describiendo
La famosa conquista de Antequera,
Halló la fama, y la llevó consigo;
Tantas regiones penetrando y viendo,
Que del Betis le trajo á la ribera,
Y haciendo por su hijo
Festivo regocijo,
Las bellas ninfas el laurel partieron,
Y como ya sus dulces musas vieron
Restituídas á su patria amada,
Tomó la pluma Amor, Marte la espada.

Es autor Carvajal de la descripción en quince silvas de las *Fiestas* que celebró Lima al nacimiento del príncipe D. Baltasar Carlos; libro de la mayor rareza, impreso en aquella ciudad el año 1632, cuando el poeta se

Nombre te dan y gloria soberana,
Miguel Cabello, y ésta redundando
Por Hesperia, Archidona queda ufana.

hallaba de Corregidor y Justicia Mayor de la provincia de Colesuyo por Su Majestad. Ocurrió durante las fiestas un terremoto, y el trozo en que se describe es de los más valientes del poema. Elogiáronle en términos cultos y ampulosos, conforme al gusto cresco y enmarañado que comenzaba á prevalecer en nuestras letras de aquende y allende, el maestro Fr. Lucas de Mendoza, agustino, catedrático de Escritura en la Universidad de Lima, y el chantre de Arequipa Fr. D. Fulgencio Maldonado. «Grandes fueron las fiestas (dice el primero), mas nunca tan del todo grandes, como en la relación de D. Rodrigo de Carvajal y Robles; que son por extremo dichosos en crecer los asuntos que este caballero cria al calor de sus manos. Antequera, su patria, debe la inmortalidad á su poema con más verdad que á sus muros. Y estas fiestas que ya por humanas pasaron presto, tendrán de divinas la duración, perpetuándose en este libro, en quien he hallado mucho que admirar y nada que corregir.» «Embósquese en estas silvas (pondera el Chantre arequipeño) el que quisiere sentir como Lope, y hallaráse una vez y otra y mil veces cogido de suspensión, causada, ya de lo dulce de sus descripciones, ya de la hermosura y pompa de las voces; y los que entraren más adentro, hallarán más rigurosas observaciones del arte.» Un poeta anónimo que escribe un soneto en alabanza del autor, se atreve á decir, jugando con su apellido, que con la publicación de tal poema

Ya vuelve el siglo de oro; ya los robles
Sudando miel, como en la edad primera,
El reino de Saturno pronostican.

Tan desafortadas hipérboles no deben prevenirnos des-

favorablemente contra el libro de las *Fiestas*, que es de los mejores ó más tolerables de su género (1). No he visto la *Relación* en verso que el franciscano Fr. Juan de Ayllón publicó en 1630 de las que se celebraron en Lima con motivo del octavario de los XXIII mártires del Japón; pero el Sr. Palma afirma que en ella campean los más extravagantes retruécanos y las más enigmáticas antítesis (2).

Otras hubo de mejor estilo: la *Relación de las exequias de la reina D.^a Margarita de Austria*, siendo virrey el Marqués de Montes-Claros (1613), contiene fáciles versos que deben de ser de la vena del mismo Padre agustino Fr. Martín de León, á quien pertenecen el *Sermón de honras* y la *Relación* en prosa (3).

(1) *Fiestas que celebró la ciudad de los Reyes del Pirú, al nacimiento del Serenísimo Príncipe D. Baltasar Carlos de Austria nuestro señor. Á D. Francisco Fausto Fernández de Cabrera y Bobadilla, niño de dos años y primogénito del Excmo. Sr. Conde de Chinchón, Virrey del Perú. Por el capitán D. Rodrigo de Carvajal y Robles, Corregidor y Justicia mayor de la provincia de Colesuyo, por Su Majestad. Impreso en Lima (á costa de la ciudad) por Gerónimo de Contre-ras, año de 1632, 4.^o*

(2) Discurso leído en la inauguración de la Academia Peruana, correspondiente de la Española, el 30 de Agosto de 1887.

(3) *Relación de las exequias que el Excmo. Sr. D. Juan de Mendoza y Lima, Marqués de Montes-Claros, Virrey del Pirú, hizo en la muerte de la Reina nuestra señora Doña Margarita..... Por el Presentado Fr. Martín de Lima, de la Orden de San Agustín. En Lima, por Pedro de Merchán y Calderón, año 1613, en 4.^o, con una grande estampa que contiene el diseño del túmulo real, dibujado en Lima por J. Martínez de Arrona, y grabado por el P. León. Versos laudatorios de Bernardo Montoya, Pedro de Oña, el almirante D. P. Orozco, Fr. Lucas de Mendoza, el Dr. Cristóbal de Rivadeneyra, Fr. Blas de Acosta, Fr. Diego Fernández de Córdoba, Fr. J. de Zárate.*

Por no haberlas visto, ignoro si contienen versos la *Relación de las fiestas á la Inmaculada Concepción de la Virgen*, de Antonio Rodríguez de León (1618); la *Relación de las fiestas al nuevo reynado de D. Felipe IV*, de Fr. Fernando Valverde (1622); las *Fiestas de Lima en la canonización de San Pedro Nolasco*,

Pero la dominación del buen gusto fué tan efímera en el Perú como en México. Puede decirse que el último rayo de pura luz literaria que en el siglo XVII atravesó las tinieblas que comenzaban á espesarse sobre las escuelas de Lima fué el virreinato del Príncipe de Esquilache D. Francisco de Borja, verdadero príncipe á la italiana y verdadero poeta, aunque distase bastante de ser príncipe de la poesía, como le llamó la adulación de sus contemporáneos. Pero de esto al injustificado olvido en que desde fines del siglo pasado yacen sus obras, hay mucha distancia. Es de los poetas de segundo orden que vienen inmediatamente después de los grandes; y entre los líricos del siglo XVII, pocos son los que merecen más que él una rehabilitación cumplida, que algún día ha de serle otorgada. No tuvo fuerzas ni nervio para el cultivo de los géneros superiores de la poesía. Su *Nápoles recuperada* es una insípida y amanerada imita-

de Fr. Bartolomé Vadillo (1632); la *Pompa fúnebre en la muerte de doña Isabel de Borbón*, de Gonzálo Astete de Ulloa (1645); la *Pompa funeral y exequias á la muerte de Doña Angela de Guzmán* (1654); la *Pompa fúnebre en la muerte del Conde de Salvatierra*, de Gabriel Barreda Ceballos (1663); la *Celebridad y fiestas con que Lima celebró la beatificación de Santa Rosa*, de don Diego de León Pinelo (1670); la *Triunfal encomiástica aclamación del Conde del Castellar*, de Andrés de Paredes y Solier (1674); el *Acto glorioso: fiestas en la canonización de San Luis Beltrán* (1674); el *Parnaso del Real Colegio de San Marcos, postrado á los pies del Conde de la Monclova* (1694); las *Exequias de la reina Doña Mariana de Austria* (1697). Pero seguramente los hay en el *Certamen panegyrico historial poético por la reedificación de la ciudad de los Reyes* (1673).

Esta reedificación es la que siguió al espantable terremoto de 20 de Octubre de 1687, de que hay relación en verso, muy rara y curiosa: *Relación poética de la fatal ruina de la gran ciudad de los Reyes, Lima, con los espantosos temblores de tierra sucedidos á 20 de Octubre de 1688. Va al fin un romance al nunca visto alboroto de la misma ciudad en la noche del lunes 1.^o de Diciembre del mismo año, ocasionado del rumor falso de la salida del mar, por un ingenio desta corte. Con licencia en Lima, año de 1687.*

ción del Tasso, sin jugo, sin interés, sin grandeza y hasta sin verso alguno que se grabe en la memoria, porque todos son iguales en su fría y monótona corrección. Pero en las epístolas morales y en los sonetos, como discípulo al fin de Bartolomé Leonardo de Argensola, conservó una tradición de gusto maduro y severo, opuesta á los extravíos reinantes; y en los romances cortesianos y amorosos, en las letrillas y en todo género de versos cortos, que eran el legítimo campo de su numen, rivalizó á veces con Lope de Vega en gracia y frescura. Haría buen servicio quien del enorme tomo que forman sus obras poéticas en las dos ediciones de Bruselas, entresacase en un pequeño volumen todo lo que merece vivir, condenando al olvido lo restante.

De 1615 á 1622 tuvo Esquilache el mando supremo de los reinos del Perú, con honra suya y provecho de su nación. Bajo su gobierno fueron rechazados los piratas y filibusteros que infestaban aquellas costas, fortificado el puerto del Callao, erigido el Tribunal del Consulado; diéronse sabias ordenanzas para los establecimientos mineros de Potosí y Huencavélica; se fundó el Real Convictorio de San Bernardo para la educación de los hijos de los conquistadores, y el colegio de San Francisco de Asís, para los hijos de indios nobles; se hizo la conquista de la comarca de los Maynas en el Marañón, y se fundó la ciudad de San Francisco de Borja, sintiéndose en ésta como en todas las demás providencias del Virrey el prepotente influjo que en su ánimo ejercían los jesuitas. Es maravilla que en ninguna de sus obras, con ser tantas, haga Esquilache la menor alusión (que yo recuerde) al Perú, ni á América, de tal modo que por ellas nadie inferiría que hubiera pisado siquiera las tie-

rras antárticas. El picante y donosísimo cronista de la vida colonial de Lima, le atribuye la fundación de una academia literaria en su palacio, y hasta da los nombres de los que á ella concurrían; pero como no encontramos rastro de tal academia en ninguna parte, nos inclinamos á pensar que esta es una de tantas ingeniosas travesuras del autor de las *Tradiciones peruanas*, que ni pretenden ser libro de historia, ni pierden nada por no serlo. Academia en el palacio virreinal no hallamos hasta el tiempo del Marqués de Castell-dos-Rius; aunque hubiese virreyes muy cultos y literatos, como lo fué, además de Esquilache, el Conde de Santisteban del Puerto D. Diego de Benavides y de la Cueva (1661-1666), autor de un tomo de versos latinos que lleva por título *Horæ Succisivæ* (1).

Fué lástima que el período de mayor paz, abundancia y prosperidad de la colonia coincidiese con el período más fatal de nuestra decadencia literaria. Lima, que era el principal centro de cultura de la América del Sur; Lima, que se honraba con universidad tan floreciente y tan bien dotada como la de San Marcos (2); Lima, donde la imprenta tomó tantas alas en el siglo xvii, puesto que pasan de cuatrocientas las publicaciones de aquel siglo que han llegado á catalogar los más diligentes bibliógrafos, raras todas y de alto precio en el mer-

(1) *Horæ Succisivæ D. Didaci Benavidii Comitis S. Stephani, studiosa cura D. D. Francisci Marchionis Navarum et D. Emmanuelis Benavidii filiorum congestæ. Nova editio a mendis expurgata..... Lugduni, sumptibus Joannis de Argaray bibliopola pampilonensis, 1664, 12.^o*

(2) Sobre el estado de la Universidad en el siglo xvii debe consultarse especialmente el libro de D. Diego de León Pinelo *Hypomnema Apologeticum pro Regali Academia Limensi..... Ad Limensem Regium Senatam..... Lima et Officina Juliani de los Santos et Saldaña. Anno Domini 1648.*

cado, aunque muchas sean breves opúsculos, sermones, alegaciones en derecho, vidas de santos, exequias y fiestas; Lima, que en 1602 tenía ya teatro público, el que después se llamó *de la Comedia Vieja*; Lima, la primera ciudad del Nuevo Mundo donde se conoció la prensa periódica en forma muy próxima á la presente, cuando pocas ciudades de Europa podían jactarse de poseerla (1); Lima, que podía envanecerse con un polígrafo tan docto y tan juicioso como León Pinelo, útil hoy mismo á los bibliógrafos y á los ilustradores del Derecho de Indias; ofrece, á pesar de tantas ventajas, muy exiguo contingente á la literatura poética del siglo xvii, prescindiendo de los ingenios que le prestó la metrópoli, y que por su educación más bien pertenecen al siglo xvi, aunque escribiesen en los primeros años del siguiente. Algunos infelices ensayos épicos, ya de tema histórico, como las *Armas Antárticas* ó conquista del Perú, de D. Juan de Miramontes y Zuazola, que ni siquiera llegaron á imprimirse, á pesar de haberse encomendado el autor al patrocinio del Virrey, Marqués de Montesclaros (1607-1616); ya de materia piadosa, como *El Angélico*, compuesto en alabanza de Santo Tomás

(1) Es sabido que las *Cartas* que en periódicos bastante fijos y regulares, á modo de Gaceta, publicaba en Madrid Andrés de Almansa y Mendoza, desde 1621 á 1626, sobre *novedades de esta corte y avisos recibidos de otras partes*, se reimprimían en Lima en llegando, aunque de estas reimpresiones quedan pocas. (Vid. *Colección de Libros Españoles raros y curiosos*, t. xvii.) Á fines del siglo había ya Gacetas especiales de Lima, v. gr.: *Relación de todo lo sucedido en Europa hasta lunes 21 de Septiembre de 1671*.—*Novedades en continuación de la relación desde 25 de Agosto de 1679*.—*Diario de las noticias de Lima, en que se hace saber de una tragedia lastimosa que sobrevino del cielo el año de 1687*.—*Noticias del Sur, continuadas desde 6 de Noviembre de 1685*.—*Últimas noticias del Sur*.... 1688.

por el dominico Fr. Adriano de Alecio, *El Santuario de Nuestra Señora de Copavacana*, del maestro fray Fernando de Valverde; ya de índole encomiástica y descriptiva, como el *Poema heroyco hispano-latino, panegírico de la fundación y grandezas de la muy Noble y Leal ciudad de Lima*, del jesuita Rodrigo de Valdés, el cual tiene la gracia de poderse leer á un tiempo en latín y en castellano, lo cual quiere decir que no está escrito en ninguno de ambos idiomas, sino en una jergonza bárbara: si á esto se agrega alguna rarísima poesía lírica que se imprimió suelta, como la correcta y bien sentida elegía de un cierto Sanabria á la muerte de su hija, tendremos reunida casi toda la cosecha, ni muy abundante ni muy conocida (1). Pero el libro que más

(1) *Armas Antárticas, hechos de los famosos Capitanes españoles que se hallaron en la Conquista del Perú: su autor D. Juan de Miramontes y Zuazola, dedicadas al Excmo. Sr. D. Juan de Mendoza y Luna, Marqués de Montesclaros, Virrey del Perú*. Ms. citado por D. Bartolomé José Gallardo como existente en la biblioteca del infante D. Luis. Es un poema de veinte cantos, en octavas, y por lo que conocemos de él no parece de los peores de su clase, y, por de contado, superior á la *Lima Fundada* de Peralta.

Empieza el poema de Miramontes:

Las armas y proezas militares
De españoles católicos valientes
Que por ignotos y soberbios mares
Fueron á dominar remotas gentes,
Poniendo al Verbo Eterno en los altares
Que otro tiempo con voces insolentes
De oráculos gentílicos, espanto
Eran del indio, ahora mudas, canto.

Termina:

Huye, argentando el mar de espuma cara;
Lleva dolor y déjanos con pena;
Pues si estuviera surto otra mañana
No levantara el ferro de la arena,
Porque al puerto llegó Pedro de Arana
Al risueño apuntar de alba serena,
Y al punto por su rastro se derrota,
Mas no deja en el mar rastro de flota.

fielmente indica el principio de la depravación del gusto, sin llegar todavía á los extremos de delirio que hallaremos en el siglo XVIII, es la *Solemnidad Fúnebre y Exequias de Felipe IV*, celebradas en 1666 por la Real Audiencia de Lima, en su Iglesia Metropolitana, é impresas el mismo año. Fué colector de este libro y autor de la relación de las honras D. Diego de León Pinelo, no muy inferior á su hermano en dotes de erudición y varia literatura; pero en la relación misma abundan los

—*El Angélico. Escríbelo con estilo de poeta lírico el Padre Fray Adriano de Alecio, del Orden de Predicadores, natural de Lima. Ofrecelo con afecto de obediente á nuestro Reverendísimo Padre Maestro Fray Tomás Turco, General del Orden de nuestro Padre Santo Domingo..... Impreso en Murcia por Esteban Liberós. Año de 1645, 4.º*

—*El Santuario de Nuestra Señora de Copabacana, en diez y ocho silvas....., por el Rdo. P. Maestro Fr. Fernando de Valverde..... Lima, por Luis de Lira, 1641, 4.º*

—*Poema heroico hispano-latino de la fundación y grandezas de la muy noble y leal Ciudad de Lima. Obra póstuma del M. R. P. M. Rodrigo de Valdés, de la Compañía de Jesús, Cathedrático de Prima jubilado, y Prefecto Regente de Estudios en el Colegio Máximo de San Pablo. Sácale á luz el Doctor D. Francisco Garabito de León y Messia, Cura Rector de la Iglesia Metropolitana de Lima, Visitador y Examinador general en su Arzobispado, etc. Sobrino y primo hermano del autor..... En Madrid, en la imprenta de Antonio Román, año 1687. (En la Revista de Lima, t. III, 1860, publicó un estudio sobre este poema D. J. A. de Lavalle.)*

—*Lágrimas numerosas en la muerte de Doña Maria de Sanabria y Salas, lloradas por su padre y dirigidas á su esposo. Impreso en Lima por Bernardina de Guzmán, año 1633. Se encuentra en la Biblioteca Nacional, en el t. XXVIII de la gran colección de poesías varias, la mayor parte manuscritas, conocida con el título de Parnaso. «Es escritor castizo y elegante este Sanabria, aunque no de mucho brio» (dice Gallardo).*

Ya que tu muerte, oh cara prenda mía,
Mis ojos embaraza con el llanto
Y los hurta su oficio noche y día,
Permite que en alivio del quebranto
Que le ocasiona, suspirarle pueda
Quien en ti de su vida perdió tanto.

rasgos de mal gusto, y son, por de contado, mucho mayores en las inscripciones y hieroglyphicos del túmulo, en el indigesto sermón del Dr. Juan Santoyo de Palma, digno de Fr. Gerundio de Campazas, y en las poesías latinas y castellanas con que se adornó el pórtico de la iglesia. Hay acrósticos y centones, dísticos retrógrados, emblemas, sonetos que son á un tiempo latinos y castellanos, laberintos cuyas letras se pueden leer de innumerables maneras, diciendo siempre lo mismo; en suma, todos los primores registrados en Caramuel y en Rengifo. La mayor parte de los poetas latinos (que no son los peores, sin duda porque la imitación directa y aun servil de buenos modelos los contiene) son anónimos: sólo constan los nombres de D. Juan Ramón, Tomás Santiago Concha y Pedro Santiago Concha: las restantes figuran como obras colectivas del colegio de San Pablo de la Compañía de Jesús, del colegio de San Ildelfonso de la orden de San Agustín, y de los estudiantes religiosos del convento grande de Predicadores. Los castellanos son D. Luis de Figueroa Bustamante, el mismo D. Diego de León Pinelo, el Licdo. Pedro Espinosa de los Monteros, el presbítero D. Juan de Villegas, mercenario Fr. Luis Galindo de San Ramón, don Pedro de León Girón, D. Jerónimo Vázquez de Herrera corregidor del Cercado, el agustino Fr. José de la Cruz, el Licdo. D. Francisco Cano Moraly Peralta, el bachiller Lucas de Tapia, el cura rector del puerto de Arica D. Bernardino de Cervantes y Lugo, D. Diego de Velasco, Bernardo Gutiérrez y Torices, el bachiller Baltasar de Cuéllar, el oficial real de la Caja de Lima don Francisco Colmenares de Lara, el capitán Bartolomé de León Atienza, D. Francisco Reinoso, D. Antonio de

Espinel, D. Juan de Buendía y Pastrana colegial de San Martín, D. Juan de Urdaide, el maestro Evia, guayaquileño, á quien ya conocemos, José Antonio Dávila, D. José de Castro Isagaga..... Todos estos oscuros poetas, que debían de ser por entonces lo más florido del Parnaso limeño, compiten entre sí en hinchazón y conceptismo; pero algunos, especialmente Dávila, Figueroa Bustamante y el P. Galindo, versifican con robustez y quizá fueran dignos de haber nacido en época menos infeliz (1).

La prueba de que no faltaban estudios ni ingenio, sino acertada dirección en los unos y recta aplicación en el otro, nos la da el hecho de haber salido precisamente del Perú la mejor y más ingeniosa poética culterana, tan docta y tan aguda que, á no ser la causa pésima y detestable, pudiéramos decir de su defensor con palabras de Virgilio:

Si Pergama dextra

Defendí possent: etiam hac defensa fuissent.

Me refiero al *Apologético* del limeño Dr. Juan de Espinosa Medrano: obrilla estampada en la capital del Perú en 1694, y uno de los frutos más sabrosos de la primitiva literatura criolla (1). Lo que parecería increíble,

(1) Solemnidad Fúnebre y Exequias á la muerte del Catholico y Augustissimo Rei Nuestro Señor D. Felipe IV el Grande, que celebró en la Iglesia Metropolitana la Real Audiencia de Lima, que oi (sic) gobierna en vacante, y mandó imprimir el Real Acuerdo de Gobierno. Con licencia. En la Imprenta de Juan de Quevedo. Año de 1666 (Portada grabada), 4.º Posee ejemplar de este raro libro mi amigo D. José Sancho Rayón.

(1) *Apologético en favor de D. Luis de Góngora, Principe de los Poetas Lyricos de España, contra Manuel de Faria y Sousa, Cavallero portugués, que dedica al Excmo. Sr. D. Luis Méndez de Haro, etc..... Su autor el Dr. Juan de Espi-*

si no supiéramos de sobra lo mucho que ciega á los hombres el espíritu de su tiempo, es que el Dr. Espinosa Medrano, que conocía tan bien la literatura clásica, que escribía por lo general con tanta claridad y llaneza, y mostraba tan buen sentido en la crítica de las aberraciones en que incurrió Manuel de Faria y Sousa en su comentario á Camoens, gastase miseramente tales dotes en componer un *Apologético* del *Polifemo* y de *Las Solledades* de Góngora.

Con mucho donaire y razón se burlaba el doctor limeño de las lucubraciones alegóricas en que tanto sudaba el comentador portugués para obscurecer el clarísimo texto de *Los Lusíadas*: «¿Quién le dixo á Manuel de Faria que los poetas habían de tener misterios? ¿Ó cuándo los halló en Camoens? Debe de querer que una Octava Rima tenga los sentidos de la Escritura, ó que en la corteza de la letra esconda como cláusula canónica otros arcanos recónditos, sacramentos abstrusos, misterios inephables.» Pero en vez de detenerse aquí, como la prudencia pedía, se arrojaba al extremo opuesto y no menos temerario de mirar en la poesía solamente el aspecto exterior y retórico, la pompa de palabras, el aliño de locución, entendiendo torpemente el concepto de la forma: «Alma poética pide Faria en Góngora....

nosa Medrano, Colegial Real en el insigne Seminario de San Antonio el Magno, Catedrático de Artes y Sagrada Theologia, en él: Cura Rector de la Santa Iglesia Cathedral de la ciudad del Cuzco, cabeza de los reinos del Perú en el Nuevo Mundo. Con licencia. En Lima, en la imprenta de Juan de Quevedo y Zárate. Año de 1694, 8.º Con versos laudatorios de D. Francisco de Valverde Maldonado y Xaraba, de D. Diego de Loaysa y Zárate, del Licdo. D. Bernabé Gascón Riquelme, del maestro Juan de Lyra y del maestro Francisco López Mexía.

Si alma llamó las centellas del ardor intelectual, mil almas tiene cada verso suyo, cada concepto mil vivezas.»

Mala defensa tenían los seiscientos y más ejemplos de hipérbaton latinizado que el comentador de Camoens había contado en Góngora; pero Espinosa Medrano, tomando la cuestión muy de raíz, emprendió probar que era atrevimiento insigne y muy digno de alabanza el enriquecer nuestra lengua con los despojos de su madre; no de otro modo que Horacio, *curiosamente feliz*, según la expresión de Petronio, remedió la pobreza de la suya con los tesoros del Ática. «Y amaneció entonces nuestra poesía, de tan divino taller, grande, sublime, alta, teórica, majestuosa y bellísima, digna de mayores ornatos, de pompas mayores.... y quedaron comunes los arreos, indiferentes las galas. Adornáronla entonces con decencia los áureos collares que antes la abrumaban con melindre.» Y si no acertó Juan de Mena en la misma empresa, fué por haberla intentado en un siglo en que estaba la poesía castellana «desceñida, inculta, rústica y humilde, y era risa quererla cargar de los arreos de la latina.... Cadenas de oro que sirvieron de adorno á robusta matrona, colgárselas á musa pueril, más es prenderla que ataviarla.» Buscaba Espinosa en la literatura romana del Imperio los precedentes de la altisonancia y pompa del estilo gongórico, y reconoció, antes que otro alguno, el parentesco estrecho de sangre y temperamento poético entre los cordobeses del primer siglo, y el cordobés de ahora: «Aquel hablar brioso, galante, sonoro y arrogante es quitárselo al ingenio español, quitarle el ingenio y la naturaleza. Luego que las Musas latinas conocieron á los españoles, se dexaron la femenina delicadeza de los italianos, y se pasaron á remedar la bra-

veza hispana.... Y esto no es tan nuevo que no haga cerca de diez y siete siglos que los españoles hablan como españoles.... Y es muy del genio español nadar sobre las ondas de la poesía latina con la superioridad del óleo sobre las aguas.»

He dicho en otra parte, y no me arrepiento de ello, que el *Apologético* de Espinosa es una perla caída en el muladar de la poética culterana. ¿Y quién era este ingenioso, aunque extraviado, preceptista? Conociasele en su tiempo por el vulgar apodo de *El Lunarejo*, á causa de tener, no uno, sino varios lunares en el rostro (1). En el colegio de San Antonio del Cuzco cursó todas las artes y ciencias que allí se enseñaban «desde la ínfima de Gramática hasta la soberana de Theología». Á los doce años tañía con habilidad y despejo diversos instrumentos musicales: á los catorce componía autos y comedias, de las cuales sólo ha quedado un título: *El robo de Proserpina*. A los diez y seis desempeñaba una cátedra de Artes, y en la enseñanza pasó toda su vida, sin que fuesen obstáculo las dignidades eclesiásticas que obtuvo de magistral, tesorero, chantre, y, finalmente, arcediano de la catedral del Cuzco. Andan impresos sermones suyos y otros opúsculos teológicos, en que campean su mucha doctrina y depravado gusto. Parece que escribió también un curso de *Philosophía Tho-*

(1) Hay artículo biográfico de Espinosa Medrano en el excelente *Diccionario Histórico del Perú*, del general Mendiburu, obra la más apreciable de su género que posee ninguna república de América, aunque más atiende á la parte política y militar que á la literaria, y adolece del defecto de no indicar con precisión sus fuentes bibliográficas. (*Diccionario Histórico y Biográfico del Perú*, formado y redactado por Manuel de Mendiburu. Lima, 1874 y sig. 9 vols.)

mística. Sus contemporáneos le veneraron como un oráculo: en vida suya se escribió un libro entero de panegíricos á su nombre con el título, que entonces no parecía irónico, de *Gloria enigmática del Dr. Juan de Espinosa Medrano*. En suma; este sabio y piadoso cuzqueño fué, por decirlo así, como el ensayo ó primera prueba del famoso Peralta Barnuevo, con quien pronto vamos á hacer conocimiento.

Un solo poeta peruano de fines del siglo xvii logró, merced á lo humilde de su condición y al género en que principalmente hubo de ejercitar su travieso ingenio, librarse de la plaga del gongorismo, pero no del conceptismo, ó más bien del equivoquismo rastrero y de la afición á retruécanos y juegos de palabras. Llamóse este festivo poeta D. Juan del Valle y Caviedes, por apodo *El poeta de la Ribera*. Sobre él dejamos la palabra á su descubridor y ferviente panegirista el Sr. Palma, que en 1873 dió á la estampa la colección de los versos de Caviedes, picantes como guindillas (1).

«En 1859 tuvimos la fortuna de que viniera á nuestro poder un manuscrito de enredada y antigua escritura. Era una copia hecha en 1693 de los versos que, bajo el mordedor título de *Diente del Parnaso*, escribió, por los años de 1683 á 1691, un limeño nombrado D. Juan del Valle y Caviedes.

»Caviedes fué hijo de un acaudalado comerciante español, y hasta la edad de veinte años lo mantuvo el padre á su lado, empleándolo en ocupaciones mercantiles. A esa edad enviolo á España; pero á los tres años de

(1) En el tomo v de la muy importante *Colección de Documentos Literarios del Perú*, del coronel Odriozola.

residencia en la metrópoli regresó el joven á Lima, obligado por el fallecimiento del autor de sus días.

»A los veinticuatro años se encontró Caviedes poseedor de modesta fortuna, y echóse á triunfar y darse vida de calavera, con gran detrimento de la herencia y no poco de la salud. Hasta entonces no se le había ocurrido nunca escribir versos; y fué en 1681 cuando vino á darse cuenta de que en su cerebro ardía el fuego de la inspiración.

»Convaleciente de una grave enfermedad, fruto de sus excesos, resolvió reformar su conducta. Casóse, y con los restos de su fortuna puso, en una de las covachuelas ó tenduchos vecinos al palacio de los Virreyes, lo que en esos tiempos se llamaba un *cajón de ribera*, especie de arca de Noé, donde se vendían al menudeo mil baratijas.

»Pocos años después quedó viudo; y *el poeta de la ribera* (apodo con que era generalmente conocido), por consolar su pena, se dió al abuso de las bebidas alcohólicas, que remataron con él en 1692, antes de cumplir los cuarenta años, como él mismo lo presentía en uno de sus más galanos romances.

»Por entonces era costosísima la impresión de un libro, y los versos de Caviedes volaban manuscritos de mano en mano, dando justa reputación al poeta. Después de su muerte fueron infinitas las copias que se sacaron de los dos libros que escribió, titulados *Diente del Parnaso* y *Poetas Varias*. En Lima, además del manuscrito que poseíamos, y que nos fué sustraído con otros papeles curiosos, hemos visto en bibliotecas particulares tres copias de estas obras, y en Valparaíso, en 1862, tuvimos ocasión de examinar otra en la colec-

ción de manuscritos americanos que posee el bibliófilo D. Gregorio Beeche.

»Caviedes ha sido un poeta bien desgraciado. Muchas veces hemos encontrado versos suyos en periódicos del Perú y del extranjero, anónimos ó suscritos por algún pelafustán. En vida fué Caviedes víctima de los médicos empíricos, y en muerte vino á serlo de la piratería literaria. Coleccionar hoy sus obras es practicar un acto de honrada reivindicación.....

»El bibliotecario de Lima D. Manuel de Odriozola, que tan útilmente sirve á la historia y á la literatura patrias dando á la estampa documentos poco ó nada conocidos, es poseedor de una copia de los versos de Caviedes hecha en 1694.....

»Caviedes no se contaminó con las extravagancias y el mal gusto de su época, en que no hubo alumno de Apolo que no pagase tributo al gongorismo. En la regocijada musa de nuestro compatriota no hay ese alambicamiento culterano, esa manía de lucir erudición indigesta, que afea tanto las producciones de los mejores ingenios del siglo xvii. A Caviedes lo salvarán de hundirse en el osario de las vulgaridades la sencillez y naturalidad de sus versos y la ninguna pretensión de sentar plaza de sabio. Décimas y romances tiene Caviedes tan frescos, tan castizos, que parecen escritos en nuestros días..... En el género festivo y epigramático no ha producido hasta hoy la América española un poeta que aventaje á Caviedes. Tal es nuestra conciencia literaria. Las galanas espinelas á un médico corcovado, á quien llama *más doblado que capa de pobre cuando nueva*, y

Más torcido que una ley
Cuándo no quieren que sirva;

el sabroso coloquio entre la Muerte y un doctor moribundo; el repiqueteado romance á la bella Anarda, y otras muchas de sus composiciones, no serían desdeñadas por el inmortal vate de la sátira contra el matrimonio.»

Reconoce Palma que los romances de Caviedes están afeados por gran número de expresiones groseras y malsonantes y de imágenes feas y nauseabundas: consecuencia, en parte, de los temas que, con predilección, cultivó el poeta, acérrimo fustigador de la pedantería de los medicastros que infestaban la colonia. Pero con todos sus defectos de pulcritud y de gusto, con todos sus resabios de poeta callejero y desmandado, Caviedes no debe ser confundido entre la turbamulta de los imitadores de Quevedo que pululaban en España y sus colonias á fines del siglo xvii y principios del xviii, y si es hipóbole notoria compararle con su modelo, de quien no tiene ni la penetrante intención, ni la intensa y amarga ironía, ni la varia y copiosa doctrina, ni la vasta concepción cómico-fantástica del mundo, ni el raudal inagotable de lengua, ni las portentosas invenciones de estilo, todavía se le debe un puesto honroso entre los poetas picarescos y provocantes á risa, en el coro de Camargo y Zárate, Fr. Damián Cornejo, Gerardo Lobo y D. Diego de Torres.

Lazo entre la literatura peruana del siglo xvii y la del xviii fué la tertulia ó academia que en su palacio reunía por los años de 1709 y 1710 el Virrey Marqués de Castell-dos-Rius (D. Manuel Oms de Santa Pau de Sentmanat y Lanuza), antiguo embajador en París y en Lisboa, y aunque catalán, ardiente partidario de la causa de Felipe V. Consérvanse las actas de estas re-

uniones literarias en un códice titulado *Flor de Academias*, que posee D. Pascual de Gayangos, y del cual nos ha dado peregrinas noticias el diligentísimo historiador de nuestra poesía del siglo XVIII D. Leopoldo Augusto de Cueto, marqués de Valmar. Los principales ingenios que concurrían á leer versos en esta academia eran: el presbítero D. Miguel Sáenz Cascante; el Padre maestro Fr. Agustín Sanz, Vicario de los Mínimos, calificador del Santo Oficio, confesor y consultor del Virrey; el Marqués de Brenes (D. Juan Eustaquio Vicentelo y Toledo), que había sido gobernador y capitán general de Tierra Firme; el Alguacil mayor de la Real Audiencia de Lima, D. Pedro José Bermúdez de la Torre; el Secretario del Virrey, D. Juan Manuel de Rojas y Solórzano, caballero de Santiago; el celeberrimo Dr. Peralta Barnuevo, catedrático de prima de Matemáticas en la Universidad, cosmógrafo é ingeniero mayor de los reinos del Perú; el festivo entremesista, D. Jerónimo de Monforte; el Marqués del Villar del Tajo, general de la mar del Sur; el Conde de la Granja D. Luis Antonio de Oviedo y Herrera, gobernador de la provincia del Potosí.

«El mal gusto de la época (dice el Sr. Cueto) rebosa en esta abundante colección de versos artificiales y conceptuosos..... Pero acaso por el aislamiento en que vivían los poetas en aquellas apartadas regiones, el *cultismo* ni subió allí á las nebulosas alturas de los Góngoras, ni descendió á la ruin y repugnante esfera de los Montoros. Los asuntos académicos son unas veces nobles y naturales, como, por ejemplo, á la victoria alcanzada por Felipe V en la batalla de Luzzara; otras, las más, son de aquellos que ponen en prensa el ingenio y

provocan los juegos de metro y de palabra, los retruécanos y los conceptos. Ya expresan el rendimiento de amor á una dama, en redondillas, con la obligación de acabar cada una de ellas con un título de comedia; ya discurren sobre lo que bordaba Penélope en su famosa tela, ó sobre cuál es defecto más tolerable en la mujer propia, la necedad ó la fealdad; ya pintan á una dama en un romance con la precisión de haber de constar cada copla de un título de comedia, de otro de un libro, del nombre de una calle de Madrid ó Lima y de un refrán; ya, en fin, escriben romances que son al mismo tiempo latinos y españoles. En medio de estas y otras extravagancias semejantes, asoma á menudo la fantasía viva y fecunda de aquellos ingenios extraviados. El Virrey tenía en su palacio un salón dispuesto para representaciones dramáticas. En algunas ocasiones se improvisaban comedias. Las reuniones empezaban con música, y el magnate mismo no se desdeñaba de tocar la guitarra delante de aquellos poetas, amigos suyos predilectos, que si bien libres, traviosos y conceptuosos, no son en sus versos ni licenciosos ni chocarreros» (1).

A esta pintura, trazada de mano maestra, conviene añadir algunos rasgos individuales de los principales poetas. El Marqués de Castell-dos-Rius dió culto á las musas dramáticas, y además de varias loas insertas en el códice, sábese que compuso é hizo representar en su teatro privado una tragedia, ó más bien ópera, *El Perseo*, de la cual dice Peralta Barnuevo, en una de las notas de su poema *Lima Fundada*, que «tenía ar-

(1) *Historia Crítica de la Poesía Castellana en el siglo XVIII..... Tercera edición, corregida y aumentada. Tomo I..... Madrid, Rivadeneyra, 1893 (t. xcvi) de la Colección de Escritores Castellanos*, páginas 83-91.

moniosa música, preciosos trajes y hermosas decoraciones, y que en ella mostró el Virrey, no sólo la elegancia de su genio poético, sino la grandeza de su ánimo y el celo de su amor».

«Tenía el Marqués perverso gusto poético (advierde el Sr. Cueto). Él es quien ponía á los asuntos académicos, en sus tertulias literarias, tantas pueriles dificultades métricas, indignas de la verdadera poesía; y se trasluce en la *Noticia proemial* de la *Flor de Academias* que el culto y elegante Virrey blasonaba de que en la suya «se habían hecho usuales los primores más difíciles» y «que continuamente se componían allí poesías, ya *retrógradas*, ya con *ecos*, *paranomasias*, y otras «delicadas armonías y artificiosas elegancias» (1).

(1) Ampliando las noticias contenidas en su libro, nos ha facilitado nuestro ilustre compañero el Sr. de Cueto las muy interesantes notas que publicamos á continuación:

—CASTELL-DOS-RIUS (D. Manuel de Oms y de Santa Pau, Marqués de) Natural de Cataluña; Grande de España; Virrey del reino de Mallorca; Embajador en Portugal y en Francia. Murió en Lima, á los sesenta años de su edad, el día 24 de Abril de 1710, siendo virrey, gobernador y capitán general de los reinos del Perú, Tierra-Firme y Chile.

Flor de Academias, que contiene las que se celebraron en el Real Palacio de esta corte de Lima, en el gabinete del Excmo. Sr. D. Manuel de Oms y de Santa Pau, Olim de Sentmanat y de Lanuza, Marqués de Castell-dos-Rius..... desde el lunes 23 de Septiembre del año de 1709 hasta el 24 de Abril de 1710.—Es un códice de 206 hojas, perteneciente á la preciosa colección de manuscritos del Sr. D. Pascual de Gayangos.

En este códice hay poesías de varios ingenios, y algunas del Virrey. Todas conceptuosas, como de aquel tiempo. Para dar alguna idea de aquellas tertulias poéticas, copiaremos algunas palabras de la *Noticia proemial* de la *Flor de Academias*:

«Determinó (el Virrey) celebrar en su gabinete todos los lunes por la noche una academia, compuesta de aquellos caballeros sus más favorecidos y estimados, y que más inmediatamente y con mayor afecto le asistian.... El orden que observó S. E. en las primeras academias fué dar á todos los ingenios un mismo asunto, á que compusiesen de repente, señalándoles

Don Jerónimo de Monforte y Vera, poeta aragonés, se distinguía especialmente en la improvisación burlesca, y hay en el códice *Flor de Academias* muchas muestras de su jovial ingenio. En el prólogo se dice, hablando de él: «Muy favorecido de las musas festivas,

también el metro en que habían de escribir, y un breve espacio de tiempo para correr la pluma en su desempeño.

»Precedía á la composición poética la dulce armonía. Música formada de diestras escogidas voces y varios sonoros instrumentos. Ostentaba el regio camarín, en el aparato magnífico de su opulencia, los preciosos adornos que entre el lucimiento y la curiosidad dilataban los ánimos en el gusto y la admiración....

»Á la ingeniosa tarea de las obras que se componían de repente, añadió su Excelencia la de que se hiciesen juntamente otras de pensado para traerlas el lunes siguiente....

»Su Excelencia había cultivado la claridad de su entendimiento con el continuo estudio de todas las letras que ilustran el ánimo de un generoso príncipe, y con el político manejo de sus altos empleos. Ninguna lengua de las célebres le fué extranjera.

»Lo que en todas las academias se escribió es lo que contiene este libro. Pero era mucho más lo que se decía extemporáneamente á diferentes asuntos y argumentos que ofrecían la conversación, el acaso ó la controversia de diferentes materias, facultades y noticias, con admirable propiedad en la inteligencia de la filosofía, y matemáticas, jurisprudencia, teología, historia, poética y razón de estado: usando en todo de rara novedad, sin que jamás se oyese composición ordinaria ó común.... S. E. y los demás ingenios habían hecho usuales los primores más difíciles.... En algunas ocasiones se vió tejida entre S. E. y los demás concurrentes una representación cómica en todos los rigores y preceptos del arte....

»Juzgo que en este libro ofrezco á la discreción una joya muy rica, compuesta de peregrinas preciosidades, reservando para otro tomo las demás obras poéticas de S. E., y para otro las que se escribieron en los festejos cómicos para la celebridad de todas las Reales fiestas, y años de Sus Majestades y nacimiento de nuestro Príncipe; y en ese tomo ofrezco todas las loas que escribieron alternadamente S. E. y el Dr. D. Pedro José Bermúdez.»

Á la muerte del Marqués de Castell-dos Rius, llorada sinceramente en Lima, escribieron versos varios ingenios del Perú. En el manuscrito *Flor de Academias* hay composiciones consagradas á su gloriosa memoria, de D. Pedro Bermúdez de la Torre, del Ldo. D. Miguel Cascante, del Marqués de Brenes, del Conde de la Granja, de D. Juan José Bermúdez, de D. Mateo

que le han inspirado las agradables poesías con que se han visto acreditados sus desvelos en los más plausibles teatros de la Europa y en los más célebres Liceos de la América.» Residió muchos años en Lima. Con el título de *El amor duende*, escribió un sainete que fué repre-

Mariano Bermúdez, de D. Pedro de Peralta, de D. Francisco Santos de la Paz, de D. Jerónimo de Monforte y del capitán D. Diego Rodríguez de Guzmán.

Como muestra de esta poesía ingeniosa, pero desigual, enredada y conceptuosa, pondremos aquí un soneto del Conde de la Granja:

Á LA MUERTE DEL MARQUÉS DE CASTELL-DOS-RIUS, VIRREY DEL PERÚ.

Canto: bien que no sé si canto ó lloro,
Aun en sombras, la muerte esclarecida
De un héroe que dió vida con su vida
Á ciencias y artes, y al castalio coro.
Varón de un siglo en que volvió el de oro,
Pues gobernó con rienda tan medida,
Que en la razón á la justicia unida
Cifró del mando el principal decoro.
Discreto fué sin presunción de sabio:
Supo hermanar con su saber su suerte,
Supo lo que en mortal junto no cupo.
Igualó al de Demóstenes su labio;
¿Qué no supo él?... Él supo hasta en la muerte
Lo más que hay que saber, pues morir supo.

—ROJAS Y SOLÓRZANO (D. Juan Manuel de). Caballero de la Orden de Santiago, Secretario del Virrey del Perú.

Era este ingenio de los que tomaban mayor parte en las academias poéticas que se celebraban en Lima en el palacio del Marqués de Castell-dos-Rius (1709 y 1710). En el código *Flor de Academias* hay muchas poesías suyas. Tenía viva fantasía, y es tal vez uno de los poetas malogrados por el perverso gusto de la época. Creemos oportuno dar aquí una muestra de su estilo.

Era el 19 de Diciembre de 1709. La academia había de ser aquella noche más solemne y espléndida que de ordinario. Estaba consagrada á celebrar los años del rey Felipe V. Dióse principio á la función con una *oración académica* de carácter fantástico, que fué recitada por D. Juan de Rojas, al son de una música suave. Así empieza esta oración poética:

sentado en el Callao, en 1725, por la familia del Virrey Marqués de Castel-Fuerte, para celebrar la proclamación del rey Luis I. En la *Fama póstuma*, de Sor Juana Inés de la Cruz (1700), hay una elegía de Monforte, y son casi los únicos versos serios suyos que conocemos.

¡Ah de la sacra mansión!
¡Ah del celeste pensil!
Mi acento escuchad,
Mi voz oid,
Y al obsequio plausible concurra
De alados ingenios la turba sutil.
Mirad, advertid
Que hoy el voto y el culto promete
Á osados alientos el premio feliz

.....
Hoy la noche se goce triunfante,
Pues vagas sus sombras pudieron unir
En mejor firmamento los astros
Que en ella brillantes se miran lucir.
Del aplauso las voces sonoras
Escuche suspenso el celeste confín,
Y del tiempo sus ecos heroicos
En bronces eternos estampe el buril.
.....

Después pide el poeta á Apolo su favorable influjo en varias estrofas. He aquí algunas de ellas:

.....
Ya que mi torpe diestra herir no sabe
Plectro armonioso, cítara elocuente,
Permítele pulsar hoy la cadente
Lira suave.
Haz que el monte en mi voz glorias blasone,
Triunfando del empeño victoriosa,
Y que mi tosca sien la desdefiosa
Dafne corone.
Haz que mi helado espíritu se influya
Del rayo que á tu espíritu merezca,
Y brille en él de suerte que parezca
Dádiva tuya.
.....

El Conde de la Granja, D. Luis Antonio de Oviedo y Herrera, fué natural de Madrid, y Álvarez Baena le incluye entre sus hijos ilustres; pero por afecto y larga residencia pertenece al Perú, donde se avecinó definitivamente después de haber sido gobernador de la provincia del Potosí. Nos quedan, como principales muestras de su numen, el *Poema sacro de la Pasión de N. S. Jesuchristo*, que es un larguísimo romance, quizá el más largo que existe en castellano, á excepción de la *Vida de la Virgen*, de D. Antonio de Mendoza;

Después canta en octavas reales algunas aventuras de Apolo, y, al referir la fuga de Dafné, proclama la excelencia del amor del corazón en esta notable octava:

¡Oh vil pasión del apetito humano,
Grosera adulación de los sentidos,
Que igualas lo vulgar y soberano
Cuando formas dichosos de atrevidos!
Vuelve los ojos, y verás que ufano
Burla el desdén arrojos fementidos;
Que amor, si un alma en conquistar se esfuerza,
La vence por constancia, no por fuerza.

—BERMÚDEZ DE LA TORRE Y SOLIER (D. Pedro José). Doctor en ambos derechos; Alguacil Mayor de la Real Audiencia de Lima.

Uno de los poetas más abundantes é ingeniosos de aquellos que constituían la tertulia poética del Virrey del Perú en los años de 1709 y 1710. El códice *Flor de Academias* dice del Dr. D. Pedro Bermúdez estas palabras: «Sus obras, estimadas aun en distantes climas, excusan mi alabanza.»

Nada impreso hemos visto de este poeta, á excepción de estas tres obras: Soneto destinado á ensalzar un mal poema de D. Francisco Santos de la Paz en elogio del Obispo de Quito, Virrey del Perú, D. Diego Ladrón de Guevara;

Aclamación afectuosa, en aplauso de la heroica acción que ejecutó el Serenísimo señor Príncipe de Asturias matando á un toro en un bosque poco distante de la ciudad de Sevilla en defensa de la Princesa nuestra señora, el año pasado 1729.—

Es un romance endecasílabo, impreso en Lima en 1730;

Un soneto al mismo asunto.

Escribió varias loas.

y otro poema, mucho más conocido y celebrado, en octavas reales, que tiene por asunto la *Vida de Santa Rosa de Lima*, patrona del Perú (1). En calidad de tal poema, sin ser una maravilla, no es de las peores y más monstruosas obras de su género y de su tiempo, y sería grave ofensa compararle con la *Hernandía*, con *La elocuencia del silencio* y aun con *Lima Fundada*. El Conde de la Granja tiene más fantasía y versifica mejor que Peralta Barnuevo: la parte descriptiva es amena y se lee con gusto. Pero su mérito literario, al fin mediocre, no salvaría el libro del olvido, si no fuese de gran curiosidad histórica, no sólo porque se refiere á la vida de la Santa más popular del mundo americano, sino por lo mucho que incluye de topografía é historia general del Perú. En este sentido tiene un valor local inapreciable.

(1) *Poema sacro de la Pasión de N. S. Jesuchristo, que en un romance castellano, dividido en siete Estaciones, escribía D. Luis Antonio de Oviedo Herrera y Rueda.* Lima, Francisco Sobrino, 1717; 4.^o

Vida de Santa Rosa de Santa María, natural de Lima y patrona del Perú, poema heroico, por D. Luis Antonio de Oviedo y Herrera, Caballero del Orden de Santiago, Conde de la Granja.... En Madrid, por Juan García Infanzón, año de 1711; 4.^o El poema tiene doce cantos. Las aprobaciones del libro son extensas é interesantes. Los versos laudatorios, latinos y castellanos, pertenecen al P. José Francisco de la Reguera, prefecto de los Estudios Reales de Latinidad en el Colegio Imperial de Madrid; al Marqués de Miana, consejero de Indias; á los dos famosos poetas dramáticos Zamora y Cañizares, al P. jesuita José Rodríguez, á D. Pedro de Urquiza y á un hijo del autor llamado como su padre.

En la segunda edición de este poema, hecha en Lima en 1867 por el presbítero M. T. González La Rosa, se cometió el desacierto de suprimir las 82 páginas de preliminares.

Para hacerse cargo de la copiosa literatura antigua y moderna relativa á Santa Rosa de Lima, véase el esmerado *Estudio Bibliográfico* de D. Félix Cipriano C. Zegarra, publicado en 1886 con motivo del tercer centenario de la Santa. Á 276 llegan las obras, de diversos países y lenguas, que directa ó incidentalmente tratan de la Santa, con ser ésta tan moderna.

La descripción que en el primer canto se hace de las fábricas de la ciudad de Lima y fertilidad de sus valles; la valiente pintura de una erupción del Pichincha en el canto sexto; el relato de las expediciones piráticas de los corsarios ingleses y holandeses, el Draque, los dos Aquines y Espilberghen; el catálogo rimado de los principales apellidos de la colonia, y otras muchas curiosidades que el libro contiene, le hacen digno de ser registrado por todo americanista; y hasta el mero aficionado á la poesía le hojea sin fastidio, recreado por la viva imaginación del autor, que le inspira máquinas é invenciones de carácter bastante original y romántico, como la historia del mágico Bircadma y del Inca Yupangui, encadenado por fatídico decreto á un risco de los Andes.

Inferior al Conde de la Granja como poeta, pero muy superior á todos los peruanos y á la mayor parte de los españoles de su tiempo por las muestras de su saber enciclopédico y el número y variedad de sus escritos, se nos presenta el famoso polígrafo D. Pedro de Peralta Barnuevo, monstruo de erudición, de quien sus contemporáneos escribieron las cosas más extraordinarias. Valga por muchos el testimonio del P. Feijoo en su discurso sobre *Espanoles americanos* (tomo iv, discurso 6.º del *Teatro crítico*): «En Lima reside D. Pedro de Peralta y Barnuevo, catedrático de prima de Matemáticas, ingeniero y cosmógrafo mayor de aquel reino: sujeto de quien no se puede hablar sin admiración, pues que apenas (ni aun apenas) se hallará en toda Europa hombre alguno de superiores talentos y erudición. Sabe con perfección ocho lenguas, y en todas ocho versifica con notable elegancia. Tengo un librito que poco ha compuso, describiendo las honras del señor Duque de

»Parma, que se hicieron en Lima. Está bellamente escrito, y hay en él varios versos suyos harto buenos, en latín, italiano y español. Es profundo matemático, en cuya facultad ó facultades logra altos créditos entre los eruditos de otras naciones, pues ha merecido que la Academia Real de las Ciencias de París estampase en su historia algunas observaciones de eclipses, que ha remitido. Es historiador consumado, tanto en lo antiguo como en lo moderno, de modo que sin recurrir á más libros de los que tiene impresos en la bibliotheca de su memoria, satisface prontamente á cuantas preguntas se le hacen en materia de historia; sabe con perfección (aquella de que el presente estado de estas Facultades es capaz) la Filosofía, la Química, la Botánica, la Anatomía y la Medicina. Tiene hoy (es decir, en 1730 en que Feijoo escribía esto) sesenta y ocho años ó algo más. En esta edad ejerce con sumo acierto, no sólo los empleos que hemos dicho arriba, mas también el de contador de Cuentas y particiones de la Real Audiencia y demás tribunales de la ciudad, á que añade la presidencia de una Academia de Matemáticas y Eloquencia que formó á sus expensas. Una erudición tan vasta es acompañada de una critica exquisita, de un juicio exactísimo, de una agilidad y claridad en concebir y explicarse admirables. Todo este cúmulo de dotes excelentes resplandecen y tienen perfecto uso en la edad casi septuagenaria de este esclarecido criollo.»

¿Qué es lo que la posteridad ha dejado en pie de la fama cuasi mitológica de Peralta Barnuevo, atestiguada por hombre de tan independiente y severo juicio como el P. Feijoo, tan mal avenido con los errores de la opinión vulgar? Cuesta trabajo decirlo: poco más que un

nombre que no despierta ya eco ninguno de gloria literaria. Sus obras no se leen ni en América ni en España, y como muchas son raras, y no creo que ninguna biblioteca las posea todas ni nadie las haya visto juntas, es posible que en algunas de ellas, especialmente en las de índole científica, que han sido hasta ahora las menos estudiadas, se contenga algo muy importante y que deje bien parado el entusiasmo del P. Feijoo. Desgraciadamente, como historiador y como poeta, sus obras son bastante conocidas para que pueda ser juzgado sin remisión. Su erudición era estupenda sin duda, pero indigesta y de mal gusto: su criterio histórico de los más inciertos y extravagantes: su estilo en prosa y en verso enfático, cespado y campanudo, con todos los vicios de la decadencia literaria, que después del advenimiento de Luzán y de Feijoo no eran ya tolerables, ni aun en una remota colonia, de parte de un hombre que estaba en correspondencia con las principales academias de Europa. Sus obras, entre grandes y pequeñas, suman el número de 48 y él ó sus panegiristas tuvieron la extravagante idea de ponerlas por el orden de las letras de su nombre y apellidos, de modo que reuniendo las primeras letras de cada título lee uno de corrido: *El doctor Don Pedro de Peralta Barnuevo Rocha y Benavides*. Hay entre ellas *Observaciones astronómicas, Regulación del tiempo en treinta y cinco efemérides, Observaciones náuticas, un Sistema astrológico demostrativo, una Aritmética especulativa, un plan de fortificaciones para Buenos Aires y otro para Lima, hasta convertirla en inexpugnable; y otros tratados de Matemáticas, ingeniería y arte militar; uno de metalurgia, Nuevo beneficio de metales; otro Del origen de los monstruos; varios informes jurídicos, un*

Arte de ortografía, numerosas oraciones universitarias que pronunció siendo Rector, relaciones del gobierno de los virreyes Castel Fuerte y Conde de la Monclova, y, finalmente (y citaremos casi íntegra la fastidiosa portada, porque da cabal razón del contenido), la Historia de España vindicada, en que se hace su más exacta descripción, la de sus excelencias y antiguas riquezas: se prueba su población, lengua y reyes verdaderos primitivos, su conquista y gobierno por los carthagineses y romanos: se describe la verdadera Cantabria: se fijan las más ciertas épocas ó raíces del Nacimiento y Muerte de Nuestro Salvador: se defiende irrefragablemente la venida del Apóstol Santiago, la aparición de Nuestra Señora al Santo en el Pilar de Zaragoza, y las traslaciones de su sagrado cuerpo: se vindica su historia primitiva eclesiástica, la de San Saturnino, San Fermín, Osio y otros sucesos: se refieren las persecuciones, los mártires y demás santos, los Concilios y Progressos de su Religión hasta el siglo sexto: la historia de los emperadores y de los grandes varones: el origen é imperio de los Godos (Lima, 1730). Libro es este de más aparato que sustancia, y del cual puede prescindir sin gran trabajo el estudioso investigador de las cosas de la España Antigua, pues si bien es cierto que Peralta aplica y maneja con desembarazo los textos clásicos, y acierta en algunas cuestiones geográficas, como la del sitio de Cantabria, y combate con vigor los falsos cronicones; también lo es que en muchas otras cosas se muestra crédulo en demasía, acepta todo género de patrañas sobre los reyes fabulosos, y pasa dócilmente por todas las tradiciones de nuestra primitiva historia eclesiástica, á las cuales ya Ferreras y otros habían puesto tantos repa-

ros. De aquí el olvido en que cayó muy pronto el libro, y lo poco que se le cita y consulta. En visperas de la *España Sagrada* era ya un producto anacrónico.

La obra poética más considerable de Peralta Barnuevo, y la única que todavía tiene algún lector, no á título de poema, sino de libro de historia americana, es *Lima Fundada ó Conquista del Perú: Poema heroico en que se decanta toda la historia del descubrimiento y sujeción de sus provincias por D. Francisco Pizarro, y se contiene la serie de los Reyes, la historia de los Virreyes y Arzobispos que ha tenido, y la memoria de los Santos y Varones ilustres que la Ciudad y Reyno han producido* (1). Y, hablando con entera propiedad, no puede decirse que se lea el poema, que es una mezcla extraña de gongorismo y de prosaísmo, reuniendo en sí las dos contrarias aberraciones del siglo xvii y del xviii, para que ningún rasgo de mal gusto le falte. Lo que se lee son las copiosas notas históricas y genealógicas que recargan las márgenes.

Fué también Peralta Barnuevo poeta dramático, y bastante más feliz que en lo épico. Tenemos á la vista un códice de sus obras teatrales, perteneciente á la rica colección de nuestro amigo D. José Sancho Rayón. En esta limpia y esmerada copia, que en el tejuelo se rotula *Comedias del Fénix Americano*, son tres las piezas incluidas: *Triunfos de amor y poder*, comedia mitológica, cuyo asunto son las transformaciones de la

(1) Lima, por Francisco Sobrino y Dados, 1732. Dos vols. 4.º Versos laudatorios de Angel Ventura Calderón, Antonio Sancho Dávila Bermúdez de Castilla, Miguel Mudarra de la Serna Roldán, Francisco de Robles y Maldonado y José Bernal. Este poema ha sido reimpresso en el tomo I de la *Colección de documentos literarios* del Coronel Odriozola.

ninfa Io y de Argos el vigilante, entremezcladas con los amores de Hipomenes y Atalanta; *Afectos vencen finezas*, comedia calderoniana por el gusto de la de *Afectos de odio y amor*, ó la de *Duelos de amor y lealtad*; *Rodoguna*, que es la tragedia de Corneille acomodada á las condiciones del teatro español con bastante destreza, harto mayor que la que mostró Cañizares en su imitación de la *Ifigenia* de Racine. Cada una de estas piezas lleva su loa, constando en la primera de ellas que la comedia *Triunfos de amor y poder* fué representada por orden del Excmo. Sr. D. Diego Ladrón de Guevara, obispo de Quito y virrey del Perú, en celebración de la victoria obtenida por las armas de Felipe V en los campos de Villaviciosa el año de 1710, y que *Afectos vencen finezas* sirvió para festejar los años de otro Virrey, el Arzobispo de la Plata D. Diego Morcillo Rubio de Auñón. Completan el ramillete dos fines de fiesta y un entremés, con imitaciones visibles de Molière en *Le Médecin malgré lui* y en *Les Femmes Savantes* (1). Este tomo debía publicarse íntegro, no sólo porque los versos cómicos y trágicos de Peralta Barnuevo valen harto más que sus octavas épicas, sino por ser sus obras de las más antiguas que en nuestro teatro iniciaron la imitación del teatro francés, y la *Rodoguna* probablemente anterior al *Cinna* del Marqués de San Juan, que se imprimió en 1713, y que de seguro no fué destinada á las tablas, ¡al paso que de la *Rodo-*

(1) Por el mismo tiempo, un desconocido poeta de Lima, llamado Villalta, terminó la comedia *Amor es arte de amar*, de la cual D. Antonio de Solís había dejado únicamente escrita parte de la primera jornada. También posee esta continuación inédita el Sr. Sancho Rayón.

guna sabemos que se representó en Lima, y tenía todas las condiciones necesarias para la escena.

La celebridad literaria de Peralta Barnuevo, el cargo que varias veces tuvo de Rector de la Universidad de San Marcos y su propia afición á todo lo aparatoso y rimbombante, le convirtieron en obligado cronista de todos los festejos y fúnebres solemnidades de su tiempo, y proveedor incansable y polígloto de versos é inscripciones para ellos. En este lamentable género de literatura compiló sucesivamente los raros libros que llevan por títulos: *Lima triunfante*; *Glorias de la América*, *juegos pythios y júbilos de la Minerva peruana*, en la entrada solemne del Marqués de Castell-dos-Rius (1708); el *Panegírico y poesías con que se celebró la fausta feliz acción del recibimiento en las Escuelas del Virrey Príncipe de Santo Buono* (1716); *El Templo de la Fama vindicado*, y unas estancias panegíricas en italiano al Cardenal Alberoni (1720); los *Júbilos de Lima y fiestas reales en los casamientos del Príncipe D. Luis* (después Luis I) *y de la Princesa de Orleans* (1723); la *Fúnebre pompa en las exequias del Duque de Parma* (1728); *El Cielo en el Parnaso*, certamen poético con que la Universidad de Lima festejó al Virrey Marqués de Villagarcía en 1736; *La Galería de la Omnipotencia*, con motivo de la canonización de Santo Toribio Alfonso de Mogrovejo; la *Relación de la sacra festiva pompa en acción de gracias por la exaltación á la cardenalicia dignidad de D. Gaspar de Molina* (1739), y seguramente otras de que no tenemos noticia.

Era el poeta laureado de los Virreyes y no se daba punto de reposo para hilvanar versos de circunstancias

no sólo en castellano, sino en latín, en italiano y en francés: su vena adulatoria y estafalaria llegó á un extremo casi de demencia cuando compuso el elogio del Virrey Armendáriz, Marqués de Castel-Fuerte, sin emplear en todo su discurso más letra vocal que la *A*. ¡Lástima de estudios tan torpemente malogrados! (1).

El ejemplo de Peralta Barnuevo, doblemente deplorable por los sólidos méritos de su varia doctrina, contagió á todos los poetas de certamen, que en número prodigioso hicieron rechinar las prensas de Lima con sus abortos durante todo el siglo pasado. No hubo suceso próspero ó infeliz que no se solemnizase con ridículos versos. La colección de estas antologías es manjar regalado para los bibliófilos; y el breve catálogo que de algunas de ellas presentamos en nota bastará á indicar, por la sola extravagancia de los títulos, lo depravado y absurdo de su contenido. Figuran en estos centones bastantes poetisas: Doña Violante de Cisneros, monja definidora en el monasterio de la Concepción; Doña María Manuela Carrillo de Andrade y Sotomayor, llamada en su tiempo *la Limana Musa*; Sor Rosa Corvalán; Doña Rosalía de Astudillo y Herrera; Doña Josefa Bravo de Lagunas, abadesa de Santa Clara, autora de un soneto, no malo, á la muerte de la reina Bárbara, del cual son estos tercetos:

Descansa en paz, pues tu virtud me avisa
La corona mejor que te declara
El que allá en las estrellas te eterniza;
Que á mí para seguirte me prepara
El religioso saco en su ceniza
Del fin postrero la verdad más clara.

(1) Sobre Peralta Barnuevo publicó un importante estudio en la *Revista del Plata* (tomos VIII, IX y X) D. Juan María Gutiérrez.

Pero es maravilla encontrar en medio de tal fárrago alguna cosa racional: hay octavas en que todas las palabras empiezan con la letra C:

¡Cielos! Cómo canciones cantaremos
Con corazones casi consumidos.....

versos en metáfora de música y en metáfora de imprenta; y se hace, sobre todo, grande ostentación de metrificar en diversidad de lenguas: en la *Parentación solemne de la reina María Amalia de Sajonia* (1761) se emplean no sólo el latín, italiano y francés, sino el inglés, el alemán, el húngaro, el portugués, el catalán, el vascuence, el quichua y el dialecto de los indios de Moxos. Muchas cosas se enseñaban en la Universidad de San Marcos y en los colegios de la Compañía de Jesús; lo único que no se enseñaba era el buen gusto (1). Estas coronas

(1) *Parentación Real al Soberano nombre é inmortal memoria del católico Rey de las Españas y Emperador de las Indias..... D. Carlos II, finebre solemneidad y suntuoso mausoleo que en sus reales exequias en la Iglesia Metropolitana de Lima consagró á sus piadosos manes el Excelentísimo Señor D. Melchor Portocarrero Laso de la Vega..... Virrey, Gobernador y Capitán general de estos reinos y provincias del Perú, Tierra Firme y Chile. Escribela de orden de Su Excelencia el R. P. M. Fr. José de Buendía, de la Compañía de Jesús. En la Imprenta Real del Santo Oficio y de la Santa Cruzada. Año de 1701. (Con una lámina que representa el túmulo).*

Hay versos de veintiocho ó treinta poetas, todos obscurísimos, á excepción de Peralta Barnuevo.

—*Aplauso reverente y afectuoso de la Universidad de San Marcos á D. Diego Ladrón de Guevara, 1711.*

—*El Sol en el Zodiaco. Certamen poético en el solemne, triunfal recibimiento de D. Carmine Nicolás Caracholo, Príncipe de Santo Buono, 1717.*

—*Cartel del certamen. El Theatro heroico. Certamen poético de la Universidad al recibimiento de D. Diego Morcillo Rubio de Auñón, 1720.*

—*Cartel del certamen. El Júpiter Olímpico. Para la festiva celebración poética de la Universidad á Morcillo Rubio de Auñón, 1720.*

—*Elisio peruano. Solemnidades heroicas y festivas demostraciones de júbilos*

poéticas son, por decirlo así, las postreras heces del culteranismo, que en las colonias mantuvo su dominación medio siglo más que en la península.

Fué de los últimos y más disparatados poetas de ocasión un mozo andaluz, de bastante chispa, pero todavía

que se han logrado en la muy Noble y muy Leal Ciudad de los Reyes, Lima, en la aclamación de D. Luis Primero, N. S. Las resume D. Gerónimo Fernández de Castro y Bocángel. Lima, por Francisco Sobrino, 1725. Tuvieron estas fiestas la rara condición de ser póstumas, puesto que Luis Primero había fallecido en 31 de Agosto de 1724, y todavía en el Callao le estaban festejando á principios de Febrero de 1725. Se representaron con esta ocasión tres comedias: Los Juegos Olímpicos, de Salazar y Torres; El Poder de la Amistad, de Moreto; Para vencer amor querer vencerle, de Calderón. Para esta última compuso Peralta Barnuevo una loa, Monforte un sainete y Fernández de Castro una introducción, zarzuela, baile y fin de fiesta para el Sarao de los Planetas. Todo viene inserto en el Elisio Peruano.

—*Parentación Real, sentimiento público, luctuosa pompa, finebre solemneidad, en las reales exequias de..... D. Luis I, Católico rey de las Españas y Emperador de las Indias. Suntuoso mausoleo que á su augusto nombre é inmortal memoria erigió en la iglesia de Lima el Excmo. Sr. D. José de Armendáriz, Marqués de Castel-Fuerte, Virrey, etc. Escribela de orden de su Excelencia el R. P. Fr. Tomás de Torrejón, de la Comp. de Jesús..... Lima, imp. de la calle de Pualcío, por Ignacio de Luna y Bohórquez, 1725, 4.º.*

—*Finebre, religiosa pompa de nuestro Santísimo Padre Benedicto XIII, por Fr. Alonso del Río, 1731.*

—*Magnífica parentación y finebre pompa, en la ocasión de trasladarse..... la sepultura..... del cuerpo..... de D. Diego Morcillo Rubio de Auñón. Sácala á luz..... el Dr. D. Alfonso Carrión y Morcillo. Lima, Antonio Gutiérrez de Ceballos. Año de 1744.*

—*Hércules Aclamado de Minerva. Certamen poético de la Universidad al recibimiento del virrey Manso, 1745.*

—*Parentación Real, luctuosa pompa y suntuoso cenotafio que al augusto nombre y real memoria de D. Felipe V, Rey de las Españas y Emperador de las Indias..... mandó erigir el Excmo. Sr. D. José Manso de Velasco, Virrey, etc..... Cuya relación escribe de orden de su Excelencia el Sr. D. Miguel Sainz de Valdivielso Torrejón, abogado de esta Real Audiencia. Año de 1747. (Con una gran lámina, que representa el catafalco.)*

—*El Día de Lima. Proclamación Real de Fernando VI, 1748. No contiene más versos que una loa de D. Félix de Alarcón.*

—*Plausibles fiestas que en la provincia de Guaylas consagró al Cathólico Rey*

de mayor notoriedad por sus travesuras y pícara vida, que al fin dieron con él en el asilo de los Padres Betlemitas, maltrecho de cuerpo y agriado de voluntad. Llamábase el tal D. Esteban de Terralla y Landa: había sido coplero áulico del virrey D. Teodoro de la Croix, y

de las Españas, el Señor D. Fernando el Sexto, el amor y lealtad del general don Bartolomé de Silva. Por D. Francisco Xavier de Villalta y Núñez. Lima, imprenta de la calle de Palacio, 1749.

—Relación de las exequias y fúnebre pompa que á la memoria del muy alto y poderoso Señor D. Juan V.... Rey de Portugal y de los Algarbes mandó erigir en esta capital de los Reyes el día 8 de Febrero de 1752 el Excmo. Sr. D. José Manso de Velasco....., Conde de Superunda....., Virrey, etc. De cuya orden la escribe el R. P. M. Fr. José Bravo de Rivera, de la Comp. de Jesús..... Año de 1752.

—Puntual descripción, fúnebre lamento y suntuoso túmulo de la regia, doliente pompa con que en la Iglesia Metropolitana de la ciudad de los Reyes, corte de la América Austral, mandó solemnizar las reales exequias de la Sma. Señora Doña Mariana Josefa de Austria, Reyna fidelísima de Portugal y los Algarbes, el día 15 de Marzo de 1756, el activo celo del.... Conde de Superunda, Virrey, etc....., de cuyo superior mandato la escribe el R. P. Fr. Alejo de Alvites, del Orden Seráfico. Año de 1756.

—Relación fúnebre de las reales exequias que á la triste memoria de la Serenísima Majestad de la muy alta y muy poderosa Sra. Doña Maria Bárbara de Portugal, Católica Reina de las Españas..... mandó celebrar..... el virrey D. José Manso de Velasco, Conde de Super-unda....., de cuya orden la escribió el R. P. dominico Fr. Mariano Luján..... Año de 1760.

—Pompa funeral en las exequias del Católico Rey de España..... D. Fernando VI, Nuestro Señor, que mandó hacer en esta Iglesia Metropolitana de Lima, á 29 de Julio de 1760, el.... Virrey..... Conde de Super-unda. Descríbela por orden de Su Excelencia el P. Juan Antonio Rivera, de la Compañía de Jesús..... Año de 1760.

—Lima Gozosa. Descripción de la proclamación de Carlos III, 1760. No habiéndola visto, ignoro si contiene versos.

—Parentación solemne que al nombre augusto y real memoria de la Católica Reina..... Doña Maria Amalia de Sajonia..... mandó hacer en esta Santa Iglesia Catedral de Lima..... el día 27 de Junio de 1766, el.... Conde de Super-Unda, Virrey, etc..... Y la escribe por orden de su Excelencia el P. Victoriano de Cuenca, de la Comp. de Jesús..... Año de 1761.

—El nuevo héroe de la fama. Certamen poético con que la Universidad de Lima

le llamaban *el poeta de las adivinanzas*, por ser grande improvisador de acertijos para damas y galanes en las tertulias. Como obligado cantor de todo festejo ó duelo público, dió á la estampa sucesivamente el *Lamento métrico general, llanto funesto y gemido triste por el nunca bien sentido doloroso ocaso de nuestro augusto monarca*

celebró el recibimiento del virrey D. Manuel de Amat. Escribióle el Marqués de Casaconcha. Lima, imp. de los Niños Huérfanos, 1762.

—Fúnebre pompa á la memoria de D. Juan de Castañeda por Isidro José Ortega y Pimentel, 1763. No la he visto, é ignoro, por tanto, si contiene versos.

—Romance en la fiesta con que los Ballones de Lima celebraron la imagen de Ntra. Sra. de Monserrat, 1766.

—Romance á la entrada y ejercicio de fuego que hizo la tropa que volvió de Quito, 1768.

—Relación de las reales exequias que á la memoria de la Reina Madre doña Isabel Farnesio mandó hacer..... el Excmo. Sr. D. Manuel de Amat y Juniet....., Virrey, etc..... De cuya orden la escribió D. José Antonio Borda y Orozco, Coronel del Regimiento de dragones de Carabayllo..... Año de 1768. Esta relación, ya de mejor gusto que las anteriores, no contiene más que algunos dísticos latinos, que se pusieron en el túmulo.

—Lágrimas de Lima en las exequias de D. Pedro A. de Barroeta, por Joseph Potau, 1776.

—Cartel del Certamen. Templo del honor y la virtud. En el plausible triunfal recibimiento del Excmo. Sr. D. Agustín de Jáuregui y Aldecoa, en la Real Universidad de San Marcos de Lima..... 1783.

—Reales exequias que por el fallecimiento del Señor don Carlos III..... mandó celebrar..... el Excmo. Sr. D. Teodoro de la Croix, del Orden teutónico....., Virrey, etc..... Descríbelas D. Juan Risco, Pbro. de la Congregación de San Felipe Neri. En la imprenta de Niños Expósitos, Año de 1789. No contiene poesías; pero el P. Risco asegura que pasaron de mil las que cubrían el túmulo, estatuas, pilares y muros de la iglesia. ¡Qué desastrosa fecundidad! Por las de Terralla, únicas que se imprimieron, podrá juzgarse lo que valdrían las restantes.

—Convite métrico general en la proclamación de Carlos IV, 1789.

—Descripción de las fiestas que celebró Lima á la exaltación de Carlos IV, 1799.

Hay otras sin fecha, pero baste con las referidas. De algunas de ellas se da noticia en un ameno artículo del Sr. Palma (*Tradiciones Peruanas*, 2.^a serie, Lima, 1883), con el título de *Los planíferos del siglo pasado*.

D. Carlos III (1789) (centón de sandeces y bufonadas tales, que, atendida la indole picaresca y maleante del poeta, quizá deban estimarse como pura y neta parodia de las relaciones de fiestas, al modo que antes lo había hecho el P. Isla en su *Día grande de Navarra*), la *Alegría Universal, Lima Festiva y encomio poético al recibimiento del virrey Gil de Lemus* (1790), *El Sol en el Mediodía: año feliz y júbilo particular con que la Nación Índica..... solemnizó la exaltación al trono de Carlos IV* (1790), poema descriptivo en endecasílabos pareados, con una introducción y once cantos, amén de muchas poesías líricas y cuatro *loas*, todo, al parecer, parto de su numen irrestañable. Pero ni este diluvio de versos de circunstancias, ni las poesías y artículos de costumbres, algunos bastante chistosos, como la *Semana del currutaco de Lima*, que hacía insertar en el *Diario Erudito*, le dieron la notoriedad que el famoso libelo *Lima por dentro y fuera*, que por los años de 1792 escribió con el seudónimo de *Simón Ayanque*. Es una sátira contra la sociedad limeña en una serie de romances de lo más pedestre, chabacano y grosero que puede leerse, llenos de alusiones sucias y nauseabundas, é inspirados, sin duda, por móviles de venganza, ruines y rastros, como si el autor hubiese querido desquitarse en este solo libro del incienso que tan fastidiosamente había quemado en los tres anteriores.

El Cabildo ó Ayuntamiento de Lima se ofendió gravemente de este librejo, y hasta intentó recogerle y proceder judicialmente contra el autor; pero como siempre la murmuración aplaza á la misera condición humana, los mismos peruanos contribuyeron á la divulgación del pasquín que con tan feos colores los presentaba; y á des-

pecho de lo baladi de su ejecución literaria, *Lima por dentro y fuera* fué reimpresso muchas veces en Cádiz, Madrid, Méjico y Lima, y todavía en 1854 se hizo una edición de lujo en París con graciosas ilustraciones de un dibujante limeño, muy superiores al texto. En cuanto á éste, hay que atenerse al parecer de D. Felipe Pardo (1): «Terralla no era escritor, ni satírico, ni poeta, sino un salvaje que se puso á decir en mal castellano y en renglones desiguales cuanta torpeza le vino á las mientes.» Quizá los únicos versos suyos dignos de recordarse son algunos del romance en que hizo su testamento satírico.

Como si no bastase la epidemia de los certámenes, exequias y fiestas reales para dar libre curso al furor métrico de los innumerables poetastros que infestaban en el siglo XVIII las orillas del Rimac, empezaron á escribirse en verso hasta los carteles de toros, y lo que es más, tuvo su Homero la estúpida lidia de gallos en el general D. Ignacio de Escandón, que en 1762 celebró en un romance, con el estrafalario rótulo de *Época Galicana egira Gali-lea*, la apertura de la primera casa pública destinada á aquella bárbara diversión en la capital del Perú (2).

Pero aunque las manifestaciones escritas de la poesía fuesen en general tan infelices por el círculo estrecho y trivial en que se malograba su cultivo, no dejaba Lima de ser la tierra fecunda en buenos ingenios que cele-

(1) En el prólogo de *El Espejo de mi tierra*.

Hay un artículo biográfico de Terralla en la 3.^a serie de las *Tradiciones Peruanas* de D. Ricardo Palma.

(2) Escandón publicó, además, un *Poema en celebridad del virrey D. Manuel de Amat*.

bra elegantemente el P. Vanière en el libro vi de su *Prædium Rusticum*:

Fertilibus gens dives agris auriq[ue] metallo,
Ditior ingeniis hominum....

Y cuando alguno de sus hijos, saliendo de la monotonía de la vida criolla, daba muestras de sí en las cortes de Europa, solía llevarse detrás de sí la admiración y los plácemes de los doctos, porque, como ya he dicho y conviene no olvidar, lo que faltaba en Méjico y en Lima á mediados del siglo XVIII no era caudal de ciencia, sino crítica y gusto. Tal se mostró en París aquel estudioso y polígloto joven D. José Pardo de Figueroa, sobrino del Marqués de Castel-Fuerte, de quien dice el mismo P. Vanière que se hacia entender sin intérprete en todas las lenguas de Europa, y en ninguna ciudad podía considerársele como peregrino:

..... si cuncti recte discantur ab uno;
Linguarum morumque sciens interprete nullo,
Europæ varias gentes qui nuper obibat,
Hospes ubique novus, nulla peregrinus in urbe.

Así también se hizo famoso en España y en Francia, no menos por sus talentos que por sus desgracias, don Pablo de Olavide, en quien, por decirlo así, se encarnó el espíritu innovador en tiempo de Carlos III. Sus obras son inseparables de su vida, y por eso conviene indicar algo acerca de los sucesos capitales de su azarosa existencia (1).

(1) La mejor y más completa biografía que existe de Olavide es la del peruano D. J. A. de Lavalle (*D. Pablo de Olavide: Apuntes sobre su vida y sus obras. Segunda edición, Lima, 1885*). El capítulo que en 1881 le dediqué en mis *Heterodoxos Españoles* (t. III) requiere ser adicionado con presencia de esta y otras publicaciones.

Olavide, nacido en Lima en 1725, discípulo aventajado de la Universidad de San Marcos, donde recibió el grado de doctor en Cánones á los diez y siete años de edad, opositor á cátedras, oidor de aquella Real Audiencia y auditor general de Guerra del virreinato del Perú, hubiera envejecido tranquilamente en su carrera de hombre de toga, si de repente no viniera á sacarle de la obscuridad el horrible terremoto de 1746. Cuando se trató de reparar los efectos de aquel desastre mostró serenidad, aplomo y desinterés no vulgares, y por su mano pasaron los caudales de los mayores negociantes de la plaza, dejándole con mucha reputación de íntegro. Pero no faltó quien murmurase de él, sobre todo por haber aplicado á la construcción de un nuevo teatro el fondo remanente después de aquella calamidad. Se le mandó venir á Madrid á rendir cuentas. Propicia se le mostró la fortuna en España. Gallardo de aspecto, cortés, elegante y atildado en sus modales, ligero y brillante en su conversación, cayó en gracia á una viuda riquísima, heredera de dos capitalistas, y logró fácilmente su mano. Desde entonces la casa de Olavide, en Leganés y en Madrid, fué una especie de *salón*, de los primeros que se conocieron en España. Olavide, agradable, insinuante, culto á la francesa, con aficiones filosóficas y artísticas, que alimentaba en sus frecuentes viajes á París, ostentoso y espléndido, corresponsal de los enciclopedistas y gran lector de sus libros, comenzó á hacer ruidoso alarde de sus tendencias innovadoras, que frisaban con la impiedad declarada. El Conde de Aranda se entusiasmó con él y le protegió mucho, haciéndole síndico personero de la villa de Madrid y director del Hospicio de San Fernando. Los ratos de ocio

los dedicaba á las bellas letras: puso en su casa un teatro de aficionados, como era moda en Francia, y como le tenía el mismo Voltaire en Ferney, y para él tradujo algunas tragedias y comedias francesas. Moratín (1) le atribuye sólo la *Zelmira* (traducción de Du Belloy), la *Hípermenestra* (de Lemierre) y *El desertor francés* (de Sedaine); pero D. Antonio Alcalá Galiano (2) añade á ellas una que corrió anónima de la *Zaida* («Zayre») de Voltaire, tan ajustada al original, que de ella se valió como texto D. Vicente García de la Huerta para su famosa *Jaira*, convirtiendo los desmayados y rastreros versos de Olavide en rotundo y bizarro romance endecasílabo. Realmente Olavide poco tenía de poeta, ni en lo profano, ni en lo sagrado, que después cultivó tanto: sus versos suelen ser mala prosa rimada, sin nervio ni calor ni viveza de fantasía. Aunque dotado de cualidades brillantes, era de instrucción flaca y superficial, y sin resistencia se dejó arrastrar por el torrente de la filosofía del siglo XVIII, no al modo cauteloso que Campomanes y otros graves varones, sino con todo el fogoso atropellamiento de los pocos años, de las vagas lecturas y de la imaginación americana. Olavide cautivó, arre-

(1) *Catálogo de piezas dramáticas del siglo XVII*, pág. 329 del tomo de sus *Obras*, edición de Rivadeneyra.

(2) *Lecciones de literatura del siglo XVIII*... Madrid, *Imprenta de la Sociedad Literaria y Tipográfica*, 1843, pág. 243. La traducción de Olavide se imprimió dos veces en Barcelona, la primera sin año, la segunda en 1782, por Carlos Gibert y Tudó (Vid. Sempere y Guarinos, *Escritores del reinado de Carlos III*, art. de Huerta). Citanse también, como traducciones de Olavide, la *Méropé*, de Voltaire, y las óperas cómicas *Nineta en la corte* (de Favart) y *El pintor enamorado de su modelo*, de Anseaume, y es probable que haya otras entre el farrago de traducciones dramáticas anónimas del siglo pasado.

bató, despertó admiración, simpatía y envidia, y acabó por dar tristísima y memorable caída.

Pero antes la protección de Aranda le ensalzó á la cumbre, y en 1767 era ya asistente de Sevilla é intendente de los cuatro reinos de Andalucía. De aquel tiempo data su famoso plan de reforma de aquella Universidad, el más radicalmente revolucionario que se formulase por entonces, respirando todo él rabioso centralismo y odio encarnizado á las libertades universitarias, no menos que á los estudios de Teología y Filosofía, «cuestiones frívolas é inútiles, pues ó son superiores al ingenio de los hombres, ó incapaces de traer utilidad, aun cuando fuese posible demostrarlas.....» Al lado de esto, el plan contenía muy sanas advertencias para la reforma de los estudios de Matemáticas y Física, de Lenguas é Historia, las cuales, puestas en práctica, fueron elevando aquella célebre escuela al grado de prosperidad que alcanzaba á fines del siglo XVIII. En todas las reformas de aquel reinado hay que distinguir la parte verdaderamente útil y positiva, de los muchos sueños y temeridades infecundas que se mezclaron con ella.

Olavide era un iluso de filantropía, pero con cándida y buena fe, que á ratos le hace simpático. En Sevilla protegió á su modo las Letras y todavía más la Economía Política, y tuvo la gloria de alentar y guiar los primeros pasos de Jove-llanos. De la tertulia de Olavide, y con ocasión de una disputa sobre las innovaciones dramáticas de la Chausée y Diderot, salió la comedia de *El Delincuente honrado*, tierna y bien escrita, aunque algo lánguida y declamatoria; como que su ilustre autor se propuso por principal fin en ella «inspirar aquel dul-

ce horror con que responden *las almas sensibles* al que defiende *los derechos de la humanidad*. Rasgos tan candorosos como éste, y más cuando vienen de tan grande hombre como Jove-llanos, no deben perderse ni olvidarse, porque pintan la época mejor que lo harían largas disertaciones. La *Fúlia* y el *Tratado de los delitos y de las penas* entusiasmaban por igual á aquellos hombres; y para que la afectación llegase á su colmo, juntaban la mascarada pastoril de la Arcadia con la filantropía de los discípulos de Rousseau, llamándose entre ellos «*el mayor al Jovino*» y «*el facundo Elpino*». Este último era Olavide, de quien Jove-llanos conservó siempre muy buen recuerdo, bastando la amistad de tal varón para hacer indulgente con él al más áspero censor. Ni en próspera ni en adversa fortuna le flaqueó el cariño de Jovino, que aun en 1778 describía en la epístola á sus amigos de Sevilla:

Mil pueblos que del seno enmarañado
De los Marianos montes, patria un tiempo
De fieras alimañas, de repente
Nacieron cultivados, do á despecho
De la rabiosa envidia, la esperanza
De mil generaciones se alimenta:
Lugares algún día venturosos,
Del gozo y la inocencia frecuentados,
Y con la triste y vacilante sombra
Del sin ventura *Elpino* ya infamados
Y á su primer horror restituidos.

Entre los mil proyectos, más ó menos razonables ó utópicos, que en aquella época de furor económico se propalaban para remediar la despoblación de España y abrir al cultivo las tierras eriales y baldías, era uno de los más favorecidos por la opinión de los gobernantes el de las colonias agrícolas. Ya Ensenada había pen-

sado establecerlas, y en tiempo de Aranda volvió á agitarse la idea con ocasión de un *Memorial* de cierto arbitrista prusiano, D. Juan Gaspar Thurriegel. Campomanes entró en sus designios, redactó una consulta favorable en 27 de Febrero de 1767, y sin dilación comenzó á tratarse de poblar los yermos de Sierra Morena, albergue hasta entonces de foragidos, célebres en los romances de ciegos, y terror de los hombres de bien. Thurriegel se comprometió á traer, en ocho meses, seis mil alemanes y flamencos católicos, y la concesión se firmó el 2 de Abril de 1767, el mismo día que la pragmática de expulsión de los jesuitas.

Para establecer la colonia fué designado, con título de Superintendente, Olavide, como el más á propósito por lo vasto y emprendedor de su índole. No se descuidó un punto, y con el ardor propio de su condición novelera y con amplios auxilios oficiales, fundó en breve plazo hasta trece poblaciones, muchas de las cuales subsisten para gloria imperecedera de su nombre. Por desgracia propia, el Superintendente no se detuvo en la poesía bucólica, y pronto empezaron las murmuraciones contra él entre los mismos colonos. Un suizo, D. José Antonio Yauch, se quejó, en un memorial de 14 de Marzo de 1769, de la falta de pasto espiritual que se advertía en las colonias, á la vez que de malversaciones, abandono y malos tratamientos á los nuevos pobladores. Confirmó algo de estas acusaciones el Obispo de Jaén: envióse de visitadores al Consejero Valiente, á D. Ricardo Wall y al Marqués de la Corona, y tampoco fueron del todo favorables á Olavide sus informes. Entre los colonos habían venido disimuladamente algunos protestantes, y en cambio faltaban clérigos católicos de su

nación y lengua. De conventos no se hable: Aranda los había prohibido para entonces y para en adelante, en términos expresos, en el pliego de condiciones que ajustó con Thurriegel. Al cabo vinieron de Suiza capuchinos, y por superior de ellos Fr. Romualdo de Friburgo, que escandalizado de la libertad de los discursos del colonizador, hizo causa común con los muchos enemigos que éste tenía dentro del Consejo y entre los émulos de Aranda. Las imprudencias, temeridades y bizarrías de Olavide iban comprometiéndole más á cada momento. Ponderaba con hipérbolos asiáticas el progreso de las colonias, y sus émulos lo negaban todo. Él se quejaba de que los capuchinos le alborotaban la colonia, y ellos de que pervertía á los colonos con su irreligión manifiesta. Al cabo, Fr. Romualdo de Friburgo delató en forma á Olavide, en Septiembre de 1775, por hereje, ateo y materialista, ó á lo menos naturalista y negador de lo sobrenatural, de la Revelación, de la Providencia y de los milagros, de la eficacia de la oración y buenas obras; asiduo lector de Voltaire y de Rousseau, con quienes tenía frecuente correspondencia; poseedor de imágenes y figuras desnudas y libidinosas; inobservante de los ayunos y abstinencias eclesiásticas y distinción de manjares; profanador de los días de fiesta, y, finalmente, hombre de mal ejemplo y piedra de escándalo para sus colonos. A estos graves cargos se añadían otros enteramente risibles, como el de defender el movimiento de la tierra y oponerse al toque de las campanas en días de nublado.

El Santo Oficio impetró licencia del Rey para procesar á Olavide, aprovechando la caída y ausencia de Aranda. Se le mandó venir á Madrid para tratar de

asuntos relativos á las colonias. Él temió el nublado que se le venía encima, y escribió á su amigo Roda pidiéndole consejo. En la carta, que es de 7 de Febrero de 1776, le decía: «Cargado de muchos desórdenes de mi juventud, de que pido á Dios perdón, no hallo en mí ninguno contra la religión. Nacido y criado en un país donde no se conoce otra que la que profesamos, no me ha dejado hasta ahora Dios de su mano por haber faltado nunca á ella: he hecho gloria de la que, por gracia del Señor, tengo; y derramaría por ella hasta la última gota de mi sangre..... Yo no soy teólogo, ni en estas materias alcanzo más que lo que mis padres y maestros me enseñaron conforme á la doctrina de la Iglesia..... Y estoy persuadido de que en las cosas de la fe de nada sirve la razón, porque nada alcanza....., siendo la dócil obediencia el mejor sacrificio de un cristiano.....»

Que Olavide ocultaba ó desfiguraba aquí una parte de la verdad parece claro, no sólo por las resultas del proceso, sino por el valor autobiográfico que unánimemente conceden sus biógrafos á las confesiones de *El Evangelio en Triunfo*, donde se leen pasajes como éste: «La lectura de los libros filosóficos había pervertido enteramente mis ideas. Yo había concebido, no sólo el más alto desprecio, sino también la aversión más activa contra todo lo que pertenecía á la Iglesia. Creyendo que el cristianismo era una invención humana, como todas las religiones, no podía mirar la Iglesia sino como el hogar ó centro de sus principales ministros, que abusaban de la credulidad en favor de sus intereses. Todas sus sociedades me parecían cavernas de impostores, sus creencias ridículas, sus ritos irrisorios.....» (Carta segunda).

Roda, que tenía en el fondo tan poca religión como

Olavide, pero que á toda costa evitaba el ponerse en aventura, le dejó en manos del Santo Oficio, contentándose con recomendar la mayor lenidad posible al Inquisidor general. Éralo entonces el antiguo Obispo de Salamanca D. Felipe Beltrán, varón piadoso y docto, no sin alguna parte de regalismo, é inclinado por ende á la tolerancia con los innovadores, aunque en este caso no lo mostró mucho. De grado ó por fuerza, tuvo que condenar á Olavide; pero le excusó la humillación de un auto público, reduciendo la lectura de la sentencia á un *autillo* á puerta cerrada, al cual se dió, sin embargo, inusitada solemnidad. Verificóse ésta en la mañana del 24 de Noviembre de 1778, con asistencia de varios grandes de España, consejeros de Hacienda, Indias, Ordenes y Guerra, oficiales de guardias y padres graves de diferentes religiones. Aquel acto tenía algo de conminatorio: la Inquisición, aunque herida y aportillada, daba por última vez muestra de su poder, ya mermado y decadente, abatiendo en el Asistente de Sevilla al volteranismo de la corte y convidando al triunfo á sus propios enemigos.

Olavide salió á la ceremonia sin el hábito de Santiago (de cuya orden era caballero), con extremada palidez en el rostro y conducido por dos familiares del Santo Oficio. Oyó con grandes muestras de terror la lectura de la sentencia, y al fin exclamó: «Yo no he perdido nunca la fe, aunque lo diga el fiscal.» Y tras esto cayó en tierra desmayado. Tres horas había durado la lectura de la sumaria: los cargos eran sesenta y seis, confirmados por setenta y ocho testigos. Se le declaraba hereje convicto y formal, miembro podrido de la religión; se le desterraba á cuarenta leguas de la corte y sitios reales, sin po-

der volver tampoco á América, ni á las colonias de Sierra-Morena, ni á Sevilla; se le recluía en un convento por ocho años para que aprendiese la doctrina cristiana y ayunase todos los viernes; se le degradaba y exoneraba de todos sus cargos, sin que pudiese en adelante llevar espada, ni vestir oro, plata, seda ni paños de lujo, ni montar á caballo; quedaban confiscados sus bienes é inhabilitados sus descendientes hasta la quinta generación. Cuando volvió en sí hizo la profesión de fe, con vela verde en la mano, pero sin corozca, porque le dispensó de ello el Inquisidor, lo mismo que de la fustigación con varillas.

Los enemigos de Olavide (que tenía muchos por su rápido encumbramiento y por el asunto de las colonias) se desataron contra él indignamente después de su desgracia. Corre manuscrita entre los curiosos una sátira insulsa y chabacana, cuyo rótulo dice: *El Siglo Ilustrado, vida de D. Guindo Cerezo, nacido, educado, instruido y muerto según las luces del presente siglo, dada á luz para seguro modelo de las costumbres, por D. Justo Vera de la Ventosa* (1). Es un cúmulo de injurias sandias, despreciables y sin chiste. Por no servir, ni para la biografía de Olavide sirve, porque el anónimo maldiciente estaba muy poco enterado de los hechos y aventuras del personaje contra quien muestra tan ciego ensañamiento.

Olavide era una cabeza ligera, menos perverso de índole que largo de lengua, y sobre él descargó la tempestad, mientras que por más disimulados ó más poderosos seguían impunes sus antiguos protectores los Arandas y

(1) Tres distintas copias de esta sátira han llegado á nuestras manos.

los Rodas, enemigos mucho más peligrosos de la Iglesia. Comenzó por abatirse y anonadarse bajo el peso de aquella condenación infamante; pero luego vino á mejores pensamientos, y la fe volvió á su alma. Retraído en el monasterio de Sahagún, sin más libros que los de Fr. Luis de Granada y el P. Segneri, tornó á cultivar con espíritu cristiano la poesía, que había sido recreación de sus primeros años, y compuso los únicos versos suyos que no son enteramente prosaicos. Llámense en las copias manuscritas *Ecos de Olavide*, y vienen á ser una paráfrasis del *Miserere*, que luego incluyó retocada en su traducción completa de los *Salmos* del Real Profeta.

El arrepentimiento de Olavide ya entonces parece sincero, pero aun no había echado raíces bastante profundas. Burlando la confianza del Inquisidor general, no sin connivencia secreta de la corte, huyó á Francia, y allí vivió algunos años con el supuesto título de *Conde del Pilo*, trabando amistad con varios literatos franceses, especialmente con el caballero Florián, ingenio amanerado, discreto fabulista y uno de los que acabaron de enterrar la novela pastoril. Olavide le ayudó á refundir la *Galatea* de Cervantes, mereciendo que en recompensa le llamase «español tan célebre por sus talentos como por sus desgracias».

Los enciclopedistas recibieron con palmas á Olavide. Diderot escribió una noticia de su vida (1). Marmontel le saludó en sesión pública de la Academia Francesa con aquellos enfáticos versos:

(1) Vid. en las obras de Diderot, ed. Assézat (1875), tomo VI, pp. 467-472. D. Pablo Olavidès (sic), *précis historique rédigé sur des mémoires fournis à M. Diderot par un ami.*

Le citoyen flétri par l'absurde fureur
D'un zèle mille fois plus affreux que l'erreur
Au pied d'un tribunal que la lumière offense,
Accusé sans témoins, condamné sans défense,
Pour avoir méprisé d'infâmes délateurs,
En peuplant les déserts d'heureux cultivateurs ;
Qu'il regarde ces monts où fleurit l'industrie,
Et, fier de ses bienfaits, qu'il plaigne sa patrie.
Le temps la changera, comm'il a tout changé :
D'une indigne prison Galilée est vengé.

Estas injurias en acto solemne exasperaron al Gobierno español, y Floridablanca reclamó la extradición de Olavide en 1781; pero el Obispo de Rhodéz, en cuya diócesis se había refugiado, le dió medios para huir á Ginebra. El Cardenal de Brienne volvió á abrirle poco después las puertas de Francia, y la Convención le llamó á la barra para decretarle una corona cívica y el título de ciudadano adoptivo de la República una é indivisible. Dicen (aunque no he podido comprobarlo) que entonces, volviendo á hacer alarde de sus antiguas ideas, escribió contra las órdenes monásticas, y compró gran cantidad de bienes nacionales. La conciencia no le remordía aún y esperaba vivir tranquilo en cómodo, aunque inhonesto retiro, lejos del tumulto de París, en una casa de campo de Meung-sur-Loire que había pertenecido á los obispos de Orleans. Pero no le sucedió como pensaba. Dejémosle hablar á él en mal castellano, pero con mucha sinceridad:

«La Francia estaba entonces cubierta de terror y llena de prisiones. En ellas se amontonaban millares de infelices, y los preferidos para esta violencia eran los más nobles, los más sabios ó los hombres más virtuosos del reino. Yo no tenía ninguno de estos títulos, y, por otra parte, esperaba que el silencio de mi soledad y la obs-

curidad de mi retiro me esconderían de tan general persecución. Pero no fué así. En la noche del 16 de Abril de 1794, la casa de mi habitación se halló de repente cercada de soldados, y por orden de la Junta de Seguridad general, fuí conducido á la prisión de mi departamento. En aquel tiempo la persecución era el primer paso para el suplicio. Procuré someterme á las órdenes de la divina Providencia..... Pero ¡pobre de mí!, ¿qué podría yo hacer? Viejo, secular, sin más instrucción que la muy precisa para mí mismo, y encerrado en una cárcel con pocos libros que me guiasen, y ningunos amigos que me dirigiesen» (1).

Y más adelante Olavide se retrata en la persona de aquel «filósofo que no dejaba de tener algún talento y que nació con muchos bienes de fortuna. Pero habiendo recibido en su niñez la educación ordinaria, había aprendido superficialmente su religión; no la había estudiado después, y en su edad adulta casi no la conocía, ó por mejor decir, sólo la conocía con el falso y calumnioso semblante con que la pinta la iniquidad sofística..... Un infortunio lo condujo á donde pudiese escuchar las pruebas que persuaden su verdad; y á pesar de su oposición natural y, lo que es más, de sus envejecidas malas costumbres, no pudo resistir á su evidencia, y después de quedar convencido, tuvo valor, con la asistencia del cielo, para mudar sus ideas y reformar su vida.»

Dudar de la buena fe de estas palabras y atribuir las á interés ó á miedo, sería calumniar la naturaleza hu-

(1) *El Evangelio en Triunfo ó Historia de un filósofo desengañado. Tercera edición.....* En Valencia, en la imprenta de Orga. Año 1798. Tomo I, página VIII.

mana y no conocer á Olavide, alma buena en el fondo y con semillas cristianas, por mucho que hubiese pecado de vano, presumido y locuaz.

No dudo, pues (aunque lo negasen los viejos por la antigua mala reputación de Olavide), que su conversión fué sincera y cumplida, y no una añagaza para volver libremente á España. Léase el libro que entonces escribí, *El Evangelio en triunfo ó historia de un filósofo desengañado*, donde si la ejecución no satisface, el fondo, por lo menos, es intachable, sin vislumbres, ni aun remotos, de doblez ó de hipocresía.

Pocos leen hoy este libro, pero conserva nombradía tradicional por circunstancias no dependientes de su mérito. El autor era impío convertido, penitenciado por el Santo Oficio, espectador y víctima de la Revolución francesa. Sus extrañas fortunas hacían que unos le mirasen con asombro, otros con recelo, achacando el extraordinario y súbito cambio de sus ideas, éstos á propio interés y móviles mundanos, aquéllos á la dura lección del escarmiento. Acertaban estos últimos, como luego lo mostró la vida austera y penitente de Olavide y su muerte cristianísima. Dios había visitado terriblemente aquella alma, que no hubiera podido levantarse sin un poderoso impulso de la gracia divina. Todas las páginas de *El Evangelio en triunfo*, libro, por otra parte, mediano, porque no alcanzaba á más el talento de su autor, respiran convicción y fe. Fué, sin duda, obra grata á los ojos de Dios, expiación de anteriores extravíos, y buen ejemplo, que por lo ruidoso de quien le daba hizo honda impresión en el ánimo de muchos, y trajo á puerto de salvación á otros infelices como el autor. Así debe juzgarse *El Evangelio en triunfo*, más como acto piadoso

que como libro. Fué la abjuración, la retractación brillante de un impío, la reparación solemne de un pecado de escándalo. Imagínese el poder de tal ejemplo á fines del siglo XVIII, y cuán hondamente debió de resonar en las almas aquella voz que salía de las cárceles del Terror, adorando y bendiciendo lo que toda su vida había trabajado por destruir. El éxito fué inmenso: en un solo año se hicieron tres ediciones de los cuatro voluminosos tomos de *El Evangelio en triunfo*.

Con todo eso, la malicia de algunos espíritus suspicaces no dejó de cebarse en las intenciones del autor. Decían que exponía con mucha fuerza los argumentos de los incrédulos contra la divinidad de Jesucristo y la autenticidad de los libros santos, y que se mostraba frío y débil en la refutación. Algo de verdad puede haber en esto, pero por una razón que fácilmente se alcanza: Olavide había vuelto sinceramente á la fe, pero con la fe no había adquirido la ciencia teológica ni el genio de escritor que nunca tuvo. Su lectura predilecta y continua durante la mayor parte de su vida habían sido las obras de Voltaire y de los enciclopedistas: aquello lo conocía bien, y estaba muy al tanto de todas las objeciones. Pero en teología católica y en filosofía cristiana claudicaba, porque jamás las había estudiado (como él mismo confiesa), ni leído apenas libro alguno que tratase de ellas. Así es que su instrucción dogmática, á pesar de las buenas lecturas en que se empeñó después de su conversión, no pasaba de un nivel vulgarísimo, bueno para el simple creyente, pero no para el apologista de la religión contra los incrédulos. Además, como su talento, aunque lúcido y despierto, no se alzaba mucho de la medianía, tampoco pudo suplir con él lo que de ciencia

le faltaba; así es que resultaron flojas algunas partes de su apología, si bien, á fuerza de sinceridad y de firmeza, y de ser tan burda la crítica religiosa de los volterrianos, fácilmente suele lograr la victoria.

Literariamente, el libro de Olavide vale poco, y está escrito medio en francés (como era de recelar, dadas sus lecturas favoritas y su larga residencia en París); no sólo atestado de galicismos de palabras y de giros, sino de rasgos enfáticos y declamatorios de la peor escuela de entonces. Pero también tiene en muchos pasajes unción y fervor, y aunque siempre sea peligrosa la excesiva intervención del sentimiento en tesis dogmáticas, no hay duda que lo que en el libro interesa principalmente es el drama psicológico de la conversión del impío, la historia de los combates de su propia alma, de la cual el autor levanta todos los velos. Es cierto que á la fuerza teológica de los argumentos del libro daña esta especie de novela lacrimosa, en que están como ahogadas la preparación y la demostración evangélicas. Quizá Olavide debió escoger entre escribir una defensa de la religión, ó escribir sus propias *Confesiones*. Prefirió mezclar ambas cosas, y resultó una producción híbrida; pero que tal como está, fué de las primeras en que el espíritu de restauración religiosa invocó los auxilios de la imaginación y del sentimiento, uno de los precedentes indudables de *El Genio del Cristianismo*: razón bastante poderosa para que no se la pueda olvidar en la cronología literaria.

Del éxito inmediato tampoco puede dudarse. Publicada en Valencia en 1798, sin nombre de autor, llegó hasta el último rincón de España, provocando una reacción favorable á Olavide. Aquel mismo año se le per-

mitió volver á la Península, después de diez y ocho de expatriación, y no sólo se le reintegró en todos sus honores, sino que llegó la munificencia de Carlos IV hasta conferirle una pensión anual de 90.000 reales extraordinaria para aquellos tiempos, y aun para éstos, pero que se consideró sin duda como indemnización de anteriores quebrantos y confiscaciones. Para la mayor parte de los españoles, su nombre y sus fortunas eran objeto de admiración y de estupor. Los vientos empezaban á correr favorables á sus antiguas ideas; pero Dios había tocado en su alma, y le llamaba á penitencia. Desengañado de las pompas y halagos del mundo, rechazó todas las ofertas del ministro Urquijo y de Godoy, y se retiró á una soledad de Andalucía, donde vivió como filósofo cristiano, *pensando en los días antiguos y en los años eternos*, hasta que le visitó amigablemente la muerte en Baeza el año 1804, dejando con el buen olor de sus virtudes edificados á los mismos que habían sido testigos ó cómplices de sus escandalosas mocedades, que él quizá con demasiada severidad llamaba *infames*.

Además de *El Evangelio en triunfo*, publicó Olavide una traducción de los *Salmos*, estudio predilecto de los impíos convertidos, como por aquellos días lo mostraba La Harpe, haciendo en una cárcel no muy distante de la de Olavide el mismo trabajo. Pero en verdad que si La Harpe y Olavide trabajaron para justificación propia y para buen ejemplo de sus prójimos, ni las letras francesas ni las españolas ganaron mucho con su piadosa tarea. Ni uno ni otro sabían hebreo, y tradujeron muy á tientas sobre el latín de la *Vulgata*, intachable en lo esencial de la doctrina, pero no en cuanto á los ápices literarios. De aquí que sus traducciones carezcan en ab-

soluta de sabor oriental y profético, y nada conserven de la exuberante imaginativa, de la obscuridad solemne, de la majestad sumisa, y de aquel volar insólito que levanta el alma entre tierra y cielo, y le hace percibir un como dejo de los sagrados arcanos, cuando se leen los *Salmos* originales. Por otra parte, Olavide no pasaba de medianísimo versificador: á veces acentúa mal, y siempre huye de las imágenes y de cuanto puede dar color al estilo: absurdo empeño cuando se traduce una poesía colorista por excelencia como la hebrea, en que las más altas ideas se revisten siempre de figura sensible. El metro que eligió con monótona uniformidad (romance endecasílabo) contribuye á la prolijidad y desleimiento del conjunto, además de ser poco apto para la poesía lírica. No sólo resulta inferior Olavide á aquellos grandes é inspirados traductores nuestros del siglo XVI, especialmente á Fr. Luis de León, alma hebrea, y tan impetuosamente lírica cuando traduce á David, como serena y clásica cuando interpreta á Horacio; no sólo cede la palma á David Abenatar Melo y á otros judíos, crudos y desiguales en el decir, pero vigorosos á trechos; sino que dentro de su misma época y escuela de llaneza prosaica queda á larga distancia del sevillano González Carvajal, no muy poeta, pero sí grande hablista, amamantado á los pechos de la magnífica poesía de Fr. Luis de León, que le nutre y vigoriza y le levanta mucho cuando pensamientos ajenos le sostienen. Á Olavide ni siquiera llega á inflamarle el calor de los libros santos, ni el carbón que tocó y purificó los labios de Isaías.

Tradujo Olavide, además de los *Salmos*, todos los *Cánticos* esparcidos en la Escritura, desde los dos de Moisés hasta el de Simeón, y también varios himnos de

la Iglesia, v. gr., el *Ave Maris Stella*, el *Stabat Mater*, el *Dies Irae*, el *Te Deum*, el *Pange lingua* y el *Veni Creator*: todo ello con bien escaso numen. Y ojalá que se hubiera limitado á traducir tan excelentes originales; pero desgraciadamente le dió por ser poeta original, y cantó en lánguidos y rastreros versos pareados *El l'in del hombre*, *El Alma*, *La Inmortalidad del alma*, *La Providencia*, *El Amor del mundo*, *La Penitencia* y otros magníficos asuntos hasta diez y seis, coleccionados luego con el título de *Poemas Christianos*. Olavide *serpit humi* en todo el libro: válgale por disculpa que quiso hacer obra de devoción y no de literatura: para eso anuncia en el prólogo que ha desterrado de sus versos las *imágenes* y los *colores*. Así salieron ellos de incoloros y prosaicos. El desengaño le hizo creyente, pero no llegó á hacerle poeta. Increíble parece que quien había pasado por tan raras vicisitudes y sentido tal tormenta de encontrados afectos, no hallase en el fondo de su alma alguna chispa del fuego sagrado, ni se levantara casi nunca de la triste insipidez que caracteriza sus versos (1).

(1) *Salterio Español, ó Versión parafrástica de los Salmos de David, de los Cánticos de Moisés, de otros Cánticos, y algunas oraciones de la Iglesia, en verso castellano, á fin de que se puedan cantar. Para uso de los que no saben latin. Por el autor del Evangelio en Triunfo. En Madrid en la imprenta de D. Joseph Doblado. Año 1800.*

Esta versión ha sido muy popular así en España como en América. En 1803 se reimprimió en Lima. Hay una reimpresión de ella, hecha en París, 1850 (librería de Rosa y Bouret), y de los salmos *Miserere* y *De Profundis* existe además una edición suelta: *Versión parafrástica del salmo 50..... y 129..... por el autor del Evangelio en triunfo, reimpreso por un devoto.* (V. Vera é Isla, *Noticia de las versiones poéticas del salmo Miserere* (Madrid, Fuentenebro, 1879, págs. 198 á 201).

—*Poemas Christianos, en que se exponen con sencillez las verdades más impor-*

Mientras Olavide llenaba á Europa con el ruido de sus andanzas y fortunas, continuaba en el Perú el movimiento literario, promovido eficazmente por la Sociedad de Amigos ó *Amantes del País*, de la cual fué presidente Baquijano y Carrillo, é individuos Unanue, Rodríguez de Mendoza, Arrese, Morales y Duares, el oidor Cerdán, Egaña, Calero y Moreira, el obispo Pérez Calama, los canónigos Bermúdez y Millán de Aguirre, el Jeronimiano Fr. Diego de Cisneros, gran propagador de los libros de los enciclopedistas, el Mercenario Calatayud, y otros varios eclesiásticos, tales como Laguna, Romero, Girval y Sobreviela. Bajo sus auspicios comenzó á publicarse en 1791 el *Mercurio Peruano*, revista importante que llegó á constar de doce tomos, y que Humboldt parece haber estimado en mucho. Por el mismo tiempo apareció el *Diario Eru-dito, Económico y Comercial de Lima*, que sólo duró tres años.

Con estos papeles se educó la generación de la guerra de la Independencia, á la cual en rigor pertenece Olmedo, que nació peruano, aunque muriese ciudadano del Ecuador; y á la cual perteneció también el desgraciado poeta arequipeño D. Mariano Melgar, fusilado por los realistas después de la batalla de Humachiri en 1814, á los veintitrés años de su edad. Este trágico y prematuro fin ha salvado del olvido el nombre del poeta, mucho más que el mérito de sus versos, que no pasan de ensayos de estudiante aprovechado. Algunas traducciones, como la de los *Remedios de Amor*, de Ovidio, que él llamó

tantes de la Religión, por el autor del Evangelio en triunfo. Publicados por un amigo del autor. Segunda edición, en Madrid, en la imprenta de Joseph Doblado.

Arte de olvidar, acreditan sus buenas humanidades; pero sus odas y elegías pertenecen á la escuela prosaica del siglo XVIII, y aun con la mejor voluntad es imposible encontrar en ellas nada que anuncie un talento poético de orden superior. La titulada *Al Autor del mar* es, sin duda, la mejor de todas; pero está versificada con tanto desaliño y tan poco nervio, que casi todas las intenciones líricas que realmente tiene resultan frustradas. Melgar es conocido generalmente por el dictado de poeta de los *yaravies*, por haber cultivado, no sin gracia, cierto género de poesía popular acomodada á una música indígena. Nuestra ignorancia de la lengua quichua y de las costumbres de los indios del Perú nos impide determinar si en estos cantos hay ó no un fondo tradicional. El prologuista de las poesías de Melgar nos dice que «el *yaravi* es una composición destinada á cantarse con acompañamiento de vihuela ó de dos *queñas*: la música no tiene más que un tema fijo, sin ninguna variación; y esta monotonía del canto lo asemeja á un golpe muchas veces repetido.....; así las notas del *yaravi* llevan poco á poco el alma á la melancolía..... No es el *yaravi* la canción que debemos á los europeos.....; los indígenas lo enseñaron á los españoles; y desde entonces se ha hecho de él una composición enteramente nacional en la música, y una canción enteramente especial en nuestra literatura..... Siendo el *yaravi* la poesía primitiva de los indígenas, las mejores composiciones de este género se encuentran en quichua. Las que se han hecho en español son traducciones ó imitaciones de aquéllas, y el verso que se ha adoptado para estas imitaciones es, por lo común, de ocho sílabas, en cuartetos ó quintillas. Se emplea también el verso de menos síla-

bas; y es muy usada la interpolación de versos de cinco sílabas entre los de ocho, y á este *yaravi* se le llama *de pie quebrado*».

Prescindiendo de la cuestión de origen, en que nos reconocemos de todo punto incompetentes, no habiendo oído cantar nunca *yaravies* ni entendiendo una palabra de la lengua en que, según dicen, están compuestos los mejores, sólo diremos que los diez *yaravies* auténticos de Melgar (á quien por su popularidad se han atribuido otros muchos) nada tienen en la letra de indio ni de peruano, y son meramente cancioncitas amorosas bastante delicadas y sentidas, que ganarán mucho con el prestigio de la música, si ésta es tan blanda, insinuante y melancólica como dicen. Son, sin duda, los versos más agradables de Melgar: naturales y sencillos, puros de todo rastro de afectación; pero creemos que el general Miller, que no tenía mucha obligación de entender de poesía castellana, se aventuró demasiado cuando llegó á compararlos nada menos que con las *Melodías Irlandesas* de Tomás Moore (1).

Continuó todavía en los primeros años de nuestro siglo la publicación de fiestas y certámenes poéticos, aunque por lo común con mejor gusto que en el anterior. De 1802 es la *Fama Póstuma* del arzobispo Don Domingo González de la Reguera, y de 1816 la muy curiosa colección de obras de elocuencia y poesía con que la Universidad de San Marcos celebró el recibi-

(1) *Poesías de D. Mariano Melgar. Publicadas D. Manuel Moscoso Melgar, dedicándolas á la Juventud Arequipeña.* Nancy, 1878. Con un prólogo de D. F. García Calderón, y una noticia biográfica del autor, cuyas bellas condiciones personales, novelescos amores y trágica muerte interesan más que sus obras.

miento del Virrey D. Joaquín de la Pezuela, vencedor en Viluma, en Ayohuma y Vilcapujio. Constan los autores de las dos piezas en prosa, que fueron el Dr. D. José Cavero y Salazar, Rector de aquella escuela, y el doctor Don José Joaquín de Larriva y Ruiz, catedrático de prima de Filosofía. Los versos están firmados con las iniciales J. P. de V. y F. Ll. La mayor parte son latinos, acompañados de la traducción castellana: no carecen de mérito, dentro de su género artificial, y prueban que la Universidad, hasta el último día de la dominación española, que fué casi el último día de su propia historia como organismo tradicional é independiente, no dejó de producir humanistas, ya que no era su misión formar poetas (1).

El exaltado realismo de que hacen gala los Doctores de la Universidad peruana en esta especie de corona ofrecida al insigne caudillo español, no ha de atribuirse meramente á entusiasmo oficial ni á impulso de adulación. Las opiniones andaban muy divididas en el Perú, y seguramente prevalecían en número los partidarios de la metrópoli. Hasta el último momento la causa española tuvo allí más secuaces que en ninguna otra parte de América: las tradiciones coloniales estaban muy arraigadas, merced á un largo régimen de prosperidad tranquila: Lima era copia fiel de las risueñas ciudades del Mediodía de España; y el fácil y alegre vivir de sus habitantes, justamente enamorados de su suelo, de su

(1) Colección de las composiciones de Elocuencia y Poesía con que la Real Universidad de San Marcos de Lima celebró en los días 20 y 21 de Noviembre de 1816 el recibimiento de su esclarecido vice-patrono el Excmo. Sr. D. Joaquín de la Pezuela y Sánchez..... Virrey, Gobernador y Capitán general del Reino del Perú..... Lima, 1816, por D. Bernardino Ruiz.

cielo y de la hermosura de sus mujeres, les hacía muy llevadera la ausencia de libertades políticas, que los más de ellos ni entendían ni solicitaban. Sin la conspiración militar que dividió el ejército español y arrancó el mando á Pezuela, y sin el auxilio, nada desinteresado, de Bolívar y sus colombianos, sabe Dios cuándo y cómo se hubiese consumado la emancipación de aquella parte del continente americano, aunque fuese inevitable para un plazo más ó menos largo. Pudieron contar, pues, Abascal y Pezuela con panegiristas ardientes y no sólo con mercenarios cantores.

Verdad es que con la inconstancia propia del gremio poético pasaron casi todos ellos al partido vencedor al día siguiente de la batalla de Ayacucho, y el primero de todos aquel mismo doctor Larriva que había escrito en 1807 el elogio universitario de Abascal, en 1812 el discurso contra los insurgentes del Alto Perú, en 1816 el sermón en alabanza de Pezuela, y en 1819 la oración fúnebre de los prisioneros realistas fusilados por los insurrectos en la Punta de San Luis; pasando luego, y sin esfuerzo ni transición alguna, á pronunciar en 1824 la oración fúnebre de los patriotas muertos en Junin, en 1826 el elogio académico de Bolívar, contra quien se desató luego en sátiras é invectivas, pocos meses después de haberle puesto entre los semidioses:

Mudamos de condición,
Pero fué sólo pasando
Del poder de Don Fernando
Al poder de Don Simón.

Era el tal Larriva (según refiere el Sr. Palma) un clérigo de costumbres nada ejemplares, poeta chistoso é improvisador de café, gran latino y hombre de muy

despierto y agudo ingenio, como lo prueban sus fábulas, su poema burlesco de *La Angulada* y otras producciones suyas, que desgraciadamente por ser de índole personal y efímera, han padecido la suerte común de las de su clase, que es no sobrevivir á los acontecimientos á que aluden y perseverar sólo en las páginas de algún curioso libro de Historia (1). Poetas muy afines á su estilo y manera fueron otros dos improvisadores, también eclesiásticos y de costumbres no menos relajadas: el presbítero Echegaray, que reparó con los buenos ejemplos de sus últimos años los escándalos de su mocedad, y el franciscano Fr. Mateo Chuecas y Espinosa, cuya vida se dilató hasta 1868, dándole tiempo también para enmendar sus desconcertadas costumbres, hacer un auto de fe con la mayor parte de sus versos profanos, y escribir algunas composiciones ascéticas de mérito (2). A todos éstos había precedido el *Ciego de la Merced*, Fr. Francisco del Castillo, que falleció á fines del siglo pasado, gran repentista, sobre todo en décimas

(1) En el tomo II de la *Colección de documentos* de Odriozola están las principales composiciones de Larriva.

(2) El Sr. Palma (*Tradiciones peruanas*, sexta serie), transcribe como del P. Chuecas, que se la comunicó autógrafa, la siguiente glosa de una rondalla muy popular en los libros de devoción:

¿Qué se hicieron de Sansón
Las fuerzas que en sí mantuvo,
Y la belleza que tuvo
Aquel soberbio Absalón?
¿La ciencia de Salomón
No es de todos alabada?
¿Dónde está depositada?
¿Qué se hizo? ¡Ya no parece!
Luego nada permanece
En esta vida prestada.
De Aristóteles la ciencia,
Del gran Platón el saber,
¿Qué es lo que han venido á ser?

de pie forzado. El Sr. Palma ha publicado algunas de sus picantes improvisaciones, dejando inéditas por lo licencioso y desvergonzado de la expresión otras muchas que tradicionalmente corren de boca en boca, y entre las cuales habrá seguramente algunas que sin razón se le achaquen: castigo providencial de todo el que alguna vez ha envilecido su musa con la obscenidad y el cinismo (1).

Dejando aparte estos rezagados del siglo XVIII, la literatura peruana del siglo XIX empieza propiamente con el médico D. José Manuel Valdés y el diplomático don José María de Pando. El Dr. Valdés, protomédico del Perú y director del Colegio de Medicina y Cirugía de Lima, ocupó honesta y piadosamente sus ocios en una traducción de los *Salmos*, muy notable por la pureza

¡Pura apariencia! ¡Apariencia!
Sólo en Dios hay suficiencia;
Sólo Dios todo lo sabe;
Nadie en el mundo se alabe
Ignorante de su fin.
Así lo dice Agustín,
Que es de la ciencia la llave.
Todos los sabios quisieron
Ser grandes en el saber;
Que lo fueron no hay que hacer,
Según que ellos lo creyeron.
Quizá muchos se perdieron
Por no ir en segura nave;
Camino inseguro y grave,
Si en Dios no fundan su ciencia,
Pues me dice la experiencia:
Quien sabe salvarse, sabe.
Si no se apoya el saber
En la tranquila conciencia,
De nada sirve la ciencia
Condenada á perecer.
Sólo el que sabe obtener,
Por una vida arreglada,
Un asiento en la morada
De la celestial Sión,
Sabe más que Salomón,
Y el que no, no sabe nada.

(1) *Tradiciones peruanas*, primera serie.

de lengua y por la sencillez y dulzura del estilo, que sabe á Fr. Luis de León en muchos trozos. Como hablante tiene muchas semejanzas con González Carvajal; como versificador le lleva innegable ventaja en variedad y armonía. Don José Joaquín de Mora celebró bellamente en una oda esta noble y decorosa versión del Salterio, que es, sin duda, la mejor que ha salido de América, y una de las mejores que tenemos en castellano (1).

Don José María Pando es más célebre por las vicisitudes de su carrera política y por sus trabajos de publicista que por sus versos. Nacido en Lima en 1787, pero educado en Madrid, en el Seminario de Nobles, comenzó por servir á España en varios puestos diplomáticos, llegando á ministro de Estado en las postrimerías del régimen constitucional de 1823. Ciudadano del Perú desde 1824, fué ministro de Hacienda con Bolívar y plenipotenciario para el Congreso de Panamá. Sucesos posteriores le movieron á emigrar de su país y volver en 1835 á España, donde tomó parte activa en nuestra política hasta su muerte, acaecida en 1840. Era hombre de vastísima lectura, muy conocedor de las ciencias sociales y de la historia moderna, y escribía en prosa con claridad y nervio. Sus obras más conocidas son: *Mercurio Peruano*, periódico publicado en 1827; *Pensamientos y apuntes sobre moral y política* (Cádiz, 1837), y *Elementos de Derecho internacional* (Madrid, 1843), si bien esta última, que ha tenido mucha boga, apenas merece considerarse más que como un plagio de la exce-

(1) La primera edición se hizo en Lima, 1833; la segunda en París, 1836, en dos tomitos.

lente obra de Andrés Bello, á quien sigue paso á paso, copiando textualmente sus mismas palabras en casi todos los capítulos. Hizo también elegantes poesías, aunque en escaso número; algunas traducciones de odas de Horacio y una *Epístola política á Próspero*, ó sea á Bolívar, más elocuente que poética, pero bien escrita y llena de calor en algunos pasajes, de majestad en otros. ¡Lástima que el autor no hiciese el menor esfuerzo para evitar tantas y tantas asonancias indebidas como afean aquella larga tirada de versos sueltos! Sin duda Pando tenía habituado el oído á la poesía italiana, en que las asonancias no se reparan (1).

En 1831, por los días en que Pando figuraba al frente del partido conservador del Perú, llegó á Lima, expulsado de Chile por D. Diego Portales, el ingenioso gaditano D. José Joaquín de Mora, á quien de aquí en adelante vamos á encontrar en casi todas las repúblicas americanas como maestro ó como periodista: brillantísimo y á la postre benéfico aventurero literario, *qui mores multorum hominum vidit et urbes*.

Asociado en Lima con los hombres más distinguidos del país, tales como Pando, D. Felipe Pardo, D. Manuel Lorenzo Vidaurre, D. José Cavero y Salazar, D. Andrés Martínez, el médico D. Hipólito Unanue, etc., fundó el *Ateneo del Perú*, donde dió la enseñanza de derecho natural y público; imprimió unos *Cursos de Lógica y Ética*, según los principios de la escuela de Edimburgo; y comenzó su extraño poema de *Don Juan*, imitación de Byron, del cual nunca llegó á escribir más que los cinco

(1) La *Epístola á Próspero* se imprimió en Lima en 1826, y está reproducida en la *América Poética* de Gutiérrez.

primeros cantos (1). Era Mora, más bien que poeta inspirado, admirable versificador; en sus composiciones líricas resulta flojo y aun prosaico, pero en la narración joco-seria, en la fábula y en la sátira, su estilo es un raudal de chiste, de amenidad y desembarazo descriptivo, de felices ocurrencias y genial humorismo, calificativo que cuadra bien á quien principalmente se había formado en la escuela de los humoristas ingleses. Su ejemplo y su doctrina literaria fueron de gran provecho en Lima, hasta por lo mucho que armonizaban con ciertas tendencias del ingenio peruano: puede decirse que fué el segundo maestro de D. Felipe Pardo, después de Lista. Las dos epístolas que Mora dirigió á Pardo (2) están llenas de sabios consejos literarios é informadas por un templado eclecticismo, de sentido común ó de escuela escocesa, que fué siempre el sello de la crítica de Mora (3).

Don Felipe Pardo y Aliaga, uno de los discípulos predilectos de Lista, es el verdadero representante de nuestra escuela clásica en el antiguo virreinato del Perú, y sin duda el más notable de los escritores limeños de nuestro siglo, á lo menos de los que ya han pagado á la muerte el común tributo. Como hablista en verso, sólo á Bello cede la palma, y en la sátira política va delante de todos los americanos, si bien no respetase siempre los límites que separan toda composición poé-

(1) Se publicaron anónimos en Madrid en 1844, y son casi desconocidos, aunque tienen octavas muy notables.

(2) *Poesías de D. José J. de Mora*, Madrid, 1853, págs. 241 á 257.

(3) Sobre la estancia de Mora en diversas repúblicas americanas y la influencia política y literaria que allí ejerció, es libro capital el de D. Miguel Luis Amunátegui.—*D. José Joaquín de Mora..... Apuntes biográficos*. Santiago de Chile, 1888.

tica (por reflexiva y didáctica que quiera ser) de un folleto ó artículo de periódico. La *Epístola á Delio*, la parodia de Constitución y otras piezas por el mismo estilo, que son, sin duda, las más geniales y las más curiosas del poeta, adolecen á menudo de esa continua preocupación de los negocios del día, con lo cual, sin ganar en ardor y animación, pierden algo de aquel desinterés poético, de aquel puro culto del arte, que en Horacio y en los verdaderos satíricos horacianos, tales como Parini y D. Leandro Moratín, brilla siempre y se sobrepone á toda otra consideración de utilidad social inmediata. Aun con este lunar, que quizá no lo sea á los ojos de todos, Pardo debe ser respetado siempre, no sólo como escritor pulcro y atildado, sino como ingenioso observador de costumbres, y algunas de sus letrillas pueden figurar sin desventaja al lado de las de Bretón.

La educación de Pardo había sido severamente clásica, y clásicos fueron siempre sus modelos. Su poesía es fruto legítimo de la escuela culta y severa de fines del siglo pasado, especialmente de la de Moratín, pero con más animación y alegría, con viveza criolla, con un género de chiste peculiarmente limeño, aunque de especie muy fina y aristocrática. Cultivó Pardo varios géneros y ninguno sin habilidad y fortuna: su oda *Á Olmedo* y su magnífica traducción de la oda de Víctor Hugo *Á la columna de Vendome*, prueban que no le faltaba numen lírico: sus versos de amor son fáciles y graciosos; en las octavas de *El Perú* hay primores descriptivos que parecen robados á Bello, de quien Pardo fué muy amigo y en cierto modo discípulo durante su destierro en Chile: el único canto que llegó á escribir del poema *Isidora* es lo mejor que en este género de narraciones domésticas ó

de costumbres tiene la literatura americana, á excepción de los cuentos de Batres; y, finalmente, la fantasía en variedad de metros, que tituló *La Lámpara*, es un ensayo romántico, excepcional en sus obras, pero nada infeliz, como lo prueban estos versos:

Lámpara solitaria ardi en el templo,
Y, aunque con luz escasa, ardi constante,
Y por siete años que bramó incesante,
No me apagó una vez el huracán.

Pero aunque fuese capaz de salir con lucimiento de cualquier empresa, porque para ello tenía caudal suficiente de doctrina y gusto, y prendas de versificador nada vulgares, su verdadera vocación fué la de poeta satírico, ya festivo y suavemente epigramático, como en sus letrillas, ya cáustico censor y austero moralista, como en las dos sátiras citadas, en las cuales se ve de cuerpo entero, no sólo al poeta, sino al político conservador: naturalezas que en él habían llegado á ser inseparables. Su aversión á la anarquía, al desenfreno, al charlatanismo político, á las constituciones escritas en el papel y no en la conciencia de los pueblos, le llevaba hasta el chistoso extremo de invocar á cada momento en sus versos, no ya el sable del dictador, sino el garrote ó la tranca, que consideraba como único remedio eficaz para la indisciplina de su país.

Pardo fué, no solamente poeta lírico, sino también poeta dramático, aunque en pocas obras y todas de su juventud. Es, después de Gorostiza, el más notable representante del teatro cómico en América, con la ventaja de no ser sus comedias puramente españolas en las costumbres que retratan, como lo son las de Gorostiza, en quien nada americano hay más que la patria de su autor;

sino pensadas y escritas para un auditorio limeño, con tipos y escenas propias del país. Son tres estas comedias: *Frutos de la educación*, *Don Leocadio, ó el aniversario de Ayacucho*, *Una huérfana en Chorrillos*. La segunda es un juguete muy graciosamente versificado, con imitación visible del estilo de Bretón, pero cuya idea fundamental está tomada de un *vaudeville* francés. Las otras dos son enteramente originales, y verdaderas y muy apreciables comedias de costumbres del género de Moratín y Gorostiza, sin ningún rasgo que pueda decirse peculiarmente bretoniano. En su propósito moral, que no es otro que poner de manifiesto los vicios de la mala educación, reproducen el tema de las dos comedias de Iriarte *El Señorito mimado* y *La Señorita mal criada*, pero no adolecen de su frialdad pedagógica, y la pintura de las costumbres es viva y chistosa. El escrúpulo en la observancia de las unidades clásicas llega hasta el extremo de reducir la acción á plazo menor que el de veinticuatro horas. Las comedias de Pardo, aunque puedan tacharse de tímidas y acompasadas, son los productos más nobles y decorosos que hasta ahora ha dado la musa cómica del Perú, y valen tanto, por lo menos, como otras españolas muy celebradas del mismo género y escuela, por ejemplo, *La Niña en casa*, de Martínez de la Rosa.

No obstante, ha de confesarse que Pardo, más bien que poeta cómico espontáneo y original, es un satírico y moralista en forma dramática. Su genio era ese, y sus comedias ganan mucho si se las considera como sátiras dialogadas; así como los amenos cuadros de costumbres que publicó en 1840 con el título de *El Espejo de mi tierra*, profesando seguir las huellas de Larra y

Mesonero Romanos, recuerdan más la punzante manera del primero, aunque sin su dejo amargo y misantrópico, que la inofensiva y bonachona del segundo. En prosa, lo mismo que en verso, fué Pardo correctísimo escritor, y hasta sus alegatos jurídicos y los documentos cancillerescos que suscribió están redactados con buena literatura, rarísima en tal género de escritos, que pocos se atreverían á coleccionar como él lo hizo, sin detrimento alguno de su fama (1).

(1) No dedicamos más espacio al estudio de este recomendable escritor, por haber sido ya apreciado con recto criterio en el discurso que en sesión pública inaugural de nuestra Academia leyó en 1870 el Sr. D. Patricio de la Escosura sobre *Tres poetas contemporáneos: Pardo, Vega y Espronceda*. Pardo valió mucho, pero resulta un poco achicado por la compañía; sin que el haber sido *discípulo de Lista* (lugar común de nuestras biografías literarias de este siglo) baste para justificarlo, porque todo maestro tiene discípulos buenos, medianos y malos. No fué ciertamente Pardo de estos últimos; pero comparado con los autores de *El Hombre de Mundo* y de *El Estudiante de Salamanca*, sin escrúpulo se le puede poner entre los segundos.

Don Felipe Pardo y Aliaga nació en Lima el 11 de Junio de 1806. Su padre, regente de la Audiencia del Cuzco, se trasladó á la Península en 1821, y Pardo hizo sus estudios en el colegio de San Mateo, y luego privadamente en casa de D. Alberto Lista. Su maestro le conservó siempre extraordinario afecto, y todavía en 1838, á los sesenta y tres años de su edad, le dirigía aquellos elegantes versos:

No temas, mi Felipe, los furores
Del vulgo vil, alborotado y leve,
Si roto el freno, en trágicos horrores
La común patria á sepultar se atreve.
Ni su ignorante aplauso te envanezca
Cuando mimosa la falaz fortuna
Fácil á tus deseos aparezca
Y te eleve hasta el cerco de la luna.
Que el varón justo y grave, el ciudadano
Veraz, que tiene la virtud por guía,
Ni al dogal se amedrenta del tirano,
Ni al aura popular su pecho fia.

Heredó la vena satírica de Pardo, aunque no su aticismo ni su cultura ni su delicado gusto, D. Manuel Ascencio Segura, también poeta festivo y articulista de costumbres, pero sobre todo, poeta dramático. El Perú le debe un repertorio cómico, superior en cantidad y en calidad al que puede ofrecer ninguna otra sección de América. Hasta once comedias suyas están coleccionadas, y dió á las tablas otras dos, cuyos manuscritos no

Yo recuerdo ¡ay de mí! los bellos días
De tu primera juventud dichosa,
Cuando por mí adestrado le pedías
Á Horacio y Newton su laurel y rosa.
.....
Pero del mando hollar la inestable senda
Al alumno de Erato no desdice:
El valor y virtud de ti se aprenda,
Y la fortuna de otro más felice.....

Pardo regresó al Perú en 1828, y empezó por dedicarse al ejercicio de la abogacía; pero muy pronto tomó parte activa en las contiendas políticas, como redactor del *Mercurio Peruano* y de *El Conciliador*. En 1829 y 1833 dió á las tablas dos de sus comedias. El general Salaverry le confió en 1835 una misión diplomática para Chile, y después de la caída y muerte de aquel personaje permaneció en aquella república solicitando la intervención de los chilenos contra el general Santa Cruz, dictador del Perú y Bolivia. Para ello fundó un periódico titulado *El Intérprete*. Sería largo y de poco interés para el lector europeo dar cuenta de los esfuerzos de Pardo y de la parte que tuvo en la caída del Protector Santa Cruz, y de cómo vino á ser proscrito por el mismo Gobierno que él había contribuido á fundar. Sólo en 1840 pudo volver á Lima, y se le nombró magistrado del Tribunal Supremo (llamado á la francesa *Corte Superior*). Nuevos trastornos políticos le obligaron á nuevas expatriaciones, y de resultados de tanta felicidad democrática como disfrutaban aquellos bienaventurados países, su salud acabó por quebrantarse gravemente, quedándose paralítico y ciego en lo mejor de su vida. Antes había sido en dos ocasiones distintas Ministro de Relaciones Exteriores. Falleció en 24 de Diciembre de 1868. Al año siguiente fueron coleccionadas sus obras en un lujoso volumen publicado en París con el título de *Poesías y Escritos en prosa de D. Felipe Pardo* (París, A. Chaix y C.^ª, 1869). Es, en conjunto, uno de los libros que más honran la literatura americana.

han parecido. Las comedias de Segura lindan muchas veces con la farsa: aun las compuestas en tres ó más actos son sainetes largos, excepto *Ña Catita*, que es genuina comedia de carácter, y estudio bien hecho de un carácter de beata maldiciente y embrollona, que por ciertos rasgos locales se salva del amaneramiento inherente á la repetición de tipo tan conocido en las tablas. Domina en los cuadros de Segura cierto mal tono que, según creemos, debe achacarse al poeta más bien que á la sociedad que describe. En *Lances de Amancaes*, por ejemplo, los personajes, que quieren ser caballeros y damas de la mejor sociedad limeña, pasan gran parte de la acción bebiendo *pisco*, y hablan y proceden en consonancia con tal refresco. Pero no hay duda que Segura hace reír con risa inextinguible; que sus piezas abundan en saladas ocurrencias del más puro criollismo; que des- punta en ellas la vena aguda y jovial que hace de los peruanos los andaluces de la América del Sur; que la verificación abundantísima y desenfadada, aunque muy incorrecta, recuerda la maravillosa espontaneidad de Narciso Serra, con quien tiene Segura más puntos de analogía que con Bretón ni con D. Ramón de la Cruz, por más que con uno y otro se le haya comparado; y finalmente, que su autor tiene el mérito indisputable de haber reproducido con fidelidad y gracia los principales aspectos cómicos de la vida limeña, así en sus piezas de costumbres domésticas, como en las de costumbres políticas, v. gr., *Un Juguete* y *El Resignado*, y aun en las farsas populares, como *El Sargento Canuto*.

El ingenio cómico de Segura ha dejado también algunos chispazos en sus letrillas, en sus sátiras políticas y en los artículos de costumbres que publicó en *La Bolsa*

y en *El Cometa*, pero no aparece completo más que en sus obras escénicas (1).

Perteneció á la misma generación literaria que D. Felipe Pardo y que Segura, aunque de menor edad que ellos, un hermano del primero, D. José Pardo y Aliaga, de excelente educación clásica, como lo prueba su oda *Á la independencia de América*, laureada en un certamen de Chile; y de estro satírico no inferior al de su hermano, en algunas letrillas.

Á estos nombres, á los cuales pueden añadirse, con algún otro más obscuro, los de D. José María Seguín, D. Manuel Ferreyros, D. Ignacio Novoa, D. Miguel del Carpio, magistrado y estadista, que no por el mérito de sus versos, sino por su tertulia literaria y por la generosa

(1) Nació D. Manuel Ascensio Segura en Lima en 1805, y murió en 1871. Sirvió al principio en el ejército, llegando á sargento mayor, y luego fué comisario de Guerra y Marina, secretario de gobiernos civiles (que en el Perú llaman *prefecturas*), vista y administrador en varias aduanas, y en 1860 diputado á Cortes. Fundó en 1839 *El Comercio de Lima*, decano de la prensa peruana; en 1841 *La Bolsa*, y después *El Cometa*, del cual sólo aparecieron doce números escritos enteramente por él, á imitación de las *Capilladas* de Fr. Gerundio, que logran entonces tanto aplauso.

En 1849 publicó en la ciudad de Piura otro periódico, *El Moscón*, todo de sátira personal y política, hoy muerta y casi ininteligible. En este género infeliz derrochó Segura mucho tiempo y mucho ingenio. Nadie lee hoy, y hasta ha sido excluido de la colección de sus obras, el poema satírico *La Peli-muertada*, en variedad de metros y en más de mil doscientos versos, distribuidos en veinticuatro cantos.

Su primera comedia fué *El Sargento Canuto*, representada en 1839. Las restantes piezas de su repertorio son: *La Moza Mala*, *La Saya y Manto*, *El Resignado*, *Ña Catita* (ña es diminutivo peruano de doña), *Un juguete*, *Lances de Amancaes*, *Nadie me la pega*, *La Espía*, *El Cacharpari*, *El Santo de Panchita* (en colaboración con D. Ricardo Palma), *Percances de un remitido*, *Las tres viudas*. Estas dos son las únicas que faltan en la colección de *Artículos, poesías y comedias de Manuel Ascensio Segura* (Lima, por Carlos Prince, 1886).

protección que concedía á los literatos noveles, ha conseguido pasar á la historia, estaba reducido el grupo clásico de Lima por los años de 1848. Entonces entró en escena una nueva generación literaria, sobre la cual nos ha dado los más interesantes pormenores el ameno é ingenioso escritor D. Ricardo Palma, que fué y continúa siendo uno de los principales ornamentos de ella (1).

«De 1848 á 1860 (escribe Palma) se desarrolló en el Perú.... pasión febril por la literatura. Al largo periodo de revoluciones y motines, *consecuencia lógica de lo prematuro de nuestra independencia*, había sucedido una era de paz, orden y garantías. Fundábanse planteles de educación: la Escuela de Medicina adquiría prestigio, impulsada por su ilustre decano D. Cayetano Heredia; y el Convictorio de San Carlos, bajo la sabia dirección de D. Bartolomé Herrera, reconquistaba su antiguo esplendor. Por entonces llegaba de España D. Sebastián Lorente, era nombrado rector del Colegio de Guadalupe, y ante un crecido concurso daba lecciones orales de historia y literatura. Lorente era un innovador de gran talento, y la victoria fué suya en la lucha con los rutinarios. La nueva generación le seguía y escuchaba como á un apóstol.»

Efectivamente, aquella juventud literaria se entregó en cuerpo y alma al romanticismo español, como la de la República Argentina se había entregado al romanticismo francés. Espronceda, Zorrilla, Arolas y Enrique Gil contaron desde luego gran número de fervientes imitadores; pero quien fascinó y arrastró con su ejemplo

(1) Vid., al frente de las *Poesías de Ricardo Palma* (1887), el estudio titulado *La Bohemia limeña de 1848 á 1860: confidencias literarias*.

á todos los principiantes fué el inspirado aunque incorrectísimo poeta montañés Fernando Velarde, de quien ya hemos hablado al tratar de Guatemala, y cuyo gusto y estilo dejaron profunda huella en casi todas las repúblicas de América. Talento original, pero inculto y bravo; imaginación poderosa cuanto desequilibrada; un mal gusto que parecía ingénito é indomable, puesto que resistió á toda disciplina y fué creciendo monstruosamente con los años; alma vehemente, apasionada y triste, con dejos de candor infantil y visiones de iluminado; una potencia de versificador capaz de levantar en peso las moles de los Andes, pero de la cual usaba y abusaba sin tino ni juicio, convirtiéndose muchas veces en retumbante zurcidor de alejandrinos huecos; un sentimiento profundo y casi místico de la naturaleza; elevadas aunque confusas aspiraciones de ultratumba; un idealismo más germánico que español, ataviado con el sombrero de jipijapa y el lujo charro del indiano de nuestra costa cantábrica: todas estas cualidades, á primera vista inconciliables, concurrían en el fecundo y excéntrico vate de Hinojedo, á quien nuestra historia literaria ha olvidado malamente, porque en condiciones nativas fué superior á muchos, y en influencia fuera de su tierra sólo Zorrilla, Espronceda y Tassara pueden aventajarle entre nuestros románticos.

Cuando Velarde llegó al Perú después de haber residido algún tiempo en la isla de Cuba, ya había escrito algunos de sus mejores versos: la *Despedida á Santander*, *El Pico de Teide*, la *Meditación en la isla de Pinos*, todos los cuales coleccionó en un tomo publicado en Lima en 1848, con el título de *Flores del Desierto*. Redactó, además, durante dos años, un semanario de

literatura, *El Talismán*, y se hizo tan notorio por los aciertos y esplendores de su musa, cuanto por el generoso ardor patriótico con que defendió el nombre de España, y por las rarezas de su irascible condición, que le atrajeron pesados lances, obligándole por fin á emigrar en 1855 á otras repúblicas, primero al Ecuador, después á Bolivia y á Chile, y finalmente á Guatemala, siempre con la frente erguida y el canto varonil en los labios: dejando por donde quiera admiradores y discípulos (1), halagado unas veces por la fortuna, reducido otras á la indigencia: raro personaje, sin duda, pero nunca vulgar ni indigno de su raza que tanta sangre y tanto sudor ha vertido en la América española. De su estancia en el Perú y repúblicas limítrofes datan las principales composiciones de Velarde: las valientes octavas con que en 1851 saludó *al pabellón español* en medio de los insultos y agresiones de la plebe de Lima, el canto descriptivo de *Los Andes del Ecuador*, el otro canto en alejandrinos *Á la cordillera de los Andes*, donde hay muestras de lo mejor y de lo peor de su estilo, y *La Última Melodía Romántica*, que por sí sola bastaría para acreditarle de gran poeta.

En el Perú tuvo Velarde émulos, pero tuvo en mayor número apasionados fanáticos, sobre todo en la grey juvenil. Son los que Palma llama *bohémios* y cuyas memorias biográficas ha recogido con piadoso celo. Al-

(1) Murió Velarde en Londres en 1881. La colección más completa que conozco de sus versos es la titulada *Cánticos del Nuevo Mundo*, impresa en Nueva York en 1860. Sé que en Londres publicó un nuevo tomo en 1871, pero no he llegado á verle. Serán probablemente de extrema decadencia, como los que en Torrelavega coleccionó después con el título de *La Poesía de la Montaña*.

gunos de ellos, como el ilustre guayaquileño Numa Pompilio Llona, el mismo Palma, D. Pedro Paz-Soldán y Unanue (*Juan de Arona*), D. Luis Benjamín Cisneros, D. Arnaldo Márquez (traductor de Shakespeare) y otros varios, viven. De los que han muerto diremos algo, guiándonos principalmente por las noticias del Sr. Palma, puesto que no de todos hemos logrado ver las obras completas, y otros ni siquiera las han coleccionado.

D. Manuel del Castillo († 1871), «vate tan incorrecto como sentimental», era arequipeño como Melgar, y, á imitación suya, compuso *yaravies*, de los cuales puede servir como muestra el siguiente, que tiene reminiscencias de uno de nuestros más bellos romances viejos:

Ya que para mí no vives,
¿Por qué te vas y me dejas?

Prenda querida:

Viviré como la viuda
Tortolica que ha perdido
Su compañía.

Como la nave agitada
Por los vientos, que resiste
Del mar las iras,

Es juguete de las olas,
Y sin arribar al puerto

Se hunde y abisma.

Como paloma que el nido
Vió en la selva, por el rayo
Hecho cenizas,

Y cuando huía gimiendo,
El cazador la acechaba

Con saña impía.

Como árbol de fruto osado
Que señoreaba los prados

Su lozania,

Miró secarse su savia
Porque el agua le faltó,

Que era su vida:

Así yo, querida prenda,
Seré tortolica viuda,
Nave perdida.
Seré paloma sin nido,
Seré árbol de seco tronco
Si te retiras (1).

D. Manuel Nicolás Corpancho (1830-1863), autor de dos dramas románticos, *El Poeta Cruzado* y *El Templario*, que nada tienen digno de alabanza más que la versificación, y de unos *Ensayos Poéticos* dados á luz en París en 1854, no tuvo tiempo para emanciparse de la imitación demasiado directa de Zorrilla, y sólo dejó versos armoniosos, pero sin carácter personal. Su prematura y horrible muerte, á bordo de un buque que se incendió en alta mar, frustró las muchas esperanzas que en él se fundaban.

D. Clemente Althaus (1835-1881) aspiró á la pureza clásica, sin conseguirla más que de lejos. Es bastante correcto en la forma y, en concepto de Palma, «el más académico de los poetas peruanos». «Como individuo (prosigue el mismo crítico), Althaus rayaba en excéntrico, y su pulcritud en afeminación... Se había creado para sí un mundo ideal, fantástico, y, naturalmente, mortificábanlo infinito las realidades de este mundo sensual y materializado.» Althaus murió en París completamente loco. Hay dos colecciones de sus poesías, una de 1863 y otra de 1872. Son versos atildados, limpios y cultos, pero fríos y secos. La *Epístola de Safo á Faon* me parece la más acabada de sus producciones. Escribió tam-

(1) La colección de Castillo, dada á luz en 1869, lleva el título de *Cantos Sud-Americanos*.

bién una tragedia clásica, *Antioco*, «más para leída que para representada».

El mismo desastroso fin que Althaus tuvo otro notable lírico, D. Adolfo García (1830-1883), que murió en la locura y en la miseria, y fué enterrado de limosna. Han sido muy celebradas sus quintillas *A Bolívar*, composición efectista del género de las décimas de nuestro López García *Al Dos de Mayo*; pero á mi juicio, los versos suyos que deben sobrevivirle son los de la elegante y delicada oda *Mis recuerdos*.

Diamantes y perlas y *Destellos y albores* se titulan las dos colecciones poéticas de D. Carlos Augusto Salaverry, hijo del infortunado General y Presidente de la República, que fué fusilado en Arequipa por el *Protector* Santa Cruz. No afirmaré que sean *diamantes y perlas* todo lo que contiene la colección de Salaverry, pero sí que en aquellos versos *alborea* y *destella* un numen lírico más vigoroso que el de Althaus, y más seguro de sus fuerzas que el de García. Tiene buenos sonetos. Dió culto también á las musas del teatro, pero ninguno de sus dramas, incluso *Atahualpa*, que es el más conocido, ha tenido gran éxito.

Mucho más joven que los hasta aquí citados era don Constantino Carrasco (1841 † 1877), partidario del americanismo en poesía, autor de una silva muy celebrada *Al Árbol de la quina*, conocedor de la lengua quichua, y traductor en verso castellano del famoso *Ollantai*, que se ha querido dar por antiquísimo texto dramático de dicha literatura, pero que, leído desapasionadamente, no parece, á lo menos en las traducciones, más que una imitación de las comedias españolas, hecha por algún ingenioso misionero del siglo XVII, y quizá de

tiempo muy posterior. Si en esto erramos, nuestra ignorancia nos disculpe, pero no somos los únicos en opinar así, y en el Perú mismo no falta quien nos acompañe en tal creencia (1).

El estudio detenido de las colecciones, muy raras en Europa (si es que alguna completa existe), de la *Revista de Lima* y del *Correo del Perú*, podría acrecentar con bastantes nombres este catálogo. Pero no hay duda que la literatura del Perú independiente no conserva ya entre las de la América del Sur el puesto de primacía que tuvo durante la época colonial. A par con la decadencia política ha ido la decadencia literaria: las brillantes excepciones de Pardo, Segura, Palma y *Juan de Arona* no hacen más que confirmar la regla. Lima no es hoy la cabeza y el corazón de la América del Sur, como lo fué en los tiempos del Virreinato. No parece sino que un triste presentimiento hizo andar á los peruanos tan reha-

(1) Las poesías de Carrasco fueron publicadas en colección poco después de su muerte, por D. Eugenio Larrañure y Unanue.

En la *Lira Americana*, colección de poesías del Perú, Chile y Bolivia, recopiladas por D. Ricardo Palma (Paris, Rosa y Bouret, 1865), y en la *América Poética*, de Cortés, pueden encontrarse muestras de los poetas peruanos posteriores á 1848.

Peruano fué, aunque vivió y escribió casi siempre en Europa, D. Juan Manuel Berriozábal, marqués de Casa-Jara, fecundo autor de libros de devoción en prosa y verso. En 1839 publicó un tomo de *Poesías Escogidas* de Lamartine (*El Crucifijo*, *El Hombre á Lord Byron*, *el Himno del Angel después de la destrucción del Globo*, etc.); en 1841, una refundición de *La Cristiada* del P. Hojeda; en 1845 *La Reina de los Cielos*, colección de poesías á la Virgen, unas originales y otras traducidas de Silvio Pellico, Angelo Mazza y otros poetas italianos, con varias disertaciones en prosa; en 1850 *Observaciones sobre las bellezas literarias, históricas, profético-poéticas y religiosas de la Sagrada Biblia*; en 1851, *Poesías Sagradas*; en 1858, *Poesías religiosas*. Todos estos libros acreditan más su piedad que su literatura, pero los más antiguos alcanzaron la alta honra de ser elogiados por Balmes en un extenso artículo de su revista *La Sociedad* (1844).

cios en asociarse al movimiento de emancipación, cuyos beneficios han sido para ellos tan caramente comprados. Bolívar empezó por despojarles del hermoso puerto de Guayaquil, y por crear definitivamente con las provincias del Alto Perú una nueva república. Chile rompió todos sus antiguos lazos de dependencia y se levantó con la hegemonía política del Sur, afirmándola después con guerras y anexiones, siempre desastrosas para sus vecinos. Pueblos que en la historia colonial habían sido secundarios y olvidados, como Venezuela y Nueva Granada, levantaron su cabeza ceñida con los laureles de la guerra de la Independencia, y se repartieron la herencia de Bolívar, asumiendo ante Europa la representación de la causa americana. La Argentina se engrandeció como por encanto con la inmigración europea y con la conquista del desierto. Entretanto, el Perú, materialmente enriquecido por el guano y el salitre, pero devorado por las facciones, iba descendiendo rápidamente en la escala política, á despecho de sus inmensos recursos naturales y del talento vivo y despierto de sus hijos. Pero quien tuvo retuvo, como dice el proverbio vulgar; y aunque Lima no sea ya la Atenas del Sur, y aunque Buenos Aires, Santiago de Chile, Bogotá y Caracas hayan sido centros más activos de cultura moderna, nadie podrá negar á aquella hermosa y desventurada ciudad, ni el prestigio de su tradición gloriosa, ni el haber conservado en lengua y costumbres el sello español, que suele ser en América el único y verdadero americanismo: aquel especial matiz de ingenio castizo y de chiste indígena que avalora todas las producciones festivas de la musa peruana, desde las letrillas y sátiras de D. Felipe Pardo hasta las comedias de Segura, las

Tradiciones de Palma y las humorísticas poesías de Paz-Soldán: un no sé qué indefinible de gracia desenvuelta y no pensada, que á cualquier español hace mirar con cariño y simpatía á aquellos que, bajo el antiguo régimen, fueron, entre todos los criollos, los hijos mimados de España, tan españoles en todo, hasta en algunos de sus defectos y flaquezas.

XI.

BOLIVIA.

Esta república, creada por la voluntad omnipotente de Simón Bolívar en obsequio al equilibrio que él pensaba establecer entre los estados de la América del Sur, no tiene historia independiente en la época colonial, ni mucho menos tradiciones literarias. Está formada por las comarcas del Alto Perú (antiguas intendencias de La Paz, Potosí, Chuquisaca, Cochabamba y Santa Cruz de la Sierra, con el desierto de Atacama), las cuales, después de haber formado parte integrante del imperio de los Incas, dependieron del virreinato de Lima hasta 1778, en que se creó el de Buenos Aires, limitado por el Brasil y la Patagonia, los Andes y el Atlántico. Este carácter híbrido domina en la moderna historia de Bolivia, que, según las circunstancias, aparece como un apéndice de la del Perú ó de la del Río de la Plata, sin haber podido afirmar todavía su carácter ni su política propia dentro de la variedad americana. Por otra parte, la población europea está allí en exigua minoría: sólo una sexta parte, contra cuatro quintas de

población india y otra de población negra: en tan inmensa superficie como la de 54.000 leguas cuadradas no habitan más que dos millones de hombres, es decir, unos treinta y siete por legua cuadrada (1).

La carencia de grandes centros de población y la falta de puertos importantes, hacen de esta república una de las menos abiertas de América al trato y comunicación intelectual con los extraños. No creemos, en vista de tan adversas circunstancias, unidas al continuo estado de anarquía y luchas civiles en que ha vivido esta república, que su producción literaria sea grande; pero lo que sí podemos afirmar es que á Europa apenas han llegado las obras de ningún autor boliviano.

Y sin embargo, esta región, á primera vista tan iliteraria, estuvo á punto de ser visitada en el siglo XVI nada menos que por Miguel de Cervantes, que en memorial de Mayo de 1590 pedía á Felipe II que «le hiciese merced de un oficio en las Indias de los tres ó cuatro que al presente están vacos, que es el uno la contaduría del Nuevo Reino de Granada, ó la gobernación de la provincia de Soconusco en Guatemala, ó contador de las galeras de Cartagena, ó *corregidor de la ciudad de la Paz*» (2). Si Cervantes hubiese conseguido esta vara, ¿quién sabe si Bolivia podría ufanarse hoy con ser la cuna del *Ingenioso Hidalgo*?

Otros ingenios, de menos cuenta sin duda, pero de buen estilo y de buen tiempo, visitaron el argentífero

(1) Tomo estos datos del *Manual de Geografía y Estadística del Alto Perú ó Bolivia*, publicado en París, 1860, por mi tío D. Baldomero Menéndez. Es probable, y aun seguro, que hoy deban rectificarse, pero no he encontrado libro posterior. Las publicaciones sobre Bolivia son rarisimas en Europa.

(2) Navarrete, *Vida de Cervantes*, pág. 313.

Tradiciones de Palma y las humorísticas poesías de Paz-Soldán: un no sé qué indefinible de gracia desenvuelta y no pensada, que á cualquier español hace mirar con cariño y simpatía á aquellos que, bajo el antiguo régimen, fueron, entre todos los criollos, los hijos mimados de España, tan españoles en todo, hasta en algunos de sus defectos y flaquezas.

XI.

BOLIVIA.

Esta república, creada por la voluntad omnipotente de Simón Bolívar en obsequio al equilibrio que él pensaba establecer entre los estados de la América del Sur, no tiene historia independiente en la época colonial, ni mucho menos tradiciones literarias. Está formada por las comarcas del Alto Perú (antiguas intendencias de La Paz, Potosí, Chuquisaca, Cochabamba y Santa Cruz de la Sierra, con el desierto de Atacama), las cuales, después de haber formado parte integrante del imperio de los Incas, dependieron del virreinato de Lima hasta 1778, en que se creó el de Buenos Aires, limitado por el Brasil y la Patagonia, los Andes y el Atlántico. Este carácter híbrido domina en la moderna historia de Bolivia, que, según las circunstancias, aparece como un apéndice de la del Perú ó de la del Río de la Plata, sin haber podido afirmar todavía su carácter ni su política propia dentro de la variedad americana. Por otra parte, la población europea está allí en exigua minoría: sólo una sexta parte, contra cuatro quintas de

población india y otra de población negra: en tan inmensa superficie como la de 54.000 leguas cuadradas no habitan más que dos millones de hombres, es decir, unos treinta y siete por legua cuadrada (1).

La carencia de grandes centros de población y la falta de puertos importantes, hacen de esta república una de las menos abiertas de América al trato y comunicación intelectual con los extraños. No creemos, en vista de tan adversas circunstancias, unidas al continuo estado de anarquía y luchas civiles en que ha vivido esta república, que su producción literaria sea grande; pero lo que sí podemos afirmar es que á Europa apenas han llegado las obras de ningún autor boliviano.

Y sin embargo, esta región, á primera vista tan iliteraria, estuvo á punto de ser visitada en el siglo XVI nada menos que por Miguel de Cervantes, que en memorial de Mayo de 1590 pedía á Felipe II que «le hiciese merced de un oficio en las Indias de los tres ó cuatro que al presente están vacos, que es el uno la contaduría del Nuevo Reino de Granada, ó la gobernación de la provincia de Soconusco en Guatemala, ó contador de las galeras de Cartagena, ó *corregidor de la ciudad de la Paz*» (2). Si Cervantes hubiese conseguido esta vara, ¿quién sabe si Bolivia podría ufanarse hoy con ser la cuna del *Ingenioso Hidalgo*?

Otros ingenios, de menos cuenta sin duda, pero de buen estilo y de buen tiempo, visitaron el argentífero

(1) Tomo estos datos del *Manual de Geografía y Estadística del Alto Perú ó Bolivia*, publicado en París, 1860, por mi tío D. Baldomero Menéndez. Es probable, y aun seguro, que hoy deban rectificarse, pero no he encontrado libro posterior. Las publicaciones sobre Bolivia son rarísimas en Europa.

(2) Navarrete, *Vida de Cervantes*, pág. 313.

cerro del Potosí, á cuyas raíces se había fundado una población que á principios del siglo xvii llegó á contar 150.000 habitantes, y hoy (si no extinguida, venida muy á menos la labor de las minas), escasamente llegan á 15.000, según dicen (1). Entre los aventureros y arbitristas que, atraídos por la codicia del mineral y no ajenos de conocimientos metalúrgicos, acudieron á aquel fabuloso venero de riqueza pocos años después de su descubrimiento, hubo de contarse el vate lusitano Enrique Garcés, natural de Oporto, que al igual de otros muchos contemporáneos suyos de la centuria décimosexta, nunca usó en sus obras más lengua que la castellana. Decíase Garcés inventor de cierto procedimiento para beneficiar la plata por medio del azogue (2). «Gasté no poca parte de vida y hacienda (decía él mismo á Felipe II) en descubrir y entablar en el Pirú el azogue y beneficio de plata con él. Di después algunos avisos en materias diferentes, como fué lo de la plata corriente, que allí pasaba por moneda de ley conocida, á lo cual, por vuestra christiana clemencia fuiste, señor, servido, de proveer de remedio, mandando no se tratase sino con plata ensayada ó con moneda acuñada, y aunque por ello fui notablemente molestado, nada será parte para que dexé de proseguir en lo que todo el mundo os debe.»

(1) Sobre el Potosí en la época colonial véase el interesante y ameno libro de D. Vicente G. Quesada *Crónicas Potosinas. Costumbres de la Edad Medieval Hispano-Americana* (París, 1890).

(2) Vid. Maffei y Ruá Figueroa, *Apuntes para una biblioteca española de Mineralogía*, t. 1, pág. 277, y sobre Garcés como poeta el *Catálogo Razonado Biográfico y Bibliográfico de los Autores Portugueses que escribieron en castellano*, por D. Domingo García Pérez (Madrid, 1890), pág. 249.

No parece que ni sus avisos de buen gobierno ni sus advertencias metalúrgicas enriqueciesen á Garcés, puesto que habiendo enviudado se hizo presbítero, y fué á morir de canónigo en la catedral de México, dedicando sus últimos días al cultivo de las letras. Hay de él dos traducciones en verso, de *Los Lusíadas* de Camoens y del *Cancionero* del Petrarca, y una en prosa del libro de Francisco Patricio *Del reyno y de la institución del que ha de reynar, y de cómo deve averse con los súbditos y ellos con él*. Los tres libros, vertidos respectivamente del portugués, francés y latín, aparecen impresos en el mismo año, 1591, porque el autor, sin duda, los mandó simultáneamente á España. Entre los versos laudatorios que la traducción del Petrarca lleva, los hay del famoso navegante Pedro Sarmiento de Gamboa, bien infelices por cierto. Suenan también en los preliminares del libro los nombres de Sancho de Ribera, poeta arequipeño, del Licdo. Villarroel (¿de Potosí ó de Quito?), de Fr. Jerónimo Valenzuela y Fr. Miguel de Montalvo, del Licdo. Emanuel Francisco, de un cierto *Adilón*, y de varios anónimos que presumo que serían todos americanos ó residentes en América. Uno de estos panegiristas alude á la invención metalúrgica de Garcés en estos términos:

Enrique, que al Ocaso enriqueciste
Con el instable azogue que has hallado.....

Tal invención ó divulgación, si es que realmente fué el primero en hacerla, honra á Enrique Garcés más que sus versos incorrectos, desabridos, mal acentuados muchas veces, llenos de italianismos y de lusitanismos, como quien calca servilmente, en vez de traducir de un modo literario y haciéndose cargo de la diferencia de las

lenguas. Lo más curioso que para nuestro objeto contiene su libro de *Los Sonetos y Canciones del Poeta Francisco Petrarca*..... (1) es una canción del traductor, á imitación de la que principia *Italia mia, ben che'l parlar sia indarno*, dirigida á Felipe II quejándose de los vejámenes de que eran víctimas los colonos del Perú, y especialmente de la mala ley de la plata que allí circulaba:

Y, en fin, ello ha parado
En desterrar de aquí la plata pura,
Y agora una mixtura
Quieren que tome el pobre jornalero,
Que es plomo, estaño y cobre sin estima.....
.....

Otro poeta, portugués de origen y sevillano de nacimiento, llamado Duarte Fernández, pasó de Lima al Potosí á principios del siglo xvii, y de él dijo la poetisa anónima:

Y un tiempo fué que en tu Academia viste
Al gran Duarte, al gran Fernández digo,
Por cuya ausencia te has mostrado triste:
Fué al cerro donde el Austro es buen testigo
Que vale más su vena que las venas
De plata, que allí puso el cielo amigo.
Betis se ufana que éste en sus arenas
Gozó el primero aliento, y quiere parte
El Lusó de su ingenio y sus Camenas.

No se le puede confundir con Duarte Diaz, autor de un poema de *La Conquista de Granada* (1590) y de un raro volumen de *Varias obras poéticas* en portugués y

(1) En Madrid, impreso en casa de Guillermo Droy, 1591.

en castellano, porque de éste consta que era natural de Oporto; pero puede muy bien ser el Licdo. Enrique Duarte, autor de un prólogo que antecede á las *Rimas de Hernando de Herrera* en la edición de Francisco Pacheco (1619).

Pero quien verdaderamente enriqueció aquel cerro con venas de poesía más preciosas que la plata de sus entrañas, fué el sevillano Luis de Ribera, uno de los más excelentes y olvidados ingenios de nuestro siglo de oro, el cual en 1.º de Marzo de 1612 firmaba en Potosí la dedicatoria de sus *Sagradas Poetas* á su hermana doña Constanza María de Ribera, monja profesada del hábito de la Concepción (1). «Libro precioso y de lo mejor que se ha escrito en su línea (dice con razón D. Bartolomé J. Gallardo.) Ribera es castizo y elegante poeta; su dicción y estilo saben más al siglo xvi que al xvii; sus versos tienen el sabor dulce y suave de los del M. León y la lozania de los de Herrera y demás de la escuela sevillana. El gusto del autor es muy severo y clásico: nada de oropel ni argentería: oro macizo. Sólo me disuena la mezcla que usa en la elegía sexta (*De la entrada y triunfo de Cristo en el cielo el día de su gloriosa ascensión*) de las divinidades paganas con los serafines....., pero aun así hay siempre gran pompa y boato poético.»

Además de estos poetas forasteros, tuvo la villa imperial de Potosí un versificador local, llamado Juan So-

(1) *Sagradas Poetas de D. Luis de Ribera, dirigidas á la Señora Constanza María de Ribera, su hermana, Monja profesada en el hábito de la Concepción..... Año 1612, impreso en Sevilla por Clemente Hidalgo, 4.º*

La mayor parte de las poesías de este tomo, que es muy raro, han sido reproducidas en el *Romancero y Cancionero Sagrados* de D. Justo de Sancha (t. xxxv de la *Biblioteca de Autores Españoles*, págs. 56-67 y 277-289).

brino, de quien el historiador D. Bartolomé Martínez y Vela, en sus *Anales* inéditos de aquella ciudad minera, transcribe algunas décimas y otros fragmentos. Población en donde el oro y la plata corrían á raudales y el fausto y la ostentación habían llegado á extremos de delirio, no podía carecer de fiestas escénicas; y las tuvo en efecto, muy desde el principio, alternando con las justas y pasos de armas, con las procesiones y lujosas cabalgatas, máscaras, torneos, costosas galas, toros, sortijas, saraos y banquetes soberbios, de que las crónicas del Potosí, que parecen cuentos fantásticos, nos dan razón á cada momento. La raza vencida tomaba parte en estos festejos, y había representaciones mixtas de castellano y quichua, según apunta con muy curiosos pormenores Martínez Vela (1):

«Dieron principio con ocho comedias: las cuatro primeras representaron con singular aplauso los *nobles indios*. Fué la una el origen de los monarcas Ingas, del Perú; en que muy al vivo se representó el modo y manera con que los señores y sabios del Cuzco introdujeron al felicísimo Manco-Capac 1.º á la regia silla; cómo fué recibido por Inga (que es lo mismo que grande y poderoso monarca) de las diez provincias que con las armas sujetó á su dominio; y la gran fiesta que hizo al Sol en agradecimiento á sus victorias. La segunda fué los triunfos de Huaina Capac, undécimo Inga del Perú, los cuales consiguió de las tres naciones, Changas, Chun-

(1) Citado por Quesada, *Crónicas Potosinas*, t. 1, pág. 305. Es lástima que el Sr. Quesada omitiera dato tan importante como el de la fecha de estas fiestas dramáticas.

cios, Montañeses y del señor de los Collas; á quien una piedra despedida del brazo poderoso de este monarca, por la violencia de una honda, metida en las sienes, le quitó la corona, el reino y la vida: batalla que se dió de poder á poder, en los campos de Hatun Colla, estando el Inga Huaina Capac encima de unas andas de oro fino, desde las cuales le hizo el tiro. Fué la tercera las tragedias de Cusihuascar, duodécimo Inga del Perú; representándose en ella las fiestas de su coronación; la gran cadena de oro que en su tiempo se acabó de obrar, y de que tomó este monarca el nombre; porque *guascar* es lo mismo en castellano que sogá del contento; el levantamiento de Atahuallpa, hermano suyo, aunque bastardo; la memorable batalla que estos dos hermanos se dieron en Quipaypán; en la cual, y de ambas partes, murieron ciento y cincuenta mil hombres; prisión é indignos tratamientos que al infeliz Cusihuascar le hicieron; tiranías que el usurpador hizo en el Cuzco, quitando la vida á cuarenta y tres hermanos que allí tenía, y muerte lastimosa que hizo dar á Cusihuascar, en su prisión: representóse en ella la entrada de los españoles en el Perú; prisión injusta que hicieron de Atahuallpa, décimotercio Inga de esta monarquía; los presagios y admirables señales que en el cielo y aire se vieron antes que le quitasen la vida; tiranías y lástimas que ejecutaron los españoles con los indios; la máquina de oro y plata que ofreció porque no le quitasen la vida, y muerte que le dieron en Cajamarca. Fueron estas comedias (á quienes el capitán Pedro Méndez y Bartolomé de Dueñas les dan título de sólo representaciones) muy especiales y famosas; no sólo por lo costoso de sus tramos, propiedad de trajes y novedad de historias, sino

también por la elegancia del verso mixto del idioma castellano con el indiano.»

Del pomposo aparato de estas representaciones puede formarse idea por este relato del mismo cronista, que, aunque prolijo, es muy curioso:

«Iban por delante muchos indios con varios instrumentos de música y cajas españolas. Tras ellos venían doscientos indios, en hileras de á cinco hombres cada una, vestidos de pieles de vicuña, con guirnaldas de sauce en la cabeza, y cañas de maíz con sus hojas y mazorcas en las manos; y detrás traían en hombros unas andas de grandor considerable; en medio de ellas estaba un globo, la mitad dorado, y la otra mitad plateado, en cuyo rededor estaba mucha variedad de árboles, plantas, flores y frutos; denotando la fertilidad de este nuevo mundo, y cubierto de oro y plata conforme en todo á su natural. Luego se seguían, en varios acompañamientos, todas las naciones de indios que habitan esta América Meridional del Pirú, llamado por los españoles Nueva Castilla y Nueva Toledo. Iban las naciones cada una con sus propios trajes; cuyos principales estaban cabalgados en leones, otros en tigres, otros en cocodrilos (llamados en estas Indias caimanes) y otras varias y horribles fieras; formadas unas de metal y otras de madera, todas en muy vistosas andas, pintadas en ellas sus hazañas. Tras de éstos venían otras cuadrillas de indios vestidos de pluma, paja y algodón, tañendo y cantando á su modo y en su idioma. Luego se seguían por su orden todos los Ingas del Perú, desde el famoso Manco Capac hasta el valeroso Sayri Tupac, que había molestado á los españoles, vecinos del Cuzco y de Huamanga, con sangrientas guerras. Venían todos en andas

doradas, sentados en aquellas sillas que usaban, de una pieza, con espaldar levantado y sin brazos, que llamaban *tianas*, y eran de finísimo oro.... Los indios que acompañaban á cada Inca iban vestidos con ricas camisetas, mantas y *llaytus* en sus cabezas, trayendo cada uno los instrumentos y obras que dieron fama á sus monarcas. En el acompañamiento del Inca Huascar traía el recuerdo de aquella gran cadena de oro que se acabó en su tiempo á costa de sus tesoros, la cual salía á ser vista; rodeaban con ella las andas y persona real, levantada en los hombros de los caballeros que llamaban *orejones*; y era tan grande, que de trecho en trecho la sustentaban trescientos hombres; y cuando doblaban el acompañamiento (que era en día señalado) acortaban los trechos y entraban seiscientos hombres, unos en pos de otros. Pero quien más se señalaba entre los Ingas de este paseo era el soberbio Atahualpa (que hasta en estos tiempos es tenido en mucho de los indios, como lo demuestran cuando ven su retrato), el cual venía en unas andas de forma piramidal, vestido de una riquísima camiseta toda cuajada de perlas y piedras preciosas.»

Viene luego una minuciosa descripción del traje de Atahualpa, «que por ser muy semejante, sin quitar ni añadir cosa alguna, lo cuentan en sus historias el capitán Pedro Núñez y Bartolomé de Dueñas».

Las especiales condiciones de vida social en que se encontraban los territorios del Alto Perú, sin más población española que la atraída por la devoradora fiebre de las riquezas y por la explotación de los grandes yacimientos metalíferos, impidió que allí floreciese durante el período colonial ningún escritor de monta, si se exceptúa al cronista de la orden de San Agustín en el

Perú, Fr. Antonio de Calancha, que era natural de Chuquisaca (1).

Allí existía una universidad, que en el siglo XVIII llegó á ser de las más famosas del Nuevo Mundo. Un historiador argentino (2) dice de ella lo siguiente: «La Universidad de Charcas irradiaba su esplendor sobre las *provincias de abajo* hasta las orillas del Plata, y era por lo mismo el foco del saber y de la grande enseñanza; no de una enseñanza circunscrita á la letra de los textos, sino de una enseñanza iniciadora, que sin estar en el claustro mismo, había penetrado en el espíritu de los estudiantes y se había apoderado de la juventud que tomaba sus grados doctorales en ella, como lo prueban un sinnúmero de hombres, Moreno, Monteagudo, Agrelo, Molina, Medina, Pérez, Terrazas, Serrano, Gorriti, Castelli, Passo, López, Patrón y muchísimos otros hijos de las provincias del Alto Perú que brillaron en la revolución por sus luces y por sus ideas adelantadas. Charcas fué en el último siglo de la colonia un centro de elevada y trascendental iniciación, que dió á la educación literaria el espíritu revolucionario y los gérmenes de una nueva época.»

Aquella generación, sin embargo; tan fecunda en jurisprudencias, estadistas y hombres de acción, no produjo en Bolivia ningún poeta. El más antiguo que conozcamos de este siglo, apenas puede ser calificado de boli-

(1) En América ha habido, y no sé si aún dura, la manía de alterar, principalmente por motivos políticos, los nombres de las ciudades y aun de los estados, como en España los de las calles. Para un lector europeo no será inútil saber que Chuquisaca, Charcas, La Plata y Sucre son nombres de una misma ciudad, capital hoy de la república de Bolivia.

(2) Don Vicente Fidel López.

viano más que por la casualidad del nacimiento, puesto que por educación fué español, y por origen de familia y por residencia definitiva, chileno. Me refiero á D. Ventura Blanco Encalada, que nació en la ciudad de la Plata el 14 de Julio de 1782, por hallarse su padre de magistrado en aquella Audiencia, de donde pasó muy pronto á la de Buenos Aires. Educado en España D. Ventura, y Guardia de Corps en sus mocedades, se afrancesó durante la guerra de la Independencia, y en 1820 entró al servicio de la república de Chile, que le confió importantes cargos, entre ellos el de ministro de Hacienda. Fué íntimo amigo de D. José Joaquín de Mora, á quien se parecía mucho en sus aficiones literarias y en el humor jovial y festivo, si bien con mucho menos estro. En la colección definitiva de los versos de Mora (que dista mucho de ser completa) hay una epístola y una elegía dedicadas á Blanco Encalada. Otra mucho más notable ha dado á conocer D. Miguel Luis Amunátegui en uno de sus curiosísimos libros sobre la Historia literaria de Chile (1). No fué fecundo Blanco Encalada: una traducción de la *Mélope* de Voltaire, representada en el teatro de Santiago de Chile en 1828, y muy elogiada por Mora, pero no impresa nunca, y al parecer perdida; una epístola en verso suelto al mismo Mora, correcta y aliñada si se prescinde de las inoportunas asonancias que

(1) *La Alborada Poética en Chile después del 18 de Septiembre de 1810.... Santiago de Chile, 1892.*

Colaboró Blanco Encalada en *El Mercurio Chileno*, revista fundada por Mora.

Tradujo é hizo representar en Santiago en 1852 *La Marquesa de Sennerre*, comedia de Mélesville y Duveyrier. Falleció en 13 de Junio de 1856.

ningún poeta americano de entonces esquivaba, ni siquiera Olmedo, ni siquiera Bello; alguna oda frigidísima en sáficos ó en estrofas de Francisco de la Torre; algunas fábulas, letrillas y sátiras políticas, es todo su matalotaje literario, no muy notable ni por la abundancia ni por la calidad, aunque digno de tenerse en cuenta por ser tan escaso todavía el caudal poético de Chile en su tiempo. Tuvo buen gusto, amó el arte y alentó á los principiantes: no se le puede conceder más elogio que éste.

Alguna parte cabe á D. José Joaquín de Mora en la cultura poética de Bolivia, puesto que en su vida errante á través de las repúblicas del Sur, residió allí tres años, de 1834 á 1837, á la sombra del famoso presidente don Andrés Santa Cruz, que intentó dar á su país la hegemonía en el Sur, mediante el establecimiento de la Confederación Perú-Boliviana. Fué Mora gran secuaz de este proyecto, y como secretario del General redactó, por encargo suyo, *El Eco del Protectorado*, periódico oficial de la Confederación, y la *Exposición de los motivos que asisten al Gobierno protectoral para hacer la guerra al de Chile*, en contestación al *Manifiesto de Chile*, que había escrito D. Felipe Pardo, emigrado á la sazón en Valparaíso. Además, Mora dió algunas enseñanzas de humanidades en la Universidad Mayor de San Andrés de la Paz de Ayacucho, y lo que es más, compuso en Bolivia una parte muy considerable de sus *Leyendas Españolas*. Él mismo apunta en una nota de la leyenda titulada *Una Madre*, que la escribió en la hacienda de Cotaña..... situada en el valle del mismo nombre, en el departamento de La Paz, república de Bolivia, á las faldas del Nevado de Illimani, «la más alta

montaña de todo el Nuevo Mundo después del pico de Sorata» (1).

Y como sin disputa alguna son las *Leyendas Españolas* lo mejor de Mora, y lo que conserva en pie su fama de poeta, introductor en nuestro Parnaso de un nuevo género de narraciones románticas entremezcladas de digresiones humorísticas al modo del *Beppo* y del *Don Juan* de Byron, siempre dará honra á Bolivia el haber sido cuna de uno de los mejores libros de versos castellanos de nuestro siglo.

Pero no parece que Mora dejase muchos discípulos en Bolivia. La *América Poética*, de Gutiérrez, impresa en 1846, sólo da entrada á dos ingenios de aquella república, D. Mariano Ramallo y D. Ricardo Bustamante.

Del Dr. Ramallo (n. 1817), natural de Oruro, graduado por la Universidad de Chuquisaca, Rector del *Colegio Bolívar* y profesor de Derecho y Ciencias políticas en la Universidad de la Paz de Ayacucho, sólo se insertan unas octavillas tituladas *Inspiración*, y una composición, también romántica, en variedad de metros, que lleva por nombre *Una impresión al pie del Illimani*. Son ensayos harto triviales; pero el poeta fué adelantando algo, á lo menos en corrección, en otras piezas suyas que he leído en *La Lira Americana* de Palma (1865), y en la *América Poética* de Cortés. El *Epitalamio de los Bardos* y los versos *Á mi hija Natalia* me parecen las más aceptables, pero en ellas, como en las demás, es visible la penuria de ideas y de estilo; y si este poeta no hizo otra cosa mejor, bien puede quedar en olvido.

(1) *Leyendas Españolas*, por D. José Joaquín de Mora, Londres y París, 1840, pág. 591.

No así D. Ricardo J. Bustamante, que era todavía muy joven cuando se publicó la primitiva *América Poética*, donde sólo aparece de él la inevitable *Oda á Bolívar*, ensayo de toda musa americana inexperta. Bustamante (n. 1821), que recibió su educación en Buenos Aires y en París, y á quien las tormentas políticas obligaron á vivir alejado de su patria casi siempre, es hasta ahora el principal hombre de letras que ha producido Bolivia. En 1879 decía de él el *Repertorio Colombiano*, probablemente por la pluma de su egregio director Don Miguel A. Caro: «Bustamante se hace siempre notar por la delicadeza de sus sentimientos, por su inspiración feliz y por la galanura de su estilo.... Ha cultivado con éxito casi todos los géneros literarios; pero habiéndose consagrado especialmente á la poesía lírica, su reputación estriba en las pocas composiciones suyas que algún amigo ha publicado, y que la prensa americana se ha apresurado á reproducir. A esas producciones y á la estimación que de él hicieron siempre Ochoa, Escosura y otros literatos españoles, debe la merecida distinción, que en Bolivia sólo él ha obtenido, de ser nombrado individuo correspondiente de la Real Academia de la Lengua. Tiene inéditos casi todos sus trabajos, porque nunca ha escrito para el público, ni por afán de gloria literaria, sino para dar libre vuelo á su imaginación, atormentada por terribles sufrimientos, ó para inculcar en sus hijos el amor á Dios y á la virtud» (1). Dos delicadas poesías de los últimos años de Bustamante, la *Bendición paternal á mi hija Angélica* y la *Plegaria*, bastan para acreditar la pureza de su gusto y el tesoro

(1) *Repertorio Colombiano*, vol. III, pág. 225.

de honrados y cristianos sentimientos que se albergaban en su pecho. Pero aun los versos románticos de su mocedad, con ser de pura imitación, las orientales y baladas, la *Despedida del árabe á la judía después de la conquista de Granada*, *El Judío Errante y su caballo*, se recomiendan por una sobriedad y un buen gusto, raros en principiantes de entonces; la *Oda á la Libertad* tiene el mérito de apartarse bastante de las vulgaridades que parecen inexcusables en tal tema; y en el *Preludio al Mamoré* lucen brillantes condiciones de poeta descriptivo. Es de suponer que si las poesías de Bustamante se coleccionasen, habría en ellas otras muchas cosas dignas de alabanza, aunque probablemente ninguna de primer orden.

Inferiores, á juzgar por las pocas muestras que de sus poesías conozco, me parecen D. Manuel José Cortés, (1811-1865) y D. Néstor Galindo (1830-1865). Lo menos endeble que he visto de Cortés es el *Canto á la naturaleza del Oriente de Bolivia*; pero su reputación no la debe á la poesía, sino á su *Ensayo sobre la historia de Bolivia*, y á sus trabajos de codificador y estadista.

D. Néstor Galindo, vate sentimental y fúnebre cuanto incorrecto en la lengua y en la rima, publicó en Cochabamba, el año 1856, un tomo de jeremiadas al cual dió el título bien apropiado de *Lágrimas*, porque realmente es una inundación de ellas. De este tomo hicieron severa disección los hermanos Amunátegui en su *Juicio Crítico* (1), y no hay para qué volver sobre su fallo.

(1) *Juicio crítico de algunos poetas hispano-americanos*, por Miguel Luis y Gregorio Víctor Amunátegui. Obra premiada en el certamen abierto por la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile el año de 1859. Santiago, imprenta del Ferrocarril, 1861, págs. 317-328

De Galindo son estos cuatro disparatados versos, que creemos oportuno citar, no sólo como muestra de su estilo, sino para restituirle en justicia la paternidad de la metáfora que en ellos se contiene, y que con siniestra intención se ha achacado á otros ingenios de más alto vuelo:

Cansados ya los palpitantes miembros,
Muerta del alma la ilusión dichosa,
Sus alas de cristal, de oro y de rosa
Despliega la esperanza cual gacela.

El magistrado D. Manuel José Tovar, autor de un poema lírico-descriptivo, *La Creación*, se suicidó en 1869. No conocemos su poema, pero sí versos líricos suyos, generalmente verbosos é insustanciales. Quizá los mejores sean los que dedicó á la poetisa ciega María Josefa Mujía:

Canta, paloma escondida;
No llores, no, la amargura;
Que si no ves la hermosura
Ni puedes un mundo ver,
Mil mundos resplandecientes
Te ofrece la fantasía....
Allí tienes claro un día
Y miras un sol nacer:
Tienes un ancho horizonte
Para ti solo extendido,
De noche un mar encendido,
Astros que el mundo no ve;
Praderas inmensurables
Que tu vista interna halagan,
Perfumes que te embriagan
De las montañas al pie.....

Además de sus *Lágrimas* compuso Galindo un poema político, *El Proscrito* (contra la administración del general Belzú), y empezó otro poema social, *La Mujer*.

De esta infeliz señora, á quien no hemos incluido en la colección por no constarnos que haya pasado de esta vida, pero á quien su inmenso infortunio presta de todos modos la majestad solemne de la muerte, hay unos sencillos é inspirados versos, que quiero poner aquí, porque en su forma casi infantil tienen más intimidad de sentimiento lírico que todo lo que he visto del Parnaso boliviano:

EL ÁRBOL DE LA ESPERANZA.

Árbol de esperanza hermoso,
En copa y ramas frondoso
Y elevado yo te vi:
Ora en el suelo tendido,
Destrozado y abatido
Te miro, ¡triste de mí!
Sin hojas y sin ramaje,
Marchito y seco el ropaje
De tu frescura y verdor;
¡Cuán corta tu vida ha sido!
Contigo todo he perdido
De la fortuna al rigor.
En tu tronco yo apoyaba
Mi porvenir, y esperaba
Recoger tu fruto y flor;
Bajo tu sombra solía
Recrear mi fantasía
Y adormecer mi dolor.
Siendo de edad aun temprana,
En tu corteza yo ufana
Catorce letras grabé;
No eran dichas ilusorias,
Ni de amores ni de glorias
Las palabras que tracé.
Contigo se ha derribado
Todo el bien imaginado
Que el pensamiento creó;
Cual exhalación ligera
Toda ilusión hechicera

Contigo ya se extinguió.
Era tierna tu corteza,
Tus raíces sin firmeza,
Débil tu tronco también;
Y así resistir no pudo
Del fuerte huracán sañudo
El recio sopro y vaivén.

Muerta mi dulce esperanza,
Todo ha sido ya mudanza
De la dicha a la afición;
Sólo viven la amargura,
El pesar y desventura
Dentro de mi corazón.

Figuran, además, en las antologías americanas de Palma, Cortés y Lagomaggiore (1), como poetas de Bolivia, D. Daniel Calvo, D. Félix Reyes Ortiz, D. Luis Pablo Rosquellas (músico y poeta brasileño, pero que desde su infancia reside en Bolivia y ha escrito siempre en castellano), D.^a Mercedes Belzú de Dorado, Don Luis Zalles, D. Tomás O' Connor d' Arlach y D. Benjamin Lens. Pero no teniendo dato acerca de la muerte de estos autores, y no conociendo sino muy pequeña parte de sus obras, no me aventuro á formular juicio alguno sobre este pequeño grupo poético (2). Quizá

(1) *América Literaria. Producciones selectas en prosa y verso, coleccionadas y editadas por Francisco Lagomaggiore.* Buenos Aires, 1883.—Hasta el presente no he podido proporcionarme la segunda edición, que al parecer es obra completamente nueva y riquísima de datos.

(2) D. Daniel Calvo, ministro que fué de Instrucción pública en Bolivia, es autor de dos tomos de poesías (*Melancolias*, 1851—*Rimas*, 1871) y de una leyenda *Ana Dorset* (1859).

D. Félix Reyes Ortiz, además de sus poesías, ha publicado varios libros de texto, entre ellos uno de *Ortología, Prosodia y Métrica*, y una introducción al *Estudio del Derecho*.

Doña Mercedes Belzú de Dorado, hija del desgraciado general Belzú, Presidente de Bolivia, y de la afamada novelista argentina Doña Juana Ma-

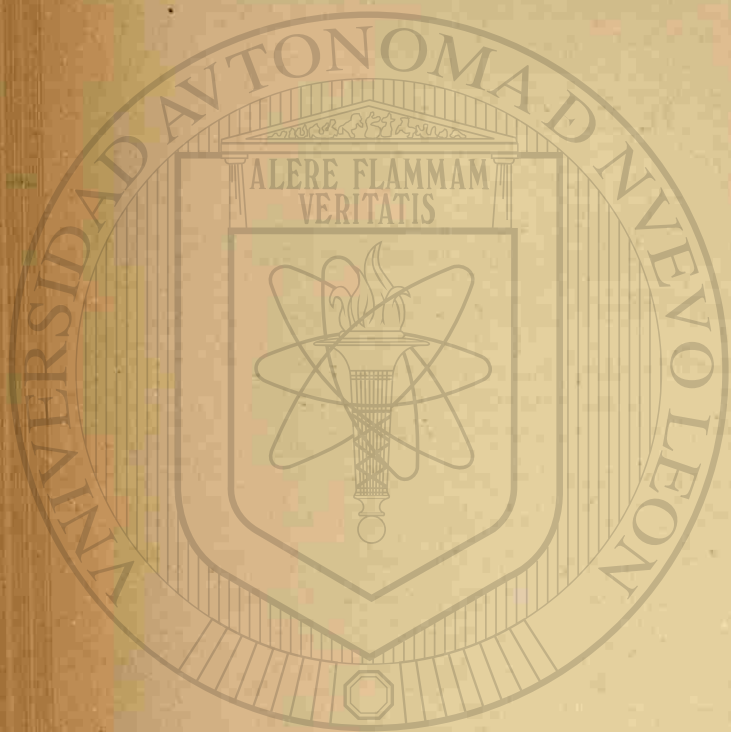
algún día, cesando la actual incomunicación literaria entre España y Bolivia, podrá ampliarse este estudio con las noticias que ahora se echan de menos.

M. MENÉNDEZ Y PELAYO.

nuela Gorriti, reside ó residía en Arequipa, y además de sus poesías originales ha hecho algunas traducciones de Victor Hugo, Lamartine y Shakespeare.

Luis Zalles se ha distinguido principalmente por sus versos festivos y sátiras políticas.

De Benjamin Lens hay un volumen publicado en 1861 con el título de *Flores de un día*, y cinco piezas dramáticas: *Amor, Celos y Venganza, El Hijo Natural, Borrascas del Corazón, La Mejicana* y *El Guante Negro*.

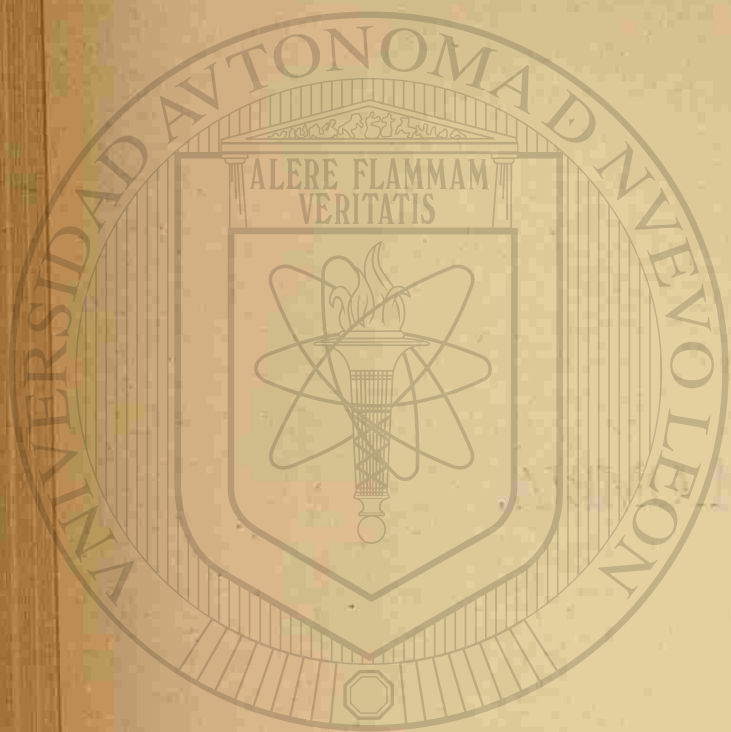


U A N L
COLOMBIA.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



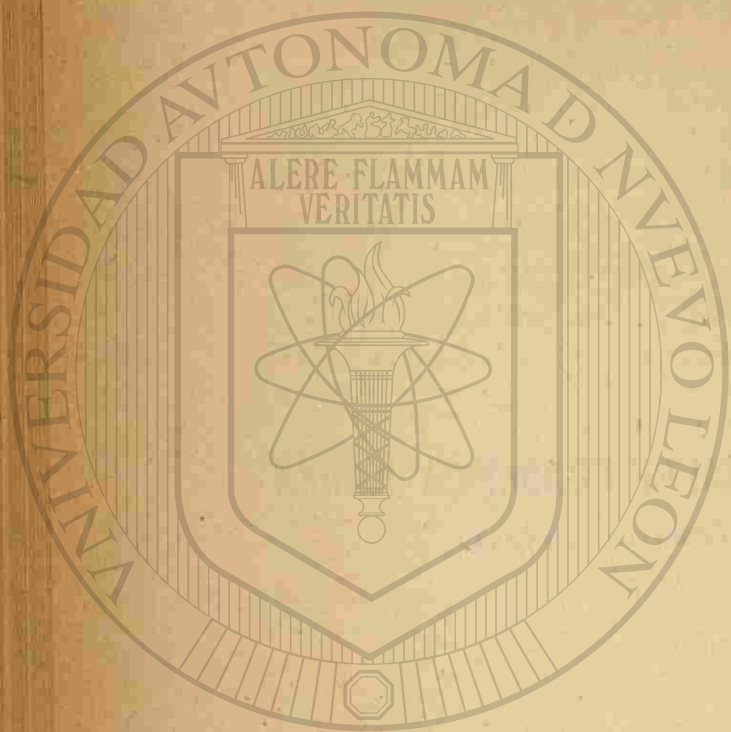


VENERABLE MADRE FRANCISCA JOSEFA
DE CASTILLO Y GUEVARA.

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



VENERABLE MADRE FRANCISCA JOSEFA
DE CASTILLO Y GUEVARA.

—
DELIQUIOS DEL DIVINO AMOR
EN EL CORAZÓN DE LA CRIATURA Y EN LAS AGONÍAS DEL HUERTO.

El habla delicada
Del amante que estimo,
Miel y leche destila
Entre rosas y lirios.

Su meliflua palabra
Corta como rocío,
Y con ella florece
El corazón marchito.

Tan suave se introduce
Su delicado silbo,
Que duda el corazón
Si es el corazón mismo.

Tan eficaz persuade
Que, cual fuego encendido,
Derrite como cera
Los montes y los riscos.

Tan fuerte y tan sonoro
Es su aliento divino,
Que resucita muertos
Y despierta dormidos.

Tan dulce y tan suave
Se percibe al oído,
Que alegra de los huesos
Aun lo más escondido.

Al monte de la mirra
He de hacer mi camino,
Con tan ligeros pasos
Que iguale al cervatillo.

Mas ¡ay Dios! que mi amado
Al huerto ha descendido,
Y como árbol de mirra
Suda el licor más primo.

De bálsamo es mi amado,
Apretado racimo
De las viñas de Engadi:
El amor le ha cogido.

De su cabeza el pelo,
Aunque ella es oro fino,
Difusamente baja
De penas á un abismo.

El rigor de la noche
Le da el color sombrío,
Y gotas de su hielo
Le llenan de rocío.

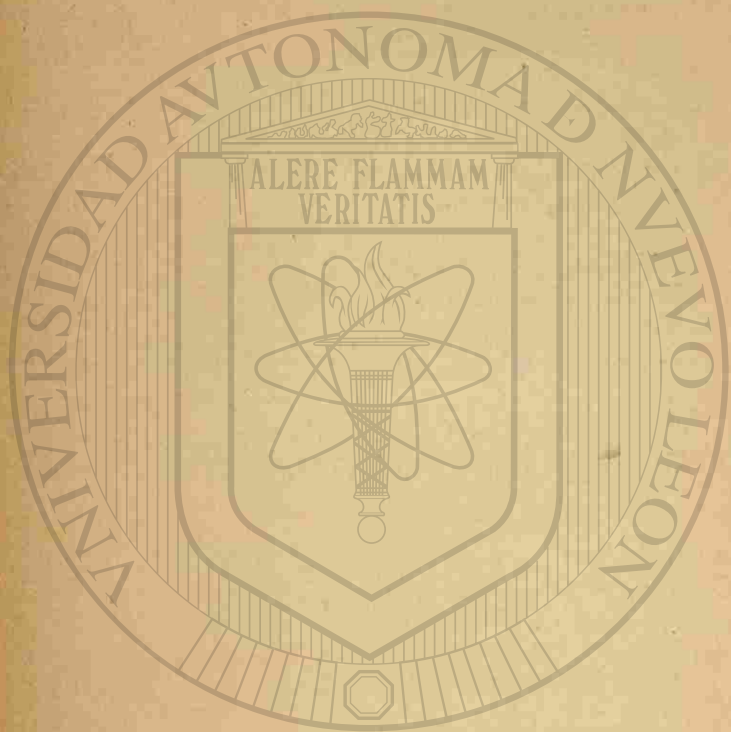
¿Quién pudo hacer ¡ay cielo!
Temer á mi querido?
Que huye el aliento y queda
En un mortal deliquio.

Rotas las azucenas
De sus labios divinos,
Mirra amarga destilan
En su color marchitos.

Huye, aquilón; ven, austro:
Sopla en el huerto mío:
Las eras de las flores
Den su olor escogido.

Sopla más favorable,
Amado vientecillo;
Den su olor los aromas,
Las rosas y los lirios.

Mas ¡ay! que si sus luces
De fuego y llamas hizo,
Hará dejar su aliento
El corazón herido.



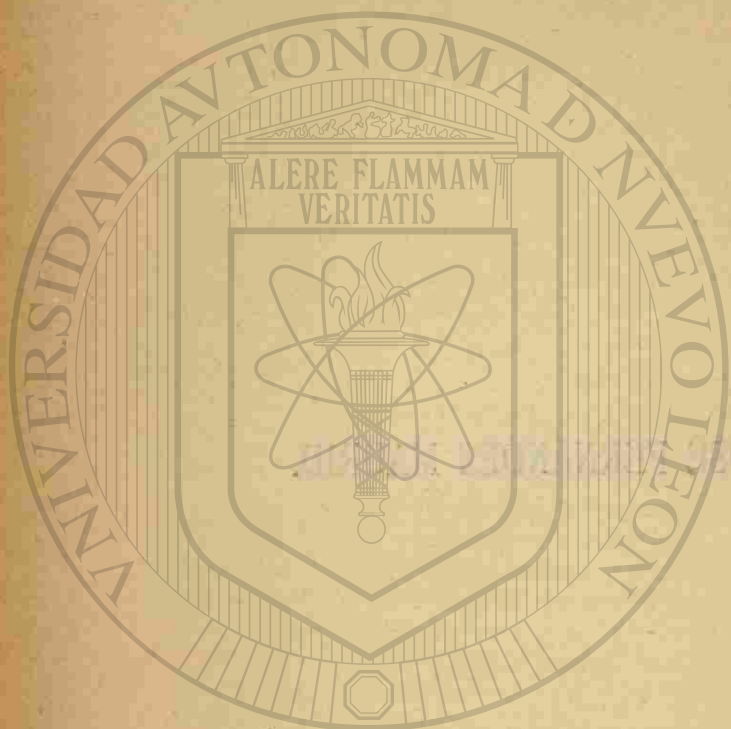
D. JOSÉ FERNÁNDEZ MADRID.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

D. JOSÉ FERNÁNDEZ MADRID.

Á LOS PUEBLOS DE EUROPA
EN TIEMPO DE LA SANTA ALIANZA.

¿Dónde los esforzados?
¿Los libres dónde están? ¿Cómo pudieron
Rehusar el combate intimidados?
; Ay de los miserables que cedieron
El campo, sin morir, al extranjero!
Dadme la lira, dádme la; que quiero
Cantar la Libertad: un Dios me inspira:
Guerra y venganza sonará mi lira:
Y excitando á la lid, al vencimiento,
En armoniosos, desusados tonos,
De opresores tormento,
Yo los haré temblar sobre sus tronos.

No el manto reluciente,
Por las divinas artes fabricado;
Ni la corona rica de tu frente;
Ni tu cetro de hierro, aunque dorado;
Ni de tus ciencias el acento grave;
Ni de tus dulces musas la suave
Voz armoniosa, plácida y festiva,
América te envidia, Europa altiva;
Porque bajo tus pies se halla un abismo
De servidumbre, lágrimas y horrores,
Y el feroz despotismo,
Aspid mortal, se oculta entre las flores.

¿Qué importa la grandeza
De tus vastos palacios suntuosos?
Plaga devoradora tu nobleza,
Miseria general tus poderosos.
¿Y tus reyes? ¡Europa esclavizada!
¡Todo tus reyes, y tus pueblos nada!
Mas tú en el trono reinas dignamente,
Monarca de Albión; tú, que el tridente
Riges en la extensión del Oceano;
Tú, que á la liga inicua y tenebrosa
No extendiste la mano,
La noble mano, fuerte y generosa.

Vosotros, que postrados
Os visteis á los pies de Bonaparte;
Que su carro tirasteis degradados,
De la fe tremolando el estandarte,
Hipócritas marcháis, jefes traidores,
¿Y os llamáis de los pueblos defensores?
Vosotros, que humillabais vuestras frentes
Ante el conquistador, ¿á los valientes
Osáis encadenar, á los que os dieron
Libertad y poder? Pero ¿qué digo?
¿Cuándo, cuándo tuvieron
Los tiranos piedad, ni fe, ni amigo?

¡Oh pueblos! ya lo veo:
Viene del Septentrión y ha superado
La barrera del alto Pirineo:
En una mano el cetro ensangrentado,
En otra lleva la homicida lanza.
¡Oh cuánto es formidable su venganza!
Mas no, que está su cuerpo giganteo
En pies de barro frágil apoyado;
No perdáis la esperanza,
¡Oh pueblos, á las armas, á la guerra!
Y caerá por tierra
Ese coloso enorme destrozado.

¿Y podrá la ignorancia
Triunfar de la razón? Si al mundo todo
Con torrentes de luz llenaste, ¡oh Francia!
¿Cómo te unes al Vándalo y al Godo,
Que en honda obscuridad y noche umbría
Intentan sumergir el Mediodía?
Ábranse al ocio muelle los conventos;
Erijanse de nuevo los tormentos
Del feroz tribunal, y sus hogueras
Siendo la única luz que alumbre al mundo,
Ciencias y artes extingan sus lumbreras;
Sepúltense del hombre los derechos
En olvido profundo,
Y quedaréis, tiranos, satisfechos.

¿Qué haces? ¡España, España!
¿En vez de unirse con estrechos lazos,
Tus propios hijos, en su horrible saña,
Al enemigo prestarán sus brazos?
¡Oh ignorancia, execrable fanatismo!
En el sangriento altar del despotismo
La patria de Lanuza y de Padilla,
Víctima voluntaria, á la cuchilla
Extiende la garganta: ¡oh mengua, oh crimen!
Y ante el idolo atroz de los tiranos
Se prosternan y gimen
Los altivos y fieros castellanos!

No; ¡brote combatientes
El suelo de la antigua Carpetania,
Y de Gama los dignos descendientes
Vuelvan su honor perdido á Lusitania!
¡Ábrácese los pueblos como hermanos;
Únanse como se unen sus tiranos;
Y regada con sangre generosa,
Reverdezca la palma victoriosa
Que ha de orlar á los libres algún día!
Al escuchar sus cánticos triunfales

¡Huya la tiranía,
Desparezcan sus huestes criminales!

Despierta, Italia, y libre
Alza del polvo tu abatida frente,
Y en medio de su pueblo el Dios del Tibre,
Majestuoso, aparezca nuevamente.

¿Cómo te has olvidado de tu gloria?
Abre los ojos, ¡mira! la memoria
De tus héroes, tus ciencias y tus artes,
Inmortal se conserva en todas partes.
Muéstrate digna de tus grandes nombres,
Torna otra vez á tu esplendor perdido:
¡Italianos, sed hombres!
¿No veis cómo la Grecia ha renacido?

De su sangrienta cuna
Triunfante me parece que la veo
Alzarse y destrozarse la media luna.
¿Ese canto de guerra es de Tirteo?
¿Es el mismo Demóstenes que clama?
¡Al arma, Griegos, que la patria os llama!
Y aquel gallardo joven extranjero
Que celebra la lid ¿es un guerrero?
Vedlo ¡cómo expirante á la sonora
Arpa su voz sublime acompañando,
En favor de la Grecia al cielo implora!
¡Ay! por la Grecia llora;—
Y el cisne de Albión muere cantando.

LA HAMACA.

CANCIÓN.

No canto los primores
Que otros poetas cantan,
Ni cosas que eran viejas
En tiempo del rey Wamba:

Si el alba llora perlas,
Si la aurora es rosada,
Si murmura el arroyo,
Si el lago duerme y calla.
«¡Salud, salud dos veces
Al que inventó la hamaca!»

¿Qué me importan los cetros
De los grandes monarcas,
De los conquistadores
Las sangrientas espadas?
Me asusto cuando escucho
La trompa de la fama,
Y prefiero la oliva
Al laurel y las palmas.
«¡Salud, salud dos veces
Al que inventó la hamaca!»

Al modo que en sus nidos,
Que cuelgan de las ramas,
Las tiernas avecillas
Se mecen y balanizan;
Con movimiento blando,
En apacible calma,
Así yo voy y vengo
Sobre mi dulce hamaca;
«¡Salud, salud dos veces
Al que inventó la hamaca!»

Suspendida entre puertas,
En medio de la sala,
¡Qué cama tan suave
Tan fresca y regalada!
Cuando el sol con sus rayos
Ardientes nos abrasa,
¿De qué sirven las plumas
Ni las mullidas camas?
«¡Salud, salud dos veces
Al que inventó la hamaca!»

Meciéndose en el aire,
Sobre mi cuerpo pasa
La brisa del Oriente,
Que me refresca el alma;
De aquí descubro el campo,
La bóveda azulada,
Y la ciudad inquieta,
Y el mar que fiero brama:
«¡ Salud, salud dos veces
Al que inventó la hamaca! »

A nadie tengo envidia:
Como un sultán del Asia,
Reposo blandamente
Tendido aquí á mis anchas:
Es verdad que soy pobre,
Mas con poco me basta:
Mi mesa no es muy rica,
Pero es buena mi gana.
«¡ Salud, salud dos veces
Al que inventó la hamaca! »

Los primeros, sin duda,
Que inventaron la hamaca
Fueron los indios, gente
Dulce, benigna y mansa:
La hamaca agradecida
Consuela sus desgracias,
Los recibe en su seno,
Los duerme y los halaga.
«¡ Salud, salud dos veces
Al que inventó la hamaca! »

Pobres los descendientes
Del grande Huayna-Cápac,
Y de los opulentos
Monarcas del Anáhuac,
Hoy miserables gimen,
Todo, todo les falta,

Y sólo un bien les queda,
Su pereza y su hamaca.
«¡ Salud, salud dos veces
Al que inventó la hamaca! »

Hace muy bien el indio
Que, en su choza de paja,
De sus ávidos amos
Engaña la esperanza:
Para que éstos no cojan
El fruto de sus ansias,
En su hamaca tendido,
Se ocupa en no hacer nada.
«¡ Salud, salud dos veces
Al que inventó la hamaca! »

Mi hamaca es un tesoro,
Es mi mejor alhaja;
Á la ciudad, al campo,
Siempre ella me acompaña.
¡ Oh prodigio de industria!
Cuando no encuentro casa,
La cuelgo de dos troncos,
Y allí está mi posada.
«¡ Salud, salud dos veces
Al que inventó la hamaca! »

Sí; venga el ciudadano
Que dos mil pesos gasta
En ricas colgaduras
Para vestir su cama:
Venga, venga y envidie
Mi magnífica hamaca,
Más cómoda y vistosa,
Sin que me cueste nada.
«¡ Salud, salud dos veces
Al que inventó la hamaca! »

Las copas elegantes

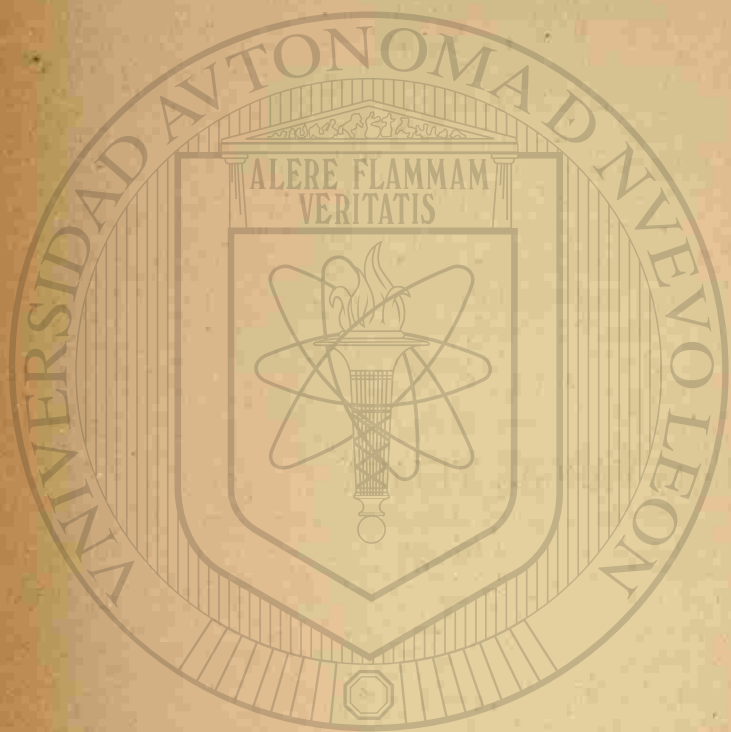
De las ceibas y palmas,
Son las verdes cortinas
Que mi hamaca engalanan:
Pintados pajarillos
De rama en rama saltan,
Y en trinos acordados
Amor, amor me cantan.
« ¡Salud, salud dos veces
Al que inventó la hamaca! »

Ven, que los dos cabemos,
Amira idolatrada;
Sobre mi pecho ardiente
Ponme tu mano blanca.
¿ No sientes cuál me late?
¿ No sientes cuál se abrasa?
¡ Oh Amira encantadora!
¡ Oh sonrisa! ¡ oh palabras!
« ¡ Salud, ¡ salud dos veces
Al que inventó la hamaca! »

D. LUIS VARGAS TEJADA.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



D. LUIS VARGAS TEJADA.

AL ANOCHECER.

Ya muere el claro día
Tras la cumbre empinada de los cerros,
Y en rústica armonía
Saludan su esplendor que se despide
Los sencillos pastores.
Los zagales y perros
Conducen el ganado á la majada;
El tardo insecto que la tierra mide,
De su morada obscura,
Por gozar de la brisa
De la noche, á salir ya se apresura.
Ostenta su hermosura,
En medio al tachonado firmamento,
La cándida lumbrera
Que desde su alto asiento
Refleja suavemente
La luz que esparce la encendida esfera.
¡Ay! ¡De cuán refulgente
Brillo refleja ufana
Su tersa faz galana!
¡Mírala, Clori! ¡En su belleza mira
La imagen del hechizo lisonjero
Que tu semblante inspira!
¡Qué lánguido suspira
El céfiro ligero

Que los arbustos mueve
Mientras sus ramas baña
El fresco aljófara que la tierra embebe!
Allí la blanda caña
Hacia la fuente su cabeza inclina,
Y á la avecilla que en su mimbre posa
Su propia imagen sin cesar engaña
Retratada en el agua cristalina!
Cierra la tierna rosa
Su cáliz perfumado,
Y esconde ruborosa
El ámbar deseado:
¡Ay! ¡Cuanto más se oculta es más hermosa

Vamos á la colina
Que baña suave la siderea lumbre;
Al pie de aquella encina
Que erguida allá se empina,
Coronando del cerro la alta cumbre;
Ó allá donde el torrente
Saliendo de la breña,
Por el peñón tajado se despeña.
Allá nos sentaremos, Clori mía,
Y disfrutando las tranquilas horas
Que mece en su regazo la alegría,
Nuestro tímido acento juntaremos
Á las voces canoras
Con que el bosque resuena:
Allí repetiremos
La tierna cantilena
Que afables entonaron los pastores,
Cuando, acabada mi gravosa pena,
Coronó la fortuna mis amores.

D. JOSÉ EUSEBIO CARO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



D. JOSÉ EUSEBIO CARO.

EL CIPRÉS.

¡Árbol sagrado, que la obscura frente,
Inmóvil, majestuoso,
Sobre el sepulcro humilde y silencioso
Despliegas hacia el cielo tristemente!
Tú, sí, tú solamente
Al tiempo en que se duerme el rey del mundo
Tras las altas montañas de occidente,
Me ves triste vagando
Entre las negras tumbas,
Con los ojos en llanto humedecidos,
Mi orfandad y miseria lamentando.
Y cuando ya de la apacible luna
La luz de perla en tu verdor se acoge,
Sólo tu tronco escucha mis gemidos,
Sólo tu pie mis lágrimas recoge.

¡Ay! hubo un tiempo en que feliz y ufano
Al seno paternal me abandonaba;
En que con blanda mano
Una madre amorosa
De mi niñez las lágrimas secaba.....
¡Y hoy, huérfano, del mundo desechado,
Aquí en mi patria misma
Solitario viajero,
Desde lejos contemplo acongojado

Sobre los techos de mi hogar primero
El humo blanquear del extranjero!
Entre el bullicio de los pueblos busco
Mis tiernos padres para mí perdidos;
¡Vanamente!..... Los rostros de los hombres
Me son desconocidos.
Y sus manes, empero, noche y día
Presentes á mis ojos afligidos
Contino están; contino sus acentos
Vienen á resonar en mis oídos.

¡Sí, funeral ciprés! Cuando la noche
Con su callada sombra te rodea,
Cuando escondido el solitario buho
En tus oscuros ramos aletea;
La sombra de mi padre por tus hojas
Vagando me parece,
Que á velar por los días de su hijo
Del reino de los muertos se aparece.
Y si el viento sacude impetuoso
Tu elevada cabeza,
Y á su furor con susurrar medroso
Respondes pavoroso;
En los tristes silbidos
Que en torno de ti giran,
Á los paternos manes
Escucho, que dulcísimos suspiran.

¡Árbol augusto de la muerte! ¡Nunca
Tus verdes abata el bóreas roncol!
¡Nunca enemiga, venenosa sierpe
Se enrosque en torno de tu pardo troncol!
¡Jamás el rayo ardiente
Abrase tu alta frentel!
¡Siempre inmoble y sereno
Por las cóncavas nubes
Oigas rodar el impotente trueno!
Vive, sí, vive; y cuando ya mis ojos
Cerrar el dedo de la muerte quiera;

Cuando esconderse mire en occidente
Al sol por vez postrera,
Moriré sosegado
Á tu tronco abrazado.
Tú mi sepulcro ampararás piadoso
De las roncadas tormentas;
Y mi ceniza entonces agradecida,
En restaurantes jugos convertida,
Por tus delgadas venas penetrando,
Te hará reverdecer, te dará vida.

Quizá sabiendo el infeliz destino
Que oprimió mi existencia desdichada,
Sobre mi pobre tumba abandonada
Una lágrima vierta el peregrino.

DOLOR Y VIRTUD.

AL DOCTOR NINIANO RICARDO CHEYNE,
INSIGNE MÉDICO Y CIRUJANO ESCOCÉS.

I.

¡Oh! ¿quién no llorará sobre tu suerte,
Cheyne, ángel de bondad, sabio infeliz,
Que sabes del dolor y de la muerte
Salvar á los demás, pero no á ti?

— Cuando, en un día tropical de Enero,
Tendido el cielo de brillante azul,
Desde el cenit al universo entero
Derrama el sol calor, y vida, y luz;

Hacia ese cielo espléndido, encantado,
Levanta entonces alegre el corazón
Tanta víctima humana que has salvado,
Bendiciéndote á ti después de Dios.

¡Y tú la diestra, pálido, entretanto,
Al pecho llevas con intenso afán,
Para contar, con gozo ó con espanto,
De tus arterias el latir mortal!

El rico no te paga con el oro,
Que con la vida le conservas tú:
Más rico aún el pobre, con el lloro
Te paga de su santa gratitud.

Mas ¡ah! ni la opulencia generosa,
Ni el poder, ni el amor, ni la amistad....
¡Ay, ni tu misma ciencia prodigiosa
De tu destino te podrán salvar!

Más que la griega, firme y atrevida,
Á los cielos pasmados arrancó
Tu inglesa mano el fuego de la vida....
¡Y un buitre te devora el corazón!

¡Oh! ¿quién no llorará sobre tu suerte,
Cheyne, ángel de bondad, sabio infeliz,
Que sabes del dolor y de la muerte
Salvar á los demás, pero no á ti?

II.

¡Oh, no te enojas, no, con el poeta!
Si él no puede el decreto revocar,
Si él no puede arrancarte la saeta,
Tampoco viene á emponzoñarla más.

Su misión, cual la tuya, es de consuelo;
Él sabe que en el valle del dolor,
Ni todo gozo es bendición del cielo,
Ni toda pena es maldición de Dios.

Tú, sabio—simple yo—los dos cristianos,
Ambos sabemos que ante el Sumo Ser
Que pesa en su balanza á los humanos,
Prueba es el mal y tentación el bien.

—Si todo cesa aquí, si noche eterna
Es de justo y malvado el porvenir;
Si de las tumbas en la hierba tierna
El hombre entero se ha de transfundir;

¡Sabio entonces el malvado, y necio el justo!
¡Necio de ti, que con tan loco afán,
De negra muerte en incesante susto,
Sufres, y haces el bien sin esperar!

— Pero si nunca tu escalpelo ha hallado,
Cuando un cadáver fétido rompió,
En la albumina del cerebro helado
La centella inmortal que la animó;

Si ese cerebro pesa cual pesaba,
Si sólo falta el pensamiento en él,
¡Oh! si ese pensamiento aquí no acaba....
¡Sufre y espera en tus dolores, Cheyn'!

¡Oh, no te enojas, no, con el poeta!
Si él no puede el decreto revocar,
Si él no puede arrancarte la saeta,
Tampoco viene á emponzoñarla más.

III.

En el gran día en que de Dios la gloria
Se te presente en su verdad y luz,
Hallará el ángel, al abrir tu historia,
Bajo cada dolor una virtud.

Entre el justo y el malo hay un abismo:
El placer y el dolor, el bien y el mal,
Para el malo son fuentes de egoísmo,
Para el justo son fuentes de bondad.

Si: cuando el malo en su carrera corta
Halla salud, prosperidad, honor,
Triunfa y dice en sí mismo: *¡Qué me importa
Que otros padezcan mientras gozo yo!*

Y cuando al fin sobre su frente pesa
Con todo su rigor la adversidad,
Cae diciendo entre sí: *¡Qué me interesa,
Si yo sufro, aliviar á los demás!*

De Caledonia bajo el turbio cielo,
De esos montes románticos al pie
De do ha tomado libertad su vuelo,
Bello tu madre te admiró al nacer.

Con un germen de muerte allí naciste,
Y con un germen de bondad en ti:
Los tesoros de ciencias que adquiriste
Aquí te vemos prodigar sin fin.

Sabio, puedes vivir para ti mismo;
Justo, quieres servir á los demás:
La ciencia que degrada el egoísmo,
La santifica en ti la caridad.

Y hoy vives pobre, enfermo..... ¡y envidiado!
Mas bendito serás en tu dolor,
Que el don del desgraciado al desgraciado
Es el más aceptable para Dios.

En el gran día en que de Dios la gloria
Se te presente en su verdad y luz,
Hallará el ángel, al abrir tu historia,
Bajo cada dolor una virtud.

EN BOCA DEL ULTIMO INCA

Ya de los blancos el cañón huyendo,
Hoy á la falda del Pichincha vine,
Como el sol vago, como el sol ardiente,
Como el sol libre.

¡Padre Sol, oye! Por el polvo yace
De Manco el trono; profanadas gimen
Tus santas aras; yo te ensalzo solo,
¡Solo, mas libre!

¡Padre Sol, oye! Sobre mí la marca
De los esclavos señalar no quise
Á las naciones; á matarme vengo,
¡Á morir libre!

Hoy podrás verme desde el mar lejano,
Cuando comiences en ocaso á hundirte,
Sobre la cima del volcán tus himnos
Cantando libre.

Mañana sólo, cuando ya de nuevo
Por el Oriente tu corona brille,
Tu primer rayo dorará mi tumba,
¡Mi tumba libre!

Sobre ella el cóndor bajará del cielo;
Sobre ella el cóndor, que en las cumbres vive,
Pondrá sus huevos y armará su nido
Ignoto y libre.

HÉCTOR.

Al sol naciente los lejanos muros
De la divina Troya resplandecen;

Los griegos á los númenes ofrecen
Sobre las aras sacrificios puros.

Ábrese el circo: ya sobre los duros
Ejes los carros vuelan, desaparecen;
Y al estrépito ronco se estremecen,
De la tierra los quicios mal seguros.

Al vencedor el premio merecido
Otorga Aquiles: el Olimpo suena
Con el eco de triunfo conmovido.

¡Y Héctor, Héctor, la faz de polvo llena,
En brazos de la muerte adormecido,
Yace olvidado en la sangrienta arena!

LA LIBERTAD Y EL SOCIALISMO.

Oda en conmemoración del día 7 de Marzo de 1849, en que el general José Hilario López fué proclamado Presidente de la Nueva Granada, á virtud de la violencia que una turba armada practicó sobre el Congreso; dedicada á la juventud republicana de la Nueva Granada.

O homines ad servitutem nati!

(Exclamación que Tácito pone en boca de Tiberio, cansado ya de la abyección de los Senadores romanos.)

I.

¡Oh, López! sal, pregunta por la tierra
Cuál es más vil y odioso de los dos:
¿El salteador que al monte se destierra
Y hace á los hombres sin disfraz la guerra,
Mofándose de Dios;

II.

O el fariseo infame que de hinojos
Ora contrito al pie del sacro altar

Y va, con dulce voz y dulces ojos,
Del huérfano y la viuda los despojos
Hipócrita á usurpar?

III.

¡Oh, siglos ha que el punto está juzgado!
Mas falta aún que aprenda el mundo á ver
Con menos odio al rey que, rey criado,
Mira á su especie cual servil ganado
Nacido á obedecer,

IV.

Que al demagogo que, en traidor arcano
Celando su venganza y ambición,
Hace la corte al pueblo soberano,
Sube al poder, y ejerce á salva mano
Rapiña y proscripción.

V.

Que esa ambiciosa, inquieta hipocresía
No es menos vil que la falaz piedad:
¡Ni hay opresión cual esa tiranía
Que usurpa con sacrílega ironía
Tu nombre, Libertad!

VI.

¡Oh Libertad, tres veces santo nombre,
Del alma la más bella aspiración!
¡Tiempo vendrá que al porvenir asombre
Te haya insultado alguna vez el hombre
Con tal profanación!

VII.

¡Oh Libertad! Yo puedo alzar la frente,
Y bendecirte al son de mi laúd;
Que desde niño amaba en ti mi mente
El bien mayor que dió á la humana gente
El Dios de la Virtud.

VIII.

Con la Virtud en mí te confundías,
Con la Justicia, con la dulce Paz:
¡Jamás, cuando ante mí resplandecías,
Manchadas con el crimen me traías
Tus manos ni tu faz!

IX.

Á amarte pura me quedé enseñado;
Por tu pureza te conozco bien;
Mi corazón me anuncia tu reinado
Como la imagen del glorioso estado
Del hombre en el Edén.

X.

— Los hombres todos por su ser iguales
Ante una ley de universal amor,
Y sólo por sus obras, desiguales,
Como lo son sus almas inmortales
Delante del Señor.....

XI.

Todos seguros en los varios modos
Con que á su bien, sin daño ajeno, van

Sí, todos libres, responsables todos,
Sin distinción de títulos ni apodos
Que orgullo y odio dan.....

XII.

¡El justo, blanco ó negro, hermoso ó feo,
Estrecho ú opulento en su vivir,
Inglés ó chino, jesuita, hebreo.....
Y aun el cegado inofensivo ateo,
Pudiendo en paz dormir!

XIII.

Y el malo, sólo por la ley herido,
Por lo que ha hecho— ¡por lo que es, jamás!
¡Y herido sin rigor, y garantido
Contra su mismo juez; juez sometido
Á un juez mayor detrás!

XIV.

¡El hombre, nunca al hombre degradando,
Rey de sí mismo y de sus cosas rey!
¡El fin del hombre el fin de Dios llenando!
¡La ley del hombre santa reflejando
De Dios la santa ley!.....

XV.

¡Eso es la Libertad: la que he previsto
Entre los raptos de mi ardiente edad:
La que en la tierra de Franklin he visto;
La que me ofrece en sus promesas Cristo;
Esa es la Libertad!

XVI.

Y esa la misma que en la patria mía
Joven sus fuerzas ensayando vi....
Hasta que ¡oh López! en aciago día
La hirió con su puñal la turba impía
Que te aclamaba á ti.

XVII.

¿A ti?.... ¡No sólo á ti! No le bastaba
Tu indignidad á su nefando amor.
¡Ah, más que indignidad necesitaba:
Á tu infernal amigo proclamaba;
De Sucre al matador!

XVIII.

¡Yo los oí.... cuando, su puño armado
Del hierro vil, salían en tropel
Del templo donde habían ya violado
La majestad inerme del Senado
En nombre tuyo y de él!

XIX.

¡Yo los oí.... Su canto de victoria
Viene á amargar mi triste proscrición.
Cual eco del abismo, esa memoria,
Atravesando nuestra negra historia,
Será nuestro baldón!

XX.

El nuestro.... ¡Sí, de todos! ¡Cada uno
Á la obra de tinieblas ayudó:

Cuál débil—cuál traidor—digno ninguno
Ni el Cuerpo que á la paz, sin fruto alguno,
Su honor sacrificó!

XXI.

La esposa del romano Colatino,
Al verse impura, prefirió morir.
¡Los hombres del Congreso granadino
Besáronle la mano al asesino
Á trueque de vivir!

XXII.

Hoy viven.... ¿Cómo? Pudo su baja
Quizá esperar de gratitud el don....
Con negro insulto, vejación, pobreza,
Ya á demostrarles el tirano empieza
Cuál es su galardón....

XXIII.

Hoy viven.... como vive en el serrallo
El triste eunuco de africano Dey;
Cual vive en el corral lo que fué gallo;
Cual vive, el cuello al fin haciendo callo,
Bajo su yugo, el buey.

XXIV.

¡Son todo, menos hombres!—¡Han perdido
Lo que da al hombre ser—su dignidad;
Que á la víctima el crimen consentido
Mancilla más que al violador bandido
Su misma atroz maldad!

XXV.

¡Oh, más dichosos, harto más, aquellos
Que afrontaron, ya tarde, al Dictador!
Y hoy, de extranjero sol á los destellos,
La patria lloran, y sus campos bellos,
Su hogar y dulce amor;

XXVI.

¡O amenazados en su propio suelo
Con el despojo, azotes y prisión,
Por todos vela su leal desvelo,
Por todos lucha con heroico anhelo
Su libre corazón!

XXVII.

¡Esfuerzo generoso — mas tardío!
Lo que en su origen era vil raudal,
Que pudo en tiempo haber cegado el brío
De la virtud, hoy es inmenso río
De irreparable mal.

XXVIII.

¡Ah, sí, de mal irreparable! Nada
Tan hórrido se puede concebir;
¡Ver de la ley con la tremenda espada,
Que sólo contra el malo fué forjada,
El malo al justo herir!

XXIX.

Puedes contarle tú, modesto amigo,
En quien un monstruo se ensañó brutal.....

Y hoy comes del destierro el pan conmigo.....
Que, por reparación, ¡nuevo castigo
Te impuso un juez venal!

XXX.

Podéis hablar, vosotros, asimismo,
Humildes misioneros de la Cruz,
Contra los cuales, del reabierto abismo,
Renace del Borbón el despotismo
En esta edad de luz:

XXXI.

¡El mismo espectro horrendo resucita!
¡La misma escena! ¡El mismo ardor feroz,
Que entre la noche á la inocencia excita
Del pobre lecho al ostracismo, y quita
Á la piedad su voz!

XXXII.

Y al son de libertad, que desde el foro
Vinoso eleva el proscriptor motín,
Los jefes corren al común tesoro,
Do el pan del pobre, do del rico el oro
Les prepara el botín.

XXXIII.

El oro así del rico, el pan del pobre,
No sólo pagan á la audaz maldad
El mal ya obrado, sino el mal que aun obre,
Para impedir que en la nación recobre
Su imperio la verdad.

XXXIV.

¡Del orden inversión abominable:
Por guardia de la hacienda el más ladrón;
Por juez de la inocencia el más culpable;
Por paz la esclavitud; por ley el sable;
La fuerza por razón!

XXXV.

¡Eso es el Socialismo! ¡el Socialismo
Que, su fealdad queriendo disfrazar,
El, hijo de ambición y de ateísmo,
De libertad se atreve y cristianismo
La estirpe á reclamar!

XXXVI.

¡Ese es el Socialismo! Hoy atavía
Con falsos nombres su genial horror.
Su nombre Galia supo darle un día;
Su nombre dice más que tiranía;
¡Su nombre es el *terror!*

XXXVII.

— ¡Modelos de virtud y de hermosura,
Madres cristianas, prez de Bogotá!
¡Llorad! — de vuestro llanto la amargura
Cuál es la libertad nos asegura
Que el Socialismo da.

XXXVIII.

¡Llorad! En vuestras lágrimas espera
Con fe mi desolado corazón:

¡Ellas, en esta degradada era
De libertad futura y verdadera
La noble prenda son!

XXXIX.

Que la mirada húmida que lanza
Al cielo la virtud de una mujer
Es tan sublime, que á expiar alcanza
La paz del vil, del malo la venganza,
Ante el Supremo Ser.

XL.

Mas Dios es justo. La nación suicida
Podrá regenerarse y ser feliz....
¡Mas en las carnes de su nueva vida
Conservará de la salvaje herida
La eterna cicatriz!

DESPEDIDA DE LA PATRIA

..... terraeque urbesque recedunt.
VIRGILIO, *Eneida*

Lejos ¡ay! del sacro techo
Que mecer mi cuna vió,
Yo, infeliz proscrito, arrastro
Mi miseria y mi dolor.
Reclinado en la alta popa
Del bajel que huye veloz,
Nuestros montes irse miro
Alumbrados por el sol.
¡Adiós, patria! ¡Patria mía,
Aun no puedo odiarte; adiós!

Á tu manto, cual un niño,
Me agarraba en mi aficción;
Mas colérica tu mano
De mis manos lo arrancó;
Y en tu saña desoyendo
Mi sollozo y mi clamor,
Más allá del mar tu brazo
De gigante me lanzó.
¡Adiós, patria! ¡Patria mía,
Aun no puedo odiarte, adiós!

De hoy ya más, vagando triste
Por antípoda región,
Con mi llanto al pasajero
Pediré el pan del dolor:
De una en otra puerta el golpe
Sonará de mi bastón,
¡Ay, en balde! ¡En tierra extraña
Quién conocerá mi voz?
¡Adiós, patria! ¡Patria mía,
Aun no puedo odiarte, adiós!

¡Ah, de ti sólo una tumba
Demandaba humilde yo!
Cada tarde la excavaba
Al postrer rayo del sol:
«¡Ve á pedirla al extranjero!»
Fué tu réplica feroz;
Y llenándola de piedras
Tu planta la destruyó.
¡Adiós patria! ¡Patria mía,
Aun no puedo odiarte; adiós!

En un vaso un tierno ramo
Llevo de un naranjo en flor;
¡El perfume de la patria
Aun aspiro en su botón!
Él mi huesa con su sombra
Cubrirá; y entonces yo

Dormiré mi último sueño
De sus hojas al rumor.
¡Adiós, patria! ¡Patria mía,
Aun no puedo odiarte; adiós!

LA HAMACA DEL DESTIERRO.

¡Vuela, vuela, hamaca mía:
Y al ruido de tus alas,
Adormece al desterrado
Que suspira por su patria!
Pronta vuela; y, cuando el sueño
Llene rápido la estancia,
Y en los aires revolando
Nos remeza con su planta,
Que á mis labios baje, dile,
Y aspirar me dé la blanca
Amapola del olvido,
En aromas empapada.
Que del alma echar ya quiero
Las memorias despiadadas
De los sitios que sonaron
Con los pasos de mi infancia;
De la madre cariñosa
Que al bajar la noche parda,
Con dos besos, mis dos ojos,
Bendiciéndome, cerraba;
Del nogal que levantando
Su verdor sobre mi casa,
En los fuegos de la siesta
Grata sombra me prestaba.
Suspendida de sus ramos,
De azucenas coronada,
Fresca y leve te mecía
Al impulso de las auras.
Mas ¡ay Dios! partiendo el rayo
De entre lóbrega borrasca,

Abrasó el querido tronco,
Destrozó sus bellas ramas.
Y tú, hija de los aires,
Hoy pendiente á mis espaldas,
Fugitiva vas conmigo
Sin parar de playa en playa.
Sí, conmigo del desierto
Los torrentes roncós pasas,
Y en las calles silenciosas
De los bosques me acompañas.
Sin dejarme, de los hombres
Atraviesas las moradas,
Y conmigo de los mares
Ves las ondas solitarias.
Y después que en Occidente
Hunde el sol su inmensa llama,
Y los últimos fulgores
Del crepúsculo se apagan,
Con su triste luz la luna
Nos alumbrá:—tú, colgada
De algún árbol extranjero;
¡Yo, soñando con la patria!
¡Vuela, vuela, hamaca mía:
Y al ruido de tus alas,
Adormece al desterrado
Que ha perdido cuanto amaba!

EL HACHA DEL PROSCRITO.

Dieu! qu'un exilé doit souffrir.
BERANGER.

¡Fina brillas, hacha mía,
Ancha, espléndida, cortante,
Que abrirás la frente al toro,
Que probar tu filo osare!
En los bosques para siempre

Voy contigo á sepultarme;
Que los hombres ya me niegan
Una tumba en sus ciudades.
En mi patria me expulsaron
De la casa de mis padres;
¡Y hoy también el extranjero
Me ha cerrado sus hogares!
¡Vamos, pues, que ya estoy listo!.....
¡Oh! salgamos de estas calles
Do el dolor del desterrado
Nadie entiende ni comparte:
¡Ay! tú me entretenías
En mi niñez:
¡Ven, sígueme en los días
De mi vejez!

Yo, durante nuestra fuga,
Tengo al hombro de llevarte,
Y un bordón en ti y apoyo
Hallaré cuando me canse.
De través sobre el torrente
Que mi planta en vano ataje,
Tú echarás del borde el árbol
Por el cual descalzo pase.
Si del Norte al viento frío
Mis quijadas tiritaren,
Tú derribarás los ramos,
Y herirás los pedernales.
Tú prepararás mi lumbré,
Tú prepararás mi carne,
La caverna en que me acoja,
Y hasta el lecho en que descanse!
¡Ay! tú me entretenías
En mi niñez:
¡Ayúdame en los días
De mi vejez!

Á mi alcance y á mi diestra,
Muda, inmóvil, formidable,

Me harás guardia, cuando el sueño
En mis párpados pesare.
Si del tigre el sordo paso,
Si el clamor de los salvajes,
Acercándose en la noche,
Del peligro me avisaren;
En mi mano apercebida
Te alzarás para el combate;
Y del triunfo ó la derrota
Siempre llevarás tu parte.
¡Ay! la luz del nuevo día
Nos verá en otros lugares;
Débil yo, cansado y triste;
Roja tú con fresca sangre.
¡Ay! tú me entretenías
En mi niñez:
¡Defiéndeme en los días
De mi vejez!

De camino veré á veces
Las lejanas capitales
Relumbrar al tibio rayo
De los soles de la tarde.
Y esos rayos vespertinos
Jugarán al reflejarse,
Cual relámpagos de oro,
En tu hierro centellante.
Ó, del mar á la alta orilla,
Los pies sueltos en el aire,
Cantaré yo al sol y al viento
De la patria los romances,
Y á la roca tú de lomo
Sin cesar dando en la base,
El compás irás notando
Con tus golpes resonantes.
¡Ay! tú me entretenías
En mi niñez:
¡Consuélame en los días
De mi vejez!

¡Si, consuelo del proscrito!
¡Oh, jamás aquí le faltes!
¡Ay! ¡de cuanto el triste llora,
Si es posible, veces hazle!
Patria, amigos, madre, hermanos,
Tiernos hijos, dulce amante;
¡Cuanto amé, cuanto me amaba
Vas tú sólo á recordarme!
Nunca, nunca, pues, me dejes:
Sígueme á mis soledades!
¡No abandones al proscrito
Sin que al fin su tumba excaves!
¡Por el mango hundida en tierra,
Tu hoja se alzaré en los aires,
De los picos de los buitres
Defendiendo mi cadáver!
¡Ay! tú me entretenías
En mi niñez:
¡Sepúltame en los días
De mi vejez!

UNA LÁGRIMA DE FELICIDAD.

Solos, ayer, sentados en el lecho
Do tu ternura coronó mi amor,
Tú, la cabeza hundida entre mi pecho,
Yo, circundando con abrazo estrecho
Tu talle encantador;

Tranquila tú dormías, yo velaba,
Llena de los perfumes del jardín
La fresca brisa por la reja entraba,
Y nuestra alcoba toda embalsamaba
De rosa y de jazmín.

Por cima de los árboles tendía
Su largo rayo horizontal el sol,

Desde el remoto ocaso do se hundía:
¡Inmenso, en torno de él, resplandecía
Un cielo de arrebol!

Del sol siguiendo la postrera huella
Dispersas al acaso, aquí y allí,
Asomaban, con luz trémula y bella,
Hacia el Oriente alguna ú otra estrella,
Sobre un fondo turquí.

Ningún rumor, ó voz, ó movimiento
Turbaba aquella dulce soledad;
¡Sólo se oía susurrar el viento,
Y oscilar, cual un péndulo, su aliento
Con plácida igualdad!

¡Oh! ¡yo me estremecí!..... ¡Si; de ventura
Me estremecí, sintiendo en mi redor
Aquella eterna, fúlgida natura!
¡En mis brazos vencida tu hermosura!
¡En mi pecho el amor!

Y cual si alas súbito adquiriera,
Ó en las tuyas me alzara un serafín,
Mi alma rompió la corporal barrera,
Y huyó contigo, de una en otra esfera,
¡Con un vuelo sin fin!

Buscando allá con incansable anhelo
Para ti, para mí, para los dos,
Del tiempo y de la carne tras el velo,
Ese misterio que llamamos cielo.—
¡La eternidad de Dios!

Para fijar allí, seguro y fuerte,
Libre de todo mundanal vaivén,
Libre de los engaños de la suerte,
Libre de la inconstancia y de la muerte,
¡De nuestro amor el bien!

Y en un raptó de gloria, de improvisó,
Lo que mi alma buscaba hallar creí;
Una secreta voz del Paraíso
Dentro de mí gritóme: Dios lo quiso;
¡Sea tuya allá y aquí!

Y enajenado, ciego, delirante,
Tu blando cuerpo, que el amor formó,
Traje contra mi pecho palpitante.....
Y en tu faz una lágrima quemante
¡De mis ojos cayó!

¡Ay! despertaste..... Sobre mí pusiste
Tu mirada, feliz al despertar;
¡Mas tu dulce sonrisa en ceño triste
Cambiése al punto que mis ojos viste
Aguados relumbrar!

¡De entonces acá!..... ¡oh amante idolatrada,
Mas sobrado celosa! huyes de mí;
Si á persuadirte voy, no escuchas nada,
Ó de sollozos clamas sofocada:
«¡Soy suya!..... y llora así!»

¡Oh! ¡no, dulce mitad del alma mía!
No injurias de tu amigo el corazón;
¡Ay! ¡ese corazón en la alegría
Sólo sabe llorar, cual lloraría
El de otro en la aficción!

El mundo, para mí de espinas lleno,
Jamás me dió do reclinar mi sien;
Hoy, de la dicha en mi primer estreno,
El lloro que vertí sobre tu seno
¡Encerraba un edén!

— ¡Oh!..... ¡La esposa que joven y lozana
Diez hijos á su esposo regaló,
Y que después viuda, enferma, anciana,

A sus diez hijos en edad temprana
Morir y enterrar vió!....

¡Esa mujer, que penas ha sufrido
Cuántas puede sufrir una mujer;
Esa madre infeliz, que ha padecido
Lo que tan sólo la que madre ha sido
Alcanza á comprender!....

Ella, pues, cuando á buenos y á malvados
Llame á juicio la trompa de Jehová,
Sus diez hijos al ver resucitados,
Al volver á tenerlos abrazados....
¡Oh! ¡de amor llorará!

Y de esa madre el dulce y tierno llanto
Á la diestra de Dios le hará subir;
¡Y tal será su suavidad y encanto,
Que en su alta gloria al serafín más santo
De envidia hará gemir!

Mas ese llanto del amor materno,
Vertido en la presencia del Señor,
Al entrar de la vida al mundo eterno,
No, no será más dulce ni más tierno
¡Que el llanto de mi amor!

EL BAUTISMO.

Á MI SEGUNDO HIJO RECIÉN NACIDO.

I.

¡Ven, y en las vivas fuentes del bautismo
Recibe, oh niño, de cristiano el nombre;
Nombre de amor, de ciencia, de heroísmo,
Que hace en la tierra un semidiós del hombre!

Los hombres que esas aguas recibieron,
Con su espíritu y brazo subyugaron
La inmensa mar que audaces recorrieron,
Los mundos que tras ella adivinaron.

Potentes más que el genitor de Palas,
Al rayo señalaron su camino;
Y á los vientos alzándose sin alas,
Siguiéron sin temblar su torbellino.

Ellos al Leviatán entre cadenas
Sacan de los abismos con su mano,
Y pisan con sus plantas las arenas
Del fondo de coral del Oceano.

Cristianos son los que á esas formas bellas
Con que el Creador engalanó á Natura,
Obligan á vaciar sus blandas huellas
En instantánea, nítida pintura.

De un hilo con la curva retorcida
Los cabos juntan de un inerte leño....
¡Y el secreto perturban de la vida,
Y agitan al cadáver en su sueño!

Y tú también, eras también cristiano,
Tú que dijiste, contemplando el cielo:
«¡Ya mis ojos no alcanzan, pobre anciano;
Yo rasgaré del firmamento el velo!»

Y en el aire elevando dos cristales,
Vuelta á Venus la faz, puesto de hinojos,
Los ojos que te hiciste fueron tales,
Que envidiaron las águilas tus ojos.

Y era cristiano aquel que meditando
En el retiro de modesta estancia,
Sin afán, sin error, pesó, jugando,
Los planetas y el sol en su balanza.

II.

¡Oh prenda de mi amor, dulce hijo mío!
Cuando en edad y para bien crecieres
(Y en el gran Padre Universal confío
Vivirás para el bien lo que vivieres),

Serío entonces quizá, meditabundo,
De ardor de ciencia y juventud llevado,
Quieras curioso, visitando el mundo,
Juzgar lo que los hombres han fundado:

Conocerás entonces por tí mismo,
Verán tus ojos, palparán tus manos,
Lo que puede el milagro del bautismo
En los que el nombre llevan de cristianos.

Sí; do naciones prósperas hallares,
Sujetas sólo á moderadas leyes,
Que formaron senados populares,
Y que obligan á súbditos y á reyes;

Do al hombre vieres respetar al hombre,
Y á la mujer como á su igual tratada,
Modesta y libre, sin que al pueblo asombre
Viva feliz sin ser esclavizada;

Do vieres generosos misioneros,
Sin temor de peligros ni de ultrajes,
Abandonar la patria placenteros
Para llevar la luz á los salvajes;

Do vislumbrares púdicas doncellas,
De obscuro hospicio entre las sombras vagas,
Curando activas con sus manos bellas
De los leprosos las hediondas llagas;

Do puedas admirar instituciones
Que abrigan al inválido, al desnudo,
Que amansan al demente sin prisiones,
Que hacen al ciego ver, y hablar al mudo;

Do vieres protegido al inocente,
Castigado al perverso con cariño,
Respetado al anciano inteligente,
Asegurado el porvenir del niño;

Allí do hallares libertad y ciencia,
Misericordia, caridad, justicia,
Dominando del pueblo la conciencia,
De la industria calmando la codicia;

Allí do respetándose á sí mismo
Vieres al hombre amar á sus hermanos,
Podrás clamar: «¡ Honor al cristianismo;
Que éstos no pueden ser sino cristianos!»

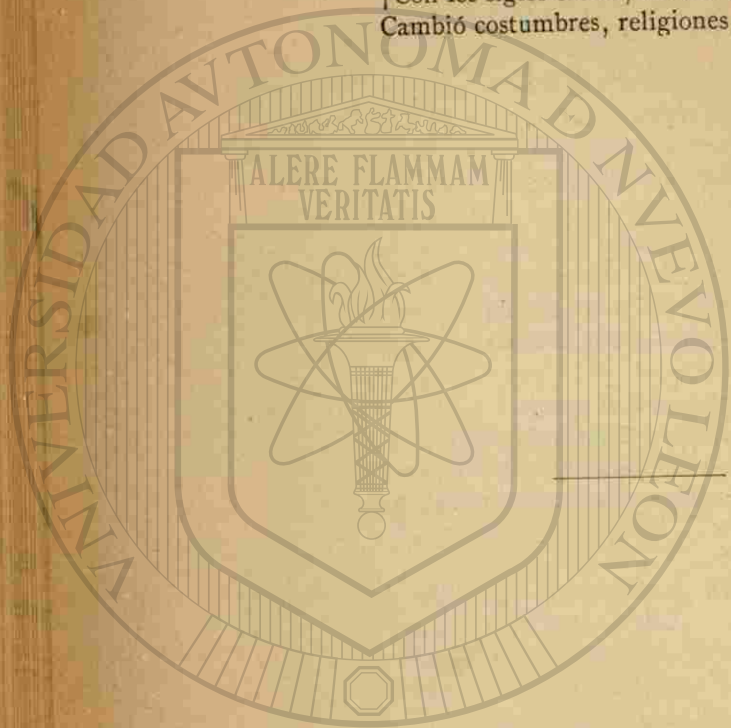
III.

¡Esos serán cristianos! Herederos
De la virtud y del antiguo nombre
De aquellos doce pobres, compañeros
Del que se hizo llamar *Hijo del hombre*;

De Aquel que en un establo fué nacido,
De un artesano en el taller criado,
De los grandes del mundo perseguido,
Y al fin cual un ladrón crucificado;

Que nada de su mano que se lea
Nos dejó, ni viajó por las naciones;
Y adolescente al pueblo de Judea
Dió tres años no más sus instrucciones;

Y cuyo Verbo empero más fecundo
Fué que el cetro y la espada de los reyes:
¡ Con los siglos creció, renovó el mundo,
Cambió costumbres, religiones, leyes!



D. JULIO ARBOLEDA.

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

003061



D. JULIO ARBOLEDA.

ME AUSENTO.

Auséntome, buen Dios, me ausento solo,
Y todo es soledad por donde paso;
Y todo está dormido. En el ocaso
Lento su disco va sumiendo el sol;
Y expira como expira mi esperanza
En tristísimo lánguido desmayo,
Sin despedir ni un moribundo rayo,
Eclipsado entre nubes su arrebol.

Avánzase la noche tenebrosa,
Y sepulta á la tierra en su hondo seno;
Ni zumba el viento, ni retumba el trueno,
Ni se oye el arroyuelo murmurar.
Una pálida estrella solitaria
Hiende el crespón del cielo nebuloso,
Y en triste melancólico reposo
Puede apenas las nubes penetrar.

¡Imagen de mi vida sin ventura!
¡Estrella solitaria! ¡Aquellas nubes
Que velan la mansión de los querubes
Impiden que tu luz llegue hasta aquí!....
Yo también en la tierra un alma tengo;
Pero su luz á penetrar no alcanza,
Y es luz de amor, de amor sin esperanza,
Mas ¡ay! ¡la luz!.... ¡la luz no brilla en mi!

Entre el terrible estrépito del mundo,
Ó en esta soledad dulce, sombría,
Mi corazón palpita de agonía
Y vive del dolor mi corazón:
Mi corazón, cuyo latir convulso,
Perdida la quietud, la paz perdida,
Le da existencia, como al mar da vida
El sordo rebramar del aquilón.

¡ Cuán horrible es vivir de la tristeza,
Agobiada la sien de pesadumbre,
Y no sentir jamás la dulcedumbre
Que la fe sólo y la esperanza dan!
¡ Cuán horrible es amar sin ser oído;
Que el suspiro entre lágrimas enviado
No halle jamás el eco deseado
Que respondiendo, alivie nuestro afán!

¡ Cuán horrible es pensar que yo sucumba
Al peso irresistible del destino,
Y divertir con mi clamor contino
El capricho ó virtud de una mujer!
¡ Cuán horrible es contar mis tristes horas
Por las horas acerbas de mis penas,
Y sentir la ponzoña entre mis venas
Sin probar nunca el cáliz del placer!

Ó pensar que un rival afortunado,
Á quien propicio se mostró su estrella,
Pueda en su boca deliciosa, bella,
Vida beber, felicidad y amor.
Y entre su seno cándido, sūave,
Verle gozar sus tímidas caricias;
Y de amor embriagado y de delicias,
Cuando yo gimo presa del dolor.

Sí, del dolor; si alguna vez sus labios
Á mis ardientes labios se juntaron,
Y unos en otros el placer buscaron

Llenos de fuego, y vida, y juventud,
Entonces, cual volcán, cuyo estallido
Ahoga el cantar del ruiseñor contento,
De la pasión el seductor acento
Ronca acalló la voz de la virtud.

Y con la mano trémula apartóme,
Sustrajo á mi cabeza su regazo,
Huyendo de mi amor y de mi abrazo
Y de su propia tímida pasión.
Y yo la vi de lejos reclinada,
Puesta la mano trémula en la frente,
De un caduco deber llena la mente,
Y del amor presente el corazón.

Pero sus ojos tímidos me vían
Sin osarme mirar: húmeda estaba
Su faz, donde la lágrima brillaba
Como el rocío en nacarada flor.
Ahora arrepentida se mostraba
De haberme rechazado: ora tendía
La palma, y ordenarme parecía
Que respetase, amando, su pudor.

Mas prendíme á sus labios deliciosos,
Como de abejas el dorado enjambre
De virgen flor al oscilante estambre,
Que blando mueve el céfiro al pasar.
¡ Ay! donde yo la vida hallar creía,
Cual colibrí la miel en la azucena,
Sólo hallé copa de ponzoña llena,
Que vino mi existencia á envenenar.

Y la probé, cual pajarillo incauto
El *solo* grano que la red encierra,
Y deja de vagar por aire y tierra,
Prisionero quedando entre la red.
¡ Oh! ¡ quién pudiera nunca haber probado
El néctar en sus labios de ambrosía,

Donde mi alma en éxtasis bebía,
Sin apagar jamás la ávida sed!

¡Pero quise probarle!..... Así el viajero
Incauto, en los desiertos de Sahara,
El resoplar del viento deseaba,
Del viento del desierto abrasador;
Y así sentí cual siente el peregrino
Al ver llegar la muerte sobre el viento
Que emponzoña las auras y el aliento
Con su brazo de fuego y de dolor.

Así sentí, mujer; ese el alivio,
Ese fué de placer el que ofreciste
Amargo cáliz; eso lo que diste
Por sola recompensa de mi fe.
Ahora mintiendo afectos, á engañarme
Yo no sé qué te impele seductora:
Conozco que me engañas aun *ahora*;
Ó tal vez me amarás — yo no lo sé.

Pero yo sí te amo. No profanes
De mi amor el purísimo santuario;
No olvides al viajero solitario
Que vive, que delira para ti;
Para tí sola, para ti, que diste
Tormentos á mi alma venturosa,
Por quien la vida arrastro pesarosa
Entre el dolor, la angustia, el frenesí.

Robásteme la dicha que tenía,
Robásteme mi paz y mi sosiego,
Y en mi tirana te erigiste luego,
Y yo te amo y siempre te amaré.
Mas no cual tú, que tienes quien te admire,
Quien te prodigue incienso prosternado;
Yo sólo tengo un corazón llagado,
Sólo amar sé, y amando moriré.

Con sus dulces armónicos acentos
Otro feliz encantará tu oído,
O de célicas formas bendecido
Su talle altivo ostentará y su faz;
Pero á *mi* el cielo, de su polvo avaro,
Me ha negado la atlética belleza;
Yo no levanto al cielo mi cabeza,
Ni alzo á las nubes mi mirar audaz.

Pero ¡ay! que si el cielo no ha querido
De perfección hacer conmigo alarde,
No por eso, mujer, soy yo cobarde,
Yo tengo *honor*, aunque pujanza no.....
Sí, tengo *honor*, el sentimiento excelso
Que asegura del alma el poderío,
Y un alma bulle aquí en el pecho mío,
Que digna de adorarte Dios creó.

NUNCA TE HABLE.

Nunca te hablé..... Si acaso los reflejos
De tus ojos llegaron desde lejos
Mis fascinados ojos á ofuscar,
De tu mirada ardiente, aunque tranquila,
No se atrevió mi tímida pupila
Los quemadores rayos á encontrar.

Nunca en mi oído resonó tu acento:
Si de tu labio el vivo movimiento
Y tu expresión angélica admiré,
Al contemplar tu gracia y tu belleza,
Oculta entre mis manos mi cabeza,
Tus atractivos mágicos burlé.

Eres un sueño para mí. Á la lumbre
Del teatro, entre densa muchedumbre,
Tus seductoras formas descubrí;

Mas si evité tu acento y tu mirada,
Quedóse en mi alma la impresión grabada
De la mujer fantástica que vi.

Y desde entonces, aunque de ti me alejo,
Mi memoria de fuego es el espejo
Do tu imagen se viene á reflejar:
Y goza mi rebelde pensamiento
En darle vida, en inspirarle acento,
¡Ay! y en idolatrarla á mi pesar.

¡Quizá será mejor! En el misterio
La mujer, como Dios, tiene su imperio
Y la duda alimenta al corazón,....
No rasgue el velo mi profana diestra
Que oculta á la mujer y al ángel muestra
Y me deja en poder de mi ilusión!

Tiemblo al quererte oír. Deja que tema;
Porque acaso tu acento también quema
Y á consumir mi corazón vendrá;
Mi corazón por el dolor gastado,
Que, á un oscuro rincón ya relegado,
Entre ceniza y lágrimas está.

Porque, á la luz y á la belleza esquivo,
Yo, como el buho, en los escombros vivo
De las pasiones que por fin vencí,
Y en mi lóbrego albergue estremecido
Sólo aspiro á la paz que da el olvido,
Ya que el amor y el mundo huyen de mí.

Y jamás te hablaré. Pero consiente
Que aquí estas líneas deje reverente
En señal, no de amor, de admiración.
Las escribo sin fe, sin esperanza,
Aunque, donde el cariño no se alcanza,
Alcánzase el desprecio ó el perdón.

AL CONGRESO DE NUEVA GRANADA.

Doquiera se reúnen mis nobles compatriotas,
Doquiera bulle el genio ardiente de Granada,
La libertad germina, la libertad amada,
Que en mil combates fieros supimos conquistar.
No soy de los que piensan que una reunión de ilotas,
Baldón de nuestra patria, se encuentre en su Congreso:
Os reconozco libres ¡oh padres!, ¡y por eso
Desde mi cárcel lóbrega os quiero saludar!

Yo sé que sabios, fuertes al par que poderosos,
Sabréis poner un dique al rápido torrente,
De cuyas turbias ondas el ímpetu vehemente
Arrastra, casi exánime, la ahogada libertad.
¡Oh padres! vuestros brazos fornidos, valerosos,
Á la defensa vengán del pueblo granadino,
Y cambien, con un golpe, su rígido destino,
Tornando á nuestras leyes su antigua majestad.

El código sagrado do están nuestros derechos,
Guardemos cual se guarda el ángel en la cuna;
Hagamos que se oponga tribuna á la tribuna,
Mas no que á la tribuna se oponga la prisión.
La fuerza á la palabra, á la razón los hechos,
Oponen los tiranos al crimen avezados:
Tal fuera la doctrina que en tiempos olvidados
Siguió en sus conversiones la negra Inquisición.

¿Por qué, si fué sincero el déspota arbitrario,
Que quiso se ensanchasen los lindes de la prensa,
Adoptan sus satélites por única defensa
Llevarnos á la cárcel con mano liberal?
¡Oh padres! ¿somos libres aquí do el mandatario
Impónole sus grillos al pensamiento mismo,
Y donde se contesta severo silogismo
Con una cárcel lóbrega y el filo del puñal?

¡Ved á la noble Roma ! su esclavitud empieza
Desde que el pueblo tímido desierto deja el foro,
Y desde que le impiden que en numeroso coro
Celebre con estrépito la voz del orador.
El que habla ante los pueblos se viste de firmeza ;
No es escritor anónimo, detesta la mentira ;
Por sus palabras mágicas, que el patriotismo inspira,
Le empeña á la República la prenda de su honor.

La voz de los Demóstenes salvó á la sabia Atenas ;
La voz de los O'Connells se asocia al rauda viento,
Y el pueblo, entusiasmado por su sonoro acento,
Conquista á pasos rápidos su antigua libertad.
Nuestro tirano en tanto, forjando sus cadenas,
Nos dice con acentos hipócritas, fingidos :
« Tenéis libres los ojos, esclavos los oídos—
Protejo la calumnia, persigo la verdad. »

Y dicen sus sectarios : « ¡ Sois libres, granadinos !
¡ Cargadas de cadenas escriben vuestras manos,
Y sufren, sin embargo, los que llamáis tiranos,
Que salga de las cárceles el grito del dolor ! »
Los mártires cristianos sus cánones divinos
Murieron defendiendo en la incendiada hoguera,
Y *libres* exhalaban su queja lastimera,
Porque era con su espíritu la gracia del Señor.

Así cuando nosotros obramos *libremente*
La muerte desafiando, que en premio se nos brinda,
Sabemos que la tumba nos libra, y nos deslinda
Del absoluto imperio del bárbaro servil ;
Y emancipando el alma libérrima y ardiente,
De todos los esfuerzos del pérfido tirano,
Decimos : — ¡ *Somos libres !* — dejando el barro humano
Á que entretenga el látigo, la cárcel y el fusil.

Decid : ¿ seremos libres aquí, donde los jueces
Absuelven el delito, condenan la inocencia,
Y esperan que el tirano les dicte la sentencia

Que máquinas estúpidas repiten al copiar ?
¿ Aquí, donde arrastrado por bárbaros soeces
Á oscuros calabozos, el pobre ciudadano
Emite el voto tímido, y prueba del tirano
La voluntad despótica, cual siervo, á adivinar?....

Ved la horda de bandidos que cruza nuestra tierra,
Sorprende nuestras vírgenes, arráncales del lecho,
Y de sus labios trémulos, con el puñal al pecho,
¡ Exige.... exige un crimen, gritando libertad !
Y débele al Gobierno las armas con que aterra :
El grito ¡ viva López ! indica el atentado,
Y de ese nuestro déspota el nombre pronunciado,
¡ Es prueba de delito, señal de impunidad !

¡ Oh jóvenes magnánimos, que el lúcido camino,
Trillado por los mártires, seguís entusiasmados—
¡ Venid ! llenad las cárceles, que purgan los pecados
De amor á nuestra patria, á Dios y á la virtud !
¡ Venid ! ¡ seréis las víctimas, y el pueblo granadino
Verá con reverencia el ópimo tributo,
Que, por guardar el orden, al déspota absoluto—
Á López el tirano—pagó la juventud !

Dejad que los Areópagos condenen á los justos ;
Dejad que los Nerones ordenen su suplicio :
De Sócrates y Séneca al duro sacrificio,
Hasta los siglos últimos darán su admiración.
De la virtud vosotros apóstoles augustos,
Seréis como los faros que marquen á lo lejos
Del tiempo en el Océano, con lúcidos reflejos,
Los triunfos incruentos de Dios y la razón.

Contemplan entretanto con ávida mirada
De estúpidos placeres la saturada esponja,
Y chúpennla, y en medio de pródiga lisonja,
Celebren nuestros déspotas su cínico festín.
¡ Sigamos ! la materia dejemos olvidada :
¡ Sigamos ! y el espíritu al cielo encaminemos :

Que gocen los tiranos: nosotros gozaremos,
Cuando ellos en el túmulo padezcan de Caín.

Confíemos, entretanto, que el cuerpo poderoso
Do ocupan sus curules los dignos elegidos,
Ministros de las leyes, del pueblo los ungidos,
Sabrá salvar enérgico la ahogada libertad....
¡Oh, sí! ¡Que del Congreso el brazo valeroso
Á la defensa venga del pueblo granadino,
Y cambie, con un golpe, su rígido destino,
Tornando á la República su antigua majestad!

Cárcel de Popayán, 7 de Marzo de 1851.

GONZALO DE OYON

PRELUDIO.

Voy recorriendo pensativo y mudo
Con paso lento, la esmaltada falda
Por do el Cauca, entre ribas de esmeralda,
Precipita su rápido caudal.
De lo pasado en el abierto libro
Mis ojos por las páginas errantes
Leyendo van de los que fueron antes
La virtud, el delito, el bien, el mal;

Y los siglos, que ruedan envolviendo
Hechos y nombres en común ruina,
Cuya planta pesada peregrina
Dejando en pos olvido y destrucción;
Los siglos se presentan apiñados,
Leve punto en el tiempo do se hundieron,
Y donde, en su naufragio, confundieron
Nombres, historia, y gloria y tradición.

¿Dónde están ¡ay! los ínclitos varones
Que cansaron la fama, á cuyos hechos

Los límites de un siglo eran estrechos,
Que, abrumado, á su peso se rindió?
El más feliz al tiempo lanzó un nombre.
¡Un nombre! ¡Una palabra sin sentido,
Esparce leve al huracán cedido!
¡Ligero corcho que á la mar cayó!

Mas á tu voz ¡oh patria! cuyos ecos
Repite el corazón, la débil mano
Extiendo (y por ventura extiendo en vano);
Y tras un nombre me verán correr.
¡Esfuerzo inútil, desigual combate
De endeble enano con gigante atleta!
Mas ¡ay! ¡sucumba el mísero poeta,
Y pueda el nombre vida merecer!

¡Ven, pues, memoria, ven! Tú eres tormento
Del desgraciado á quien tu peso oprime;
Á tu lúgubre aspecto el hombre gime
Viendo surgir el olvidado mal.
¡Eres, memoria, espejo donde arde
El sol de la desdicha concentrado;
En un foco, en un rayo, lo pasado
Reflejas sobre el tímido mortal!

¡Ven, oh memoria, ven! La patria mía
Es semejante á su infeliz poeta:
La desgracia también, con mano inquieta,
Meció su cuna, marchitó su sien;
Y hoy la insigne ciudad que yace sola,
Camello abandonado en el desierto,
Sigue abatida su destino incierto,
Cual, en su última edad, Jerusalén.

Desterrados sus hijos, sus laureles
Secos, y uno por uno deshojados;
Crujen sus torreones encumbrados,
Tristes sus lindas vírgenes están;
Y combatido de las recias olas

Que la barbarie por doquier subleva,
Su glorioso estandarte en vano prueba
El soplo á resistir del huracán!

Y allí mis hijos, de la madre en torno,
Lloran sin quien á consolarlos vaya,
Vuelta la vista á la remota playa
Á do el común tirano me arrojó;
Y allí mi madre su viudez arrastra,
Y el flujo mira, sin apoyo, sola,
La náufraga infeliz, que á cada ola
Siente irse el bajo donde el pie afirmó.

¡ Payán! ¡ Payán! en tus anales veo
Siempre la flor guardada por espinas;
Al roce de sus hojas purpurinas
Punzante abrojo con mi mano da.
Si las dispersas, mutiladas hojas
Tímido exhibo sin color ni vida,
Es que mi mano ¡ oh patria! dolorida,
¡ Es que mi mano sin vigor está!.....

¡ Mas ven, memoria! y atrevida arranca
De las hojas del libro del olvido
Una desgracia más. Prestad oído
Á mi canción, vosotros que lloráis.....
Pero no; no me es dado las desgracias
De Gonzalo cantar, porque la lira
Mejor no pulsa quien mejor suspira;
Mas lloraré si al llanto acompañáis.

PUBENZA.

CUADRO PRIMERO.

El héroe ibero con prudente tino
Lo que al valor debió, guardar sabía;

De Payán el imperio obedecía
Á Benalcázar, lidiador tenaz;
Y las tribus de bárbaros errantes,
En torno unidas de la cruz izada,
La cara independencia abandonada
Osan apenas deplorar en paz.

Era muerto Pubén, sostén y gloria
Del cacicazgo; el hijo generoso
Entre suplicio bárbaro espantoso,
Rindió la vida á su Criador también;
Y no quedaba de la clara estirpe,
Para baldón de un héroe y su vergüenza,
Sino la hermosa, angelical Pubenza,
Vástago tercio del mayor Pubén.

Dulce como la parda cervatilla,
Que el cuello tiende entre el nativo helecho,
Y á la vista del can, yace en acecho,
Con sus ojos de púdico temor;
Pura como la cándida paloma
Que de la fuente límpida al murmullo,
Oye, al beber, el inocente arrullo,
Primer anuncio de ignorado amor;

Bella como la rosa, que temprana,
Al despuntar benigna primavera,
Modesta ostenta, virginal, primera,
Su belleza en el campo, sin rival;
Tierna como la tórtola amorosa,
Que arrulla viuda, y de su bien perdido
La dura ausencia en solitario nido
Llora, y lamenta su incurable amor;

Brillante como el sol, cuando refleja
Sus rayos el cristal de la montaña,
Si ni la lluvia, ni la nube empaña
Su naciente, purísimo esplendor;
Majestosa cual palma que se eleva,

Y ostenta en la vastísima llanura
Su corona imperial y su hermosura,
Desafiando el rayo del Señor.

Pero en su frente pálida vagaban
El dolor y la negra pesadumbre,
Y de sus ojos la apacible lumbre
Empañaba una lágrima fugaz;
Y la vida arrastraba silenciosa,
Devorando su mísero tormento
Porque al alma gentil ¡ay! ni un momento
Otorgó Dios de plácido solaz.

He aquí á Pubenza; en ella el alma, todo
Respira amor, pureza y hermosura;
El hechizo en sus ojos, la dulzura
Vaga sobre sus labios de clavel;
Juega el blando placer modestamente
Con las esbeltas formas de la indiana;
India en amar, en resistir cristiana,
Era su pecho á la virtud dosel.

¡Malhadada belleza! ¡Malhadada
Aun la heroica virtud de la princesa!
Nada han valido; que sobre ella pesa
El yugo del despótico señor.
Padre tuvo Pubenza, y no le tiene;
Hermano tuvo, mas también ha muerto;
Y el mundo para ella es un desierto,
Sin amigos, sin deudos, sin amor.

Pubenza es infeliz. Tiempos mejores
Paz y felicidad le prometieron;
Pero esos tiempos rápidos huyeron;
¡Huyeron, sí, no volverán jamás!
Huyeron, como nube del desierto
Al ígneo soplo de huracán airado;
Y quedóle el recuerdo del pasado,
¡Ay! ¡tan sólo el recuerdo y nada más!

Entre las huestes que la madre España
Desbordó sobre un mundo de repente,
Vino Gonzalo, el joven, el valiente,
De amor y gloria espléndido adalid.
Clara es su raza en bélicas hazañas,
Que en esos tiempos la virtud guerrera
Temprana herencia de los hijos era:
Llevábanlos sus padres á la lid,

Como el ave marina, que el polluelo,
Desnudo aun de la flotante pluma,
Precipita de lo alto hasta la espuma
Que hierve abajo en el bramante mar;
Ó cual león que por la selva ruge
Con el cachorro al lado, y se embelesa
Viéndole abalanzar sobre la presa
Y refrescar con sangre el paladar.

No era esta raza enferma, degradada,
Que aspira, entre perfumes y mujeres,
El aire enervador de los placeres,
Sin fe, sin ley, sin Dios, sin corazón:
Una piedra la almohada del guerrero,
La tierra era su lecho suntüoso;
Su alma en la gloria hallaba su reposo,
Y su brazo en las armas, diversión.

Ya don Gaspar, el padre de Gonzalo,
Dejó doquier los rastros de su gloria,
Sin que un recuerdo diese á su memoria
De la historia veraz la gratitud;
Y á su lado también lidió valiente
Alvar de Oyón, del buen Gonzalo hermano
Que fué después y se llamó *el Tirano*,
Porque al crimen pidió reino y salud.

Viendo á su padre entre cadenas preso,
Alvar del mundo injusto separóse,
Pero su pecho de venganza hinchóse

Contra España, sus leyes y su rey.
Júzganle muerto y solitario estése,
Víctimas señalando á su alto enojo,
Cual de águila real certero el ojo
Su presa elige entre la incauta grey.

Y el buen Gonzalo, huérfano, inocente,
No halla en el mundo nuevo americano,
Sino el vago rumor de que el hermano
Yace en la tumba al par del genitor.
Álvaro en tanto, cual taimada fiera
Que escapó de reciente cautiverio,
Desde el triste cubil mira el imperio
Como premio futuro á su valor.

Sigue Gonzalo la paterna huella;
Lidia de honor sediento, y por do quiera
El entusiasmo de la hueste ibera
Le captan su prudencia y su virtud.
De Pasto por las bélicas legiones
Es debelado el escuadrón hispano;
Gonzalo acorre, anima al castellano,
Vuelve, y vence á la ufana multitud.

La capital del payanés imperio
Mírase á fuego y sangre acometida;
Cede la turba bárbara vencida,
Cede el Cacique á la imperiosa ley:
Del vencedor sacrílego la espada
Va á mancharse en la sangre del anciano,
Pero Gonzalo la alevosa mano
Castiga, y salva de Payán al Rey.

En la cruda campaña, cuando el fuerte
Valor desmaya y la constancia falta;
Cuando el sueño los párpados asalta,
Y sucumbe la hambrienta desnudez;
Cuando el corto escuadrón tiembla, sitiado
De estéril roca en la tostada cima,

Gonzalo vela, calla: y si habla, anima,
Ora modesto, intrépido á su vez.

Bozo súaive le esmaltaba apenas,
Cual leve sombra, el labio delicado,
Y en el rostro infantil ya era el soldado,
El consejero, el héroe, el capitán;
Ídolo de las huestes vencedoras,
Amparo al infeliz americano,
Éste la vida débele á su mano,
Á esas sus armas la victoria dan.

Y en medio de esos héroes con que mancha
Sus páginas la historia de la tierra,
Máquinas de exterminio, que la guerra
Brotó y el mundo adora en la abyección,
Aquella alma gentil, aquel Gonzalo,
La frente alzaba cándida y serena,
De deber y de honor el alma llena,
De piedad y de amor el corazón.....

¡Flor solitaria en espantoso yermo,
Que Dios puso entre espinas y entre abrojos,
Por dar alivio á los cansados ojos
Heridos del calor del arenal!
¡Única fuente en árido desierto
Que refresca al sediento peregrino!
¡Sola enseña de bien en el camino
Por donde siembra la conquista el mal!

LA NUEVA PATRIA

CUADRO SEGUNDO

Voy, por el campo que agostó el olvido,
Recogiendo con mano reverente
Las hojas secas del laurel perdido.

Diré tus hechos, infeliz, valiente
Gonzalo, amante, amado, perseguido;
Pero los busco entre el voraz torrente
De los siglos, que ruedan, se confunden,
Y en la infinita eternidad se hunden.

Así, cuando por prados de esmeralda
El ardiente volcán su lava arroja,
Mírase al ciervo por la ardida falda,
Lentamente paseando su congoja,
Escarbar y buscar la seca y jalda
Hierba, y la rota solitaria hoja,
Tristes reliquias del nativo prado
En negra lava y en ceniza ahogado.

Como vasta pirámide, arrojada
De Norte á Sur en medio al Océano,
La cúspide, en el choque, despuntada,
Derruidos los lados por la mano
Del tiempo, en la obra perennal cansada,
Mírase al continente colombiano;
Y, cual del cuerpo astillas desprendidas,
Se ven sus islas, por el mar, tendidas.

Andes, en forma de melena densa,
Sus altas sierras sobre el Norte extiende;
Luego reduce su expansión inmensa,
Y en larga línea para el Sur descende;
Deja al Oriente la llanura extensa
Que hasta el remoto Atlántico se tiende,
Y, la frente imperial en fuego ardiendo,
Ve los dos mares á sus pies rugiendo.

Esa es la cordillera á cuya cumbre
No alcanza del condór el raudo vuelo;
La fábrica de enorme pesadumbre
Donde, entre algas y témpanos de hielo,
Nace la pura y limpia muchedumbre
De aguas que riegan nuestro fértil suelo,

Brotando, entre el misterio, tras la niebla
Vertiginosa que el abismo puebla.

Al Norte, al Sur, y en curvas, al Oriente
De las gélidas fuentes desprendidos,
Arroyos mil, con pródiga corriente,
Enriquecen la tierra: entretejidos,
Cual vasta red, por todo el continente
Discurren; luego, en masas recogidos,
Van á pedir al piélago profundo
Para su tierra paz, comercio al mundo.

Y arrastran al Atlántico sonoro
Sus ondas, y al Pacífico suave,
Corriendo por las selvas sobre el oro
Que brilla terso entre la arena grave.
Y son prendas de unión, más su tesoro
No está en el oro vil: está en la nave
Que surcando sus útiles raudales
Dé industria y libertad á los mortales.

De Granada, la Nueva, el Virreinato
Departa el Marañón de sus vecinos;
Interno y noble mar, donde el aflato
No alcanza de los recios torbellinos,
Y de futura unión vínculo grato
Entre los industriosos granadinos,
Aorta de este mundo colombiano,
Y río de los ríos soberano.

Y de Granada en la región do gira,
Sin jamás apartarse, el sol amante,
Y con suave hálito respira,
Arrullada entre palmas, la aura errante,
Y el tagüijó monótono suspira,
Del marjal melancólico habitante;
Entre el Ande y el mar, que la mejilla
Recuesta en paz á la escarpada orilla;

Hay un valle feliz : su tierra ondula
En continuas y plácidas colinas,
Que la brisa al pasar besa y adula :
Por ese valle en ondas cristalinas
El agua precipítase y circula
Serpeando entre flores purpurinas;
Y al fin de aquel edén verde y riénte
La ilustre Popayán alza la frente.

De sus colinas altas amparada,
Como la tigre que asechanza teme
Y espera el can al árbol recostada,
Detrás del corvo cerro de la Eme
Se la mira de lejos engastada :
Desde el Cauca, á la luz del sol que treme
Sobre la alba ciudad, en grupos varios
Se ven surgir sus pardos campanarios.

Al Oriente Belén, donde el devoto
Pueblo va á celebrar el nacimiento
De Jesús, su Señor, y cumple el voto
Año por año, en santo arrobamiento;
En la blanca capilla mudo, inmoto,
Contempla aquel buen pueblo el gran portento,
Y en silencio solemne recogido,
Adora al Salvador recién nacido.

Alumbra la capilla el sol naciente
Dando en el monte verde y escarpado,
Do un camino en figura de serpiente
Gira, y le va subiendo por un lado;
Y á este camino agólpase la gente,
Y de vivos colores matizado,
Como una sierpe enorme se estremece
Y en gayas ondas sus anillos mece.

Y más allá, como inmortal gigante,
Alza la frente el Puracé sublime;
Á veces terso, cándido, brillante,

Sus anchas basas en silencio oprime;
Otras, envuelto en nubes, retumbante,
Arroja el fuego que en sus antros gime,
Y en sus esfuerzos, ó estremece el suelo,
Ó incendia en llamas la extensión del cielo.

Al Sur se encrespa en rocas y montañas,
Y ora se encumbra el desigual terreno,
Ora se mecen las silvestres cañas
De contrapuestos riscos en el seno;
Y nacen del calor plantas extrañas,
Que guardan de la víbora el veneno,
Cabe el torrente bramador y estrecho
Que ha cavado por siglos su hondo lecho.

En los montes, que ya süavemente
Hasta besar la linfa, enamorados
Descienden, ó ya suben de repente
En riscos pintorescos, escarpados,
Sus frutos cada zona diferente
Ve con los de otra zona entrelazados;
Todos iguales, todos juntos crecen
Y á un tiempo se maduran y florecen.

Tal es la tierra. El cielo encapotado
Pierde por tiempos el azul sereno:
Entonces, de relámpagos preñado,
Recorre el horizonte el ronco trueno;
Por el ímpetu eléctrico turbado,
Brotan el aire huracanes de su seno;
Cae la lluvia, crujen las montañas,
Se eclipsa el sol, se inundan las campañas;

Mas la negra tormenta que obscurece
Y asorda en torno al mundo y le conturba,
Y del cielo la bóveda estremece
Lanzando rayos por su inmensa curva,
Á la vuelta del sol desaparece,
Pasa de nubes la apiñada turba,

Y ante la luz pacífica y tranquila,
Ni se mece la flor, ni el aire oscila....

Aquí la vasta cordillera empina
En fantásticos riscos su cadena;
Allí en vaivén, elástica se inclina
Sobre el tallo gentil de la azucena
La flor, ante la brisa matutina;
Acá el arroyo por la selva suena;
Y vese el llano y su pintada alfombra
Que interceptan los montes con su sombra;

Y la fruta silvestre, donde toma
Su grato olor la brisa pasajera
Para mezclar al de la flor su aroma;
Y el canto de la tórtola agorera,
Cuando la noche en el Oriente asoma;
Y el variado matiz de la pradera,
Que gusto, olfato, oído, vista halagan,
Y, deleitando el cuerpo, el alma embriagan;

Y el Cauca, que entre enormes pedrejones
Sus ondas bramadoras alborota,
Ó preso por altísimos peñones,
En vano el dique de granito azota;
Y del ronco volcán las convulsiones,
Y el muelle junco que en el lago brota,
La calva roca, la aromosa planta,
Todo, en contraste seductor, encanta.

No es este el clima delicioso, blando,
Que al ocio sólo y al placer convida;
Ni su habitante gozará, pasando
En pereza monótona la vida.
Para quien nace en su redor mirando
La gigante natura estremecida
En contraste magnífico y eterno,
La quietud, la inacción, es el infierno.

En la vasta extensión que el Cauca baña,
Desde que asoma la modesta frente
Entre el musgo glacial de su montaña,
Hasta que, unido con su hermano, siente
Del bramador Atlántico la saña
Oponerse al poder de su corriente,
Si, cuanto riega su raudal bendito
Es alto y gigantesco: ¡ hasta el delito!

Así como él, extraño en su carrera,
Crece y retumba amenazando estrago,
Ó besa manso la feraz pradera
Mecido en hondo y cristalino lago,
Ó desciende en magnífica chorrera,
Tendiendo el iris por el aire vago;
Ó sus olas espléndidas de plata,
Ruedan de catarata en catarata;

Así su hijo entusiasta, en las regiones
Que él con sus ondas ácidas satura,
Creciendo entre las recias convulsiones
De la inquieta y terrífica natura;
En medio de contrastes y emociones,
Pasa la vida borrascosa, dura;
Y es héroe, santo, mártir, delicuente;
¡ Todo, menos cobarde, indiferente!

¡ Yo te saludo, Popayán insigne!
¡ Salve! ¡ cuna de mártires y sabios!
¡ Haz que el genio á mi canto se resigne;
Inspira un son armónico á mis labios!
¡ Y que tu historia algún lugar asigne
Al infeliz cantor de tus agravios!
¡ Que Dios tu nombre, en su piedad, enalbe!
¡ Salve! ¡ Payán, tres veces, salve! ¡ salve!

¡ Y salve! ¡ tú mi patria granadina,
Querida al corazón, grata á la mente!
¡ Si en exilio tu bardo peregrina,

No se ha secado del amor la fuente
En su pecho filial; y aunque él inclina
Al extranjero la humillada frente,
Aun no ha amellado tu injusticia inmensa
El fierro que blandiera en tu defensa!

¡Yo te amo, aunque tu mano me arrojara,
Madre, como á reptil, de tu regazo!
Si más me persiguieras, más te amara,
Y bien por mal volviérate mi brazo.
¡Ah! ¡quisiera tener voz alta y clara
Sólo para ensalzarte; y que ese lazo
Cuando yo pase, cual pasó tu gloria,
Nos uniese en la muerte y en la historia!

¡Y viera el mundo al hijo maldecido
Honorando á la madre con su llanto,
Arrancarle su féretro al olvido
Con el viril esfuerzo de su canto;
Y al mirar sobre el tiempo remecido,
Redentor de tu gloria, mi himno santo,
Á mi ferviente súplica propicia
Perdonara la historia tu injusticia!

No sé por qué, de mi existencia dueño,
Si velo, siempre asaltas mi memoria;
Si duermo, siempre con tu imagen sueño;
Si pienso, siempre afligeme la historia
De esos tus ambiciosos, cuyo empeño
Es devorarte sin honor, sin gloria,
Gusanos de un cadáver, que se gozan,
Aunque mueran después, mientras destrozan.

EL ERMITAÑO.

CUADRO SÉPTIMO.

Entre la sombra solitaria y fría
De la apartada y secular montaña,

Sin más bienes que el cielo y su cabaña,
Vive un varón en honda soledad.
La férrea mano del dolor marchita
Los blancos lirios de su clara frente,
Mas su mirada reverbera, ardiente,
Con el vigor de la primera edad.....

Tal vez su vida el porvenir encierra;
Tal vez de Dios la previsión divina
Á cumplir sus decretos le destina,
Y tiene su arma y su instrumento en él.
¿Quién comprende al Señor? Él eslabona
Nuestras acciones; y su diestra lanza
Ya un esparto, ya un mundo, en la balanza
Del Universo, y equilibra el fiel.

Ora ante el cesto en que Moisés naufraga
Un leve junco sobre el Nilo tiende,
Y de ese junco el porvenir suspende
De la raza bendita de David:
Ora parece deteniendo el astro
Que dirige al ocaso su carrera,
Porque su luz derrame en la pradera,
Y el pueblo de Israel siga en la lid.

Dios, que esconde su origen, no en el tiempo,
Que el tiempo está por lindes circunscrito;
Dios, para quien lo eterno y lo infinito
Sólo atributos de su esencia son;
Dios, que esconde su fin, no en lo futuro,
Que lo futuro á ser para Él no alcanza;
Dios, en quien no hay memoria ni esperanza,
Porque sólo hay presente para Dios.

Si; Dios se digna gobernar al hombre,
Porque todo lo abarca. Él es perfecto,
Y da leyes al sol como al insecto,
Y cuida al ángel y al gusano vil;
Todo lo crea, y lo gobierna todo:

Ya de mundos innúmeros tachona
El cielo, ya los reinos eslabona
Á la suerte de un hombre ó de un reptil.

Muerda á Colón un áspid, y el destino
Cambia del Universo: los millones
Que han venido á poblar nuestras regiones
No serían siquiera los que son.
Rómpace el débil cáñamo en que cuelga
La madre á Fúlton en su pobre cuna,
Y la industria del mundo y su fortuna,
Quedan porque él no piensa, en la inacción.

Como al contacto eléctrico se cimbra
Una cadena de extensión inmensa,
Del genio al soplo se despierta, y piensa,
Y obra y corre al poder la humanidad.
Para toda medita Galileo,
Y el ciego Homero para toda canta,
Y Saulo y Pedro, en su doctrina santa,
Enseñan para toda la verdad.

Una es la humanidad. Ibero y chino
Y colombiano y tártaro remoto
Navegan juntos: mas del mar ignoto
Dios sólo el rumbo y los escollos ve;
Y porque Él solo es sabio, y Él conoce
Sólo del puerto el último reparo,
Alza en la mar por nuestro bien y amparo,
El faro inextinguible de su fe.

Entretanto el filósofo presume
Que la dicha con números calcula,
Y en balanza sin fiel pesa y regula
Los átomos de bien y de salud.
¡Necio! sólo una regla hay para el hombre:
El crimen siempre á la desgracia induce,
Siempre á la dicha la virtud conduce,
Siempre la fe conduce á la virtud.

Con la fe vuela Codro al matadero
Á salvar á su pueblo del Doriano;
Con la fe vence el persa al espartano,
Resiste á Roma el scita con la fe.
Sócrates, al sentir el zumo ingrato
Del veneno mortal helar sus venas,
Ríe dejando á su querida Atenas,
Porque otra patria tras la tumba ve.

Ante los doce de Yatreb, que anuncian
De un Dios único y grande la doctrina,
La muchedumbre idólatra se inclina
Cual se inclina la espiga al huracán;
Y al brillo de sus corvas cimitarras,
Y pidiendo á la muerte el paraíso,
Entre Brahma y el Cristo, de improviso,
Le alzan su trono anchísimo al Corán.....

¡Salve insigne Virtud! Tú, que pudiste
Obrar tantos milagros de pagana,
¿Qué no harás, si pacífica y cristiana
Iluminas al mundo con tu luz?
Tú, que al Dios bueno á conocer enseñas,
Tú, que pudor y caridad inspiras,
Tú, que arrancando al corazón sus iras,
Unes al universo con la cruz.

Sin ti se agita estacionario el chino
Entre mares de oprobio y de riqueza;
Sin ti levanta apenas la cabeza
El polígamo y-laso musulmán;
Y los indos, en castas separados,
Desconociendo tu igualdad sublime,
So el peso del bretón que los oprime,
Bárbaros son y en la ignorancia están.

¡Oh! Si el pueblo de Cristo es sólo grande;
Si para hacer viajar su pensamiento
Ha arrebatado el rayo al firmamento;

Si puede al mar y al huracán vencer ;
Si el Universo entero se somete
Al vigor de su espíritu fecundo ,
En tu doctrina santa ¡oh luz del mundo !
El secreto ha de estar de su poder.

¡ Ven, por piedad ! ¡ No dejes de mi patria
El verde valle, la tendida loma ;
Guárdale su pureza de paloma
Á la nación cristiana en que nació !
Guárdala, y en las ondas bienhechoras
De tu corriente pura y cristalina,
Purifica á la raza granadina,
Para que medre deleitada en ti.

¡ Sí, ven ! De Dios en el designio sabio
Nada hay desordenado ni violento :
El progreso del hombre es un portento
De tu tranquila y natural acción.
¡ Ven ! inspira á este mísero ermitaño,
Que su dolor y lágrimas oculta
En esta selva solitaria, inculta,
Para que salve al mundo de Colón.

¡ Pobre eremita ! La aflicción agobia
Su frente melancólica y sombría,
Y hasta su risa, cuando asoma, es fría
Como la luz de hoguera funeral ;
Y vive como el águila, alcanzada
De flecha aguda, que orgullosa emprende
Su vuelo al monte, y solitaria tiende
Al punzante dolor su ala imperial.

Su mirar, ora vago, y ora fijo,
Y el amargo sarcasmo de sus labios,
Revelan su pesar por los agravios
Que de su hermano, el hombre, recibió ;
Pero sólo es pesar : noble en su orgullo,
Huyó el placer de la venganza impía ;

Y apartado del mundo, en su agonía,
Á Dios por sólo protector buscó.

Odio no siente : el odio le atormenta ;
Por placer ama, por virtud perdona ;
Y hasta al amigo infiel que le abandona,
Recuerda compasivo en su desdén :
De la Natura admirador, en ella
Busca de su conducta el alto ejemplo,
Y es su inocente corazón un templo
Que el mal no mancha y que perfuma el bien.

Tienen á veces lágrimas sus ojos,
Y por su grave rostro buscan paso
Cuando, con el crepúsculo al ocaso,
Entona el toche su postrer canción :
Al pajarillo huérfano, al insecto
Protege y cuida su piadosa mano,
Y ataca al tigre de su fuerza ufano,
Y roba sus cachorros al león.

Hay en su albergue rústico y angosto,
Tallado en bronce, un santo crucifijo,
Á cuyos pies el solitario fijo
En ferviente oración postra la faz.
Sin obtener alivio, ó sin pedirle
Quizá con fe sincera y esperanza,
Dos sentimientos á hermanar no alcanza :
Guerra consigo, y con el cielo paz.

Porque extraviado por la ciencia vana
Interrogó la misteriosa y muda
Verdad del Increado, y de la duda
Hundióse en el abismo aterrador.
Rota la fe, no hay vínculo bendito
Que á Dios nos una : sin piloto vamos,
Y del delito en los escollos damos
Que oculta el mar funesto del error.

Penden á un tronco, de diversas ramas,
Quizá objetos de culto á su memoria,
Quizá recuerdos de pasada gloria,
El terso casco y el bruñido arnés:
El arcabuz y la templada espada,
Con solícito esmero aparejados
Están en cruz, á la pared colgados,
Bajo un negro y espléndido pavés.

Pace un potro robusto en la explanada
Frente á su choza, y sobre el tronco inmoble
La da su sombra protectora un roble,
Del huracán y el tiempo vencedor:
Y libros tiene, y el papel amigo
En que la hiel del ánima derrama,
Pensando acaso que á la eterna fama
Legará con su nombre su dolor.

Las aves libres, que del hombre evitan
El sanguinario destructor instinto,
De su choza al pacífico recinto
Suelen albergue y protección pedir;
Y el ermita acaricia deleitado
Aquellos seres que en su torno vuelan,
Ó, en sus hombros sentados, no recelan
Que él los pretenda esclavizar ni herir.

Sin más consuelo, en soliloquio eterno
El solitario se habla y se responde;
Huye del mundo, y en la selva esconde
De la enemiga humanidad su hiel.
Y les habla á los árboles, y goza
En hacer que repliquen á su acento
Los ecos, que en fantástico concento,
Cambian sus notas rústicas con él.

Á veces suele armarse, y cabalgando
El noble potro á su querer sumiso,
Por la selva se interna de improviso

Abandonando su mezquino hogar;
Y veredas incógnitas trillando,
Visita precipicios y torrentes,
Cuyos arroyos túrbidos é hirvientes
Se deleita en vencer y atravesar.

Alta es su frente, su ademán resuelto,
Ancha su espalda, leve su cintura;
Descúbrese en su elástica figura
La agilidad robusta del león;
Velan su rostro, en rizos de azabache,
La escasa barba y luenga cabellera;
Lanzan sus negros ojos la certera
Y atrevida mirada del halcón.

Hicieron ya las armas su embeleso;
Mas de su vida el misterioso hilo,
Por qué le niega la ciudad asilo,
Nadie saber pretende ni inquirir.
Ser generoso, el bárbaro le admira
Y cuida con benévolo respeto,
Que de su vida el mísero secreto
No llegue el vencedor á traslucir.

¡Precaución vana! La hora se aproxima
De prueba para él: no hay paz ni calma
Cuando la espina del amor del alma
No abandona á su víctima jamás.
Él ha servido á su opresor, y al malo
Ningún favor ni beneficio liga:
Con más tesón que el mal, el bien castiga
La ingratitude, porque le pesa más.

LA CARTA.

CUADRO OCTAVO.

Era la tarde. Pálido tenía

La selva el sol con su postrera lumbre,
Y con sentida y blanda pesadumbre
Gorjeaba el ruiseñor su último adiós.
La leve brisa apenas susurraba;
Murmuraba tranquilo el arroyuelo;
Y el puro azul del infinito cielo
Presentaba un dosel digno de Dios.

Ya la tórtola amante y soñolienta
El postrimer arrullo despedía,
Y al arrullo, arrullando respondía
El compañero oyéndola quejar.
Cantó ya el toche el himno de la tarde;
Blanda bajó la mirla al grato nido;
Y despidióse el cóndor afligido
Del sol que se hunde en el lejano mar.

¡Escuchad! ¡Una planta misteriosa
Resuena de la selva en la espesura!
¿Quién huella osado la montaña oscura
Al despedirse el último arrebol?
Cuando en el horizonte adormecido,
Luenga dibuja la expirante sombra,
Sobre la verde y esmaltada alfombra
Lánguido y tibio el desteñido sol,

¿Quién turba el melancólico reposo
De la desgracia? — De sorpresa herido,
Deja escapar un tétrico bufido
Sonoro y ronco el ágil alazán;
Luégo, trotando en torno, las orejas
Perfila hacia adelante, y enarbola

Tendida en pluma la poblada cola,
Al partir con atónito ademán,

Se inclina en tanto el solitario absorto
Á la lumbre del rayo vespertino,
Sobre un apolillado pergamino,
En el umbral de su mezquino hogar.
Vuelve al rumor insólito, ve un hombre
Y oye decir: — ¡Gonzalo!..... te lo ruego,
¡Huye! — ¿Y por qué he de huir? — ¡Toma! este pliego
Te va el secreto horrible á revelar.

¡Paz! — replica el ermita; el pliego toma,
Y á la llama oscilante y mortecina
De solitaria lámpara, se inclina,
Ve el sello y se estremece de terror.
¿Qué recuerdo fatal le sobrecoge!
¡Y cuántos ¡ay! se agolpan repentinos,
Vivos, abrasadores y continos,
Cual lavas de volcán abrasador!

Su mano tiembla. El hombre generoso
Que á buscar vino la infeliz morada,
En él fija la atónita mirada
Y parécete sueño lo que ve.
— ¿Es éste — exclama — es éste, por ventura,
Aquel Gonzalo de invencible lanza,
De nuestras armas lustre y esperanza
En los combates cuya gloria fué?

Mírame: soy el que salvaste en Pasto
Cuando por Rumipamba sus campeones,
Escoltados de innúmeras legiones,
Nos agobiaron en sangrienta lid.
Yo soy aquel Hernán, Hernán, tu amigo.
Yo sé, Gonzalo, tu infeliz historia,
Y tengo corazón, tengo memoria,
Y eso y la vida te lo debo á ti.

¿No te acuerdas de mí? Dí, ¿no recuerdas
Que solo al enemigo te lanzaste,
Y que mi cuerpo al bárbaro arrancaste,
Dándome á mí la vida, el triunfo al Rey?
¡Mirame aquí! Mi deuda pagar quiero,
Vengo á seguir ó á mejorar tu suerte.
Vida por vida doy, muerte por muerte:
Gratitud y venganza ésta es mi ley.

—Sí—repone Gonzalo;—ya recuerdo
El día triste, la batalla fiera;
Pero el que cumple su deber, no espera
Ni se le debe gratitud. ¿Por qué?
Era yo el jefe y responsable solo:
Tú perdiste el caballo..... ¡Oh! no te asombre
Que por primera vez sepa tu nombre:
Antes por él jamas te pregunté.

—Pues soy Hernán: te debo la existencia.
Hora ¿puedes dudar que soy tu amigo?
¡Ea! ya me conoces. Ven conmigo:
Voy á ser tu guardián y tu sostén.
Allá está tu opresor, acá tu hermano;
¡Ven al campo de Alvár!

—¡Fuera delito!
—No lo es que busque el infeliz proscrito
Vida y venganza..... ¡Ven!

—No puedo.—¡Oh! ¡ven!

—¡Hernán! ¡Hernán! ¡y juzgas por ventura
Que cuando es perseguida la inocencia,
La venganza, la infamia y la violencia
Se pueden oponer á la opresión!
¡Soy español! Mi honor, mi rey, mi patria
Antes que todo. De escuchar me indigno
Tu idioma, Hernán. Á todo me resigno
Antes que descender á la traición.

¡Déjame! ¡Adiós! —

Hernán avergonzado
Deja la choza, y el ermita exclama:
—¡Oh España! ¡España! ¿Dónde está tu fama.
Dónde está, cuando un hijo de tu suelo
Osa invitarme al crimen, porque piensa
Que para mi venganza y mi defensa
Aun la traición es justa y natural? —

Y los ojos en lágrimas bañados
Puso en la carta, y trémulo la vía;
Pero el sello á romper no se atrevía,
Cual si á la realidad tuviese horror.
Rómpele al fin, y lee, y ardiendo en ira
Repítese cien veces la lectura,
Y apura ciento el cáliz de amargura;
Que es un placer jugar con el dolor.

Hay un lujo en sufrir: es grato hartarse
De la angustia que punza y atormenta,
Y á cada nueva faz que nos presenta
Meditar más para mejor sentir:
El corazón convulso en su despecho,
Renovando sus penas se embelesa,
Como la tigre, que al soltar la presa,
Sólo la suelta por volverla á herir.

«Á GONZALO.

»¡Huye!..... Mi mano trémula la pluma
No acierta á gobernar, y estremecida
Tiembla sobre el papel, cual ave herida
Bajo la flecha aguda que le abrumba.
Nunca quise escribirte: hoy te escribiera
Si el universo entero se opusiera.

»¡Figúrate cuál es mi pesadumbre!
Traidor una sentencia te proclama;
Traidor todo el ejército te llama,

Y antes que el sol el horizonte alumbre,
Al sepulcro que te abre tu enemigo
Bajaré el nombre de traidor contigo.

» ¡Ay! Aquel bando infame y temerario
Hace saltar mi corazón de enojo,
Y al lado de la víctima me arrojó
Sin pensar en quién es el victimario....
Y nada temo ya.... de cualquier modo
¡Vive!.... con esta voz lo digo todo.

» Mientras pensé que muerto te creía
Nuestro opresor cruel, yo respiraba
Y, sin amarte, á solas envidiaba
La montaña feliz que te escondía....
¡Ojalá desde entonces hubieras muerto,
Y hoy no te viera de baldón cubierto!

» No sé qué me sucede.... Me parece
Esta carta un delito, aunque no quiero
Sino salvarte, y nada más espero....
Tal vez estaré loca. Se estremece
Todo mi cuerpo. Yo no sé qué siento.
Amor.... no puede ser, pero es tormento.

» Tu existencia es el mar donde termina
De todos mis recuerdos la corriente:
Yo soy el triste sauce, tú la fuente
Que me refleja en su onda cristalina;
Y yo te busco como busca el cauce
¡Ay! de su arroyo el solitario sauce.

» ¡Gonzalo! al contemplarte deshonrado
Yo me olvido de todo y de mí misma;
En ti mi ser, á mi pesar, se abisma;
Y en tu desdicha inmensa concentrado,
Á ti sólo te busca, sí, á ti sólo:
Yo soy como el imán; tú eres mi polo.

» ¡Ah! quizá las mujeres españolas
Que el bautismo reciben en la cuna,
Tendrán más fortaleza y más fortuna;
Pero nosotras, bárbaras y solas,
Sin auxilio en la infancia, no logramos
Olvidar nunca al que una vez amamos.

» Te veo herido en sueños, y me inclino
Á restañar la sangre de mi dueño,
Y al compás de tu voz late en el sueño
En convulsión mi seno femenino,
Y me duermo por verte, sin pecado,
Porque dormida sueño en lo pasado.

» Salvador de mi Carlos, nunca olvido
Que arrancaste á mi hijo de la hoguera.
¿Qué fuera yo sin ti? ¿Dónde estuviera
Sin ti, su redentor, mi hijo querido?
¡Oh! ¿Cómo ha de ser crimen escribirte,
Ni por el bien que hiciste bendecirte?

» Que me calumnie el mundo: no me importa.
Que dude tu opresor de mi inocencia:
Hay una voz secreta en mi conciencia
Que á agradecer y á redimir me exhorta.
Un poder invisible en tu camino
Me arroja, y obedezco á mi destino.

» Antes me estremecía el pensamiento
De escribirte, Gonzalo; y hoy en suma
No tengo más consuelo que mi pluma;
Y aunque mil veces arrojlarla intento,
Es imposible. ¡Mi existencia entera
¡Ay! derramar sobre el papel quisiera!

» Mas no pienses por eso que te quiero:
Si agradecida soy, no soy liviana;
Conozco lo que exige el ser cristiana.
Y ante mi dulce Redentor espero

Dejar el alma, de su mano hechura,
Sensible sí; pero inocente y pura.

»Hernán lleva esta carta, y yo me quedo
Lejos de ti, temblando por tu suerte.
¡Me cambiara por él, que puede verte!
¡Ay! pero apenas envidiarle puedo.
Sálvate, aunque Fernando me convenza
De haberte escrito..... ¡Oh! ¡Sálvate!

PUBENZA. »

EL CABALLO.

CUADRO NOVENO.

Mientras Gonzalo la aflictiva carta
Con voz cortada y trémula leía,
Hernán abandonarle parecía
En el delirio de su acerbo afán.
Lee, y dejando atónito su albergue,
¡Hernán! ¡Hernán! gritando, el monte atruena,
Mas sólo el eco, que le burla, suena
De lejos repitiendo: ¡Hernán! ¡Hernán!

¡Pubenza! iba á decir; mas la palabra
Muere en su labio, cual la pura gota
Que, entre la escarcha, del peñasco brota
Y se hiela al salir del manantial.
Se arma maquinalmente, y dando fuego
Á su cabaña mísera y pajiza,
Goza en ver reducidas á ceniza
Trovos, historia y gloria terrenal.

Entonces por su mente trastornada
Cruza un desesperado pensamiento,
Y concibe frenético el intento
De morir y dar fin á su dolor.
¡Yo traidor! dice; el eco le rémeda;

¡Traidor! el desdichado repetía;
¡Traidor! el monte á repetir volvía
Entre sus rocas ásperas.—¡Traidor!

Sintió dolor, sin obtener alivio;
Ardió en rencor, sin pretender venganza;
Lloró de amor, sin fe, sin esperanza;
Llamó á su Dios, su Dios le desoyó.
La gloria cortejó, le huyó la gloria;
Al hombre condolió y él le maldijo;
Buscó un asilo entre la selva fijo,
Y el eco de la selva le infamó.

Y ya gastada en la perpetua lucha,
Desmaya al fin la humanidad vencida,
Arrastrando en su rápida caída
El alma que sucumbe á su pesar;
El alma, por el polvo gobernada,
Que se deja llevar lánguida y floja
Cual por el huracán la seca hoja,
Como el alga liviana por el mar.

—¡ Ven, mi alazán! —prorrumpe el desdichado;—
Ven por la última vez, sírveme ahora,
Y este cancro inmortal que me devora
Hunde conmigo en los infiernos ya.
Tú eres mi único bien; yo nada tengo,
Nada que me detenga aquí en el mundo,
Y si contigo en los infiernos me hundo,
Ningún pesar el alma llevará.

Ya es inútil luchar: es imposible
Sufrir la ingrata, abrumadora carga
De esta existencia degradada, amarga,
Que no puede á la infamia resistir.
Ante el soplo del viento del delito
Mi virtud como lámpara se apaga.
Ya que sólo al delito el mundo halaga,
Huyamos de él; dejemos de vivir.

La calumnia me asalta como Anteo.
En vano con mis hechos la confundo;
Al caer, nuevas fuerzas la da el mundo
Y vuelve más pujante á aparecer.
¡Adiós, oh patria! ¡Por haberte amado
He perdido mi honor, estoy proscrito!
Si; amarte demasiado es el delito
Que me hace hasta la infamia merecer.

¡Todo cede á la astucia! El vulgo es eco
Ciego como esa roca que me infama:
Me oye llamar *traidor*, traidor me llama
Y calumnia porque oye calumniar.
Mi nombre está manchado sin remedio....
Va á maldecirme España..... Eso es la historia;
Eso vale tu infamia, eso tu gloria;
¡Esos tus fallos son, Humanidad!

¡Ven, mi alazán! — Y rápido se arroja
Sobre el corcel; le aguija con fiereza,
Y atraviesa veloz por la maleza,
Desesperado y de la muerte en pos.
Por sobre arbustos, zarzas, ramas, troncos,
El caballo frenético se lanza.
En alas del temor y la esperanza
Van corcel y jinete. ¡Adiós! ¡adiós!

Salva el caballo á saltos los arroyos
Llevando entre los dientes el bocado,
Y, del rudo acicate atormentado,
Va su escape aumentando sin cesar:
La rienda tesa con entrambas manos
Lleva el jinete; la entreabierta boca
Del fogoso animal los pechos toca,
Y su hirviente nariz se oye tronar.

Hay en el corazón de la montaña
Raudo torrente, que de breña en breña,
De una sima á otra sima se despeña,

Y como en un sepulcro va á correr.
Ronco rodando, y turbulento siempre,
Estrella sus hirvientes borbotones
Sobre enormes y negros pedrejones,
Y conviértese en nieblas al caer.

Ante la masa de sus turbias ondas
Que al abismo frenéticas descienden,
Aquellas nieblas móviles extienden
Un velo denso de flotante tul;
Y al través de sus pliegues misteriosos
Vese relampaguear la catarata
Cuando, en rápidas ráfagas, desata
Y mece el viento el cortinaje azul.

Del hondo lecho al uno y otro lado
Alzan dos rocas sus excelsas crestas,
Ocultando sus frentes contrapuestas
De nubes tempestuosas al vapor:
El águila imperial la cima alcanza,
Y en sus cavernas lóbregas anida;
En el bajo peñasco halla acogida
Para su prole, impávido, el condor.

En la inferior región, el triste buho,
Cual visión vaga que la noche exhala,
Leve despliega de fantasma el ala,
Y halla en las sombras lóbrego solaz.
Y hacia el borde empinado de esa roca
Que la profunda cavidad domina,
El español frenético encamina
Del noble potro la carrera audaz.

Álzase entre la selva estéril risco
Desprovisto de arbustos y de grama,
Do, por senda torcida, se derrama
La arena, y forma vasto caracol.
Por allí va Gonzalo, y con esfuerzo
Súbite al potro en la pendiente pára,

Y cual si un enemigo divisara
Lleva la diestra al sable el español.

Al rayo de la luna que dibuja
Su lengua sombra en la pardusca roca,
Vese mover su convulsiva boca,
Y su faz cadavérica vibrar.

Mas luego con desdén suelta el acero,
Al estrellado firmamento mira,
Y con la mano trémula de ira
Á los cielos parece amenazar.

¡Mas vedle allí! ¡que ya otra vez asoma
Dominando el altísimo peñasco!
¡Oh! ¡cuál relumbra el argentado casco
Sobre el manto de negro vellorí!
¡Adiós! ¡adiós! ¡que rápido galopa,
El corcel empujando hacia el abismo!
¡Adiós! ¡adiós! ¡que en un instante mismo
Muerte y alivio va á buscar allí!

Ya llega al precipicio, ya en la orilla
Contempla ufano el vórtice profundo
De la sima espantosa, do iracundo
Hierva el torrente en turbio borbotón.
— ¡Á morir! — grita en éxtasis demente;
Pero ante el borde, que á su peso cede,
El caballo espantado retrocede
Sordo á la brida, sordo al aguijón:

Saltado el ojo, eriza la melena,
La espesa cola encoge zozobrado;
Tiembla de pies y manos azogado;
Bufa poniendo en arco la cerviz:
La inquieta oreja hacia el peligro vuelta,
Y el ancho pecho cándido de espuma,
Brotada de fuego una radiante pluma
De la convulsa, anchísima nariz.

Las ijadas rasgándole á espolazos,
— ¡Oh! mil veces cobarde y maldecido —
Exclama el castellano enfurecido:
— ¡Quieras ó no, conmigo morirás! —
Y al acero llevando la impia diestra
Va á desnudarle, el alazán lo siente,
Y partiendo al sonido, de repente
Salta á derecha, á izquierda, al frente, atrás.

Ya en el pie sostenido, ya en la mano,
En corcovos listísimos se mueve;
No hay posición que rápido no pruebe;
Siempre en el aire estremecido va:
Contra la roca, el pedrejón, el tronco,
Se azota, y se alza, y clávase, y palpita,
Y bufa ronco, y la cerviz agita;
Mas siempre á plomo el castellano está.

En la izquierda la rienda, en el estribo
Firme la planta, amargo sonreía,
Y con la diestra la cerviz le hería
Despreciando su vano frenesí....
Mas ¡ay! la planta en una grieta oscura
Hunde el caballo, y se desploma, y rueda,
Y herido, opreso, ensangrentado queda,
Bajo su peso, el caballero allí.

Rueda por largo trecho enmarañado
Entre el arzón y estribo maldiciendo;
Sordo retumba el monte al bronco estruendo
Y húndese el mundo en sepulcral pavor.
Las alas leves el silencio extiende,
Sobre él descende á guisa de fantasma,
Y acento, aliento y pensamiento pasma,
Ahogando entre la síncope el dolor.

¡Hele allí bajo el manto de la noche!
¡Entre el ser y la nada suspendido!
¡Sin el corcel, que en libertad ha huído!

¡Con vida! ¡no ha podido ni morir!
¡Sin orgullo! ¡que el alma está marchita!
¡Sin descanso! en desmayo solamente;
Que no descansa quien dolor no siente,
Sin morir, sin pensar y sin vivir.

ESPADA Á ESPADA.

CUADRO DUODÉCIMO.

Aplazado el combate, Álvaro piensa
En don Pedro tan sólo: el buen anciano
Está tendido en la mitad del llano
Bajo su tosco manto militar;
Su espada al lado, sobre el seno el brazo,
Las recias piernas juntas y tendidas;
Á no verse en su pecho las heridas,
Pareciera don Pedro descansar.

Flotan del casco en profusión espesa
Los rizos de su cándido cabello,
Y al uno y otro lado de su cuello
Se agrupan como lirios á su sien:
Velados por los párpados sus ojos
En su entreceja pálida y extinta
Su postrer lucha con la muerte pinta
Cierta gesto de orgullo y de desdén.

Llora á su lado un niño, cuyos ojos
Azules contarán catorce abriles;
En sus tiernas facciones infantiles
Parecen las del viejo revivir:
¡Tan semejantes son! Alvar se llega,
Ante el cadáver póstrase de hinojos,
Y, al pasarle la diestra, de sus ojos
Vese una enorme lágrima salir.

Luego se aparta á recorrer el campo
Cuando llega la noche, y sepultura
Da á don Pedro; en silencio á la amargura
De la venganza entrega el corazón.
Y en su corcel de guerra cabalgando
Sale á dar nuevo pábulo á su duelo,
Buscando él mismo en el sangriento suelo
Quiénes los muertos enemigos son.

Por cinco caballeros escoltado
De la alta luna á la dudosa lumbre,
Busca alivio á su inmensa pesadumbre
Entre los muertos, con deleite atroz.
En puntos varios sus oídos hieren
La queja ronca, el grito gemebundo,
Y deléitale el ¡ay! del moribundo
Y del herido la doliente voz.

En medio de ese fúnebre concierto,
Á mirar los cadáveres se inclina,
Y sus rostros é insignias examina
Con bárbara y feroz curiosidad.
Al terminar la falda se detiene
Y dice: —¡Adiós don Pedro! ¡Te he perdido,
Pero al sepulcro que te encierra han ido
Muchos á consolar tu soledad!—

Luégo avanza, dejando de su escolta
El importuno, innecesario apoyo,
Y, solitario al borde del arroyo
Siéntase, en una piedra, á meditar.
Asido por la rienda su caballo,
Sobre el izquierdo muslo afirma el codo,
En la mano la frente. De ese modo
Venganzas sueña y burla su pesar.

Estaba así, cuando del lado opuesto
Mover las ramas siente. Un personaje
De la sombría selva entre el follaje

Emboscado descubre;—¡Alto! ¿Quién va?—
Exclama ya á caballo, y al oírle
Fulmina el arcabuz entre las ramas,
Y—Va la muerte, pues la muerte llamas—
Una voz hueca le contesta allá.

Mas huyen sin herirle.—¡Haz alto, espera!—
Dice Alvár, persiguiéndole—¡cobarde!
Vuelve á mirar siquiera, que ya es tarde,
Y á ti el valor te falta, á mí la luz!—
Sigue la escolta á Alvár, y él grita siempre:
—No huyas así de una caricia pia;
¡Ven á probar tu lanza con la mía,
Ó toma tiempo y carga el arcabuz!—

Súbito el fugitivo se detiene,
Y dice:—¡Ven á ver si soy cobarde;
Y aunque tienes escolta que te guarde,
Y no hay ninguna que me guarde á mí,
Aquí os espero, á ti y á tus amigos!
Venid uno en pos de otro, ó todos juntos;
Que si en la liza no quedáis difuntos
No será, no, porque te tema á ti.

— Si sólo estás á fe de caballero,
No he menestér, para vencerte, ayuda;
Retiraré la guardia que me escuda,
Y quedaremos en el campo dos.
—¡Venid, todos venid, me basto á todos!
—¡Idos!—dijo don Álvaro. Se fueron,
Y ya él y el incógnito tuvieron
Sólo testigo de su duelo á Dios.

Viajeras nubes con su tardo paso
Los rayos de la luna interrumpían,
Y á la dudosa lumbre se veían
Las bruñidas corazas centellear.
Un ágil alazán gobierna el uno;
Leve es su cuerpo, negra su armadura,

Y columpia su elástica figura
Como junco ante el viento, al cabalgar.

Su cuerpo de castillo ostenta el otro,
Y sus brazos atléticos y diestros,
En ejercicios bélicos expertos
Y en manejar indómito bridón.
Éste revuelve el animal macizo,
Mientras la luna con su luz platea
La roja pluma que en su casco ondea
De leve brisa al soplo jugueteón.

Páranse frente á frente, y el de negro
Dícele antes cortés:—¡Oh! no te asombre
Que yo me atrevá á preguntar tu nombre....
Y Álvaro:—De vencido lo sabrás.
—Siento haber sido tan cortés contigo:
Si me protege Dios, en breve espero
Saber tu nombre, ¡oh fuerte caballero!
Y no vencido.... vencedor quizás.

— Un temor excusable.... ¡Basta, basta!
Cuando yo quiero plática y placeres,
Gracioso busco, y necios, y mujeres
Que me diviertan, ¡enemigos no!
—Silencio, pues, y guárdate—replica
Con lanza en ristre el caballero airado,
Y alzó la rienda, y el caballo hincado
Fué con furor, y con furor partió.

Álvoro, en tanto, que su lanza había
Abandonado con segundo intento,
Haciendo un repentino movimiento
Evitó el choque y le dejó pasar.
Rózase el asta de la luenga lanza
Apenas con su cuerpo. Á corto trecho
Paró aquél su caballo con despecho
Cuando del otro se sintió burlar.

— No tengo lanza — dijole el tirano —
Vuelve á enristrar, y vente, que te espero.
— Pienso — repuso el otro caballero —
Que á probar lanzas me retaste á mí.
¿Cuál es tu arma? — La espada. No acostumbro
Hacer de mi caballo una armería....
— ¡ Tu lengua ofende más que tu osadía....
Puesto que espada quieres, hela aquí!

Y, así diciendo, con desdén arroja
Lejos la luenga y poderosa lanza,
Con tal destreza y varonil pujanza,
Que el aura surca de fulgente luz.
— ¡ Hola! — observa don Álvaro; — parece
Que sí eres digno de lidiar conmigo;
Algo mejor maneja mi enemigo
La lanza y el bridón que el arcabuz. —

Y á la par desnudando los aceros
Con mano firme lentos se acercaron,
Y con gracia y donaire saludaron,
Como lo exige del honor la ley.
Cada cual al principio con sosiego
La defensa, el ataque, al arte ajusta,
Cual dos mancebos que á amigable justa
Llama y observa su señor y rey.

Ambos se buscan y se evitan ambos
Con la aguzada punta y dura hoja;
Ora se aparta diestro, ora se arroja
Éste, y el otro prevenido está.
Ya los golpes mentidos son, ya ciertos;
Ya por los pomos quédanse trabadas
En ángulos salientes las espadas,
Y el puño duro con el puño da.

Todo es arte y destreza — que el despecho
No ha venido á animarlos todavía;
Ni con rencor el corazón latía,

Ni abrigaba venganza el corazón. —
Sonríen los hidalgos combatientes,
Y se aman; casi, porque ya se admiran;
Si á la victoria y á la vida aspiran,
No es odio, no es temor, es diversión.

Después de largo batallar se quedan
En solemne reposo, deseado
En silencio por ambos. Apoyado
Cada cual del bridón en la cerviz,
Los dos descansan como sobre como,
Y con noble descuido se reclinan,
Ó en los estribos sin temor se empinan,
Pidiendo al aura aspiración feliz.

Á una señal simpática, tornaron
Ambos á prepararse: no se oía
Sino el rudo frotar con que corría
De cabo á punta el fierro matador.
Uno y otro pretenden que su espada
Obtenga la ventaja en la salida,
Tiene el aliento, y atisbando cuida
De no perder la palma del honor.

Mas siente Alvár su acero aprisionado
En el arriaz de la contraria espada,
Donde la punta aguda está trabada
Con arte en la enredada guarnición.
— ¡ Necio! ¡ Tú desarmarme! — airado exclama,
Y el brazo fuerte con desdén retira.
De punta al otro, al descubrirle, tira,
Asesta al rostro, y hiere al campeón.

Salta rota en pedazos la visera,
La sangre tibia de la herida frente
Atorméntale el párpado doliente,
Y casi ciego lidia el infeliz.
Mas no se guarda ya, que la vergüenza
Le pide sangre, y el sediento acero,

Y marcar logra al ágil caballero
Con repetida y honda cicatriz.

Heridos ambos con furor se atacan,
Sus aceros se chocan y golpean,
Y en loca actividad relampaguean,
Bajan, suben, rechinan sin compás.
Ya estocadas violentas, ya fendientes,
Se dan; van, vienen, vuelven y rebotan,
O en remolinos anulares rotan,
Relampagueando en convulsión tenaz.

Es la lid espantosa: ya la sangre
Del esbelto adalid el peto empaña;
Y se acercan, se juntan, y en su saña
Golpes sin arte y sin piedad se dan.
Con los brazos tendidos, los corceles
Se olvidan de regir, y en su despecho
Se abrazan, y luchando pecho á pecho
Á la merced de los bridones van.

Los animales lasos se aproximan,
Del natural instinto gobernados,
Y dándose los húmedos costados
Tienden los cuellos afirmando el pie;
Y hacen del lomo generoso un campo
Donde el rencor por el rencor se enciende,
Mientras la inútil, la flotante rienda
Entre sus crines ondular se ve.

Cuatro veces Alvár á su enemigo
Creyó tener seguro entre su abrazo,
Y cuatro veces del estrecho lazo
Soltóse con destreza y rapidez.
Y siempre que él con ansia le aferraba,
Del nudo fuerte estotro se escurría,
Cual de la mano que apretarle ansia
Se escapa en agua resbalando el pez.

Saltan los petos de ambos, y se erizan
De agudos y punzantes gavilanes,
Que de la recia lucha en los afanes
Hiereñ al uno y otro campeón.
Pero ellos no lo sienten; están sordos
Sus cuerpos al dolor, y su existencia
Cobra nuevo vigor en la violencia
De una insana y febril exaltación.

De Álvaro en tanto la melena espesa,
De negra sangre y de sudor cuajada,
Á la rota visera está enredada
Y adherida á las llagas de su sien;
Y los pedazos de metal pendientes
Sobre sus ojos húmedos golpean,
Y les impiden que al contrario vean,
Mientras colgando por su frente estén.

Por el móvil estorbo fatigado,
Lanza una maldición: entrambas manos
Lleva iracundo á sus cabellos canos
Y va á arrancarlos con rabioso afán;
Mas pierde el equilibrio y se despeña
Del caballo don Álvaro rendido,
Que en el arzón con furia sacudido
Cede como la encina al huracán.

Vencido yace: el cuerpo está vencido,
Pero el orgullo no. Si el barro inerte
Sucumbe, el alma, respirando muerte,
Muerte le pide en gracia al vencedor.
—¿Quién eres?—le pregunta.—Soy cadáver,
Porque vencido estoy.—¡Por Dios, responde!
Algún misterio tu existencia esconde;
Yo te miro con lástima y dolor.

—Corona tu victoria; da la muerte;
¡No me importunes más!.....—¡Por Dios, contesta!
—No, no contestaré; que esa respuesta

Me degradara; en mi derecho estoy.
—¡Te lo ruego! Tu sangre derramada
Me inspira horror.—Para eso la he vertido.....
Pero ¿quién eres tú, que me has vencido?
—Yo, Gonzalo de Oyón.—¡Tu hermano soy!

—¡Hermano ¡hermano! ¡Y yo tu seno amigo
He herido!..... ¡Yo!..... ¡Y también está mi mano
Teñida con la sangre de mi hermano!.....
¡Piedad, oh Dios!..... ¡Don Álvaro, perdón!
Sí, perdona á tu hermano; da la diestra
En prenda de amistad al delincuente.....
¡No, delincuente, no! Soy inocente:
Limpio de crimen tengo el corazón.....

Pero di, ¿me perdonas?—Nada tengo
Que perdonar. Has hecho justo alarde
De tu valor. Si fueras un cobarde,
Me avergonzara de tu raza en ti.
Contra tí no hay venganza: eres el hijo
De mi padre y señor..... Dame la mano.....
Al fin vencido estoy; pero es mi hermano
El único rival que hay para mí.

Siempre es Oyón el vencedor..... ¡No importa!
¡Hieres bien, mi Gonzalo! No creía
Tan robusto ese brazo todavía;
¡Eres muy joven, pero hieres bien!
Sí; con más años, tu victoria hubieras
Con mi muerte infalible señalado.....
Aun no es firme tu pulso.....—¡Me has dejado
Con vida y sangre..... y con vigor también!

Mis labios arden..... Llégate al arroyo
Y dame agua, Gonzalo..... Montaremos
Después nuestros caballos, y estaremos
Juntos, del día hasta el primer albor.
Dale agua á mi bridón..... ¡Fuerzas me sobran!
Vuelve..... quiero saber tu desventura.....

¡Somos en todo hermanos: en bravura,
En desgracia, en destierro y en dolor!

Brotan dos gruesas lágrimas los ojos
De Gonzalo, y le bañan la mejilla;
Corre del limpio arroyo hacia la orilla
Y de agua llena el casco, y se lo trae.
Y con tierno interés, gota por gota,
La bebida benéfica derrama
En esos labios que la sed inflama
Y que el agua deleita cuando cae.

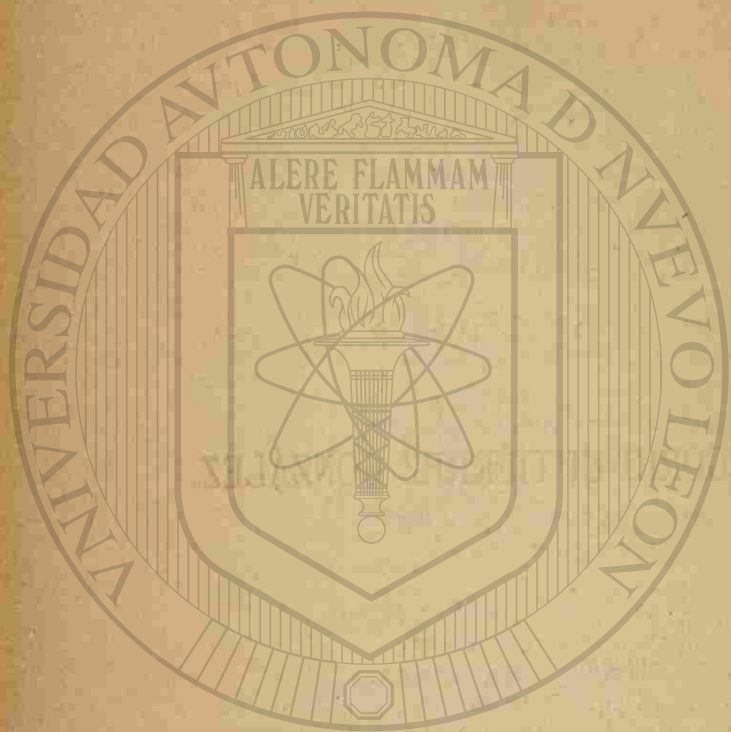
Busca luego las hierbas generosas
Que cierran, cicatrizan las heridas,
Del bárbaro nativo conocidas,
Y que él ya sabe distinguir también.
Y le venda solícito, y le arrima
Á la sombra de un roble. Fueron lecho
Á su cuerpo las hojas, y en el pecho
Del enemigo reclinó la sien.

Cuando ya el sueño plácido y quieto
Y el confortante bálsamo del aura
La fiebre aplaca y su vigor restaura,
Salta Álvaro en sus pies diciendo: — ¡Adiós!
¡Adiós, Gonzalo! Cuando el sol tres veces
Haya girado en su carrera diaria,
En esta misma vega solitaria
Nos volveremos á encontrar los dos. —

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DEPARTAMENTO GENERAL DE BIBLIOTECAS





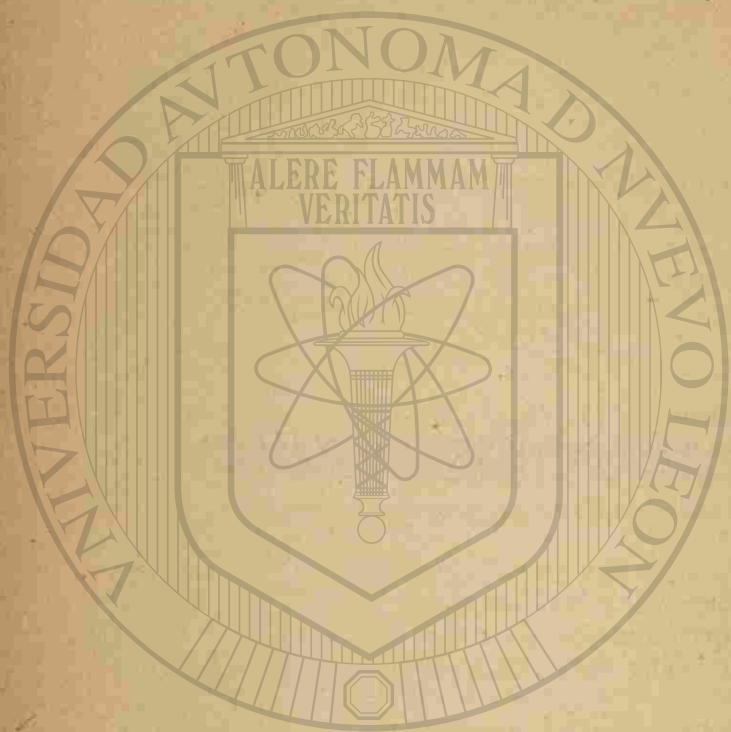
D. GREGORIO GUTIÉRREZ GONZÁLEZ.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





D. GREGORIO GUTIÉRREZ GONZÁLEZ.

—
Á JULIA.

Juntos tú y yo vinimos á la vida,
Llena tú de hermosura y yo de amor ;
Á ti vencido yo, tú á mí vencida,
Nos hallamos por fin juntos los dos.

Y como ruedan mansas, adormidas,
Juntas las ondas en tranquila mar,
Nuestras dos existencias siempre unidas
Por el sendero de la vida van.

Tú asida de mi brazo, indiferente
Sigue tu planta mi resuelto pie ;
Y de la senda en la áspera pendiente
Á mi lado jamás temas caer.

Y tu mano en mi mano, paso á paso,
Marchamos con descuido al porvenir,
Sin temor de mirar al triste ocaso
Donde tendrá nuestra ventura fin.

Con tu hechicero sonreír sonrío,
Reclinado en tu seno angelical ;
De ese inocente corazón, que es mío,
Arrullado al tranquilo palpitar.

Y la ternura y el amor constantes
En tu limpia mirada vense arder,
Al través de dos lágrimas brillantes
Que temblando en tus párpados se ven.

Son nuestras almas místico ruido
De dos flautas lejanas, cuyo son
En dulcísimo acorde llega unido
De la noche callada entre el rumor;

Cual dos suspiros que al nacer se unieron
En un beso castísimo de amor;
Como el grato perfume que esparcieron
Flores distintas y la brisa unió.

¡Cuánta ternura en tu semblante miro!
¡Que te miren mis ojos siempre así!
Nunca tu pecho exhale ni un suspiro,
Y eso me basta para ser feliz.

¡Que en el sepulcro nuestros cuerpos moren
Bajo una misma lápida los dos!
¡Mas mi muerte jamás tus ojos lloren!
¡Ni en la muerte tus ojos cierre yo!

1850.

¿POR QUÉ NO CANTO?

A DOMINGO DÍAZ GRANADOS.

¿Por qué no canto? ¿Has visto á la paloma
Que cuando asoma en el Oriente el sol
Con tierno arrullo su canción levanta,
Y alegre canta
La dulce aurora de su dulce amor?

Y ¿no la has visto cuando el sol se avanza
Y ardiente lanza rayos del cenit,

Que fatigada tiende silenciosa
Ala amorosa
Sobre su nido, y calla, y es feliz?

Todos cantamos en la edad primera,
Cuando hechicera inspíranos la edad,
Y publicamos, necios, indiscretos,
Muchos secretos
Que el corazón debiera sepultar.

Cuando al encuentro del placer salimos,
Cuando sentimos el primer amor,
Entusiasmados de placer cantamos
Y evaporamos
Nuestra dicha al compás de una canción.

Pero después.... nuestro placer guardamos,
Como ocultamos el mayor pesar;
Porque es mejor en soledad el llanto,
¡Y crece tanto
Nuestra dicha en humilde obscuridad!

Sólo en obscuro, retirado asilo
Puede tranquilo el corazón gozar;
Sólo en secreto sus favores presta
Siempre modesta
La que el hombre llamó *felicidad*.

¿Conoces tú la flor de batatilla,
La flor sencilla, la modesta flor?
Así es la dicha que mi labio nombra;
Crece á la sombra,
Mas se marchita con la luz del sol.

Debe cantar el que en su pecho siente
Que brota ardiente su primer amor;
Debe cantar el corazón que, herido,
Llora affigido,
Si ha de ser inmortal su inspiración.

Porque la lira, en cuyo pie grabado
Un nombre amado por nosotros fué,
Debe á los cielos levantar sus notas,
Ó hacer que rotas
Todas sus cuerdas para siempre estén.

¡Pero cantar cuando insegura y muerta
La voz incierta triste sonará!....
¡Pero cantar cuando jamás se eleva
Y el aire lleva
Perdida la canción, triste es cantar!

¡Triste es cantar cuando se escucha al lado
De enamorado trovador la voz!
¡Triste es cantar cuando impotentes vemos
Que no podemos
Nuestras voces unir á su canción!

Mas tú debes cantar. Tú con tu acento
Al sentimiento más nobleza das;
Tus versos pueden fáciles y tiernos
Hacer eternos
Tu nombre y tu laúd.... ¡Debes cantar!

¡Canta, y arrulle tu canción sabrosa
Mi silenciosa, humilde obscuridad!
¡Canta, que es sólo á los aplausos dado
Con eco prolongado
Tu voz interrumpir!..... Debes cantar.

Pero no puedes, como yo he podido,
En el olvido sepultarte tú;
Que sin cesar y por doquier resuena
Y el aire llena
La dulce vibración de tu laúd.

No hay sombras para ti. Como el ccuyo,
El genio tuyo ostenta su fanal;
Y huyendo de la luz, la luz llevando,

Sigue alumbrando
Las mismas sombras que buscando va.

1858.

AURES.

De peñón en peñón turbias saltando
Las aguas de *Aures* descender se ven;
La roca de granito socavado
Con sus bombas haciendo estremecer.

Los helechos y juncos de su orilla,
Temblorosos, condensan el vapor;
Y en sus columpios trémulas vacilan
Las gotas de agua que abrillanta el sol.

Se ve colgando en sus abismos hondos,
Entretejido, el verde carrizal,
Como de un cofre en el obscuro fondo
Los hilos enredados de un collar.

Sus cintillos en arcos de esmeralda
Forman grutas do no penetra el sol,
Como el toldo de mimbres y de palmas
Que Lucina tejió para Endimión.

Reclinado á su sombra, ¡cuántas veces
Vi mi casa á lo lejos blanquear,
Paloma oculta entre el ramaje verde,
Oveja solitaria en el gramal!

Del techo bronceado se elevaba
El humo tenue en espiral azul....
La dicha que forjaba entonces el alma
Fresca la guardó la memoria aún.

Allí, á la sombra de esos verdes bosques,

Correr los años de mi infancia ví;
Los poblé de ilusiones cuando joven,
Y cerca de ellos aspiré á morir.

Soné que allí mis hijos y mi Julia....
¡Basta! las penas tienen su pudor,
Y nombres hay que nunca se pronuncian
Sin que tiemble con lágrimas la voz.

Hoy también de ese techo se levanta
Blanco-azulado el humo del hogar;
Ya ese fuego lo enciende mano extraña,
Ya es ajena la casa paternal.

La miro cual proscrito que se aleja
Ve de la tarde á la rosada luz
La amarilla vereda que serpea
De su montaña en el lejano azul.

Son un prisma las lágrimas que prestan
Al pasado su mágico color;
Al través de la lluvia son más bellas
Esas colinas que ilumina el sol.

Infancia, juventud, tiempos tranquilos,
Visiones de placer, sueños de amor,
Herencia de mis padres, hondo río,
Casita blanca.... y esperanza, ¡adiós!

1864.

A JULIA.

«Juntos tú y yo vinimos á la vida,
Llena tú de hermosura y yo de amor;
Á ti vencido yo, tú á mi vencida,
Nos hallamos por fin juntos los dos.»

Así te dije; ¡oh Dios!..... ¡Quién creería
Que no hiciera milagros el amor!
¡Cuántos años pasaron, vida mía,
Y excepto nuestro amor, todo pasó!

¡Con cuánto orgullo yo añadí: mi brazo
Te servirá en la vida de sostén!
De nuestro amor el encantado lazo
Risueño, ufano, al mundo lo mostré.

¡Mucho, mucho, mi Julia, hemos sufrido!
Un abismo descubro entre hoy y ayer:
Mas el débil fui yo, yo fui el vencido;
Tú, fuerte de los dos, tuviste fe.

Y tu fe te ha salvado y me ha salvado,
Pues unidos vivimos hasta el fin,
Cual dos olas gemelas que han rodado
En busca de una playa en que morir.

Basta para una vida haberte amado:
Ya he llenado con esto mi misión.
He dudado de todo.... he vacilado,
Mas sólo incontrastable hallé mi amor.

Julia, perdón si al fin de la carrera
Fatigado y sin fuerzas me rendí....
¡Si tu suerte enlazada no estuviera
Con mi suerte, tal vez fueras feliz!

Tú fuiste para mí como la roca
Al solo y casi náufrago bajel,
Que, el ancla en ella al arrojar, provoca
Las tempestades que en contorno ve.

Empero la borrasca no te arredra,
Aunque se avanza hacia nosotros dos,
Y has querido morir como la hiedra
Que se abraza del olmo protector.

Fué desigual la unión de nuestros lares:
 Yo con mis faltas, tú con tu virtud;
 Tú dándome tu amor, yo mis pesares.....
 ¡Oh! ¡debiste salvarte, sola, tú!

Mas de la vida en la penosa lucha
 Ya en el fin, como yo debes hallar
 Un consuelo supremo: Julia, escucha:
 Si no como antes, nos amamos mas.

1869.

MEMORIA

SOBRE EL CULTIVO DEL MAÍZ EN ANTIOQUÍA.

CAPÍTULO PRIMERO

De los terrenos propios para el cultivo y manera de hacerse
 los barbechos, que decimos rozas.

Buscando en donde comenzar la roza,
 De un bosque primitivo la espesura
 Treinta peones y un patrón por jefe
 Van recorriendo en silenciosa turba.

Vestidos todos de calzón de manta
 Y de camisa de coleta cruda (1),
 Aquél á la rodilla, ésta á los codos,
 Dejan sus formas de titán desnudas.

El sombrero de caña (2) con el ala
 Prendida de la copa con la aguja,
 Deja mirar el bronceado rostro,
 Que la bondad y la franqueza anuncia.

(1) Coleta cruda.—Tela fuerte de cáñamo sin torcer.

(2) Sombrero de caña.—Hecho con las fibras de la hoja de caña.

Atado por detrás con la correa
 Que el pantalón sujeta á la cintura,
 Con el recado de sacar candela (1),
 Llevan repleto su carriel (2) de nutria.

Envainado y pendiente del costado
 Va su cuchillo de afilada punta;
 Y en fin, al hombro, con marcial despejo,
 El calabozo que en el sol relumbra.

Al fin eligen un tendón de tierra (3)
 Que dos quebradas (4) serpeando cruzan,
 En el declive de una cuesta amena
 Poco cargada de maderas duras.

Y dan principio á socolar (5) el monte
 Los peones formados en columna;
 Á seis varas distante uno de otro
 Marchan de frente con presteza suma.

Voleando (6) el calabozo á un lado y otro,
 Que relámpagos forma en la espesura,
 Los débiles arbustos, los helechos
 Y los bejucos por do quiera truncan.

(1) Recado de sacar candela.—En rigor esta frase es perfectamente castiza; pero como es poco usada en el resto del país, se advierte que en Antioquia quiere decir, pedernal, eslabón y yesca para encender lumbre. Según la Academia, lumbres.

(2) Carriel.—Especie de saco hecho con la piel de un animal y que muchos antioqueños llevan terciado al hombro, suspendido de una faja, ó amarrado al cinturón en las horas de trabajo; sirve para conducir varios objetos de uso diario.—Guarniel.

(3) Tendón de tierra.—Llaman así los trabajadores una faja de terreno de alguna inclinación y que regularmente se prefiere, por circunstancias especiales, para hacer las rozas.

(4) Quebrada.—Se toma, no sólo en Colombia, sino en casi todos los países suramericanos, como sinónimo de arroyo.

(5) Socolar.—*Socular*, en Antioquia, quiere decir cortar todas las malezas, arbustos y arbolillos de un bosque para dejar claro el espacio y aislados los árboles mayores. Este verbo (en el Cauca, *so-calar*), que no se halla en el Diccionario de la Academia, se usa en otros varios Estados de Colombia.

(6) Voleando.—Se usa por batiendo.

Las matambas (1), los chusques (2), los carrizos
 Que formaban un toldo de verdura,
 Todo deshecho y arrollado cede
 Del calabozo á la encorvada punta.

Con el rostro encendido, jadeantes,
 Los unos á los otros se estimulan;
 Ir adelante alegres quieren todos,
 Romper la fila cada cual procura.

Cantando á todo pecho (3) la guavina (4),
 Canción sabrosa, dejativa y ruda,
 Ruda cual las montañas antioqueñas,
 Donde tiene su imperio y fué su cuna,

No miran en su ardor á la culebra
 Que entre las hojas se desliza en fuga,
 Y presurosa en su sesgada marcha,
 Cinta de azogue, abillantada ondula;

Ni de monos observan las manadas
 Que por las ramas juguetones cruzan;
 Ni se paran á ver de aves alegres
 Las mil bandadas de pintadas plumas;

Ni ven los saltos de la inquieta ardilla,
 Ni las nubes de insectos que pululan,
 Ni los verdes lagartos que huyen listos,
 Ni el enjambre de abejas que susurra.

Concluye la socola (5). De malezas

(1) Matamba.—Caña nudosa, sólida y resistente que abunda en las selvas tropicales.

(2) Chusques.—Chusques ó chuscós llaman los montañeses antioqueños una graminéa semejante al carrizo, la cual forma con sus tallos, ramas y gracioso follaje, un enrejado casi impenetrable.—Chusquea scandens.

(3) Á todo pecho.—Á voz en cuello.

(4) Guavina.—Canción provincial festiva y de uso popular. Sus versos son frecuentemente picarescos.

(5) Socola.—Véase la nota 5 de la página anterior.

Queda la tierra vegetal desnuda.
 Los árboles elevan sus cañones (1)
 Hasta perderse en prodigiosa altura,

Semejantes de un templo á los pilares
 Que sostienen su toldo de verdura;
 Varales largos de ese palio inmenso,
 De esa bóveda verde altas columnas.

El viento, en su follaje entretejido,
 Con voz ahogada y fúnebre susurra,
 Como un eco lejano de otro tiempo,
 Como un vago recuerdo de ventura.

Los árboles sacuden sus bejucos,
 Cual destrenzada cabellera rubia
 Donde tienen guardados los aromas
 Con que el ambiente, en su vaivén, perfuman.

De sus copas galanas se desprende
 Una constante, embalsamada lluvia
 De frescas flores, de marchitas hojas,
 Verdes botones y amarillas frutas.

Muestra el cachimbo (2) su follaje rojo,
 Cual canastillo que una ninfa pura
 En la fiesta del Corpus lleva ufana
 Entre la virgen, inocente turba.

El guacayán con su amarilla copa
 Luce á lo lejos en la selva oscura,

(1) Cañones.—Se usa por troncos.

(2) Cachimbo.—Nombre vulgar dado á un grande árbol sumamente vistoso en ciertas épocas del año, porque sus flores, que son muy rojas, se destacan graciosamente en el fondo verde de la selva y se ven á gran distancia. Llámalo en el Cauca *pisamo*; en Cundinamarca y en la costa *cámbulo*; en Venezuela *bucare*, y en otras partes *búcaro*.—*Erythryna Velutina*.

Cual luce entre las nubes una estrella,
Cual grano de oro que la jagua (1) oculta.

El azuceno (2), el floro azul, (3) el cauce (4)
Y el yarumo (5), en el monte se dibujan
Como piedras preciosas que recaman
El manto azul que con la brisa ondula.

Y sobre ellos gallardo se levanta,
Meciendo sus racimos en la altura,
Recta y flexible la altanera palma,
Que aire mejor entre las nubes busca.

Ved otra vez á los robustos peones
Que el mismo bosque secular circundan :
Divididos están en dos partidas,
Y un capitán dirige cada una.

Su alegre charla, sus sonoras risas,
No se oye ya, ni su canción se escucha;
De una grave atención cuidado serio
Se halla pintado en sus facciones rudas.

En lugar del ligero calabozo
La hacha afilada con su mano empuñan;
Miran atentos el cañón del árbol,
Su comba ven, su inclinación calculan.

Y á dos manos el hacha levantando,
Con golpe igual y precisión segura,

(1) Jagua.—Arenilla ferruginosa que queda en el fondo de la batea en que se lava el oro.

(2) Azuceno.—Especie de quina, familia de las rubiáceas.

(3) Floro azul.—Bello árbol, de flores azules abundantísimas.

(4) Cauce.—Árbol de madera resistente, de flores grandes, amarillas de oro.

(5) Yarumo.—Árbol ficoide, con hojas anchas, rugosas, ásperas, de un blanco argentino por debajo, pero que se invierten y por eso se ven blancas.— *Yagramo* en Venezuela.

Y redoblando golpes sobre golpes,
Cansan los ecos de la selva augusta.

Anchas astillas y cortezas leves
Rápidamente por el aire cruzan;
Á cada golpe el árbol se estremece,
Tiemblan sus hojas, y vacila..... y duda.....

Tembloroso un momento cabecea,
Cruje en su corte, y en graciosa curva
Empieza á descender, y rechinando
Sus ramas enlazadas se apañuscan;

Y silbando al caer, cortando el viento,
Despedazado por los aires zumba.....
Sobre el tronco el peón apoya el hacha
Y el trueno, al lejos, repetir escucha.

Las tres partidas observad. Á un tiempo
Para echar una galga (1) se apresuran;
En tres faldas distintas, el redoble
Se oye del hacha en variedad confusa.

Una fila de árboles picando (2)
Sin hacerlos caer, está la turba,
Y arriba de ellos, para echarlo encima,
El más copudo por madrino (3) buscan.

Y recostando andamios en su tronco
Para cortarlo á regular altura,
Sobre las bambas (4) y al andamio trepan
Cuatro peones con destreza suma.

(1) Galga.—Usada por los campesinos en un sentido figurado. En los desmontes la galga en vez de ser representada por una gran piedra, lo es por numerosos árboles, de la manera descrita por el poeta.

(2) Picar.—Hacer con el hacha en el árbol un corte en forma semicircular para que por su propio peso caiga al recibir el empuje por el lado opuesto.

(3) Madrino.—El árbol mayor que se escoge para galga.

(4) Bambas.—Partes salientes ó protuberancias, regularmente en forma de espinazo, que tienen algunos árboles en la parte inferior de su tronco.

Y en rededor del corpulento tronco
Sus hachas baten y á compás sepultan,
Y repiten hachazos sobre hachazos
Sin descansar, aunque en sudor se inundan.

Y vencido por fin, cruje el madrino,
Y el otro más allá: todos á una,
Las ramas extendidas enlazando,
Con otras ramas enredadas pugnan;

Y abrazando al caer los de adelante,
Se atropellan, se enredan y se empujan,
Y así arrollados en revuelta tromba
En trueno sordo, aterrador retumban.....

El viento azota el destrozado monte,
Leves cortezas por el aire cruzan,
Tiembla la tierra, y el estruendo ronco
Se va á perder en las lejanas grutas.

Todo queda en silencio. Acaba el día,
Todo en redor desolación anuncia:
Cual hostia santa que se eleva al cielo
Se alza callada la modesta luna.

Troncos tendidos, destrozadas ramas,
Y un campo extenso desolado alumbra,
Donde se ven como fantasmas negros
Los viejos troncos, centinelas mudas.

CAPÍTULO SEGUNDO

Que trata de la limpia y abono de los terrenos, muy especialmente por el método de la quema. De la manera de hacer las habitaciones, y de la siembra.

Un mes se pasa. El sol desde la altura
Manda á la roza, vertical su rayo;
Ya los troncos, las ramas y las hojas
Han tostado los vientos del verano.

Las hojas en las ramas se encartuchan (1),
Sobre los troncos se blanquean los ramos,
Y las secas cortezas se desprenden
De trecho en trecho de los troncos largos.

Aquí y allá la enredadera verde
Tímida muestra sus primeros tallos,
La guada ostenta su primer retoño
De terciopelo de color castaño.

Ya el verano llegó para la quema;
La Candelaria (2) ya se va acercando;
Es un domingo á medio día. El viento
Barre las nubes en el cielo claro.

Por la orilla del monte los peones
Vagan alrededor del derribado,
Con los hachones de cortezas secas
Con flexibles bejucos amarrados.

Prenden la punta del hachón con yesca,
Y brotando la llama al ventearlo,
Varios fogones en contorno encienden,
La Roza toda en derredor cercando.

Lame la llama con su inquieta lengua
La blanca barba (3) á los tendidos palos;
Prende en las hojas y chamizas (4) secas,
Y se avanza, temblante, serpeando.

Vese de lejos la espiral del humo
Que tenue brota caprichoso y blanco,

(1) Encartuchar.—Arollarse en forma de cucurucho.

(2) Candelaria.—La fiesta que se hace á Nuestra Señora el día de la Purificación, en el mes de Febrero. Es, entre las varias épocas escogidas por los agricultores, la preferida en Antioquia para hacer la siembra de maíz en las rozas.

(3) Barba.—Por musgo.

(4) Chamizas.—Chamarasca.

Ó lento sube en copos sobre copos
Como blanco algodón escarmenado.

La llama crece; envuelve la madera
Y se retuerce en los nudosos brazos,
Y silba, y desigual chisporrotea,
Lenguas de fuego por doquier lanzando.

Y el fuego envuelto en remolinos de humo,
Por los vientos contrarios azotado
Se alza á los cielos, ó á lo lejos prende
Nuevas hogeras con creciente estrago.

Ensondecen los aires el traquido
De las guadas y troncos reventando,
Del huracán el mugidor empuje,
De las llamas el trueno redoblado.

Y nubes sobre nubes se amontonan
Y se elevan, el cielo encapotando
De un humo negro que arrebatara chispas,
Pardas cenizas y quemados ramos.

Aves y fieras asustadas huyen,
Pero encuentran el fuego á todos lados,
El fuego, que se avanza lentamente,
Estrechando su círculo incendiario.

Al ave que su prole dejar teme,
La encierra el humo, alrededor volando,
Y con sus alas chamuscadas cae
Junto del nido que le fué tan caro.

Aquí y allá se vuelve la serpiente
Buscando una salida, y en su espanto
Se exaspera, se enrosca, se retuerce,
Y el fuego cierra el reducido campo.

Del aire al soplo se dilata el humo

Hasta que llena el anchuroso espacio;
Rosados se perciben los objetos;
Redondo y rojo el sol se ve sin rayos.

Sobre el monte, la Roza y el contorno
Tiende la noche su callado manto
Bordado con las chispas del incendio
Que parecen cocuyos revolando.

Y con la incierta luz de mil fogones,
Restos aun vivos del ardiente estrago,
Se ve de lejos la quemada Roza
Cual vivac de un ejército acampado.

El lunes de mañana los peones
Van, en la Roza, á improvisar un rancho (1);
Como hormigas arrieras (2) se dispersan,
Los materiales cada cual buscando.

Van llegando cargados con horquetas,
Estantillos (3), soleras, encañados,
Latas y paja y ruedas de bejuco,
Y todo en un plancito amontonando.

En línea recta clavan tres horquetas,
Y echan sobre ellas la cumbre en alto
Para formar el rancho vara en tierra (4),
Con un pequeño altar al otro lado.

Atan los encañados con bejuco

(1) Rancho.—Casita hecha á la ligera por los agricultores para vivir en ella el tiempo que duran los trabajos. Chacra.

(2) Hormigas arrieras.—Hormigas que, en forma de recua (vulgarmente *arria*), andan siempre por un camino perfectamente trazado hasta el punto fijado para dispersarse en busca de alimento, y por el cual, en grande orden, van las unas cargadas con su provisión, y vienen las otras sin carga en busca de ella. Neuroptera.

(3) Estantillos.—Pilares delgados de madera resistente.

(4) Rancho vara en tierra.—Se llama así una especie de choza cuyas varas de armazón inclinadas descansan por el un extremo en el suelo y por el otro en la guía ó cumbre, parte en que hay sólo un alero, quedando el resto al descubierto.

En la larga cumbrera recostados,
Y formando sobre ellos una reja
Acaban de enlatar (1) con ágil mano.

Empezando de abajo para arriba,
El rancho en derredor van empajando;
Pajas diversas confundidas mezclan,
Palmicho (2), santainés (3) y rabihorcado (4).

Y después de formar el caballete
Lo dividen en dos con un cercado:
De un lado colocan la cocina,
De habitación les servirá el contrario.

Hacen la barbacoa (5), en que colocan
Las ollas, las cucharas y los platos;
Ponen la vara de colgar la carne,
Y las tres piedras de fogón debajo.

La piedra de moler en cuatro estacas
Aseguran muy bien, y en otras cuatro
Sientan una cuyabra (6) aparadora (7),
Y á su lado, con agua, un calabazo (8).

Es hora de sembrar. Ya los peones,

- (1) Enlatar y empajar.—Cubrir la armazón del techo con latas y después con paja.
(2) Palmicho.—Palma cuyas hojas son muy propias para cubrir los edificios pajizos, llamada en algunas partes *palmiche* y en otras *palmicha*. Género *Oreodoxa*.
(3) Santainés.—Pequeña palma que tiene el mismo uso de la anterior. Género *Oreodoxa*.
(4) Rabihorcado.—Planta de hojas anchas, de forma semejante á la del plátano, aunque más pequeñas, con una escotadura en forma de horquilla en su vértice, y muy propias para cubrir los techos de las habitaciones.
(5) Barbacoa.—Aparador de cañas ó de guadua en que se colocan los utensilios de cocina. Voz procedente de las Antillas.
(6) Cuyabra.—Utensilio hecho por los campesinos con la mitad de una calabaza, para los usos domésticos. En otras partes se le da el nombre de *coyabra*, que parece voz quichua. *Bangaña* en Centro América y en la costa, *chocá* en Cundinamarca.
(7) Aparadora.—Recipiente.
(8) Calabazo.—Una calabaza seca y hueca en que se carga el agua para los usos domésticos.

Con el catabre (1) sembrador terciado,
Se colocan en fila al pie del monte,
Guardando de distancia cuatro pasos;

Y con un largo recatón de punta
Hacen los hoyos con la diestra mano,
Donde arrojan mezclada la semilla
(Un grano de frisol (2), de maíz cuatro).

Dan con el mismo recatón un golpe
Sobre el terrón, para cubrir el grano,
Y otros hoyos haciendo, en recto surco,
Siguen de frente y avanzando un paso.

Se miran desplegados en guerrilla,
Como haciendo ejercicio los soldados;
Como blancas manadas de corderos,
Sobre el obscuro fondo del quemado.

Cantando alegres siempre la guavina,
Teñidos de carbón siguen sembrando,
Haciendo calles paralelas, rectas...
Y al llegar la oración vuelven al rancho.

CAPÍTULO TERCERO.

Método sencillo de regar las sementeras, y provechosas advertencias para espantar los animales que hacen daño en los granos.

Hoy es domingo. En el vecino pueblo
Las campanas con júbilo repican;
Del mercado en la plaza ya hormigean
Los campesinos al salir de misa.

- (1) Catabre.—Utensilio hecho con la mitad ó las dos terceras partes de una calabaza, el cual se lleva al lado izquierdo de la cintura y en que depositan los peones las semillas de maíz y de frijol que deben sembrarse. *Catabro* en el Cauca.
(2) Frisol.—Frisol, frijol ó fréjol. *Phaseolus vulgaris*.

Hoy han resuelto los vecinos todos
Hacer á la patrona rogativa,
Para pedirle que el verano cese,
Pues lluvia ya las rozas necesitan.

De golpe (1) el gran rumor calla en la plaza,
El sombrero, á la vez, todos se quitan.....
Es que á la puerta de la iglesia asoma
La procesión en prolongada fila.

Va detrás de la cruz y los ciriales
Una imagen llevada en andas limpias,
De la que siempre, aun en imagen tosca,
Llena de gracia y de pureza brilla.

Todo el pueblo la sigue y en voz baja
Sus oraciones cada cual recita,
Suplicando á los cielos que derramen
Fecunda lluvia que la tierra ansía.

¡ Hay algo de sublime, algo de tierno
En aquella oración pura y sencilla,
Inocente paráfrasis del pueblo
Del « danos hoy el pan de cada día! »

Nuestro patrón y el grupo de peones
Mezclados en la turba se divisan
Murmurando sus rezos, porque saben
Que Dios su oreja á nuestro ruego inclina.

Pero no. Yo no quiero con vosotros
Asistir á esa humilde rogativa ;
Porque todos nosotros somos sabios,
Y no queremos asistir á misa.

Y ya la moda va quitando al pueblo
El único tesoro que tenía.

(1) De golpe.—De repente.

(Una duda me queda solamente:
¿ Con qué le pagará lo que le quita?)

Brotaron del maíz en cada hoyo
Tres ó cuatro maticas amarillas,
Que con dos hojas anchas y redondas
La tierna mata de frisol abriga.

Salpicada de estrellas de esmeralda
Desde lejos la roza se divisa;
Manto real de terciopelo negro
Que las espaldas de un titán cobija,

Aborlonados (1) sus airosos pliegues,
Formados de cañadas y colinas;
Con el humo argentado de su rancho,
De sus quebradas con la blanca cinta.

El maíz con las lluvias va creciendo
Henchido de verdor y lozanía,
Y en torno dél, entapizando el suelo,
Va naciendo la hierba entretejida.

Por doquiera se prenden los bejucos
Que la silvestre enredadera estira;
Y en florida espiral trepando, envuelve
Las cañas del maíz la batatilla (2).

Sobre esa alfombra de amarillo y verde
Los primeros retoños se divisan,
Que en grupos brotan del cortado tronco,
A quien su savia exuberante quitan.

Ya llegó la deshierba (3); la ancha roza
De peones invade la cuadrilla,

(1) Aborlonados.—Acanillados.
(2) Batatilla.—Convólculo.
(3) Deshierba.—Desyerba ó escarda.

Y armados de azadón y calabozo
La hierba toda y la maleza limpian.

Queda el maíz en toda su belleza,
Mostrando su verdor en largas filas,
En las cuales se ve la frisolera (1)
Con lujo tropical entretejida.

¡Qué bello es el maíz! Mas la costumbre
No nos deja admirar su bizarría,
Ni agradecer al cielo ese presente,
Sólo porque lo da todos los días.

El don primero que «con mano larga»
Al Nuevo Mundo el Hacedor destina;
El más vistoso pabellón que ondula
De la virgen América en las cimas.

Contemplad una mata. Á cada lado
De su caña robusta y amarilla
Penden sus tiernas hojas arqueadas,
Por el ambiente jugueteón mecidas.

Su pie desnudo los anillos muestra
Que á trecho igual sobre sus nudos brillan,
Y racimos de dedos elegantes,
En los cuales parece que se empina.

Más distantes las hojas hacia abajo,
Más rectas y agrupadas hacia arriba,
Donde empieza á mostrar tímidamente
Sus blancos tilos (2) la primera espiga,

Semejante á una joven de quince años,
De esbeltas formas y de frente erguida,

(1) Frisolera.—Mata de frisol.

(2) Tilo.—Yema floral.

Rodeada de alegres compañeras
Rebosando salud y ansiando dicha.

Forma el viento, al mover sus largas hojas,
El rumor de dulzura indefinida
De los trajes de seda que se rozan
En el baile de bodas de una niña.

Se despliegan al sol y se levantan
Ya doradas, temblando, las espigas,
Que sobresalen cual penachos jaldes
De un escuadrón en las revueltas filas.

Brota el blondo cabello del filote (1),
Que muellemente al despertar se inclina;
El manso viento con sus hebras juega
Y cariñoso el sol las tuesta y riza.

La mata el seno suavemente abulta
Donde la tusa (2) aprisionada cría,
Y allí los granos, como blancas perlas,
Cuajan envueltos en sus hojas finas.

Los chócolos (3) se ven á cada lado,
Como rubios gemelos que reclinan
En los costados de su joven madre
Sus doradas y tiernas cabecitas.

El pajarero (4), niño de diez años,
Desde su andamio sin cesar vigila

(1) Filote.—El fruto del maíz en la primera época de su desarrollo y cuando apenas comienza á presentar en su vértice las blancas fibras que luego han de constituir su cabellera. Parece voz mejicana.

(2) Tusa.—El eje esponjoso y ligeramente leñoso de la mazorca, en donde se forman los granos de maíz.

(3) Chócolos.—La mazorca en su estado tierno, pero con los granos ya formados. *Choelo*, voz quichua, en varios países.

(4) Pajarero.—Es el nombre que se da á cualquiera persona encargada de espantar bandadas de pájaros para que no devoren el fruto de las sementeras. Por lo regular son muchachos de poca edad los encargados de esta tarea.

Las bandadas de pájaros diversos,
Que hambrientos vienen á ese mar de espigas.

En el extremo de una vara larga
Coloca su sombrero y su camisa,
Y silbando, y cantando, y dando gritos,
Días enteros el sembrado cuida.

Con su churreta (1) de flexibles guascas (2),
Que fuertemente al agitar rechina,
Desbandadas las aves se dispersan,
Y fugitivas corren las ardillas.

Los pericos en círculo volando
En caprichosas espirales giran,
Dando al sol su plumaje de esmeralda
Y al aire su salvaje algarabía.

Y sobre el verde manto de la Roza
El amarillo de los toches (3) brilla,
Cual onzas de oro en la carpeta verde
De una mesa de juego repartidas.

Meciéndose galán y enamorado
Gentil turpial (4) en la flexible espiga,

(1) Churreta.—Se llama así una cuerda medianamente gruesa, tejida en trenza y terminada en una especie de fleco ó pincel fibroso. El encargado de ella, cuando ve ó siente venir la bandada de aves que amenazan el fruto, le imprime un movimiento rápido y circular de derecha á izquierda, de repente contiene el movimiento como para hacerlo en sentido inverso, obteniendo de esta manera un sonido brusco, que se extiende á gran distancia y que espanta y hace huir las aves cuando intentan detenerse en la sementera. El sonido obtenido es semejante al del látigo de los cocheros, pero mucho más intenso.

(2) Guasca.—Corteza filamentososa de algunos árboles.

(3) Toche.—Bellísima ave de color amarillo y negro, muy común en los campos cultivados de Colombia, principalmente en los que tienen temperatura ardiente ó por lo menos media. Género *Ictenus*, familia conirrostrós.

(4) Turpial.—Pájaro de color amarillo claro y negro, y de cantar brillante y apasionado. Género *Ictenus*, familia conirrostrós.

Rubí con alas de azabache, ostenta
Su bella pluma y su canción divina.

El duro pico del chamón (1) desgarrá
De las hojas del chócolo las fibras,
Dejando ver sus granos cual los dientes
De una bella al través de su sonrisa.

Su nido conoidal cuelga el gulungo (2)
De un árbol en las ramas extendidas,
Y se columpia blandamente al viento,
Incensario de rústica capilla.

La boba (3), el carriquí (4), la guacamaya (5),
El afrechero (6), el diostedé (7), la mirla,
Con sus pulmones de metal que aturden,
Cantan, gritan, gorjean, silban, chillan.

(1) Chamón.—Pájaro negro, de sólido pico y sumamente voraz, que tiene debajo de las alas una mancha roja de forma circular. Género *Chrotophaga* mayor, familia Scansores.

(2) Gulungo.—Pájaro notable por la gracia con que fabrica su nido colgante y en forma de saco. El mismo *rabiamarillo* ó *mochilero* de otras partes. Inglés, *hang-nest*. *Cassinus cristatus*.

(3) Boba.—Especie de loro de color azul tornasolado, y llamado así entre los campesinos porque no es susceptible de articular palabras, como no lo son muchos de sus congéneres. Género *Psittacus*, familia Scansores.

(4) Carriquí.—Pájaro de regular tamaño, de color verde pálido y amarillo. Se le da también el nombre onomatópico de (*querques querre-querre* en Venezuela), porque parece pronunciarlo en su canto. Familia conirrostrós.

(5) Guacamaya.—Guamayo, según el Diccionario de la Academia. Género *Ara*, familia Scansores.

(6) Afrechero.—Gorrión, género *Fringilla*.

(7) Diostedé.—Tucán, de la familia de los Scansores: ave de enorme pico, que al cantar sobre el ramaje de los árboles pronuncia distintamente el nombre onomatópico de *dios-te-de*. En algunas partes se llama *yátaro*, y en otras *colí amarillo*.

CAPÍTULO CUARTO.

De la recolección de los frutos y de cómo deben alimentarse los trabajadores.

Es un alegre amanecer de Junio ;
El sol no asoma, pero ya blanquea
Por el Oriente el aplomado cielo
Con la sonrisa de su luz primera.

Ya dió el gurrí (1) su fúnebre chillido
Largo y agudo, en la vecina selva ;
Ya la Roza se va cubriendo en partes
Con los jirones de su chal de nieblas.

Lanza la choza cual penacho blanco
La vara de humo que se eleva recta ;
Es que antes que el sol y que las aves
Se levantó, al fogón, la cocinera.

Ya tiene preparado el desayuno
Cuando el peón más listo se despierta ;
Chocolate de harina (2) en coco negro (3)
Recibe cada cual, con media arepa (4).

Van á coger frisoles ; por la Roza
Los peones sin orden se dispersan
Cogiendo á manotadas (5) los racimos
Que de las matas enredados cuelgan.

(1) Gurrí.—Especie de pavo silvestre, llamado en otras partes *pava-gurrí*. Género *Penelope-aburri*, orden de las gallináceas.

(2) Chocolate de harina.—El chocolate ordinario con el agregado de un poco de harina de maíz para hacerlo más económico. Se cree generalmente que es de más fácil digestión.

(3) Coco negro.—Vasija hecha con la cáscara interior resistente y sólida del fruto del cocotero. Se usa entre campesinos para tomar diversos líquidos alimenticios.

(4) Arepa.—Pan de maíz.

(5) Manotadas.—Puñados.

Los chócolos picados por las aves
Cogen también, y los que están en tierra
Echan en el costal, y los revuelven
De los frisoles con las vainas secas.

El que llena su tercio, á vaciarlo
Va en el rancho, y vuelve á la faena ;
Y llenando y vaciando sus costales
Siguen sin descansar hasta que almuerzan.

Mientras que van y vuelven los peones
Que han almorzado ya, la cocinera,
Infatigable y siempre con buen modo,
Se ocupa sin cesar en sus tareas.

En la misma cuyabra aparadora
Pone el maíz á remojar, y deja
La mitad para hacer la mazamorra (1),
La otra mitad para moler la arepa.

Era la cocinera una muchacha
Ágil, arrutanada (2), alta y morena,
Con su saya de fula (3), con el chumbe (4)
En su cintura arregazada lleva.

Descubiertos los brazos musculares
Y la redonda pantorrilla muestra
Con inocente libertad, pues sabe
Que sólo para andar sirven las piernas.

(1) Mazamorra.—Alimento que se prepara poniendo en cocimiento el maíz quebrantado, después de quitarle el hollejo, en agua con harina de maíz y una pequeña cantidad de ceniza, hasta que está blando. Es uno de los alimentos más generales del Estado de Antioquia. ®

(2) Arrutanada.—Rolliza, arrogante y graciosa.

(3) Fula.—Tela delgada de algodón teñida de añil.

(4) Chumbe.—Cordón, ordinariamente de lana, con que se recogen las mujeres la saya en la cintura. Se usa también en el Cauca por faja, del quichua *chumpi*.

Su seno prominente á medias cubre
 La camisa de tela de arandela,
 En donde se sepulta su rosario
 Con sus cuentas de oro y su pajueta (1).

Un tanto cortas, negras y brillantes,
 De su negro cabello las dos trenzas,
 Rematando sus puntas en cachumbos (2)
 Graciosamente por la espalda cuelgan.

Pero vedla cascando mazamorra,
 Ó moliendo en su trono, que es la piedra;
 Á su vaivén cachumbos y mejillas,
 Arandelas y seno, todo tiembla.

Arreglado el fogón, alza dos ollas,
 Y los frisoles echa en la pequeña;
 Va en la grande á poner la mazamorra,
 De su quehacer la operación más seria.

Se moja en agua-masa (3) las dos manos,
 Las pone encima de ceniza fresca,
 Las sacude muy bien, y en la agua-masa
 Las lava luego y la ceniza deja.

De agua-masa y arroz (4) llena la olla,
 Le echa la bendición, y la menca
 Con el ahumado mecedor (5) de palo;
 Sopla el fogón y aviva la candela.

Acaba de moler, y con la masa

(1) Pajueta.—Laminita de oro ó de plata. Comunmente se usan dos, la una para el aseo de la dentadura, y la otra para el de los oídos.

(2) Cachumbos.—Tirabuzones.

(3) Agua-masa.—Agua con la harina que resulta al lavar el maíz quebrantado.

(4) Arroz.—El maíz cascado y lavado.

(5) Mecedor.—Paleta de madera.

Va extendiendo en las manos las arepas,
 Colócalas después en la cayana (1)
 Y tostadas de un lado las volteas.

Y luego las entierra en el rescoldo,
 Y brasas amontona encima de ellas,
 Y chócolos encima de las brasas
 Pone á asar recostados á las piedras;

Éstos se van dorando poco á poco;
 Los granos al calor se caponean (2)
 ¡Y exhalan un olor!..... que aun los peones,
 Cuando vienen, un chócolo se llevan.

Á las dos de la tarde suena el cacho (3)
 Para que todos hacia el rancho vengán,
 Pues ya está la comida. Van llegando
 Y en el suelo sentados forman rueda.

El muchacho que ayuda en la cocina
 Reparte á los peones las arepas;
 De frisoles con carne de marrano
 Un plato lleno á cada par entrega.

En seguida les da la mazamorra,
 Que algunos de ellos con la leche mezclan;
 Otros se bogan (4) el caliente claro,
 Y se toman la leche con la arepa.

(1) Cayana.—Vasija redonda de barro, más grande y más panda que la cazuela, que sirve para la preparación del pan de maíz. Esta voz, quichua (*callana*), se usa también en el Cauca.

(2) Caponearse.—Abrirse los granos en forma de flor por la influencia del calor.

(3) Cacho.—Cuerno de res en cuya extremidad delgada y abierta se sopla con vigor para producir un sonido que se transmite á gran distancia para llamar á los peones. Bocina.

(4) Bogan.—Tiempo del verbo provincial antioqueño *bogar*, por beber un líquido con rapidez y sin detenerse.

Medio cuarto (1) de dulce (2) melcochudo (3)
Les sirve para hacer la sobremesa,
Y una totuma rebosando de agua
Su comida magnífica completa.

¡Salve, segunda trinidad bendita,
Salve, frisoles, mazamorra, arepa!
Con nombraros no más se siente hambre.
«¡No muera yo sin que otra vez os vea!» (4).

Pero hay ¡gran Dios! algunos petulantes
Que sólo porque han ido á tierra ajena
Y han comido jamón y carnes crudas,
De su comida y su niñez reniegan,

Y escritores parciales y vendidos (5)
De las papas pregonan la excelencia,
Pretendiendo amenguar la mazamorra,
Con la calumnia vil, sin conocerla.

Yo quisiera mirarlos en Antioquia
Y presentarles la totuma llena
De mazamorra de esponjados granos,
Más blancos que la leche en que se mezclan;

Que metieran en ella la cuchara,
Y que de granos la sacaran llena,
Cual isla de marfil que en leche flota,
Como mazorca de nevadas perlas;

Y que dejando chorrear el claro
La comieran después, y que dijeran,

(1) Medio cuarto.—La octava parte de una libra.

(2) Dulce.—Sustancia concreta que se saca del jugo de la caña de azúcar. *Rapadura* en Cuba, *papelón* en Venezuela, *chancaca* en Chile, y *panela* en otras partes.

(3) Melcochudo.—Blando, elástico y de consistencia correosa.

(4) J. E. Caro.

(5) Marroquín y Carrasquilla.

Si es que tienen pudor, si con las papas
Alguno habrá que compararla pueda.

¡Oh! ¡comparar con el maíz las papas,
Es una atrocidad, una blasfemia!
¡Comparar con el rey que se levanta
La ridícula chiza (1) que se entierra!

Y ¿qué dirían si frisoles verdes
Con el mote (2) de chócolo comieran
Y con una tajada de aguacate
Blanda, amarilla, mantecosa, tierna?....

¿Si una postrera (3) de espumosa leche
Con arepa de chócolo bebieran,
Una arepa dorada envuelta en hojas,
Que hay que soplar porque al partirla humea?

¿Y la natilla?.... ¡Oh! la más sabrosa
De todas las comidas de la tierra,
Con aquella dureza tentadora
Con que sus flancos ruborosos tiemblan....

¡Y tú también, la fermentada en tarros,
Remedio del calor, chicha antioqueña!
¡Y el mote, los tamales (4), los masatos (5),
El guarrus (6), los buñuelos, la conserva!....

¡Y mil y mil manjares deliciosos

(1) Chiza.—Gusano de tierra que ataca con preferencia la raíz de la papa.

(2) Mote.—Maíz cocido y condimentado. *Mute* en otras partes.

(3) Postrera.—La leche postrera que se ordeña de la vaca. Es más espesa y más apreciada que la otra.

(4) Tamales.—Pastel hecho con masa de maíz y carne de cerdo, condimentado de varios modos. *Hayacas* en Venezuela.

(5) Masatos.—Preparaciones hechas con masa de maíz, dulce y agua. Pueden ser más ó menos sólidos y más ó menos fermentados.

(6) Guarrus.—Bebida preparada con maíz (y á veces con arroz), agua y azúcar, y en ocasiones aromatizada con el jugo de alguna fruta.

Que da el maíz en variedad inmensa!....
Empero con la papa, la vil papa,
¿Qué cosa puede hacerse? No comerla.

Á veces el patrón lleva á la Roza
Á los niños pequeños de la hacienda,
Después de conseguir con mil trabajos
Que conceda la madre la licencia.

Sale la gritadora, alegre turba,
Á asistir juguetona á la cogienda (1),
Con carrieles y jíqueras (2) terciados
Cual los peones sus costales llevan.

¿Quién puede calcular las mil delicias
Que proporciona tan sabrosa fiesta?....
¡Amalaya (3) volver á aquellos tiempos!
¡Amalaya esa edad pura y risueña!

Avaro guarda el corazón del hombre
Esos recuerdos que del niño quedan;
Ese rayo de sol en una cárcel
Es el tesoro de la edad provectora.

También la juventud recuerdos guarda
De placeres sin fin..... pero con mezcla.
Las memorias campestres de la infancia
Tienen siempre el sabor de la inocencia.

Esos recuerdos con olor de helecho
Son el idilio de la edad primera,

- (1) Cogienda.—La recolección de frutos.
(2) Jíqueras.—Sacos de cabuya para la conducción de varios objetos; especie de mochilas. Llamadas en el Cauca y en otras partes *jigras*.
(3) Amalaya.—Interjección de deseo vehemente, de la cual se ha formado el verbo provincial *amalayar*. Originariamente se usó *¡ah malhaya!* para expresar deseo de un mal, y luego pasó á significar deseo de un bien, y simple deseo vehemente.

Son la planta parásita del hombre
Que, aun seco el árbol, su verdor conservan.

Pero, en tanto vosotros, pobres socios
De una Escuela de Artes y de Ciencias,
Siempre en medio de libros y papeles
Y viviendo en ciudades opulentas;

Nacidos en la alcoba empapelada
De una casa sin patios y sin huerta,
Y que jamás otro árbol conocisteis
Que el naranjo del patio de la escuela;

Vosotros ¡ay! cuyos primeros pasos
Se dieron en alfombras y en esteras
Y, lo que es más horrible, ¡con botines!
¡Vosotros, que nacisteis con chaqueta!

¡Vosotros, que no os criasteis en camisa
Cruzando montes y saltando cercas,
¡Oh! no podéis saber, desventurados,
Cuánta es la dicha que un recuerdo encierra!

¿Con cuál, decidme, alegraréis vosotros
De la helada vejez las horas lentas,
Si no tuvisteis perros ni gallinas,
Ni habéis matado patos ni culebras?

No endulzará vuestros postreros días
El sabroso balar de las ovejas,
De las vacas el nombre uno por uno,
La imagen del solar (1), piedra por piedra;

Las sabaletas (2) conservadas vivas,

- (1) Solar.—Terreno limpio y cercado, adyacente á una casa, ó espacio que quedó sin edificar.
(2) Sabaleta.—Pequeño peje de los ríos interiores de América, semejante al sábalo.

Sirviendo de vivero una batea;
Las moras y guayabas del rastrojo (1),
El columpio del guama (2) de la huerta;

La golondrina á la oración volando
Alrededor de las tostadas tejas,
La queja del pichón aprisionado,
La siempre dulce repreñión materna;

La cometa enredada en el papayo (3),
Los primeros perritos de Marbella.....
En fin..... vuestra vejez será horrorosa,
Pues no habéis asistido á una cogienda.

(1) Rastrojo.—Bosque de arbustos.

(2) Guamo.—Árbol del género Inga. Los hay de muy diversas especies. *Guavo* ó *guabo* en varios puntos de Colombia, en el Ecuador y en el Perú.

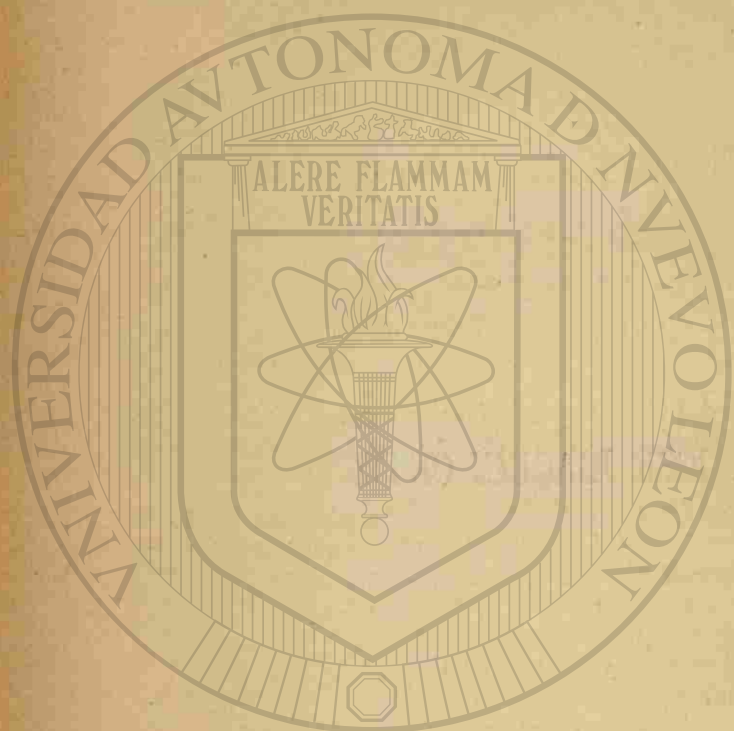
(3) Papayo.—Árbol frutal de la familia de las euforbiáceas. Carica Papaya, del género *Asimina*. Recientemente se ha descubierto que la *papaína*, sustancia que se extrae del fruto, es un magnífico digestivo.

(Estas notas están arregladas por los Sres. D. Manuel Uribe Angel y D. Emiliano Isaza.)

D. JOSÉ JOAQUÍN ORTIZ.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



D. JOSÉ JOAQUÍN ORTIZ.

LA BANDERA COLOMBIANA.

¿No oís? Es cual la voz de gran torrente
Con las lluvias de Dios acrecentado,
Que baja de los Andes despeñado,
Raudo, tremendo, asordador, rugiente.
¿No oís más cerca ya? Se une á los ecos
El rüido de música guerrera
Que, en alas de los vientos desatado,
Colma el ámbito inmenso de la esfera.
Pero ved más allá cómo se avanza,
Entre un bosque de aceros refulgente,
Que del sol á los rayos reverbera,
Del pueblo entre la òla,
Al firmamento azul enhiesta y sola,
De nuestra patria la inmortal bandera.
Y sube al Capitolio, y los clarines
Sueltan su aguda voz; retumba el trueno
Del cañón en los últimos confines.
¡Oh! ¡Salve á ti, magnífica y sublime,
Ungida con la sangre de los bravos
Muertos en la pelea!
¡Oh! ¡Salve á ti, quemada por el fuego
De las contrarias huestes;
Tú, poder, gloria y de la patria idea!
¡Oh! la bandera de la patria es santa,

Flote en las manos que flotare; ora
Volviendo vencedora,
Entre lluvia de flores
Al son del himno que su gloria canta,
Ó de la adversa lid acaso vuelva....
¡Oh! ¡ De la patria la bandera es santa!
Y si hay un ciudadano que, pensando
En el secreto de su alma, diga:
«¡Está en indignas manos!» ese puede
Á su madre negar en su ira insana;
No tiene corazón, y entre sus venas
Empobreció la sangre colombiana.

Cuando lanzar un pueblo Dios dispone
En la espléndida senda de la historia,
Da la señal de marcha, y en la mano
De sus caudillos pone
El pendón que ha de guiarlo, cual un día
Mandó sobre Jacob la parda nube
Que, flotando en el aire,
Fué en el desierto misteriosa guía;
Y en el velo que al sol en onda suave
Desarrollan los céfiros, escribe
Con invisible dedo y caracteres
Arcanos, que leer tan sólo él sabe,
Cuál su rumbo será, si habrá bonanza,
Qué tempestad vendrá, la hora de gloria,
La hora del cautiverio,
La del rescate y de la gran victoria.

Puso en una las águilas caudales
Del claro, inmenso cielo emperatrices;
Un hacecillo en otra de los rayos
Que procelosa nube al mundo lanza,
Y en otra derramó de oro las lises,
Como emblema de fuerza ó de esperanza,
Ó de dominación ó de ruina.
Así á la verde Erina
Dió el arpa gemidora,

Alto don al que pena y al que llora;
Y puso por presagio al gran destino
Que reservó á la Iglesia,
Sobre el delgado lino
Que al vendaval de tempestad se mueve
Ó al tenue soplo de favonio suave,
Y en que juntó al vellón de pura nieve
Un rayo de la frente de la aurora,
Del pescador la milagrosa nave.
Y cuando crió á Colombia, generoso
Rasgó un jirón del iris radioso
Que tras la tempestad alegre al mundo,
Y lo entregó á Bolívar; y Bolívar
De triunfo en triunfo lo llevó, de donde
Orinoco se lanza al mar profundo
Á donde el Potosí su nivea cumbre
En la región del firmamento esconde.

Mas árbitras se juzgan,
Dueñas de sus destinos las naciones.
Creen que cuando baja la victoria
Á coronar sus fuertes campeones,
Suyo es el triunfo y la victoria suya;
Mas ¡ay! que ignoran ellas
Que la secreta tela de su historia
Se teje entre las manos invisibles
Del que es Señor del mundo y las estrellas.

Dios fué quien á las águilas romanas
De ciudad en ciudad llevó volando
En los antiguos días
Hasta el confín del orbe, preparando
La paz universal á su Mesías:
Dios quien hizo salir de las regiones
Al aterido polo más cercanas,
De bárbaros innúmeras legiones,
Y al Mediodía encaminólas cuando
Quiso purgar la tierra
Con la espantosa plaga de la guerra.

Y cuando, lleno de clemencia, quiso
Dar una muestra de su amor profundo
Mostrando al viejo mundo
Éste, hasta allí, velado paraíso,
Llamó á Colón, y le mostró la senda
De América al confín del Oceano,
Al través de las nieblas y huracanes
Y tempestad tremenda;
Y Colón obediente,
Venciendo el ciego caos,
Cruzó el férvido Atlántico animoso
En tres frágiles naos,
Y el pendón de Castilla glorioso
Plantó al fin en la tierra de Occidente.

Dios sacó de la inmensa muchedumbre
De nuestra tierra un hombre
Que distinguió entre todos: era un mundo
De nobles pensamientos su cabeza;
Su espíritu, tesoro inagotable
De fuerza y voluntad: él conocía
Del corazón de los demás las sendas,
Y elocuente sabía
Cómo hacer poderosa su palabra;
Y así, cuando de golpe aparecía
En medio del combate, del soldado
El pecho palpitaba, cual si viera
Ó la faz de su madre placentera
Ó el bello rostro del objeto amado.

Él se llamó Bolívar, y doquiera
Fué símbolo del pueblo, en la batalla
Y bajo del dosel, y hasta que á orillas
Del mar ferviente halló la paz que sólo
En el silencio de la tumba se halla.
De su caballo al escucharse el trote,
Temblaba el corazón, y á los reflejos
De su fulmíneo acero se cubrían
De palidez las frentes, y doquiera

Que rápido pasaba, la victoria
Derramaba laurel en su bandera.
Soplaba; el yerto polvo de las fosas
Del esclavo tornábase fecundo;
Y tres grandes naciones de repente
Se alzaron de él, de gloria radiosas,
Con pasmo universal de todo el mundo.
Murió; y callaron los heroicos hechos,
Mas como el sol tras la última colina
Del Occidente azul su disco inclina
Y cae en un abismo de oro y llama;
Y enmudeció la trompa de la fama,
Y tan grande vacío hubo en la historia
Que colmarse hasta ahora no ha podido
Ni en patriotismo, ni en valor, ni en gloria.

Su portentosa vida,
De excelso honor y de dolor tejida,
Será en edad lejana
La mayor epopeya americana.
Las lirás de los bardos
Que lloren la tristísima elegía
Bajo los sauces de su tumba fría
Inmortales se harán, pues su alto ejemplo
Tal reguero de luz deja, que nadie
Se atreverá á seguir sus nobles huellas
De la inmortalidad al santo templo.

Él amaba la patria; mas la patria
No era sólo para él la hermosa tierra
Que, como rico velo,
Arropa el combo cielo,
Y reverente encierra
Las cunas de los hijos y las tumbas
De nuestros padres caros;
Que en su seno también firmes reposan
De nuestro Dios las bendecidas aras:
Y fué así como en su hora soberana,
Pronto á dejar el mundo,

Se envolvió en la bandera colombiana,
Y con amor profundo
Pronunció lleno de esperanza el nombre
Del que murió por libertar al hombre.

COLOMBIA Y ESPAÑA.

ALERE FLAMMAM
VERITATIS
20 DE JULIO DE 1882.

Este es, madre Colombia, el bello día
Que vuelve al mundo de tu gloria clara,
Y hoy, como ayer y siempre, sobre el ara
De tu templo inmortal derraman flores
Regocijados tus amantes hijos;
Y hoy, como ayer y siempre,
Resuena la armonía
De los himnos de triunfo y de alegría.

¿Mas qué cantor, entre el egregio coro
De tanto amado de los cielos, buscas
Para ensalzar tu nombre? ¿ó suple acaso
La llama de mi amor jamás extinta
Á la armoniosa lira del Parnaso?
¡Oh! que para cantarte dignamente
Poderosa no fuera

Del viejo Homero la robusta trompa
Ni de Marón la lira lisonjera.

¿Y yo he de alzar loándote mi acento
De tu gran día en la solemne pompa?

¿Qué es la humilde retama
Junto al baobab, patriarca de las selvas,
Que su gigante mole saca al cielo?

¿Qué el menguado arroyuelo
Que corre sin rüido,

En la callada soledad perdido,
En medio de los Andes,

Con nuestro poderoso Tequendama

Que, al arrojarse al negro abismo, brama
Atronando el desierto en voces grandes?

Nacido en medio á la tormenta horrible
De do brotó la libertad de un mundo,
Mi cuna en orfandad mecióse un día
Del cañón al rimbombo furibundo.
Niño yo, de la vida no sabía,
Ni el misterio pasmoso de la muerte,
Cuando me hallé en un campo de batalla;
Y en mi ignorancia extrema, no podía
Adivinar por qué, como leones,
Se lanzaban al fuego y la metralla
Unos y otros rabiosos escuadrones.
Visto había en la siega de los trigos
Cómo botadas las gavillas quedan,
Y parecióme entonces que sería
Siega de hombres la atroz carnicería:
Mi buena madre en tanto,
Llena de horror, y pasmo, y miedo, el llanto
En abundosa fuente derramaba;
Yo, niño al fin, sin experiencia alguna,
Mirándola llorar, también lloraba.

Era el campo de Vargas glorioso,
Y vi después al triunfador volviendo
Del suelo de los Incas deleitoso,
No cual Camilo en el ebúrneo carro
Arrastrado por rápidos corceles,
Ni de purpúrea clámide cubierto
Y la frente ceñida de laureles.
Modesto, ante el Senado de la patria,
Que lo acogió gozoso entre sus brazos,
Se presentó á mostrarle las cadenas
Que oprimieron el cuello
De los hijos del Sol, hechas pedazos.
De mis ojos cayó como una venda,
Y la revelación entonces tuve
De lo que es gloria inmaculada y pura,

Y lo que el corazón del hombre alcanza
Cuando del bien á la escabrosa senda
La santa mano del Señor lo lanza;
Y entonces comprendí cómo los héroes,
Porque viva y palpíte su memoria
En la remota edad, graban sus nombres
En el eterno mármol de la historia.

Y vi después al héroe entristecido,
Como un morir del sol, partir en busca
De nuevo hogar en extranjera tierra;
Y entonces comprendí lo que de amargo
La ingratitud del corazón encierra.

Quien hechos tan espléndidos ha visto
Es cual viajero que á sus lares torna
Después de haber cumplido el pío voto
«Y el gran sepulcro visitar de Cristo»;
Se le escucha con ánimo devoto
Porque puede decir: «Yo vi; yo estuve;
Yo al Calvario subí; yo el mármol santo
Que encerró á mi Señor empapé en llanto»;
Y el que atónito le oye, se imagina
Envuelto contemplarlo en una nube
Que exhala los aromas
De la remota tierra palestina.

Yo ahora de los últimos testigos
De la virtud de aquella heroica raza,
Al ver de su obra el fin, cual el viajero
Sentado en las ruinas
De un pueblo ya perdido
Que aturdió al mundo con el gran ruido
De su gloria y poder, me considero:
Y á veces alzo el canto,
Que es de dolor, no tanto
Por celebrar su gloria,
Como por dar al ánimo afligido
Consuelo celestial con su memoria.

¡Qué tiempo aquel de tanto horror y duelo!
La tormenta de rayos y granizo
Que por fértil región tronando pasa,
Sembrando en pos devastación y ruina,
Menos estragos deja que en ti hizo,
Oh patria mía, de la guerra el fuego.
De la revolución el soplo airado
Sobre la haz de Colombia á nuestros padres
Dispersó; y unos fueron
Á combatir al campo; otros cayeron
En infectas mazmorras, y la vida
Otros en el patíbulo rindieron;
Y quedaron desiertos los hogares;
Y las míseras viudas,
Petrificadas de terror y espanto,
Sin dar un ¡ay! extáticas y mudas,
Miraban de sus huérfanos el llanto.

¡Oh héroes! mas vosotros
Que fundasteis la patria, ¿á qué tormentos
No os condenaba vuestro amor? Congojas,
Dudas, temores, penas, desconfianzas,
Desbaratos del ánimo, desdenes
Del poderoso; bellas esperanzas
Que nacen, y tan pronto como nacen
Se ven desvanecidas;
Largas noches de insomnio doloroso;
Traición de los amigos;
Ver del puñal alzado entre las sombras
Relumbrar el relámpago, y mil veces
Beber hasta las heces
De ingratitud el ponzoñoso acibar.....
Esto sufrió Colón, esto Bolívar.

¡Mas qué si luego el día
Llega en que, al disipar el sol la bruma,
El inmortal piloto
Ve salir lentamente de la espuma,
Como alza el cáliz el fragante loto,

La americana tierra
Del fondo del Océano profundo,
Y poder exclamar, ebrio de gozo:
¡Gloria al Señor! ¡He descubierto un mundo!
¡Y qué cuando Bolívar,
Al través de los campos de la muerte,
Llega por fin de donde el mar recibe
Al Orinoco en amoroso abrazo,
Á la cima en que saca al firmamento
Su frente de granito el Chimborazo;
Y derrama la vista abajo, y mira,
Cual salidas del bátraro profundo,
Cinco grandes naciones,
Y clamar pueda al fin, ebrio de gozo:
¡Gloria al Señor! ¡He libertado un mundo!
¡Oh júbilo! ¡oh placer! ¡oh de la patria
Antiguas fiestas, cuando
De la borrasca la postrera ola
Huyó á perderse en el confín, llevando
La bandera española!
¡Y no nos dividía fiero bando,
Y era uno el pensamiento, uno el destino,
Y unos nuestros altares,
Y nos daba vigor una alma sola!

Entonces los comicios populares
No eran sangrienta lucha ó fraude artero;
La majestad augusta del Senado
Culto de amor mandaba verdadero,
Y el labrador pacífico veía
De su fatiga el fruto respetado;
La ley amada con amor intenso;
De la Justicia en el altar ardía
En perpetuo holocausto puro incienso;
Formaba una cadena nuestro brazo
Unido á los demás, y en paz profunda
Reposábamos todos complacidos
De la madre común en el regazo.

Mas ¿dónde ahora tan dichosos días
De unión fraterna y amistad son idos?
¿Dónde tantos varones distinguidos
En la sangrienta lid ó en el consejo?
¿Dó la lanza primera del Apure,
Y el valiente entre todos los valientes?
¿Y Sucre dónde? ¿Y dónde el que la carga
Dió en Ayacucho intrépido? Sería
Temerario el afán, oh patria mía,
De memorar sus inmortales nombres,
Cuando, luchando de diversos modos,
En la extensión inmensa de Colombia,
Si uno el caudillo fué, los héroes todos!

¡Pasaron los invictos! Su memoria
Para ser inmortal no necesita
Mármoles de Carrara ó duro bronce:
Eterna vive en los gloriosos campos
Que consagró el valor; suena en los ecos
De nuestros patrios ríos y montañas,
Y en el fiero rugir de los volcanes;
La refiere en sus páginas la historia;
Palpita del poeta en las canciones,
Y los vientos la llevan en sus alas
De la tierra á las últimas regiones.
¿Qué más? ¡en el altar culto recibe
Que de los hombres redimidos alzan
Á su eximia virtud los corazones!

¡Oh! ¡reposad en vuestras quietas tumbas,
Augustos padres de la patria mía,
Pues bien lo merecéis! La grande obra
De redención al fin está cumplida;
Y no llegue á turbar vuestro reposo
El tumulto de lucha fratricida.

Hoy á vuestros sepulcros hace sombra
La bandera del iris, enlazada
Á la de los castillos y leones;

Que el odio no es eterno
En los pobres humanos corazones;
Y llegó el día en que la madre España
Estrechase á Colombia entre sus brazos,
Depuesta ya la saña;
No sierva, no señora;
Libres las dos como las hizo el cielo.
¡Ah! ¿ni cómo podría
Hallarse la hija siempre separada
Del dulce hogar paterno,
Ni consentir la cariñosa madre
Que tal apartamiento fuera eterno?

En esos años de la ausencia fiera,
El recuerdo de España
Seguíanos doquiera.
Todo nos es común: su Dios, el nuestro;
La sangre que circula por sus venas
Y el hermoso lenguaje;
Sus artes, nuestras artes; la armonía
De sus cantos, la nuestra; sus reveses
Nuestros también, y nuestras
Las glorias de Bailén y de Pavía.

Si á veces distraídos
Fijábamos los ojos
Á contemplar las hijas de Colombia;
En el porte elegante,
En el puro perfil de su semblante,
En su mirada ardiente y en el dejo
Meloso de la voz, eran retrato
De sus nobles abuelas;
Copia feliz de gracia soberana,
En que agradablemente se veía
El decoro y nobleza castellana
Y el donaire y la sal de Andalucía;
Y entonces exclamábamos: Un nombre
Terrible, España, tienes; ¡pero suena
Qué dulcemente al corazón del hombre!

¡Oh! ¡que esta santa alianza eterna sea,
Y el pendón de Castilla y de Colombia
Unidos siempre el universo vea!
Y que al ¡viva Colombia! que repiten
El áureo Tajo, y Ebro y Manzanares,
Responda el eco que rodando vaya
Por los tranquilos mares
Á la ibérica playa
De ¡viva España! con que el Ande atruena
El Cauca, el Orinoco, el Magdalena!

LOS COLONOS.

No por florido otero ó verde riba
Á la margen de río clamoroso,
Cuya onda fugitiva
Entre tupido bosque y fresca grama,
Como formando diálogo quejoso,
De la urna espumosa se derrama;
Mas envuelto en el denso torbellino
De seco polvo que alza galopando
Mi corcel generoso,
Á la ciudad distante me encamino.

¡Vedla! ¡allá está! Sus blancas, altas torres
Entre espirales de humo se levantan
Sobre los rojos techos,
Y raros grupos de árboles á trechos
Alzan por cima su greñuda copa.
¡Oíd! el murmurar del pueblo llega
Al acercarnos más, cual voz de un río
Que despeñado de la sierra baja,
Y los peñascos con su espuma arropa
Y en altos tumbos fiero se desgaja,
De caballos el trote,
Y el chirriar de los carros en las guijas,
Y el tráfigo de gentes afanadas

Sordamente resuena,
Y hierve la ciudad como si fuese
De los hombres anchísima colmena.

¡Mas no fué siempre así! Mi fantasía
A la pasada edad tornando el vuelo,
Se placé en contemplar la dulce patria
De su oriente pacífico en el día.
Donde hoy, bajo la cúpula que al cielo
Se yerge de basilica suntuosa,
El altar santo queda,
Con el céfiro manso una arboleda
De robles seculares se mecía;
Y aquel otero allá, de donde corre
Primero, rotas peñas quebrantando,
De linfas claras resonante río,
De cabañas de bálago cubiertas
Era entonces un pobre caserío.

¿Y en qué lugar al aire abierto un día
La redentora cruz se alzó primero?
El escuadrón conquistador la frente
Humillado inclinaba,
Mientras la muisca gente
Viendo rendir el formidable acero
Que desquició su antigua monarquía
Llena de mudo asombro se extasiaba.

¡Oh! ¡ven conmigo, antigua amiga mía,
Musa! que no quemaste un solo grano
De incienso nunca ante ningún tirano;
Tú que arrojas coronas enlazadas
Con ramas de laurel que jamás muere
Para ceñir la sien, no del guerrero
Que se alza, lidia y triunfa,
Y cual tormenta que pasando asuela,
Dejando en pos de sí tristes despojos,
Mas la frente del útil ciudadano
Que primero este campo hizo fértil

Sembrando en la era el extranjero grano;
Del cenobita impávido que al centro
Penetró del desierto más profundo,
Y á la vida social al indio errante
Redujo del amor con suave mano;
Y del que pan y regalado lecho
Dió cariñoso al desvalido infante.

¡Oid cómo resuena
Adentro la montaña con los golpes
Del hacha! Ya en la loma más distante
Prende voraz el fuego,
Y el humo azul camina lentamente;
Mas se derrama luego
Por los collados todos;
Y el águila imperial, alipotente,
Fija la vista al sol, alza su vuelo,
Y se pierde en las nubes arrolladas
En la región espléndida del cielo.

Y mirad más acá cuál va inclinado
Bajo el fecundo arado
El toro, padre de la grey; el seno
De la tierra rompiéndose negrea,
Y la que antes espada destructora
Resplandeció ominosa en la pelea,
Ora en reja cambiada
Entre los grandes surcos centellea;
Y ese que, hoy labrador, ayer guerrero,
El mar cruzó trayendo el rubio grano
Que derramado en la era
Dará abundancia á la colonia entera,
Después verá doblándose á los soplos
Del favonio sūave
La frágil caña con la espiga grave;
Otro la carga llevará al molino,
Y entre el fragor del agua despeñada,
En el estrecho cauce atormentada
Do se cambia en espuma cristalina,

Recogerá, saltando en leves ondas,
El blanco río de menuda harina.

Ya que musa servil loores canta
Al guerrero que al mundo en sangre tiñe
Y la corona á la virtud debida
Doblando la rodilla humilde ciñe;
¡Musa mía! levanta
De éstos los nombres sin culpable miedo,
Y mi patria no ignore
Que el inmenso bien debe
Á Briceno y á Aguayo y á Acevedo.
Y de prez no menor dignos se hicieron
Para ilustrar su nombre,
Aquellos españoles que trajeron
Los animales útiles al hombre.
Junto al hogar medio apagado yace
Adormido el lebril de noble raza:
Mas oiga el eco gemebundo apenas
De la armoniosa trompa de la caza,
Y veréislo partir. La tierra toca
El delicado muso, alarga el cuello,
Y, cual la flecha que silbando rasa,
Con vivísimos saltos atraviesa
Tras la tímida corza ó suelta liebre
El llano, el bosque, el río, la alta roca
Hasta que al fin la presa
Vencida rinde y bárbaro apedaza.

¡Con qué estúpido pasmo no vería
El indio inculto por la vez primera
El altivo corcel! No de la trompa
El ronco son espera;
La leve oreja tiende
Y el fácil cuello enarca
Al rumor de los céfiros de Mayo,
Y fogoso, impaciente se enarmona;
Súbito fuego su pupila enciende,
Dejando ver de su ojo todo el blanco,

Atrás echa la crin en ondas sueltas
Sobre el trémulo flanco,
Y libre del roncal que lo aprisiona
Vuela en el campo abierto;
Traspasa el seco erial, solo y desierto,
Con duro casco el pedregal trillando;
Ó para en alta loma
Y suelta su relincho sonoro
Si oteó la yeguada desde lejos;
Ó á la orilla del río espacioso
Tranquilo al ruido va del agua mansa,
Con las brisas del monte jugueteando,
Por la alta grama de la fértil vega
Que nuestro patrio Sogamoso riega.

Mas ¿cuál fué la española
(Pues mujer debió ser sensible y bella)
Que, cual triste recuerdo
De patria ausente ó fúnebres amores,
Pasando á la comarca
De la extensa y feliz Cundinamarca
Trajo consigo el germen de las flores?
Débenla nuestros prados y pensiles
Verse alfombrados de las nuevas rosas
Cuando en el cielo ríen los abriles;
Y el clavel salpicado
Con el múrice tirió
La altiva copa alzar en frágil ramo,
Y su manto ostentar, más esplendente
Que los del mismo Salomón, el lirio;
Y la albahaca, del hogar amiga,
Que crece sin fatiga,
Con su aroma empapar todo el ambiente.

Rasgando el aire mudo,
Cuando apunta la luz del nuevo día,
No bajará quejoso el són agudo
De la campana desde excelsa torre
Á celebrar las glorias de María;

Mas del pajizo alar de la cabaña
Saldrá el clangor cual de clarín sonoro
Del gallo vigilante,
Que salude el lucero de la aurora,
Que sube por el éter rutilante
Tiñéndose del sol con la luz de oro;
Y veráse después cómo á la turba
Que su serrallo numeroso puebla,
Con voz amante llama
Á recoger el derramado grano
Del rubio trigo entre la verde grama.
Como después que el labrador recoge
En la espaciosa troje
Los frutos que le dió pródigo el cielo,
De las chisgas el pueblo numeroso,
En alas de los céfiros traído,
Cual en un gran palacio prevenido
Por el Dios bondadoso,
Sobre un árbol copudo abate el vuelo.
Debajo de la tribu desaparece
De repente el follaje; el árbol brilla
Como una grande cúpula de oro,
Y de tanta avecilla
No cesa un punto el gorjear sonoro :
Así de la Misión todos los niños
Cuando oyen la sonora campanilla,
Corren en torno de la cruz que arranca
Enhiesta al aire y cercan al anciano,
Que entre tantas cabezas infantiles
Descuella allí con su cabeza blanca.
¡Oh! ni Platón, ni Sócrates, famosos
En los anales del saber, supieron
Tras largos años de velar contino
Lo que estos pobres niños, candorosos,
De los trémulos labios del anciano,
Al pie del leño rústico aprendieron.

No es bastante al ardor que el pecho inflama
De los santos discípulos de Cristo

Una sola región y un solo clima.
Ellos irán de amor la pura llama
Á prender en el pecho del salvaje,
Á par las artes de la paz mostrando,
Al suelo donde Arauca se derrama
Y el Meta, y Casanare y raudo Upía,
La inmensa soledad fertilizando.
Subirán á la cumbre siempre yerta,
Trono de la borrasca asordadora,
Y oirán por fin el cántico sonando
En loor de la Cruz reparadora,
En cuantas son las lenguas,
Por cuantas son las tribus que mi patria
Pueblan del Occidente hasta la Aurora.

Y no desmayará su ardiente celo,
Porque después de alzar templos suntuosos
Á nuestro Padre Dios que está en el cielo,
Al enfermo abrirán quietos asilos,
Darán madre á los huérfanos
Y bendecido lecho á los ancianos,
Donde al fin puedan expirar tranquilos.

¡Y es poco aún!..... En su incansable anhelo
Por anunciar la vida á las naciones,
Quiéren centuplicar la voz divina,
Fijando su fugaz é instable vuelo;
Y el árbol de la ciencia,
Que es bien á un tiempo y mal, y vida y muerte,
Que encontró Guttenberg, ellos plantaron,
Antes que otro, en la tierra granadina.

¡Oh! ¡dadme frescas palmas
Con que tejer coronas
Que ornén la sien del vencedor! ¡Oh! ¡dadme
La lira de grandilocuos concertos
Para cantar sus ignorados nombres;
Y en alas de los céfiros llevados
De la tierra á los climas apartados,

Sean amor y orgullo de los hombres!
¡Á todo bien tributo de alabanza!
¡Á toda noble inspiración un canto!
Lo mismo al que confiando su fortuna
Á frágil tabla y á delgado lino
Al Oceano férvido se lanza
Hallando de la América el camino,
Que al que rasgando el florecido manto
De la tierra el arado usó primero:
¡Á todo bien tributo de alabanza!
¡Á toda noble inspiración un canto!

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA.

Hay un íntimo gozo y un contento
En vagar por las selvas primitivas,
Ó con la luz de perla de la aurora,
Ó por la tarde cuando el sol declina.
Gime el desierto con su voz augusta;
Entre el cañaveral suena la brisa,
Y se oye lejos el mugido ronco
Del toro, padre de la grey tardía,
Que al redil se recoge lentamente
Á la hora vespertina.

Desde niño gustóme ver la luna
Lentamente cruzar el firmamento,
Como una nave cándida, impelida
Sobre urnas de nácar por el cierzo.
¡Cuántas veces pasada la tormenta,
Desde elevada torre, vi los cielos
Recobrar su esplendor, mientras alzaban
Los árboles doblados por el viento
Sus ramos empapados con la lluvia
Y de fragancia llenos!

Recorrí las sabanas solitarias
Sobre corcel indómito y fogoso,
Veloz como el relámpago, revuelto
En densa nube de menudo polvo.
Dasalado salvaba los torrentes,
Que rebramaban con acento ronco,
Y trepaba á la cumbre de los montes,
Y miraba ocultarse poco á poco
El bello sol del trópico en su tumba
De púrpura y de oro.

Y también me he sentado pensativo
Á par de melancólico sepulcro,
Y he visto á la abubilla solitaria
Volar sobre las cruces de los túmulos.
He sentido rodar la secas hojas
Con sordo y melancólico murmullo,
Y vi la espina alzar sus corvos ramos
Abrazando las tumbas, y del buho
Escuché, que se queja entre la sombra,
El eco gemebundo.

Me he sentado á la margen de un gran lago
Siguiendo el curso vario de las ondas,
Que acompasadas baten en la orilla
La suelta arena y las silvestres ovas.
Y he mirado en silencio y distraído,
En la opuesta ribera, alzar la corza
Su enramada cabeza, y á las garzas
Atravesar el lago majestuosas,
Olvidando las penas de mi vida,
En tu margen, oh Tota.

Y al borde de tu horrible precipicio
Me he sentado también, oh Tequendama,
Y escuché con delicia el gran estruendo
Que hacen en la vorágine las aguas:
Imagen de la vida de los hombres
Que á hundirse van en tumba solitaria

Para volar después á otras regiones,
Cual las fugaces nubes que se alzan,
Y brillar, como brillan por tu frente,
Iris de corvas alas!

Mas si naturaleza en tantas formas
Su original belleza nos ofrece,
Ya entre los bosques al caer la tarde,
Ya en las quejas del rápido torrente,
Ya en la luz de la luna solitaria
Que en los antiguos árboles se cierne,
¡Cuán terrífica y grande no se muestra
Dentro del corazón del hombre débil!
¡Qué cuadros en sus páginas la historia
Nos hace ver presentes!

¡Qué abismo el corazón con sus pasiones,
Sus mentirosas glorias y sus males!
Jamás se oyó rugir con mayor fuerza
El ala de los recios huracanes,
Cuando en medrosa noche hundiendo el día
La extensa soledad airados barren.
¡Ay del pobre mortal que solo á solo,
Como Jacob, batalla con el ángel!
¡Feliz al menos al cerrar los ojos,
Si victorioso cae!

Mas la historia no pinta su miseria,
Ni su interior afán, ni su martirio;
No recuerda su llanto solitario,
No rasga el velo á su interior abismo.
¡El hombre es una ruina, más sombría
Que las de Babilonia y las de Tiro;
Campo inmenso, cubierto de cenizas,
Por tempestuosos ábregos barrido,
En que el viajero no halla ni una piedra,
Ni un nombre en ella escrito!

Ved á Núñez Balboa abrirse campo

Á pesar de la suerte y de los hombres,
Hasta subir al templo de la fama
Y grabar triunfador en él su nombre.
De en medio de las filas populares
Se alzó intrépido; así desde los montes
Se lanza á la región de las tormentas
El águila con vuelos vencedores,
Dejando atrás la nube en cuyas alas
Airado el rayo corre.

Su valor es su alcornica esclarecida,
Su espada es el blasón de su nobleza:
De unos pocos soldados rodeado,
Confianza sólo en su feliz estrella,
Puesto el oído al canto de la fama
Que á rematar lo impele la alta empresa,
En los bosques del Istmo, donde nunca
Hombre civilizado puso huella,
Á abrir paso al comercio y á las artes,
Impávido penetra.

¿Qué eran ante su pecho de diamante
Sierras bravías, soledad temible,
Naturaleza virgen en que sacan
En confusión á la región sublime
Sus elegantes copas las palmeras,
Los corpulentos cauchos y los dindes;
Mientras entre el jaral inextricable
Tienden sus brazos los silvestres mimbres,
Formando una muralla que los rayos
Del sol nunca recibe?

¿Ni qué mella en su pecho berroqueño
Pueden hacer los desiguales saltos
Del chacal carnicero, ni el aspecto
De la serpiente rápida, ni el dardo
Del salvaje, habitante de los bosques?
Tal parece que el cielo le ha formado
De otra naturaleza, dándole alma

Dura como el acero ó como el mármol,
Criándolo en la escuela de las penas
Y los duros trabajos.

¡ Vedlo! impávido trepa el agrio monte
Que sirve de barrera á entrambos mares,
Abriéndose camino victorioso
Por medio de la selva inextricable.
Ya no se oye el murmullo de las olas,
Ya no se siente el céfiro suave,
Ya no se ven las purpurinas flores
Sus perfumadas copas dar al aire,
Ya no se ve á los pájaros cantores
Dar sus vuelos fugaces.

Una naturaleza más augusta
Grandes cuadros presenta ante los ojos.
Barre fuerte huracán aquellas sierras,
Zumbando airado en los desnudos troncos;
Saltan en blanca espuma de las rocas
Puros y cristalinos los arroyos:
Allí crecen el musgo y los helechos
Y la espelecia de amarillos copos;
Y el gavilan que habita entre las peñas
Pasa volando solo.

Pero el color del cielo es exquisito,
Puro y azul, sereno y transparente,
Como brillantes son los sueños gratos
En que su alma magnánima se mece.
Delante va del escuadrón pequeño
Con paso firme, con serena frente,
Cual el bridón lozano en la yeguada
Primero á los obstáculos se ofrece,
Y alzando airoso la cabeza, corre
Y á un lado y á otro vuelve.

Subió al fin á la cumbre de los Andes,
Y á bajar empezó la alegre tropa;

Y á internarse volvieron en los montes,
Y á caminar bajo la espesa sombra
De árboles seculares; y volvieron
El arrullo á escuchar de las palomas,
Y á romper con la espada las lianas,
Y á oír de lejos el ruido de las ondas,
Mas ondas de otro mar que iba buscando
Vasco Núñez Balboa.

Y sube á alto peñón, á cuya planta
Murmura con amor la onda marina,
Y de repente con asombro y gozo
El *mar del Sur* por vez primera mira.
Desplomáronse lánguidos sus brazos;
Dobló ante tanta gloria la rodilla,
Y mojaron su faz regocijada
Lágrimas inefables de alegría,
Y su pecho, formado por la gloria,
Con la gloria palpita.

¡ Oh generosa edad de fe sincera,
Si afeada por crímenes atroces;
En que por Dios y por su rey cumplían
Tanta hazaña inmortal los españoles!
El canto de alabanza acompañaban
Á toda heroica acción aquellos hombres,
Y al Señor humildosos referían
El éxito feliz de sus acciones.
Puesto en pie Vasco Núñez, á su tropa
Dirigía estas voces:

« ¡ Venid á contemplar, amigos míos,
El blasón inmortal de vuestra fama!
¡ Ved ese mar inmenso y apacible
Que venimos buscando, cuál dilata
Hasta el confín del mundo postrimero
Sus ondas bellas que la vista encantan!
¡ Está abierta la puerta que tenía
Esta región del mundo separada!

¡Yo tomo posesión del Oceano
Por mi agosto monarca!»

Esto dijo, y descende espada en mano,
Y á poco ya mojaban sus rodillas
Las aguas de la mar. La mar entonces
Como un espejo inmenso relucía;
Y un himno de contento de sus ondas
Sonando á la región lejana iba,
Que ve las altas torres elevarse
Bajo el cielo purísimo de Lima,
Y á las regiones últimas, desiertas
Que Magallanes vía.

Muchas islas, cual búcaros de flores,
Flotando en esas aguas ve Balboa,
Y las visita sobre frágil balsa
Que de silvestre junco y ramas forma.
Sacan las Hijas de la mar cerúlea
La blanca frente coronada de ovas,
Y le ofrendan las perlas exquisitas,
Espuma de la mar cuajada en gotas:
De amor y admiración débil tributo
Á empresa tan heroica.

Y voló el tiempo, y en su curso trajo
Un hombre audaz, espíritu sublime,
Que asciende á esa atalaya de la tierra,
Toma la clava ponderosa, y dice:
«Yo romperé la roca formidable
Que el comercio del mundo hasta ahora impide;
Y juntando de un mar y otro las olas,
Á las naves daré tránsito libre,
Haciendo verdaderas las hazañas
Del fabuloso Alcides.

» ¡Y qué! ¿no puedo yo romper el muro
Que cerraba las puertas del Oriente,
Obra en que desmayaron del Egipto,

Sin alcanzarla, los soberbios reyes?»
— ¡Triunfa, pues, oh magnánimo! ¡La gloria
Coronas trenza ya para tus sienes:
Tu obra bendice Dios; y los poetas
Cantan ya en tu loor himnos celestes,
Y tu nombre, Lesseps, y el de Balboa
Juntos irán á las remotas gentes!

LA GOAJIRA.

Á LAS MADRES COLOMBIANAS.

Cuando el sol de los trópicos se lanza
En el espacio cóncavo del cielo,
Cual gigante que empieza su carrera,
En oriámbur baña la primera
Una bella región que el mar azota
Que último vió Colón, y el que estremece
La regalada brisa
Que en Paria hermosa los palmeros mece.
Allí, al Poniente, en la región suprema,
Cual los rayos del sol reverberantes,
Cual límpidos diamantes,
De la sierra en la cima resplandece
De granito inmortal la gran diadema,
Soledad deleitosa, fiel remedo
Que ha quedado en la tierra
Del primitivo edén; donde las aguas,
La luz, y el cielo, y las espesas sombras
Del bosque secular, y los ruidos
De blandas ondas y sonoro viento
Se hallan en armonía,
Y son música grata á los oídos,
Descanso al pensamiento,
Paz á la alma, á la mente poesía.

Es la región goajira,
Donde naturaleza abrió la mano,
Y pródiga vertió de su tesoro
Flores y frutos, y esmeraldas, y oro,
Y hermosura y placer; á la que abraza
Enamorado el férvido Océano
De blandas ondas al rumor sonoro;
Donde es divino el cielo que se mira
Encima sonreír claro y sereno,
Y regalada el aura que respira,
Pura y vital, regocijado el seno.

Para el hijo de aquellas soledades
Del alta sierra en albos grumos baja
El afanoso río que, entoldado
Por árboles que vencen las edades,
Roto entre el peñascal gime y borbota.
Para él amante cuaja
En la cerúlea caja,
Que guarda el mar en su profundo seno,
Cambiada en perla transparente gota.

Y cuando el cielo inundan los raudales
De santa luz con que el Oriente brilla,
Despierta para él el almo coro,
En el que oír se deja,
Como reclamo de amorosa queja,
La vencedora voz de sus turpiales,
Entre las mil de innúmera avecilla;
Y hace para él volar en el ambiente
La fragancia que guarda
En sus nectarios de oro
La trepante, aromática vainilla.

¡Y hoy esa tierra está muda y oculta!
¡Y hoy nadie traspasar sus lindes osa!
¡Y hoy esa raza que la puebla, vive
Como las fieras; y ni luz, ni ciencia,
Ni salud, ni verdad, nada recibe!

¡Y esa región es tierra colombiana!
¡Y el viajero que surca el mar Caribe,
Y el que de Paria el litoral azota,
Se pregunta asombrado
Cómo el patrio pendón no en ella flota!
¿Hijos no son acaso también esos
De la patria común? ¿pues cómo yacen
En abandono tal?— Mas de repente
Oigo una voz de luto y de querella,
Y se ofrece á mis ojos
La madre goajira enhiesta y bella.

Por sus hombros y cuello
Baja suelto el undívago cabello
Las formas á velar frescas y puras
De su seno fecundo,
Muy más que el de Cibele, la gran diosa
Que nos fingió la Grecia
Hija del cielo y de Saturno esposa.
La languidez de su húmeda mirada,
Como la del que ha llorado amargamente,
Contrasta con la fúnebre sonrisa
Que vaga por su boca delicada.
Tal sobre el césped que una tumba arropa
Se balancea al soplo de la brisa
De una silvestre flor la bella copa.

«¡Ay! ¡ay de mí infelice!
Con amargura dice,
¿Qué me ha valido ser del almo cielo
Favorecida tanto,
Si mis hijos consumen sin consuelo
Su inútil vida en el error y el llanto?
Unas veces con pie vagan incierto
Por la espesura de la selva umbrosa
O la ribera del sonante río,
Y otras las grandes pampas del desierto,
Rápidos cual relámpago, atraviesan
Sobre corcel indómito y bravío;

Otras, de pie, sobre el excelso escollo,
En el arco apoyados, largas horas
Pasan meditabundos
Contemplando la mar que arrastra airada
De sus ondas gravísimas el rollo
Á romperse con ecos gemebundos.

» ¡Ay! y yo misma atravesar he visto
Los senos de este piélago profundos
Á velas desplegadas una nave....
En una de esas fué do aquí aportaron
En los antiguos días
Los humildes discípulos de Cristo;
Los que con sus palabras de amor suave
De la salud la senda nos mostraron.
Hoy, como siempre, miro
Naves y naves desfilan veloces:
Y hoy, como siempre, en vano yo suspiro
Y en vano lanzo mis dolientes voces.
¡Vosotros, ¡ay! los que os llamáis cristianos,
Los que os llamáis del desgraciado hermanos,
Dad un altar al infeliz goajiro!

» La nave que ahora pasa y desaparece
En el límite combo de los mares,
Lleva tal vez los santos misioneros
Que van á alzar en la última Oceanía
Al verdadero Dios templo y altares.
Y el que llega á estas playas,
Mercader sin entrañas, en retorno
Del saludable bálsamo y las perlas,
Y del oro nativo y plumas gayas,
Nos brinda armas mortíferas, y en copas
En que el licor chispea, alegre vierte
El sueño del espíritu y la muerte.
¡Y veis vosotros esto, y los atroces
Dolores en que expiro,
Y no atendéis á mis dolientes voces!
¿Y todavía os llamaréis cristianos?

¿Diréis que sois del desgraciado hermanos?
¡Tened piedad del trance en que me miro,
Dando un altar al infeliz goajiro!

» Todavía en el fondo de las selvas
Al extraviado cazador admira
Hallar las ruinas del altar sagrado
De la antigua misión: palmas y dindes
Entre las rotas piedras han brotado,
Y la zarza derrama sus festones
De la cruz en un brazo destrozado.

» ¡Venid! mano leal y fácil senda
El goajiro os dará, tan fiel amigo
Cuan fatal enemigo en la contienda.
Talad los bosques: surque el pino leve
El mar, y la riqueza de mi seno
Á las regiones más remotas lleve.
Abrid, abrid los puertos;
Trazad caminos y fundad ciudades;
Cambiad en poblaciones los desiertos:
¡Ay! y en retorno de riqueza tanta,
Concededme los bienes á que aspiro:
¡Dadle donde adorar una ara santa,
Y una patria que amar, dad al goajiro!

» Y vosotras, oh madres colombianas,
Mirad mis pobres hijos....
No derramó la púdica azucena
La nieve por su faz, ni sus cabellos
Bajan hasta su cuello en ondas de oro;
Mas mirad de sus ojos los destellos,
Y sus labios rientes
Que dejan ver, iguales cual las horas,
Entre el rojo coral los blancos dientes....
Su madre soy, y me parecen bellos.
Por amor de los vuestros tan hermosos,
Y junto de vosotras tan dichosos,
¡Tened piedad compadecidas de ellos!

¡Si una lágrima sola, si un suspiro
Os merecen sus hados inhumanos,
Darán vuestros esposos,
Que se precian de hidalgos y cristianos,
Patria y altar al infeliz goajiro!*

BOYACÁ.

Yo contemplé con pasmo religioso
Alzarse el sol ardiendo en vivo lampo,
Una vez y otra vez resplandeciente,
¡Famoso Boyacá! sobre tu campo.
Ya los ecos salvajes
De tu colina bella
No repiten del bronce el estampido:
Ya de tu antigua gloria en ti no hay huella;
Y aquí se dieron cita
Dos pueblos valerosos
Á definir una mortal querella;
Y éste es el mismo río que, engrosado
De las tormentas con las turbias aguas,
Sobre la roca solitaria espuma,
Donde enlazados en abrazo odioso
En la última agonía
Los cuerpos de los fuertes campeones
Arrastró confundidos aquel día.
No hay túmulos aquí, no hay inscripciones
Que conmemoren tan heroicos hechos.
Las cruces de madera
Con que la religión honró las tumbas
Cayeron; ahora extienden los helechos
Tan solo aquí su movediza copa,
Y pasta mi corcel la verde grama
Que de los bravos el sepulcro arropa:
Y aquí, de noche, los labriegos oyen
Suspiros en el viento,
Tropes de caballos desbocados

Y el retintín de aceros que se chocan,
Cuando se pone la menguada luna
Entre las negras nubes de Occidente,
Y el can ladra á las sombras tristemente.

Los Alpes gigantescos, la barrera
Que entre los pueblos asentó el Eterno,
No atajaron el paso al fiero Aníbal,
En Trasimeno vencedor y en Canas,
Ni al gran Napoleón para ceñirse
De Marengo los lauros
En las campiñas fértiles romanas.
Cállense estas empresas generosas;
Que aquí hay mayor virtud y hechos más grandes;
Como á la cima de los Alpes vence
La excelsitud enorme de los Andes.

Desde donde el Apure al Orinoco
Con ronco estruendo su raudal tributa,
Hasta donde los Andes su cabeza
Alzan orlada de perpetua nieve;
Llanos inmensos, caudalosos ríos,
Soledad espantosa atravesando,
Bolívar salva, al español buscando.

No el cielo, triste con el largo invierno,
Que torna en mar inmenso las sabanas;
No la inclemente tierra, en que del tigre
Sólo se ven las huellas,
Á Bolívar detienen: marcha, abajo
Quedan los llanos; marcha, y á la cumbre
Trepas de los gigantes de la tierra,
Y pisa al fin la ubérrima comarca
De la bella y feliz Cundinamarca.

Cual tempestad horrenda que camina
Cubriendo con sus alas pavorosas
Monte y valle, poblados y colina;
La obscuridad y el miedo la preceden,

El exterminio y muerte van con ella ;
Sopla abrasando el huracán; se raja
La obscura nube donde duerme el rayo,
Y en ángulos de fuego corre y baja;
Retumba rimbombando el ronco trueno
Y de la tierra se estremece el seno:
Así Bolívar llega, y se presenta
Á la contraria hueste de improviso,
Que, asombrada, la fuga en vano intenta.
El héroe, como el águila, sedienta
De sangre y de furor llena y de rabia,
Que por doquier su presa enhambrecida
Sigue sin darle punto de respiro,
Cierra las sendas á cobarde huída.
Y se traba la lid: la muerte cruda
En ambos campos pasa la hoz aguda
Inmolando cien víctimas y ciento ;
Y cuando en el hervor de la pelea,
El tronar del cañón cesa un momento,
De los heridos se oye la alarida
Con triste guaya ensordeciendo el viento,
Ó la voz de Bolívar conocida
Que al combatiente infunde nuevo aliento.

El sol que en la mitad de su carrera
Vió empezar el combate,
De púrpura riquísima en el velo
Que en el pórtico tiéndese del cielo
Ya con menos fulgor la frente abate ;
Y la mortal contienda acaba sólo
Cuando llega la noche, y las estrellas
Con su luz celestial bañan el polo.

¡Oh! ¡qué espléndido triunfo! ¡Cuántas veces
Cuando el héroe magnánimo,
En las noches sin sueño,
Solitario en su tienda se sentaba
Y el pensamiento inquieto revolvía
Al tiempo irrevocable,

Las inmortales hijas de su gloria,
—Ayacucho, y Junin y Carabobo....—
Radiosas desfilan ante él veía:
Cual Boyacá ninguna
Entre tanta victoria;
Que así pierden su brillo las estrellas
Cuando aparece la fulgente luna.

Se figuraba entonces estar oyendo
El eco del clarín entre el redoble
Del atambor guerrero y las descargas ;
Del cañón el estruendo,
Los gritos de victoria, los quejidos
Del soldado muriendo,
Y el alto relinchar de los caballos
Que sin dueño en el campo vagueaban ;
Y ver el flaméar de las banderas,
Y el brillo de la armas refulgente,
Y las nubes de humo.....
Á nueva vida entonces renacía
Su corazón de penas expirante,
Cual cobra su esplendor por un momento
Lámpara moribunda
Cuando sopla una ráfaga de viento.
Es de inmortalidad el aura santa
Que de otros mundos á nosotros viene,
Que nuestro pobre corazón inunda
De paz, que en el martirio nos sostiene
Y á regiones de gloria nos levanta.

¡Todo pasó! Mas cierto
Que tal virtud, valor y patriotismo
Mejor corona y premio merecían.
¡Patria! tú mandas el deber severo,
Sin prometer el canto de la fama
Ni el honor del sepulcro postrimero.
¡Regocíjate ya! Los claros nombres
De tus hijos, á par pueden oirse
De los que fueron prez de otras edades,

Más semidioses que hombres,
Camilos, y Leonidas, y Milciades.

Mas si tales la suerte y los destinos
De nuestra raza son; y si el torrente
Del tiempo en sus revueltos torbellinos
Consigo arrastra á una
De los mortales glorias y fortuna,
Quedan con todó nombres
Que eternos vivirán entre las gentes;
Y el tuyo ¡Boyacá! fué consagrado
Á la inmortalidad en el gran día
En que Bolívar desnudó su espada
En tu glorioso campo,
Y dispó con victorioso lampo
De esclavitud la centenaria niebla
En que Colombia mísera yacía.

¡Oh Boyacá! ¡Tú testimonio vivo
Eres de esta verdad asombradora!
Vives; mas solo reina en tu colina
El silencio sublime
De augusta majestad; si el viento gime,
Sólo la voz del río aduladora
Lleva, ó la del cansado peregrino
Que canta—y no á tu gloria, que él ignora—
Por consolar la pena del camino.

AL TEQUENDAMA.

Oir ansié tu trueno majestuoso,
¡Tremendo Tequendama! ansié sentarme
A orillas de tu abismo pavoroso,
Teniendo por dosel de parda nube
El penacho que se alza por tu frente,
Que, cual el polvo de la lid ardiente,
En confundidos torbellinos sube.

Quise también mezclar mi acento débil
Al grande acento de tus muchas aguas,
Y, respirando el aire de tu gloria,
Ensalzarte también con voz ferviente,
Mi lira haciendo digna de memoria,
Y arrojarla después á tu corriente.

Heme aquí contemplándote anhelante,
Suspense de tu abismo:
Mi alma atónita, absorta, confundida
Con tan grande impresión te sigue ansiosa
En tu glorioso vuelo,
Y al querer comprenderte desfallece
De tanta fuerza y majestad vencida.

Tu voz es cual la voz de un Dios que pasma
De asombro y de terror á las naciones;
Cual rimbomba el cañón de la pelea,
Y anuncia así de lejos al viajero
La horrida majestad que te rodea.
Los ecos ensordecen y se cansan
De repetir la horrisona armonía
Que de ti suena en torno
Cual si fueran los himnos de un triunfo
Lleno de pompa y bélica armonía.
El águila asustada alza sus vuelos
Por el éter brillante á las montañas
Donde chillan hambrientos sus hijuelos.

Manso y tranquilo y sosegado corre
Lleno de majestad, y de repente
Cual dragón infernal alza la frente,
Sacude enfurecido
Las vedijudas greñas,
Se asoma al borde del abismo, y brama,
Y se lanza iracundo
De un abismo á otro abismo más profundo
En sabanas lumbrosas de alba espuma,
A ser despedazado entre las peñas.

La roca al golpe gime;
Hierva la onda atormentada y gira,
Se rompe, se revuelve, se comprime
Con clamoroso y desigual estruendo,
Ó como quien se queja y quien suspira,
Y como el humo de una gran hoguera
A torbellinos al olimpo sube
De clara niebla en argentada nube;
Y el poderoso acero
De soledad en soledad, de un monte
A un monte más lejano, lleva el viento.

El ángel guardador de tus raudales
Aquí, de tarde, á contemplarte viene,
Y en ese altar de piedra que se avanza
Lleno de algas, de espuma zarpeado,
Se sienta, el ruido de tu choque oyendo.
Su cabeza de juncos ven ceñida
Y de silvestres ovas,
Y su capa de púrpura teñida,
Los montañeses, y oyen el concierto
De su laúd divino, al brillo incierto
De la pálida luna
Cuando en silencio está todo el desierto.

¡Prodigio del Creador! ¡oh! ¡nada falta
A tu gloria! Pictórico horizonte
Delante se abre; antiguos como el mundo
Los árboles se elevan en tu monte;
Solemnes armonías
Resuenan en tu seno ancho y profundo:
Flores, aromas, luz y movimiento;
Aire esencial de vida en cada aliento;
Un cielo claro encima,
Como el alma de un niño, ven los ojos;
Y por diadema para ornar tu frente
Iris de oro, de púrpura y diamantes
Se cruzan sobre ti reverberantes.

Mas ¿dónde están, oh río, aquellos pueblos
De esta región antiguos moradores?
¿Qué se hicieron los Zipas triunfadores
Que se sentaban sobre el trono de oro,
Y que padres más bien que augustos reyes,
Con amor sonriendo y frente leda,
De dulce paz dictando iguales leyes,
Cual se gobierna una familia, al pueblo
Con el cayado patriarcal guiaban
Cual con riendas de seda?

¿En dónde el templo en láminas de oro
Resplandeciente al sol? ¿A qué comarca
Trasladaron las aras en que ardía
El aroma suavísimo, entre el coro
De virginales voces noche y día?
¿Dónde Aquimín? ¿el Bogotá? ¿el Tundama?
¿Adónde el santo Sugamuxi, adónde?
Tu trueno asordador, como un lamento,
Es la voz sola que á mi voz responde.

¡Pobres indios, abyectos, decaídos
Del vigor varonil, desheredados
De este tan bello y tan fecundo suelo,
Vosotros no poseéis de vuestra patria
Sino el dulce aire y el brillante cielo,
O una heredad cortísima! El arado
Rompe la tierra y de las tumbas saca
Los ídolos pequeños, confundidos
Con el polvo sagrado
De un sacerdote, un Zipa, un rey de Iraca.

Como se avanzan á este abismo obscuro
Y en él se pierden las pesadas ondas,
Así su pobre raza desaparece:
Parte cayó bajo el acero duro
De los conquistadores; en los hierros,
En infectas prisiones y sombrías
Se marchitó su juventud lozana;

Otra se pierde en el extraño abrazo
Con sangre de verdugos confundida....
¡Nación ayer, no existirá mañana!

¡Y este río caudal sigue corriendo
Como corrió desde la edad antigua!
¡Y el trueno aterrador que estoy oyendo,
Sonaba entonces como suena ahora,
Duro, rabioso, asordador, tremendo,
Como una eternidad devoradora,
Y sonará cuando al sepulcro caiga
Este hombre obscuro, débil, ignorado
Que oyéndolo á su borde está sentado!

¡Oh! ¡qué objetos! ¡el hombre y Tequendama!
¡El hombre sin poder, pincel ni acento
Con que pintar lo que su mente inflama,
Que ayer nacido, vivirá un momento,
Y mañana en el polvo del sepulcro
De su vivir se apagará la llama!
¡Y esta tremenda catarata, eterna,
Con esa voz cual la de mil tambores,
Cual ruido estrepitoso
De cien y cien caballos triunfadores
En el afán de una total derrota;
Y ese hervir fragoroso, inextinguible,
Y esa su roca, firme, estable, inmota,
Que alcanzará á los años de los años
Y del mundo á la edad la más remota!

¡Calma un momento el torbellino raudo
En que ruedas, oh río, al ciego abismo,
Y ese fragor y la explosión del trueno!
¡Disipa el pabellón de negra nube
Que cada instante de tu lecho sube
Para velar tu majestad! Mi alma,
Mis deslumbrados ojos, mis oídos
Sordos ya con el ruido de tus aguas,
Anhelan contemplarte un solo instante

Y dejarte después agradecidos!
Porque tu vista bella
Asombro, pasmo, horror sublime inspira,
Y de verdad severa lección grande
Deja en la mente con profunda huella.
Aire de gloria y de virtud respira
El hombre en ti, capaz de más se siente:
De legar á los siglos su memoria,
De ser un héroe, un santo ó un poëta;
Y sacar de su lira
Un son tan armonioso y tan sublime
Como el iris que brilla por tu frente,
Como el eco de triunfo que en ti gime.

GALILEO.

En alta torre alzado, en noche umbría,
El ojo armado de su activo lente,
Revuelta á Venus la serena frente,
Á Galileo absorto se veía.
El astro en tanto en su órbita corría
De vivísima luz entre un torrente,
Y el viejo, en su balanza omnipotente,
Su volumen y fuerza audaz medía.
Los ángeles del cielo que lo vieron
Del planeta seguir las claras huellas,
Por un simple mortal no lo tuvieron;
Y él dobló su rodilla á las estrellas,
Porque sus ojos de águila leyeron
El nombre del Señor escrito en ellas.

LA GOLONDRINA.

¿De dónde vienes tú con sesgo vuelo,
Alegre golondrina,

Ahora que el sol el espacioso cielo
De fuego con raudales ilumina?
¿De dónde vienes ahora
Qué el monte y la colina
Se ornan de nueva flor y nueva grama;
Ahora que el torrente fragoroso
Por el campo oloroso
Sus claras ondas rápido derrama?
Ya pasó la estación de las tormentas,
Ya las alegres Horas van danzando,
Y de arrayán y flores mil coronas
Sobre el paterno campo derramando.

Ese que ves tan verde y tan florido,
Tu otero conocido;
Y ese en que tu ala fugitiva rasa,
Es tu claro torrente;
Y ese, tu dulce nido
Que en el alar saliente
Vuelves á hallar de nuestra pobre casa.

¡Oh! ¡sigue revolando vagarosa,
Y sobre el campanario de la aldea
Un momento reposa!
Desde allí todo el campo se domina,
Y las mieses que suave el viento orea,
Y el lejano molino y la musgosa
Alta cruz del blanqueado cementerio
Que en medio de los árboles se empinal!....
¡Tiende la vista desde allí gozosa,
Y contempla tu patria deliciosa!

Al primer trueno del obscuro invierno,
Y las lluvias primeras,
Volaste abandonando las praderas
Y tu apacible hogar y nido tierno.
¿Adónde entonces fuiste
Con ala infatigable,
Dejando atrás el horizonte triste

Cubierto de tiniebla,
En cuyo obscuro seno el sol de Mayo
Mal alcanzaba á disipar la niebla,
Donde á intervalos con horror lucía
De tormentosa nube el presto rayo?

Tal vez á las regiones del Oriente
Pasaste con las brisas sonoras,
Y del Meta en la rápida corriente
Remojaste las alas temblorosas;
Tal vez desde la huta del salvaje,
Ó desde la alta torre ya en ruina
De la antigua Misión, viste la frente
Doblar al sol detrás del horizonte
Cual mar sin playa de la gran sabana
De la risueña Arauca, oh golondrina,
En su tumba de azul, de oro y de grana;
Y al revolar de la aura vespertina
Trajo hasta ti la voz del gran desierto
Quejas de bosque, son de ronco río,
Y melodioso pío
De las aves del campo solitarias,
Formando todo espléndido concierto
De júbilo solemne ó de plegarias.

¿Es venturoso, dime,
El indio entre su selva primitiva,
Á quien la ley no oprime
Y la cerviz altiva
Tan sólo en el desierto
Inclina al Grande Espíritu Sublime?
¿Ó le siguen doquier las mismas penas
Y del alma las mismas tempestades,
Y el pobre corazón lo mismo gime
Que en las grandes ciudades
En medio de las vastas soledades,
Oprimido de bárbaras cadenas?
¡Oh! que también en el desierto crecen
Flores para adornar la sepultura;

¡También brillan al sol de sus sabanas
Lágrimas de dolor y de amargura!

En mi primera edad, con la luz pura
Del sol, en el umbral de humilde techo
La banda de ruidosas golondrinas
Miraba, henchido de placer el pecho,
Ir y volver, y revolár contentas
De la pajiza choza
Á la extensa llanura,
Cual pasa pronta y viva
La luz de las tormentas,
Rozando con el ala fugitiva
Ya sobre la arboleda majestuosa,
Ya sobre el ancho azul, tranquilo lago,
Ya sobre la era antigua que llenaba
La flor del amarillo jaramago.

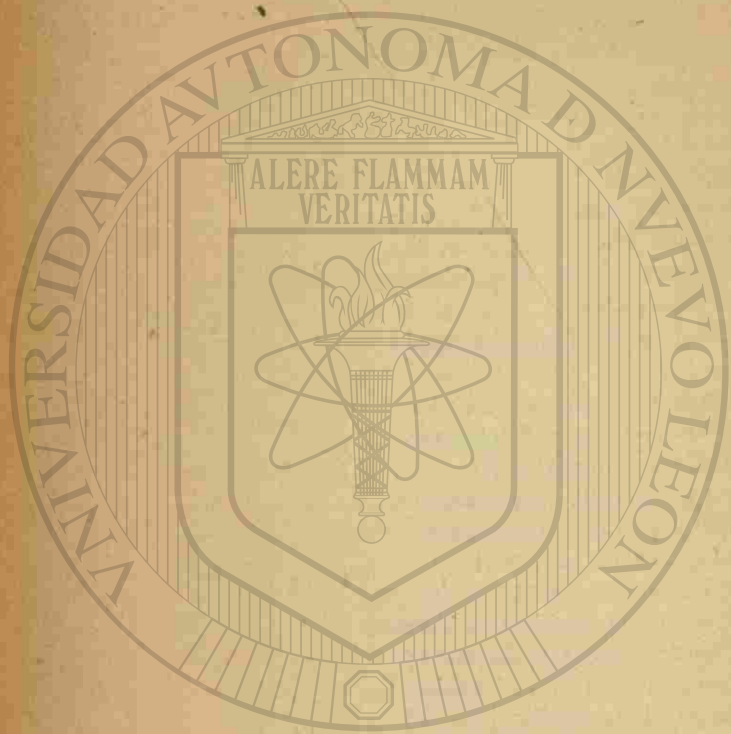
Cuando era niño, en casa de mis padres,
Dejaba yo que se muriera el día,
Y de las salas lóbregas, desiertas,
Empujaba las puertas,
Ó los duros cerrojos con trabajos
De la antigua capilla descorría,
Y á descansar entraba
De golondrinas banda innumerable:
Yo de un varal larguísimo auxiliado
Y de otros niños de mi edad seguido,
Por techos y cornisas implacable,
Sin respetar el inocente nido,
Á la avecilla tímida acosaba,
Que prisionera luego
Á una cárcel tristísima pasaba.

MI SUEÑO, SIN SOSIEGO,
Al clarear el alba interrumpía,
Y á cortarle las alas temblorosas,
Maligno niño súbito corría.
¡Hoy es, aun lo recuerdo! los chirridos

De la avecilla dan en mis oídos,
Y forcejando trémula la veo,
Y aun siento entre mi mano
De sus alas el rápido aleteo.

Una, y fué la postrera
Infeliz prisionera,
Con doloroso pío
Enterneció mi alma
Y de repente dije:
«¡Pobre! ¡vuelva á su campo!» y al momento
Abrí la débil palma,
¡Y ella rasgó precipitada el viento!

¿Adónde huyó veloz el claro día
De inocencia, de paz y de contento
De la niñez afortunada mía?
Tú volviste, avecilla venturosa,
Á tu nido y los campos paternales,
Sobre el ala del aura sonora,
Pasados los funestos vendavales
Cuando en el puro ambiente se difunde
De los floridos campos la fragancia;
¡Mas á mi pobre corazón no vuelve
La dulce paz de su dichosa infancia!



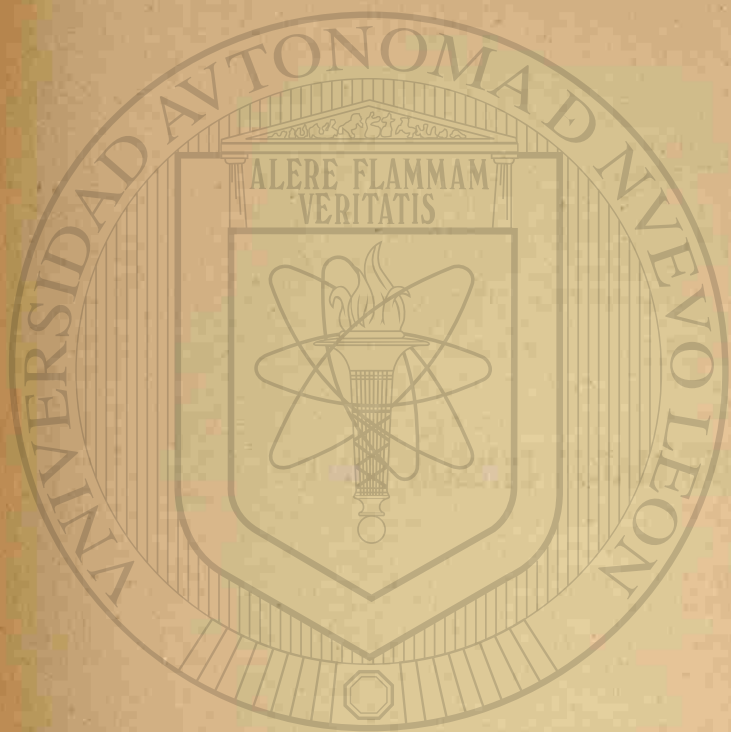
D. JOSÉ MARÍA PINZÓN RICO.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





D. JOSÉ MARÍA PINZÓN RICO.

EL DESPERTAR DE ADÁN.

Á JOSÉ MARÍA QUIJANO OTERO.

Y Dios partió, formada solamente
Del universo la sidérea cuna;
Y al ocultarse el sol en Occidente
Dejó su luz á la temblante luna.

Con el alma naciente fatigada
De cuanto en derredor y en sí veía,
Sorprendido del paso de la nada
A lo excelso del ser, Adán dormía.

Y con él la creación; porque sumisa
Al sentir el letargo de su dueño,
De sus nobles destinos indecisa
Cual primero tomó la paz del sueño.

Y el coro de magníficos querubés,
Al contemplar la inmensidad dormida,
Admiraba, desde ámbito de nubes,
Tan profundo silencio en tanta vida.

Mas era transición, y no el imperio
De obscura muerte, para el hombre ignota;
Era que de lo creado el gran misterio
A vibrar iba su primera nota.

Adán en tanto, con la mente llena
De sombra y luz, con giro indefinible,
Dejó vagar sobre su faz serena
Sonrisa de los cielos apacible.

Y era que vislumbraba los inciertos
Contornos de esos mundos ignorados
Que se incuban tras ojos entreabiertos
Y sólo pueden ver ojos cerrados.

Y Dios volvió; y al hombre contemplando,
Más beldad, más vigor dejóle impresos;
Y carne de su carne desligando,
Y distraendo hueso de sus huesos,
Savia de ángeles y astros agregando
Y la propia, de amor en los excesos,
Compendio de lo bello en forma nueva
Lanzó á brillar sobre los mundos á *Eva*.

Y Dios partió; y Adán tornó á la vida;
Y abrió los ojos; y encontró á la hermosa
Del ángel por la esencia, sorprendida,
De mujer por el fuego, ruborosa.

Sintió el hombre de súbito en sus venas
Desconocido ardor; y allá en su mente
Algo que bulle y se colora apenas,
Pero que es fuerza ya, grande y potente.

Sintió su ser girar en dos mitades,
En dos cerebros fulgar su idea,
En dos senos nacer las tempestades
De cuanto asombra, encanta, alumbra y crea.

Palpó sus miembros: túrgidos, ilesos,
Aun conociendo en *Eva* sus pedazos;
Y palpitaron en sus labios besos,
Como vibraron en su pecho abrazos.

Y se alzó de su lecho de azucenas
Y besó y abrazó; y entero el orbe
Sintió de inmenso amor las fibras llenas,
De amor, que todo forma y todo absorbe.

Se infiltraron doquier fuerzas secretas
De gestación inmensa en los afanes,
Y el éter, envidioso, ardió en cometas,
Y la tierra, envidiada, hirvió en volcanes.

Más esplendor buscando, desquiciadas
Se acercaron al mundo las estrellas,
Y de *Eva*, cual de Adán, en las miradas
Lumbre tomaron al dejarla en ellas.

Las brisas y las aguas undularon
Por imitar las formas virginales,
Y al universo atónito mostraron
Líneas de aromas, senos de cristales.

Se inclinaron las rosas á las fuentes,
Se entreabrieron los lirios al rocío,
Y perfumes, y rayos esplendentes
De guirnaldas llenaron el vacío.

Ensacharon los peces sus esferas,
Ensayaron las aves sus conciertos,
Y se buscaron, tímidas, las fieras
En la vasta extensión de los desiertos.

Sus coronas los árboles juntaron
Con leves lazos de floridas hiedras,
Y tapices de grama cobijaron
La tersa faz de las desnudas piedras.

Todo fué amor; misterio comprendido;
Plenitud interior; halago externo;
Gran complemento, dado y recibido;
Ósculo universal, abrazo eterno;

Claridades que, unidas, se brillantan;
Sonidos que, mezclados, son canciones;
Sentimientos acordes, con que cantan
Su consorcio eternal los corazones.

Y del Edén los ámbitos, estrechos
Quedaron á los seres transfundidos;
Y el mar cerúleo se pobló de lechos,
Y el bosque inmenso se colmó de nidos.

Y Dios sonrió desde la excelsa altura
Al infinito amor; su ley es esa;
Y al lanzar del Eden á la criatura
«Creced, multiplicad» — le dió en promesa.

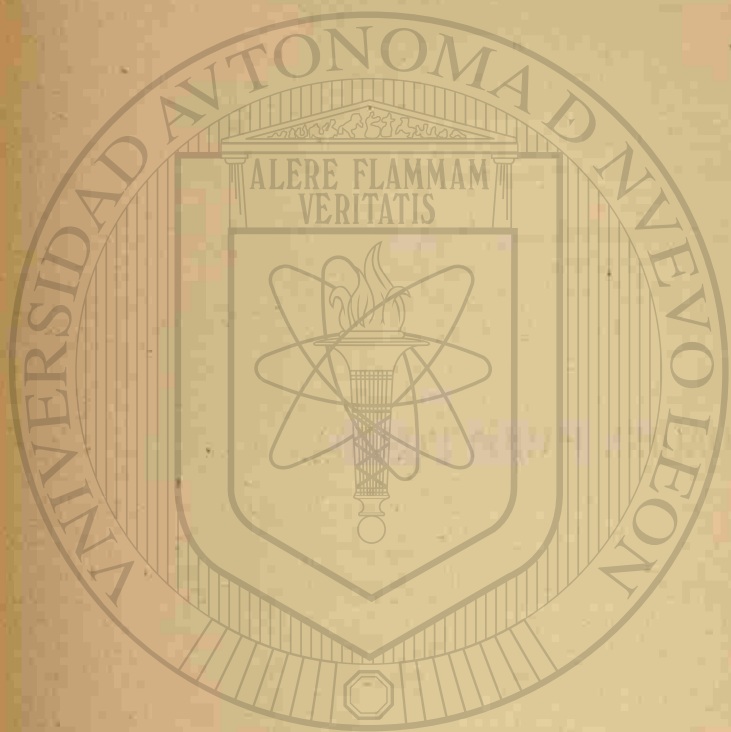
Y Adán, viendo lo cierto en lo preciso,
Ciñendo al bello ser en quien creía,
Dejó la vaguedad del paraíso,
Do tanta plenitud ya no cabía.

Y de santa ternura arrebatado
Bendijo á Dios en himnos inmortales;
.....
¡La lira universal ha preludiado,
Pero nunca lanzó notas iguales!

D. JOAQUÍN PABLO POSADA.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



D. JOAQUÍN PABLO POSADA.

FANTASÍA.

Caro Antonio *sur le champ*,
Como dicen los franceses,
Y como tú lo mereces,
Mis décimas allá van.
Hoy recordaste un refrán
De exactitud inconcusa:
La necesidad es Musa
Que tiene cara de hereje;
Necessitas caret lege:
Si falta ley, no se abusa.

Has de saber que yo estoy
En la más completa inopia;
Yo no soy sino mi copia,
Ó, mejor dicho, *no soy*.
Subo, bajo, vengo, voy,
Hablo, callo, lloro, río,
Atropello, me desvío,
Ando..... como tu reloj,
Sin la conciencia del yo,
Que es raíz cúbica del *mito*.

Aunque he visto en una obra:
Time is money, no es así:

La prueba mírala en mí,
Á quien *todo el tiempo* sobra.
Dime: si alguno me cobra,
¿Le he de decir: caballero,
El tiempo vale dinero,
Eche acá ese pagaré
Cancelado, y tome usted
Seis meses ó un año entero?

¡*Time is money!*..... ¡tontería!
¡Oh! ¡qué británica flema!
¿Ir no puedo yo á Ambalema,
Y la eternidad es mía?
¡*Time is money!* ¡Yo daría,
Y eso de muy buena gana,
A cuartillo la semana,
Sin pacto de retroventa!.....
Ve si el negocio te tienta
Y empezaremos mañana.

Tú me dirás que trabaje,
Que mi situación te aflige,
Que mi vida arregle y fije,
Que abandone mi actual traje,
Que ya que no subo, baje;
Que calle, que no me queje,
Que de décimas me deje,
Que, pues Bogotá me arroja,
Mi mula y mi mala coja
Y de Bogotá me aleje.

Yo te diré que me gusta
Tu opinión, que es muy sensata;
Pero..... que no tengo plata,
Sin la cual nada se ajusta;
Que dentro de una hora justa,
Si tuviera para el gasto,
Aplicárame el emplasto
Que aconseja tu receta;

Mas que mi mula es *muleta*
Y que mi mala es canasto.

Se desprende rectamente
De cuanto dejo asentado
Que soy el tipo obligado
De la humanidad doliente.
Y si tuvieras presente
Que la civilización
Está haciendo aquí mansión
De algunos días á esta parte,
Mucho mejor podrás darte
Cuenta de mi posición.

¿Quién es el que en su bandera,
En esta tierra de infames,
No ha escrito: — *Auri sacra fames,*
Como si latín supiera?
Pero no..... que ingrato fuera,
Indigno yo de perdón,
Si no añadiera un renglón
Confesando que, conmigo,
A pesar de lo que digo,
No hay regla sin excepción.

Basta: ¿te aburres? — lo creo,
Porque la pobreza mía
Parece una *fantasia*.....
¡Toma! ¡el tema que el Liceo
Me adjudicó en el sorteo!.....
Permite que dé aquí fin,
Salúdame á Valentín,
Y acepta cual testimonio
Estas décimas, Antonio,
De la amistad de Joaquín.

Á MARTÍN GUERRA.

EN SU DÍA.

De cumplirte la promesa,
Por no decir la amenaza,
Que te hice ayer, daré traza,
Y heme al frente de mi mesa.
Ya mi musa no es traviesa
Como en un tiempo solía,
Ni osada mi fantasía,
Ni ardiente mi corazón;
Así, esta improvisación
Vas á encontrar tarda y fría.

Que lo moral de lo físico
Por desgracia se resiente,
Es una verdad patente,
¡Ay, amigo! y yo estoy tísico.
¿Hallas esto metafísico?
Pues te diré: es que no como,
Y como tampoco tomo
Háce rato de lo añejo,
De este afán, yo, pobre viejo,
Voy á salir no sé cómo.

En esta espinela, á fe,
Hay tantas complicaciones,
Que algunas explicaciones
Es natural que te dé:
Lo de tísico, se ve
Y además se oye en mi tos;
Que no como, acá inter nos,
Sí como, pero hazte cargo:
¿Hay bocado más amargo
Que el de por amor de Dios?

¿Que no tomo? ¡Ni una gota,
Hace tres años y pico!
Si esto no es ser un borrico,
Es casi ser un idiota.
Pero es lo cierto, y anota,
Que he bajado el Magdalena,
Que me he privado sin pena
Del vino allá en el Perú,
¡Lo cual, confiésalo tú,
Es estar á prueba y plena!

Que el aguardiente y el vino
Fueran motivo ó pretexto,
Y esto en razón lo hallo puesto,
Para no darme un destino:
Santo y bueno; mas no atino
Qué motivo, qué razón
Tenga la Administración
De nuestro amigo Santiago
Para obligarme á ser vago,
Por no poder ser ladrón.....

Que yo he sido liberal
Y que liberal aun soy,
Aunque no de los de hoy
Ni de la cosecha actual,
Lo he probado bien ó mal:
Y aunque entré con otros mil
El diez y siete de Abril
Con el pobre Melo, el hecho
Es que no escondí mi pecho
Ni fuí cobarde ni vil.

Yo puedo decir, en suma,
Que en todo tiempo he servido,
Sin ahorrarme, á mi partido,
Con mi espada y con mi pluma.
¡Hoy..... la desgracia me abruma!
Y si tuviera una espada

Á la cintura colgada,
Á fe no la empuñaría....
¡Pero sí la empeñaría,
Porque algo es mejor que nada!

Apuesto á que te sonríes:
Y más, á que con placer
Me convidas á comer
Allá en el hotel *Danies*.
Pero, amigo, no confíes
En que acepte tal honor;
Mas si es que quieres favor
Hacer hoy á tu Joaquín,
Te llegó tu *San Martín*:
Puedes mandarme un condor (1).

Á PABLO.

Desde el lecho, caro Pablo,
Te dirijo estos renglones
Que, apostara cien doblones,
Van á hacerte dar al diablo.
Mas, francamente te hablo,
Prefiero ser importuno
Á pasar en el ayuno
Toda la mortal semana
Que ha de comenzar mañana,
Mañana viernes, por Juno.

Aunque el médico ilustrado
Diariamente me receta,
La más rigurosa dieta,
Siempre habrá que hacer mercado;
Y como tú me has rogado,
Con tu habitual elocuencia,

(1) Moneda de oro americana.

Que te dé la preferencia,
Caso de necesidad,
Si abuso de tu bondad
Sopórtalo con paciencia.

Cierta vez que ocurri á ti
Me serviste como amigo,
Y yo quedé mal contigo;
Pero no consistió en mí.
Fué que en situación me vi
Tan triste y tan afanosa,
Que si pintara la cosa
Te había de ver afligido
Llorar á moco tendido
Sobre mi suerte horrorosa.

La suerte de que me *chillo*
Es la suerte pecuniaria,
Puramente monetaria,
Puramente de bolsillo.
Suerte que sin un cuartillo
Me tiene siempre: de suerte
Que si no fuera tan fuerte,
Como tú sabes que soy,
Al mirarme como estoy
Me hubiera dado la muerte.

Figúrate que le debo
Á todo el que en torno miro;
Debo el aire que respiro
Y debo el agua que bebo.
Casi ni á salir me atrevo,
Porque si salir consigo,
Mis acreedores, amigo,
Me atacan de llano en llano,
Desde el primer ciudadano
Hasta el último mendigo.

Con otro fuera torpeza

Ser, como soy, tan sincero;
Debiendo, al pedir dinero,
Ocultar tanta pobreza.
Mas contigo con franqueza
Hablo de la suerte mía.
Ingrato y falso sería
Si no hablara como hablo,
Porque fuera olvidar, Pablo,
Tu nobleza y tu hidalguía.

Quiero acabar: necesito
Diez y seis pesos cabales;
Para conseguir los cuales
Estas décimas he escrito.
Préstamelos, que infinito
Será mi agradecimiento,
Como lo es el firmamento
Y como el poder de Dios,
Quien, acá para los dos,
Me tiene muy descontento.

Ninguna promesa haré,
Porque á ti no se te esconde
Que cómo, cuándo, ni en dónde
He de pagarte, no sé.
Pero que te pagaré,
Y que á pagarte me obligo,
Poniendo á Dios por testigo,
Es tan seguro y tan cierto
Como lo es que sólo muerto
Dejaré de ser tu amigo.

Á JOSÉ MANUEL MARROQUÍN

REMITIÉNDOLE UN LIBRO DE VERSOS.

Manuel de mi corazón:
Hace un año..... más de un año,

Que tuve el capricho extraño
De darle publicación
Á la adjunta colección
De versos. Y así los nombro
Porque, con maligno asombro,
Si no los llamara versos,
Se reirían mil perversos,
Viéndome por sobre el hombro.

Dirás que no es *ver por sobre*
Sino *mirar por encima*;
Y añadirás que mi rima
No es dulce, sino salobre.
¡Qué demonio! Yo estoy pobre
Más de lo que se te alcanza,
Y, según dice Carranza,
Si la pobreza enflaquece,
También lo mucho embrutece,
Por más que parezca chanza.

Además, yo no las echo
Ni de Tirso, ni de Inarco;
Conque, mi amado Aristarco,
Déjame seguir derecho.
Digo, pues, volviendo al hecho,
Que hace poco más de un año
Que, para mi desengaño,
Cometí la necedad
De darle publicidad
Al libro que te acompaño.

Fué, sí, necedad la mía
Haberlo dado á la estampa;
Y no me llevó la trampa
Porque los Echeverría,
Con singular hidalguía,
Me imprimieron la edición,
Sin más remuneración,
Aunque se convino en precio,

Que conservarles mi aprecio
Y darles mi corazón.

No pienses que pienso yo,
Y esta no es falsa modestia,
Que el público es una bestia
Porque el libro no compró.

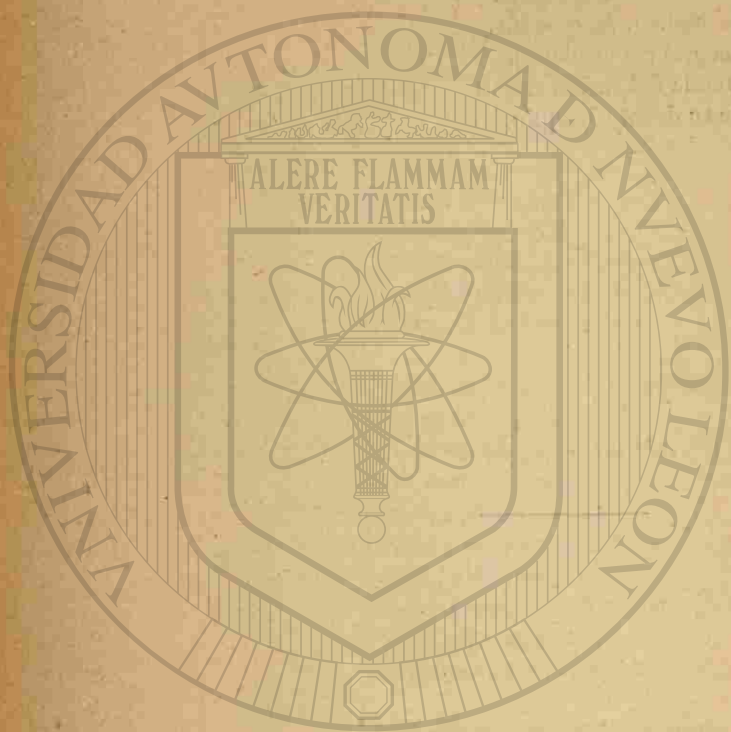
Si el libro no le gustó,
Sin duda no serviría;
De seguro no valía,
Como yo pensé, un Perú:
La prueba es que compra tu
Tratado de Ortografía.

Perdóname que me encumbre
Y divague como un sabio:
Esto es en mí ya un resabio,
No le llamaré costumbre:
Esta es una servidumbre
Rústica, pues no es urbana,
Pesada, pues no es liviana,
En que habrás de consentir:
Y no me he de corregir,
Porque no me da la gana.

Vuelvo al parto de mi ingenio
De que hablaba, y que lo vende
El mismo Navamorcuende
Que cita Inarco Celenio.
Yo, para probar mi genio,
Otro haré que al mundo asombre,
Tal, que al pronunciar mi nombre,
Diga el universo entero,
Echando abajo el sombrero:
¡Joaquín Posada era un hombre!

Mientras llega ese momento,
De mi gratitud en gaje,
Y como humilde homenaje

Á tu virtud y talento;
Con el mayor sentimiento
De no ser un Moratín,
Te suplico, Marroquín,
Aceptes ese cuaderno,
Prenda del cariño tierno
De tu devoto Joaquín.



D. RICARDO CARRASQUILLA.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





D. RICARDO CARRASQUILLA.

EL ABRAZO.

El sol declinando va,
Está la tarde serena ;
Hierva como una colmena
Santafé de Bogotá ;

Echa á un lado su apatía
Y las campanas á vuelo,
Y levántase hasta el cielo
Insólita gritería.

Por la vía que serpea
De la cordillera al pie,
Lejos, muy lejos se ve
Nube de polvo que ondea ;

Alzanla tres militares,
Que á largo galope van,
Y á sus corceles están
Desgarrando los ijares.

El de más suposición
Es de mediana estatura,
Tiene gallarda figura
Y se llama *Don Simón*.

Monta fogoso alazán,
De tanto correr rendido,
Y sobre el roto vestido
Lleva un gastado dormán.

Gorra con ancha visera
Cubre su frente tostada
Por el sol, y su mirada
En torno fulgida impera.

Cual arroyo rumoroso,
Que va rápido corriendo,
Sus aguas á otros uniendo,
Forma un río caudaloso;

Así van diez, veinte, ciento,
Uniéndose á *Don Simón*,
Y forman un escuadrón,
Y después un regimiento.

Y la turbia polvareda,
Que más y más crece y sube,
Forma gigantesca nube,
Que sobre los Andes rueda.

Es Bolívar el que viene;
Ha vencido en Boyacá,
Y loca la gente está,
Y nadie su ardor contiene.

¡Ha llegado! El pueblo entero
Agólpase en rededor
Del ilustre triunfador,
Del portentoso guerrero.

Casi en peso va el corcel,
Caminando á paso lento,
Y crece á cada momento
La gritería, el tropel.

Aplausos y bendiciones
Al que es su padre ofrecer
Quieren, y quieren poner
Á sus pies los corazones.

No pudiéndose acercar
Una pobre anciana, el grito
Levanta y dice: «¡Bendito!
¡Ah! dejádmelo abrazar.»

Bolívar la alcanza á ver
Con su rápida mirada,
Y dice en voz reposada:
«Abrid paso á esa mujer.»

Mas la multitud ardiente
En vez de abrirse se apiña,
Y por más que se la riña,
Ni un paso en cejar consiente.

Bolívar silencio exige,
Se apea rápidamente,
Se abre paso entre la gente,
Y á la mujer se dirige.

Huela á la anciana el temor,
Y quiere moverse en vano;
Mas halla apoyo en la mano
Del noble *libertador*.

A sus labios respetuosa
La lleva, en llanto la inunda,
Y una alegría profunda
En su semblante rebosa.

Bolívar estrechamente
Abraza á la anciana luego:
Y una lágrima de fuego
Deja caer en su frente;

Y al volverse conmovido
En busca de su alazán,
De su gastado dormán
Rueda un botón desprendido.

Cae la anciana de hinojos,
Guarda el botón en su seno,
Y con semblante sereno
Exclama, alzando los ojos:

«Jesús mío y mi Señor,
Me entrego en tus manos, haz
Que muera tu sierva en paz:
¡He visto al *libertador!*»

UN SABIO.

Estaba Crispín el sabio
Con otros sabios un día;
Se habló de sabiduría
Y no desplegó su labio.

Acerca de Meca y Moca
Con entusiasmo se habló;
Y don Crispín no movió
Su sapientísima boca.

Tratóse con gran porfía
De Dumas y Lamartine;
Pero el señor don Crispín
No dijo esta boca es mía.

Hablóse al fin de Cantú,
Don Crispín movió sus labios,
Callaron todos los sabios,
Y él dijo muy serio: ¡*Mí!*

EL CHOCOLATE.

Cantó con ronca voz el ciego Homero
Del aturdido Aquiles la venganza,
Y siendo un viejo chocho y majadero,
Júzgalo el pueblo digno de alabanza:
Un asunto más noble yo prefiero
Donde no habrá ni guerra, ni matanza,
Ni una sola tormenta, ni un combate:
Quiero cantar el dulce chocolate.

En los jardines del Edén habría
De chocolate bienhechora fuente,
Que, salpicando espuma, correría
De queso en hondo cauce blandamente;
Y despidiendo aroma, arrastraría
Impetuosa la rápida corriente,
Entre arenas de blando bizcochuelo,
Los descujados troncos del canelo.

El blando ruido de amoroso viento
Que sopla de un jardín entre las flores;
Del trovador el armonioso acento;
El dulce lamentar de los pastores;
De la paloma el fúnebre lamento;
El cantar de los pardos ruseñores,
No al són igualan plácido y sencillo
Del raudo y rumoroso molinillo.

¡Por vida!.... me olvidaba de una cosa
De las más importantes y esenciales:
Falta la invocación. ¡Celeste diosa,
Que habitas los extensos cacaotales!
¡Haz que mi voz resuene poderosa
Y arrebate á los míseros mortales,
No al clangor de la homérica trompeta,
Sino al robusto són de hirviente olleta!

Cuando en la noche el huracán rabioso
Brama, y rimbomba con fragor el trueno,
Brilla el rayo, y el hombre temeroso
Tiembla en su lecho de pavora lleno;
Si por calmar su miedo congojoso
Sorbe caliente chocolate y bueno,
Tocando el sueño su abatida frente,
Tranquilo ronca y duerme grandemente.

Cuando es fuerza pasar la noche en vela
Al lado del amigo moribundo;
Cuando la llama de chispeante vela
Interrampe el silencio asaz profundo,
Nuestro amargo dolor nada consuela
Sobre la faz del anchuroso mundo,
Como escuchar el ruido con que bate
La cocinera el dulce chocolate.

¿Quién, aunque tenga larga parentela,
Podrá contar tan nobles apellidos?
De azúcar, de vainilla, de canela,
Con otros mil no menos conocidos,
Tales como *de harina y de panela,*
Por el *de* que precede distinguidos;
Mas no es el *de* que usurpan los villanos
Por parecer ilustres ciudadanos.

Cuando á la voz de Juno prepotente,
Abandonando las etéreas salas,
Del Tequendama en la terrible frente
Iris extiende sus brillantes alas;
Cuando el Pavón sagrado de repente
Despliega altivo sus preciosas galas,
No ostentan tan magníficos colores
Como en su espuma el rey de los licores.

Á esos cobardes que con férreas manos
Quieren esclavizar el mundo todo,
El mundo vil los llama soberanos,

Mientras que vuelven de la tierra al lodo:
Mas sólo aquel que los preciosos granos
Enseñe á preparar de mejor modo,
Merecerá que el pueblo independiente
Le doble humilde la orgullosa frente.

«Tú, genio de los genios sin segundo,
Que, alzando hasta el Olimpo tu cabeza,
Pedestal de tu estatua hiciste un mundo,
Un mundo virgen de inmortal belleza»,
Gracias á que la caña y el fecundo
Grano sembrara en él Naturaleza;
Porque si el oro vil no más pusiera,
Grande cual tu esplendor tu infamia fuera.

Estas que escribo, intrépidas y bravas,
No, ilusos, las llaméis octavas reales;
Sencillamente las llamad octavas,
O si os parece, octavas nacionales;
Que no ya de las reglas son esclavas,
Sino que son libérrimas, iguales;
Ni son el monopolio del talento,
Pues ya rebuzna octavas un jumento.

SUERTE DE MIS VERSOS.

Malditos los especieros,
Boticarios y pulperos,
Que profanan, ¡ay de mí!
Mis mejores producciones,
Envolviendo camarones,
Ungüento blanco y maní.

Si escribo al desdén de Rosa
Composición lacrimosa,
Á poco tiempo, ¡ay de mí!

Miro mi triste elegía
En inmunda chichería,
Envolviendo ajonjolí.

Muchas veces los ratones
Han roído por montones
Mis cánticos, ¡ay de mí!
Los desprecio, los perdono,
Para concentrar mi encono
En los que envuelven maní.

Si escribo un himno sagrado
Y sale en tipo dorado,
A poco tiempo, ¡ay de mí!
Lo miro en una taberna
De forro de una linterna
Ó envolviendo ajonjolí.

Mil angustias y sudores
Mis largos cantos de amores
Me costaron, ¡ay de mí!
Y por toda recompensa
Los miro en una despensa
De cartuchos de maní.

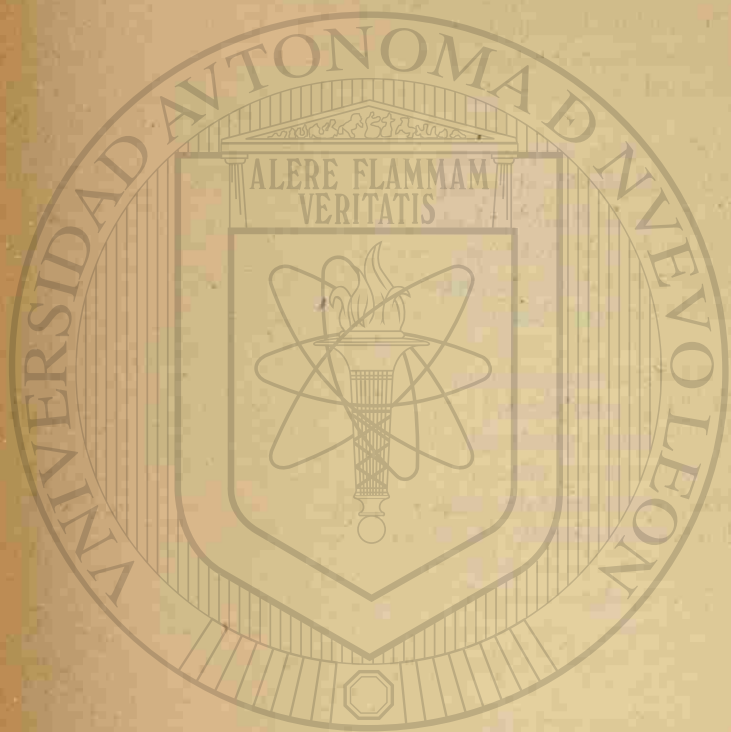
Nunca habrá literatura,
Ni progreso, ni cultura,
En nuestra patria, ¡ay de mí!
Pues todas mis producciones
Son para cebar ratones
Y envolver ajonjolí.

¡Respetad esta letrilla!
No sufra yo la mancilla
De contemplarla, ¡ay de mí!
Entre sucios cordobanes,
Sirviendo á rudos patanes
Para envolver el maní.

Desgraciadas hijas mías,
Adoradas elegías,
Doquiera os miro, ¡ay de mí!
En empolvados rincones,
Comidas por los ratones
Ó envolviendo ajonjolí.

Estoy loco, despechado,
¡Oh, qué terrible atentado!
En poder de Blanchard vi
Mis sonetos de Ayacucho
Formando enorme cartucho
De almendras y de maní.

Malditos los especieros,
Boticarios y pulperos,
Que profanan, ¡ay de mí!
Los frutos de mi talento
Envolviendo sucio unguento,
Despreciable ajonjolí.



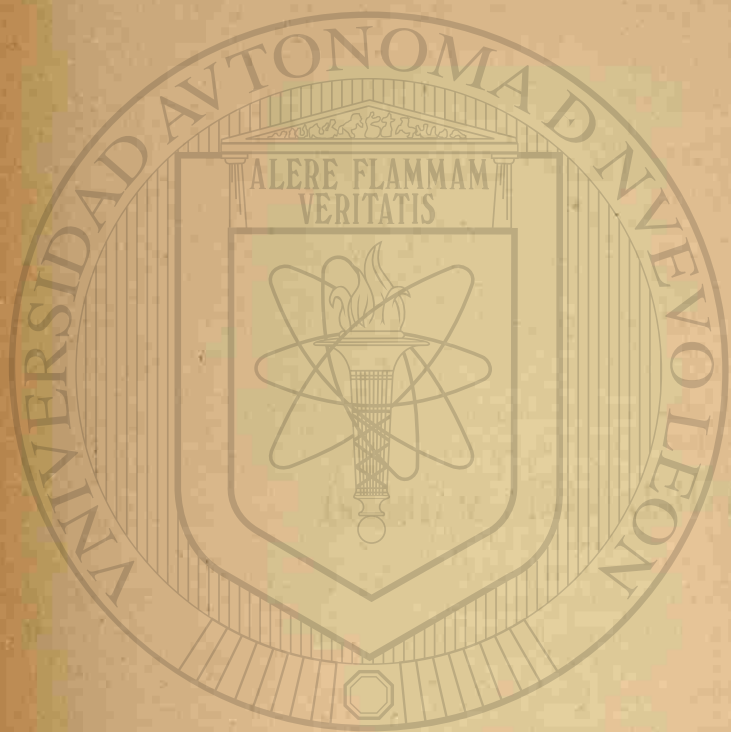
D. MANUEL MARÍA MADIEDO.

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





D. MANUEL MARÍA MADIEDO.

AL MAGDALENA.

¡Salud, salud, majestüoso río!....
Al contemplar tu frente coronada
De los hijos más viejos de la tierra,
Lleno sólo de ti, siento mi alma
Arrastrada en la espuma de tus olas,
Que entre profundos remolinos braman,
Absorberse en las obras gigantescas
De aquel gran sér que el infinito abraza.

¿Qué fuera aquí la fábula difunta
De las ninfas de Grecia afeminada,
Al lado del tremendo cocodrilo
Que sonda los misterios de tus aguas?

No en tus corrientes nada el albo cisne,
Sólo armonioso en pobres alabanzas;
Pero atraviesan tu raudoso curso
Enormes tigres y robustas dantas;
Cadáveres de cedros centenarios
Tus varoniles olas arrebatan,
Como del techo del pastor humilde
Las tempestades la ligera paja.

No nadan rosas en tus aguas turbias,

Sino los brazos de la ceiba anciana,
Que desgarró con hórrido estampido
El rayo horrendo de feroz borrasca.
Veo serpientes que tus aguas surcan,
Cuyos matices á la vista encantan,
Y oigo el ronquido del hambriento tigre
Rodar sobre tu margen solitaria;
Mientras salvaje el grito de los bogas
Que entre blasfemias sus trabajos cantan
Vuela á perderse en tus sagradas selvas,
Que aun no conocen la presencia humana.

¡Oh, qué serían Sátiros y Faunos
Bailando al son de femeniles flautas,
Sobre la arena que al caimán da vida
En tus ardientes y desiertas playas!.....
¡Ah, qué serían cerca de los bogas,
Que rebatiendo las calludas palmas,
En el silencio de solemne noche
En derredor de las hogueras danzan,
Acompasados al rumor confuso
De tus mugientes y espumosas aguas,
Que acaso llega á interrumpir no lejos
Del ronco tigre seca la garganta!.....

Yo los he visto en una obscura noche
Dando á los aires la robusta espalda,
Sobre la arena que marcado habían
De las tortugas la penosa marcha,
Y del caimán la formidable cola,
Y de los tigres la temible garra.
Yo los he visto en derredor del fuego
Danzar al eco de sonora gaita,
Mientras silbaba el huracán del Norte
Sobre tus olas con sañuda rabia.
Yo los he visto juntos á la hoguera
Cavar ansiosos tus arenas blandas,
Y en sus entrañas despreciar el lecho
Del más pomposo femenil monarca.

Aun me figuro que sus rostros veo
Del trémulo relámpago á la llama,
Con los ojos cerrados cual si fueran
Los despojos de un campo de batalla.

No muy lejos de allí, menos salvaje
Sobre tu arena inculta y abrasada,
El caimán abandona tus corrientes
Y junto al boga sin temor descansa.

En vano busca en tu desierta margen
El hombre, que cual débil sombra pasa,
Palacios y ciudades de una hora,
Que derrumban del tiempo las pisadas.

El pescador que en tus orillas vive,
Bajo su choza de nudosas cañas,
Que á nadie manda ni obedece á nadie,
De sí mismo el vasallo y el monarca;
¿No es más dichoso que el abyecto esclavo
Que entre perfumes sus cadenas carga?.....

¡Yo te saludo en medio de la noche,
Cuando en un cielo plácido y sin mancha
Mira la luna en tus remansos bellos
Su faz rotunda de bruñido nácar!
¡Yo te saludo, nuncio del Océano!
Todo eres vida, libertad y calma;
Y el hombre libre que sus redes seca
En tu sublime margen solitaria,
Como en Edén nuestros primeros padres,
Sólo de Dios adora la palabra.

Tú te deslizas al través del tiempo
Como la sombra de la acuátil garza,
Sobre la faz de tus fugaces olas
Que de los montes á los mares bajan.
En tus riberas vírgenes admiro
La creación saliendo de la nada,

Grandiosa y bella, cual saliera un día
Del genio agosto que tus olas manda.

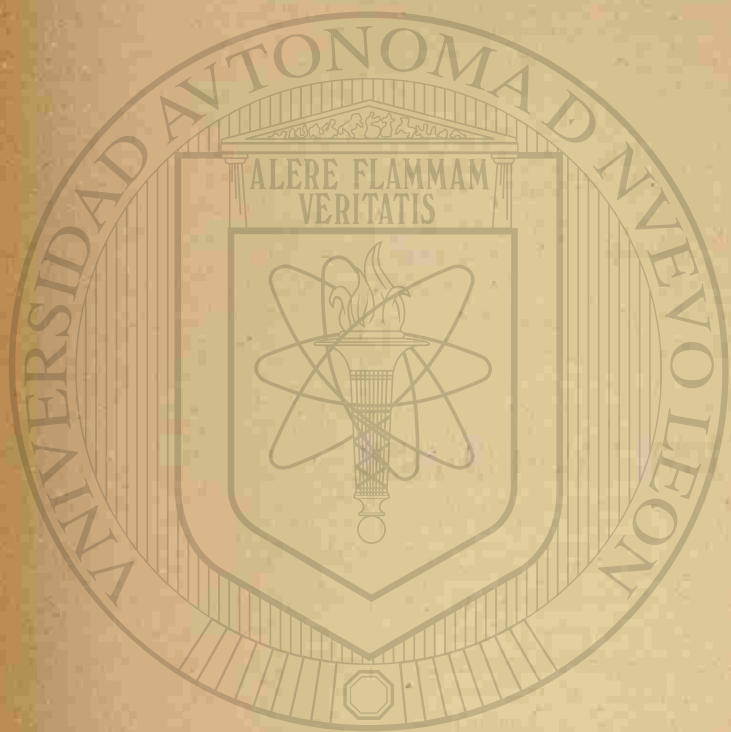
¡Corre á perderte en los ignotos mares
Como entré Dios se perderá mi alma!

Cedros y flores ornan tu ribera,
Aves sin fin que con tus ondas hablan,
Cuyos variados armoniosos cantos
De tus desiertos la grandeza ensalzan.
¡Yo te saludo, hijo de los Andes!
Puedas un día fecundar mi patria,
Libre, sin par por su saber y gloria,
Y habrás colmado toda mi esperanza!

D. JOSÉ DAVID GUARÍN.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

D. JOSÉ DAVID GUARÍN.

LA SOLEDAD.

¡Salve, tranquila soledad augusta,
Dulce consuelo del que sufre y calla,
Ángel que cruzas con quietud el mundo,
Amiga del misterio y de la calma!

Á ti se acoge el pobre miserable
Y aquel que siente torturada el alma;
Te bendice el que goza y el que sufre,
Y ambos te ofrendan, soledad, sus lágrimas.

Tú no naciste en el bullicio insano
Que entre los hombres sociedad se llama,
Ni entre la pompa de salones regios,
Donde los vicios con el oro hermanan.

Sólo se te halla en las humildes grutas
Que se entapizan con la fresca grama,
Donde destila tembladora gota
Que nace, brilla, y al caer acaba.

Entre los bosques, corpulentos árboles
Arcos te forman con sus verdes ramas,
Y vense templos en que son columnas
Los rectos troncos de robustas palmas.

Tras de los velos que la niebla extiende
Cuando la noche viene ó la mañana,
Te dan perfume las silvestres flores,
Que nadie aspira en la feraz montaña.

Es el silencio el himno misterioso
Que en tus altares en tu honor se canta,
Ó el rumor leve de arroyuelo humilde,
Ó el ronco trueno de la gran cascada.

También te arrulla suspirante brisa
Cuando á las flores con su amor engaña,
Cuando retoza con las hojas secas,
Cuando sus quejas le refiere al agua.

Todo es solemne donde tú te encuentras,
Sea en la choza ó infeliz barraca,
Ó en el palacio que ruinoso oculta
Entre la hiedra su perdida fama.

Y eres más grande, soledad, si vienes
Cuando la luna con quietud derrama
Sobre la tumba y la ciudad dormidas
Tristes reflejos de color de plata.

Cuando el Vesubio conmovido arroja
De entre su seno la tremenda lava,
Y cuando herida por su luz de infierno,
Su faz la luna tras las nubes guarda.

¡Tú das la pompa y majestad severas
Á esos desiertos que oceanos llaman,
Donde lo grande, lo profundo, inmenso,
Deja extasiada con horror el alma!

Del Chimborazo en la nevada cima
Sólo la huella de tu pie se estampa;
La sombra á veces del condor andino,
La majestad de Dios, después..... la nada!

Se agita el hombre por hallar un límite
Del ancho espacio en la región callada,
Y allá en lo vacuo, lo infinito, aéreo,
Más te contempla cuanto más avanza.

Y atrás dejando el astro que en la noche
Su luz tranquila por doquier derrama,
Allá te admira, que la sombra eres
Del Dios increado que animó la nada.

El triste amante que en ausencia llora,
Busca el desierto donde todo calla,
Y allí pronuncia el adorado nombre
Que entre su pecho con sigilo guarda;

Y en ti confía, soledad divina,
Y en tu presencia de su amor ensaya
La triste queja y sus dolientes gritos,
Vertiendo á veces quemadoras lágrimas.

¡Cuántos secretos poseerás tú sola
De esos que ocultos á la tumba pasan,
Y cuya historia para todos muerta
Nos desgarrara de dolor el alma!

¡Y cuántas veces lastimado en lo íntimo
Por brazo aleve que asestó á mansalva,
Como la cierva que al sentirse herida
Corre á los bosques á lamer su llaga,

Corro á ocultarme en el querido albergue
Donde mi esposa con mi hijo aguardan,
Y allí entre halagos en silencio arranco
La espina aguda que clavó la infamia!

Tú, que me escuchas los supremos ayes
Cuando la pena el corazón desgarras,
Que sabes los secretos de mi vida,
Que oculta, triste y en silencio pasa;

No me abandones en la tumba, amiga.
No quiero gloria. ¿Para qué desearla?
El recuerdo sincero de los míos
Y tu sombra en mi huesa..... eso me basta!

INÚTIL DESEAR.

«Cuando esta lluvia tan tenaz se vaya,
Cuando un vapor en los espacios no haya
Y entre mi seno se aposente el sol,
Haré que aspire de mi esencia pura
Cuanto encierra en mi cáliz la hermosura»,
Una rosa exclamó.

Pero, con todo, cuando ya del cielo
De pardas nubes apartóse el velo
Y la luz por doquiera se esparció,
Al desplegar la brisa rumorosa
Sus leves alas, de la pobre rosa
Ni restos encontró.

La golondrina dijo: «Que este invierno
Deje su frío y su nevar eterno,
Que de las flores vuelva el esplendor,
Y yo en la tarde subiré al espacio,
Y allá entre luz de rosa y de topacio
Haré cantar mi voz.»

Mas vino el sol y derritió las nieves,
La primavera con sus soplos leves
De la amapola el cáliz entreabrió;
Y antes que el sol hubiese despedido
Su luz postrera, entre el plumoso nido
Ya muerta la alumbró.

Cuando fui niño con placer decía:
«Ha de llegar el anhelado día
En que decir ya pueda: «¡libre soy!»

Entonces seré grande y opulento:
Tras los placeres y el saber sediento
Me lanzaré veloz.»

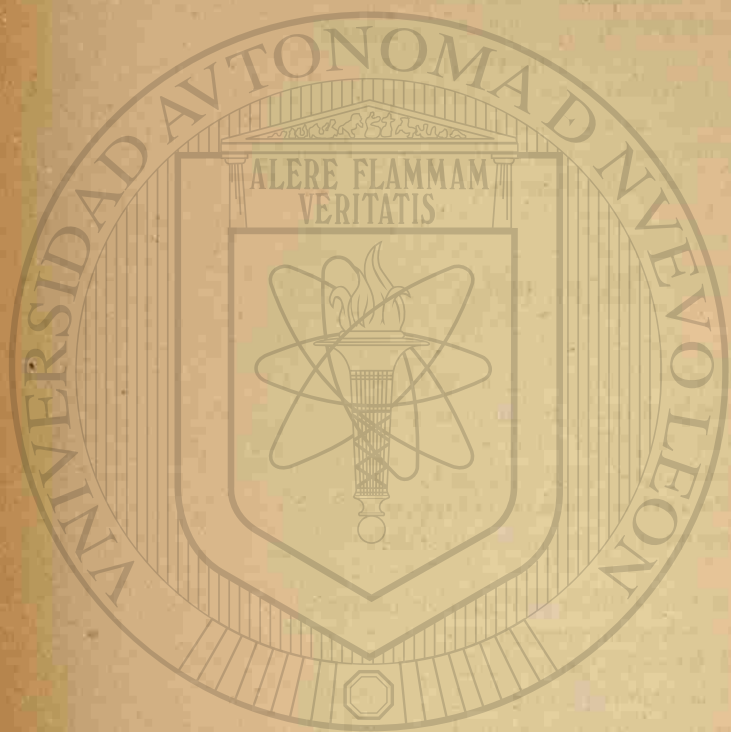
Llegué por fin; mas ¡libertad traidora!
Roto el cendal de la inocencia, ahora
No conservo del niño ya el candor.
Corrido ya tan avanzado trecho,
¿Qué me queda? ¡Un cadáver entre el pecho:
Mi pobre corazón!

EN EL POLO.

—Abrígame, la dije, que me muero;
Y convulso á su pecho me adhería.
Esta noche tan pálida y tan fría
Y esta nada sin fin, ¿no acabarán?
¡Quién me diera volver á las montañas,
Donde mis muertos descansando están!

—¿Y es muy bella la patria que lamentas?
—Días y noches son ecuatoriales;
Las flores del verjel, primaverales,
Se columpian con regia majestad.
Nunca las aguas se congelan; nada
Perece, como en esta soledad.

—Hay un país, me dijo con dulzura,
Do no hay noche jamás, do no hay invierno;
Crepúsculo ambarino, que es eterno,
Con raudales de luz fluctuando está.
—¡Llévame! ¿Dónde existe? ¡dime!—Mira.
Señaló al cielo y murmuróme:—¡Allá!



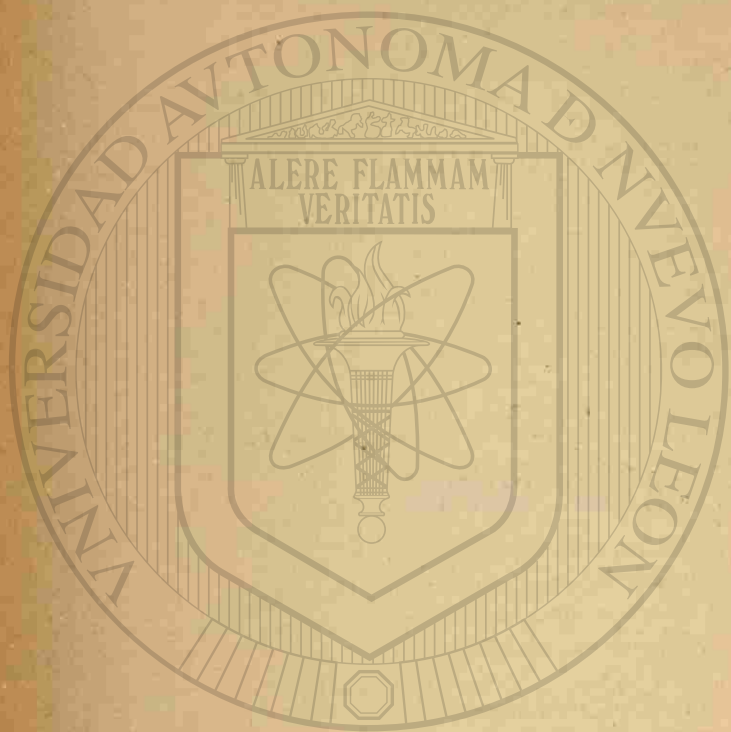
D. CÉSAR CONTO.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





D. CÉSAR CONTO.

SALMO DE LA VIDA.

(TRADUCCIÓN DE LONGFELLOW, DEDICADA Á MI DISTINGUIDO AMIGO
EL DOCTOR SALVADOR CAMACHO R.)

No me digáis con dolorido acento:
«La vida es solamente una ilusión»,
Porque está muerta el alma que dormita,
Y las cosas parecen, mas no son.

La vida es realidad, no vano ensueño;
No es la tumba su término fatal;
Que jamás del espíritu se dijo:
«Eres polvo y al polvo tornarás.»

No es el dolor el gaje de la vida,
Ni su objeto final es el placer,
Sino la acción, á fin de que el mañana
Nos encuentre más lejos que el ayer.

El arte pide tiempo, el tiempo vuela;
Y aunque es el corazón fuerte y audaz,
Late, no obstante, cual tambor que toca
Hacia el sepulcro marcha funeral.

El mundo es vasto campo de batalla,
Nuestra efímera vida es un vivac:
No os dejéis arrastrar como rebaño,
Antes, cual héroes, con valor luchad.

No os burle el porvenir con falso brillo;
El pasado sepulte lo que fué;
Trabajad, trabajad en el presente;
Que Dios da al corazón aliento y fe.

Grandes hombres ha habido, y en su historia
A ser grandes podemos aprender,
Y vestigios dejar de nuestro paso
Que nunca pueda el tiempo obscurecer;

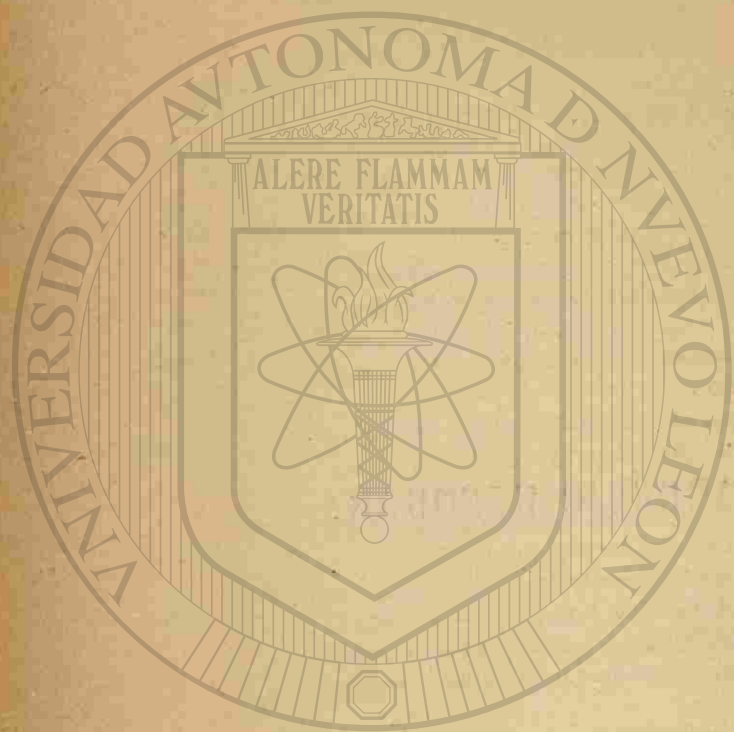
Huellas que acaso servirán de guía
Y el perdido valor harán tornar
A algún hermano náufrago y errante
De la existencia en el revuelto mar.

¡Ánimo, pues, y varonil esfuerzo,
Ya sea la suerte próspera ó fatal!
Siempre avanzando, trabajando siempre,
Sepamos ser activos y esperar.

D. ARCESIO ESCOBAR.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



D. ARCESIO ESCOBAR.

LA PARTIDA.

(TRADUCCIÓN DE BYRON.)

¡Todo acabó! la vela temblorosa
Se despliega á la brisa de la mar,
Y yo dejo esta playa cariñosa
En donde queda la mujer hermosa,
¡Ay! la sola mujer que pude amar.

Si pudiera ser hoy lo que antes era
Y mi abatida frente reclinar
En aquel seno que por mí latiera,
Quizá no abandonara esta ribera
Y á la sola mujer que pude amar.

Yo no he visto hace tiempo aquellos ojos
Que fueron mi contento y mi pesar:
Hoy los amo á pesar de sus enojos;
Pero abandono á Albión, tierra de abrojos,
Y á la sola mujer que pude amar.

Y rompiendo las olas de los mares
Á tierra extraña patria iré á buscar;
Mas no hallaré consuelo á mis pesares,
Y pensaré desde extranjeros lares
En la sola mujer que pude amar.

Como una viuda tórtola doliente
Mi corazón abandonado está;
Porque en medio la turba indiferente

Jamás encuentro la mirada ardiente
De la sola mujer que pude amar.

El ser más infeliz halla consuelo
En brazos del amor ó la amistad ;
Pero yo, solo en extranjero suelo,
Remedio no hallaré para mi duelo
Lejos de la mujer que pude amar.

Mujeres más hermosas he encontrado,
Mas no han hecho mi seno palpitar ;
Que el corazón ya estaba consagrado
Á la fe de otro objeto idolatrado,
Á la sola mujer que pude amar.

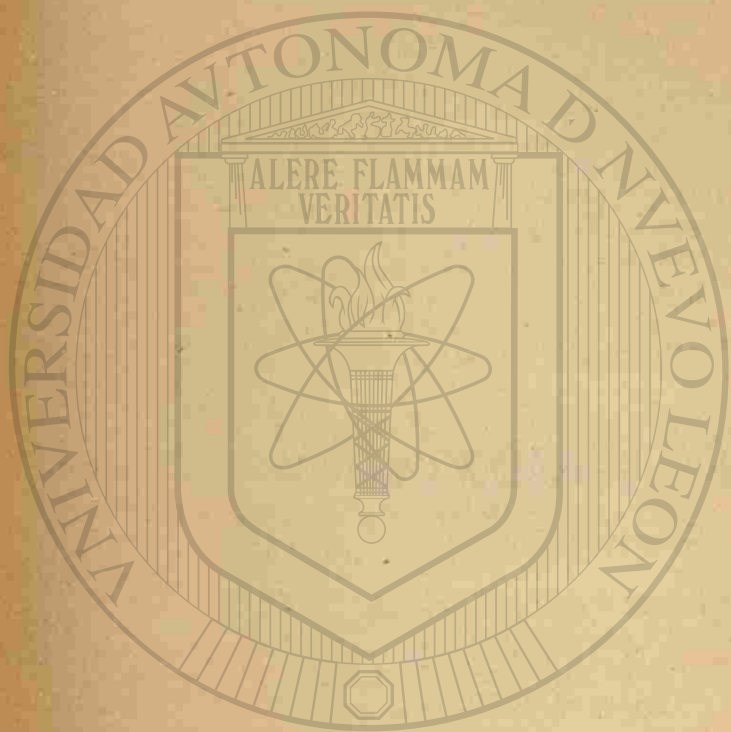
¡Adiós, en fin! oculto en mi retiro,
En el ausente nadie pensará,
Y ni un solo recuerdo, ni un suspiro
Me dará la mujer por quien deliro,
¡Ay! la sola mujer que pude amar.

Comparando el pasado y el presente,
El corazón se rompe de pesar ;
Pero yo sufro con serena frente,
Y mi pecho palpita eternamente
Por la sola mujer que pude amar.

Su nombre es un secreto de mi vida
Que el mundo para siempre ignorará,
Y la causa fatal de mi partida
La sabrá sólo la mujer querida,
¡Ay! la sola mujer que pude amar.

¡Adiós! quisiera verla..... mas me acuerdo
Que todo para siempre va á acabar.....
La patria y el amor, todo lo pierdo.....
Pero llevo el dulcísimo recuerdo
De la sola mujer que puedo amar.

D. JOAQUÍN GONZÁLEZ CAMARGO.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

D. JOAQUÍN GONZÁLEZ CAMARGO.

VIAJE DE LA LUZ.

Empieza el sueño á acariciar mis sienes:
Vapor de adormideras en mi estancia:
Los informes recuerdos en la sombra
Cruzan como fantasmas.

Por la angosta rendija de la puerta
Rayo furtivo de la luna avanza,
Ilumina los átomos del aire,
Se detiene en mis armas.

Se cerraron mis ojos, y la mente,
Entre los sueños, á lo ignoto se alza:
Meciéndose en los rayos de la luna,
Da formas á la nada.

Y ve surgir las ondulantes costas,
Las eminencias de celeste Atlántida,
Donde viven los genios, y se anida
Del porvenir el águila.

Allá rima la luz, y el canto alumbrá,
Aire de eternidad alienta el alma,
Y los poetas del futuro templan
Las cristalinas arpas.

Aureolas boreales de los siglos
Allá se encuentran recogida el ala;
Como una antelia vese el pensamiento
Que gigantesco se alza.

Allá los Prometeos sin cadenas,
Y de Jacob la luminosa escala;
Allá la fruta del Edén perdida,
La que el saber entraná.

Y el libro apocalíptico sin ellos
Suelta á la luz sus misteriosas páginas,
Y el Tábor del espíritu su cima
De entre la niebla saca.

Y allí el Horeb de donde brota puro
El casto amor que con lo eterno acaba;
Allá está el ideal, allá boguemos:
Dad impulso á la barca.

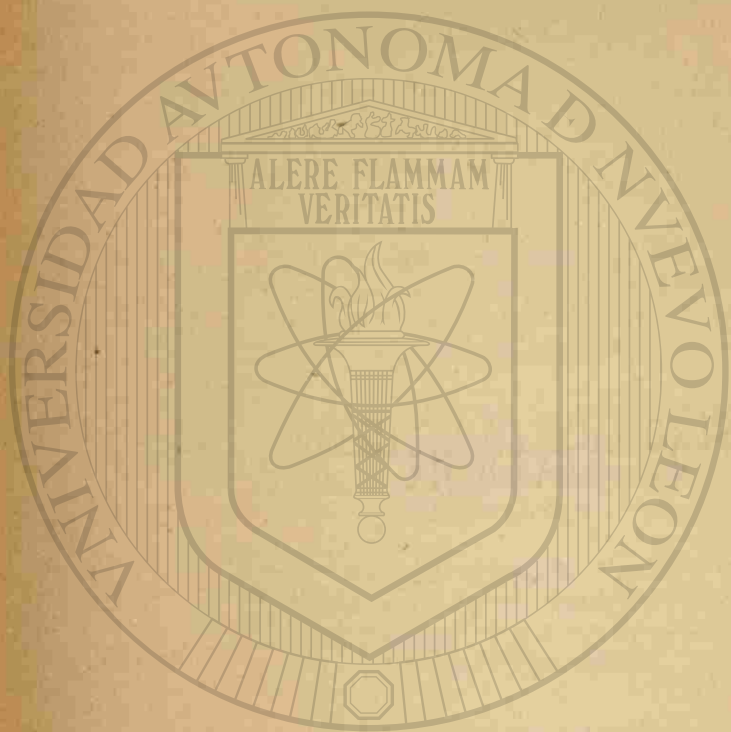
Despertéme azorado..... ¿y ese mundo?
Para volar á él ¿en dónde hay alas?
Interrogué á las sombras del pasado
Y las sombras callaban.

Pero el rayo de luna ya subía
Del viejo estante á las polvosas tablas,
Y lamiendo los lomos de los libros,
En sus títulos de oro se miraba.

ECUADOR.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



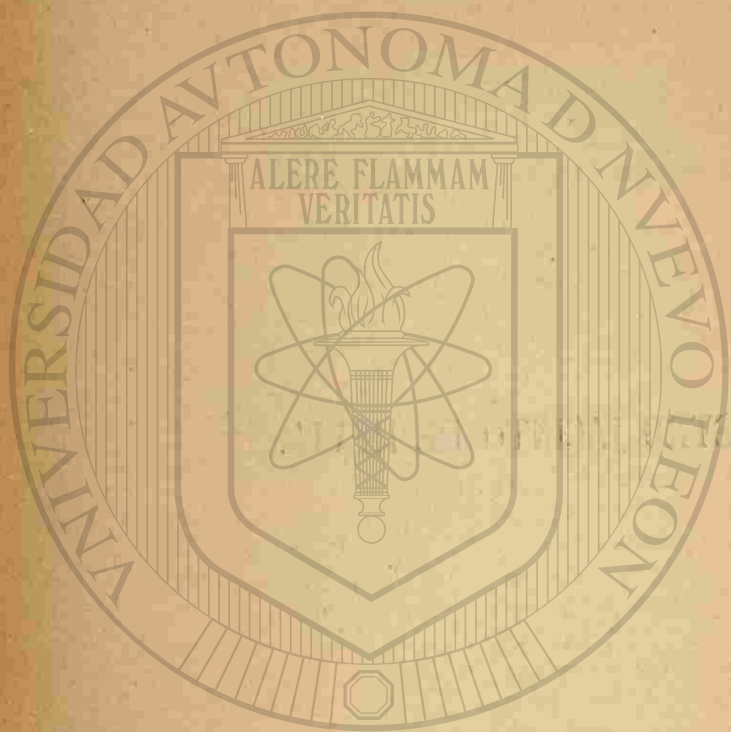
MAESTRO JACINTO DE HEVIA.

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





MAESTRO JACINTO DE HEVIA.

—
Á LA ROSA.

ROMANCE.

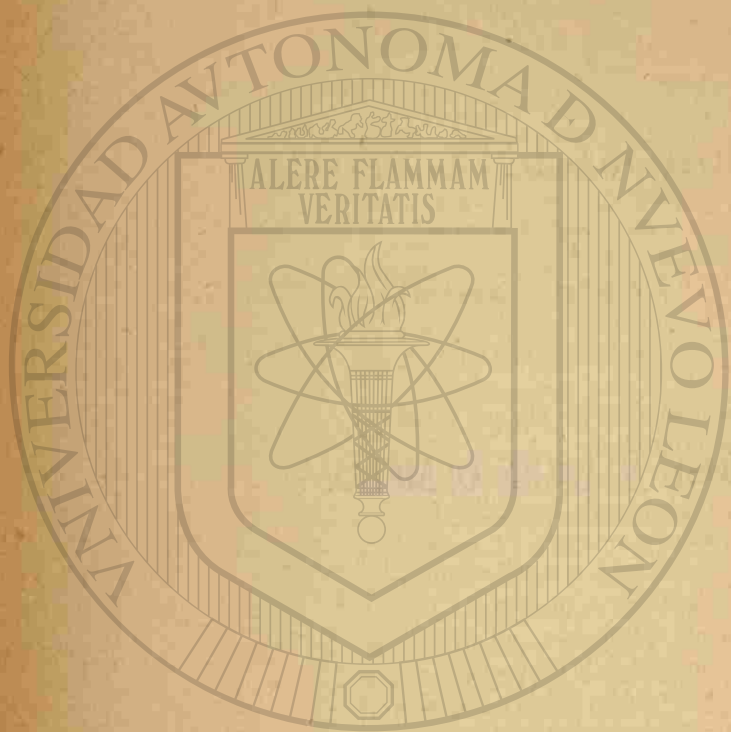
Sol purpúreo de este prado,
Que en los rayos de tus hojas,
Si das envidias al sol,
Ofreces lustre á la aurora ;
Los jilgueros de este valle
Festejan tu hermosa pompa,
Y admirando tu beldad,
Por dulce objeto te rondan.
Todos tu carmín nevado
Labios de coral los nombran,
Y el rocío que te esmalta
Dientes que guarda tu boca.
Uno entre otros lisonjero
Ó se te atreve ó te toca,
Queriendo beber el ámbar
Y el rocío de tus hojas.
Si fiado, ignoro, en tus alas
Ó en favores que le otorgas,
Por descanso de su vuelo
Escoge tu airosa copa.
¡Oh qué requiebros te dice!
Y aun con ellos enamora

Una azucena, que al lado
Te acompañaba gustosa.
No sé si á su dulce acento
Fuistes insensible ó sorda
Ó á sus impetuosos silbos
Como á los vientos la roca.
Mas no, ingrata; bien lo oíste:
¡Oh cuántos celos me ahogan!
Pues espinas que se guardan
No se esquivaron honrosas.
¡Oh qué escarmientos me enseña
Esa tu inconstancia loca!
No pienso prender el alma
De otra flor ni de otra rosa.
¡Qué mal se guarda belleza
Que en campo se ostenta hermosa,
Que como muchos la miran
Su beldad alguno logra!
Ya la cítara que en tiempo
Te celebraba gustosa,
Como está triste su dueño,
Gime también ella ronca.
Mas ya la pienso quebrar
De mi firmeza en la roca,
Y pues ya no pienso amar,
Tampoco cantar me importa.

D. JOSÉ JOAQUÍN OLMEDO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



D. JOSÉ JOAQUÍN OLMEDO.

EN LA MUERTE DE MARÍA ANTONIA DE BORBÓN,

PRINCESA DE ASTURIAS.

¡Señor! ¡Señor! el pueblo que te adora,
Bajo el peso oprimido
De tu cólera santa, gime y llora.
Ya no hay más resistir: la débil caña
Que fácil va y se mece,
Cuando sus alas bate el manso viento,
Se sacude, se quiebra, desaparece
Al recio soplo de huracán violento:
Así tu ira, Señor, bajo las formas
De asoladora peste, y hambre y guerra,
Se derramó por la infeliz España.
Y aquella que llenó toda la tierra
Con hazañas tan dignas de memoria,
En sus débiles hombros ya ni puede
Sostener el cadáver de su gloria;
Y la que un tiempo reina se decía
De uno y otro hemisferio,
Y vió besar su planta y pedir leyes
Á los pueblos humildes y á los reyes,
Llora cual una esclava en cautiverio.
Y en medio á tantos males
¿Olvidas tus cuidados paternos,
Olvidas tu piedad, y hasta nos robas
La más dulce esperanza

En la amable Princesa,
Dechado de virtud y de belleza?..... (1)

¡Oh memorable día
Aquel en que la grande Barcelona,
Saltando el noble pecho de alegría,
Y ufana y orgullosa
Al verse de sus Reyes visitada,
Vió la mar espumosa
Besar su alta muralla,
Y deponer después sobre su playa,
Ante el inmenso pueblo que esperaba,
El precioso tesoro
Que la bella Parténope mandaba!
Y entre las salvas y festivos vivas
La augusta joven pisa ya la tierra,
Que devota, algún día,
Reina, Señora y Madre le diría.
Ni se sacian los ojos de mirarla,
Y nadie puede verla sin amarla.
Llena de noble agrado, y apacible,
Y fácil y accesible,
Siembra amor por doquier. Llega y conquista:
Todos los corazones son ya suyos.....
¡Malograda Princesa!
No has muerto sin reinar. Un pueblo entero
Libre te ha obedecido:
Que quien ama obedece,
Y sólo amor merece
Lo que no puede el oro ni el acero.
¿Dó están las esperanzas, madre España,
Las altas esperanzas que formaste,
Cuando las bellas ramas
De un mismo excelso tronco entrelazaste?
¿Dó los tiernos pimpollos
Que el tálamo real brotar debiera,

(1) Rima falsa por defecto de pronunciación americana.

Por cuyas venas la gloriosa sangre
Del domador de Nápoles corriera;
Que de su gloria y nombres herederos,
Y á la sombra del trono
Del grande Carlos y la amable Luisa,
Crecieran, se elevaran
Y feliz perpetuaran
La sucesión de Reyes piadosos,
Benéficos y bravos y guerreros,
Y padres de la patria verdaderos?
¿Dó, España, fueron tus ardientes votos,
Que ante el altar postrada,
La noble faz bañada
En lágrimas de gozo
En día tan dichoso
Al cielo religiosa dirigiste?

Señor, ensordeciste
Á su clamor, y á su llorar cegaste,
Y los ojos tornaste
Llenos de indignación: tembló la tierra
Y los cielos temblaron;
Todos los elementos cruda guerra
Entre sí concitaron:
Rómpe se el aire en rayos encendido;
Retumba en torno el trueno estrepitoso;
El viento enfurecido
Silba, conturba el mar, y las escuadras
En su arduo combatir, van y se chocan,
Ciegas se mezclan, se destrozan luego,
Y al fondo de la mar de sangre y fuego,
Como la piedra, bajan, desaparecen.
Todos, todos perecen
Confundidos sin gloria y sin venganza;
Y tu ira sólo triunfa. Después llamas
Al ángel de la muerte, y le señalas
La digna primogénita de Iberia.
Él se alza, y reverente,
Velada de temor su faz gloriosa

Con las brillantes alas,
Te oye y ciñe la espada reluciente,
Del Egipto á los hijos ominosa,
De su sangre aún teñida,
Y vuela á obedecerte....
Hierre, y cae la víctima inocente;
Víctima de expiación de tus pecados,
España delincuente;
Y herida cae de aquella misma espada
Con que una infiel nación fué castigada;
Que al Todopoderoso
Es altamente odioso,
Quizá más que el infiel, un pueblo ingrato.

En tanto ya los males y dolores,
Soldados indolentes que militan
Bajo el pendón sombrío de la muerte,
Volteando en torno de la real cabeza
Una tan cara vida amenazaron.
Sus ojos se anublaron;
Sobre sus labios la sonrisa muere:
Y se sienta la pálida tristeza
En los ojos, que fueron
El trono del amor y de las gracias;
Y su pecho, en que ardía
La viva y casta llama de Fernando,
Se fatiga, se oprime..... Un mismo día
Ha visto nuestra dicha
Nacer, crecer, morir; y fué la noche
De tan alegre día,
La noche de la tumba oscura y fría.

En vano ¡ay! cuán en vano
Agotó el arte humano
Su saber, su poder.... El alto cielo
Su decreto de muerte dió.... y el ángel
Libertador de Isaac retardó el vuelo.

Cumana Profetisa,
Que desde tu honda y misteriosa cueva,
De furor agitada,
Y en éxtasis sublime enajenada,
Oráculos terribles revelaste,
¿Por qué no levantaste
De la tumba, do yaces tantos siglos,
La venerable frente;
Y la sagrada lengua desatando,
Por qué no presentaste
Los imperios caídos,
Y los cetros rotos
Sobre el sepulcro triste y pavoroso?
¿Y por qué no turbaste
El gozo de tu Nápoles (cantando
El funeral destino que arrastraba
Á las playas ibéricas su hija),
Cuando fió á las olas
La Reina de las gentes españolas?
Y el luto de tu patria, ó nunca fuera,
Ó ya previsto el mal, menos le hiriera.

Y tú, que ya cortados
Los lazos que te unían
Al trono, y á la vida y á Fernando,
Y tu esfuerzo á los cielos contenían,
Te elevaste segura,
Cual llama hermosa y pura,
Del pábulo terrestre desprendida;
Ve á la mísera España
Al extremo dolor abandonada,
El real manto rugado,
La negra cabellera deslazada,
Y ceñida la frente
De jacinto al ciprés entrelazado,
Gemir sobre tu losa. Y los gemidos
Su hija América oyendo, también gime;
Y triste y desolada
Así suelta la voz apesarada:

«¡Oh qué imprevisto golpe
Mi herido corazón de nuevo hierel!.....
Vi el monstruo de la guerra,
Ya en el antiguo mundo no cabiendo,
Nadar, romper los mares tormentosos,
Y á su terrible aspecto, á su bramido
Espavorida retemblar mi tierra ;
Y vi la planta impura
Del infido Bretón y codicioso,
En presencia del cielo
Manchar mi casto y religioso suelo ;
Vi mis campos talados ;
Vi profanar mis templos, mis altares ;
Vi á mis hijos morir..... ¡hijos amados!.....
Por su patria, su rey, su Dios armados,
Cuyas manos valientes
Sólo al morir soltaron el acero
Bañado en sangre y gloria; único alivio
De esta viuda infeliz..... ¡Carlos! mis hijos
Murieron, ¡ay!..... no mueran sin venganza;
Que si vencer los fuertes no pudieron,
Lidiar al menos y morir supieron.»

Suspende, amada patria, tus querellas;
Sígueme, que en las alas
Del rayo impetuosas,
Cual la reina del aire,
Me lanzo á las mansiones venturosas.
Las puertas eternas de imprevisto
Se abrieron..... ¿Oyes tú el armonioso,
Arrebatado canto
Que en torno suena del Cordero santo?
¿Y entre el sublime y resonante coro,
Cuál se alza fervorosa
De Antonia la oración, y cuál ofrece
Su juventud, su vida, su martirio,
Por los males del pueblo que ama tanto?
Ve ya del trono santo
Bajar entre inefables resplandores

La mirada de paz, y el rayo ardiente
Caerse de la diestra omnipotente.

Y tú, alado ministro de venganza,
Tú que segaste en flor nuestra esperanza,
Vé á decir á los pueblos enemigos
Que la ira celestial se ha serenado;
Que ya el Señor nos llama sus amigos;
Que él sólo nuestra fuerza quebrantaba;
Que hoy su poder conforta nuestro brazo:
Dí que tiembren; que somos invencibles,
Y que el León ibero,
La su crespa melena
Erizada, ya rota la cadena,
Rugirá, y al rugido
Huyendo el insular precipitado
Por sus ingratas olas,
El gran tridente soltará, usurpado,
En las tendidas playas españolas.

(1807.)

Á UN AMIGO

EN EL NACIMIENTO DE SU PRIMOGÉNITO.

¡Tanto bien es vivir, que presurosos
Deudos y amigos plácidos rodean
La cuna del que nace,
Y en versos numerosos
Con felices pronósticos recrean
La ilusión paternal! Uno la frente
Besa del inocente,
Y en ella lee su próspero destino;
Otro, ingenio divino,
Sed de saber y fama
Y de amor patrio la celeste llama

Ve en sus ojos arder ; y la ternura,
El candor y piedad otro divisa
En su graciosa y plácida sonrisa.

¿Pero será feliz, ó serán tantas
Hermosas esperanzas ilusiones?
Ilusiones, Risel. Ese agraciado
Niño, tu amor y tu embeleso ahora,
Hombre nace á miseria condenado.
Vanos títulos son para librarle
Su fortuna, su nombre.
¿Mas qué hablo yo de nombre y de fortuna,
Si la misma virtud y sus talentos
Serán en estos malhadados días
Un crimen sin perdón?.... La moral pura,
La simple, la veraz filosofía,
Y tus leyes seguir, madre natura,
Impiedad se dirá: rasgar el velo
Que la superstición, la hipocresía
Tienden á la maldad: decir que el cielo
Límites ciertos al poder prescribe
Como á la mar: y que la mar insana
Menos desobediente
Es al alto decreto omnipotente,
Impiedad.... sedición.... Por toda parte
La frente erguida el vicio se pasea
Llevando por divisa «audacia y arte».
Tienta, seduce, inflama;
Ni oro ni afán perdona,
Da á la maldad por galardón la fama,
Se atreve á todo, y triunfa y se corona.

¡Qué escenas, Dios, qué ejemplos! ¡qué peligros!
¿Y es tanto bien vivir? ¡Siquiera el cielo
Á más serenos días retardara,
¡Oh niño, tu nacer! que ahora sólo
El indigno espectáculo te espera
De una patria en mil partes lacerada,
Sangre filial brotando por doquiera;

Y crinada de sierpes silbadoras
La discordia indignada
Sacudiendo, cual furia horrible y fea,
Su pestilente y ominosa tea.

¡Oh, si te fuera dado al seno obscuro,
Pero dulce y seguro,
De la nada tornar.... y de este hermoso
Y vivifico sol, alma del mundo,
No volver á la luz, sino allá cuando,
Ceñida en lauro de victoria, ostente
La dulce patria su radiosa frente,
Y cuando el astro del saber termine
Su conocido giro al Occidente;
Y el culto del arado y de las artes,
Más preciosas que el oro,
Haga reflorecer, en lustre eterno,
Candor, riqueza y nacional decoro;
Y leyes de virtud y amor dictando,
En lazo federal las gentes todas
Adune la alma paz, y se amen todas....
Y, ¡oh triunfo! derrocados
Caigan al hondo abismo
Error, odio civil y fanatismo!

Traed, cielos, en ala presurosa
Este de expectación hermoso día.
Entretanto, Risel, cauto refrena
El vuelo de esperanza y de alegría.
¡Oh, cuántas veces una flor graciosa
Que al primer rayo matinal se abría,
Y gloria del verjel la proclamaba
La turba de los hijos de la Aurora,
Y algún tierno amador la destinaba
Á morir perfumando el casto seno
De la más bella y más feliz pastora;
Oh, cuántas veces mustia y desmayada
No llega á ver el sol! ¡que de improviso
La abrasa el hielo, el viento la deshoja,

Ó quizá hollada por la planta impura
De una bestia feroz ve su hermosura!

Empero tu deber, Risel amado,
Ya que te ves alzado
Á la sublime dignidad de padre,
Te manda no temer; antes el fuerte
Pecho contraponer á la violenta
Avenida del mal y de la suerte.
Virtud, ingenio tienes. Sirva todo,
No sólo á dirigir la indole tierna
De tu hijo al bien, que en desunión eterna
Está con la ambición y la mentira,
Sino á purificar en algún modo
El aire infecto que doquier respira.
Aprenda de tu ejemplo
Prudencia, no doblez; valor, no audacia;
Moderación en próspera fortuna,
Constante dignidad en la desgracia.
Porque cuando en el monte se embravece
Hórrida tempestad, el flaco arbusto
Trabajado del ábrego perece,
Mas al humilde suelo nunca inclina
Su excelsa frente la robusta encina;
Antes allá en las nubes señorea
Los elementos en su guerra impía
Y al fulgurante rayo desafía.

Y tú, mi dulce amiga, cuyo hermoso
Corazón es el ara
Del amor conyugal y la ternura;
Que por seguir y consolar tu esposo,
En tabla mal segura
Osaste hollar con varonil denuedo
Mares por sus naufragios tan famosas,
Y cortés más que mares procelosas;
Tú, que aun en medio del dolor serena,
Viste abrirse á tus pies la tumba oscura,
Ni asomada á tu abismo te espantaste;

Y ansiedad y amargura,
En los pesares sólo,
Mal merecidos, de Risel mostraste,
Ó cuando el tierno pecho te asaltaba
Dulce memoria de la patria ausente;
¡Oh! entonces no sabías
Que al volver á tu patria y tus amigos
En premio el cielo á tu virtud guardaba
Lo que negó á diez años de deseos,
Y que madre á tu madre abrazarías.

Gózate para siempre, amiga mía;
Huyó la nube en tempestad preñada,
Y te amanece bonancible día.
Gózate, tierna amiga, para siempre:
Éste, éste de la patria el caro suelo,
Éste su dulce y apacible cielo,
Éstos tus lares son. ¿Por qué suspiras?
No es ya mentido sueño lo que miras....
Esa que tierna abrazas es tu madre;
Tú, más feliz que yo, tu madre abrazas....
Mientras yo, ¡desdichado!,
Que una ventura igual me prometía,
Sólo en la tumba abrazaré la mía.

Tú, sé feliz, y goza ya, segura
De sobresalto fiero,
Inefable delicia en el cariño
De este precioso niño,
Primera prenda de tu amor primero.

Paréceme mirarte embebecida
En sus ingenuas y festivas gracias;
Y, cuando más absorta, de improviso
Una lágrima ardiente
De tus ojos brotar.... el inocente,
Cual si entendiera lo que entonces piensas,
Las manecitas cariñosas tiende,
Abre en sonrisa la encarnada boca

Y el dulce beso maternal provoca.
Bésale veces mil, y esta dulzura
Divide con Risel. Sabia natura
No te formó, al nacer, amable, hermosa,
Sino para ser madre y ser esposa.

Y tú, querido infante, que ignorando
Cuál será tu destino, en la dorada
Blanda cuna te meces,
Y agraciado sonríes,
Ó ledó te adormeces;
Ya que mirar la luz te ha dado el cielo,
Vive, florece; y tus amigos vean
Que en honor y consuelo
De tu familia y de tu patria creces.

Sigue como tus padres alentado
De la virtud la senda,
Y nada temas; que en cualquier estado
Vive el hombre de bien serenamente
Á una y otra fortuna preparado,
Y libre, ó en cadena, y aun ya alzada
Sobre su cuello la funesta espada,
En noble impavidez antes la frente
Á la ceñuda adversidad humilla,
Que á un risueño tirano la rodilla.

(1817.)

LA VICTORIA DE JUNÍN.

CANTO Á BOLÍVAR.

El trueno horrendo que en fragor revienta
Y sordó retumbando se dilata
Por la inflamada esfera,
Al Dios anuncia que en el cielo impera.

Y el rayo que en Junín rompe y ahuyenta
La hispana muchedumbre,
Que más feroz que nunca amenazaba
Á sangre y fuego eterna servidumbre;
Y el canto de victoria
Que en ecos mil discurre, ensordeciendo
El hondo valle y enriscada cumbre,
Proclaman á BOLÍVAR en la tierra
Árbitro de la paz y de la guerra.

Las soberbias pirámides que al cielo
El arte humano osado levantaba
Para hablar á los siglos y naciones;
Templos, do esclavas manos
Deificaban en pompa á sus tiranos,
Ludibrio son del tiempo, que con su ala
Débil las toca, y las derriba al suelo,
Después que en fácil juego el fugaz viento
Borró sus mentirosas inscripciones;
Y bajo los escombros confundido
Entre las sombras del eterno olvido
¡Oh de ambición y de miseria ejemplo!
El sacerdote yace, el dios y el templo.

Mas los sublimes montes, cuya frente
Á la región etérea se levanta,
Que ven las tempestades á su planta
Brillar, rugir, romperse, disiparse;
Los Andes.... las enormes, estupendas
Moles sentadas sobre bases de oro,
La tierra con su peso equilibrando,
Jamás se moverán. Ellos, burlando
De ajena envidia y del protervo tiempo
La furia y el poder, serán eternos
De libertad y de victoria heraldos,
Que con eco profundo
Á la postrera edad dirán del mundo:
«Nosotros vimos de Junín el campo;
Vimos que al desplegarse

Del Perú y de Colombia las banderas,
Se turban las legiones altaneras,
Huye el fiero español despavorido,
Ó pide paz rendido.

Venció BOLÍVAR: el Perú fué libre;
Y en triunfal pompa Libertad sagrada
En el templo del Sol fué colocada.

¿Quién me dará templar el voraz fuego
En que ardo todo yo? Trémula, incierta,
Torpe la mano va sobre la lira
Dando discordes són. ¿Quién me liberta
Del dios que me fatiga?.....

Siento unas veces la rebelde musa,
Cual bacante en furor, vagar incierta
Por medio de las plazas bulliciosas,
O sola por las selvas silenciosas
Ó las risueñas playas
Que manso lame el caudaloso Guayas;
Otras el vuelo arrebatado tiende
Sobre los montes, y de allí descende
Al campo de Junín, y, ardiendo en ira,
Los numerosos escuadrones mira,
Que el odiado pendón de España arbolan;
Y en cristado morrión y peto armada,
Cual amazona fiera,
Se mezcla entre las filas la primera
De todos los guerreros,
Y á combatir con ellos se adelanta,
Triunfa con ellos y sus triunfos canta:

Tal en los siglos de virtud y gloria,
Cuando el guerrero sólo y el poeta
Eran dignos de honor y de memoria,
La musa audaz de Píndaro divino,
Cual intrépido atleta,
En inmortal porfía
Al griego estadio concurrir solía;
Y en estro hirviendo y en amor de fama,

Y del metro y del número impaciente,
Pulsa su lira de oro sonora,
Y alto asiento concede entre los dioses
Al que fuera en la lid más valeroso,
Ó al más afortunado.

Pero luego, envidiosa
De la inmortalidad que les ha dado,
Ciega se lanza al circo polvoroso,
Las alas rapidísimas agita,
Y al carro vencedor se precipita;
Y desatando armónicos raudales,
Pide, disputa, gana,
Ó arrebatada la palma á sus rivales.

¿Quién es aquel que el paso lento mueve
Sobre el collado que á Junín domina?

¿Que el campo desde allí mide, y el sitio
Del combatir y del vencer desina?

¿Que la hueste contraria observa, cuenta,
Y en su mente la rompe y desordena,
Y á los más bravos á morir condena,
Cual águila caudal que se complace
Del alto cielo en divisar su presa,
Que entre el rebaño mal segura paze?

¿Quién el que ya descende
Prontó y apercebido á la pelea?

Preñada en tempestades le rodea
Nube tremenda: el brillo de su espada

Es el vivo reflejo de su gloria;
Su voz un trueno; su mirada un rayo.

¿Quién aquel que, al trabarse la batalla,
Úfano como nuncio de victoria,

Un corcel impetuoso fatigando,
Discurre sin cesar por toda parte?.....

¿Quién, sino el hijo de Colombia y Marte?

Sonó su voz: «Peruanos,
Mirad allí los duros opresores
De vuestra patria. Bravos colombianos,

En cien crudas batallas vencedores,
Mirad allí los enemigos fieros
Que buscando venís desde Orinoco:
Suya es la fuerza, y el valor es vuestro,
Vuestra será la gloria;
Pues lidiar con valor y por la patria
Es el mejor presagio de victoria.
Acometed: que siempre
De quien se atreve más el triunfo ha sido:
Quien no espera vencer, ya está vencido.»

Dice; y al punto, cual fugaces carros
Que, dada la señal, parten, y en densos
De arena y polvo torbellinos ruedan,
Arden los ejes, se estremece el suelo,
Estrépito confuso asorda el cielo,
Y en medio del afán cada cual teme
Que los demás adelantarse puedan;
Así los ordenados escuadrones,
Que del iris reflejan los colores
Ó la imagen del sol en sus pendones,
Se avanzan á la lid. ¡Oh! ¡quién temiera
Que sú ímpetu mismo los perdiera!

¡Perderse! no, jamás; que en la pelea
Los arrastra y anima é importuna
De Bólvár el genio y la fortuna.
Llama improviso al bravo Necochea,
Y mostrándole el campo,
Partir, acometer, vencer le manda.
Y el guerrero esforzado,
Otra vez vencedor, y otra cantado,
Dentro en el corazón por patria jura
Cumplir la orden fatal, y á la victoria
Ó á noble y cierta muerte se apresura.

Ya el formidable estruendo
Del atambor en uno y otro bando;
Y el son de las trompetas clamoroso,

Y el relinchar del alazán fogoso
Que, erguida la cerviz y el ojo ardiendo,
En bélico furor salta impaciente
Do más se encruelece la pelea;
Y el silbo de las balas que, rasgando
El aire, llevan por doquier la muerte;
Y el choque asaz horrendo
De selvas densas de ferradas picas;
Y el brillo y estridor de los aceros
Que al sol reflectan sanguinosos visos;
Y espadas, lanzas, miembros esparcidos
Ó en torrentes de sangre arrebatados;
Y el violento tropel de los guerreros
Que, más feroces mientras más heridos,
Dando y volviendo el golpe redoblado,
Mueren, mas no se rinden.....; todo anuncia
Que el momento ha llegado,
En el gran libro del destino escrito,
De la venganza al PUEBLO AMERICANO,
De mengua y de baldón al castellano.

Si el fanatismo con sus furias todas,
Hijas del negro averno, me inflamara,
Y mi pecho y mi musa enardeciera
En tartáreo furor, del león de España,
Al ver dudoso el triunfo, me atreviera
Á pintar el rencor y horrible saña.
Ruge atroz, y cobrando
Más fuerza en su despecho, se abalanza,
Abriéndose ancha calle entre las haces
Por medio el fuego y contrapuestas lanzas;
Rayos respira, mortandad y estrago,
Y sin pararse á devorar la presa,
Prosigue en su furor, y en cada huella
Deja de negra sangre un hondo lago.

En tanto el argentino valeroso
Recuerda que vencer se le ha mandado;
Y no ya cual caudillo, cual soldado

Los formidables ímpetus contiene
Y uno en contra de ciento se sostiene ;
Como tigre furiosa
De rabiosos mastines acosada,
Que guardan el redil, mata, destroza,
Ahuyenta sus contrarios, y aunque herida,
Sale con la victoria y con la vida.
¡Oh capitán valiente,
Blasón ilustre de tu ilustre patria,
No morirás! Tu nombre eternamente
En nuestros fastos sonará glorioso,
Y bellas ninfas de tu Plata undoso
A tu gloria darán sonoro canto
Y á tu ingrato destino acerbo llanto.

Ya el intrépido Miller aparece
Y el desigual combate restablece.
Bajo su mando, ufana,
Marchar se ve la juventud peruana,
Ardiente, firme, á perecer resuelta,
Si acaso el hado infiel vencer le niega.
En el arduo conflicto opone ciega
Á los adversos dardos firmes pechos,
Y otro nombre conquista con sus hechos.

¿Son esos los garzones delicados
Entre seda y aromas arrullados?
¿Los hijos del placer son esos fieros?
Sí: que los que antes desatar no osaban
Los dulces lazos de jazmín y rosa
Con que amor y placer los enredaban,
Hoy ya con mano fuerte
La cadena quebrantan ponderosa
Que ató sus pies, y vuelan denodados
Á los campos de muerte y gloria cierta,
Apenas la alta fama los despierta
De los guerreros que su cara patria
En tres lustros de sangre libertaron,
Y apenas el querido

Nombre de libertad su pecho inflama
Y de amor patrio la celesté llama
Prende en su corazón adormecido.

Tal el joven Aquiles
Que en infame disfraz y en ocio blando
Da lánguidos suspiros,
Los destinos de Grecia dilatando,
Vive cautivo en la beldad de Sciros,
Los ojos pace en el vistoso alarde
De arreos y de galas femeniles
Que de India, y Tiro y Menfis opulenta
Curiosos mercadantes le encarecen;
Mas á su vista apenas resplandecen
Pavés, espada y yelmo, que entre gasas
El Itacense astuto le presenta,
Pásmase.... se recobra, y con violenta
Mano el templado acero arrebatando,
Rasga y arroja las indignas tocas;
Parte, traspasa el mar y en la troyana
Arena, muerte, asolación, espanto
Difunde por doquier: todo le cede....
Aun Héctor retrocede....
Y cae al fin; y en derredor tres veces
Su sangriento cadáver profanado,
Al veloz carro atado
Del vencedor inexorable y duro,
El polvo barre del sagrado muro.

Ora mi lira resonar debía
Del nombre y las hazañas portentosas
De tantos capitanes que este día
La palma del valor se disputaron,
Digna de todos.... Carvajal.... y Silva....
Y Suárez.... y otros mil.... Mas de improviso
La espada de Bolívar aparece,
Y á todos los guerreros,
Como el sol á los astros, obscurece.

Yo acaso más osado le cantara,
Si la meonia musa me prestara
La resonante trompa que otro tiempo
Cantaba al crudo Marte entre los Traces,
Bien animando las terribles haces,
Bien los fieros caballos, que la lumbre
De la egida de Palas espantaba.

Tal el héroe brillaba
Por las primeras filas discurriendo.
Se oye su voz, su acero resplandece
Do más la pugna y el peligro crece;
Nada le puede resistir.... Y es fama,
¡Oh portento inaudito!
Que el bello nombre de COLOMBIA escrito
Sobre su frente, en torno despedía
Rayos de luz tan viva y refulgente,
Que deslumbrado el español desmaya,
Tiembla, pierde la voz, el movimiento:
Sólo para la fuga tiene aliento.

Así, cuando en la noche algún malvado
Va á descargar el brazo levantado,
Si de improviso lanza un rayo el cielo,
Se pasma, y el puñal trémulo suelta;
Hielo mortal á su furor sucede;
Tiembla y horrorizado retrocede.
Ya no hay más combatir. El enemigo
El campo todo y la victoria cede.
Huye cual ciervo herido; y á donde huye
Allí encuentra la muerte. Los caballos,
Que fueron su esperanza en la pelea,
Heridos, espantados por el campo
Ó entre las filas vagan, salpicando
El suelo en sangre que su crin gotea;
Derriban al jinete, lo atropellan,
Y las catervas van despavoridas,
Ó unas en otras con terror se estrellan.

Crece la confusión, crece el espanto,
Y al impulso del aire, que vibrando
Sube en clamores y alaridos lleno,
Tremen las cumbres que respeta el trueno.
Y discurriendo el vencedor en tanto
Por cimas de cadáveres y heridos,
Postra al que huye, perdona á los rendidos.

Padre del universo, sol radioso,
Dios del Perú, modera omnipotente
El ardor de tu carro impetuoso,
Y no escondas tu luz indeficiente....
Una hora más de luz.... Pero esta hora
No fué la del destino. El dios oía
El voto de su pueblo, y de la frente
El cerco de diamantes desceñía.
En fugaz rayo el horizonte dora,
En mayor disco menos luz ofrece,
Y veloz tras los Andes se oscurece.

Tendió su manto lóbrego la noche,
Y las reliquias del perdido bando,
Con sus tristes y atónitos caudillos,
Corren sin saber dónde espavoridos,
Y de su sombra misma se estremecen;
Y al fin en las tinieblas ocultando
Su afrenta y su pavor, desaparecen.

¡Victoria por la patria! ¡oh Dios! ¡victoria!
¡Triunfo á COLOMBIA y á BOLÍVAR gloria!

Ya el ronco parche y el clarín sonoro
No á presagiar batalla y muerte suenan,
Ni á enfurecer las almas; mas se estrenan
En alentar el bullicioso coro
De vivas y patrióticas canciones.
Arden cien pinos, y á su luz las sombras
Huyeron, cual poco antes desbandadas

Huyeron de la espada de Colombia
Las vandálicas huestes debeladas.

En torno de la lumbre,
El nombre de BOLÍVAR repitiendo
Y las hazañas de tan claro día,
Los jefes y la alegre muchedumbre
Consumen en acordes libaciones
De Baco y Ceres los celestes dones.

«¡Victoria! ¡paz! clamaban,
¡Paz para siempre! Furia de la guerra,
Húndete al hondo averno derrocada,
Ya cesa el mal y el llanto de la tierra:
¡Paz para siempre! La sanguínea espada,
Ó cubierta de orín ignominioso,
Ó en el útil arado transformada,
Nuevas leyes dará. Las varias gentes
Del mundo, que á despecho de los cielos
Y del ignoto ponto proceloso,
Abrió á Colón su audacia ó su codicia,
Todas ya para siempre recobraron
En JUNÍN libertad, gloria y reposo.»
Gloria, mas no reposo, de repente
Clamó una voz de lo alto de los cielos;
Y á los ecos los ecos por tres veces
Gloria, mas no reposo, respondieron.
El suelo tiembla, y cual fulgentes faros
De los Andes las cúspides ardieron;
Y de la noche el pavoroso manto
Se transparenta, y rásgase, y el éter
Allá lejos purísimo aparece
Y en rósea luz bañado resplandece.

Cuando improviso, veneranda sombra
En faz serena y ademán augusto
Entre cándidas nubes se levanta.
Del hombro izquierdo nebuloso manto
Pende, y su diestra aéreo cetro rige:

Su mirar noble, pero no sañudo;
Y nieblas figuraban á su planta
Penacho, arco, carcaj, flechas y escudo.
Una zona de estrellas
Glorificaba en derredor su frente
Y la borla imperial de ella pendiente.

Miró á Junín, y plácida sonrisa
Vagó sobre su faz. «Hijos, decía,
Generación del sol afortunada
Que con placer yo puedo llamar mía,
Yo soy Huaina Capac; soy el postrero
Del vástago sagrado:
Dichoso rey, mas padre desgraciado.
De esta mansión de paz y luz he visto
Correr las tres centurias
De maldición, de sangre y servidumbre,
Y el imperio regido por las Furias.

»No hay punto en estos valles y estos cerros
Que no mande tristísimas memorias.
Torrentes mil de sangre se cruzaron
Aquí y allí; las tribus numerosas
Al ruido del cañón se disiparon;
Y los restos mortales de mi gente
Aun á las mismas rocas fecundaron.
Más allá un hijo expira entre los hierros
De su sagrada majestad indignos....
Un insolente y vil aventurero
Y un iracundo sacerdote fueron
De un poderoso rey los asesinos....
¡Tantos horrores y maldades tantas
Por el oro que hollaban nuestras plantas!

»Y mi Huáscar también.... ¡Yo no vivía!
Que de vivir, lo juro, bastaría,
Sobrara á debelar la hidra española
Esta mi diestra triunfadora, sola.
Y nuestro suelo, que ama sobre todos

El Sol mi padre, en el estrago fiero
No fué ¡oh dolor! ni el solo, ni el primero:
Que mis caros hermanos
El gran Guatimozín y Moctezuma
Conmigo el caso acerbo lamentaron
De su nefaria muerte y cautiverio,
Y la devastación del gran imperio,
En riqueza y poder igual al mío....
Hoy con noble desdén ambos recuerdan
El ultraje inaudito, y entre fiestas
Alevosas el dardo prevenido,
Y el lecho en vivas ascuas encendido.

» ¡Guerra al usurpador! — ¿Qué le debemos?
¿Luces, costumbres, religión ó leyes?....
¡Si ellos fueron estúpidos, viciosos,
Ferozes, y por fin supersticiosos!
¿Qué religión? ¿la de Jesús?.... ¡Blasfemos!
Sangre, plomo veloz, cadenas fueron
Los sacramentos santos que trajeron.
¡Oh religión! ¡oh fuente pura y santa
De amor y de consuelo para el hombre!
¡Cuántos males se hicieron en tu nombre,
Y qué lazos de amor!.... Por los oficios
De la hospitalidad más generosa
Hierros nos dan, por gratitud, suplicios.
Todos, sí, todos: menos uno solo,
El mártir del amor americano,
De paz, de caridad apóstol santo,
Divino Casas, de otra patria digno.
Nos amó hasta morir. — Por tanto ahora
En el empuje entre los Incas mora.

» En tanto la hora inevitable vino
Que con diamante señaló el destino,
Á la venganza y gloria de mi pueblo,
Y se alza el vengador. — Desde otros mares
Como sonante tempestad se acerca:
Y fulminó. Y del Inca en la peana,

Que el tiempo y un poder furial profana,
Cual de un dios irritado en los altares
Las víctimas cayeron á millares.
¡Oh campos de Junín!.... ¡Oh predilecto
Hijo y amigo y vengador del Inca!
¡Oh pueblos que formáis un pueblo solo
Y una familia, y todos sois mis hijos!
Vivid, triunfad!....»

El Inca esclarecido
Iba á seguir; mas de repente queda
En éxtasis profundo embebecido:
Atónito en el cielo
Ambos ojos inmóviles ponía,
Y en la improvisa inspiración absorto
La sombra de una estatua parecía.

Cobró la voz al fin. «Pueblos, decía,
La página fatal ante mis ojos
Desenvolvió el destino, salpicada
Toda en purpúrea sangre, mas en torno
También en bello resplandor bañada.
JEFE de mi nación, nobles guerreros,
Oid cuanto mi oráculo os previene,
Y requerid los inclitos aceros,
Y en vez de cantos, nueva alarma suene:
Que en otros campos de inmortal memoria
La patria os pide, y el destino os manda
Otro afán, nueva lid, mayor victoria.»
Las legiones atónitas oían;
Mas luego que se anuncia otro combate,
Se alzan, arman, y al orden de batalla
Ufanos y prestísimas corrieran,
Y ya de acometer la voz esperan.
Reina el silencio. Mas de su alta nube
El Inca exclama: «De ese ardor es digna
La ardua lid que os espera;
Ardua, terrible, pero al fin postrera.
Ese adalid vencido

Vuela en su fuga á mi sagrada Cuzco ;
Y en su furia insensata
Gentes, armas, tesoros arrebató,
Y á nuevo azar entrega su fortuna.
Venganza, indignación, furor le inflaman,
Y allá en su pecho hierven como fuegos
Que de un volcán en las entrañas braman.

»Marcha: y el mismo campo donde ciegos
En sangrienta porfía
Los primeros tiranos disputaron
Cuál de ellos sólo dominar debía,
Pues el poder y el oro dividido
Templar su ardiente fiebre no podía;
En ese campo que á discordia ajena
Debió su infausto nombre, y la cadena
Que después arrastró todo el imperio;
Allí, no sin misterio,
Venganza y gloria nos darán los cielos.
¡Oh valle de Ayacucho bienhadado!
Campo serás de gloria y de venganza.....
Mas no sin sangre..... ¡Yo me estremeciera,
Si mi ser inmortal no lo impidiera !

»Allí BOLÍVAR, en su heroica mente
Mayores pensamientos revolviendo,
El nuevo triunfo trazará, y haciendo
De su genio y poder un nuevo ensayo,
Al joven SUCRE prestará su rayo :
Al joven animoso,
Á quien del Ecuador montes y ríos
Dos veces aclamaron victorioso.
Ya se verá en la frente del guerrero
Toda el alma del Héroe reflejada,
Que él le quiso infundir de una mirada.

»Como torrente desde la alta cumbre
Al valle en mil raudales despeñados,
Vendrán los hijos de la infanda Iberia,

Soberbios en su fiera muchedumbre,
Cuando á su encuentro volará impaciente
Tu juventud, Colombia belicosa,
Y la tuya ¡oh Perú! de fama ansiosa,
Y el caudillo impertérrito á su frente.

»¡Atroz, horrendo choque, de azar lleno!
Cual aturde y espanta en su estallido
De hórrida tempestad el postrer trueno,
Arder en fuego el aire,
En humo y polvo obscurecerse el cielo,
Y con la sangre que rebosa el suelo
Se verá el Apurímac de repente
Embravecer su rápida corriente.

»Mientras por sierras y hondos precipicios
Á la hueste enemiga
El impaciente Córdova fatiga:
Córdova, á quien inflama
Fuego de edad, y amor de patria y fama;
Córdova, en cuyas sienas con bello arte
Crecen y se entrelazan
Tu mirto, Venus, tus laureles, Marte.
Con su Miller los Usares recuerdan
El nombre de JUNÍN: Vargas su nombre,
Y Vencedor el suyo con su Lara
En cien hazañas cada cual más clara.

»Allá, por otra parte,
Serenos, pero siempre infatigables,
Terribles cual su nombre, batallando
Se presenta La-Mar, y se apresura
La tarda rota del protervo bando.
Era su antiguo voto por la patria
Combatir y morir. Dios, complacido,
Combatir y vencer le ha concedido.
Mártir del pundonor, he aquí tu día:
Ya la calumnia impía
Bajo tu pie bramando confundida,

Te sonríe la patria agradecida;
Y tu nombre glorioso,
Al armónico canto que resuena
En las floridas márgenes del Guayas,
Que por oírlo su corriente enfrena,
Se mezclará, y el pecho de tu amigo,
Tus hazañas cantando y tu ventura,
Palpitará de gozo y de ternura.

»Lo grande y peligroso
Hiela al cobarde, irrita al animoso.
¡Qué intrepidez! ¡qué súbito coraje
El brazo agita y en el pecho prende
Del que su patria y libertad defiende!
El menor resistir es nuevo ultraje.
El jinete impetuoso
El fulmineo arcabuz de sí arrojando,
Lánzase á tierra con el hierro en mano,
Pues le parece, en trance tan dudoso,
Lento el caballo, perezoso el plomo.
Crece el ardor.—Ya cede en toda parte
El número al valor, la fuerza al arte.
Y el ibero arrogante en las memorias
De sus pasadas glorias,
Firme, feroz resiste; y ya en idea,
Bajo triunfales arcos, que alzar debe
La sojuzgada Lima, se pasea.
Mas su afán, su ilusión, sus artes..... nada,
Ni la resuelta y numerosa tropa
Le sirve. Cede al ímpetu tremendo;
Y el arma de Bailén rindió, cayendo
El vencedor del vencedor de Europa.
Perdió el valor, mas no la ira pierde,
Y en furibunda rabia el polvo muerde;
Alza el párpado grave, y sanguinosos
Ruedan sus ojos y sus dientes crujen;
Mira la luz; se indigna de mirarla;
Acusa, insulta al cielo, y de sus labios
Cárdenos, espumosos,

Votos y negra sangre y hiel brotando,
En vano un vengador muere invocando.

»¡Ah! ya diviso miseras reliquias
Con todos sus caudillos humillados
Venir, pidiendo paz; y generoso
En nombre de BOLÍVAR y la patria
No se la niega el vencedor glorioso,
Y su triunfo sangriento
Con el ramo feliz de paz corona:
Que si patria y honor le arman la mano,
Arde en venganza el pecho americano,
Y cuando vence, todo lo perdona.

»Las voces y el clamor de los que vencen,
Y de Quinó las ásperas montañas,
Y los cóncavos senos de la tierra,
Y los ecos sin fin de la ardua sierra,
Todo repite sin cesar: ¡Victoria!

»Y las bullentes linfas de Apurímac
Á las fugaces linfas de Ucayale
Se unen, y unidas llevan presurosas,
En sonante murmullo y alba espuma,
Con palmas en las manos y coronas
Esta nueva feliz al Amazonas;
Y el espléndido rey al punto ordena
Á sus delfines, ninfas y sirenas
Que en clamorosos, plácidos cantares
Tan gran victoria anuncien á los mares.

»Salud, oh vencedor. ¡Oh Sucre! vence,
Y de nuevo laurel orla tu frente.
Alta esperanza de tu insigne patria,
Como la palma al margen de un torrente
Crece tu nombre..... Y sola, en este día
Tu gloria, sin BOLÍVAR, brillaría.
Tal se ve Héspero arder en su carrera;

Y del nocturno cielo
Suyo el imperio sin la luna fuera.

»Por las manos de SUCRE la Victoria
Cine á BOLÍVAR lauro inmarcesible.
¡Oh triunfador! la palma de Ayacucho,
Fatiga eterna al bronce de la Fama,
Segunda vez LIBERTADOR te aclama.

»Esta es la hora feliz; desde aquí empieza
La nueva edad al Inca prometida
De libertad, de paz y de grandeza.
Rompiste la cadena aborrecida;
La rebelde cerviz hispana hollaste;
Grande gloria alcanzaste;
Pero mayor te espera, si á mi pueblo,
Así cual á la guerra lo conformas
Y á conquistar su libertad le empeñas,
La rara y ardua ciencia
De merecer la paz y vivir libre
Con voz y ejemplo y con poder le enseñas.

»Yo con riendas de seda regí el pueblo,
Y cual padre le amé; mas no quisiera
Que el cetro de los Incas renaciera:
Que ya se vió algún Inca que, teniendo
El terrible poder todo en su mano,
Comenzó padre y acabó tirano.
Yo fui conquistador, ya me avergüenzo
Del glorioso y sangriento ministerio;
Pues un conquistador, el más humano,
Formar, mas no regir, debe un imperio.

»Por no trillada senda, de la gloria
Al templo vuelas, ínclito BOLÍVAR.
Que ese poder tremendo que te fia
De los padres el íntegro senado,
Si otro tiempo perder á Roma pudo,

En tu potente mano
Es á la libertad del pueblo escudo.

»¡Oh libertad! el HÉROE que podía
Ser el brazo de Marte sanguinario,
Ese es tu sacerdote más celoso,
Y el primero que toma el incensario,
Y á tus aras se inclina silencioso.
¡Oh libertad! si al pueblo americano
La solemne misión ha dado el cielo
De domeñar el monstruo de la guerra,
Y dilatar tu imperio soberano
Por las regiones todas de la tierra
Y por las ondas todas de los mares,
No temas, con este HÉROE, que algún día
Eclipse el ciego error tus resplandores,
Superstición profane tus altares,
Ni que insulte tu ley la tiranía:
Ya tu imperio y tu culto son eternos.
Y cual restauras en su antigua gloria
Del santo y poderoso
Pacha-Cámac el templo portentoso,
Tiempo vendrá, mi oráculo no miente,
En que darás á pueblos destronados
Su majestad ingénita y su solio,
Animarás las ruinas de Cartago,
Relevarás en Grecia el Areopago,
Y en la humillada Roma el Capitolio.

»Tuya será, BOLÍVAR, esta gloria,
Tuyo el romper el yugo de los reyes,
Y á su despecho entronizar las leyes;
Y la discordia en áspides crinada,
Por tu brazo en cien nudos aherrojada,
Ante los Haces santos confundidas
Harás temblar las armas parricidas.

»Ya las hondas entrañas de la tierra
En larga vena ofrecen el tesoro

Que en ellas guarda el Sol, y nuestros montes
Los valles regarán con lava de oro,
Y el pueblo primogénito dichoso
De libertad, que sobre todos tanto
Por su poder y gloria se enaltece,
Como entre sus estrellas
La estrella de VIRGINIA resplandece,
Nos da el ósculo santo
De amistad fraternal. Y las naciones
Del remoto hemisferio celebrado,
Al contemplar el vuelo arrebatado
De nuestras musas y artes,
Como iguales amigos nos saludan,
Con el tridente abriendo la carrera
La Reina de los mares la primera.

»Será perpetua, oh pueblos, esta gloria,
Y vuestra libertad incontrastable
Contra el poder y liga detestable
De todos los tiranos conjurados,
Si en lazo federal de polo á polo
En la guerra y la paz vivís unidos.
Vuestra fuerza es la unión. Unión, oh pueblos,
Para ser libres y jamás vencidos.
Esta unión, este lazo poderoso
La gran cadena de los Andes sea,
Que en fortísimo enlace se dilatan
Del uno al otro mar: las tempestades
Del cielo ardiendo en fuego se arrebatan;
Erupciones volcánicas arrasan
Campos, pueblos, vastísimas regiones,
Y amenazan horrendas convulsiones
El globo destrozando desde el profundo:
Ellos, empero, firmes y serenos
Ven el estrago funeral del mundo.

»Esta es, BOLÍVAR, aun mayor hazaña
Que destrozando el férreo cetro á España,
Y es digna de ti solo. En tanto triunfa.....

Ya se alzan los magníficos trofeos,
Y tu nombre aclamado
Por las vecinas y remotas gentes
En lenguas, voces, metros diferentes,
Recorrerá la serie de los siglos
En las alas del canto arrebatado.....
Y en medio del concerto numeroso,
La voz del Guayas crece
Y á las más resonantes enmudece.
Tú la salud y honor de nuestro pueblo
Serás viviendo, y ángel poderoso
Que lo proteja, cuando
Tarde al emperio el vuelo arrebatases,
Y entre los claros Incas
Á la diestra de Manco te sentases.

»Así place al destino. ¡Oh! ved al cóndor.
Al peruviano rey del pueblo aéreo,
Á quien ya cede el águila el imperio:
Vedle cuál desplegando en nuevas galas
Las espléndidas alas,
Sublime á la región del sol se eleva
Y el alto augurio que os revelo aprueba.

»Marchad, marchad, guerreros,
Y apresurad el día de la gloria,
Que en la fragosa margen de Apurímac
Con palmas os espera la victoria.»
Dijo el Inca, y las bóvedas etéreas
De par en par se abrieron,
En viva luz y en resplandor brillaron
Y en celestiales cantos resonaron.

Era el coro de cándidas Vestales,
Las vírgenes del Sol, que rodeando
Al Inca como á sumo sacerdote,
En gozo santo y ecos virginales
En torno van cantando
Del Sol las alabanzas inmortales.

»Alma eterna del mundo,
Dios santo del Perú, padre del Inca,
En tu giro fecundo
Gózate sin cesar, luz bienhechora,
Viendo ya libre al pueblo que te adora.

»La tiniebla de sangre y servidumbre
Que ofuscaba la lumbre
De tu radiante faz, pura y serena,
Se dispó, y en cantos se convierte
La querrela de muerte
Y el ruido antiguo de servil cadena.

»Aquí la libertad buscó un asilo,
Amable peregrina,
Y ya lo encuentra plácido y tranquilo;
Y aquí poner la diosa
Quiere su templo y ara milagrosa;
Aquí, olvidada de su cara Helvecia,
Se viene á consolar de la ruina
De los altares que la alzó la Grecia,
Y en todos sus oráculos proclama
Que al Madalén y al Rímac bullicioso
Ya sobre el Tíber y el Eurotas ama.

»¡Oh Padre, oh claro Sol! no desampares
Este suelo jamás, ni estos altares.
Tu vivífico ardor todos los seres
Anima y reproduce: por ti viven
Y acción, salud, placer, beldad reciben;
Tú al labrador despiertas,
Y las aves canoras
En tus primeras horas,
Y son tuyos sus cantos matinales;
Por ti siente el guerrero
En amor patrio enardecida el alma,
Y al pie de tu ara rinde placentero
Su laurel y su palma;
Y tuyos son sus cánticos marciales.

Fecunda ¡oh Sol! tu tierra,
Y los males repara de la guerra.

»Da á nuestros campos frutos abundosos,
Aunque niegues el brillo á los metales;
Da naves á los puertos,
Pueblos á los desiertos,
Á las armas victoria,
Alas al genio y á las musas gloria.

»Dios del Perú, sostén, salva, conforta
El brazo que te venga:
No para nuevas lides sanguinosas,
Que miran con horror madres y esposas,
Sino para poner á olas civiles
Límites ciertos, y que en paz florezcan
De la alma paz los dones soberanos,
Y arredre á sediciosos y á tiranos.

»Brilla con nueva luz, rey de los cielos,
Brilla con nueva luz en aquel día
Del triunfo que magnífica prepara
Á su LIBERTADOR la patria mía.
¡Pompa digna del Inca y del imperio
Que hoy de su ruina á nuevo ser revive!

»Abre tus puertas, opulenta Lima,
Abate tus murallas y recibe
Al noble triunfador que rodeado
De pueblos numerosos, y aclamado
ÁNGEL de la esperanza,
Y GENIO de la paz y de la gloria,
En inefable majestad se avanza.»

Las Musas y las Artes revolando
En torno van del carro esplendoroso;
Y los pendones patrios vencedores
Al aire vago ondean, ostentando
Del Sol la imagen, de iris los colores.

Y en ágil planta y en gentiles formas,
Dando al viento el cabello desparcido,
De flores matizado,
Cual las Horas del Sol raudas y bellas,
Saltan en derredor lindas doncellas
En giro no estudiado,
Las glorias de su patria
En sus patrios cantares celebrando,
Y en sus pulidas manos levantando
Albos y tersos como el seno de ellas,
Cien primorosos vasos de alabastro
Que espiran fragantísimos aromas.
Y de su centro se derrama y sube
Por los cerúleos ámbitos del cielo
De ondoso incienso transparente nube.
Cierran la pompa espléndidos trofeos,
Y por delante en larga serie marchan
Humildes, confundidos,
Los pueblos y los jefes ya vencidos.
Allá procede el ástur belicoso;
Allí va el catalán infatigable,
Y el agreste celtibero indomable,
Y el cántabro feroz que á la romana
Cadena el cuello sujetó el postrero;
Y el andaluz liviano,
Y el adusto y severo castellano.
Ya el áureo Tajo cetro y nombre cede;
Y las que antes graciosas
Fueron honor del fabuloso suelo,
Ninfas del Tormes y el Genil, en duelo
Se esconden silenciosas;
Y el grande Betis, viendo ya marchita
Su sacra oliva, menos orgulloso
Paga su antiguo feudo al mar undoso.

El Sol, suspenso en la mitad del cielo,
Aplaudirá esta pompa.—«¡Oh Sol, oh padre!
Tu luz rompa y disipe
Las sombras del antiguo cautiverio;

Tu luz nos dé el imperio;
Tu luz la libertad nos restituya;
Tuya es la tierra, y la victoria es tuya.»
Cesó el canto. Los cielos aplaudieron,
Y en plácido fulgor resplandecieron.
Todos quedan atónitos. Y en tanto
Tras la adorada nube el Inca santo,
Y las santas vestales se escondieron.

Mas ¿cuál audacia te elevó á los cielos,
Humilde musa mía? ¡Oh! ¡no reveles
Á los seres mortales
En débil canto arcanos celestiales!
Y ciñan otros la apolínea rama,
Y siéntense á la mesa de los dioses,
Y los arrulle la parlera Fama,
Que es la gloria y tormento de la vida.
Yo volveré á mi flauta conocida,
Libre vagando por el bosque umbrío
De naranjos y opacos tamarindos,
Ó entre el rosal pintado y oloroso
Que matiza la margen de mi río,
Ó entre risueños campos do en pomposo
Trono piramidal y alta corona,
La Piña ostenta el cetro de Pomona.
Y me diré feliz, si mereciere,
Al colgar esta lira en que he cantado
En tono menos dino
La gloria y el destino
Del venturoso PUEBLO AMERICANO,
Yo me diré feliz, si mereciere,
Por premio á mi osadía,
Una mirada tierna de las Gracias,
Y el aprecio y amor de mis hermanos,
Una sonrisa de la patria mía,
Y el odio y el furor de los tiranos.

CANTO AL GENERAL FLORES,

VENCEDOR EN MIÑARICA.

Cual águila inexperta que, impelida
Del regio instinto de su estirpe clara,
Emprende el precoz vuelo
En atrevido ensayo,
Y elevándose ufana, envanecida,
Sobre las nubes que atormenta el rayo,
No en el peligro de su ardor repara,
Y á su ambicioso anhelo
Estrecha viene la mitad del cielo;

Mas de improviso deslumbrada, ciega,
Sin saber dónde va, pierde el aliento,
Y á la merced del viento
Ya su destino y su salud entrega;
Ó por su solo peso descendiendo,
Se encuentra por acaso
En medio de su selva conocida,
Y allí, la luz huyendo, se guarece,
Y de fatiga y de pavor vencida,
Renunciando al imperio, desfallece:

Así mi musa un día
Sintió la tierra huir bajo su planta,
Y osó escalar los cielos, no teniendo
Más genio que amor patrio y osadía.
En la región etérea se declara
Grande sacerdotisa de los Incas;
Abre el templo del Sol; flores y ofrendas
Esparce sobre el ara;
Ciñe la estola espléndida y la tiara;
Inquieta, atormentada
De un dios que dentro el pecho no le cabe,

Profiere en alta voz lo que no sabe,
Por ciega inspiración. Tiemblan los reyes
Escuchando el orácuo tremendo;
Revelaciones, leyes
Dicta al pueblo; describe las batallas;
De la patria predice la victoria,
Y la aplaude en seráficos cantares;
De los Incas deifica la memoria,
Y á sus manes sagrados,
Si tumba les faltó, levanta altares.

Mas cuando ya su triunfo absorta canta,
Atrás la vista torna,
Mira el abismo que salvó, y se espanta;
Tiembla, deja caer el refulgente
Sacro diadema que sus sienas orna,
Y flaco el pecho, el ánimo doliente
Cual si volviera de un delirio siente;
Y de la santa agitación rendida,
Quedó en lento deliquio adormecida.

En vano el bronce fraticida truena,
Y de las armas rompe el estallido;
Y al recrujir el carro de la guerra
Se siente en torno retemblar la tierra.
Y el atroz silbo de rabiosas sierpes
Que la Discordia enreda á su melena,
En sed mortal los pechos enfurece;
Y de la antigua silla de los Incas
Hasta do bate el mar los altos muros
De la noble heredera de Cartago,
Todo es horror, y confusión y estrago.

En vano, oh Dios, del medio
De las olas civiles, con sorpresa,
Joven, graciosa, de esperanzas llena,
Una nueva república aparecé:
Cual la diosa de amor y de belleza
Coronada de rosas y azahares,

Conque el ambiente plácido perfuma,
Surgió sobre la hirviente y alba espuma
Del mar, nacida á serenar los mares;

Y en vano sobre el margen populoso
Del rico Tames y bullente Rímac,
En verso numeroso
Canoras voces se alzan despertando
La musa de Junín..... que el sacro fuego
De inspiración cesó: lánguido expira,
Y el canto silencioso
Duerme sobre las cuerdas de su lira.

Mas nunca el genio muere, y con su aliento
La tierra, el firmamento,
El mármol y cadáveres anima.
Ya está dentro de mí.—Veloces vientos,
Anunciad á las gentes
Un nuevo canto de victoria. Dadme
Laurel y palmas y alas esplendentes;
Volvedme el estro santo,
Que ya en el seno siento hervir el canto.

¿A dónde huyendo del paterno techo
Corre la juventud precipitada?
En sus ojos furor, rabia en su pecho,
Y en su mano blandiendo ensangrentada
Un tizón infernal, cual civil Parca,
Ciega discurre, tala y sus horrendas
Huellas en sangre y en cenizas marca.

Leyes y patria y libertad proclaman.....
Y oro, sangre, poder..... esas sus leyes,
Esa es la libertad de que se llaman
Íclitos vengadores.....

Y en los enormes montes interpuestos
Y en el soberbio inexpugnable alcázar,
Que de lejos ostenta

La reina del Pacífico opulenta,
La insolente esperanza
Ponen de triunfo cierto y de venganza.

Corren al triunfo cierto..... y un abismo
Se abrió bajo sus pies..... que los horrores
De tanta sedición, los alaridos
Que entre las ruinas salen, los clamores
De tantos pueblos íntegros y fieles,
El rayo concitaron que dormía
Allá en el seno de su nube umbría.

Ese es el adalid á quien dió el cielo
Valor, consejo, previsión y audacia.
Al arduo empeño, á la mayor desgracia
Le sobra el corazón. Todo le cede:
Sirve á su voz la suerte; ante su genio
El peligro espantado retrocede.

FLORES, los pueblos claman, y los montes
Que la escena magnífica decoran,
FLORES, repiten sin cesar. Los ecos
Ávidos unos á otros se devoran
Y en inquietud perpetua se suceden,
Como olas de la mar. Sordos aterran
La turba pertinaz, que espavorida
Huye, y no sabe dónde: que doquiera
Los ecos la persiguen, y doquiera
El espectro del héroe la intimida.

Así cuando una nube repentina
Enluta el cielo, cuando el sol declina,
Se afanan los pastores recogiendo
El rebaño que padece descuidado;
Mas si improvisamente estalla un trueno horrendo,
El tímido ganado
Se aturde, se dispersa, desoyendo
Del fiel mastín inútiles clamores;
Se pierde en precipicios espantosos,

Que más lo apartan del redil querido;
Y entre tantos horrores
Vagan, tiemblan y caen confundidos
Ganados y mastines y pastores.

Oyó la voz doliente de la patria
Su siempre fiel guerrero,
Y desnudando el invencible acero,
Se avanza; y los valientes capitanes
En cien lides gloriosos le rodean,
Y dar paz á la patria ó morir firmes,
Sobre la cruz de sus espadas juran.....
Él habla, y á su acento
Todo en torno es acción y movimiento.
Armas, tormentos bélicos.... y cuanto
Elemento de guerra y de victoria
Da el suelo, forma el arte, el genio crea,
Se apresta ó aparece por encanto.
Gime el yunque, la fragua centellea,
Brotan naves el mar, tropas la tierra.....
Aquí y allí la juventud se adiestra
Á la terrible y desigual palestra.....
Y el caballo impaciente
De freno y de reposo,
Se indigna, escarba el suelo polvoroso;
Impávido, insolente
Demanda la señal; bufa, amenaza,
Tiemblan sus miembros, su ojo reverbera;
Enarca la cerviz, la alza arrogante
De prominente oreja coronada;
Y al viento derramada
La crin luciente de su cuello enhiesto,
Ufano da en fantástica carrera
Mil y mil pasos sin salir del puesto.

Mayor afán, agitación, tumulto,
Reina en el bando opuesto.
Armas les da el furor, la ambición ciega,
Constancia..... obstinación. ¡Cuán impotente

Dió voces la razón!..... Y en vano el cielo
Los aterra con signos portentosos:
Nocturnas sombras vagan por el suelo
Exhalando alaridos lastimosos;
Rayos sanguíneos las tinieblas aran
En pálido fulgor, y por la noche
Sones terribles de uno al otro extremo
De la espantosa bóveda se oyeron;
Se hiende el monte, el huracán estalla,
Y es todo el aire un campo de batalla!
Y en medio de la pompa más solemne,
Las imágenes santas derribadas,
¡Qué horror! del alto pedestal cayeron,
Del incienso sacrilego indignadas.

¿Veis allá lejos ominosa nube
Ondeando en polvo de revuelta arena,
Que densa se derrama y lenta sube?.....
Allí está Miñarica. La Discordia
Allí sus haces crédulas ordena,
Las convoca, las cuenta, las inflama.....
Las inflama..... después las desenfrena.

FLORES vuela al encuentro, y cuando alzada
Sobre la hostil cerviz resplandecía
Su espada, reconoce sus hermanos,
Lejos de sí la arroja, y les ofrece
El seno abierto y las inermes manos.

Mas fiera la facción se enorgullece:
Razón, ruego, amistad y paz desdeña,
Triunfa al verse rogada,
Y en ilusión y en arrogancia crece:
Que rara vez clemencia generosa
El monstruo del furor civil domeña,
Y aun más los viles pechos escandece.

Tornó del héroe á relumbrar la espada,
Y esta fué la señal. Los combatientes,

Con firme paso y exultantes frentes,
Se acometen, se mezclan..... De una parte
El número y el ímpetu..... de la otra
Arte, valor, serenidad; doquiera
Furor y sangre..... y á las armas sangre,
Aun más infame que el orín, empaña;
Y los pendones patrios encontrados
Rotos y en sangre flotan empapados.
Cristados yelmos, miembros palpitantes
Erizan la campaña.....
Y los troncos humanos
Se revuelcan, amagan,
É impotentes de herir, siquiera insultan,
Mientras los restos de vital aliento
Entre sus labios macilentos vagan.

Los antiguos amigos, los hermanos
Se encuentran, se conocen..... y se abrazan.....
Con el abrazo de furente saña!

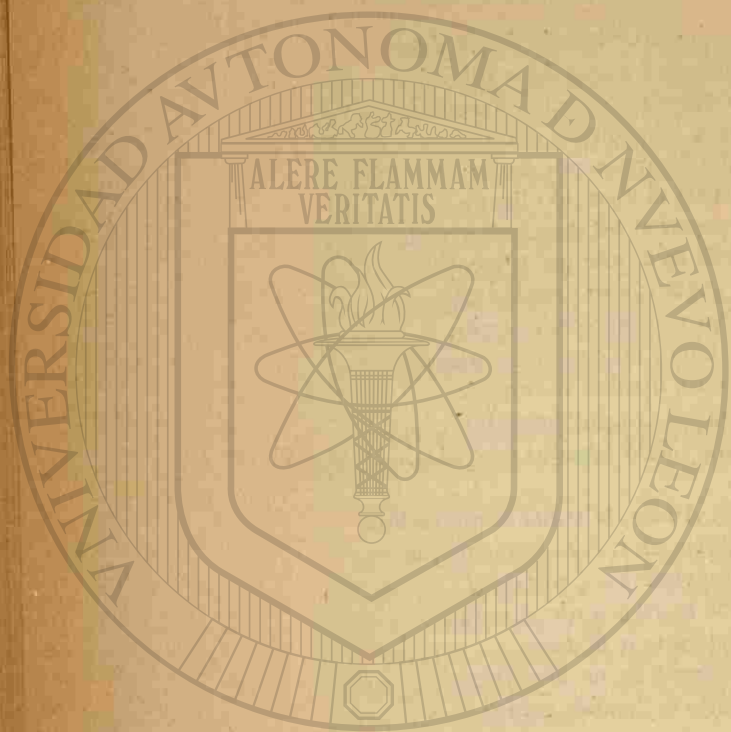
Ni tregua, ni piedad..... ¿Quién me retira
De esta escena de horror?..... Rompe tu lira,
Doliente musa mía, y antes deja
Por siempre sepultada en noche oscura
Tanta guerra civil. ¡Oh! tú no seas
Quién á la edad futura
Quiera en durable verso revelarla:
Que si mengua ó escándalo resulta,
Honra más la verdad quien más la oculta.

Como rayo entre nube tormentosa
Serpea fulminando y veloz huye,
Vuelve á brillar, la tempestad disipa,
Y su esplendor al cielo restituye;
Así la espada del invicto FLORES
Por entre los espesos escuadrones
Va sin ley cierta, brilla..... y desaparecen.
Á los unos aterra su presencia;
Otros, piedad clamando, se rindieron

Y á los que, fuertes para huir, huyeron,
Los alcanzó en su fuga la clemencia.

¡Salud, oh claro vencedor! ¡Oh firme
Brazo, columna y gloria de la patria!
Por ti la asolación, por ti el estruendo
Bélico cesa, y la inspirada musa
Despertó dando arrebatado canto;
Por ti la patria el merecido llanto
Templa al mirar el hecatombe horrendo
Que es precio de la paz; por ti recobran
Su paz los pueblos y su prez las artes,
La alma Temis su santo ministerio,
Su antiguo honor los patrios estandartes,
La ley su cetro, libertad su imperio;
Y las sombras de Guachi desoladas
De su afrenta y dolor quedan vengadas.

Rey de los Andes, la ardua frente inclina,
Que pasa el vencedor. Á nuestras playas
Dirige el paso victorioso, en tanto
Que el himno sacro la amistad entona,
Y fausta la victoria le destina
Triunfales pompas en su caro Guayas,
Y en este canto espléndida corona.



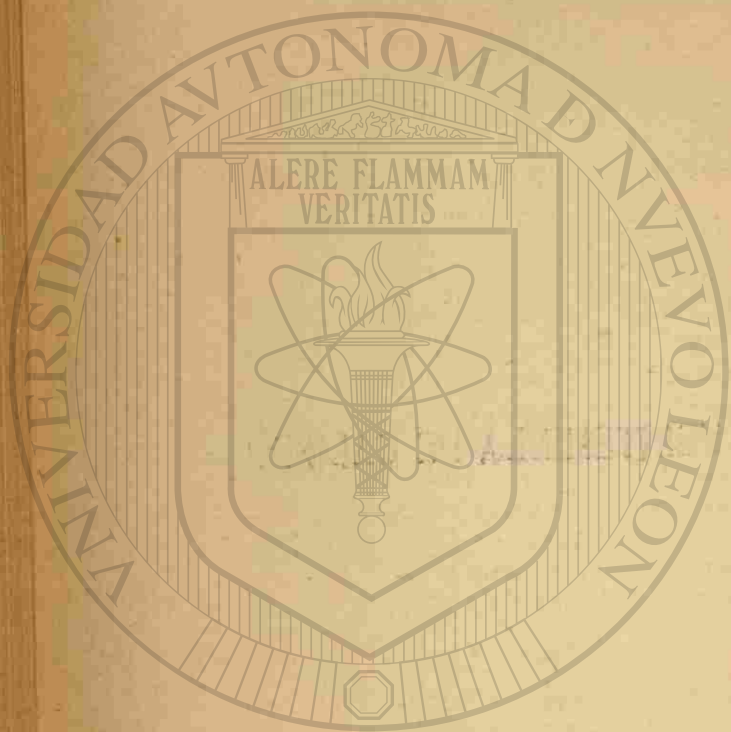
D.ª DOLORES VEINTEMILLA DE GALINDO.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





D.^a DOLORES VEINTEMILLA DE GALINDO.

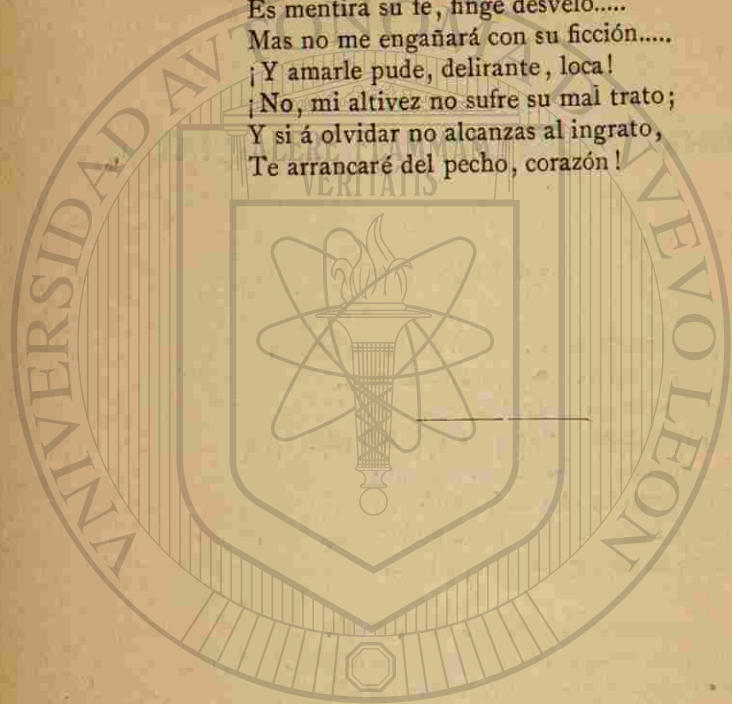
QUEJAS.

¡Y amarte pude! Al sol de la existencia
Se abría apenas soñadora el alma.....
Perdió mi pobre corazón su calma
Desde el fatal instante en que le hallé.
Sus palabras sonaron en mi oído
Como música blanda y deliciosa;
Subió á mi rostro el tinte de la rosa;
Como la hoja en el árbol vacilé.

Su imagen en el sueño me acosaba
Siempre halagüena, siempre enamorada:
Mil veces sorprendiste, madre amada,
En mi boca un suspiro abrasador;
Y, era él quien lo arrancaba de mi pecho,
Él, la fascinación de mis sentidos;
Él, ideal de mis sueños mas queridos,
Él, mi primero, mi ferviente amor.

Sin él, para mí, el campo placentero
En vez de flores me obsequiaba abrojos:
Sin él, eran sombríos á mis ojos
Del sol los rayos en el mes de Abril.
Vivía de su vida apasionada;
Era el centro de mi alma el amor suyo;
Era mi aspiración, era mi orgullo.....
¿Por qué tan presto me olvidaba el vil?

No es mío ya su amor, que á otra prefiere.
Sus caricias son frías como el hielo;
Es mentira su fe, finge desvelo.....
Mas no me engañará con su ficción.....
¡Y amarle pude, delirante, loca!
¡No, mi altivez no sufre su mal trato;
Y si á olvidar no alcanzas al ingrato,
Te arrancaré del pecho, corazón!



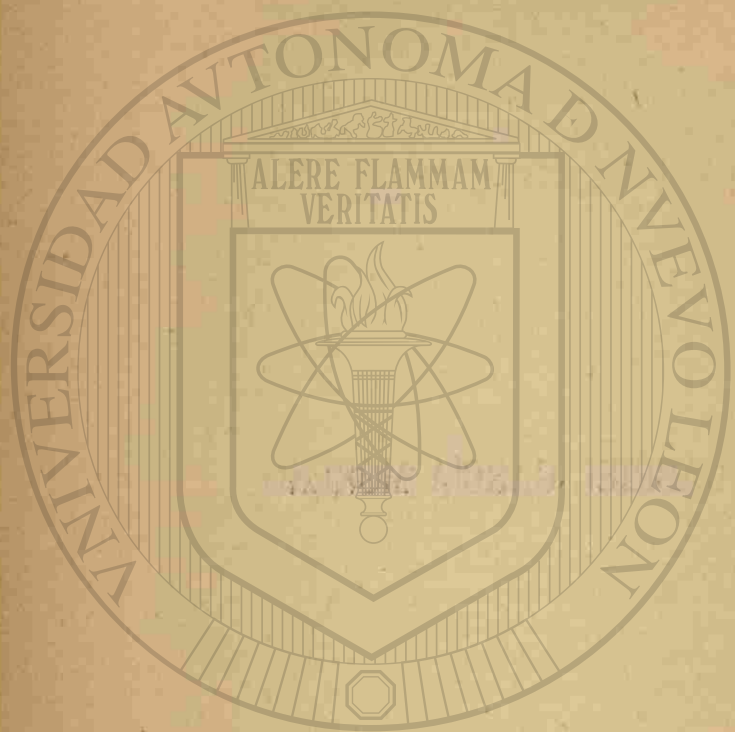
D. GABRIEL GARCÍA MORENO.

UANTL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





D. GABRIEL GARCÍA MORENO.

—
Á FABIO.

Yo vi del polvo levantarse audaces,
Á dominar y perecer, tiranos;
Atropellarse efímeras las leyes
Y llamarse virtudes los delitos.

MORATÍN.

Huye lejos de aquí, virtuoso Fabio,
Huye, si quieres preservar del vicio
Tu juventud florida, que los años
Presto te robarán. Mira doquiera
Cómo levanta la manchada frente,
Llena de oprébio y de arrogancia, el crimen;
Cómo se arrastra la ambición astuta
En fango inmundo, y de repente sube
Cual fétido vapor que infesta el cielo.
Allá se esconde prostituta infame
Bajo adornos marciales, y su mano
Tímida empuña el relumbrante acero,
Jamás enrojecido en las batallas.
Impresos lleva en su amarillo rostro
Los asquerosos surcos, las señales
Que en lecho torpe atesoró. Ninguno
De cuantos vicios inventara el hombre
En largos siglos de maldad, ignora:
Traición, perjurio, latrocinio, estafa,

Libertinaje impúdico, furores
De bárbara opresión.... su vida impura
Encerrada en artículos se encuentra
En el severo código que inspira
Saludable terror á los perversos.
¡Y este de corrupción conjunto horrible
Monstruo que hasta el patíbulo infamara,
Este triunfa, domina, tiraniza,
Y respira tranquilo! Al pueblo imbécil
Con fementido labio artero invoca,
Y le ultraja feroz, ¡y el pueblo sufre,
Llora abatido y resignado calla!
¡Oh vergüenza! ¡oh baldón! Proscrita en tanto
La probidad se oculta, perseguida
Por el delito atroz de su inocencia,
Sin cesar acosada, expuesta siempre
En inseguro asilo á la perfidia
Del delator vendido que la acecha.
Así tu patria está. No tardes, huye.
¿Qué esperas? ¿quieres de tu vida infausta
La suerte mejorar con tu paciencia?
Te engañas, infeliz. A la fortuna
La áspera senda del honor no guía.
Quien á las altas cumbres la audaz planta
Mueve y subir procura, no consigue
Sino elevarse á la región del rayo;
Mas si los Andes deja, prefiriendo
Valles ardientes de fecundo suelo,
Se ofrecen luego á su encantada vista
Flores y frutos en frondosas selvas:
Así el hombre que intrépido se avanza
De la virtud á la fragosa altura,
Camina á la desgracia, mientras goza,
En el campo feraz de la ignominia,
De iniquidad el premio el delincuente.
Mira en torno de ti y aprende cauto,
Si á la opulencia aspiras, el secreto
Que conduce al poder. Miente, calumnia,
Oprime, roba, profanando siempre

De patria y libertad el nombre vano:
Bajeza indigna, adulación traidora,
Previsor disimulo, alevosía
Y sórdido interés por ley suprema,
Presto te elevarán; y tu infortunio
Sombra será como el terror de un sueño.
¿No ves á Elpino, el cínico, que entona
El hosanna triunfal para el que vence,
Y cuando pasa al Gólgota, le insulta,
Gritos lanzando de exterminio y muerte?
Pues serena su vida se desliza
De revuelta en revuelta, como corre,
Del rugiente Sangay en el declivio,
Entre ceniza y desgarradas peñas,
Infecta fuente de insalubres aguas.
Y Corredor, y Viperino, y tantos
Cobardes y rebeldes, que á tumultos
Y no á combates sus galones deben;
Y el renegado y falso Turpio Vilio,
Que en todos los partidos sienta plaza
Y de todos, vendiéndose, deserta,
Del polvo se encumbraron, impelidos
Al rauda sopro de inmortal infamia.
En esta tierra maldecida, en esta
Negra mansión de la perfidia, ¿sirven
Para algo la lealtad, la valentía,
La constante honradez, los nobles hechos
Del que á la gloria inmola su existencia?
De vil ingratitud la hiel amarga,
De la envidia el veneno y muchas veces
Fatídico puñal.... tal es el premio
Que el Ecuador á la virtud presenta.
Malvado ó infeliz: no hay medio, escoge,
Decide pronto, y antes que te oprima
Como dogal de muerte la desgracia....
Mas no: desprecia impávido, animoso,
Los cálculos del miedo: á la cuchilla
Inclina la cerviz y no á la afrenta;
Y aunque furiosa la borrasca brame,

Y ronco el trueno sobre ti retumbe,
 Inmóvil, firme tente; que al cadalso
 Arrastrarte podrán, no envilecerte.
 Conozco, sí, la suerte que me aguarda:
 Présago, triste el pecho me lo anuncia
 En sangrientas imágenes que en torno
 Siento girar en agitado ensueño.
 Conozco, sí, mi porvenir, y cuántas
 Duras espinas herirán mi frente;
 Y el cáliz del dolor hasta agotarle,
 Al labio llevaré sin abatirme.
 Plomo alevoso romperá, silbando,
 Mi corazón tal vez; mas si mi patria
 Respira libre de opresión, entonces
 Descansaré feliz en el sepulcro.

SÁTIRA.

FRAGMENTOS.

No más callar: quien calla y no se indigna
 De tanta corrupción y alevosía,
 En el triunfo del vicio se resigna.

¡Débil humanidad, quién te comprende
 Cuando el honor y la virtud olvidas,
 Y llama impura en tus entrañas prende!

Grandes pasiones en el alma anidas:
 Sofocadas, tu espíritu es inerte;
 Y de infamia te cubren, corrompidas.

¿Qué eres tú sin honor?— Vileza y muerte.
 ¿Qué eres tú sin virtud?— Arbol del crimen
 Que sangre en torno de su tronco vierte.

¡Alerta, pueblo! los virtuosos gimen
 Sin poder ampararte en su retiro;
 Los malvados, los pérfidos te oprimen.

El hado adverso niégate respiro,
 Y de abismo en abismo te sepulta,
 De ladrones..... silencio..... yo deliro.

Incauta musa, la verdad insulta:
 Si no sabes mentir al poderoso,
 Cállate, ó cárcel sufrirás, y multa.

Deja al ladrón robar; al insidioso
 Déjale urdir risueño sus traiciones,
 Y asesinar con ósculo amistoso.

Deja que el pobre arrastre sus prisiones
 Por desvalido, en tanto que el delito
 Carga ufano divisas y galones.

Déjalos, sí, cargados del desprecio
 Y del odio del público indignado,
 Que los maldice y los castiga recio.

¡Prudencia, musa! ¿Acaso á tí se ha dado
 El orden todo trastornar del mundo
 Y transformar los seres á tu agrado?

¿Harás tú aborrecer al cuervo inmundo
 El corrompido fétido alimento;
 Ó domeñar al *púmac* iracundo?

¿Quién logrará que en la región del viento
 Se remonte veloz el elefante,
 Del condor imitando el ardimiento?

¿Ni quién hará que *Rábula* ignorante

Licurgo sea, ó *Payo* el trapacero
En Catón se convierta en adelante?

Cállate, pues; que tu sermón severo,
Sin corregir el vicio, te prepara
Turbión de males, que evitarte quiero.

Y si el diablo te mueve á alzar la vara,
Huye, maldita, al Pindo ó al Parnaso,
Y allá sin riesgo la verdad declara.

No te puedo ofrecer el buen Pegaso
Para que el viaje sin tardanza emprendas,
Por ser muy viejo, y flaco y de mal paso;

Pero mulos tendrás, con tal que aprendas
La brida á manejar y el acicate,
Y abandones políticas contiendas.

Véte á la Convención, en donde abate
Soberbio el vicio á la virtud vencida;
Donde el error á la razón combate;

Do la ignorancia triunfa envanecida
Sobre el pequeño número que en vano
Cubre á la patria con su rota egida.

Mira á la diestra, á la siniestra mano,
Mulos de toda edad, de toda raza,
Cuál magro, cuál rollizo y cuál enano.

No sigue al ciervo tan ligero el galgo,
Como éstos siguen al que diestro ofrece
Por medio de una renta hacerlos algo.

Diles que Apolo mulos apetece,
Del Pegaso cansado y de carruaje;
Y que pródigo á todos enriquece.

Acaso, musa, tu veraz lenguaje
Mentido y falso supondrán, temiendo
Pobreza hallar al término del viaje;

Tal vez rehusen alquilarse, viendo
Que Apolo no reparte canonjías
Y paga con laurel, si está debiendo:

Bien, no importa que sigan sus manías,
Que cerca está *Pollino* enalbardado:
Tómalo, y monta luego, y no te rías.

Parte, parte, que ya oigo amedrentado
Tronar la Convención, como si fuese
De suegras y de yernos altercado.

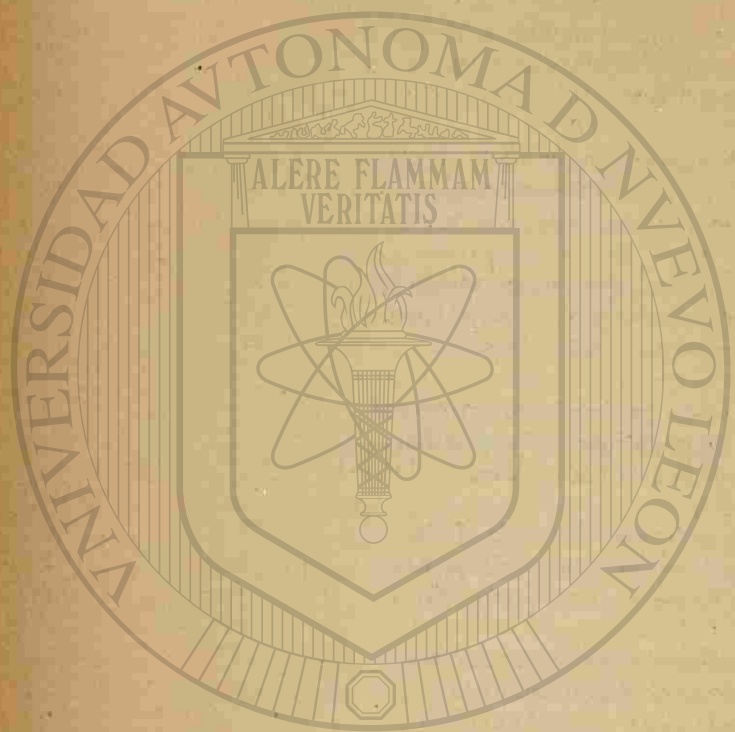
¡Oh, si mi patria abandonar pudiese,
Y, en apartado clima, obscuro asilo
Do vivir ignorado se me diese!

¡Donde de acero fratricida el filo
No amenazase cruel mi edad lozana,
Donde latiese el corazón tranquilo,

Y no esperase con pavor mañana!
Allá no oyera la fatal tormenta,
Rugiendo sorda y preparando insana

Terrible asolación, ruina violenta
Á mi suelo infeliz, salido apenas
De los horrores de la lid sangrienta;

Allá mis horas volarían serenas
En dulce paz, en plácido retiro;
Y allá libre de bárbaras cadenas,
Contento diera mi postrer suspiro.

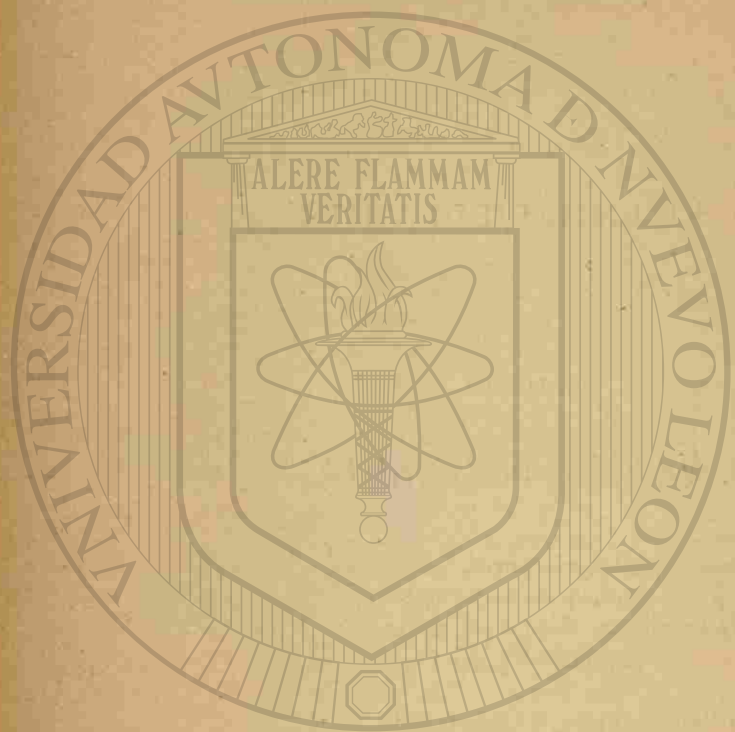


D. VICENTE PIEDRAHITA.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

D. VICENTE PIEDRAHITA.

ORACIÓN.

(EN EL DÍA DE MI NATALICIO.)

En este día, con la aurora, al mundo
Me mandaste, Señor:
Yo te bendigo, Espíritu fecundo,
Supremo Créador.

Dichoso ó infeliz, Luz de la vida,
Mi voz te cantará;
Regocijada el alma ó abatida,
Siempre te ensalzaré.

En el dolor, que ilustra y santifica,
Bendigo tu bondad;
En la fe, que enaltece y vivifica,
Y en la augusta verdad.

Bendito Tú, que el llanto has bendecido
Y la tribulación;
Tú, que muestras el cielo prometido
Al pobre en su aflicción;

Tú, que inspiras al flaco fortaleza,
Al soberbio humildad,
Al avaro desprecio á la riqueza,
Al impio piedad;

Tú, que hiciste atractiva la inocencia,
Celestial el candor,
Inflexible y severa la conciencia,
El deber bienhechor;

Que enseñas á morir por la justicia
Y la eterna verdad,
Y al mundo dictas en tu ley propicia,
Sublime caridad.

Bendito Tú, que impones la esperanza
Y nos mandas amar;
Tú, que nos dices que la gloria alcanza
Quien sabe perdonar;

Bendito Tú, que has dado al sentimiento
Inefable fruición;
Al noble y elevado pensamiento
Fuego é inspiración;

A los puros y ardientes corazones
Alteza y beatitud;
Al alma, de tu Ser revelaciones,
Y gloria á la virtud.

D. JULIO ZALDUMBIDE.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

D. JULIO ZALDUMBIDE.

LA MAÑANA.

Leve cinta de luz brilla en Oriente,
Como la fimbria de oro
Del ropaje del sol resplandeciente;
Y es la señal del ya vecino día.
El pueblo de las aves, que dormía
En el regazo de callada noche,
Rompe el silencio en armonioso coro,
Y un cántico levanta al que infalible
Su cotidiano sol al mundo envía.
Raya el alba; las sombras que, esparcidas
Por el aire, tejían silenciosas
El tenebroso velo
En que yacía envuelto el ancho suelo,
Ciegas ante la luz y confundidas
Se rompen, al ocaso retroceden,
Y el espacio y el cetro al día ceden:
Recoge el manto la vencida noche,
Y aparece triunfante,
Entre aplausos y voces de victoria,
En su inflamado coche,
El rey del cielo espléndido y radiante.

Cunde al punto la luz de la mañana;
Se alegra el valle, el monte resplandece;
La niebla que en la noche cubrió el suelo

Se rompe fugitiva y desvanece,
Ó en ondeantes penachos sube al cielo.
Bulle el viento en los árboles sonoro,
Brilla en las verdes hojas el rocío,
Murmura el arroyuelo
Entre las flores dulce, y más osado
Rumor levanta el impetuoso río;
Allá resuena la floresta umbría
Con el alegre y bullicioso coro
De pájaros cantores,
Y todo el aire se hinche de rumores.

Despiertan la cabaña y la alquería;
Del humo del hogar al cielo sube
La doméstica nube,
Y la vista recrea
El afanar del laborioso día:
Ya el labrador empuña el corvo arado,
Y alegre con la idea
De la futura henchida troje, rompe
La faz inculta del fecundo suelo,
Poniendo la esperanza y el cuidado
En el labrado surco y en el cielo;
Se abre el redil, y saltan las ovejas,
Y se van por el campo derramadas,
La tierna grama que mojó el rocío
Paciendo regaladas:
Allá se agita la afanosa siega,
Y la dorada espiga
Al corvo diente de la hoz entrega
El precioso tesoro,
Galardón del sudor y la fatiga.

¿En dónde estás ahora,
Oh noche, ciega noche engendradora
De fantasmas medrosas?
¿Dónde llevaste ya tu triste luna,
Y tu corte de estrellas silenciosas?
Este es el sol, que el alto cielo dora;

Este es el sol, que viste
La Natura de espléndidos colores;
Pintadas brillan á su luz las flores,
Á su luz resplandece
La vívida esmeralda de los montes,
Y aspirando en su luz Naturaleza
De inmortal vida el poderoso aliento,
Rejuvenece su inmortal belleza.

Este es el sol, á cuya luz el mundo
Sacude el sueño que durmió profundo
En tu regazo, oh noche; y resonante
Gira de nuevo en su eje de diamante,
Robusto, juvenil, de vida lleno,
Como en aquel primero día, cuando
El ciego caos fecundó tu seno,
Y echaste dél afuera
La creación entera,
Que giró en los espacios rutilando.
¡Salve, oh tú esplendoroso
Rey de los otros orbes, sol fecundo!
Mi voz con la del mundo
«¡Salve! te dice, genitor glorioso
De toda vida y todo sér que encierra
Por cuanto abarcas en tu luz, la tierra.»

¡Cuán de otra suerte, oh sol, te saludaba
Yo, cuando de los hombres
En el común tropel iba mezclado,
De la ciudad habitador hastiado!
Marchito el corazón, el alma fría,
Cegada ya la fuente
Del entusiasmo, y el estéril tedio
Consumiendo la flor de mi existencia,
Mi juventud amada.

Tal era yo aquel tiempo, y tal vivía;
Y entonces maldecía
Tu refulgente luz, tu luz sagrada,

Porque ella no traía
Placer al alma, ni al dolor remedio.
¡Ya ese tiempo pasó!.... Ahora que el cielo,
Propicio al fin, mis votos ha cumplido,
Dándome horas de paz, serenos días,
Húndase en las tinieblas del olvido
Esta de cruel dolor época fiera.

No vengan sus recuerdos
A acibarar mis dulces alegrías:
Regenerado estoy, y no quisiera
Memoria conservar de lo que he sido.
A ti, Naturaleza, esta que siento
Inmensa vida rebosar en mi alma,
A ti la debo sola; tú eres fuente
De vida inagotable: el pecho triste
Que se marchita al abrasado aliento
De mundanas pasiones,
Bañado en ti, renacerá al momento
Al perdido vigor, y nuevamente
A dulces volverá palpitaciones;
El infelice que bebió del mundo
El cáliz de amargura emponzoñado,
Su labio ponga en tu raudal fecundo,
Y beberá el placer!.... Naturaleza,
Así en mi pecho tú nuevo infundiste
Gozo, del todo extraño á mi tristeza;
Por ti mi herido pecho desmayado
Vuelve á latir, y en nuevo ardor se inflama,
Y por ti, en fin, mi espíritu cansado,
Que aborreció la vida, ya la ama!

LA TARDE.

Con majestad sublime el sol se aleja,
Y el extendido cielo
A las arrebozadas sombras deja,
Que ya le cubren con umbroso velo.

¡Qué solemne misterio! ¡qué profunda
De paz y de oración grave tristeza!
Ya el sol llega al ocaso,
Y la noche le sigue á lento paso.
En duelo universal Naturaleza
Se despide de aquel que la fecunda:
Triste el cielo se enluta, gime el viento,
El mundo eleva unisono lamento.

Ya el rumiador ganado lentamente
Desciende por la húmeda colina;
Cansado el labrador deja la era,
Y á su rústica choza se encamina.
¡Qué misterios el aura pasajera
Suspira y pasa! El ave en sordo vuelo
Por las ramas se mete y busca el nido.
Sólo se oye el zumbido
De los insectos, que quizás lamentan
Desde la hierba del humilde suelo
La partida del claro rey del cielo.

¡Adiós, sol refulgente!
Yo también uniré mi voz humilde
Á la voz elocuente
En que un doliente adiós te envía el mundo.
Tú no puedes parar, ni más despacio
Puedes seguir tu arrebatado giro;
La mano omnipotente
Á recorrer te impulsa sin reposo
Las vastas soledades del espacio,
Esos serenos campos de zahro;
Pero mañana volverás glorioso
Á darnos vida y luz, astro fecundo...
®

De la meditación la voz me llama
Á vagar solitario en la arboleda:
Agreste soledad, mudo silencio....
Triste sombra deseo. El aura leda
Duerme en las flores, y la blanda grama

El ruido apaga de mis pasos lentos.
Como las sombras cunden de la umbría
Noche en el cielo, así en el alma mía
Cunden ya dolorosos pensamientos;
Y una hoja que desciende,
Algún eco fugaz, una avecilla
Que errante y solitaria el aire hiende,
La leve nubecilla
Que viaja á reclinarse allá en el monte
Ó á perderse lejana
En el vago horizonte:
Todo me causa una emoción profunda,
Me aprieta el alma una indecible pena,
Y de improviso mi mejilla inunda
De inesperado llanto amarga vena.

¡Melancólica tarde, tarde umbría!
Desde que pude amar me unió contigo
Irresistible y dulce simpatía.
Tú fuiste siempre confidente mía;
Tú fuiste, tú, testigo
De mis secretos é íntimos deseos
Y locos devaneos;
Tú de mi corazón, tú de mi alma
El seno más recóndito conoces:
¿Qué lágrima vertí que tú no vieras?
¿Exhalé alguna vez triste suspiro
Que vagando en tus auras no le oyeras?
¿Qué secreto agitó nunca mi seno
Que yo á tus mudas sombras ocultara?.....
¿Qué de sueños de amor y de ventura,
Qué de ilusiones halagüeñas viste
En mi pecho formarse,
Con esperanzas halagarme el alma,
Y para siempre en humo disiparse!.....

Todo esto ¡ay infelice! me recuerda
Esa tu sombra triste,
Y sin poder valerme huye la calma

Del centro de mi espíritu agitado,
Y el dique rompe en férvido torrente
El llanto de improviso desatado.....

¡Es preciso olvidar! Córrase el velo
Del olvido sobre ese de amargura
Pasado tiempo. Á mi dolor consuelo
Sola tú puedes dar, alma Natura:
Yo por ti el mundo abandoné engañoso,
Para buscar en ti dulce reposo.....

¡Oh tarde! estas heridas mal cerradas
Que se abren y remueven mi tormento,
Pasará el tiempo, y las verás curadas.
Nunca de hoy más halagará mi oído
De pérfida ilusión el dulce acento,
Ni buscaré la flor do está la espina.
Quiero vivir contento
En esta dulce estancia campesina;
Aquí cavaré tumba á mis dolores;
Y ajeno de ambición, de envidia ajeno,
Aquí (si tanto diérame la suerte)
Como tu sombra espero cada día,
Esperara sereno
Esa de la existencia tarde umbría,
Anunciadora de la obscura muerte.

AL SUEÑO.

En otro tiempo huías
De mis llorosos ojos, sueño blando,
Y tus alas sombrías
Lejos de mí batías,
El vuelo en otros lechos reposando.
Á aquel lecho volabas
En que guardan la paz las mudas horas,

Y el mío abandonabas,
Porque en él encontrabas
En vigilia á las penas veladoras.

Donde quiera que miras
Lecho revuelto en ansias de beleño,
En torno del no giras;
Antes bien te retiras,
Pues de las penas te amedrenta el ceño:

Y así huyes la morada
Soberbia de los reyes opresores,
Y envuelto en la callada
Sombra, con planta alada
A la chozuela vas de los pastores.

Del infeliz te alejas;
Con su dolor en lucha tormentosa
Solitario le dejas:
No atiendes á las quejas,
Y sólo atiendes á la voz dichosa.

Enemigo implacable
De cruel dolor y criminal conciencia,
De voz inexorable,
Y compañero amable,
Y amigo de la paz y la inocencia.....

Si en otro tiempo huías
De mis cansados ojos, sueño blando,
Y las alas sombrías
Lejos de mí batías,
El vuelo en otros lechos reposando,

Ahora al mío te llegas
Solícito, sin fuerza y sin ruido;
Ya á mis ojos no niegas
Tu beleño, y entregas
Mis sentidos á un breve y dulce olvido.

Las que no se apartaban
Penas insomnes de mi lado, oh sueño;
Las que siempre velaban,
Esas que te ahuyentaban
Con su torvo, severo y triste ceño,

Volaron ya: despierta
Miras en su lugar la paz ansiada:
Libre quedó mi puerta,
Y ya no ves cubierta
De espinas dolorosas mi almohada.

Mi conciencia no grita
Para ahuyentar tu asustadizo vuelo,
Ni la ambición me irrita,
Ni mi pecho palpita
En pos de alguna vanidad del suelo.

Desde este mi sereno
Retiro escucho el rebullir del mundo,
Á su tumulto ajeno,
Como si oyese el trueno
Que retumba en remota mar profundo;

Y digo: ya agitaron
Las ondas de esa mar mi barco incierto:
Los vientos le asaltaron,
Sus velas se rasgaron;
Mas llegó salvo á este abrigado puerto.

EL BOSQUECILLO.

Bosquecillo frondoso,
Que á las orillas del sonante río
Abrigo delicioso
Me das en los calores del estío;

Cuando yo te contemplo,
Mientras abrasa el aire el mediodía,
El misterioso templo
Te finge del placer mi fantasía.

Los festivos amores
Están en torno tuyo revolando,
Y en tu lecho de flores
Se recuesta el deleite suspirando.

Y al que en tu seno amparas
El numen del secreto dice aéreo:
«Sacrifica en mis aras;
Mis sombras te prometen el misterio.»

Y acuden presurosas,
Dejando las lejanas arboledas,
Las aves codiciosas
De la promesa de tus sombras ledas.....

Mas yo soy solitario,
No tengo como el ave compañera;
Me llama á tu santuario
Más grata voz, si menos hechicera:

¡La voz del ocio blando!.....
Aquí me tiendo en la mullida alfombra
De tu césped, gozando
La frescura del río y de tu sombra.

Y miro el curso lento
Que en la pradera tuerce el sesgo río,
Y á su música atento
Me pierdo en un sabroso desvarío.

Ya ver se me figura
Al dios de los pastores y ganados
Buscando la hermosura
Dê Eco por los valles y collados:

La ninfa se le esconde
Huyendo sus impúdicos amores,
Y tan sólo responde
Con fugitivo acento á sus clamores;

Porque ella aun deplora
Los desprecios de Adonis afligida,
Y en las cavernas llora
En aéreo y vago acento convertida.

Dentro las claras linfas
Del río, de cristal miro un palacio:
Cerniendo están sus ninfas
En cribas de esmeralda, oro y topacio;

Y entre ellas el sagrado
Numen está del río, muellemente
En la urna reclinado,
Ceñida de limosa alga la frente.....

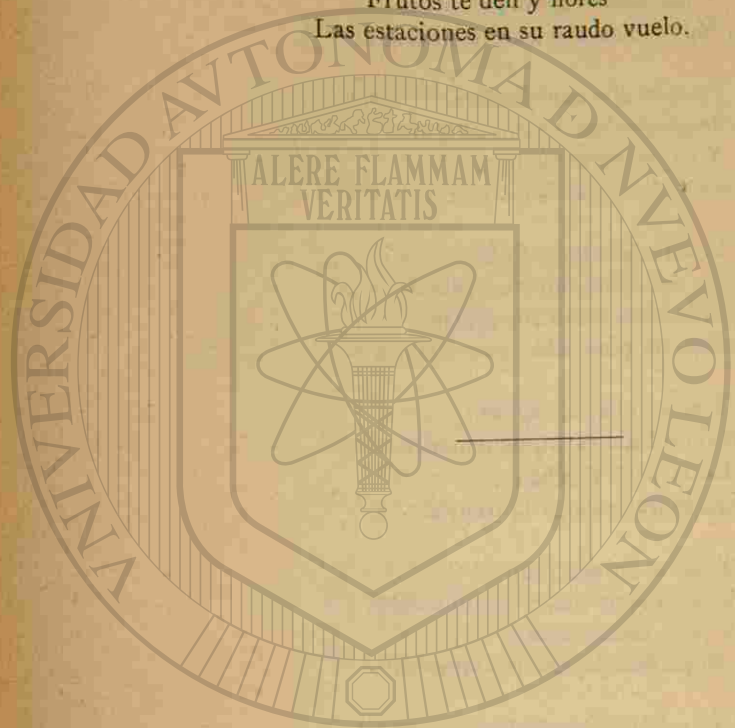
Todo se anima, todo
Cobra voz, cobra vida y movimiento,
Y por extraño modo
Todo lo puebla el vago pensamiento.

¡Oh campiña agradable!
¡Qué dulcísimo encanto mío eres!
Seate favorable
El claro sol, propicia el alma Ceres!

Flora te dé fragancia;
No destruya tus galas el invierno;
Pomona la abundancia
Derrame en ti de su colmado cuerno.

Y á ti, bosque frondoso,
Que á las orillas del sonante río
Abrigo delicioso
Me das en los ardores del estío,

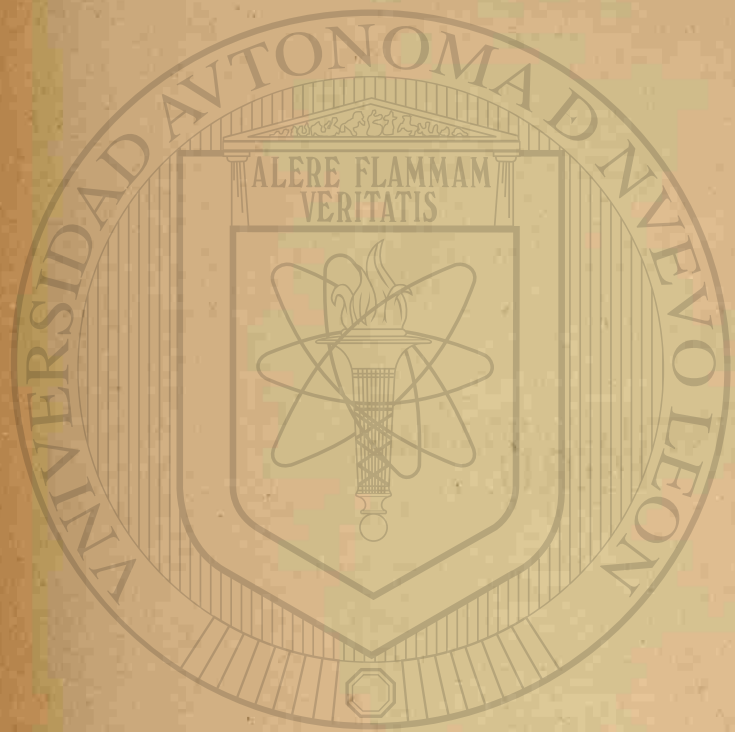
Propicio á tus verdores
Te sonría apacible el claro cielo;
Frutos te den y flores
Las estaciones en su raudo vuelo.



UANL PERÚ.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



POETISA ANÓNIMA.

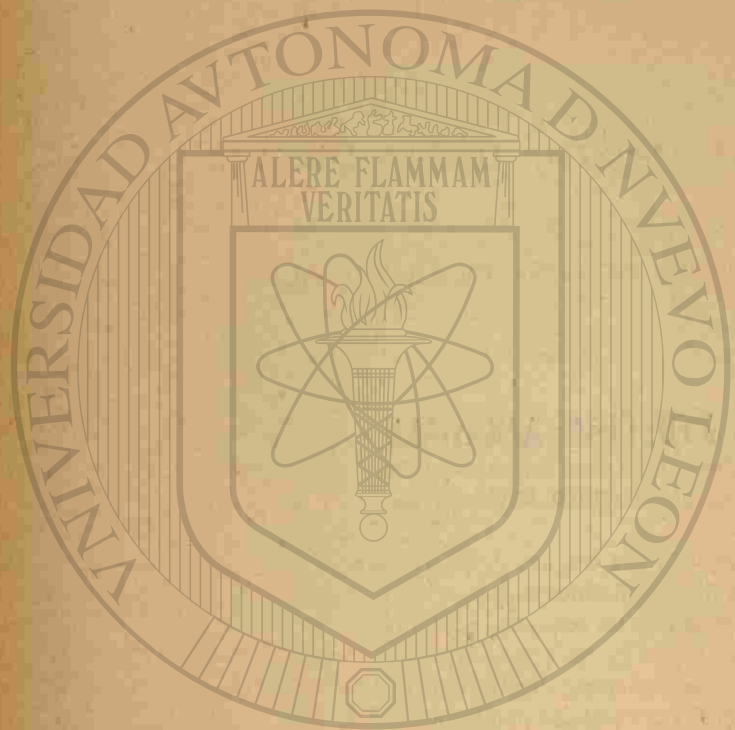
(SIGLO XVII.)

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

POETISA ANÓNIMA DEL SIGLO XVII.

DISCURSO EN LOOR DE LA POESÍA.

Á DIEGO MEXÍA.

La mano y el favor de la Cirene,
Á quien Apolo amó con amor tierno;
Y el agua consagrada de Hipocrene,

Y aquella lira con que de el Averno
Orfeo libertó su dulce esposa,
Suspendiendo las furias del infierno;

La célebre armonía milagrosa
De aquel cuya testudo pudo tanto,
Que dió muralla á Tebas la famosa;

El platicar süave, vuelto en llanto
Y en sola voz, que á Júpiter guardaba,
Y á Juno entretenía y daba espanto;

El verso con que Homero eternizaba
Lo que del fuerte Aquiles escribía,
Y aquella vena con que lo dictaba,

Quisiera que alcanzaras, Musa mía,
Para que en grave y sublimado verso
Cantaras en loor de la Poesía.

Que ya que el vulgo rústico, perverso
Procura aniquilarla, tú hicieras
Su nombre eterno en todo el universo.

Aquí, Ninfas del Sur, venid ligeras;
Pues que soy la primera que os imploro,
Dadme vuestro socorro las primeras.

Y vosotras, Pimpeides, cuyo coro
Habita en Helicón, dad largo el paso,
Y abrid en mi favor vuestro tesoro;

De la agua Medusea dadme un vaso,
Y pues toca á vosotras, venid presto,
Olvidando á Libetros y á Parnaso.

Y tú, divino Apolo, cuyo gesto
Alumbra al orbe, ven en un momento,
Y pon en mí de tu saber el resto.

Inflama el verso mío con tu aliento,
Y en la agua de tu Trípede lo infunde,
Pues fuiste de él principio y fundamento.

¿Mas en qué mar mi débil voz se hunde?
¿A quién invoco? ¿qué deidades llamo?
¿Qué vanidad, qué niebla me confunde?

Si, oh gran Mexía, en tu esplendor me inflamo,
Si tú eres mi Parnaso, tú mi Apolo,
¿Para qué á Apolo y al Parnaso aclamo?

Tú en el Perú, tú en el Austrino polo,
Eres el Delio, el Sol, el Febo santo;
Sé, pues, mi Febo, Sol y Delio sólo.

Tus huellas sigo, al cielo me levanto
Con tus alas: defiende á la Poesía:
Fébada tuya soy, oye mi canto.

Tú me diste preceptos, tú la guía
Me serás, tú que honor eres de España,
Y la gloria del nombre de Mexía.

Bien sé que en intentar esta hazaña
Pongo un monte, mayor que Etna el nombrado,
En hombros de mujer, que son de araña;

Mas el grave dolor que me ha causado
Ver á Helicon en tan humilde suerte,
Me obliga á que me muestre tu soldado.

Que en guerra que amenaza afrenta, ó muerte,
Será mi triunfo tanto más glorioso
Cuanto la vencedora es menos fuerte.

Después que Dios con brazo poderoso
Dispuso el caos y confusión primera,
Formando aqueste mapa milagroso;

Después que en la celeste vidriera
Fijó los signos, y los movimientos
Del Sol compuso en su admirable esfera;

Después que concordó los elementos
Y cuanto en ellos hay, dando preceto
Al mar que no rompiese sus asientos;

Recopilar queriendo en un sujeto
Lo que criado había, al hombre hizo
Á su similitud, que es bien perfeto.

De frágil tierra y barro quebradizo
Fué hecha aquesta imagen milagrosa,
Que tanto al autor suyo satisfizo;

Y en ella con su mano poderosa
Epilogó de todo lo criado
La suma, y lo mejor de cada cosa.

Quedó del hombre Dios enamorado,
Y dióle imperio y muchas preeminencias,
Por Vicedios dejándole nombrado.

Dotóle de virtudes y excelencias,
Adornólo con artes liberales,
Y dióle infusas por su amor las ciencias.

Y todos estos dones naturales
Los encerró en un don tan eminente,
Que habita allá en los coros celestiales.

Quiso que aqueste don fuese una fuente
De todas cuantas artes alcanzase,
Y más que todas ellas excelente;

De tal suerte, que en él se epilogase
La humana ciencia, y ordenó que el darlo
Á solo el mismo Dios se reservase;

Que lo demás pudiese él enseñarlo
Á sus hijos, mas que este don precioso
Sólo el que se lo dió pueda otorgarlo.

¿Qué don es éste? ¿quién el más grandioso
Que por objeto á toda ciencia encierra,
Sino el metrificar dulce y sabroso?

El don de la poesía abraza y cierra,
Por privilegio dado de la altura,
Las ciencias y artes que hay acá en la tierra.

Esta las comprende en su clausura,
Las perfecciona, ilustra y enriquece
Con su melosa y grave compostura.

Y aquel que en todas ciencias no florece,
Y en todas artes no es ejercitado,
El nombre de poeta no merece.

Y por no poder ser que esté cifrado
Todo el saber en uno sumamente,
No puede haber poeta consumado.

Pero serálo aquel más excelente
Que tuviere más alto entendimiento,
Y fuere en más estudios eminente.

Pues ya de la Poesía el nacimiento
Y su primer origen ¿fué en el suelo?
¿Ó tiene aquí en la tierra el fundamento?

Oh Musa mía, para mi consuelo
Dime dónde nació, que estoy dudando.
¿Nació entre los espíritus del cielo?

Éstos á su Criador reverenciando
Compusieron aquel Trisagros trino,
Que al trino y uno siempre están cantando.

Y como la poesía al hombre vino
De espíritus angélicos perfetos,
Que por conceptos hablan de continuo,

Los espirituales, los discretos
Sabrán más de poesía, y será ella
Mejor mientras tuviere más concetos.

De esta región empírea, santa y bella
Se derivó en Adán primeramente,
Como la lumbre Delfica en la estrella.

¿Quién duda, que advirtiéndolo allá en la mente
Las mercedes que Dios hecho le había
Porque le fuese grato y obediente,

No entonase la voz con melodía,
Y cantase á su Dios muchas canciones,
Y que Eva alguna vez le ayudaría:

Y viéndose después entre terrones,
Comiendo con sudor por el pecado,
Y sujeto á la muerte y sus pasiones ;

Estando con la reja y el arado,
Que elegías compondría de tristeza,
Por verse de la gloria desterrado?

Entró luego en el mundo la rudeza
Con la culpa; hinchieron las maldades
Al hombre de ignorancia y de bruteza :

Dividiéronse en dos parcialidades
Las gentes; siguió á Dios la más pequeña,
Y la mayor á sus iniquidades.

La que siguió de Dios el bando y seña,
Toda ciencia heredó, porque la ciencia
Fundada en Dios al mismo Dios enseña.

Tuvo también y en suma reverencia
Al don de la Poesía, conociendo
Su grande dignidad y su excelencia.

Y así el dichoso pueblo, en recibiendo
De Dios algunos bienes y favores,
Le daba gracias, cantos componiendo.

Moisés, queriendo dar sumos loores,
Y la gente hebrea, á Dios eterno,
Por ser de los egipcios vencedores,

El cántico hicieron dulce y tierno
(Que el Éxodo celebra) relatando
Cómo el rey Faraón bajó al Infierno.

Pues ya cuando Jahel privó del mando
Y de la vida á Sísara animoso,
Á Dios regando y con el mazo dando,

¡Qué poema tan grave y sonoro
Barác el fuerte y Débora cantaron,
Por ver su pueblo libre y victorioso!

La muerte de Goliat celebraron
Las matronas con versos de alegría,
Cuando á Saúl con ellos indignaron.

El rey David sus salmos componía,
Y en ellos del gran Dios profetizaba;
¡De tanta majestad es la poesía!

Él mismo los hacía y los cantaba;
Y más que con retóricos extremos
Á componer á todos incitaba.

«Nuevo cantar á nuestro Dios cantemos
(Decía), y con templados instrumentos
Su nombre bendigamos y alabemos.

»Cantadle con dulcísimos acentos,
Sus maravillas publicando al mundo,
Y en él depositad los pensamientos.»

También Judit, después que al tremebundo
Holofernes cortó la vil garganta,
Y morador lo hizo del profundo,

Al cielo empíreo aquella voz levanta,
Y dando á Dios loor por la victoria,
Heroicos y sagrados versos canta.

Y aquellos que gozaron de la gloria
En Babilonia estando en medio el fuego,
Menospreciando vida transitoria,

Las voces entonaron con sosiego,
Y con metros al Dios de las alturas
Hicieron fiesta, regocijo y juego.

Job sus calamidades y amarguras
Escribió en verso heroico y elegante;
Que á veces un dolor brota dulzuras.

Á Jeremías dejó, aunque más cante
Sus Trenos numerosos, que ha llegado
Al Nuevo Testamento mi discante.

La madre del Señor de lo criado
¿No compuso aquel canto que entenece
Al corazón más duro y obstinado?

«Á su señor mi ánima engrandesce,
Y el espíritu mío de alegría
Se regocija en Dios y le obedesce.»

¡Oh dulce Virgen, inclita María!
No es pequeño argumento y gloria poca
Esto para estimar á la Poesía:

Que basta haber andado en vuestra boca
Para darle valor, y á todo cuanto
Con su pincel dibuja, ilustra y toca.

¿Y qué diré del soberano canto
De aquel á quien, dudando allá en el templo,
Quitó la habla el Paraninfo santo?

Á ti también, oh Simeón, contemplo,
Que abrazado al *Jesús* con brazos píos,
De justo y de poeta fuiste ejemplo.

El Hosanna cantaron los judíos
Á aquel á cuyos miembros con la lanza
Después dejaron de calor vacíos.

Mas ¿para qué mi musa se abalanza
Queriendo comprobar cuánto á Dios cuadre
Que en metro se le dé siempre alabanza?

Pues vemos que la Iglesia nuestra madre
Con salmos, himnos, versos y canciones
Pide mercedes al Eterno Padre.

De aquí los sapientísimos varones
Hicieron versos griegos, y latinos,
De Cristo, de sus obras y sermones.

Mas ¿cómo una mujer los peregrinos
Metros del gran Paulino y del hispano
Juvenco alabará siendo divinos?

De los modernos, callo á Mantüano,
Á Fiera, á Sannazaro, y dejo á Vida,
Y al honor de Sevilla Arias Montano.

De la parcialidad que desasida
Quedó de Dios, negando su obediencia,
Es bien tratar, pues ella nos convida.

Esta, pues, se apartó de la presencia
De Dios, y así quedó necia, ignorante,
Bárbara, ciega, ruda y sin prudencia.

Seguía su soberbia el arrogante,
Amaba la crueldad el sanguinoso,
Y el avariento al oro rutilante.

Era Dios la lujuria del vicioso,
Adoraba el ladrón en la rapiña,
Y al honor daba incienso el ambicioso.

No había deidad ni ley divina,
Si no era el propio gusto y apetito,
Por carecer de ciencias y doctrina.

Mas el eterno Dios incircunscrito,
Por las causas que al hombre son secretas,
Fué reparando abuso tan maldito.

Dió al mundo (indigno de esto) los poetas
Á los cuales filósofos llamaron,
Sus vidas estimando por perfetas.

Éstos fueron aquellos que enseñaron
Las cosas celestiales, y la alteza
De Dios por las criaturas rastrearon:

Éstos mostraron de naturaleza
Los secretos; juntaron á las gentes
En pueblos, y fundaron la nobleza.

Las virtudes morales excelentes
Pusieron en precepto; y el lenguaje
Limaron con sus metros eminentes.

La brutal vida, aquel vivir salvaje
Domesticaron, siendo el fundamento
De policía en el contrato y traje.

De esto tuvo principio y argumento
Decir que Orfeo con su voz mudaba
Los árboles y peñas de su asiento:

Mostrando que los versos que cantaba,
Fuerza tenían de mover los pechos
Más fieros que las fieras que amansaba.

Conoció el mundo en breve los provechos
De este arte celestial de la Poesía,
Viendo los vicios con su luz deshechos.

Creció su honor, y la virtud crecía
En ellos, así el nombre de poeta
Casi con el de Jove competía.

Porque este ilustre nombre se interpreta
Hacedor, por hacer con artificio
Nuestra imperfecta vida más perfeta;

Y así el que fuere dado á todo vicio
Poeta no será, pues su instituto
Es deleitar, y doctrinar su oficio.

¿Qué puede doctrinar un disoluto?
¿Qué pueden deleitar torpes razones?
Pues sólo está el deleite do está el fruto.

Tratemos, Musa, de las opiniones
Que del poema angélico tuvieron
Las griegas y romúlidas naciones.

Las cuales como sabias entendieron
Ser arte de los cielos descendida,
Y así á su Apolo dios la atribuyeron.

Fué en aquel siglo en gran honor tenida,
Y como don divino venerada,
Y de muy poca gente merecida.

Fué en montes consagrados colocada,
En Helicón, en Pimpla y en Parnaso,
Donde á las Musas dieron la morada.

Fingieron que si al hombre con su vaso
No infundían el metro, era imposible
En la poesía dar un solo paso.

Porque aunque sea verdad que no es factible
Alcanzarse por arte lo que es vena,
La vena sin el arte es irrisible.

Oid á Cicerón cómo resuena
Con elocuente trompa en alabanza
De la gran dignidad de la Camena.

El buen poeta (dice Tulio) alcanza
Espíritu divino, y lo que asombra
Es darle con los dioses semejanza.

Dice que el nombre de poeta es s6mbra,
Y tipo de deidad santa y secreta;
Y que Ennio 6 los poetas santos nombra.

Arist6teles diga qu6 es poeta:
Plinio, Estrab6n, y d6ganoslo Roma,
Pues da al poeta nombre de profeta.

Corona de laurel, como al que doma
B6rbaras gentes, Roma conced6a
6 los que en verso honraban su idioma.

D6bala al vencedor porque venc6a,
Y d6bala al poeta artificioso
Porque 6 vencer, cantando, persuad6a.

¡Oh tiempo veces mil y mil dichoso
(Digo dichoso en esto), pues que fuiste
En el arte de Apolo tan famoso!

¡Cu6n bien sus excelencias conociste,
Con cu6nto acatamiento la estimaste,
En qu6 punto y quilate la pusiste!

6 los doctos poetas sublimaste,
Y 6 los que fueron m6s inferiores
En el olvido eterno sepultaste.

De monarcas, de reyes, de se6ores,
Sujetaste los cetros y coronas
Al arte, la mayor de las mayores.

Y siendo aquesto as6, ¿por qu6 abandonas
Ahora 6 la que entonces diste el lauro,
Y levantaste all6 sobre las zonas?

De el Nilo al Betis, del Polaco al Mauro
Hiciste le pagasen el tributo,
Y la encumbraste sobre Ariete y Tauro.

6 Julio C6sar vimos (por quien luto
Se puso Venus, siendo muerto 6 manos
De el Bruto en nombre, y en los hechos bruto)

En cu6nta estima tuvo al soberano
Metrificar, pues de la negra llama
Libr6 6 Mar6n, el docto Mant6ano.

Y en honor de Cal6ope su dama
Escribi6 6l mismo la sentencia en verso,
Por quien vive la *Eneida* y tiene fama.

Y el Macedonio que de el universo
Gan6 tan grande parte, sin que ag6ero
Le fuese en algo 6 su opini6n adverso;

No contento con verse en sumo impero,
De el hijo de Peleo la memoria
Envidi6, suspirando por Homero.

No tuvo envidia del valor y gloria
Del griego Aquiles, mas de que alcanzase
Un tal poeta y una tal historia;

Considerando que aunque sujetase
Un mundo y mundos, era todo nada,
Sin un Homero que lo celebrase.

La *Iliada*, su dulce enamorada,
En paz, en guerra, entre el calor 6 el fr6o
Le serv6a de espejo y de almohada.

Present6ronle un cofre en que Dar6o
Guardaba sus unguentos, tan precioso
Cuanto explicar no puede el verso m6o.

Viendo Alejandro un cofre tan costoso,
Lo acept6, y dijo: «Aqueste s6lo es bueno
Para guardar 6 Homero el sentencioso.»

Poniendo á Tebas con sus armas freno,
A la casa de Píndaro y parientes
Reservó del rigor de que iba lleno.

Siete ciudades nobles, florecientes,
Tuvieron por el ciego competencia;
Que un buen poeta es gloria de mil gentes.

Apolo en Delfos pronunció sentencia
De muerte contra aquellos que la dieron
Á Arquíloco, un poeta de excelencia.

A Sófocles sepulcro honroso abrieron
Los de Lacedemonia, por mandado
Expreso que de el Bromio dios tuvieron.

Mas ¿para qué en ejemplos me he cansado,
Por mostrar el honor que á los poetas
Los dioses y las gentes les han dado,

Si en las grutas del Báratro secretas
Los demonios hicieron cortesía
Á Orfeo por su arpa y chanzonetas?

No quiero explique aquí la Musa mía
Los Latinos, que alcanzan nombre eterno
Por este excelso don de la Poesía;

Los cuales con su canto dulce y tierno
Á sí y á los que en metro celebraron
Libraron de las aguas del Averno.

Sus nombres con su pluma eternizaron,
Y de la noche del eterno olvido
Mediante sus vigiliás se escaparon.

Conocido es Virgilio, que á su Dido
Rindió al amor con falso disimulo,
Y el tálamo afeó de su marido.

Pomponio, Horacio, Itálico, Catulo,
Marcial, Valerio, Séneca, Avieno,
Lucrecio, Juvenal, Persio, Tibulo,

Y tú, oh Ovidio, de sentencias lleno,
Que aborreciste el foro y la oratoria
Por seguir de las nueve el coro ameno.

Y olvido al español que, en dulce historia,
El Farsálico encuentro nos dió escrito
Por dar á España con su verso gloria.

Pero ¿dó voy, á dó me precipito?
¿Quiero contar del cielo las estrellas?
Quédese; que es contar un infinito.

Mas será bien, pues soy mujer, que de ellas
Diga mi Musa si el benigno cielo
Quiso con tanto bien engrandecellas.

Soy parte, y como parte me recelo
No me ciegue afición; mas diré sólo
Que á muchas dió su lumbre el dios de Delo.

Léase Policiano, que de Apolo
Fué un vivo rayo, el cual de muchas canta,
Divulgando su honor de polo á polo.

Entre muchas, oh Safo, te levanta
Al cielo, por tu metro y por tu lira,
Y también de Damófila discanta.

Y de ti, Pola, con razón se admira,
Pues limaste á Lucano aquella historia,
Que á ser eterna por tu causa aspira.

Dejemos las antiguas: ¿con qué gloria
De una Proba Valeria, que es romana,
Hará mi lengua rústica memoria?

Aquesta, de la *Eneida* mantüana
Trastrocando los versos, hizo en verso
De Cristo vida y muerte soberana.

De las Sibilas sabe el universo
Las muchas profecías que escribieron
En metro numeroso, grave y terso.

Estas del celestial consejo fueron
Partícipes, y en sacro y dulce canto
Las Fébadas oráculos dijeron.

Sus vaticinios la Tiresia Manto,
De divino furor arrebatada,
En versos los cantó, poniendo espanto.

Pues ¿qué diré de Italia, que adornada
Hoy día se nos muestra con matronas
Que en esto exceden á la edad pasada?

Tú, oh Fama, en muchos libros las pregonas,
Sus rimas cantas, su esplendor demuestras,
Y así de lauro eterno las coronas.

También Apolo se infundió en las nuestras,
Y aun yo conozco en el Perú tres damas
Que han dado en la Poesía heroicas muestras.

Las cuales.... mas callemos, que sus famas
No las fundan en verso: á tus varones,
Oh España, vuelvo, pues allá me llamas.

También se sirve Apolo de leones,
Pues han mil españoles florecido
En épicas, en cómico y canciones.

Y muchos han llegado, y excedido
Á los griegos, latinos y toscanos,
Y á los que entre ellos han resplandecido.

Que como dió el dios Marte con sus manos
Al español su espada, porque él solo
Fuese espanto y horror de los paganos;

Así también el soberano Apolo
Le dió su pluma, para que volara
De el eje antiguo á nuestro nuevo polo.

¡Quién fuera tan dichosa que alcanzara
Tan elegantes versos, que con ellos
Los poetas de España sublimara!

Aunque loarlos yo fuera ofenderlos,
Fuera por darles lustre, honor y pompa
Obscurecerme á mí y obscurecerlos.

La Fama con su eterna y clara trompa
Tiene el cuidado de llevar sus nombres,
Á do el rigor del tiempo no los rompa;

Y ellos también con plumas más que de hombres,
Á pesar del olvido, cada día
Eternizan sus obras y renombres.

¡Oh España venerable, oh madre pia,
Dichosa puedes con razón llamarte,
Pues por ti está en su punto la Poesía!

En ti vemos de Febo el estandarte;
Tú eres el sacro templo de Minerva,
Y el trono y silla del horrendo Marte.

Gloríate de hoy más, pues la proterva
Envidia se te rinde y da blasones,
Sin que los borre la fortuna acerba.

Y vosotras, antárticas regiones,
También podéis teneros por dichosas,
Pues alcanzáis tan célebres varones:

Cuyas plumas heroicas, milagrosas,
Darán, y han dado muestras, como en esto
Alcanzáis voto, como en otras cosas.

¿Dónde vas, Musa? ¿No hemos prosupuesto
De rematar aquí nuestro discurso,
Que de prolijo y tosco es ya molesto?

¿Por qué dilatas el difícil curso?
¿Por qué arrojas al mar mi navecilla,
Mar que ni tiene puerto ni recurso?

¿A una mujer que teme en ver la orilla
De un arroyuelo de cristales bellos,
Quieres que rompa al mar con su barquilla?

¿Cómo es posible yo celebre á aquellos
Que asido tienen con la diestra mano
Al rubio intonso dios de los cabellos?

Pues nombrarlos á todos es en vano,
Por ser los del Perú tantos, que exceden
Á las flores que Tempe da en verano.

Mas, Musa, dí de algunos, ya que pueden
Contigo tanto, y alza más la prima,
Que ellos su plectro y mano te conceden.

Testigo me serás, sagrada Lima,
Que el doctor Figueroa es laureado
Por su grandiosa y elevada rima.

Tú, de ovas y espadañas coronado,
Sobre la urna transparente oíste
Su grave canto, y fué de ti aprobado.

Y un tiempo fué que en tu Academia viste
Al gran Duarte, al gran Fernández digo,
Por cuya ausencia te has mostrado triste.

Fué al cerro donde el Austro es buen testigo
Que vale más su vena, que las venas
De plata que allí puso el cielo amigo.

Betis se ufana que éste en sus arenas
Gozó el primer aliento, y quiere parte
El Luso de su ingenio y sus Camenas.

Quisiera, oh Montesdoca, celebrarte;
Mas estás retirado allá en tu cama,
Cuándo siguiendo á Febo, cuándo á Marte.

Pero como tu nombre se derrama
Por ambos polos, has dejado el cargo
De eternizar tus versos á la fama.

De el Tajo ameno por camino largo,
Un rico pescador las aguas de oro
Trocó por Tetis y su reino amargo.

Mas no pudo el Perú tanto tesoro
Ganar, sino ganando á ti, oh Sedeño,
Regalo del Parnaso y de su coro.

Ya el mundo espera que del grave ceño
De Glaucia el pescador tuyo le cante,
Mostrando el artificio de su dueño.

Con reverencia nombra mi discante
Al licenciado Pedro de Oña: España,
Pues lo conoce, templos le levante.

Espíritu gentil, doma la saña
De Arauco (pues con hierro no es posible)
Con la dulzura de tu verso extraña.

La Volcanea horrificca, terrible,
Y el militar elogio, y la famosa
Miscelánea, que al Inga es apacible:

La entrada de los Mojos milagrosa,
La comedia del Cuzco y Vasquirana,
Tanto verso elegante y tanta prosa,

Nombre te dan y gloria soberana,
Miguel Cabello, y ésta redundando
Por Hesperia, Archidona queda ufana.

Á ti, Juan de Salcedo Villandrando,
El mismo Apolo Delfico se rinda,
Á tu nombre su lira dedicando:

Pues nunca sale por la cumbre Pinda
Con tanto resplandor cuanto demuestras
Cantando en alabanza de Clarinda.

Ojeda y Gálvez, si las plumas vuestras
No estuvieran á Cristo dedicadas,
Ya de Castalia hubieran dado muestras.

Tal vez os las ponéis, y á las sagradas
Regiones os llegáis tanto, que entiendo
Que de algún ángel las tenéis prestadas.

El uno está á Trujillo enriqueciendo,
Á Lima el otro, y ambos á Sevilla
La estáis con vuestra musa ennobleciendo.

Déme su ingenio Juan de la Portilla,
Para que ensalce su fecunda vena,
Que temo con mi voz disminuilla.

La Antártica región que al orbe atruena,
Con Potosí celebrará su nombre,
Nombre que el cielo eternizarlo ordena.

Gaspar Villarroel, digo aquel hombre
Que á pesar de las aguas del Leteo,
Con verso altivo ilustra su renombre:

Aquel que en la dulzura es un Orfeo,
Y un griego Melesígenes en ciencia,
Y en majestad y alteza un dios Timbreo.

Éste, por ser quien es, me da licencia
Que abrevie aquí las alabanzas tuyas;
Que es símbolo el callar de reverencia.

Mas aunque tú la vana gloria huyas
(Que por la dar mujer será bien vana),
Callar no quiero, oh Ávalos, las tuyas:

Y cuando calle yo, sabe la Indiana
América muy bien cómo es don Diego
Honor de la poesía castellana.

Con gran recelo á tu esplendor me llevo,
Luis Pérez Angel, norma de discretos,
Porque soy mariposa y temo el fuego.

Fabrican tus romances y sonetos
(Como los de Anfión un tiempo á Tebas),
Muros á Arica á fuerza de concetos.

Y tú, Antonio Falcón, bien es te atrevas
La antártica Academia, como Atlante,
Fundar en ti, pues sobre ti la llevas.

Ya el culto Tasso, ya el obscuro Dante,
Tienen imitador en ti, y tan diestro,
Que yendo tras su luz, le vas delante.

Tú, Diego de Aguilar, eres maestro
En la escuela Cirrea graduado,
Por ser tu metro honor del siglo nuestro.

El renombre de Córdoba, ilustrado
Quedaré por tu lira; justa paga
De el amor que á las Musas has mostrado.

No porque al fin, Cristóbal de Arriaga,
Te ponga de este elogio, eres postrero;
Ni es justo que tu gloria se deshaga:

Que en Pimpla se te da el lugar primero,
Como al primero que con fuerza de arte
Corres al parangón do llegó Homero.

De industria quise el último dejarte,
Don Pedro ilustre, como á quien Apolo
(Por ser tú Carvajal) dió su estandarte.

Ni da el Perú, ni nunca dió Pactolo
Con sus minas y arenas tal riqueza,
Como tú con tu pluma á nuestro polo.

Elpis Heroída, préstame la alteza
De tu espíritu insigne, porque cante
De otros muchos poetas la grandeza:

Mas, pues, humano ingenio no es bastante,
Saquemos de lo dicho este argumento,
Si es buena la Poesía: es importante

Ser buena, por su santo nacimiento,
Y porque es don de Dios, y Dios la estima:
Queda arriba probado nuestro intento.

Ser importante, pruébolo: la prima
Siento que se destempla, y voy cansada,
Mas la razón á proseguir me anima.

Será una cosa tanto más preciada
Y de más importancia, cuanto fuere
Más provechosa y más aprovechada.

Es de importancia el Sol porque aunque hiere,
Con sus rayos alumbra y nos da vida,
Criando lo que vive y lo que muere.

La Tierra es de importancia porque anida
Al hombre, y así á él como á los brutos
Les da, cual justa madre, la comida.

Todos los vegetales por sus frutos
Son de importancia, y sonlo el mar y el viento
Porque nos rinden fértiles tributos.

No sólo es de importancia un elemento,
Mas una hormiga, pues su providencia
Al hombre ha de servir de documento.

Cada arte importa, importa cada ciencia,
Porque de cada cual viene un provecho,
Que es el fin á que mira su existencia.

Pues si una utilidad hace de hecho
Ser cada cosa de por sí importante,
¿Qué importará quien muchas nos ha hecho?

Es la Poesía un piélago abundante
De provechos al hombre; y su importancia
No es sola para un tiempo ni un instante.

Es de provecho en nuestra tierna infancia,
Porque quita y arranca de cimiento,
Mediante sus estudios, la ignorancia.

En la virilidad es ornamento,
Y á fuerza de viglias y sudores
Pare sus hijos nuestro entendimiento.

En la vejez alivia los dolores,
Entretiene la noche mal dormida,
Ó componiendo ó revolviendo autores.

Da en lo poblado el gusto sin medida,
En el campo acompaña y dá consuelo,
Y en el camino á meditar convida.

De ver un prado, un bosque, un arroyuelo,
De oír un pajarito, da motivo
Para que el alma se levante al cielo.

Anda siempre el poeta entretenido
Con su Dios, con la Virgen, con los Santos,
Ó ya se baja al centro denegrado.

De aquí proceden los heroicos cantos,
Las sentencias y ejemplos virtuosos,
Que han corregido y convertido á tantos.

Y si hay poetas torpes y viciosos,
El don de la Poesía es casto y bueno,
Y ellos los malos, sucios y asquerosos.

El lilio, el alhelí de el prado ameno
Son saludables; llega la serpiente,
Y hace de ellos tósigo y veneno.

Por esto el ignorante y maldiciente,
Tanta seguida viendo, y zarabanda,
Infame introducción de infame gente,

La lengua desenfrena y se desmanda
Á condenar á fuego á la Poesía,
Como si fuese herética ó nefanda.

Necio: ¿también será la teología
Mala, porque Lutero el miserable
Quiso fundar en ella su herejía?

Acusa á la Escritura venerable,
Porque la tuerce el mísero Calvino,
Para probar su intento abominable.

Quita los templos donde al Rey divino
Le ofrecen sacrificios, porque en ellos
Comete un desalmado un desatino.

Del oro y plata, dos metales bellos,
Condena al Hacedor excelso y sabio,
Pues tantos males causa el pretendellos.

Contra todas las cosas mueve el labio,
Pues todas, si de todas hay mal uso,
Hacen á Dios ofensa, al hombre agravio.

Si dices que te ofende y trae confuso
Ver en la Iglesia llenos los poetas
De dioses que el gentil en aras puso,

Las causas son muy varias y secretas,
Y todas aprobadas por católicas,
Y así en las condenar no te entremetas.

Las unas son palabras metafóricas,
Y aunque mujer indocta me contemplo,
Sé que también hay otras alegóricas.

No es esto para ti: por un ejemplo
Me entenderás. Ya has visto en cualquier fiesta
Colgado con primor un santo templo:

Allí habrás visto por nivel dispuesta,
Rica tapicería y tela de oro
Por más grandeza á trechos interpuesta:

Habrás visto doseles, y un tesoro
Grande de joyas y otros mil ornatos,
Con traza insigne y con igual decoro:

Habrás visto poner muchos retratos,
Y aun es el aderezo más vistoso
En semejantes pompas y aparatos:

Cuál sería de Alcides el famoso,
Otro de Marte y de la Cipria diosa,
Y cuál del niño ciego riguroso:

La prosapia de Césares famosa
Y el turco Solimán allí estaría,
Y la bizarra turca, dicha Rosa.

Pues ¿cómo en templo santo, en santo día
Y entre gente cristiana de almas puras,
Y donde está la sacra Eucaristía,

Se permiten retratos y figuras
De los dioses profanos y de aquellos
Que están ardiendo en cárceles oscuras?

Permitense poner, y es bien ponellos
Como trofeos de la Iglesia: y ella
Con esto muestra que se sirve de ellos.

Así esta dama ilustre cuanto bella
De la Poesía, cuando se compone
En honra de su Dios que pudo hacella,

Con su divino espíritu dispone
De los dioses antiguos, de tal suerte,
Que á Cristo sirven y á sus pies los pone.

Más razones pudiera aquí traerte,
Oh ignorante; mas siéntote turbado,
Que es fuerte la verdad como la muerte.

Oh poético espíritu enviado
Del cielo empiro á nuestra indigna tierra,
Gratuitamente á nuestro ingenio dado,

Tú eres, tú, el que hace dura guerra
Al vicio y al regalo, dibujando
El horror y el peligro que en sí encierra.

Tú estás á las virtudes encumbrando
Y enseñas con dulcísimas razones
Lo que se gana la virtud ganando.

Tú alivias nuestras penas y pasiones,
Y das consuelo al ánimo afligido
Con tus sabrosos metros y canciones.

Tú eres el puerto al mar embravecido
De penas, donde olvida sus tristezas
Cualquiera que á tu abrigo se ha acogido.

Tú celebras los hechos, las proezas
De aquellos que por armas y ventura
Alcanzaron honores y riquezas.

Tú dibujas la rara hermosura
De las damas, en rimas y sonetos,
Y el bien del casto amor y su dulzura.

Tú explicas los intrínsecos concetos
De la alma y los ingenios engrandeces,
Y los acendras y haces más perfetos.

¿Quién te podrá loar como mereces?
¿Y cómo á proseguir seré bastante,
Si con tu luz me asombras y enmudeces?

Y dime, oh Musa, ¿quién de aquí adelante,
De la Poesía viendo la excelencia,
No la amará con un amor constante?

¿Qué lengua habrá que tenga ya licencia
Para la blasfemar, sin que repare,
Teniéndole respeto y reverencia?

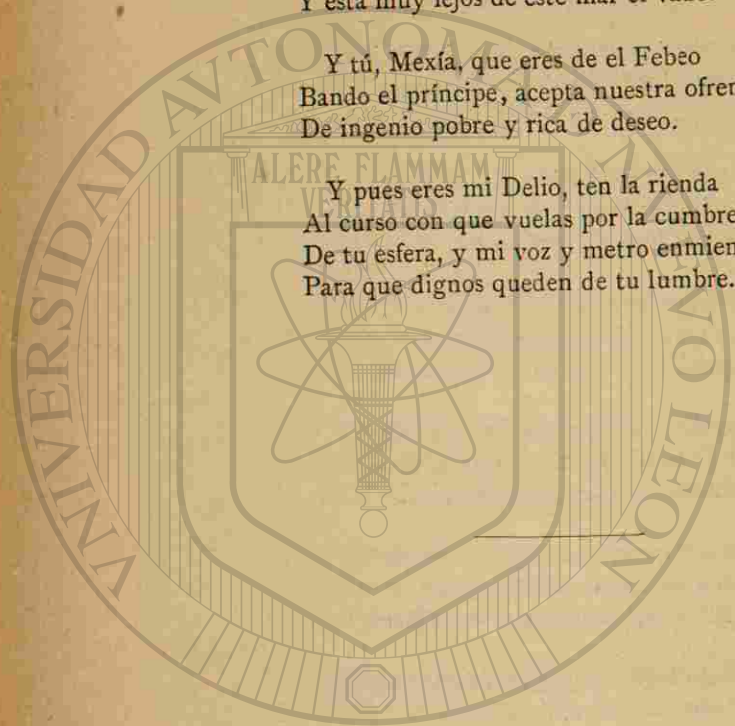
¿Y cuál será el ingrato que alcanzare
Merced tan alta, rara y exquisita,
Que en libelos y en vicios la empleare?

¿Quién la olorosa flor hará marchita,
Y á las bestias inmundas del pecado
Arrojará la rica margarita?

Repara un poco, espíritu cansado,
Que sin aliento vas, yo bien lo veo,
Y está muy lejos de este mar el vado.

Y tú, Mexía, que eres de el Febeo
Bando el príncipe, acepta nuestra ofrenda,
De ingenio pobre y rica de deseo.

Y pues eres mi Delio, ten la rienda
Al curso con que vuelas por la cumbre
De tu esfera, y mi voz y metro enmienda,
Para que dignos queden de tu lumbré.

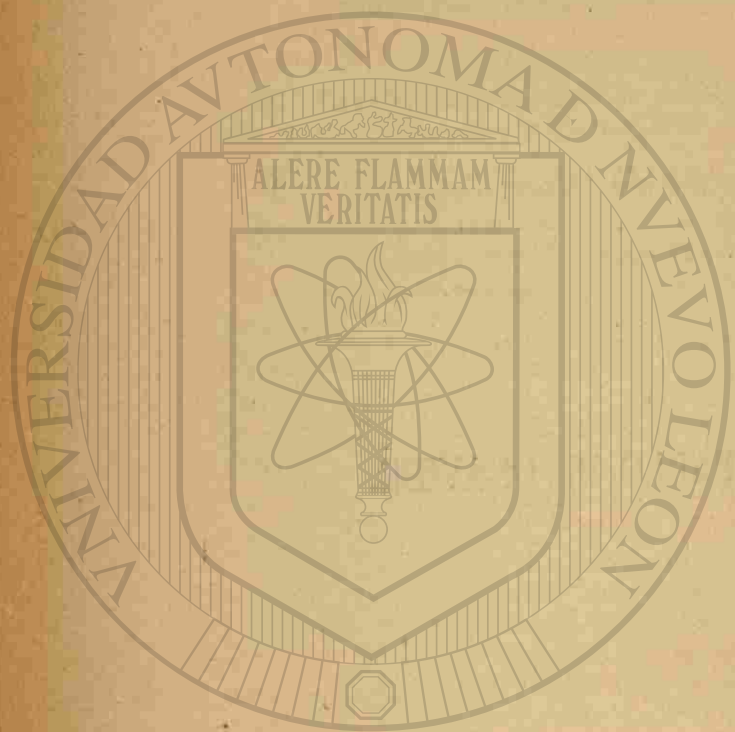


D. PABLO DE OLAVIDE.

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

D. PABLO DE OLAVIDE.

ECOS DE OLAVIDE (1).

Señor, misericordia ; á tus pies llega
El mayor pecador, mas ya contrito,
Que á tu infinita paternal clemencia
Pide humilde perdón de sus delitos.

Perdónalos, Señor; oye piadoso
El doliente clamor de mis gemidos;
Según la multitud de tus piedades,
Lava las manchas de mis muchos vicios.

Lávalas más, Señor; haz que tu sangre
Borre, y no deje más de mis delirios,
Que tu gloria de haberlos perdonado,
Y mi dolor de haberlos cometido.

Conozco mi maldad ; veo que es grande ;
Que no puedo ocultármela á mí mismo,
Y sé que si tu sangre no la borra,
Ha de ser para siempre mi suplicio.

(1) Esta composición fué escrita por Olavide en su retiro y destierro de Sahagún.
Es una paráfrasis del *Miserere*.

Pequé, pequé, Señor, en tu presencia;
¡Osado te insulté! fui tu enemigo;
Mas perdón; justifica tus promesas,
Y venza la piedad en tus juicios.

Sé que soy delincuente; mas ¿qué mucho,
Si vengo de un origen tan indigno,
Si nací de mi madre en el pecado
Y en un mundo tan torpe y corrompido?

Mas Tú que la verdad amas piadoso,
Te has dignado mostrarme, compasivo,
De tu sabiduría los secretos,
Y de la confesión el beneficio.

Allí me rociarás con el hisopo;
Con la sangre preciosa de tu Hijo
Me lavarás, y quedaré con ella
Más blanco que la nieve y el armiño.

Á mis oídos les darás entonces
Con tu perdón consuelo y regocijo,
Y mis huesos exánimes y yertos
Serán ya de tu cuerpo miembros vivos.

Aparta, pues, tu vista de mis culpas;
Vuelvan mis ojos á mirar á Cristo,
Y lávame, Señor, con esa sangre
Que pródigo derramas hilo á hilo.

Un puro corazón cría en mi pecho,
Un corazón que sea de ti digno;
Mi espíritu renueva, y haz que sea
Tan recto como injusto fué el antiguo.

No me arrojes, Señor, de tu presencia,
Que eres nuestra salud, guía y camino;
Alúmbreme tu luz, y no me quites
De tu Espíritu Santo el dulce auxilio.

Vuélveme á la alegría de tu gracia;
Vuelve á reconocerme por tu hijo;
Confírmame en tu amor, y que ya siempre
Te sirva fervoroso y sometido.

Tu santo nombre alabarán las gentes;
Yo mostraré tu senda á los inicuos,
Y admirando tu gran misericordia,
Á ti convertiránse los impíos.

¡Oh Dios de mi salud, Dios de clemencia!
Líbrame del mortífero atractivo
De la carne y la sangre, y tu alabanza
Mi lengua entonará todos los siglos.

Tú, Señor, abrirás mi torpe labio,
Este labio que tanto te ha ofendido,
Y ya ferviente ensalzará tu gloria
Con fieles cantos, con amantes himnos.

Porque si tú quisieras otra ofrenda,
Ninguna te negara el amor mío;
Pero no quieres tú más holocausto
Que un puro amor y un ánimo sumiso.

Un espíritu fiel y atribulado
Para ti es el más digno sacrificio,
Y nunca has despreciado los clamores
De un corazón humilde y compungido.

Señor, pues amas y deseas tanto
Á tu siervo salvar, dispón benigno
Que en la mortal Jerusalén de mi alma
Se libre de tu amor el edificio.

Aceptarás entonces las ofrendas,
Los holocaustos que te son debidos,
Y de tu altar mi corazón pendiente,
Arderá en incesante sacrificio.

Gloria se cante al *Padre* soberano,
Esta gloria también cántese al *Hijo*,
Y al *Espíritu Santo*, que es Dios nuestro
Uno en esencia y en persona trino.

SALMO CIX.

Dixit Dominus Domino meo.

Dijo el Señor al que es el Señor mío:
«Siéntate á mi derecha, hasta que haga
Que, puestos á tus pies tus enemigos,
Servir de apoyo puedan á tus plantas.

»Hará el Señor que de Sión augusta
De tu ínclita virtud salga la vara,
Que en medio de tus mismos enemigos,
Los venza, los domine y los abata.

»Esta vara es el cetro de tu imperio,
Y la empuñó tu mano soberana,
Cuando todo el poder, toda la gloria,
De mi eterna virtud mi amor te pasa.

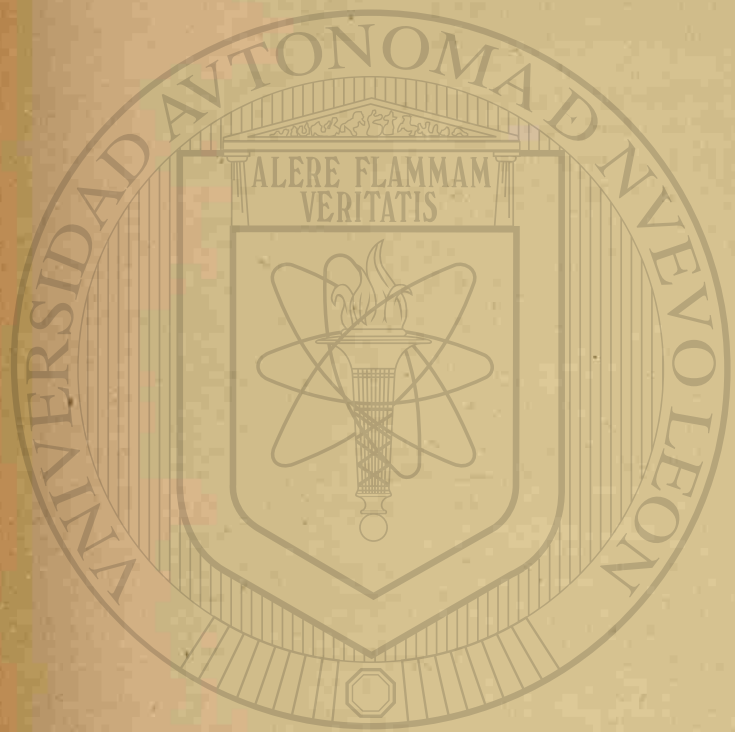
»En medio de las luces y esplendores
Que en el cielo á mis santos acompañan,
Pues te engendré en mi seno antes que hiciera
Al lucero magnífico del alba.»

El Señor lo afirmó con juramento,
Y nunca se desmiente su palabra:
«Tú eres (le dice) sacerdote eterno:
Melchisedech el orden te prepara.

»El Señor que te tiene á su derecha,
En el día fatal de su venganza,
Redujo á polvo y convirtió en cenizas
Á los más grandes reyes y monarcas.

»Juzgará las naciones. De ruínas
Al universo llenará su saña,
Porque destrozará muchas cabezas,
Que su ley violan y su culto atacan.

»En el torrente que el camino corta
Se detendrá para beber de su agua,
Y por eso de gloria revestido,
Alza la frente y su cabeza exalta.»

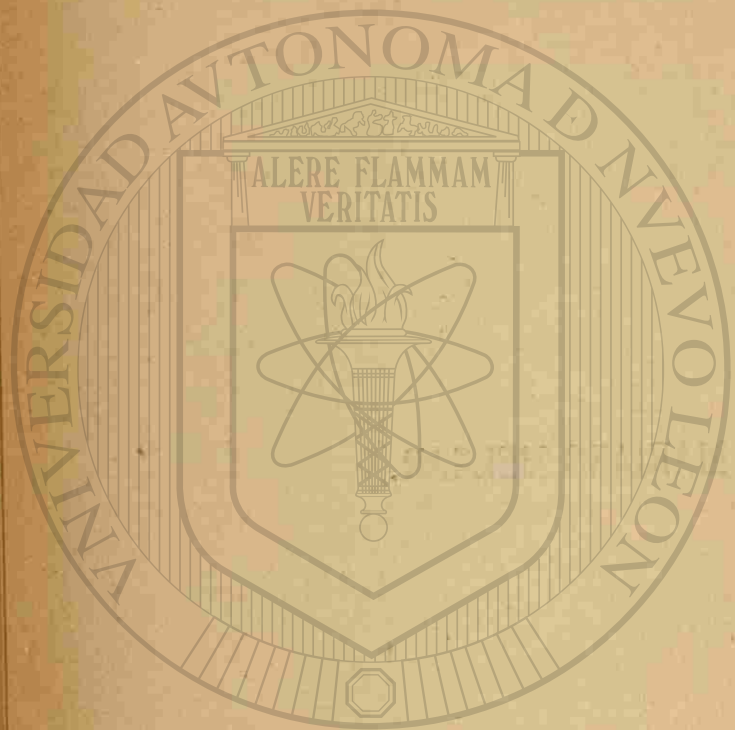


D. MARIANO MELGAR.
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





D. MARIANO MELGAR.

—
YARAVIES.

II.

Por más que quiero
De la memoria
Borrar la gloria
Que poseí,
Por todas partes
Cruel me persigue;
Siempre me sigue,
Siempre, ¡ay de mí!

Procuró en vano
No dar oído
Á aquel sonido,
Que un día oí,
Cuando mi prenda
Juró ser mía,
Y me decía:
«Seré de ti.»

Su voz entonces
Fué mi contento;
Su juramento

Me hizo feliz.
Mas sus recuerdos
Me son mortales,
Y entre mil males
Llego á gemir.

¿Por qué ha perdido
Su fiel firmeza,
Y su promesa
Olvidó ruin?
Cuando yo fino
Más la quería,
Me borró impía
Del pecho vil.

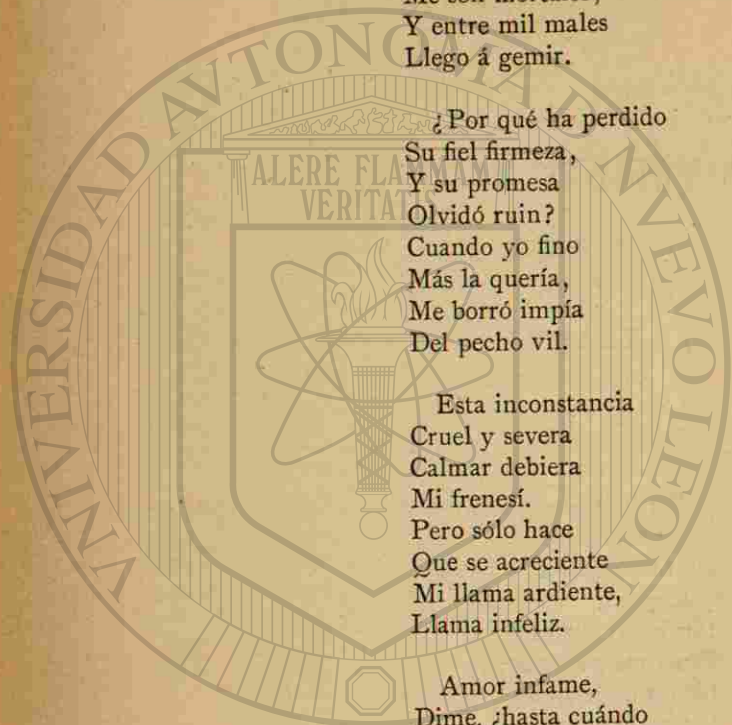
Esta inconstancia
Cruel y severa
Calmar debiera
Mi frenesí.
Pero sólo hace
Que se acreciente
Mi llama ardiente,
Llama infeliz.

Amor infame,
Dime, ¿hasta cuándo
Quieres vil mando
Tener en mí?
Borra esa ingrata
Del pecho mío:
No más, impío,
Me hagas morir.

.....

III.

La prenda mía,
En quien tenía



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Puesto mi gusto,
Hoy me persigue
Con odio injusto.

Ya yo en sus ojos
Sólo hallo enojos;
Cuando antes era
Su vista sola
Mi dicha entera.

Ya su voz suave
Llenar no sabe
Mi triste oído;
Sus dulces ecos
Ya se han perdido.

Murió el acento
En que el contento
Tuve cifrado;
Ya no me dice:
«Tú eres mi amado.»

Si me escuchara,
Yo le clamara:
«¡Siempre eres mía!»
Y quizá entonces
Se apiadaría.

Pero enojada
Mi prenda amada,
Ni oírme quiere:
Ya mi esperanza
Del todo muere.

Prenda querida,
Por quien la vida
Me quita el llanto,
¿Por qué me tratas
Con rigor tanto?



Daré contento
Mi último aliento,
Si esto has querido;
Pero no pienses
Que infiel he sido.

Déme la muerte
Tu mano fuerte
Con dardo impío,
Como al matarme
Digas: «¡Es mío!»

Y por divisa
De mi ceniza
Pongas delante:
«Bajo esta losa
Yace mi amante.»

VI.

*Vuelve, que ya no puedo
Vivir sin tus cariños:
Vuelve, mi palomita,
Vuelve á tu dulce nido.*

Mira que hay cazadores
Que con afán maligno
Te pondrán en sus redes
Mortales atractivos;
Y cuando te hayan preso
Te darán cruel martirio:
No sea que te cacen:
Huye tanto peligro.
*Vuelve, mi palomita,
Vuelve á tu dulce nido.*

Ninguno ha de quererte
Como yo te he querido,

Te engañas si pretendes
Hallar amor más fino.
Habrá otros nidos de oro,
Pero no como el mío:
Por ti vertió mi pecho
Sus primeros gemidos.
*Vuelve, mi palomita,
Vuelve á tu dulce nido.*

Bien sabes que yo, siempre
En tu amor embebido,
Jamás toqué tus plumas
Ni ajé tu albor divino;
Si otro puede tocarlas
Y disipar su brillo,
Salva tu mejor prenda:
Ven al seguro asilo.
*Vuelve, mi palomita,
Vuelve á tu dulce nido.*

¿Por qué, dime, te alejas?
¿Por qué con odio impío
Dejas un dueño amante
Por buscar precipicios?
¿Así abandonar quieres
Tu asiento tan antiguo?
¿Con que así ha de quererte
El corazón herido?
*Vuelve, mi palomita,
Vuelve á tu dulce nido.*

No pienses que haya entrado
Aquí otro pajarillo:
No, palomita mía,
Nadie toca este sitio.
Tuyo es mi pecho entero,
Tuyo es este albedrío,
Y por ti sola clamo
Con amantes suspiros.

*Vuelve, mi palomita,
Vuelve á tu dulce nido.*

Yo sólo reconozco
Tu bello colorido,
Y sólo sabré darle
Su precio merecido.

Yo sólo así merezco
Gozar de tu cariño;
Y tú sólo en mí puedes
Gozar días tranquilos.
*Vuelve, mi palomita,
Vuelve á tu dulce nido.*

No seas, pues, tirana;
Haz las paces conmigo;
Ya de llorar cansado
Me tiene tu capricho.
No vuelas más, no sigas
Tus desviados giros;
Tus alitas doradas
Vuelve á mí, que ya expiro.

*Vuelve, que ya no puedo
Vivir sin tus cariños;
Vuelve, mi palomita,
Vuelve á tu dulce nido.*

Sin ver tus ojos
Mandas que viva
Mi pecho triste;
Pero el no verte
Y tener vida
Es imposible.

Las largas horas
Que sin ti paso
Son insufribles;
Vivo violento,
Nada me gusta,
Todo me aflige.

El sol me envía
Para alegrarme
Luz apacible;
Mas si no trae
Tu imagen bella,
¿De qué me sirve?

En mi retiro
Aguardo solo
Hasta que viste
De negro luto
El orbe entero,
La noche horrible.

Mientras los astros
Van silenciosos
Al mar á hundirse,
Yo revolviendo
Estoy las penas
Que el pecho oprimen.

En mi desvelo,
Mi amor y pena
Suelo decirte;
Pero estás lejos,
No oyes mi llanto,
Ni por mi gimes.

Por largas horas
Mi amarga queja
Mi alma repite,
Hasta que el cielo

Para mal mío
De luz se viste.

Entonces veo
Ser todavía
Más infelice,
Porque el desahogo
Que me da el llanto
La luz me impide.

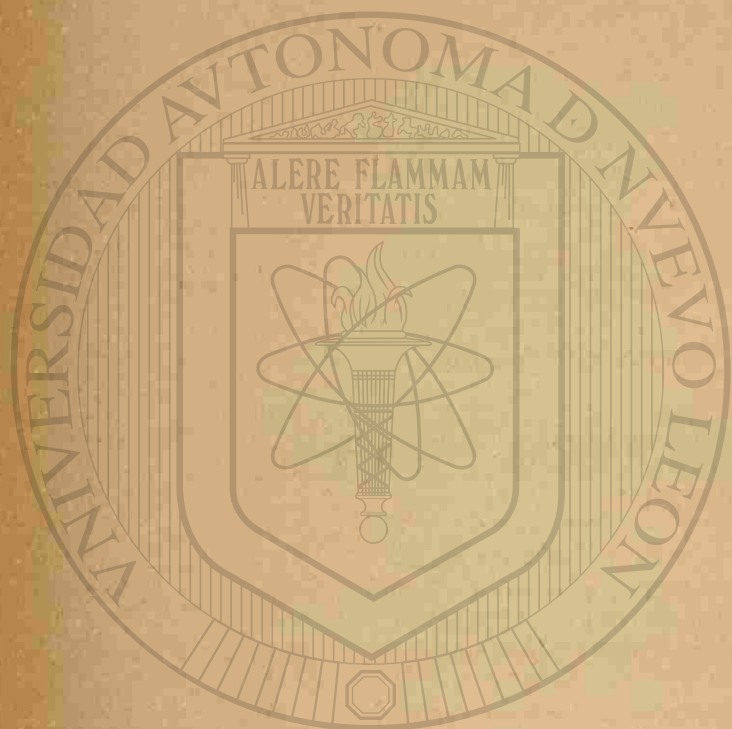
¡Ay! Así vivo
Dando á mi pena
Giros terribles;
Y así muriera
Si eterna fuese
La ausencia triste.

Hacer tú puedes
¡Ay, vida mía!
Que yo respire,
Amando fina-
Á quien tan sólo
De tu amor vive.

D. JOSÉ MANUEL VALDES.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

D. JOSÉ MANUEL VALDÉS.

SALMO LXXXIV.

BENEDIXISTI DOMINE.

En este salmo se anuncia la libertad del pueblo hebreo, cautivo en Babilonia. Pero bajo de esta figura se profetiza y pide la redención del género humano, por el Mesías J. C., en cuyo tiempo se juntarían la misericordia y la verdad, y deberían darse un ósculo santo la justicia y la paz.

En fin, Señor, tu bendición echaste
Sobre esta tierra que tu herencia llamas;
Y al pueblo de Jacob has libertado
Del duro cautiverio en que se hallaba.

Le has perdonado todas las maldades,
Que dieron ocasión á su desgracia;
Abismando sus culpas en el seno
De tu misericordia soberana.

Has aplacado tu terrible enojo;
Y así el castigo riguroso apartas,
Cuando por nuestras culpas indignado,
Tu justicia pedía la venganza.

¡Omnipotente Dios! consume tu obra:
Salvador nuestro, tu piedad nos valga:
Conviértanos tu amor, y haz que á ti vuelvan
Los que distantes de tu gremio se hallan.

¿Tú, Señor, por ventura, nos condenas
Á ser el blanco de tu eterna saña?
¿Y será tu furor tan implacable,
Que se cebe también en nuestra raza?

No será así, mi Dios: cual tierno padre,
Visitarás de nuevo nuestras almas;
Y con júbilo santo entonaremos
Los cánticos piadosos que te agradan.

Tu gran misericordia, Señor mío,
Sobre nosotros míseros derrama;
Y envía al Salvador, de quien tu pueblo
Espera su salud con vivas ansias.

Atento oiré lo que á mi mente inspire
Mi señor y mi Dios, pues sus palabras
La dulce paz anunciarán al pueblo
Que nunca en sus trabajos desampara.

La dicha de los justos me revela
Que la divina ley fielmente guardan;
Y también de los pobres pecadores,
Que ya por el perdón contritos claman.

Venturosos sin duda son los fieles,
Si el temor santo en su interior se arraiga:
Su Salvador se acerca, y con el brillo
De su gloria, esta tierra será santa.

Satisfechas entonces la justicia
Y la misericordia, y dándose ambas
Un ósculo amigable, en todo el mundo
Harán que la justicia y paz renazcan.

Nacerá la verdad de limpia tierra,
Pues la eterna justicia al contemplarla,
Bajará presurosa desde el cielo
Para fijar en ella su morada.

El Señor, tan benigno con nosotros,
Así como al presente nos rescata,
Con su divino soplo hará que brote
Su fruto nuestra tierra, estando intacta.

Y quien de él se nutriere, á la justicia
Verá delante, y que le tiene á raya,
Dirigiendo sus pasos por la senda
Que lo conduzca á la celeste patria.

SALMO CIII.

BENEDIC ANIMA MEA.

El salmista se excita á alabar á Dios á la vista de la grandeza, sabiduría y poder que resplandecen en cada una de sus obras. Explicando este salmo un expositor, dice así: *Aprende, oh cristiano, á filosofar; y contemplando á la naturaleza, eleva tu mente al Criador de las maravillas que observas.*

Al Señor, alma mía, magnífica;
¡Cuánta, oh Dios y Señor, es tu grandeza!
Sin cesar la publica,
Alaba y glorifica
Con sonora voz naturaleza.

Ostentando tu gloria y hermosura,
Cuando de nada al universo criaste,
Con una vestidura
De luz brillante y pura,
Lleno de majestad te presentaste.

Como flexible piel tendiste el cielo,
Cuyo variado aspecto nos complace,
Y encima de ese velo,
Para nuestro consuelo,
Agua pusiste que las lluvias hace.

Sobre alas de los vientos en vistoso
Carro de espesas nubes te paseas
Por el cielo lumbroso:
Y el rayo pavoroso
Para que el hombre te respete empleas.

Y así como te sirven obsecuentes
El aire y fuego, están á tu servicio
Espíritus ardientes
Que cumplen diligentes
De ángeles y ministros el oficio.

Colocaste á la tierra suspendida,
Con su gran peso, sin sostén ninguno;
Y á tu orden sometida,
Ni se vió removida,
Ni la verá tampoco siglo alguno.

Sobre ella el mar estuvo derramado;
Sus aguas como manto la cubrían;
Y en tan confuso estado,
Sin lugar destinado,
Sobre los montes su remanso hacían.

Las reprendes airado; y abatidas
Al formidable ruido de tu trueno,
Temiendo ser destruídas,
Huyen despavoridas
Á sepultarse en su profundo seno.

Se elevan á sus útiles alturas
Los orgullosos montes; aparecen
Las humildes llanuras;
Y aquestas criaturas
Conforme á tu mandato se establecen.

Término señalaste al mar: hiciste
De ligeras arenas sus murallas;
Y á tu orden no resiste,

Pues cuando las embiste,
Atrás se vuelve sin salvar las playas.

La tierra fertilizas con las fuentes
Que humedecen los valles y campañas;
Y conductos patentes
Abres á sus vertientes
Entre las duras y ásperas montañas.

Así á las aguas haces asequibles:
Beben las bestias que en el campo pacen
Dóciles y apacibles;
Y las fieras terribles,
Su deseo igualmente satisfacen.

Con frecuencia en sus plácidas orillas
Se notan numerosas poblaciones
De mansas avecillas,
Que en humildes casillas
Entonan entre piedras sus canciones.

Sobre los altos montes de la sierra
Agua viertes en tiempos señalados;
Y así en toda la tierra,
Á las plantas que encierra,
Enriqueces con frutos sazonados.

También brota heno con que se mantienen
Muchos brutos; y yerbas especiales,
Que á los hombres convienen,
Porque eficacia tienen
Para alivio y remedio de sus males.

Otras plantas les sirven de sustento,
Ó para hacerles cómoda la vida:
Les da el trigo alimento;
Alegria y aliento
El delicioso vino en la comida.

El rostro con aceite se embellecen;
Y el pan es la comida cotidiana
Con que se robustecen,
Y que más apetecen,
Por ser tan nutritiva como sana.

Á los árboles riegas de los prados,
Y á los cedros del Líbano que al cielo
Se miran levantados,
Por ti solo plantados,
Donde albergan las aves sin recelo.

Las guía la cigüeña, y con presura
Hace su nido: el ciervo va ligero
Al monte, en cuya altura
Halla cueva segura;
Y el erizo entre piedras su agujero.

Tú hiciste que la luna en su carrera
Por tiempos señalados alumbrase;
Y que el sol en la esfera
Á su ocaso corriera,
Después que nuestro cielo iluminase.

Cuando el sol de nosotros se desvía,
Con negras sombras á la tierra enlutas;
Sigue la noche al día,
Y salen á porfía
Los animales fieros de sus grutas.

Los leoncillos hambrientos con presteza
Por los amenos prados se derraman,
Rugiendo con fiereza;
Y deseando una presa,
Á ti por ella ocurren, y á ti claman.

Mas luego que ellos renaciendo miran
Al claro sol, sus rayos luminosos
Tal miedo les inspiran,

Que al punto se retiran
Y ocultan en sus antros tenebrosos.

Al contrario, sacude el hombre el sueño
Cuando raya la luz y al sol descubre,
Y alabando á su dueño,
Trabaja con empeño
Hasta que por la tarde se le encubre.

¡Qué grandes son tus obras! resplandece
Tu saber, oh Señor, en cuanto hiciste:
Y porque en ti creyese
El hombre, y te sirviese,
¡Con qué dones la tierra enriqueciste!

¿Quién viendo al mar tan grande y anchuroso,
Con brazos de agua y peces sin guarismo,
Amante y respetuoso,
Como á Dios poderoso,
No te adora humillándose á sí mismo?

En él viven y tienen sus moradas
Animales pequeños y mayores;
Y las naves osadas,
Sobre ondas encrespadas,
Navegan despreciando sus furores.

Y el enorme dragón á la ligera (1),
Saltando, burla al piélagos violento;
Mas de ti sólo espera
Cada animal doquiera
Que le hayas colocado su alimento.

La comida les das, y la reciben;
Tu mano ven abierta en su indigencia;
Y el socorro perciben

(1) Por dragón se entiende la ballena y demás cetáceos ó peces de enorme magnitud.—(El A.)

Todo el tiempo que viven
Confiados en tu grande providencia.

Si el rostro les ocultas, se estremecen,
Y el aliento les falta; sus sentidos
Y miembros desfallecen;
Y exánimes perecen,
Para quedar en polvo reducidos.

Mas no mueren á un tiempo, pues reservas
De cada especie, para que produzcan;
Cuyos hijos preservas,
Y así siempre conservas
En la tierra antes que se reproduzcan.

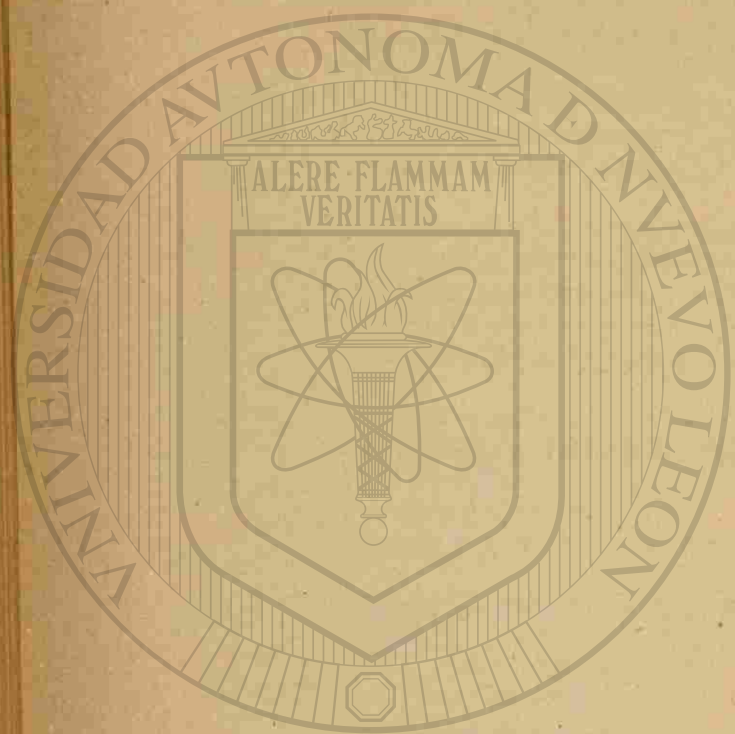
Sea dada al Señor eterna gloria,
Pues le agradañ las obras de sus manos;
Y la sagrada historia
Dilate su memoria,
Excitando su amor en los humanos.

¡Terrible es nuestro Dios! si se enfurece,
Y ve á la tierra, con espanto sumo
Se turba y estremece,
Como si feneciese;
Y si á los montes toca, exhalan humo.

A mi Señor, por tanto beneficio,
Le haré, mientras viviere, de alabanza
Perpetuo sacrificio;
Y será mi ejercicio
Cantarle salmos, lleno de confianza.

Ojalá que después de yerros tantos,
Merezca en todo tiempo complacerle
Con mis devotos cantos;
Y que unido á los santos,
Inundado de gozo logre verle.

Luzca, Señor, el venturoso día
En que á los pecadores justifiques,
Y aun á la gente impía;
Y alábale, alma mía,
Para que más y más te purifiques.

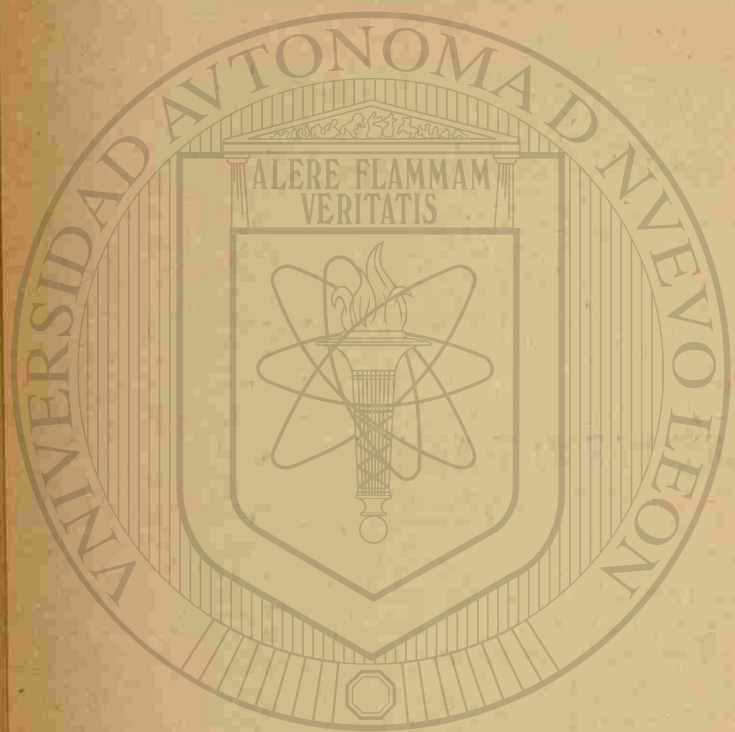


D. FELIPE PARDO Y ALIAGA.

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

D. FELIPE PARDO Y ALIAGA.

AL SR. D. J. J. DE OLMEDO.

ODA.

Cortante espada que en feroz contienda
Abatió vencedora
Cabezas enemigas,
Y fué con sus reflejos tan tremenda
Cual la lumbrera del rayo destructora,
Yazga en quietud eterna sumergida;
En negro orín el tiempo
Envolverá su brillo deslumbrante
Y su filo tajante;
Hasta que, carcomida,
Al impulso más leve
Veráse en sucio polvo convertida.

Al alazán brioso
Que no temió erizadas bayonetas
De fuertes batallones;
Que por entre los fuegos discurría,
Con vistosos arqueos
Las manos levantando,
Como pudiera en fiestas y torneos;
Que ágil, veloz, impávido y fogoso,

Densas filas rompía,
Y hollaba con sus plantas
Mil cuerpos de guerreros expirando.....—
Míralo en aquel prado,
Desgreñada la crin, caído el cuello,
Por su ingrato jinete ya olvidado.
Su casco ayer el encrespado risco
Y la áspera montaña hería fuerte,
Y hoy pisa trabajoso blanda tierra.
Flaco, débil y mustio,
Próximo á ser despojo de la muerte,
Perdió su ardor natío
Para la cruda guerra,
Y en la carrera el arrogante brío.

Atleta corpulento
En medio el ancho circo
Sus colosales miembros ostentaba
Y su esbelta apostura;
Y no bien entregaba
Con soberbio ardimiento
Y arrogante y gentil desenvoltura
El brazo á la pelea,
Cuando miraba, al ímpetu violento,
Á sus pies abatido
Al más fiero contrario,
En polvo, en sangre y en sudor teñido.
Pero ¡ah! ya el eco grato de la gloria
Su espíritu apocado no enardece;
No busca ya el laurel de la victoria;
El ceño de un contrario lo estremece;
Á la sangrienta lid el cuerpo niega,
Y al ocio muelle y femenil se entrega.

Descuidado de ti, raudo caminas
Á igual destino, Olmedo;
El fuego inspirador del sacro Apolo,
Que arrebató la mente á las divinas
Mansiones del Olimpo, á de en tu alma;

Tú conseguiste solo
Entre los vates del Perú la palma;
Ya la suerte llorando
De aquel precioso niño
Que abrió sus ojos á la luz del día,
Aun atada la patria
Al yugo de la negra tiranía;
Ya celebrando en inflamado tono
El venturoso instante
En que, vencido el pabellón del trono,
La patria enseña flameó triunfante.
Pero ¡ay! que sumergido
En ocio y en silencio,
No los labios desplegas,
Ni de tu acorde lira
El eco resonante al aire entregas,
Indócil tu albedrío
Al elevado numen que te inspira.

Tiempo será, si su favor desdeñas,
Que, irritado ese numen, niegue frío
Su inspiración al canto,
Y en heladas cenizas convertida
El ascua engendradora de esa llama
Que el corazón te inflama,
No elevarse atrevida
Tu voz sonora vuelva
En sublimes canciones;
Que verde musgo envuelva
Las cuerdas de tu cítara, y no alcances
De tu inútil pulsar otra armonía
Que mal ligados sonos.

Y ¿verás impasible que se acerca
Ese funesto día,
Así á tus compatriotas doloroso
Como á tí vergonzoso,
En que, perdido el sacro privilegio
Que á regiones más altas te sublima,

Entre el profano vulgo te confundas?
¿Tal vez tu blando corazón herido
Por el punzante arpón de los pesares,
No puede complacido
Darse á dulces cantares?
¿Tal vez ausente de tu cara esposa
Y del único fruto
Que el cielo á tus amores reservara,
Ligada noche y día
Á tan tiernos objetos,
Huyé al poder del Dios tu fantasía?
¡Ah! no: bien sabes, inspirado vate,
Que, cual suele apacible ventolina
Disipar densa niebla,
Tal la influencia divina
De las musas al alma pesarosa
Consuela, tierna amiga,
Con habla cariñosa,
Y la amargura del dolor mitiga.

¿Falta acaso á tu lira asunto digno?
¿No puedes dar lecciones
De paz y de grandeza á este hemisferio,
Elevados ejemplos presentando
De otras libres naciones?
¿No ves hondo venero de belleza
Entre los fastos del antiguo imperio?
¿Maldecir en tremendas armonías
No te es dado, los crímenes atroces
De los aciagos días
En que monstruos feroces,
Deshonrando de España el poder regio,
Con vil codicia y negro fanatismo
Cometieron el torpe sacrilegio
De hacer correr la sangre de los Incas
Mezclada con el agua del bautismo?

Ó bien, ¿por qué, las mieles destilando
De angelical dulzura

Que el Dios de la bondad puso en tu pecho,
Por qué no ensalzas con acento blando
De nuestros ricos campos la hermosura,
Y en recompensa digna
Del afecto que de ellas merecieras,
Por qué el gentil donaire y la ternura
No celebras, cantor, de las hermosas
Que habitan estas playas,
Y de las que se aduermen voluptuosas
En las vastas praderas
Con que da ufano tu pomposo Guayas
Orla siempre florida á sus riberas?
Tan culpable inacción destierra, oh vate:
Al mágico poder de tu armonía,
Haz que mi pecho ufano se dilate:
Canta, y el padre del Perú, bondoso,
Al canto sonoro,
Desde su solio diamantino ría;
Canta, y mi numen inexperto guía.

Lima, 1829.

LA ENTRADA DEL AÑO.

CANTATA Á LAS HERMOSAS DE LIMA.

Mirad, allá de Europa en las regiones,
Cuán sañudo se ostenta el viejo Enero,
De escarcha y seca rama coronado,
Por fieros aquilones
En su carro de nubes arrastrado.

Guíanlo en su sendero
Las Horas de la noche tenebrosas;
Y al rechinar horrendo de sus ruedas,
Responden tempestades horrorosas.

Mientras en la dulce Lima,
Galán hermoso, lo conducen ledas
Las juguetonas Náyades del Rima:
Las acompaña el céfiro suave;
Y ya de la más bella
En el nevado seno se adormece;
Ya en sus purpúreos labios,
Osado el beso sella;
Ya travieso le agita
El cabello coposo,
Que contraste vistoso
Á los ojos ofrece
Con los blancos jazmines que lo adornan.

Ciñe el año naciente
De floridas guirnaldas su ancha frente;
Y la tersa frescura
Y el rosado color de su mejilla,
De los frutos retratan la hermosura
Con que Pomona en nuestros huertos brilla.

¡Hijas de Lima hermosas!
Á gozar os convida
La aurora de la vida
Que entre celajes fúlgidos
Empieza á amanecer.
La estación suspirada
Ved llegar placenteras,
Que pinta lisonjeras
A vuestra mente imágenes
De amor y de placer.

Amad, gozad los rápidos instantes
En que os sonrfe juventud dichosa.....
Mas ¡ay! tras este Enero que os halaga,
Otro Enero vendrá y otros Eneros:
De la tarda vejez la nube aciaga
Cubrirá las mejillas rozagantes;
Y, cual suelen relámpagos veloces

Que atraviesan la atmósfera á deshora
Y entre la negra obscuridad se pierden,
Hechizos pasarán, amor y goces.

¿Y habrá el olvido
De sepultar
Los dulces rasgos
De la beldad,
Que dar al hombre
Grato solaz
Sabe, y las almas
Avasallar?

¡Ay! si vos lo queréis, vuestra belleza
Eternamente guardará la fama.
No de un amor vulgar la débil llama
Os arda el corazón. No la riqueza
Os captive de avaro mercadante
Que encuentra más deleite en que su nao
Venturosa retorne
Al seguro Callao,
Que en la tierna sonrisa de su amante.

Tampoco os enamoren
Brillantes armaduras y penachos;
Que solamente á la beldad se abate
El alma del guerrero,
Hasta que suene la hora del combate;
Y en tanto que él entre las armas fiero
Busca muerte gloriosa,
En lágrimas acerbas
Se inunda el rostro de su triste esposa.

Él muere: erguida asoma,
Entre la densa niebla de los tiempos,
Su frente laureada;
Admira á los futuros; mientras ella
Cede al rigor de su infeliz estrella,
Y perece afligida é ignorada.

Amad á los poetas;
Y la posteridad vuestros encantos
Que encendieron amor correspondido,
Mirará, vencedores del olvido,
Eternizados en sonoros cantos
Por el vate feliz que os mereciera.
Y las hermosas que del Po lejano
Habitan la ribera,
Y las que ostenta el golfo gaditano,
Envidiosas verán los bellos ojos
De las hijas de Lima,
Que con vivacidad y con ternura
Resplandecen; la angélica dulzura
Del apacible rostro
Que la modestia anima;
El pie pulido y el airoso talle.

¡Oh! ¡Si el dios de Helicon
Mi disonante cítara templara,
Y con la llama pura
Que su frente corona
Mi espíritu inflamara!
Mi voz osada entonces,
Cánticos entonando á la hermosura
Que el cielo dió á las ninfas de mi patria,
Del ocaso á la aurora cruzaría
Y desde el Septentrión al Mediodía.

Lima, 1829.

EL PERU.

¿Qué es esto? ¡Oh Dios! ¿Qué vértigo satánico
Á numerosos pueblos rapidísimo,
Cual movidos por ímpetu mecánico,
Lleva á hundirse en abismo profundísimo?
¿Es hechizo funesto? ¿Es vicio orgánico?

¿Ó el desorden por mira del Altísimo
Atrinchera sus reales, estratégico,
Desde los Patagones hasta Méjico?

No, no es mira de Dios: nunca lo fuera;
En sus miras es Dios todo armonía.
Cuando presenta súbito en la esfera
Un mundo su eternal sabiduría
Á la fe ardiente de Isabel primera,
¿Será para que el mal su saña impía
Cebe en naciones que arrancó el bautismo
Á la garra infernal del paganismo?

¿Será para tener desposeída
Del goce angelical de la concordia
La ignorada región que con su egida
Cubrió su paternal misericordia?
¿Será para que América afligida
Sufra, á merced de bárbara discordia,
Bajo la Iglesia plagas más crüeles
Que bajo la impiedad de los infieles?

No, no es mira de Dios: que un continente
De riquezas sin fin no hizo venero
Para que objeto fuese eternamente
De compasión al universo entero.
Y si en predilección tan evidente
Ve el mundo de Colón dichoso agüero,
¿Qué la nación verá que fundó Manco,
Con quien fué el cielo en dádivas más franco?

De Dios la mira es otra. Dios piadoso
Muchedumbre nos dió mansa y sencilla,
Que así al imperio justo y generoso
Como al rüin y bárbaro se humilla.
Tesoro inesperado y portentoso
De nuestro mar improvisó en la orilla;
Y ríos nos creó que de canales
Crucen nuestros ardientes arenales.

Dios puertos nos abrió donde violenta
Nunca su furia el huracán ensaya;
Donde triste naufragio no amedrenta
Al morador de la tranquila playa;
Donde, al abrigo de feroz tormenta,
Ser rehusa el barómetro atalaya,
Como exigiendo, al verse en mar tan manso,
Su vigilante actividad descanso (1).

¿Qué queréis? ¿Perdurables monumentos
Que arranque á los cinceles la escultura,
Ó eleve sobre sólidos cimientos
Á las nubes la osada arquitectura?
Ébanos, robles, cedros corpulentos,
De las selvas pedid á la espesura;
Y bronces á las minas, y granito
Y mármol del albor más exquisito.

¿Quizá industria pedís? Igual riqueza
También al artesano laborioso
El patrio suelo brinda con largueza,
De cuanto vario, y útil y copioso
Puede ofrecer confort á la pobreza,
Pasto á la vanidad del poderoso,
Severa majestad á los altares,
Esplendor á las pompas militares.

¿No veis, no veis ese uniforme grana,
En que lucen, rivales de la seda,
La suavidad y el lustre de su lana,
Con que apuesto bretón guarda la rueda
Del coche de su augusta soberana?
Pues quizás todo del Perú proceda,
Y á él deban su finura y su decoro
El paño, el tinte y los galones de oro.

(1) Sabido es que el barómetro deja de marcar las variaciones del tiempo en las latitudes bajas de la costa meridional del Pacífico.

Dios en climas nos dió vario elemento
Con que á las producciones más extrañas
El Perú ofrece hospitalario asiento.
Dios del Perú crear en las entrañas
Quiso el carbón con que humillar el viento
Logra el vapor y el mar y las montañas;
Y, en fin, para encerrar nuestros caudales,
Dios los Andes alzó monumentales.

Mas de sus altos dones la riqueza
En nada más espléndida resalta
Que en la varia y gentil naturaleza
Que en el Oriente nuestro linde esmalta:
Rapto de admiración y de grandeza
Los más tibios espíritus exalta,
Al contemplar el cuadro portentoso
Que desenvuelve aquel edén suntuoso.

Árboles de titánica estatura,
Dosel cada uno de una tribu entera,
Que no encuentran rival en la hermosura
Del variado matiz de su madera,
Plantas y flores mil en que natura
Su caprichosa ostentación esmera,
Y que ciñen riquísimas coronas
Á la sien imperial del Amazonas;

Morera que da vida al laborioso
Gusano en sus talleres naturales,
Para vestir al prócer ostentoso
Y adornar los alcázares reales;
Algodón, que el inglés acopia ansioso,
En su sed de victorias industriales;
Y cautchú que es impenetrable egida
De la salud y de la humana vida;

Dulce caña jugosa y gigantea
Que veloz se propaga y veloz crece,
Dejando por raquítica y pigmea

La que en Asia y en Cuba el aire mece;
Tintes con que la Europa se recrea,
Y su industria matiza y enriquece,
Satisfaciendo con su activo influjo,
Los caprichos fantásticos del lujo;

Vasta copia en raíces y animales
Al sustento y al gusto provechosa;
Cocoteros, almendras, cafetales;
En tamaño á la almendra sustanciosa,
El fruto nutridor de los maizales
Haciendo competencia victoriosa;
Y tú, rey de los néctares, cacao,
Delicia del almuerzo y del sarao;

La vid que dos montañas entapiza
Hallando en ellas protector arrimo,
Y en variado, festón que el sol matiza,
Luce con esplendor su áureo racimo;
Mientras entre ambos cerros se desliza
El manso rey de aquel estado opimo,
Que, sumiso, á más alto soberano,
Va fiel á acompañarlo al Oceano;

Y apacibles las auras tropicales
Refrescan la carrera ya adornada
Por las valiosas galas vegetales;
Y la alegría con plácida alborada,
De forma y de colores ideales,
Muchedumbre de pájaros variada;
Rindiendo así en sus pompas la comarca
Respetuoso homenaje á su monarca;

La tuna, á quien tranquilas posesiones
No bastan en los campos dilatados,
É invade las ruidosas poblaciones,
Para arraigarse en torres y tejados (1);

(1) No hay nada en esto de exageración. Cualquiera que haya viajado por el in-

Sandías y aromáticos melones,
Para fácil transporte tan pesados,
Que ya los reconocen las florestas
Como los anfitriones de sus fiestas;

La palta que da al pan, su compañero,
Gusto mejor que la batida nata;
La lúcuma que de hábil repostero
La más feliz inspiración retrata;
La frutilla esparcida en el otero
Cual perfumada alfombra de escarlata;
El plátano á que dan retrete umbroso,
Fajas de raso en pabellón vistoso;

Odorífera piña que arrogante
En follajes simétricos se asienta;
Naranja que su humor refrigerante
Y su dorada redondez ostenta;
Del clima tropical blasón fragante
Chirimoya exquisita, que presenta
Úfana en nuestros huertos á Pomona
El más rico florón de su corona;

La guayaba que lejos, altanera,
Se anuncia en los aromas que derrama;
La fresca grananilla que ligera
Por árboles y riscos se encarama,
Y miles más de frutas; que arduo fuera
Recomendarlas todas á la fama,
Y celebrar en tonos dignos de ellas
Su fragancia, sabor y tintas bellas;

De especies en corteza y en resina
Inmenso acopio. Saludable aceite;
Perfumes en que fácil se combina

terior, habrá visto en muchas poblaciones nacer los tunales en los techos, en los campanarios y hasta en las cornisas de los edificios.—*Nota del Autor.*

De olfato y paladar amplio el deleite;
Cuanto para triunfar la medicina;
El femenino orgullo para afeite;
Cuanto para reinar en todas partes
El comercio, las ciencias y las artes;

Cuanto para sustento y embeleso
La humanidad; cuanto en su sed violenta
Puede el siglo pedir para el progreso;
Cuanto el afán emprendedor fomenta;
Cuanto con noble y maternal exceso
En su vegetación la tierra ostenta,
Sin que el arado sus entrañas rompa:
Todo allí resplandece en regia pompa.

La civilización está en la infancia....
Cierto, ¡oh dolor! mas genios hay incultos
Que roban, á pesar de su ignorancia,
Al arte sus misterios más ocultos;
Y por los que, humillada su jactancia,
Algún día verán pueblos más cultos,
Si del cultivo al refulgente lampo,
Solicito el poder les abre el campo.

Tal profusión de dones, tal riqueza,
¡La voluntad de Dios no hacen patente
Que siglos de ventura y de grandeza
Guarda al Perú y al vasto continente?
Mas para combatir nuestra tibieza
El fin de su obra reservó prudente;
Y del mortal encomendó al anhelo
El fruto cosechar que formó el cielo.

¡Encomendó al mortal! ¡Difícil cargo
Para el mortal que entre tinieblas gime,
Si de la obscuridad y del letargo
Inteligente acción no lo redime!
¡Ah! ¡Cese ya destino tan amargo,
Y la infeliz nación, á quien oprime

De la ignorancia el hórrido vestigio,
Marche en la senda que ilumina el siglo!

Industria, activo cambio, agricultura,
Sólo de sabia dirección carecen;
Y es celo ardiente, buena fe y cordura
Cuanto en sus escogidos apetecen.
No pide más la nacional cultura,
Y puéblanse los yermos y florecen
A impulso del vapor y de la fragua
Y al refrigerio creador del agua.

Cultura el pueblo, sí: la turba ociosa
Que en la inacción y crápula vegeta,
Es tiempo ya que en servidumbre honrosa
De la razón al yugo se someta:
Es tiempo ya que activa y ardorosa
Se afane por su bien, cual bulle inquieta
Cuando al influjo de anarquista aleva
Á trastornar la sociedad se mueve.

Y ¿así de la ambición á la arteria,
También no prostitúyese, insensata,
Del sufragio en la torpe granjería?
Y ¿así también la autoridad no acata
Cuando la autoridad dura é impía
Á esposa, hijos y hogares la arrebató,
Para comprar, á precio de su vida,
El laurel de contienda fratricida?

Pues si obedece, que en su pro obedezca,
Y que á labrar su dicha se le enseñe,
Y con la suya, la común acrezca;
Y en el progreso nacional se empeñe;
Y en la *honrada labor* no desfallezca;
Y sólo en ella su ventura sueñe;
Y rompa de la tierra las entrañas,
Y allane las altísimas montañas.

Á los que al proletario en bienandanza
Aventajáis, y en clara inteligencia,
Á vosotros, tan útil enseñanza,
Ciudadanos, confió la Providencia.
Realizad tan magnífica esperanza,
Y del ejemplo y de la voz la influencia
Dé savia, y fronda y juvenil verdura
Al árbol de la pública ventura.

Cumplid vuestros patrióticos deberes;
Ennoblecad un pueblo desidiado;
Grabadle con eternos caracteres
Que de la libertad el bien precioso
Lo dan la actividad de los talleres,
Y el seno de la tierra generoso,
Y la virtud; no el ocio ni los vicios,
Ni el tumultuoso ardor de los comicios

¡Ah! Cien hombres de noble sentimiento
Bastan de la Divina Providencia
Las miras á llenar. No más que ciento.....
¿Dónde están? ¿Los sumerge la indolencia
En torpe sueño..... y ceden sin aliento
El campo á la atrevida turbulencia?
¡Qué! ¿No veis que ese sueño es tan siniestro
Como al provecho de la patria, al vuestro?

Y si el progreso público y el orden
Os deben sólo indiferencia fría,
¿No os estremece, al menos, que el desorden
Hondamente arraigándose, haga un día
Que pasiones famélicas desborden,
Y que abra el azadón de la anarquía
Á vuestro caro bienestar la tumba,
Antes, quizá, que la nación sucumba?

¿Dónde está de los próceres peruanos
El celo que proclaman y enaltecen,
Si de lástima y queja acentos vanos

Sólo en las aras de la patria ofrecen?
¿De intrépidos y activos ciudadanos
Las funciones augustas aborrecen,
Porque interrumpen la feliz holganza
En que los mece efímera venganza?

¡Patricios! Cuerdos sois. En cosas fútiles
No fatiguéis vuestro civismo irónico;
No malgastéis vuestros servicios útiles;
Del egoísmo al dulce arrullo armónico,
En plácida embriaguez, dormís, inútiles;
Y con un gesto de desdén sardónico,
Del Perú respondéis al grito unánime
Que vuestra compasión implora exánime.

EL REY NUESTRO SEÑOR.

SONETO.

Invención de estrambótico artificio,
Existe un rey que por las calles vaga;
Rey de aguardiente, de tabaco y daga,
Á la licencia y al motín propicio:
Voluntarioso autócrata, que oficio
Hace en la tierra de ominosa plaga;
Príncipe de memoria tan aciaga,
Que á nuestro Redentor llevó al suplicio;
Sultán que el freno de la ley no sufre
Y de cuya injusticia no hay reintegro;
Rey por Luzbel ungido con azufre;
Czar de tres tintas, indio, blanco y negro,
Que rige el continente americano,
Y que se llama Pueblo Soberano.

Á MI HIJO EN SUS DÍAS.

EPIGRAMA.

Dichoso, hijo mío, tú,
Que veintiún años cumpliste:
Dichoso, que ya te hiciste
Ciudadano del Perú.

Este día suspirado
Celebra de buena gana,
Y vuelve orondo mañana
Á la hacienda, y esponjado,

Viendo que ya eres igual,
Según lo mandan las leyes,
Al negro que unce tus bueyes
Y al que te riega el maizal.

Á MI LEVITA.

(IMITACIÓN DE BERANGER.)

A nuestra amistad sé fiel,
¡Oh levita idolatrada!
En ambos deja estampada
Su huella el tiempo crüel.
Diez años yo con mis manos
Te he cepillado leal,
Sin dejar que otros profanos
Pongan el cepillo en ti.
Y ¿me pagarás tan mal
Que te separes de mí?

En mi santo te estrené;
Mis amigos te cantaron,

Y tu hechura celebraron.
Y tu color de café.
En sus cartas siempre has sido
Objeto de su memoria;
Que aunque hayas envejecido,
No se olvidaron de ti.
Mi único amor y mi gloria,
No te separes de mí!

Á un sastre francés le dí
Por ti dos onzas y media,
Producto de una comedia
Sentimental que escribí.
En la edad de tus venturas
Fuiste ¡oh tiempos! muy bonita;
Mas hoy ya de tus costuras,
El pelo fugaz voló.
¿Y aunque estés calva, oh levita,
Podré abandonarte yo?

Un año tras otro año
Siempre conmigo te viera.
Si acaso la suerte fiera
Contra tu raído paño
Preparase su furor,
Opón la filosofía,
Cual la opone tu señor
Á su ciego frenesí,
Y ¡dulce levita mía,
No te separes de mí!

¡Ese zurcido!..... ¡Oh recuerdo!
Con Delia una vez jugaba:
Me seguía, la burlaba:
Me asió del faldón izquierdo,
Y, sin querer, lo rasgó.
Mas la pobre en todo un día,
Cosiéndote, no apartó
Sus bellas manos de ti.

¡Levita del alma mía,
No te separes de mí!

¿Te bañé nunca en olores
Que un necio galán exhala?
¿Te expuse en una antesala
Al gesto de altos señores?
Otro, cruces, impaciente,
Ansia, ó bustos de Simón,
Y yo flores solamente
En tus ojales prendí.
¡Joya de mi corazón,
No te separes mí!

Verás, verás cuán ligeros
Vuelan mezclados los días
De llantos y de alegrías,
De soles y de aguaceros.
Yo voy de capa caída
Y muy pronto moriré:
Entonces tu triste vida
Podrás también acabar.
Pero mientras vivo esté,
¿Quién nos podrá separar?

LOS PARAÍOS DE SEMPRONIO.

«Si yo fuera Presidente,
¡Bello el país estaría!
¡Ah! ¡Cómo se elevaría
Prontamente,
Hasta un grado incomprensible
De prosperidad y gloria!
No afearan nuestra historia
De la horrible
Anarquía los tizones

Que trastorna las naciones
Y desgarras
— *Otra cosa es con guitarra.*

«Cuanto en los libros se ensarta
Sobre romanas escenas;
Cuanto se admira de Atenas
Y de Esparta;
Cuanto hablan autores ciento
De públicas libertades,
No fuera en estas edades
Puro cuento,
Si los destinos quisieran
Que los Peruanos cayeran
En mi garra.»
— *Otra cosa es con guitarra.*

«Dicta el Congreso una ley;
En cumplirla seré activo,
Pues yo soy ejecutivo,
No soy rey;
Arruina al país quien la invoque;
No importa: tieso que tieso,
Hasta que en otro Congreso
Se revoque.
Huirá el desorden maldito
Como se borra lo escrito
En pizarra.»
— *Otra cosa es con guitarra.*

«Se encerrarán los poderes
Dentro de un límite eterno,
Y no hablarán de gobierno
Las mujeres:
Con mi política unidos
Todos al bien marcharán,
Y ya no se agitarán
Los partidos.
¿Quién, mandando yo, alborota?

¿Quién no es sincero patriota?

¿Quién desbarra?»

— *Otra cosa es con guitarra.*

«¿Qué obstáculo habrá que impida

Hacer mejoras á miles;

Formar códigos civiles;

Dar la vida

Á la agonizante hacienda;

Honra á la literatura;

Y lograr que la cultura

Tal se extienda

(No son estas paradojas)

Cual suelen las verdes hojas

De la parra?»

— *Otra cosa es con guitarra.*

«Irán siempre en sus trabajos

Las oficinas corrientes,

Aunque lluevan á torrentes

Los legajos.

Haré salir de sus ocios

Á la turba de empleados

Que á jefes poco versados

En negocios

Confunde, ahoga, impaciente,

Sofoca, aburre, atormenta

Y achicharra.»

— *Otra cosa es con guitarra.*

«Quien de su deber se aparta,

Quien la opinión atropella,

Quien con pie atrevido huella

Nuestra carta,

Crearé mil Marcos Brutos.

Los periódicos, las leyes,

El pueblo serán mis reyes

Absolutos.

Y con tan sanos intentos,

¿Quién me hace pronunciamientos?

¿Quién me amarra?»

— *Otra cosa es con guitarra.*

«Si de esta administración

Cuatro años el Perú alcanza,

Será de la bienandanza

La mansión.

Y cuando haya terminado

De mi gobierno el período,

En regla dejaré todo:

Al Estado,

Sin disensiones crüentas;

Á las Cámaras contentas

Y á la barra.»

— *Otra cosa es con guitarra.*

Sempronio, tus intenciones

Son patrióticas, honrosas;

Pero no pasan de hermosas

Ilusiones:

Manda, y lucha con la inopia;

De intrigantes, ambiciosos,

Egoístas, perezosos,

Con la copia;

Y dirás (hago una apuesta):

«Otra vez para esta fiesta,

¿Quién me agarra?»

— «¡Vaya al diablo la guitarra!»

MI VECINITA.

¡Ay! el que vea

Á mi vecina,

Ve la presea

Más peregrina.

Toda esperanza

De bienandanza,
La tiene fija
En una hija,
Que es la muchacha
Más vivaracha,
Más decidora
Y encantadora
Y más cumplida
Que vi en mi vida.
Nunca se cura
De la costura
(¡Y qué bien hace!),
Pues no le place,
Porque la aguja,
Cuando la empuja,
La mano hermosa
No le taladre.
¡Qué niña tan graciosa!
¡Retrato de su madre!

Dale paseos,
Dale jarana,
Dale bureos;
Y en su lozana
Fresca mejilla
Verás cuadrilla
De cupidillos
Juguetoncillos,
Que travesean
Y se recrean:
Verás qué hermosa
Risa graciosa
Baña sus labios.
Empero agravios
Recibe eternos,
Y hasta echa ternos
(Tal por la injuria
Se enciende en furia)
Cuando se intenta

Que haga contenta
Alguna cosa
Que no le cuadre.
¡Qué niña tan graciosa!
¡Retrato de su madre!

Un mozalbete
Almibarado
Allí se mete.
Tan grande agrado
Se le acredita,
Que su visita
Nunca fenece.
¡Qué, si parece
Que se entornilla
Sobre la silla!
Con él retoza
Y se alboroz
La damisela
Que se las pela;
Y hasta hay de guiños
Y de cariños
Canje secreto.
Al tal sujeto,
Según es fama,
Siempre lo llama
La candorosa
Mamá, compadre.
¡Qué niña tan graciosa!
¡Retrato de su madre!

Saber le gusta
Quién entra en casa
(Cosa muy justa),
Y hasta quién pasa.
Por eso tiene,
Cuida y mantiene
La señorita
Una perrita

Que es un armiño,
De su cariño
Felice dueño.

Todo su empeño
Es, que si alguno
Llega importuno
Cuando se aplica

La bella chica
A sus constantes
É interesantes
Distribuciones
Y devociones,
La maliciosa
Perrita ladre.

*¡Qué niña tan graciosa!
¡Retrato de su madre!*

Á su hábil lengua
Mil señoritas
Deben su mengua.
¡Qué! ni amiguitas
Fácil perdona
La picarona;
Mas á los hombres
¡Qué dulces nombres
Que les prodiga
Cual tierna amiga!

Del petimetre
Más sin caletre
Y más erguido,
Del presumido
De literato
Más mentecato,
Hace una alhaja:
Quiere, agasaja
Con suaves modos,
Afable á todos
Y cariñosa,
Menos al padre.

*¡Qué niña tan graciosa!
¡Retrato de su madre!*

BUENAS NOCHES.

—Por hoy, amigo, es bastante:
Ya marea y acribilla
Escuchar tan incesante
Taravilla.
¡Vamos! ya me rinde el sueño;
Y temo que aquí trasnoches,
Si no interrumpo tu empeño.
¡Buenas noches!

—¡Buenas noches! pero advierte
Que aun hay que hablar infinito,
Y vuelvo mañana á verte
Tempranito.
—Está corriente: haz mañana,
Como hoy ya no me agarroches,
Lo que más te dé la gana.
¡Buenas noches!

—Te hablaré de mi querella
Con la inconstante Marica;
De mi amor con una bella
Viuda y rica,
De sus prendas estimables,
De su hacienda y de sus coches.
—Me hablarás, pero no me hables.
¡Buenas noches!

—Abur..... cuando estoy contigo
Me embeleso, me deleito.....
¡Ah! y no te olvides, amigo,
De mi pleito.
Temprano ves á los jueces:

¡No en la cama te abizcoches!
—Ya me lo has dicho cien veces.
¡Buenas noches!

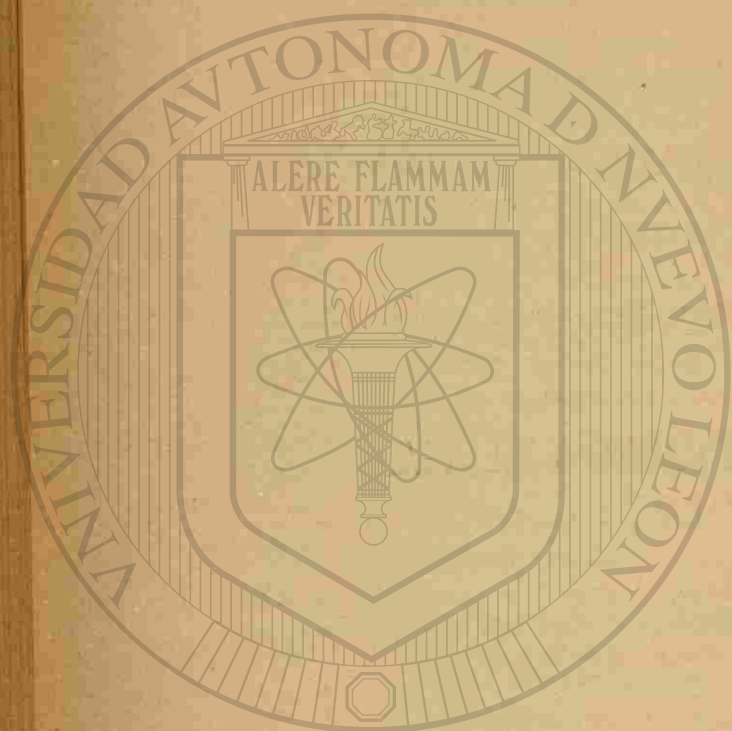
—Ese usurero maldito
Que tenazmente me enjuicia,
Pretende un acto inaudito
De injusticia.
¡Somos cuerdos cuando viejos!
¡Hijo mío! no derroches,
Porque..... —¿A estas horas consejos?
¡Buenas noches!

—Me faltaba lo mejor.
Te traigo aquí mis poemas;
Has de ser tú mi censor,
Y no temas
Me irrite que al criticarme
Severo te desabroches.
—¿Si acabarás de dejarme?
¡Buenas noches!

—No aguardo fallos adversos:
Hay estilo, poesía:
Verás fluidez en los versos
Y armonía,
Aunque de algunos vocablos
La antigüedad me reproches.
—¡Pelmazo! ¡con dos mil diablos!
¡Buenas noches!

—No temo serte importuno.....
—¿No lo temes? ¿Que tal digas?
Me importunas cual ninguno,
Me atosigas,
Y no calmará mi enojo
Mientras tus labios no abroches.
Ó te vas, ó me recojo.
¡Buenas noches!

D. JOSÉ PARDO Y ALIAGA.



D. JOSÉ PARDO Y ALIAGA.

Á LA INDEPENDENCIA DE AMÉRICA.

Pródiga derramó naturaleza
Sus más preciados dones ;
Engalanó de espléndida belleza
Las índicas regiones.

Sus dilatados campos entapizan
Las flores de ambas zonas ;
Sus extensas llanuras fecundizan
Mamoré y Amazonas.

Entre montes torrente se desata
Apurímac umbrío ;
Y superficie de bruñida plata
Presenta el Bío-bío.

Eterna nieve en la empinada cumbre
De los Andes altivos ;
En sus espejos la celeste lumbre
Hiela sus rayos vivos.

Y con los mismos rayos en la falda
Acaricia y abriga
Entre valles cuajados de esmeralda,
Inagotable espiga.

Aquí la catarata despeñada
Abre profundos cauces;
Y no lejos la brisa embalsamada
Susurra entre los sauces.

Brota de entre las peñas manso arroyo
Y en sus cristales baña
Plátano, cocotero, chirimoyo
Y dulcísima caña.

Su indomable altivez el potro aplaca
Cuando sus aguas bebe;
Mientras que á la vicuña y á la alpaca
Solaz presta la nieve.

En tropel espesísimo agrupados
Circundan las colinas
Los nogales, los robles, los granados,
Los cedros, las encinas.

De tupidas montañas el ramaje
Sacuden de continuo
Pájaros mil de espléndido plumaje
Y de armonioso trino.

Los árboles, las flores y los frutos
Que más el hombre estima;
Las pintorescas aves, y los brutos
Del más contrario clima,

De América al inmenso continente
En sus espacios cierra.....
La mano del Señor omnipotente
Posó sobre la tierra;

Red caprichosa de enredadas vetas
Revela su tesoro;
Entre los rudos cortes de sus grietas
Brillan la plata y oro.

Soberbio el mar la temeraria quilla
Despedaza y se traga;
Más al llegar á la feraz orilla
Se sosiega y la halaga.

Un cielo azul, diáfano, esplendente,
Áureo disco abriollanta,
Y cual fanal inmenso, transparente,
Guarda riqueza tanta.

Pródiga derramó naturaleza
Sus más preciados dones;
Engalanó de espléndida belleza
Las índicas regiones.

¡Arcanos de la eterna Providencia
Qué lengua audaz interpretarlos osa!
Si pueblos de robusta inteligencia
Poblaban la región maravillosa,
En ocio vil, en torpe indiferencia
Arrastraban su vida vergonzosa;
Y cada raza y cada jerarquía
Ostentaba diversa idolatría.

De ambición noble y de la fe guiados,
En toscas naos, frágiles bajeles,
Á la mar se lanzaron arrojados
Navegantes intrépidos y fieles,
Más que de lona y jarcia, pertrechados
De arcabuces, espadas, y broqueles.
Dios á Colón de conductor elige,
É instrumento de Dios, él los dirige.

De furor de encontrados elementos
Las pobres carabelas combatidas,
Á merced de los ímpetus violentos

De las soberbias olas sacudidas;
Las cuerdas y las velas por los vientos
En trozos y jirones desprendidas,
Azares y peligros incesantes
Corrieron los osados navegantes.

Sin brújula, sin norte, sin más guía
Que la sagrada inspiración que escuda
Tanta temeridad, tanta osadía,
Colón ahoga la naciente duda,
Sofoca la traición que ya surgía
Entre la gente acobardada y ruda,
Y con su fortaleza y su confianza
Vuelve á los corazones la esperanza.

Mezclados de las ondas en la espuma,
Indicios son de tierra no remota
Fruto desconocido, blanca pluma,
Hierba que sólo en las orillas brota;
Hasta la densa impenetrable bruma
La apetecida realidad denota;
Un nuevo sol con ansia se apetece,
Y el nuevo sol el desengaño ofrece.

Mancha tenaz que el horizonte empaña
Una mañana al cabo se divisa;
Esplendoroso sol las naves baña,
Y más densa la sombra se precisa.
No hay ya dudar: magnífica montaña
Quiebra del mar la superficie lisa;
Dilátase en terreno ancho y fértil:
Era la sombra aquella..... ¡el nuevo mundo!

Sublime, inmarcesible fué la gloria
De la conquista. Si la ruin codicia
Enlodó muchas veces la victoria;
Si ambición torpe y sórdida avaricia
Páginas dieron á la triste historia
De luto, sangre y bárbara injusticia,

Tanto borrón y repugnante hazaña
Crimen fué de los tiempos, no de España.

De Isabela los timbres no amancilla
Ningún recuerdo cruel.—Noble matrona
Dechado de humildad, pura, sencilla,
En su santa piedad lo que ambiciona
La católica reina de Castilla
No es ceñir á su sien otra corona,
Sino amparar idólatras naciones
Con la fe y con la luz de sus pendones.

Demos á eterno olvido las escenas
De oprobio, de venganzas y de horrores
Que aquella lucha envenenó; las hienas
No se encarnizan más en sus furoros.
Desequidas, América, tus venas
Dejaron, y tus campos y tus flores;
Y á aquel período de recuerdo amargo
Siglos siguieron de mortal letargo.

Letargo, sí, no dura servidumbre
Ni infame esclavitud; antes mi lengua
Se anude en mi garganta
Que una sola expresión pronuncie en mengua
De la tierra lejana
Que fertiliza el Tajo y el Guadiana,
¡Que no merezcan popular aplauso
Mis humildes canciones,
Si para merecer tan alto premio
Es preciso halagar ruines pasiones!
Quien del vulgo pretenda
Vitores y coronas,
Cubra de vilipendios y de ultraje,
Maldiga en frases huecas
El duro coloniaje,
Y arroje impuro lodo
Sobre su propio nombre: el nombre godo.

De santa libertad é independencia
La aurora refulgente
No por contraste de la sombra obscura
Irradiará más pura;
Ella abrasó con fúlgidos destellos
La América española;
Ella sin tintes á su luz opuestos
Pudo sola brillar y brilló sola.

Su soberbia cabeza el Chimborazo
Eleva entre las grandes
Moles inaccesibles de los Andes,
Sin que nada revele en sus contornos,
Tétricos y severos,
Que guarda en sus entrañas
De fuego eterno candescentes hornos;
Si á su aspecto tal vez electrizada
Ardiente fantasía
Á la región del ideal se lanza
Y á sus perfiles presta
Con formas conocidas semejanza;
Las descarnadas peñas que amontona
En su empinada cumbre
A semejan titánica corona;
Y el mismo cerro colosal figura
Inmenso mausoleo
De regia, inmensurable sepultura;
Ó gigante dormido
De planeta más grande desprendido;
Pero sin signo alguno que revele
Pudiera despertarse
De su sueño profundo
Y al despertarse desquiciar el mundo.

¡Y despertó! y el fuego comprimido
En su pecho abrasado,
En estertor horrisono bulliendo,
Rompe la eterna costra que lo encierra,
Con estampido horrendo

Que conmueve los cielos y la tierra.
Por satánicas fuerzas impelidas
De su cráter se lanzan
Columnas encendidas
Que á los astros furiosos se abalanzan.
Á su fulgor siniestro
El universo todo
Parece consumiera
Grande, voraz, inextinguible hoguera.
América tampoco revelaba,
De apacible indolencia
En letárgico sueño,
Que á la mágica voz de independencia,
Hostigada leona,
Pudiera un día levantarse erguida
Llena de robustez, llena de vida;
Y que al alzar con el potente brazo
El estandarte noble de los libres,
Más soberbia que el mismo Chimborazo,
Sus hijos convirtiera
En héroes denodados
Por tan heroica madre entusiasmados.

¡Guay, que el grito sonó! rápido parte;
Abraza el continente americano
Como eléctrica chispa; el estandarte
De independencia ó muerte se levanta;
Esforzados guerreros
Con sus pechos le amparan;
Desnudan los aceros;
Y en alas de la gloria,
De victoria en victoria,
La patria reconquistan
Y eternizan sus nombres en la historia.

¡Nobles campeones que en la heroica lucha
Cual bravos sucumbisteis!
¡Vosotros que escribisteis
Con vuestra propia sangre las hazañas

De aquella empresa; los que dura suerte
Llevó á tierras extrañas,
Y los que á lenta muerte
Condenaron atroces desengaños!

¡Oh sombras venerandas! ¡Si el Eterno
Permitiera que alzarais la cabeza
Desde la helada tumba;
Si vierais la belleza
De América marchita,
Sobre su frente pura
Hondo sello de bárbara amargura!
¡Ay! Cómo verteríais
De vuestros ojos huecos
De profundo dolor lágrimas tristes!
¡Ay! Cómo rogaríais
Al supremo Hacedor que se apiadara
De su fortuna impia,
Ahogara las pasiones
Con que sus hijos crueles
Atizan la anarquía
En constantes, civiles disensiones,
Y diera en su clemencia
A la América toda
Paz, unión, libertad, independencia!

LA CARTA.

De padecer y sufrir
Mi mente cansada y harta,
Me he decidido á escribir
Esta carta.
Trabajillo me ha costado:
Hablando á usted con franqueza
He sudado:
La cabeza
La tengo como un tambor.

Ya me acosaba el temor
De un prudente «Dios le guarde»,
Ó de un «Beso á usted la mano»,
Ó «Ha llegado usted muy tarde»,
Ó «Viene usted muy temprano»,
Y aun pensé: Tal vez me espete
Mi billete
Sin abrirlo;
Á más de eso, yo no osaba
Dirigirlo;
La vergüenza me abrumaba.
Al fin y al cabo vencí:
Lo que ahora falta es un sí.

He escrito, sin ponderar,
La carta décimosexta,
Sin poderme contentar
Ni con ésta;
Pero ya me duele el brazo
Y el negro fastidio asoma;
Ya no trazo
Ni una coma;
Bien ó mal, tal como está,
Señora mía, allá va.
Y no tome usted á afrenta
Si la epístola dirijo
Por la vía de la imprenta.
Lo hago así porque colijo
Que es un medio sin apuro,
Y seguro,
De que vea
Usted mi pasión escrita,
Y la lea
En el diario á que suscrita
Está usted, según sé yo:
No me diga usted que *no*.
Empiezo, pues. Seré breve,
Que ya mi cachaza irrita.

Hoy sábado, veintinueve;
Señorita:
Apenas la divisé
Sentí en mi interior (no embromo)

No sé qué,
Ni sé cómo;
Mas lo cierto es que estoy sordo,
Que ya ni duermo ni engordo,
Por más que procure yo
Un consuelo á mi destino
Con *fricassé* y *fricandó*,
Con cerveza y con buen vino.
¡Ay! Sin que nadie me atrape,
Al escape,
Mi señora,
Al otro mundo me largo.
Me devora
Un pesar negro y amargo.....
No sé qué será de mí
Si usted no contesta un *sí*.

Mis días huyen, corriendo
En continua agitación,
Y los paso repitiendo
¡Maldición!
Y otras palabras groseras,
Y otros votos indiscretos.
Calaveras,
Esqueletos,
Duendes, y brujas precitas,
Y visiones infinitas
Agitan mi triste mente,
La conmueven sin cesar,
Como el agua de un torrente
Al precipitarse al mar.
Velada el alma de luto,
Ni un minuto,
Ni un segundo,
Paso tranquilo y contento

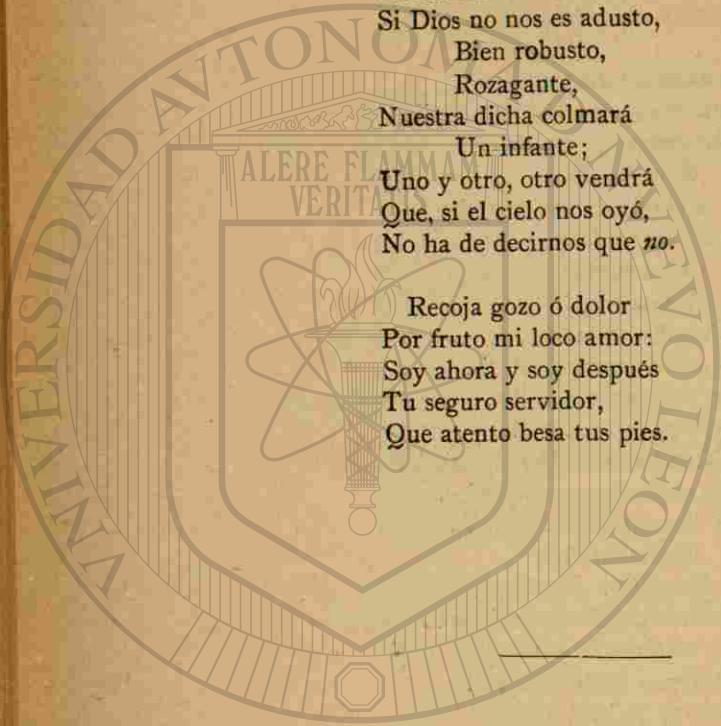
En el mundo.
¡No tengo ya sufrimiento!
¿En qué vendré á parar yo
Si usted sale con un *no*?

Si usted á tanto suspiro
No encuentra de alivio un medio,
Mañana me pego un tiro
Sin remedio;
Que ya el pesar me derrumba
Y ya aborrezco la luz.....
¡Una tumba
Y una cruz!
¡Una tumba, vida mía,
Es lo que mi mente ansía!
Una cruz triste y sencilla,
Y (en obsequio del afeite)
Una lámpara amarilla
Con su mecha y con su aceite.
Y sólo de este hombre pulcro
¡Un sepulcro
Quedará!
¿Y quién sobre el mármol yerto
Verterá
Sus lágrimas por el muerto?
Paloma, ¿y tú irás allí?
Por la Virgen, di que *sí*.

Mas no, tórtola; mejor
Es que oigas mis tiernas quejas,
Y que tiendas á mi amor
Tus orejas;
Que escuchando mi reclamo
Y apiadándote mi lloro,
Un «Yo te amo»,
Ó «Yo te adoro»,
Contestes á mi delirio.
Darás fin á mi martirio;
Nos colmará de placer

El lazo más bendecido;
Yo te llamaré *mujer*,
Tú me llamarás *marido*.
Si Dios no nos es adusto,
Bien robusto,
Rozagante,
Nuestra dicha colmará
Un infante;
Uno y otro, otro vendrá
Que, si el cielo nos oyó,
No ha de decirnos que *no*.

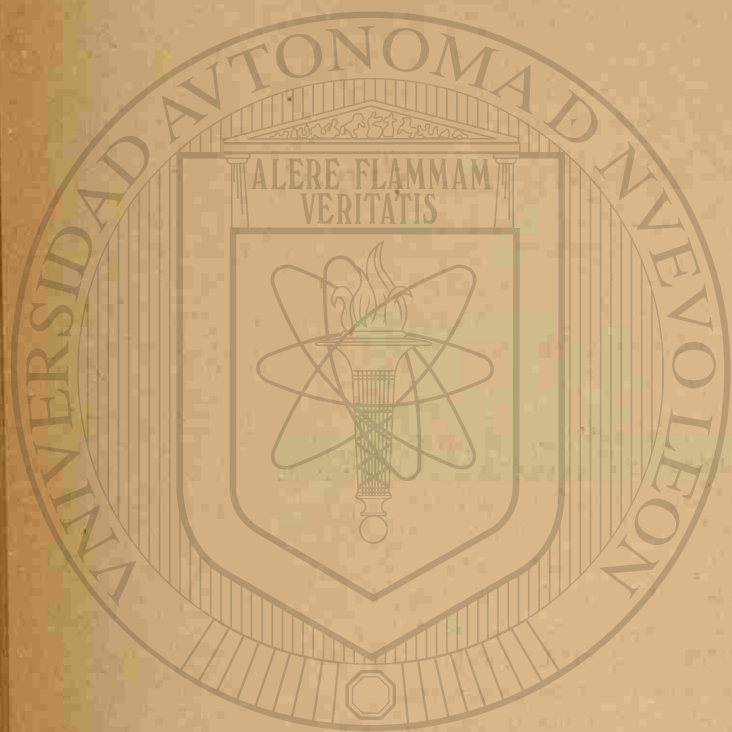
Recoja gozo ó dolor
Por fruto mi loco amor:
Soy ahora y soy después
Tu seguro servidor,
Que atento besa tus pies.



D. CARLOS AUGUSTO SALAVERRY.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

D. CARLOS AUGUSTO SALAVERRY.

—
VERSO Y PROSA.

¡La musa, ayer, avasallaba el vuelo
Del águila soberbia y majestuosa,
Mientras inculta la villana prosa
Surcos trazaba en el estéril suelo;
Pero la prosa, con el áureo vuelo
Que audaz le usurpa á su rival hermosa,
Poética, inspirada, esplendorosa,
Libre de la cadencia, invade el cielo!
¡Llorad en vuestras arpas, trovadores,
El pasado feliz!..... ¡el mundo avanza!.....
¡Derribar es la ley del universo!
Ya para vuestras rimas no hay lectores:
¡La bella prosa al porvenir se lanza,
Y obscuro yace destronado el verso!

EL AMOR Y LA BOTELLA. ®

Rompe el espejo, ya que te alecciona
En el disfraz de nuestro amor ardiente:
Todo, el silencio mismo, nos desmiente,
El corazón se escapa y nos traiciona.

El amor que las almas ilusiona
Siempre desborda su escondida fuente,
Como el licor de la champaña hirviente
El estrecho cristal que la aprisiona.

En vano lo comprime un débil corcho
Y en bóveda de vidrio lo encarcela,
Porque no se evapore y se consuma;
Apenas sus alambres desentorcho,
Cuando el tapón estrepitoso vuela,
Y el vino salta en borbollón de espuma.

MI POEMA.

Tengo, como Colón, un nuevo mundo
De seres que mi espíritu ha soñado;
Un bosque virgen que ninguno ha hollado,
En el seno de América fecundo:

Es la gruta escondida en lo profundo
De un piélago de flores ignorado;
Con toda mi existencia la he creado,
¡Y para darla á luz basta un segundo!

¡Ah! ¡si creyera en ti, póstuma gloria,
Dírate el mundo que mi frente quema
Por un solo suspiro á mi memoria!

¡Tú eres un sueño!..... y cuando yo sucumba,
Bajo el peso mortal de mi poema
Escrito en mi alma bajará á la tumba!

Á LA ESPERANZA.

Yo sé que eres una ave fugitiva,
Un pez dorado que en las ondas juega,
Una nube del alba que despliega
Su miraje de rosa y me cautiva.

Sé que eres flor que la niñez cultiva
Y el hombre con sus lágrimas la riega;
Sombra del porvenir que nunca llega,
¡Bella á los ojos, y á la mano esquiva!

Yo sé que eres la estrella de la tarde
Que ve el anciano entre celajes de oro,
Cual postrera ilusión de su alma, bella;
Y aunque tu luz para mis ojos no arde,
Engáñame ¡oh mentiral yo te adoro,
Ave ó pez, sombra ó flor, nube ó estrella.

AL CÉLEBRE OCULISTA MAGNI.

Tu ciencia, como el alba, es precursora
De la luz que del cielo se destaca:
Del triste ser el infortunio aplaca
Que en honda cárcel de tinieblas mora:

Cual la mano del Cristo, redentora,
Que el alma obscura de los limbos saca,
Rasgando el velo á la pupila opaca,
Le da la luz que el universo adora.

Á tal prodigio del ingenio humano
Mi frente respetuosa se doblega,
Para ensalzar su gloria merecida;

Y de hinojos besara aquella mano,
Si volviese también á mi alma ciega
El sol de la niñez: ¡la fe perdida!

BELLEZA Y DESVENTURA.

Con torpe mano, la fortuna ciega
Destruye tus más bellos galardones:
Te colmó de ideales perfecciones,
Y en mar de sombras y dolor te anega.

Con el cincel de la escultura griega
Delineó de tu rostro las facciones;

Pero, eclipsando tus preciosos dones,
Hasta la luz á tus pupilas niega.
Inerte, sobre el lecho reclinada,
Quien ve tus ojos aun los mira bellos,
Con todo el esplendor de la mirada.
Sólo para tu infausta desventura
No tienen ¡ay! ni vida ni destellos
Esos dos astros de tu noche oscura.

ACUÉRDATE DE MÍ.

¡Oh, cuánto tiempo silenciosa el alma
Mira en redor su soledad que aumenta!
Como un péndulo inmóvil, ya no cuenta
Las horas que se van,
Ni siente los minutos cadenciosos
Al golpe igual del corazón que adora,
Aspirando la magia embriagadora
De tu amoroso afán.

Ya no late, ni siente, ni aun respira
Petrificada el alma allá en lo interno:
Tu cifra en mármol con buril eterno
Queda grabada en mí.
No hay queja al labio ni á los ojos llanto;
Muerto para el amor y la ventura,
Está en tu corazón mi sepultura
Y el cadáver aquí.

En este corazón ya enmudecido
Cual la ruina de un templo silencioso,
Vacío, abandonado, pavoroso,
Sin luz y sin rumor;
Embalsamadas ondas de armonía
Elevábanse un tiempo en sus altares,
Y vibraban melódicos cantares
Los ecos de tu amor.

¡Parece ayer!..... De nuestros labios mudos
El suspiro de ¡adiós! volado al cielo,
Y escondías la faz en tu pañuelo
Para mejor llorar!
¡Hoy!.... ¡nos apartan los profundos senos
De dos inmensidades que has querido,
Y es más triste y más hondo el de tu olvido
Que el abismo del mar!

Pero ¿qué es este mar? ¿qué es el espacio?
¿Qué la distancia, ni los altos montes?
¿Ni qué son esos turbios horizontes
Que miro desde aquí,
Si al través del espacio y de las cumbres,
De ese ancho mar y de ese firmamento,
Vuela por el azul mi pensamiento
Y vive junto á ti?

¡Si yo tus alas invisibles veo,
Te llevo dentro el alma, estás conmigo,
Tu sombra soy y donde vas te sigo
De tus huellas en pos!
Y en vano intentan que mi nombre olvides;
Nacieron nuestras almas enlazadas,
Y en el mismo crisol purificadas
Por la mano de Dios!

Tú eres la misma aún: cual otros días
Suspéndense tus brazos de mi cuello;
Veo tu rostro apasionado y bello
Mirarme y sonreír;
Aspiro de tus labios el aliento
Como el perfume de claveles rojos,
Y brilla siempre en tus azules ojos
Mi sol, mi porvenir!

Mi recuerdo es más fuerte que tu olvido;
Mi nombre está en la atmósfera, en la brisa,
Y ocultas al través de tu sonrisa

Lágrimas de dolor;
Pues mi recuerdo tu memoria asalta,
Y á pesar tuyo por mi amor suspiras,
Y hasta el ambiente mismo que respiras
Te repite mi amor!

¡Oh! cuando vea en la desierta playa,
Con mi tristeza y mi dolor á solas,
El vaivén incesante de las olas,
Me acordaré de ti;
Cuando veas que una ave solitaria
Cruza el espacio en moribundo vuelo,
Buscando un nido entre la mar y el cielo,
¡Acuérdate de mí!

LA LOCOMOTORA.

Ni el cóndor de los Andes, que alza el vuelo
Desde su nido hasta la azul región,
Y rasgando la túnica del cielo
Hiende las nubes que ilumina el sol;

Ni el fiero musulmán de tez morena,
Cabalgando en el árabe corcel,
Que corre y graba en la movible arena
La media luna de su herrado pie;

Ni el barco humeante cuyo peso abrumba
Y fatiga las olas de la mar,
Que huyen gimiendo en desgarrada espuma
Como luciente polvo de cristal;

Ni el aeronauta audaz, ni la ligera
Góndola del Atlántico veloz,
Aventajan al monstruo en la carrera
Con sus alas de fuego y de vapor.

¿No veis? Ya rueda. De su entraña hirviente
Que bulle cual la lava del volcán,
Arroja larga flecha de humo ardiente
Como la blanca espuma de la mar.

Lanza á las nubes estridente grito
En su hálito de fuego abrasador,
Y corre, arrebatando á lo infinito
El ala del relámpago y la voz.

Comprime sus entrañas bullidoras,
En su seno palpita el frenesí,
Y el monstruo vuela á devorar las horas,
Y el tiempo y el espacio y el confin.

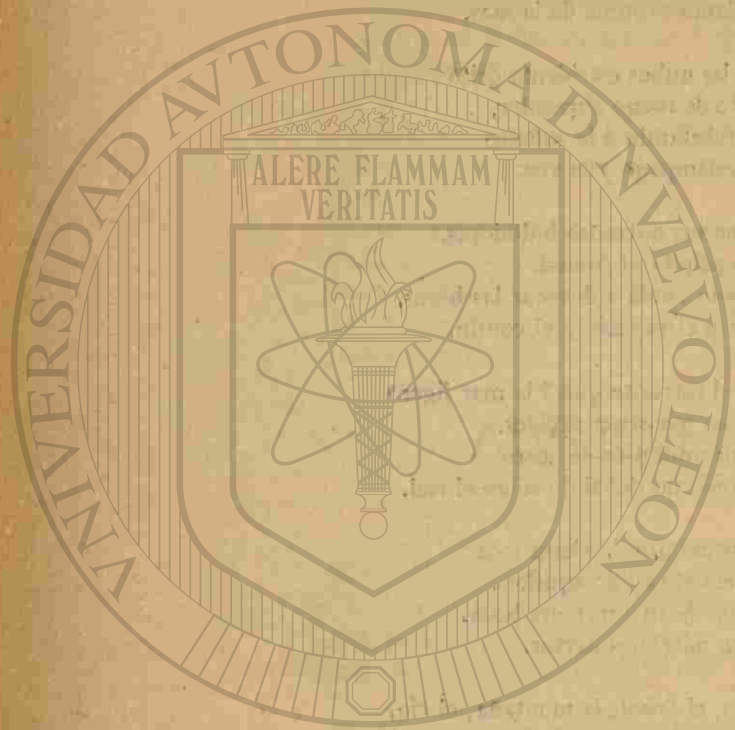
Más que el torrente que á la mar ligero
Se arrastra en pavorosa rapidez,
Agitando sus músculos de acero
Corre el monstruo del siglo sobre el riel.

Parece apenas que la tierra toca
Pasando como el rápido aquilón,
Y olas vomita de su hirviente boca,
Jadeante con hórrido estertor.

Y el muro, el árbol, la montaña, el río,
Todo se ve en un vértigo girar,
Como sombras de un loco desvarío,
En un baile fantástico, infernal.

Vuela y esparce, retumbando el suelo,
Sus huellas de rocío y de carbón,
Mientras fluctúa en el azul del cielo,
Cual larga nube, su penacho en pos.

Como antorcha del siglo brilladora,
Alumbra al pueblo de la luz sediento,
Para que escriba en su pendón de guerra:
«El pueblo es rey y su sitial la tierra.»



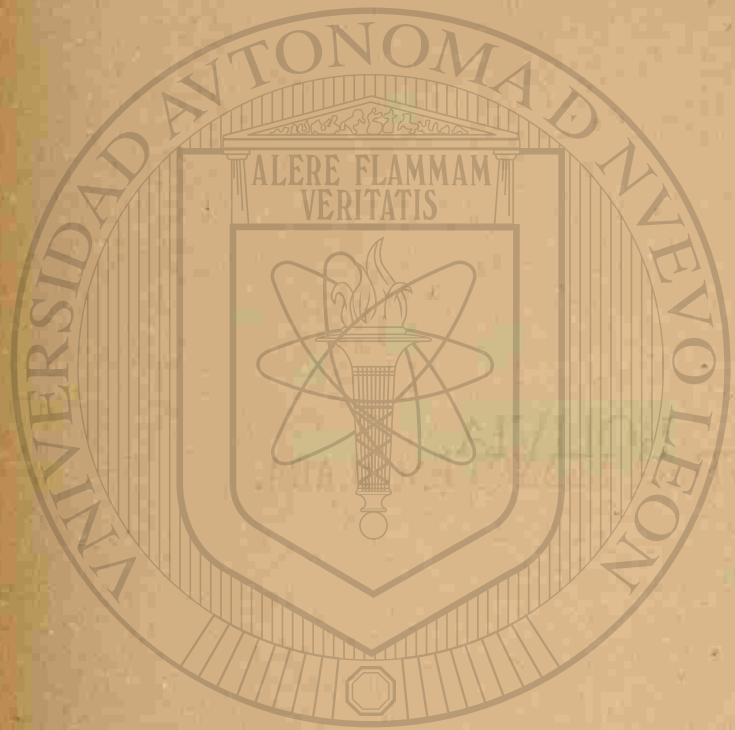
BOLIVIA.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



D. VENTURA BLANCO ENCALADA.

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

D. VENTURA BLANCO ENCALADA.

Á DON JOSÉ JOAQUÍN DE MORA.

EPÍSTOLA.

¿Por qué en el pecho agitación confusa
Y sed de mando y gloria y los favores
De Pluto enciende el humano deseo?
¿Por qué, cual vagadora mariposa,
Desacordado el hombre incierto gira
En torno la ilusión páfida, leve,
De impalpable ventura, que riendo
Huye, y le deja el desengaño en prenda?

Y no le cura, ni escarmienta; y ciego
En pos, de nuevo, con furor se lanza,
De brillantes fantasmas que su mente
Herida halagan. Al inmenso Océano
Audaz se entrega, y de los patrios lares
Se aleja, desoyendo la voz tierna
De sus deudos y amigos. Clama en vano
Del respetable padre la amargura,
Ó de la madre el lastimero acento.
Ni de filial amor el dulce encanto,
Ni el infantil y candoroso lloro,
Ni de amistad divina el blando ruego,
Fuerzan su corazón. ¡Bárbaro! Sea

Esa misma esperanza que te anima
Digno castigo á tu anhelar ansioso.
Por siempre ausente de tu pecho mires
El reposo y placer; hondo gemido
Exhale tu dolor; el desengaño
En tí sus puntas aceradas clave,
Y en desconsuelo y soledad inmensa,
Ingratitud y desamor recojas.

Ora le agita del voluble pueblo
El aura aun más voluble; y necio estima
Mérito insigne lo que intrigas fueron,
Ó vil sufragio al interés vendido.
Álzase turbulento; el cetro empuña
Del poder ominoso; y cual altiva
Águila que siguiendo en raudo vuelo
Por la etérea región, al cenit llega,
Y en ufanía y esplendor se baña;
Así la vista en derredor pasea,
Su alteza contemplando embebecido.
La infame adulación héroe le aclama,
Y en su favor al despotismo invoca.
Y el despotismo acude; y su semblante
De bien común hipócrita velando,
Ora la voz al pensamiento veda,
Ora el crimen ensalza, y perseguida
Mírase la virtud, la ley hollada;
Y en degradante esclavitud se abisma
La felice región do un tiempo ondeaba
De libertad el pabellón divino.

Ora dirige de Belona el carro
Contra la humanidad. ¡Ah! ¡cuál convierte
En espantosas ruinas las ciudades
Do la opulencia y lujo se albergaban!
¡Cuál en desiertos los opimos campos!
Ya vasta soledad, silencio mudo,
Reinan do el genio á pesadumbre eterna
La tierra condenó, sus portentosas

Obras alzando, ó con la dura reja
(Inmortal don del almo Triptolemo)
Su seno desgarrando, le arrancara
Las fuentes de abundancia y de ventura;
Al viajero filósofo ofreciendo
Reliquias de dolor enternecido,
Cuales contempla, en pasmo enajenado,
Do Atenas, Méfis ó Palmira fueron.

Tal el hombre es, Mirilo: tal la historia
Nos le presenta, cuando, devorado
De la ambición frenética, abandona
De la razón la divinal antorcha.
¡Mísero! ¿Qué le vale, ni del oro
El seductor encanto, ni el soberbio
Poder con que á los otros encadena,
Ni de la turba vil el torpe incienso?
Pesar profundo, cruel remordimiento,
En vez de la fortuna que anhelaba,
Á combatir su pecho congojoso
Vendrán por siempre. Veladoras sombras
Verá doquier la dolorida mente
Procure revolver. Naturaleza
No le embelesa ya, ni sus encantos;
Y en su penar y su despecho horrendo
Busca en la muerte el postrimer alivio.

¿Ni qué de pura, inmarcesible gloria
El brillante sendero aprovechara
Á las almas virtuosas? ¿Qué sirvieron
Al gran Colón sus inmortales hechos?
Descubre un mundo, y muere en el olvido.
Al defensor de sus hollados fueros
Llora Castilla; y en viudez amarga
En vano exhala el gemidor lamento.
¡Oh de Cervantes venerable sombra!
Envidia, menosprecio y la miseria
Fueron tu galardón. En suelo extraño
Mueren proscritos Moratín, Meléndez;

Y perseguido, y de amargura opreso,
Hunde en la tumba su valiosa frente,
La frente del saber, el gran Jovino.

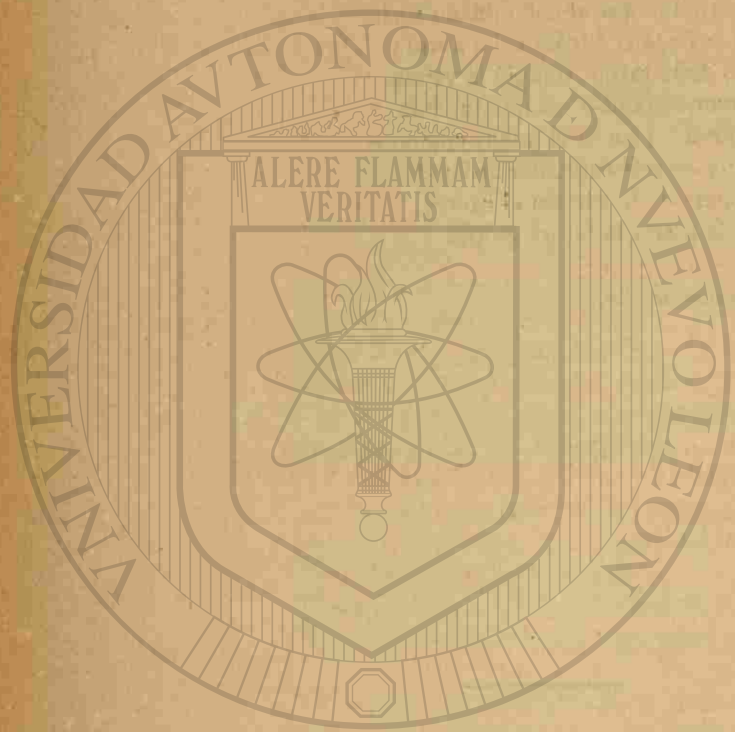
¿Y qué encontramos al fijar los ojos
Del pueblo rey en los anales fieros?
Los de la sabia Grecia ¿qué recuerdan?
Bajo infame cuchilla la garganta
Tiende el claro varón que á Catilina
Con osada elocuencia le aterrara,
Y á la patria salvó. Nerón infame
Al estoico brindó con el suplicio.
Del tósigo fatal Sócrates lleva
Á los lábios, impávido, la copa.
Persigue el ostracismo las virtudes
Con cruel extrañamiento, y no perdona
De Salamina al triunfador ilustre.

¡Oh, mil veces feliz, Mirilo amigo,
Aquel mortal que en el tranquilo estado
De mediana fortuna se recrea!
Y, ni puestos, ni gloria, ni riquezas,
Exento de ambición, su pecho agitan.

Tú, que huyendo del bárbaro tirano
Que el suelo ibero oprime, las riberas
Del Manzanares y divino Betis
Trocaste por el Támesis nubloso;
Y ora junto al Mapocho, tu destino
Para público bien fijarte quiere,
Velo también serás si los raudales
Extiendes de las luces, que anhelante
Busca la juventud: ella tu nombre
Ensalzará por premio, y de los tiros
Que negra envidia y la ignorancia lancen,
Te escudará su voz agradecida.
En efusión tiernísima anegada,
«Él el primero fué que en los misterios
De Minerva (dirá) nos iniciara.

Huyó el falso saber, y derrocadas
Yacen por siempre bárbaras doctrinas,
Funesto don que al colombiano suelo
Hizo la España *bárbara*. La aurora
Brilló de la razón; rompió la venda
Al error engañoso, en que fundara
Su gloria y ciencia el infeliz colono.»
Dirá; y en esto agitador ardiendo
Entonará de bendición el canto,
Y de la patria la futura gloria.

17 de Noviembre de 1828.



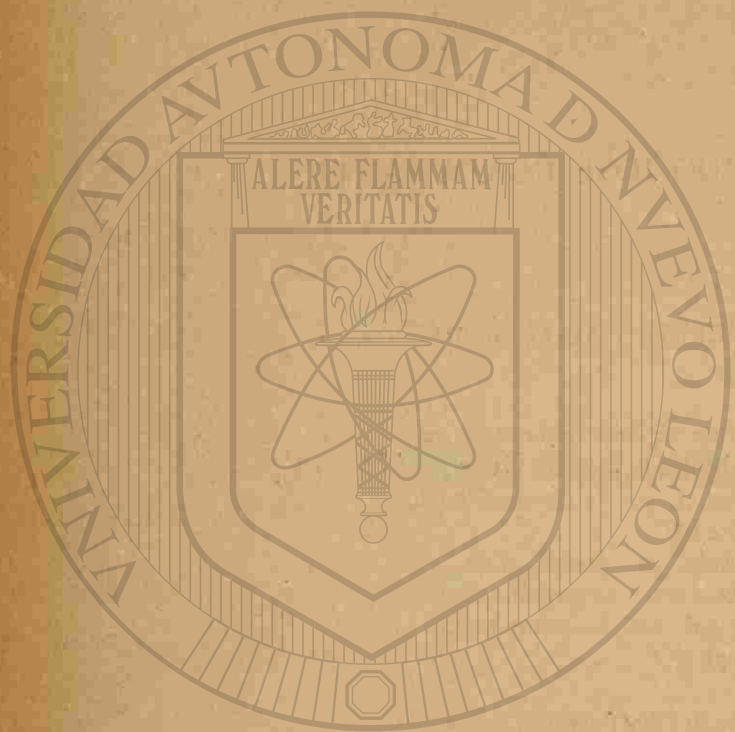
D. RICARDO JOSÉ BUSTAMANTE.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

D. RICARDO JOSÉ BUSTAMANTE.

PRELUDIO AL MAMORÉ.

Tú aquí en regiones ignoradas giras,
Serpiente nacarada, bajo un cielo
Palio de lumbre por do tiende el vuelo
La garza colosal;
Río argentado que onduloso ciñes
Virgenes bosques, ó en variadas tintas
Sobre tu espejo con sus nubes pintas
El éter tropical.

Al fin respiro tus fragantes auras;
Tus palmas miro que columpia el viento;
Oigo en tus selvas armonioso acento,
Y admiro tu quietud:
Oh tú, á quien siempre en ilusión lejana
Vi cual portento que á la patria mía
Las puertas abras á su gloria un día,
¡Gran Mamoré! — ¡Salud!

De región fría y apartada vengo,
Donde el monarca de los Andes brilla
Con su manto de armiño, maravilla
De ingénito poder,
De allí al empuje de infortunio infando

Yo vengo, sí, cansado peregrino,
Y al verte aparecer en mi camino
Ya aliento de placer.

Placer que inspira al corazón patriota
Alegre canto y de solaz lo llena;
Así el proscrito ya olvidó su pena
Al verte, Mamoré.
Si no es mi canto como el dulce canto
De los bardos que pueblan tus regiones,
Preludia sobre ti las bendiciones
Del porvenir, con fe.

En el seno feraz de los desiertos
Genio escondido en soledad murmuras
Al blando soplo de las auras puras
Con plácido reir;
Mientras la patria tu existencia ignora,
Cual ignoras que en ella los humanos
Se agitan por correr tras los arcanos
De un grande porvenir.

Sobre tu manto líquido, ondulante,
Refleja el cielo diamantino estrella
Que suerte anuncia venturosa y bella
Al patrio pabellón;
Cumplir se debe tan brillante ensueño,
Undoso río que hacia el mar te lanzas
Mecido por futuras esperanzas
De gloria y de ambición.

Corres hoy arrastrando añosos troncos
Que aun ostentan ropaje de esmeralda,
O ya á los juncos de la verde falda
Arrancas tierna flor;
Tu majestuosa soledad recrean
Parleras aves de pintadas plumas
Que en ti retratan su elegancia suma,
Girando en derredor.

Caimán que invade la arenosa orilla,
Blanco bufeo que rasgando el agua
El rumbo sigue de veloz piragua,
O la hoja que cayó,
O ya algún tigre que á la opuesta margen
Se lanza á nado con tranquila frente,
Perturban la quietud de tu corriente
Que el hombre aun no turbó.

Tendido al pie de la floresta virgen,
Cual amante á los pies de la que adora,
Cuando el último rayo del sol dora
Tus ondas de cristal,
Te deleitas feliz con los perfumes
Que en alas de la brisa pasajera
Te arroja de su ondeante cabellera
Tu amada virginal.

Es solemne el concierto de tus bosques
En el silencio de la noche, cuando
Con grito melancólico turbando
La augusta soledad,
El pájaro gemífero y el viento
En bonanza te aduermen deliciosa,
Mientras el rayo de la luna hermosa
Te da su claridad.

Tal es tu vida en el presente, oh río;
Gigante puerta del soberbio templo
Que de prósperos pueblos al ejemplo
La patria labrará.
Hay de vida otro mundo que en ti duerme,
Mundo y vida de acción en la natura,
Con que á los hombres dispensó ventura
La mente de Jehová.

Dormiste el sueño de pesados siglos;
Siempre ignorado resbalaste en calma;
Siendo tus ondas de la acción el alma

Tu noche larga fué.
Rompa tu sueño secular el hombre;
Tu margen pueblo de ciudades bellas;
Marque en tus bosques el vapor sus huellas,
¡Despierta, Mamoré!.....

GRITO DE DESESPERACIÓN.

Si donde quiera que mis pasos llevo
Encuentro soledad y mil dolores;
Si llanto y hieles en mis ansias bebo;
Si marchitas por siempre ya las flores
Están de mi esperanza,
¡A tu bondad yo pido,
Señor, la sombra del eterno olvido!

Al pie de tu cruz santa prosternado,
Buscando alivio en la plegaria mía,
Con lágrimas humildes he lavado
La piedra que el madero sostenía;
Pero siempre en la senda
¡Ay! del dolor tan larga,
Sólo apago mi sed en onda amarga.

¡Cuántas dichas, empero, cuando niño
Yo soñé por mi mal! — y al soplo vano
Del tiempo disipadas, ni el cariño
Me quedó del amigo ó de un hermano.
No hay una alma en la tierra
Á la mía ligada,
Y nada espero que me halague..... ¡nada!

Los ojos fijo sobre el mundo, y veo
La maldad, el cinismo y la impureza,
Colmados cada cual en su deseo,
Levantar más feroces la cabeza.

La humanidad en lucha
Contemplo en un abismo
Entre el negro dolor y el egoísmo.

Cadenas y cadalsos allí miro,
Acá la mano de Caín alzada,
Allá ciudades semejando á Tyro,
Aquí el dominio de sangrienta espada;
Y á par de la discordia,
Doquier el vicio inundo,
Déspota osado, señoreando al mundo.

Por las regiones de esplendente lumbre
Ora vague mi alada fantasía,
Ora mi pensamiento á Dios encumbre
Anhelando la luz de un nuevo día,
Hallo tinieblas sólo,
Ó en negra lontananza
Ningún bien se revela á mi esperanza.

Esa *virgen del mundo* que tan bella
Como una flor surgió del Oceano,
Y en cuya frente se admiró la estrella
Nuncio halagüeño del destino humano,
¿Por qué perdió su dicha
Tan breve, y tanta gloria
Hoy yace oculta bajo inmunda escoria?

¡Oh América! tu suelo en que Natura
Derramó portentosa ricos dones,
Donde la Libertad con la bravura
De tus hijos ganó tantos blasones,
En lago ya de sangre
Se mira convertido,
Y sus laureles marchitó el olvido.....

Y esta hija hermosa del mayor guerrero,
Que por la augusta Libertad lidiando,
De América en las cumbres con su acero

Dejó esculpido un nombre venerando,
La Boliviana estrella
¡También ya maldecida!
Menguar la miro sin fulgor, sin vida.....

Ya cunde en ella la abyección profunda,
Ó es la anarquía su moral estado;
Su imperio el despotismo en ella funda,
Ó acecha el homicida al magistrado.....
Con aterrante encono
Emponzoñan su seno
Las pasiones del mal en desenfreno.

¡Oh patria! que en mis sueños infantiles
Vi cual la tierra por Adán perdida,
Arroyos de cristal, áureos pensiles,
Edén tus campos de apacible vida.....
Y hora tantos ensueños
Viento infernal derrumba
Y eres ¡oh patria! pavorosa tumba.

¡Qué más queda en la vida, sino llanto!
¡Qué resta al corazón, sino amargura!
Cayó la venda de tamaño encanto,
Y en vano el hombre hasta la paz procura.....
La paz de los sepulcros
Pido, Señor bendito,
Si al cielo alcanza mi doliente grito!.....

BENDICIÓN PATERNA A MI HIJA ANGÉLICA.

Dormido yo sueño contigo, hija mía;
Despierto me gozo pensando en tu bien:
Angélica, mi alma por tí se extasía,
Y al cielo le pide que un ángel por guía
Te dé, reflejando su luz en tu sien.

Amarga es la vida, y el solo consuelo
Que en ella se alcanza lo da la virtud;
El roce del mundo marchita cual hielo
Las flores del alma, delicias del cielo,
Que en él nos conquistan la eterna salud.

La vida es un caos, y á Dios en mis preces
Por eso le clamo que vele por tí:
Hoy, hija, cual planta balsámica creces,
Y plácida al soplo del aura te meces
En huerto encantado, cual rubio alelí.

Las dulces promesas que en tiernos dictados
Prodiga á la infancia la voz maternal,
Hoy día te infunden mil sueños dorados;
Mas ¡ay! vendrá el tiempo de ver alterados
Los goces presentes á influjos del mal.

De alegre inocencia se agosta esa palma
Que dió con sus sombras abrigo á la flor:
Si empero se llora perdida la calma,
Las lágrimas, hija, son sangre del alma,
Y dan ellas siempre virtud y vigor.

No quiero en tu pecho verter de tristeza
Las hieles que el mío temprano bebió;
Tu mente, santuario de paz y pureza,
¡Que ignore á lo menos de cuánta aspereza
Mi senda en la vida la suerte cubrió!

De rosas vestida, mi Angélica amada,
¡Que encuentres la tuya cual rico verjel,
Que Dios te prodigue su dulce mirada,
Y alegre tus días sobre esta morada
Do hay flores que al alma tributan su miel!

¡Oh! nunca el destino te brinde amargura.
Virtud te de el cielo, talento y candor,
Un ángel preserve con mano segura

De pliegue sombrío tu frente tan pura,
¡Oh Angélica amada, mi angélico amor!

Dormido yo sueño contigo, hija mía;
Despierto me gozo pensando en tu bien:
Angélica, mi alma por tí se extasia
Y pide al destino que un ángel por guía
Te dé, reflejando su luz en tu sien!

PLEGARIA ENVIADA AL ALBUM DE UN AMIGO.

¡Ay amigo! preguntas
Por qué calla mi lira
Y no produce férvidos
Ecos de amor para la gloria mía.

¿Fuera acaso preciso
Confesarte que tibia
La inspiración sus flébiles
Acentos sólo al corazón hoy brinda?

¿Olvidar pretendieras
Que el vivir ya declina
Para mí, que tan tétrico
Vi siempre en nieblas caminar mis días?

Amo el bien; y las flores
Que contemplo marchitas
Sobre el valle de lágrimas
Siempre consiguen arrancar las mías.

Desgracias he llorado,
Blanco fui de la envidia
Que me mostró sus horribidos
Dientes, y hiel me hizo libar un día.

Á mi patria tan bella,
«De mil glorias vestida»

He modulado cánticos
¡Ay! que ni un eco al porvenir envían.

La amistad es mi culto,
Y el honor que la inspira
Nunca en afectos frágiles
Unió las almas que por él se ligan.

Pero todo en el curso
De los años vacila,
Y como sopro fétido
El egoísmo los afectos mina.

¿Es verdad que es un yermo
Para mí ya la vida?....
¿Que adentro de mis párpados
Mustios mis ojos y sin luz ya giran?....

¿Es verdad que en mi seno
El dolor sólo anida,
Como el nocturno cárabo,
En el silencio de ignoradas ruinas?

Es así, caro amigo;
Ya mi edad se desliza
Llevando en vuelo rápido
¡Mis esperanzas, mi ilusión querida!

En laúd se trocara
¡Ay! aquella mi lira
Que festivas y armónicas
Alguna vez sus notas producía.

También rotas las cuerdas
Del laúd, no más vibran
Esos acordes místicos
Que de consuelo el corazón henchían.

¡Y qué mucho, si todo

Me abandona, y abisma
En sueños melancólicos
Mi alma infeliz para el pesar nacida!....

¡Si los dulces ensueños,
Miel que la edad destila,
Entre vapores gélidos
Huyen, y dejan mi ansiedad vacía!....

¡Oh, mis jóvenes años!
Con vosotros perdidas,
Lloro ilusiones plácidas,
Voces que al alma preludiaron dichas.

Densas brumas de otoño
Ponen velo á mi vista,
Y en lontananza lóbrega
Sólo descubro una morada umbría.

La campana del tiempo
Suená cerca, y me avisa
Que esa morada fúnebre
Ofrece paz al que sufrió en la vida.

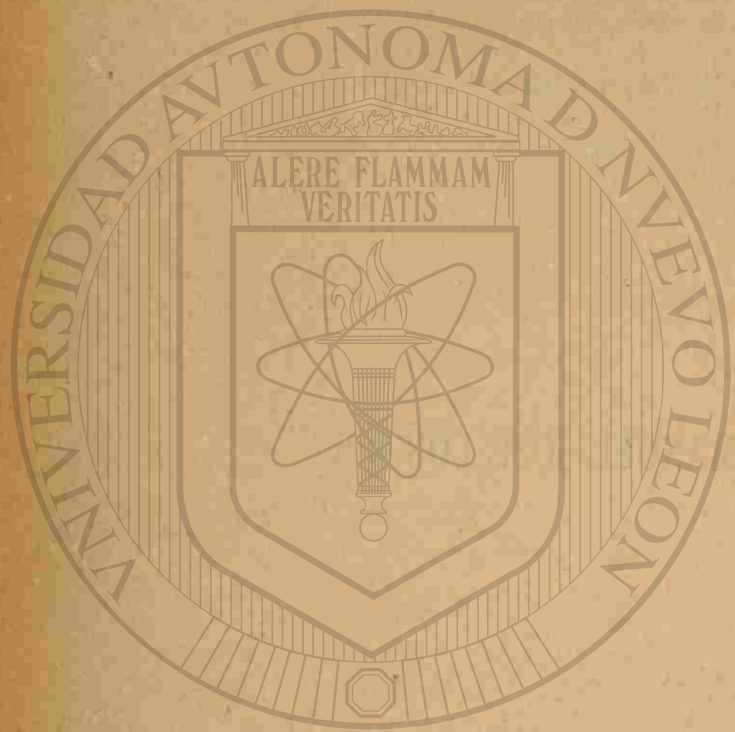
Es la tarde. Mis pasos
Á la noche caminan....
Tantos fantasmas pálidos
¡Ay! ¿Por qué vagan en las auras frías?

Hay abierto allí un antro;
Todo en él precipita
El vendabal mortífero
Que troncha flores y que abate encinas.

Paz, silencio, reposo,
Dé esa noche á mis cuitas
Si en sus floridos cármes
Ya el mundo guarda para mí cenizas.

¿Ves, amigo, cuán tristes
Pensamientos transitan
Por mi angustiado espíritu,
Como entre tumbas las nocturnas brisas?

Pasó el sueño dorado....
Ha callado mi lira:
Roto el laud gemífero,
Su última endecha para tí destina.



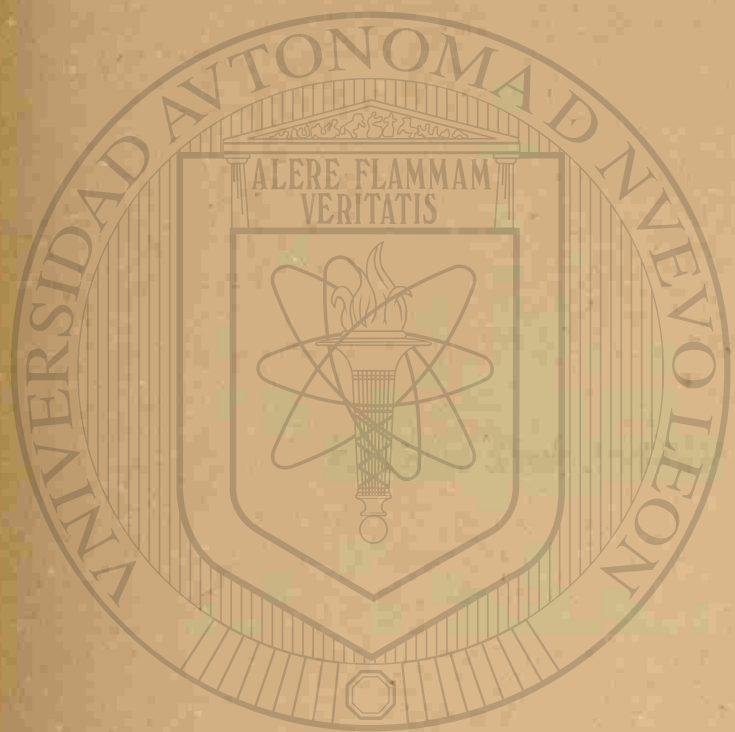
D. MANUEL JOSÉ CORTÉS.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

D. MANUEL JOSÉ CORTÉS.

Á LA NATURALEZA DEL ORIENTE DE BOLIVIA.

Al rasgar con furor la mar su seno,
He visto aparecer un negro abismo
Debajo de mi planta,
Y amenazando al cielo, turbulenta
La he visto levantar en la alba espuma
El robusto bajel cual leve pluma.

El Illimani y el Illampo he visto
En nocturna tormenta,
Al rápido brillar del rayo horrendo,
Como inmensos fanales que colgara
De Dios la mano en el celeste dombo.

Mas nada iguala al cuadro que contemplo,
En éxtasis divino embellecido.
Coronado de selvas tan antiguas,
Que de la creación los siglos cuentan:
Inmensurable el llano
Á lo lejos remeda el Oceano.

En su torcido curso,
Como serpiente que los polos toca,
El caudaloso río se presenta,
Raudo, arrastrando su onda turbulenta.

¡Hermosa poesía!
No es la del hombre sin colores, fría,
Sucesiva, sin luz, sin movimiento;
Sino viva, brillante, encantadora.
Divina poesía,
Creación do admirable se nos muestra
Del poeta inmortal la fantasía.

Aquí, colinas, llanos y florestas,
En donde reina eterna primavera;
Allí, hondos valles, do en menuda lluvia
El agua cristalina se desliza
De la escarpada altura,
Por la verde y florida colgadura
Que la rosa entapiza.

Aquí la muda soledad impera;
El aura no susurra
En la selva callada y solitaria;
La canora avecilla
En las franjadas flores no se posa
De fresca pasionaria;
Del volador insecto no se escucha
El ronco y melancólico zumbido,
Ni el arrullar de la torcaz sentida.
Aquí es todo silencio y todo sombra;
Del astro rutilante
No se siente la luz pura y brillante.
Triste el cuadro retrata
Esos días sombríos en que gime
El corazón en soledad ingrata.

Allí se muestra al ojo deslumbrado
Un cuadro diferente,
Magnífico, encantado panorama,
En que su lumbré ardiente el sol derrama.
Entre juncos, adelfas y jazmines
Murmurando, desata
El limpio arroyo su raudal de plata.

El ruiseñor, el tordo y el jilguero,
En notas melodiosas,
Al aura dan su no aprendido canto.
Las pintadas y bellas mariposas,
Cual flores voladoras,
En giro irregular el aire hienden,
Sus primorosas galas
En el matiz mostrando de sus alas.

El naranjo, la ceiba, el cocotero
Su copa aérea hasta las nubes yerguen;
Enlazados de plantas trepadoras,
Y ostentando su fresca lozania,
Á las aves ofrecen
Grato retiro en la enramada umbría.

Aquí la selva secular, ornada
De festones de varia enredadera
De bellos y vivísimos colores,
Y la extensa pradera
De fraganciosas flores alfombrada,
Forman el templo augusto que levanta
La creación á Dios, á quien ofrece
Deliciosos perfumes por incienso,
Y por ofrenda el fruto delicado
Que el estival calor ha sazonado.

Como ardiente pasión, arrebatado
El tronador torrente de la roca
Se lanza en el abismo, do fenece
Su impetuoso furor, como perece
La ilusión que ha llegado
Del desengaño al terminar funesto.

Más lejos, corre manso el claro río,
Entre flores cruzando la espesura,
Como corre la vida sosegada
Cuando con mano pródiga el destino
La copa del placer nos da colmada.

Es bello contemplar bajo este cielo
Á la Naturaleza, en la mañana
Teñida de oro y grana.

En el Oriente ved, engrandecido,
Del sol el disco ardiente,
Cual si en estas regiones no bastara
La luz con que colora
Otros mezquinos climas, do aparece
Pálido, obscurecido.
Aquí, centro de luz hermosa y clara,
Domina en el espacio,
De rubí engalanado y de topacio.

Cuando brillante en el zenit se muestra,
Contra su rayo intenso el pajarillo
Busca la sombra grata.
Sólo el condor y el águila resisten
Al esplendor del inflamado cielo.

En la serena y deliciosa tarde,
Lento lleva su carro
Al lejano confín del Occidente,
Donde oculta su frente.

El rutilante Véspero su rayo
Sustituye á la llama
De la antorcha del día, en cuya ausencia
El orbe desfallece en el desmayo.

Dulce melancolía
Se apodera del alma; el universo
De una dicha falaz que ya no existe
Con muda voz nos habla:
Con lo pasado enlaza lo presente,
Y aun al oscuro porvenir se lanza,
Y nos promete mágica esperanza:
Su palabra postrera y elocuente,

Encaminada al hombre,
Es del Eterno Ser el santo nombre.

Teñida de carmín muestra la luna
Su refulgente esfera:
Su luz baña la sierra y la pradera.
Las estrellas del Austro resplandecen;
El mar azul del cielo
Cruza de Argoz la nube luminosa.
Mas de improviso electrizadas nubes
El éter obscurecen.

Descuélgase la lluvia estrepitosa;
Del trueno el estampido,
El rugir del jaguar, el estallido
Del árbol que desgaja
El huracán en su furioso embate,
La voz de la tormenta, en un concierto
Infernal y sublime se combinan.

Sólo el brillar fosfórico del trueno
Y la luz del relámpago interrumpen
Del cielo y de la tierra la tiniebla.
En medio de esta escena aterradora
El corazón más fuerte
Tiembla al ver el aspecto de la muerte.
El hombre.... ¿Qué es el hombre aquí, delante
De este grandioso cuadro?
En el espacio, un punto imperceptible,
En el tiempo, un instante;
Mas su razón, de Jehová presente,
Engrandece al mortal. Naturaleza,
Ella admira tu pompa, tu belleza;
Admira, mas no adora; porque sólo
Delante de su autor se postra muda,
Y en santo acatamiento le saluda.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ÍNDICE.

INTRODUCCIÓN.

	<u>Páginas.</u>
VIII.—Colombia.....	I
IX.—Ecuador.....	LXXXIII
X.—Perú.....	CXLIX
XI.—Bolivia.....	CCLXXX

COLOMBIA.

Venerable Madre Francisca Josefa de Castillo y Guevara.

Deliquios del divino amor en el corazón de las criaturas y en las agonías del Huerto.....	5
---	---

D. José Fernández Madrid.

Á los pueblos de Europa en tiempos de la Santa Alianza.....	11
Canción.—La hamaca.....	14

D. Luis Vargas Tejada.

Al anochecer.....	21
-------------------	----

D. José Eusebio Caro.

El Ciprés.....	25
Dolor y virtud.....	27

	<u>Páginas.</u>
En boca del último Inca.....	31
Héctor.....	31
La libertad y el socialismo.....	32
Despedida de la patria.....	41
La hamaca del destierro.....	43
El hacha del proscrito.....	44
Una lágrima de felicidad.....	47
El bautismo.....	50
<i>D. Julio Arboleda.</i>	
Me ausento.....	57
Nunca te hablé.....	60
Al Congreso de Granada.....	63
Gonzalo de Oyón. (Preludio.).....	66
Pubenza. (Cuadro primero.).....	68
La nueva patria. (Cuadro segundo.).....	73
El ermitaño. (Cuadro séptimo.).....	80
La carta. (Cuadro octavo.).....	88
El caballo. (Cuadro noveno.).....	94
Espada á espada. (Cuadro duodécimo.).....	100
<i>D. Gregorio Gutiérrez González.</i>	
Á Julia.....	113
¿Por qué no canto?.....	114
Aures.....	117
Á Julia.....	118
Memoria sobre el cultivo del maíz en Antioquia.....	120
<i>D. José Joaquín Ortiz.</i>	
La Bandera Colombiana.....	149
Colombia y España.....	154
Los Colonos.....	161
Vasco Núñez de Balboa.....	168
La goajira.....	175
Boyacá.....	180
Al Tequendama.....	184
Galileo.....	189
La Golondrina.....	189

	<u>Páginas.</u>
<i>D. José María Pirazón Rico.</i>	
El despertar de Adán.....	197
<i>D. Joaquín Pablo Posada.</i>	
Fantasia.....	203
Á Martín Guerra. En su santo.....	205
Á Pablo.....	208
Á José Manuel Marroquín, remitiéndole un libro de versos....	210
<i>D. Ricardo Carrasquilla.</i>	
El abrazo.....	217
Un sabio.....	220
El chocolate.....	221
Suerte de mis versos.....	223
<i>D. Manuel María Madiedo.</i>	
Al Magdalena.....	229
<i>D. José David Guarín.</i>	
La soledad.....	235
Inútil desear.....	238
En el polo.....	239
<i>D. César Conto.</i>	
Salmo de la vida.....	243
<i>D. Arcesio Escobar.</i>	
La partida.....	247
<i>D. Joaquín González Camargo.</i>	
Viaje de la luz.....	251

ECUADOR.

Maestro Jacinto de Hevia.

Romance.—Á la rosa..... 257

D. José Joaquín Olmedo.

En la muerte de María Antonia de Borbón, Princesa de Asturias..... 261

Á un amigo en el nacimiento de su primogénito..... 267

La victoria de Junín. (Canto á Bolívar.)..... 272

Canto al general Flores, vencedor en Miñarica..... 298

D.^a Dolores Veintemilla de Galindo.

Quejas..... 309

D. Gabriel García Moreno.

Á Fabio..... 313

Sátira. (Fragmentos.)..... 316

D. Vicente Piedrahita.

Oración..... 323

D. Julio Zaldumbide.

La mañana..... 327

La tarde..... 330

Al sueño..... 333

El bosquecillo..... 335

PERÚ.

Poetisa anónima. (Siglo xvii.)

Discurso en loor de la Poesía..... 343

D. Pablo de Olavide.

Ecos de Olavide..... 373

Salmo CIX..... 376

D. Mariano Melgar.

Yaravies..... 381

D. José Manuel Valdés.

Salmo LXXXIV..... 391

Salmo CIII..... 393

D. Felipe Pardo y Aliaga.

Oda.—Al Sr. D. J. J. de Olmedo..... 403

La entrada del año..... 407

El Perú..... 410

Soneto.—El Rey nuestro señor..... 419

Epigrama.—Á mi hijo, en sus días..... 420

Á mi levita..... 420

Los paraísos de Sempronio..... 422

Mi vecinita..... 425

Buenas noches..... 429

D. José Pardo y Aliaga.

Á la independencia de América..... 433

La carta..... 440

D. Carlos Augusto Salaverry.

Verso y prosa..... 447

El amor y la botella..... 447

Mi poema..... 448

Á la esperanza..... 448

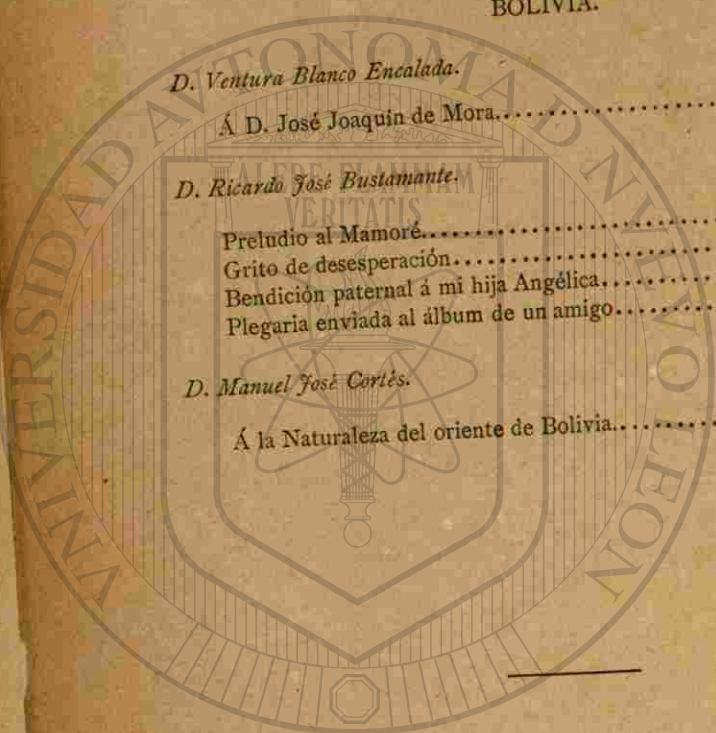
Al célebre oculista Magni..... 449

Belleza y desventura..... 449

Acuérdate de mí..... 450

La locomotora..... 452

BOLIVIA.



<i>D. Ventura Blanco Encalada.</i>	
Á D. José Joaquín de Mora.....	459
<i>D. Ricardo José Bustamante.</i>	
Preludio al Mamoré.....	467
Grito de desesperación.....	469
Bendición paternal á mi hija Angélica.....	472
Plegaria enviada al álbum de un amigo.....	474
<i>D. Manuel José Cortés.</i>	
Á la Naturaleza del oriente de Bolivia.....	481

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

